

## Vigencia de las artes

Por Antonio García Berrio

**Antonio García Berrio** (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense y lo ha sido en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, además de profesor visitante en varias universidades extranjeras, entre otras: Bolonia, Heidelberg y Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: Formación de la teoría literaria moderna, Introducción a la poética clasicista y Teoría de la literatura: la construcción del significado poético.

**Sobre la caracterización diferencial del arte moderno.** Lo llamativo del arte actualmente es que llega a interesar entre nosotros a grandes masas de población. La extensión y la masificación del gusto se constata sobre todo en las manifestaciones museales de la pintura y en menor grado, quizá, de la escultura. Un fenómeno social a propósito del que se hace necesario prescindir de nostalgias idílicas lamentablemente inexactas: la masificación de la cultura es un fenómeno patente en las civilizaciones occidentales sólo en el siglo XX. No sé si las sociedades europeas primitivas —es decir, las de hace más de ochenta o noventa años— estarían fundadas sobre individuos mejores, sobre una moral más pura o sobre una mayor cordialidad y dulzura de los caracteres. Datos hay para temer que tampoco. Lo que está empíricamente comprobado es que en la actualidad ningún joven europeo deja de leer porque no sepa, que todos escuchan la música que les gusta, y que muchos empiezan a soportar animadamente, aquí y en América, largas horas de cola a la puerta de los museos para visitar las exhibiciones artísticas eficazmente anunciadas. Lo que no quiere decir, sin embargo, que la cultura por sí misma mejore necesariamente la condición humana; pero sí que la nuestra es ya, o está en camino de serlo, una sociedad masivamente educada.

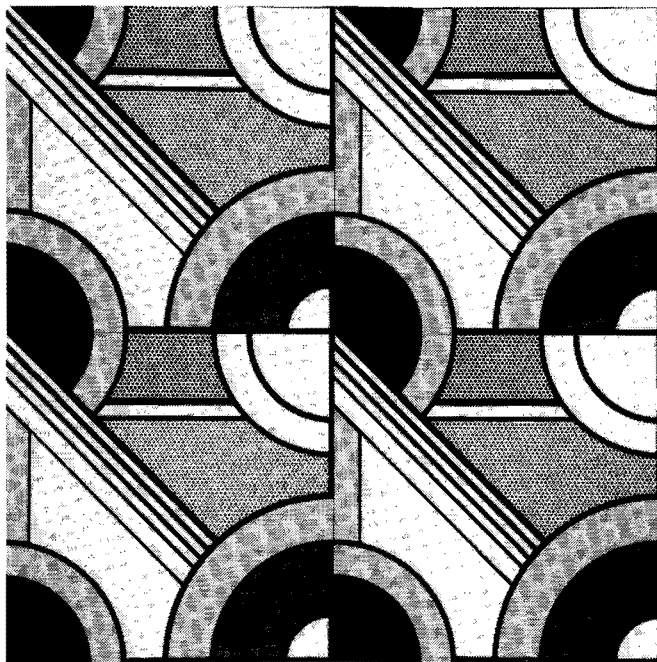
Tal vez el interés de las masas cultas actuales por las artes plásticas, en especial por la pintura, está más vinculado seguramente a factores tales como la fantasmagoría codiciosa y la fascinación del lujo que a ninguno de los fundamentos tradicionales del gusto por las artes. Por lo pronto, la fragilidad objetual y la distorsión antidecorativa de la mayoría de las obras de la pintura experimental moderna ponen a prueba, seguramente, la universalidad de registros estéticos que ac-

tuaban en los contempladores clásicos de Rafael, de Tiziano o de Paolo Veronese.

La mayoría de los asistentes a las exposiciones multitudinarias de pintura moderna concurren todavía para realizar un curioso ejercicio ejemplar de mortificación de sus entendaderas. Se instruyen experimentando cómo instituciones muy serias, públicas y privadas, gastan millones en asegurar unos objetos prestados por otras instituciones e individuos que pagaron a su vez muchos más millones para adquirirlos: mientras que ellos, los espectadores ingenuos, inadvertidos, hubieran condenado seguramente a la mayoría de esos objetos al trastero e incluso a los contenedores de basura. El chasco obliga a reflexionar, y así, poco a po-

«Dos Elvis», de Andy Warhol.

«Pintura modular con cuatro paneles n.º 1», de Roy Lichtenstein.



co, van educando dócilmente su sensibilidad moderna. Claro está que la cosa no es tan simple... y precisamente por ello y sobre ello se publican y difunden con entusiasmo libros como el de Robert Hughes.

Bien entendido: Hughes es uno de los testigos censores más avezados que existen en todo el mundo sobre las complejidades laberínticas del arte actual, como estética, como negocio y como juego social. Su currículo lo abona. Según todos los datos, parece persona cultivadamente independiente e indemne a las corrupciones millonarias del comercio artístico. Lo que no garantiza seguramente, en otro nivel, que se manifieste absolutamente

inmune a los prejuicios intelectuales más secretos y siniestros de nuestra sociedad, e incluso tal vez, en lo personal, a determinados resentimientos por algunas viejas heridas inevitables en la jungla social de intereses en que desarrolla su actividad.

En conjunto, sin embargo, la competencia técnica de sus juicios, la preparación desde la que aborda todas sus crónicas y la calidad sensata de su gusto frente a los nuevos fenómenos del arte, unidas a la consistencia y finura de su ironía y a la inigualable capacidad alusiva de su escritura, sitúan el trabajo de Hughes en unos márgenes insuperables de idoneidad y de prestigio reconocido. Pese a todo lo cual, la extensa recopilación de artículos y crónicas periodísticas que ocupan las casi quinientas páginas de *A toda crítica* dista mucho de formular una caracterización diferencialmente explícita sobre el fenómeno del arte moderno.

Sin embargo, una de las experiencias más comprometidas que se pueden inferir de este libro tal vez no sea otra que la de lo injustificado y fútil de esa pretensión: esto es, la condición sólo superficial o determinada de las «diferencias» más ostensibles en el arte actual, la artificiosidad de los montajes intelectuales sobre una supuesta autonomía revolucionaria

del arte moderno. Por supuesto que ésta no es la tesis expresa o programática de la obra de Hughes, ensayos de «crítica práctica» —como denominara I. A. Richards al género—; pero, a mi juicio, pudiera ser en la práctica uno de sus mejores servicios.

Queda claro que el cambio en el arte moderno no es una entelequia ni una fantasmagoría interesada; y no porque extremidades como Warhol o Schnabel existan y alcancen resonantes triunfos sociales, a veces difícilmente justificables en opinión de Hughes, sino porque existe la realidad de Picasso —y la de Goya— y porque Pollock, Rothko y Bacon prestan fundamento a imágenes y sentimientos de universalidad esencial estética, que renuevan en el lenguaje de nuestro tiempo la tradición de aliento espiritual permanente en la cultura artística.

Lo que la exhaustiva experiencia crítica de Hughes esclarece desde este libro es la raíz paradójica de la diferencia constitutiva del arte moderno: renovación en el lenguaje, en el esquema material de los textos, para preservar y alimentar la permanencia del espesor espiritual de las imágenes y la identidad esen-

En este número			
Artículos de			
Antonio García Berrio	1-2-3	Salvador Giner	8-9
Pedro Martínez Montávez	4-5	José Manuel Sánchez Ron	10-11
Luciano García Lorenzo	6-7	José María Torroja	12

**SUMARIO en página 2**



Viene de la página anterior



## Vigencia de las artes

cial de los sentimientos; la universalidad intemporal de la experiencia artística como fenómeno humano de naturaleza. Siguiendo la multiplicidad de reacciones de un crítico tan «central» y acondicionado al día como Hughes sobre la variedad de propuestas que conviven en el escenario actual del arte, se clarifica el principio de que en Manhattan, capital mundial del arte en los ochenta, hay mucho intento fallido de primera fila, bastante fraude que puede pasar hasta por bueno, y algunos momentos, pocos, de acierto superior, que aseguran en el tiempo actual la continuidad del arte como fenómeno sublime. En suma, lo de siempre.

**Arte y dinero: malicia de las anécdotas.** No es que Hughes haya sido el primero en denunciar los turbios intereses que concurren en el negocio artístico, que en la parte que afecta más directamente a su análisis intelectual y crítico se traducen en la inflación de una inmensa literatura interesada y ditirámica, que contribuye principalmente a desorientar la opinión y los juicios de valor. Desde ella se

oscurecen, en último término, los diagnósticos globales sobre el arte moderno y el sistema estético en que se funda. La antología internacional de denuncias contra la impostura intelectual propagandística desde Gilo Dorfles es tan copiosa y conocida, como al final eficazmente silenciada. Ella compone el secreto a voces más chispeante y mordaz con el que conviven en nuestros días la práctica del arte y los avatares del negocio artístico.

Lo que Hughes consigna en *A toda crítica* es una de las perspectivas más animadas, numerosas e irónicas que, desde medios de opinión tan influyentes como la revista *Time* o el *New York Review of Books*, han escapado nunca al control institucional del oscuro sistema de intereses del comercio artístico y a la propaganda de museos, galerías y subastas. Artículos como «Arte y dinero», o el poema paródico «La sohoiada: o la mascarada del arte» realizan monográficamente el desmontaje imposible de este mundial «retablo de las maravillas», que desde su sede central en las cochambrosas galerías del Soho neoyorkino extiende la influencia omnipotente de su estilo a todos los rincones del mundo.

El lector no implicado en todos estos chismes vacila entre la sonrisa y la indignación ante las actividades de la «troupe» internacional de farsantes exquisitos que el chispeante gracejo de Hughes desenmascara y pone en solfa. En tal sentido, puede ser legítimo regocijarse y divertirse con las desenfadadas denuncias que prodiga este espectador de excepción sobre los más influyentes galeristas como Leo Castelli, o contra los especuladores en desgracia como el fundador de la galería Marlborough, Frank Lloyd (págs. 271 y ss.), así como sobre un grupo de artistas particularmente mixtificadores y ávidos. De entre éstos, la narración de discrepancias con Julian Schnabel llega a rondar lo sórdido, a causa de la inelegante gravitación –inevitable por lo demás– del conflicto y las incompatibilidades personales entre el crítico y el artista (págs. 347-357); mientras que en el rotundo desmontaje crítico del mito de Andy Warhol la sagacidad analítica de Hughes alcanza niveles de profundidad y aristas de penetración satírica insuperables y, sobre todo, incomparablemente aleccionadoras (págs. 282-297).

El acelerado diagnóstico de Hughes sobre la imagen personal y artística de Warhol constituye una de las más clarividentes disecciones nunca realizadas sobre la ética internacional

del cinismo desapasionado, con su correspondiente estética postmoderna del vacío y de la opacidad sin límites, que ha definido en los ochenta sin excepciones –España incluida– la estrategia astuta de toda una generación de triunfadores. Es muy difícil no reconocer paralelos en la historia de Warhol, ejemplarmente narrada por Hughes, entre el arribista americano con orígenes humildes que, a falta de talento verdadero, «buscó la publicidad con la voracidad de un tiburón hambriento» (pág. 286) y dotado sobre todo de una «sabiduría sibilina» para dar «una consistencia conspicua a su presencia», y toda una serie de imitaciones chapuceras, en otros espacios y en otros sistemas de cultura. Es el modelo de marca de los ochenta, bajo el imperio universal de la «cultura sin afectos», en la que pulula toda una generación de falsos héroes postmodernos, como Warhol, «diligentes y fríos».

Pero al confeccionar el balance de la obra, creo que resulta empequeñecedor sobre la misma demorarse –o engolfarse– en demasía con estas regocijantes noticias de puro chismorrejo. Seguramente que Hughes hace muy bien en no disimular todo este «tinglado de la moderna farsa», pues contra él puede estrellarse y perderse la objetividad y la claridad de los necesarios ejercicios de discriminación crítica entre el poco trigo y la mucha paja del arte moderno. Sin embargo, intelectualmente esas corrosivas denuncias forman el margen sin duda más caedizo de una empresa cultural de mayor mérito y calado.

A la vista del retablo presentado por Hughes sobre las trapacerías de todo género de los comerciantes, los agentes y los coleccionistas, lo que parece más recomendable que la indignación es sencillamente la sonrisa satisfecha de todo aquel que no se cuente entre los damnificados. Peores argumentos de disculpa pueden oponerse a las censuras que Hughes realiza en el nivel de la «macroeconomía» internacional del chanchullo. La elevación artificial de precios en las transacciones entre privados deja de tener gracia para Hughes, cuando afecta a los fenómenos de la política cultural y artística masiva: presupuestos de museos e imposibilidad de pago de seguros para las grandes exposiciones transoceánicas (pág. 33).

Personalmente, sin embargo, me parece desdeñable todo este género menor de crónica de sucesos y de páginas de la bolsa. No sólo porque resulta bastante aburrida, sino porque creo que afecta poco al gusto de los

críticos y de los espectadores que realmente lo tengan como talento. La masiva maraña de la literatura propagandística que denuncia Hughes, la que entorpece y sofoca la definición intelectual del arte actual y sus valores, no imposibilita en último término las aproximaciones desinteresadas a la certeza posible, sino que, como mucho, afecta y ensordina la popularización momentánea del secreto, en tanto que se realizan las transacciones. El propio trabajo de Hughes es un ejemplo notable y representativo de que esa posibilidad mayor estará siempre abierta, a condición de que el lector de esas páginas sepa interesarse con seriedad por lo más positivo de su experiencia, sin dejarse prender, ocioso, en el regocijado juego de las anécdotas.

**La consistencia del arte moderno.** Tal vez los servicios más importantes del libro de Hughes, como decía antes, son los que presta indirectamente. Es decir, cuestiones mayores sobre la naturaleza y la fisonomía del arte actual no enunciadas explícitamente por el autor, quien rehuye por lo regular los planteamientos abstractamente teóricos. En primer lugar, la cuestión que yo suelo denominar «consistencia» del arte, concepto bajo el cual pretendo aludir a la doble circunstancia abierta por su entidad concreta. Frente al desvaído mito postmoderno que afecta al poder supuestamente infinito –pero, por lo mismo, indefinido– de la simbolización y la sugerencia estética del arte, la familiaridad concreta y próxima, filológica, con los productos artísticos impone un conocimiento no vagamente ilusorio, sino técnico y objetivo.

Es el sólido fondo de experiencia cotidiana con las obras mayores de la tradición artística de Occidente, desde el que el veterano Gombrich producía, en 1986, su alegato «contra el relativismo en las ciencias del espíritu». Concreción de los objetos artísticos y de sus poderes, que se vincula tanto a la limitación material de sus estructuras significantes como –en otro sentido– a la proyección multiplicadora de las mismas en el espesor cultural-histórico y psicológico de sus resonancias espirituales.

El arte, pues, no ya como entelequia inconsistente, manipulable y relativizable a capricho en el examen, sino como realidad concreta. Un sistema comunicativo perfectamente definido, necesitado de estructura significativa y delimitado por ella: frustrado casi siempre

### Qué es

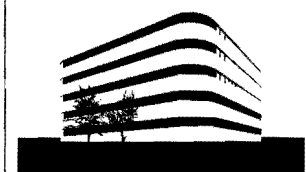
# SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

# SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

## SUMARIO

	Págs.
«Vigencia de las artes», por Antonio García Berrio, sobre <i>A toda crítica: Ensayos sobre arte y artistas</i> , de Robert Hughes	1-2-3
«También hay autocrítica árabe», por Pedro Martínez Montávez, sobre <i>La Prière et L'épée (Essais sur la culture arabe)</i> , de Adonis	4-5
«Una obra de consulta necesaria», por Luciano García Lorenzo, sobre <i>Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana</i> , de Ricardo Gullón (dr.)	6-7
«La apostasía de la razón», por Salvador Giner, sobre <i>El asedio a la modernidad: Crítica del relativismo cultural</i> , de Juan José Sebreli	8-9
«Historia de una ciencia omnipresente», por José Manuel Sánchez Ron, sobre <i>Out of the crystal maze. Chapters from the history of solid state physics</i> , de L. Hoddeson, E. Braun, J. Teichmann y S. Weart (eds.)	10-11
«Dos siglos cumple el Observatorio de Madrid», por José María Torroja, sobre <i>Doscientos años del Observatorio Astronómico de Madrid</i> , de autores varios	12

Viene de la página anterior



por la opacidad torpe de aquella estructura, o bien alentado, en muy contados casos, al espacio múltiple y riquísimo de la experiencia sentimental e imaginativa. El planteamiento «mítico» —es decir, puramente ilusorio— sobre los supuestos poderes infinitos de la sugerencia estética frente a la concreción contradictoria de la razón tiene, como se sabe, raíces filosóficas que recorren el proceso de «destrucción» del idealismo metafísico logocéntrico: Nietzsche-Heidegger-Derrida.

A Hughes le afecta menos el contenido de esa línea principal de la desconstrucción, que ha alcanzado más de lleno a la formulación de la conciencia problemática de los críticos literarios como De Man. Al crítico de arte americano le alcanza más de cerca la incidencia de Baudrillard que la de los demás exportadores postmodernos de la «deriva», porque su incidencia ha sido más directa en los agentes del mercado artístico: «Baudrillard —dice Hughes— no sólo es el más «precioso» de los actuales ridículos, sino también el citado con mayor solemnidad en París y Nueva York, especialmente entre los marchantes de arte, coleccionistas y críticos» (pág. 438).

Creo que, en honor a la verdad, hay más de caricatura por parte de Hughes sobre Baudrillard que de leal representación polémica de sus términos propios como diagnóstico sobre la «obscenidad» sembrada de imágenes sin significado que caracteriza a la sociedad actual. Hughes no es en todo caso un pulido «scholar», sino un influyente crítico «militante», habituado a imponer su autoridad en un medio fraudulento y difícil a golpes de sagacidad irónica y de un seguro instinto para el valor de lo que «se ve». Así se explican —aunque no se justifiquen— los términos descarnados y contundentes de sus descalificaciones: «Apenas sí se puede leer una página de Baudrillard sin sentir repugnancia de sus seudoparadojas, exageraciones retóricas y preguntas prestadas» (pág. 439).

Claro está que Baudrillard no es este fanfante, pero también es cierto que Hughes pretende desacreditar antes a los baudrillardianos del Soho que a la filosofía sociológica de Baudrillard; lo mismo que Eco o Steiner se han ensañado más con el derridismo glorificador de epígonos y vividores que con la analítica deconstructiva de un Derrida cuya mayor culpa social podría haber consistido en la muy disculpable de dejarse mirar, hasta el exceso, en los departamentos de literatura y arte de Norteamérica.

Un sólido conservadurismo, tal vez no exento de sospechas, se desprende como nota más visible en la receta de Hughes sobre las razones de legitimidad «consistente» del arte moderno en su conjunto. Junto a la rica capacidad sensitiva de los análisis de Hughes en determinados casos para señalar la pluralidad de niveles constituyentes del efecto estético en *Los fusilamientos del tres de mayo* de Goya (págs. 69-71), o en las obras de la fascinante pintora americana Susan Rothenberg (págs. 379-382), no deja de sorprender en tan reconocido crítico su escasa flexibilidad y variedad para asestar otras objeciones de fondo, que no sea la más común y hasta «filistea» en los adversarios del arte moderno, sobre el nivel de control y la calidad del dibujo. Sin negar razón de fondo a este criterio axiológico fundamental de Hughes, lo que desconcierta, sin embargo, en un crítico de su prestigio es lo que él mismo sugiere sobre la debilidad elementalísima del análisis intelectual con que se mueven, en la práctica, los mediadores más influyentes del tráfico artístico internacional.

Lo mismo que cualquier aficionado dominguero de hace cincuenta años, lo que Hughes invoca como razón última para legitimar a Picasso es la garantía académica de sus etapas infantiles; y otro tanto vale para artistas tan variados como Morandi o De Kooning.

Por el contrario, son las deficiencias académicas en el control clásico del dibujo las que constituyen, indiscriminadamente, la razón de insuficiencia menos matizable que explica en bloque para Hughes la debilidad de artistas como Francesco Clemente (pág. 373) o Julian Schnabel.

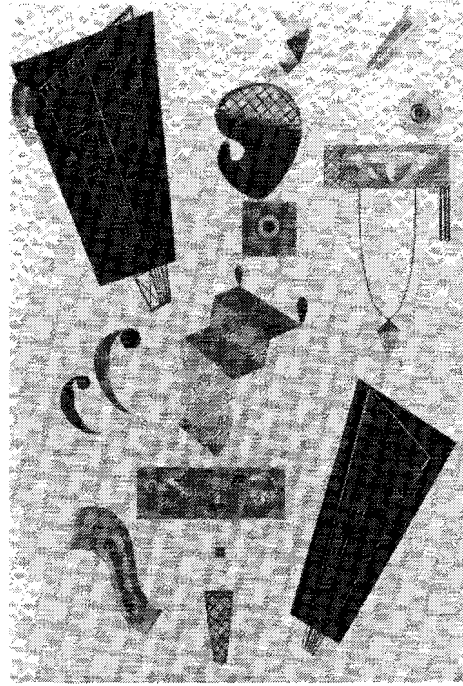
Véase a propósito de este último, una de las más circunstanciadas denuncias de Hughes: «Si usted quiere saber qué funcionó mal en la enseñanza impartida en muchas de las escuelas de arte americanas durante los setenta, la carrera de Schnabel se lo mostrará. Casi sin excepciones, todos los artistas importantes de los últimos cien años, desde Seurat a Matisse, desde Picasso a Mondrian, desde Beckmann a De Kooning, fueron educados (o se educaron a sí mismos) en el dibujo «académico» —el largo forcejeo con el inflexible tema real que, al final, demostró ser la única base sobre la cual se pudieron levantar los grandes logros formales del arte moderno—. Sólo de esta manera se ganaba el derecho a la radical distorsión en el marco de una tradición continuada, y sus resultados iban bastante más allá del juego improvisado» (pág. 355).

**Diferencia del arte actual.** Resulta demasiado problemático y poliédrico para el espacio reducido de una reseña examinar el alcance de verdad del frecuente alegato de Hughes en relación al dibujo y a la legitimidad artística de los modernos. Uno no sabe si saldrían bien parados muchos, no ya de las «bestias negras» de Hughes, sino de sus innominados más célebres. Además, y con toda franqueza, que tal vez no sea el virtuosismo técnico del dibujo tradicional, sino en todo caso «otras» capacidades diferentes de grafismo las que puedan garantizar los mejores momentos de Tàpies o de Pollock, o la legitimidad del dibujo ingenuo de Miró y de Klee, o el de Mondrian y el de las etapas geométricas de Vassarely y Malevich. En cualquier caso, aceptado gustosamente el del dibujo como plausible criterio discriminativo, habría que ilustrar consecuentemente los itinerarios de transferencia de los viejos virtuosismos formales a las necesidades específicas de la varia referencia en el arte moderno. Y ése no me parece que sea el trabajo, en ningún caso, de Hughes en este libro.

Sin embargo, lo que define la constancia del argumento dibujístico de Hughes es posiblemente la dirección de un trayecto conceptual de más calado a propósito de la definición de arte moderno. Brevemente: la colmatación de sus «diferencias» con el arte tradicional y clásico. Es tesis indirecta, pero absoluta y general, que se percibe detrás de la mayoría de las tomas de decisión crítica de Hughes, como por ejemplo en sus mejores elogios de Motherwell (pág. 338).

Así —una entre mil—, a propósito del escultor Christopher Wilmarth: «Los malos artistas van y vienen, pero hay un cierto grado de conocimiento estético que no puede ser falseado. La originalidad de Wilmarth correspondía al único tipo que cuenta, aquella que nace de largas reflexiones sobre el pasado. Era un hijo del museo, criado en la «gran tradición» que, en un principio, representaba el Museo de Arte Moderno» (pág. 406). Por otra parte, la organización misma del índice del libro, con secciones de «antepasados» —de Holbein a Watteau— y de pintores decimonónicos y protomodernos —Rodin, Van Gogh, Manet, Gauguin—, sugiere la globalidad masiva de los argumentos sobre la continuidad sustancial del espíritu artístico.

En principio, esta tesis mayor de Hughes debe parecer prudente y realista para todos aquellos que, como yo mismo desde antiguo, nos hayamos resistido a las pretensiones de evolución radical, casi de inversión copernicana del sentido, en la significación artística moderna. Tales fantasías vienen repitiéndose



«Dos negros», de Vasily Kandinsky.

desde hace cuarenta o cincuenta años como acompañamiento de las manifestaciones más programáticamente revolucionarias: la subversión del museo por Duchamp, el asesinato del arte de Miró, el automatismo subconsciente de los surrealistas, etc. Y de manera cada vez más acelerada en la abstracción geométrica y tecnológica, la escultura cinética y el arte modular, las simplificaciones minimalista y «pobre», el neogeo, etc.

Sobre uno de los rasgos de inversión mejor argumentados a favor de la polisemia radical moderna: el concepto de «obra abierta» popularizado por Eco; ya hace muchos años que alegábamos la pervivencia del foco clásico de la afirmación significativa unitaria, sólo que contemplado ahora por el reverso de las divergencias. Basta con reseñar la filiación velazqueña de Picasso y la cultivada progeie shakespeariana de la inimitable reversión de Joyce. Dos ejemplos que invoco al caso con intención nada inocente.

No obstante, la conservadora capacidad para exceder de Hughes lo sitúa, también en esto, sobre una plataforma de contundencia pragmática difícilmente compartible en las últimas consecuencias de su simplicidad esquemática. El trabajo del gran crítico neoyorquino se explica por lo que es: un sistema de referencias y de reacciones inteligentes, que no puede seleccionar libremente sus estímulos. Su principal fuente de compromisos es orientar el gusto contemporáneo entre los productos actuales de la oferta. De ahí que entre modernidad, vanguardia y actualidad artística postmoderna, las reflexiones de Hughes versen con especial solvencia sobre todo lo que implica la reacción postmoderna del arte y la estética de los ochenta.

Personalmente me parece deficitaria, como indicio de cautelas en el conservadurismo de Hughes, su desconfianza o su infravaloración sobre los logros artísticos del espíritu moderno. Una limitación de base que no enjugan sus sangrantes pullas irónicas contra los principales héroes del «pop» y de las «travanguardias» o con las jerigonzas escénicas de la postmodernidad. Sobre esa debilidad básica es más elocuente lo no tratado que lo expreso en el trabajo de Hughes. Sin que falten, no obstante, los índices explícitos tan categóricos —e incompatibles— como el de la siguiente conclusión de 1982 sobre Kandinsky: «Las futuras exposiciones de Kandinsky del Guggenheim sin duda tendrán mucho que decir sobre los motivos por los que, desde la vi-



«Estudio de un enano», de Francis Bacon.

sual de los años ochenta, el arte abstracto no cumplió las esperanzas que sus fundadores habían puesto en él hace tres décadas» (pág. 189).

Cuestión, sin duda, de gustos y opinable, porque para mí que si el espíritu de la modernidad artística se ha labrado un lenguaje simbólico definitivo, o por lo menos propio y absoluto, ha sido con la poderosa abstracción de las artes visuales. *A toda crítica* no nos entrega, por tanto, el plano del tesoro de la definición del arte moderno. Contra esa aspiración, más que necesaria para la cultura de nuestro tiempo, se confabulan sobre todo las circunstancias profesionales de su autor, en las que este libro se ha gestado. Su contenido está formado por una constelación aleatoria de reacciones críticas, compuestas a partes iguales de aguda inteligencia irónica, buen gusto, penetrante agudeza crítica de la visión y un estupendo instinto de supervivencia social —a constatar la sospechosa docilidad de Hughes en el test de Kiefer y el holocausto (págs. 382-385)—. Todo lo cual proporciona por el momento, pese a la ausencia de la definición, uno de los mejores inventarios críticos posibles sobre el arte actual, con los síntomas y las pistas más seguras. □

## RESUMEN

*La masificación de la cultura es un fenómeno patente en la civilización occidental de este siglo, y en este contexto se produce el hecho de que el arte llega a interesar a grandes masas de población. Un arte, el moderno, que en muchos casos causa perplejidad, por la fragilidad*

*objetual y la distorsión antidecorativa de muchas de sus manifestaciones. Este es el inicio de la reflexión que lleva a cabo García Berrio a partir de un libro de Robert Hughes, una de las personas que mejor conocen las complejidades laberínticas del arte actual.*

Robert Hughes

*A toda crítica: Ensayos sobre arte y artistas*

Anagrama, Barcelona, 1992. 497 páginas. 3.000 pesetas.

# También hay autocritica árabe

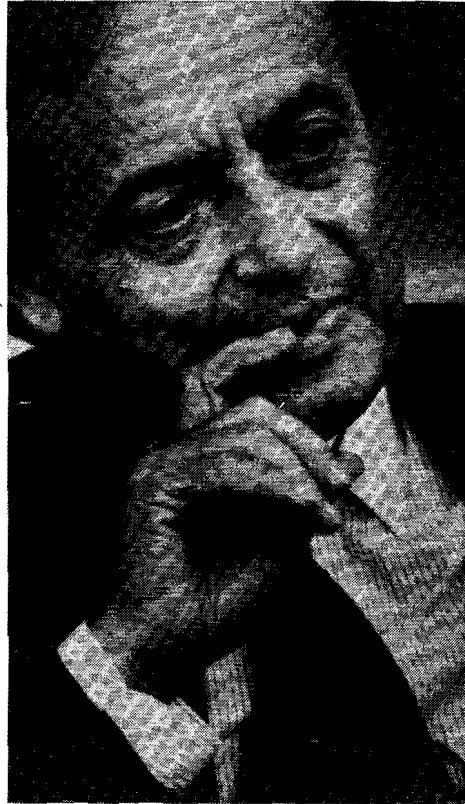
Por Pedro Martínez Montávez

**Pedro Martínez Montávez** (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

Conocí a Adonis y hablé con él por vez primera, a solas, quizá algo más de una hora, en su cuarto del periódico libanés donde por entonces trabajaba, hace ya casi treinta años, a finales de octubre de 1965. Dos años después, cuando preparaba yo la traducción parcial al castellano de sus *Canciones de Mihyar el de Damasco*, primera obra suya que se vertía a nuestra lengua y que se publicaría meses después, en 1968, terminaba con el siguiente párrafo la primera parte del prólogo-estudio que puse a la traducción: «Así recuerdo yo a Adonis, con su menuda figura, su pelo negro y sus ojos profundos, una mañana del claro otoño de Beirut en que los pinos, sobre el monte, estrenaban un aire nuevo y suavizado. Tras todo ello, como un inmenso jaguar agazapado y tenso, quedaba la caliente soledad de los desiertos». Desde el momento mismo en que escribí estas frases tuve la certidumbre de que se trataba de una imagen exacta, de una intuición feliz, pero no sabía bien por qué había surgido ni los sentidos que guardaba. Desde entonces, la abundante y mantenida obra del autor, tanto en su dimensión poética y creativa como en la ensayística y teórico-crítica —y posiblemente en esta segunda de manera muy especial—, ha ido confirmándose, no obstante, lo adecuado de esa visión felina. Que no tiene que ver sólo con el autor, sino también con todo su universo vivencial y cultural acumulado.

La vida de Adonis se dispone en tres fases. Nació en el año 1930 en una aldea de la Siria del norte próxima a la ciudad de Latakía —antigua Laodicea— y a las silentes ruinas milenarias de Ugarit, cuna de la cultura cananea. Cerca también, por consiguiente, del río Orontes, el llamado en lengua árabe río Rebelde. Es una geografía física e imaginaria típica y tópicamente «oriental»: fracturada, arcaica, legendaria, multirreligiosa, de estratificada cultura material y espiritual. A mediados de los años cincuenta se traslada el joven poeta —que ha adoptado ya el nombre literario de «Adonis» y ha dejado el de Ali Ahmad Said Esber para la práctica administrativa— a Beirut, y desde entonces se considera, y es, ciudadano libanés.

Treinta años más tarde, en 1986, tendrá que fijar en París su residencia permanente, hasta la fecha. Cuando Beirut ha pasado de ser paraíso artificial a infierno real. La obra



Adonis.

de Adonis tiene indudablemente una sustancial vocación universalista y resulta impropio y hasta mendaz, por consiguiente, aplicarle criterios de interpretación y características localistas, pero ello no impide la apreciación de la presencia y actuación en ella de esos tres componentes o elementos fundamentales: lo sirio —aunque seguramente resultaría más pertinente decir lo «siriano», aun a riesgo de incurrir quizá en galicismo—, lo libanés y lo francés. Un marco muy impuesto y tradicional, tan atractivo como aleve, desde un principio, para suscitar los más variados y deslizantes cruzamientos y asociaciones entre Oriente y Occidente.

Esos pocos datos mencionados constituyen los hitos descolantes de su biografía oficial. Tratar de trazar la biografía sensitiva e intelectual de Adonis —me refiero, naturalmente, a la honda, a la cimentada, a la subyacente, y no a la más bien aparente, circunstancial y cambiante, por otra parte tan inevitable y naturalmente fascinante, iluminativa, seductora— constituye una tarea sumamente difícil aún y comprometida, enormemente arriesgada. Resulta tan congruente como ilustrativo, por consiguiente, que en el aún bastante indefinido, lábil y frágil ámbito, en convulsa, larga y apasionante gestión, de la cultura árabe contemporánea, su personalidad y su obra, la función que cumple en la configuración y definición de las señas de identidad y opciones predo-

minantes de la misma, constituyan motivo de escándalo y objeto de la más ardua polémica, provoquen las filias y las fobias más extremosas y despiadadas.

Adonis es más un rebelde que un revolucionario. No se distingue la cultura árabe contemporánea, precisamente, por su capacidad y disposición para encajar y asumir auténticas realizaciones revolucionarias —aunque tampoco carezca totalmente de ellas, como injustamente y por ignorancia se le imputa, o al menos de apreciables tentativas—, pero es lo cierto que manifiesta una predisposición y capacidad aún mucho menores para la aceptación de la rebeldía. Entre ser revolucionario y ser rebelde, esto segundo parece ser muchísimo más difícil todavía.

## Culturas y experiencia personal

De los abundantes y variados calificativos que cabe aplicar justificadamente a nuestro autor, voy aquí a poner de relieve uno que me parece especialmente caracterizador: Adonis es un escritor culto, me atrevo a decir que estructural y vocacionalmente culto. Tal característica queda seguramente más patente —parece obvio— en su producción teórica y crítica que en su producción poética, aunque en ésta resulte también fácilmente observable y especialmente distintiva. En un libro como el que aquí nos ocupa, adquiere particular importancia y exigencia. Entiéndase, sin embargo, pertinentemente lo que quiero resaltar: se trata de un escritor culto no sólo por temas y contenidos, por formación y lecturas, sino también, y quizá preferentemente en la mayoría de las ocasiones, por elección e intención. Que exige también, en contrapartida, un lector culto, aunque los niveles, factores e intereses de cultura —¿quizá «cultidad»?— no tienen por qué resultar plenamente coincidentes entre un «lector oriental» y un «lector occidental».

En todo caso, esa necesidad de lector culto responde también a la condición desafiante y provocadora de la reflexión de Adonis. Para una estrategia de escritura hay que habilitar, consecuentemente, una estrategia de lectura. El lector goza en principio de la misma libertad e independencia que el escritor y no tiene por qué estar menos pertrechado. Quizá la lectura resulte así menos grata, fácil y recreativa, pero se hará también, en compensación, bastante más instructiva, acicadora e inquietante.

Adonis posee plena conciencia de su experiencia, dual, confrontada, interrelacionada: «Mi experiencia brinda dos vertientes que exploraré rápidamente: una es árabe-islámica, la otra es occidental». Se trata de una idea eje y clave para la comprensión y valoración no sólo de este libro en concreto, sino de todo el

mensaje «adonisí», de toda su experiencia cultural vivida y acumulada, como el propio autor reconoce y confiesa. Tal experiencia constituye el motor y el motivo permanente, central, de su reflexión, de sus juicios y sus valoraciones. Adonis se ve y se expresa dramáticamente, gustosamente, lúcidamente, como un ser a horcajadas y escindido, en agotadora búsqueda permanente, y quizá finalmente irrealizable e imposible —por su arraigado e irrenunciable fundamento individual entre otras varias razones—, de una armonía complementaria plena y final. El hombre Adonis transita a lo largo de un adarve tendido entre la morada y el abismo, y lo hace con impresionante valentía, pero también en medio de pavoroso riesgo. Si su escritura es en gran medida, indudablemente, el resultado de una catarsis, su lectura la provoca también. Al leerlo se tiene la impresión de que «todo terminó, y no ha empezado nada todavía», recordando el ejemplar y tremendo título de un texto suyo muy reciente.

Se trata de dos culturas radicalmente diferentes y contrapuestas. Adonis llega seguramente a tan categórica convicción no sólo como resultado de un proceso intelectual carente totalmente de concesiones y artificios, que quiere ser rigurosamente racional, íntegra y hasta despiadadamente racional en no pocas ocasiones, sino también como consecuencia inevitable —hay, a mi entender, sobrados motivos para deducirlo así— de su propia e intransferible experiencia personal, aunque omita habitualmente tal referencia o la proporcione de manera preferentemente subyacente, diluida y entrañada, y pase por ello desapercibida al lector indocumentado.

Es una doble vida la suya. De una parte, «en la cultura de una sociedad fundada y dominada por una idea religiosa, que reduce el tiempo a un momento original que considera es el de la Revelación, y, por consiguiente, a medida que se aleja del tiempo de la Revelación, la sociedad se hace más imperfecta». De otra, en una cultura «que ha creado su propia revolución en lo concerniente a la concepción del tiempo, instituyendo la idea de porvenir, que, en esencia, reposa sobre la idea de progreso. El porvenir, así, en oposición al pasado, resulta mejor, no porque represente el progreso, sino porque es también la fuente ideal a la que aspira un hombre y hacia la cual se dirige». Una concepción teológica, en resumen, frente a una ideología técnica, en terminología también del propio autor. No queda de hecho, seguramente, ni el menor resquicio para la introducción del detalle o del matiz, absolutamente inoperantes en el firme y radical esquema esencialista del autor. De hecho, y al margen de cualquier arrebato de controversia o de polémica, el planteamiento de Adonis des-



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior



lumbra seguramente y anonada. Admira también, posiblemente, que una experiencia de esta naturaleza, tan radicalmente dicotómica, no haya derivado finalmente en una fatal esquizofrenia y pueda mantenerse y manifestarse en términos de imperturbable serenidad.

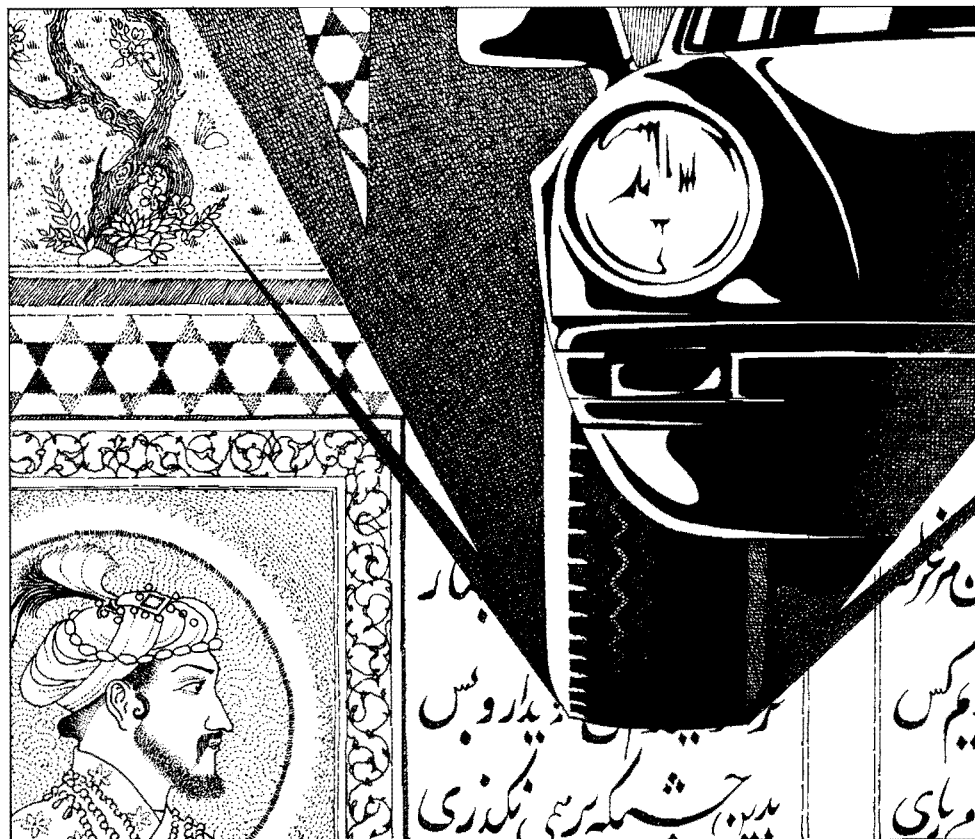
### Facetas de una crítica radical

La crítica que Adonis efectúa de la cultura árabe en la inmensa mayoría de las páginas de esta singular recopilación de ensayos es no sólo dura por regla general, sino aún más: feroz, con apreciable frecuencia; desgarradora y fúlgida, como felina. Tanto en la expresión como en el contenido, sin alifafes. En realidad, es una crítica de la cultura árabe-islámica, y resulta ciertamente sorprendente e inexplicable que este segundo calificativo no aparezca también explicitado en el subtítulo del libro: ¿olvido simplemente, inadvertencia, concesión «estética» o formalista, conveniencia coyuntural...? Una revisión crítica de tal índole e intención, aparte de estar en buena medida justificada desde puntos de vista estrictamente objetivos y de parecer por ello, y por muchas razones, conveniente, resulta también, por no menos conceptos, especialmente aleccionadora e ilustrativa.

A la gran mayoría de los árabes —tan intimistas y pudorosos todavía al respecto— les irritará, indudablemente, les dolerá, pero puede resultarles también sumamente valiosos. Lo que no significa que tengan que compartirla plenamente, pues aunque sea legítima y esté ampliamente justificada, como decíamos, no en todos sus aspectos y apartados cuenta con el mismo fundamento. Sorprenderá quizá a muchos que el poeta genuina y originalmente simbolista que Adonis es, hermético y oscuro, hermosamente, por soberana decisión y congruencia creadora, se haya dejado en esta deslumbrante prosa ensayística de oscuridades, hermetismos y simbologías formales. No hay mayor motivo, no obstante, para la sorpresa. El propio autor ha confesado, con encomiable sinceridad, «que el poeta dice siempre lo mismo, pero con modalidad diferente». Y buscar belleza y verdad bajo los vestigios o los escombros resulta terriblemente ingrato, difícil y doloroso, aparte de encomiable.

Sin embargo, este libro interesará y puede enseñar no menos al lector occidental; seguramente le resultará bastante sorprendente. Habitado como está a concebir el mundo árabe como un gran vacío cultural e intelectual, como un espacio caótico e inexplicable, carente de ejercicio de la razón; desconociendo casi totalmente la existencia de importantes literatos, artistas, pensadores, se sentirá indudablemente sorprendido ante la índole y el nivel de este claro y preclaro testimonio, sin rodeos y sin ambages. Cómodamente instalado en su visión del árabe como ser eminentemente negativo, pasivo, indolente y conformista, se sentirá contradictoriamente comprendido y desconcertado, asistirá de seguro dubitativo o desconfiado, ante la violencia y la rotundidad de la autocrítica colectiva que Adonis efectúa.

El lector neutral y sin complicados arrequives mentales, psicológicos o ideológicos —seguramente, además, minoritario— se quedará probablemente ahí. Por el contrario, el texto podrá parecerle sorprendentemente próximo a tanto detractor ignorante y maniqueo con que la cultura árabe-islámica cuenta, gratuitamente, en ese medio cultural; no poco pseudo-intelectual «de uniforme» —y quizá, especialmente, si es además «modernista» e hijo más o menos legítimo y directo del mayo del 68— se sentirá con él muy identificado y encontrará en sus páginas abundante leña para avivar su mezquino y rahez fuego. Porque es innegable que el sincero y valiente testimonio de Adonis muestra una sorprendente e inquietante relación parcial con el más acendrado



FRANCISCO SOLÉ

y asumido «mensaje orientalista», seguramente sin pretenderlo.

Entre otras cosas, todo esto podrá ocurrir por comodidad, por aburguesamiento o friolidad intelectual, por desdenosa ignorancia jamás contrarrestada ni discutida. Por contra, los interesados de verdad en la cultura árabe contemporánea y auténticamente documentados en ella —tan escasos, aun entre los tenidos por profesionales y expertos en ella— saben muy bien que el esfuerzo de Adonis no es singular ni único, sino que se sitúa decidida y voluntariamente en una línea de consciente revisión autocrítica iniciada ya hace tiempo y que cuenta con otros nombres representativos y destacados, con volúmenes y sentidos de denuncia sumamente variados. Por citar sólo unos cuantos, muy diferentes entre sí, y que valen para ejemplificar la pluralidad y el alcance del fenómeno: el marroquí Muhammad Abed al-Yabri, el libanés Sadeq Yalal al-Azm, el jordano de origen saudí Abderrahmán Munif, los sirios Nizar Kabbani y Zakariya Támer, la egipcia Nawal as-Saadawi...

El grito de Adonis no surge como una consecuencia directa y única de la crisis del Golfo y toda la turbia, cruel y sucia trama de falacias políticas que provocó. Parte nada desdeñable de los ensayos que en el libro se recogen son anteriores a esa fecha. Pero sí parece fuera de toda duda que ese hecho lo impulsa y da salida definitiva. El texto que da nombre al volumen —significativamente a su vez subtulado «la democracia salvaje», aprovechando la expresión de Claude Lefort— fue escrito a la sazón. El autor parte de una comprobación tan lúcida como irrefragable: «Nada de lo que ha pasado estos últimos tiempos en tierra árabe debiera sorprendernos. Lo que aparece hoy de manera flagrante no brinda ninguna novedad en relación a la situación que se ha desarrollado silenciosamente en todo el mundo árabe, con matices según los países, desde el final de la segunda guerra mundial y desde la «liberación» de los árabes del yugo de Occidente».

La violenta reacción de Adonis es, por consiguiente, una de tantas manifestaciones conspicuas de la profunda grieta abierta en un organismo ya bastante resquebrajado y del nuevo trauma que lo carcome aún más. Y resulta indudable que seríamos más precisos llevando a la primera gran guerra, y no a la segunda, el auténtico punto de partida de esa

situación que denuncia el autor: aquel periodo no menos turbio en el que se llevó a cabo la aberrante paradoja de imponer «a peace to end all peace», como se titula el conocido libro de David Fromkin.

Desde un tiempo «encastillado en el polvo» —expresión también muy del autor—, Adonis se postula como testigo y testimonio singular de un mundo dislocado y en desmoronamiento, y no sólo ya en crisis. De su implacable descalificación total muchos entenderán tan sólo, interesadamente, la dirigida a los regímenes y responsables árabes, la dura denuncia que efectúa de la ominosa situación que humilla, tortura y aniquila al individuo, rehén de gobiernos dictatoriales y de sociedades desconcertadas, entregadas. Otros, por el contrario, pondrán el mismo interés en subrayar las no menos duras acusaciones que lanza contra un Occidente ciego y vorazmente consumista que, esclavo de sus intereses económicos y estratégicos tan sólo, renuncia a muchos de sus principios civilizadores y humanistas. Ese Occidente que el autor admira sinceramente desde hace tanto tiempo y que constituye, en muchos aspectos, el ideal que busca. Tanto unos como otros, sencillamente, demostrarán no tener el menor deseo ni aptitud para recibir y entender el mensaje de Adonis; le serán desleales, en clara demostración de poco respeto intelectual.

Hay que apreciar la variedad temática de esta recopilación de ensayos, su brillante exposición casi siempre, en términos y en conceptos, el espléndido horizonte de sugerencias que abre. Que en no pocos puntos concretos resulte también polémica no es finalmente sino un rasgo de coherencia. En especial, cuando el autor aborda unas materias que son, pre-

ferentemente, de pasado, y no se recata entonces de aplicar a sus análisis y valoraciones una especie de retroproyección histórica, a veces no ponderadamente calculada ni suficientemente documentada. La unidad y coherencia del libro, sin embargo, vienen dadas ante todo por el talante y el propósito de Adonis en su aproximación revisionista a la cultura árabe-islámica en sus postulados básicos y permanentes, que se tienen por plenamente identificadores. El empleo correcto y contrastado de los datos históricos se echa a veces de menos, pero Adonis es un excelente ejemplo de pensador sensitivo, cargado de abrumadora experiencia personal, y en modo alguno un historiador. Que acredita además una evidente preferencia por la reflexión lineal y escaso interés, por el contrario —o quizá más bien convencido desinterés personal—, por la dialéctica. Cuyo cordón umbilical árabe es la lengua.

### ¿Un futuro premio Nobel?

Mencionar esta posibilidad —a la que ya he aludido en alguna que otra ocasión— no significa, en absoluto, que el comentarista posea dotes de adivino ni esté particularmente capacitado para la predicción. En realidad, la candidatura de Adonis ya ha estado sobre la mesa, y su refrendo no constituiría —en su caso, como en el de alguna que otra figura no menos insigne y representativa de la literatura contemporánea en lengua árabe— sino otra reparación parcial de la deuda contraída con ella. Afortunadamente, la obra de Adonis —especialmente la poética— va adquiriendo ya en el medio occidental un conocimiento y una valoración convenientes. Desde hace ya algunos años esta labor ha adquirido en Francia, y en el marco extenso de la «francofonía», especial importancia. El volumen aquí comentado, en cuya selección, traducción y edición han participado con gran acierto Anne Wade Minkowski, Leila Khatib y Jean-Yves Masson, constituye un nuevo, valioso y oportuno botón de muestra. Desde el estricto purismo científico, no obstante, resultaría seguramente conveniente determinar en qué medida los textos de esta recopilación han podido ser reelaborados con tal motivo.

Como resultaría no menos conveniente recordar la atención, seguramente pionera en el marco de la cultura occidental, que el arabismo español prestó a este creador inconfundible. Me excuso de antemano por lo que en ello puedan ver algunos de inmodestia. Lo traigo a colación para que se sitúe al menos con corrección cronológica una iniciativa —y una inquietud— significativa, que tampoco fue única ni se redujo sólo al nombre de Adonis. Para recordar también cómo esa labor eminentemente universitaria ha ido siendo ampliada por otros más jóvenes: Carmen Ruiz Bravo, Nieves Paradela, Federico Arbós, que también están contribuyendo oportuna y eficazmente a la difusión de la obra de un escritor en lengua árabe de hoy, rebelde y polémico quizá como ningún otro, a horcajadas entre Oriente y Occidente, que puede alcanzar el galardón de «nobelado». □

### RESUMEN

Ali Ahmad Said Esber es un intelectual libanés que utiliza el seudónimo de Adonis y a quien el profesor Martínez Montávez conoció hace años en Beirut, antes de que se exiliara en Francia, desde donde escribe, a horcajadas entre Oriente y Occidente, su obra poé-

tica y sus ensayos, como estos que componen el libro que comenta y en los que el escritor libanés somete a una concienzuda crítica a toda la cultura árabe-islámica, situándose en una corriente autocrítica que tiene otros cultivadores, como señala Montávez.

### Adonis

*La Prière et L'épée (Essais sur la culture arabe)*

Mercure de France, París, 1993. 381 páginas. 130 francos.

# Una obra de consulta necesaria

Por Luciano García Lorenzo

**Luciano García Lorenzo** (Zamora, 1943) es profesor de investigación del C.S.I.C., a cuya Comisión científica y Junta de Gobierno ha pertenecido. Ha sido profesor de diferentes universidades europeas, de Estados Unidos y de Canadá. Autor de numerosos libros y artículos especialmente sobre el teatro español, dirige la revista Cuadernos de Teatro Clásico.

Por la vida —día a día, en lo grande y en lo mínimo— y por la experiencia profesional de cada uno pasan acontecimientos y personas en abundancia, incluso en demasía. El filtro del tiempo selecciona para el recuerdo los sucesos (uno mismo es hechura, víctima o discípulo inconsciente de la mayor parte de ellos) y también los años dejan en el curriculum de nuestras vidas el contacto con hombres y mujeres cuya huella es manifiesta o, al menos, no pasaron en silencio junto a nosotros. El profesor Gullón fue siempre para mí don Ricardo, pero yo sé que la señal de respeto (y por mi parte de admiración) era aceptada por ambos por inercia, ya que las veces que en Chicago, Madrid o Santander tuvimos ocasión de conversar, el tono de la charla era de amigos, incluso de cierta complicidad en algunos asuntos, una amistad que nacía de completar el diálogo con la presencia de Cervantes, Galdós o Antonio Machado. (Y España con sus presentes y su futuro.) Sólo había una pasión de don Ricardo que en mí había quedado en admiración con ciertos límites: Juan Ramón Jiménez.

## Culmen de una vida

El *Diccionario* que ahora comentamos es la última gran obra del profesor Gullón, y creo que cerrar una vida dedicada a la literatura, a la lectura, al estudio y a la enseñanza de la literatura con un trabajo de estas características cuadra muy bien con la personalidad intelectual de don Ricardo, testimonio de una generación que huyó de las limitaciones de una especialización maximalista, pero que tuvo el bagaje de conocimientos suficiente para, como él, pasar de la novela a la poesía o de Cervantes a la narrativa más reciente. Esa generación, marcada, en ocasiones a sangre y fuego, por la guerra, se repartió por mil lugares y el hispanismo norteamericano difícilmente volverá a contar con el magisterio de personas como Navarro Tomás, Montesinos, Lloréns, Casaldueiro, Francisco Ayala, Guillén, Salinas, Cernuda o el propio Gullón. Muchos de estos nombres ocupan lugar privilegiado en este *Diccionario*, como lo ocupa también Gullón, y no sólo por sus libros y artículos de carácter crítico, pues don Ricardo a la creación dedicó muchas de las horas pasadas, fundamentalmente, en Estados Unidos o España. *Diccionario* éste, en conclusión, que ha aparecido muerto ya el profesor Gullón, pero que es, como veremos con sus limitaciones, homenaje merecido a su memoria.

Ha contado y cuenta España con uno de los monumentos enciclopédicos más importantes del mundo: el ya familiar *Diccionario Espasa*; sin embargo, durante las últimas décadas no sólo no ha aparecido obra alguna que se aproximase a ésta, sino que nos hemos limitado a traducir y las editoriales a colocar en el mercado trabajos de este carácter nacidos originalmente en Francia, Inglaterra o Italia... Varias causas creemos que explican últimamente el éxito, por una parte, de estas obras y, por otra, la carencia de trabajos estrictamente españoles.



TINO GATAGÁN

El éxito puede deberse, en primer lugar, a la necesidad de contar en los hogares con un material auxiliar que ayude a los escolares y con una política de ventas por parte de ciertas editoriales que hacen accesible el producto a las familias.

La falta de obras nacidas en España quizá haya estado, de un lado, en las reticencias habidas por parte de no pocos especialistas en participar en proyectos de carácter colectivo, al mismo tiempo que para las casas de edición es mucho más fácil y más rentable, a corto plazo, traducir lo existente que aparecer en el mercado con algo

nuevo y que exige un trabajo de elaboración complicado e incluso ingrato en muchas ocasiones. Teniendo esto en cuenta, hay que agradecer a los responsables de Alianza Editorial que se enfrentaran y hayan sacado adelante este *Diccionario*; con él, de nuevo este sello editorial se apunta un buen tanto, como ha sucedido con otras obras o colecciones recientes y como sucedió hace ya varias décadas con su nunca bien agradecida colección de bolsillo.

Uno de los problemas fundamentales que se presenta a la hora de elaborar una obra de este carácter es el de establecer los

criterios que se han de seguir por parte de todos los colaboradores —en este caso varias decenas de especialistas—, con el fin de que el trabajo tenga coherencia, además de rigor y objetividad. Los criterios imprescindibles (y con los que se puede estar de acuerdo o no, pero que nos parecen muy razonables) de este *Diccionario* han sido los siguientes:

a) Ofrece autores que han escrito en castellano, tanto españoles o hispanoamericanos como sefardíes, filipinos o chicanos, y obras en esta lengua, pero no en otras peninsulares. Esto hace que figuren escritores que tienen producción en castellano, además de en otra lengua, pero no aquellos que sólo lo han hecho en catalán, gallego o vasco. Sí se han incluido, sin embargo, obras latinas medievales o autores, como Luis Vives, que sólo utilizó el latín.

b) Se han incluido con entrada individual filólogos o historiadores de la literatura importantes hasta el siglo XIX; los del siglo XX figuran en una entrada general.

c) Hay en el *Diccionario* entradas dedicadas a movimientos literarios o géneros considerados tradicionalmente, pero también a historiadores, economistas, escritores de espiritualidad, etc., que tienen una relación en ocasiones muy directa con la literatura de creación, bien por sus obras siempre consideradas así como por la difícil frontera existente entre la creación y otros campos quizás más técnicos o científicos. Recordar a Alfonso el Sabio es el testimonio más evidente. De todas formas, los editores ya advierten: «Desde luego, las dificultades para fijar los límites de lo literario aconsejaban restringir la inclusión de autores y obras de este tipo, y esas mismas precauciones rigen la presencia de cuantos cultivaron exclusivamente las variadas formas de ese género de perfiles imprecisos que se conoce como *ensayo*» (pág. IX).

d) Cronológicamente, el *Diccionario* se ha cerrado en 1992 y los escritores contemporáneos que han publicado su primera obra después de 1975 no tienen entrada propia, sino que figuran en entradas generales para cada uno de los géneros.

e) La obra pretende, precisamente, por su carácter enciclopédico, que prime en ella más lo descriptivo que lo estético, dado que va dirigida a un público amplio y tiene un fin eminentemente instrumental. Esto hace que se haya dado importancia a los datos (títulos, fechas...) y también que el valor estético de la producción de un autor no esté en consonancia, en ocasiones, con el espacio —mucho o poco— que se le ha reservado.

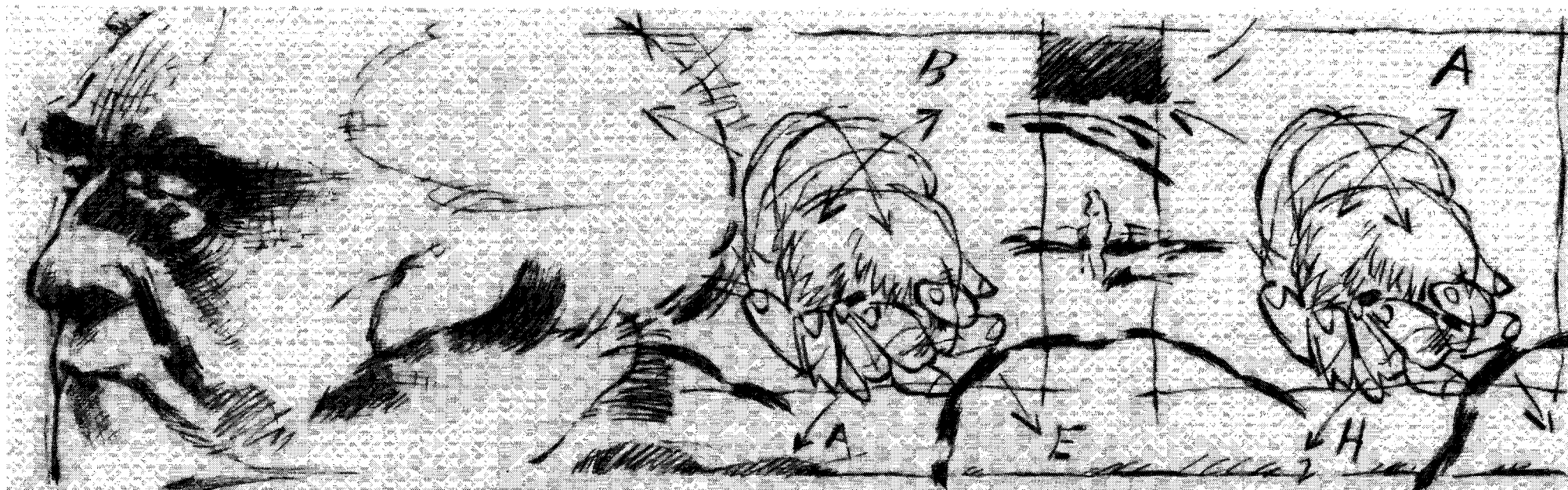
f) Se ha intentado ser riguroso en todo lo que se refiere a literatura hispanoamericana, ya que los problemas son evidentemente mucho mayores que los que pueden presentarse con la literatura española: diversidad de países; enorme riqueza, sobre todo en este siglo, en algunos como Argentina o Méjico; casi desconocimiento del gran público de las literaturas de Honduras o Panamá...

## Olvidos, errores, opiniones

Un *Diccionario* como el que nos ocupa, con más de dos mil páginas, cinco mil entradas, cincuenta mil títulos de obras (más las que figuran en las bibliografías) y ciento cincuenta colaboradores, lógicamente tiene olvidos, errores (además de erratas) y opiniones discutibles, por muy objetivo que pretenda ser. Y todo esto a pesar de la reconocida valía de los redactores, el prestigio indiscutible de los responsables más directos, la sabiduría y dedicación de su director



Viene de la página anterior



TINO GATAGÁN

y el cuidado con que se advierte han trabajado los responsables editoriales.

Inmediatamente después de la aparición de la obra, ya han aparecido algunas reseñas y en algunas de ellas se han señalado diversos errores u olvidos, como también se han discutido afirmaciones existentes en diferentes entradas y con las cuales se está en desacuerdo. Creo que por lo que se refiere a errores, olvidos puntuales o erratas, una obra de este carácter puede ser corregida en las diferentes ediciones que se irán sucediendo, y la misión de los que nos acerquemos al *Diccionario* será colaborar con él, precisamente haciendo llegar por medio de estas reseñas las observaciones y los comentarios que una obra de este carácter exige. Digamos de antemano que, por lo que se refiere a autores y a datos que se han incorporado, el *Diccionario* es de una riqueza extraordinaria; en cuanto al contenido de las entradas, se puede discrepar del desarrollo y la afirmación de algunas de ellas, y en algún ejemplo nos detendremos inmediatamente, pero se trataría siempre de casos particulares y en una cantidad mínima, si tenemos en cuenta el volumen de la obra. Vayamos con algunas de estas observaciones:

1) No es cuestión sólo de líneas dedicadas a un autor (y hemos leído la «Nota de los editores» que precede al volumen), sino de los datos y los juicios que, en ocasiones, se expresan en las entradas; hace falta para futuras ediciones repasar sobre todo bastantes de las fichas dedicadas a escritores españoles de los siglos XVIII, XIX y XX. No creemos que Gamoneda, José María Luelmo, Juan Marsé, Terenci y Ana María Moix, por citar algunos, merezcan menor atención que otros escritores de su generación. De la misma manera, la bibliografía a veces es incompleta o falta lo fundamental: Antonio Garnica para Blanco White, que, por cierto, nunca fue canónigo magistral, sino capellán real; P. Cerra y Caso para Feijoo; las Actas del Congreso sobre Nicolás Fernández de Moratín publicadas por el C.S.I.C. en su *Revista de Literatura*; las Actas sobre periodismo en el XVIII publicadas también por el C.S.I.C.... Y aunque no es nuestro fuerte, sólo un testimonio de literatura hispanoamericana: no se ofrece ni una sola referencia bibliográfica sobre José Santos Chocano o Enrique Buenaventura.

2) Algunas fichas, sobre todo las dedicadas a autores o movimientos literarios importantes, se han quedado con una bibliografía que, nos tememos, llega al año en que fueron entregadas (1989, 1990), cuando sobre esos autores, movimientos o géneros han aparecido, a partir de esas fechas, estudios a tener en cuenta (vid. Cervantes, cuya entrada merecería una revisión, Calde-

rón...). También, desde el plano bibliográfico, faltan en ocasiones trabajos que sería conveniente citar, por ejemplo, los estudios de José A. Ascunce sobre León Felipe, que ya algún crítico ha recordado.

3) Habría que evitar ciertas repeticiones, sobre todo en nombres que aparecen en las entradas dedicadas a géneros, etc., y a los que también se les dedica entrada individualizada. Es el caso, por ejemplo, de Angel Rama, del cual se duplican comentarios y títulos.

4) Faltan algunos autores, bien es cierto de escasa importancia, aunque la ausencia es más significativa si han tenido el honor de entrar otros como Romualdo Nogués y Milagro, verdadera «perla» para quienes no hemos tenido la suerte de nacer en Borja y sentirnos orgullosos de su producción: «General de brigada y narrador de temas castrenses y regionales. A menudo omite su nombre bajo la firma de "Un soldado viejo natural de Borja"». Fue también un muy respetado coleccionista de antigüedades y escribió estudios sobre este asunto. Destacan sus obras *Cuentos, dichos, anécdotas y modismos aragoneses* (1881 y 1885), *Cuentos para gente menuda* (1887), *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja* (memorias, 1898), y *Cuentos, tipos y modismos de Aragón, cuentos baturros* (1898). De todas formas, y a la hora de reseñar ausencias, siempre habría que tener muy en cuenta las palabras de Fernando Lázaro Carreter en el prólogo a esta obra: «Nunca podría completarse la nómina con autores pretéritos y actuales. Aun jerarquizándola y decidiendo cortarla a un cierto nivel, queda siempre una franja muy ancha de nombres para la indecisión cuando intenta evitarse la subjetividad y tiene que decidirse entre calidades que fueron y no son, que no han sido ni serán, o que aún no son pero pueden ser».

#### Elemental criterio de justicia

5) Delicado, por supuesto, es todo lo que se refiere a las entradas correspondientes a «Filología, crítica e historia literaria en España» y a «Hispanismo», enfrentándose sus autores con ellas a una de las tareas más ingratas del *Diccionario*, aunque saliendo el autor de la segunda no sólo más airoso, sino desarrollando muy adecuadamente su cometido. Lamentablemente, no sucede lo mismo con el intento de mostrar lo que ha sido la crítica española del siglo XX; las matizaciones y la incorporación de ciertos nombres en este apartado son muy necesarias por un criterio de elemental justicia. Llamen la atención, por ejemplo, las ausencias de Francisco Aguilar Piñal, que ha contribuido a la historia literaria del siglo XVIII con bastante más (¡y no es poco!) que sus trabajos bibliográficos; otra ausencia es la de Pilar Palomo (se le cita sólo como colaboradora en la prensa periódica); otra, la de Carmen Bobes; otra, la de Antonio Prieto, el cual figura sólo como novelista y director de la revista *Prohemio*, aunque realmente fue codirector de esa publicación con varios nombres más... Tampoco nos resulta muy acertado incluir sin más comentarios listas de nombres nada menos que con Emilio Alarcos García, José Manuel Blecuca, Emilio Orozco, Antonio Rodríguez Moñino, Angel Valbuena Prat, Martín de Riquer, Emilio Alarcos Llorach y otros semejantes en altura intelectual, sobre todo cuando se especifica con ejemplos y términos muy elogiosos la importancia de algún crítico con muchos años de carrera por delante y, a veces, autor de un solo libro que tampoco ha revolucionado la historia de la crítica en torno a la obra, al autor o al género. Más sorprendente aún que lo citado hasta aquí es que en un capítulo dedicado, no lo olvidemos, a la «Filología, crítica e historia literaria en España» se citen, al lado de Caso, A. Blecuca, Rico o Lázaro Carreter, los nombres de Claudio Guillén, Edmond Cross, Inman Fox, Lily Litvak, Rafael Pérez de la Dehesa, etc., todos merecedores con creces de ser recordados, pero no precisamente en este apartado, pues su labor se ha desarrollado fuera de España. Por lo que se refiere al Hispanismo, únicamente sugerimos la incorporación de la labor realizada por algunos estudiosos como Márquez Villanueva, Ignacio Soldevila, Alfredo Hermenegildo, Francisco Ruiz Ramón, Antonio Sánchez Romeralo, Antonio Carreño y, ya en Europa, la de John Varey, Riley, Frolidi, Maria Grazia Profeti, Robert Jammes, Maxime Chevalier, Jean Canavaggio...

6) También delicado es todo lo que se refiere a los autores más cercanos a nosotros. Había que tomar un criterio, y el ya citado del año 1975 puede ser tan correcto como cualquier otro, aunque lo cierto es que en esas listas de nombres, títulos y fechas hay escritores que, como mucho, quedarán en catalogaciones de ese tipo, mientras que otros hay ya que ocupan un lugar importante en la historia literaria reciente. Como es lógico, no pasará mucho tiempo para que el año 1975 pase a ser 1980 o 1985 y pueda establecerse así la necesaria selección. Somos muy conscientes de que, sin embargo, se repetirá la observación que hacemos, lo cual indica, insisto, que el criterio, aun con las limitaciones que produce, tiene su sentido.

7) En fin, como no podía ser menos, hay errores que, en ocasiones, pueden ser erratas y de fácil corrección. Es el caso de José Ortiz Sanz, que murió en 1822 y no en 1882; Guido Mancini, a quien se le llama Giuseppe (página 717); Jovellanos, que no murió en «el puerto de Vega», sino en Puerto de Vega... Faltan en la lista de colaboradores las siglas y, por tanto, los nombres de P.O.E., autor, al menos, de la entrada correspondiente al teatro español entre 1900 y 1939 (págs. 1590-1592) y de R.C., que ha elaborado la parte correspondiente a «Crítica literaria española en la prensa periódica» (págs. 556-559).

Este *Diccionario*, que tiene en sus primeras páginas un índice de voces colectivas, se cierra con otro de obras que, en apretado tipo de letra y a tres columnas, ocupa 231 páginas. Descatalogados desde hace mucho tiempo los *Diccionarios* de Sáinz de Robles y de Germán Bleiberg y Julián Marías, estos dos volúmenes de Alianza Editorial, a pesar de los reparos hasta aquí señalados —muchos de ellos lógica consecuencia del carácter enciclopédico de la obra—, son un instrumento de trabajo ya absolutamente necesario para el estudioso y una obra de consulta utilísima para cualquier lector que desee saber muchas más cosas de la obra, del autor, de la corriente estética, etc., que han despertado su interés. Lo único ya permanentemente a lamentar, como recuerdan Fernando Lázaro Carreter y los editores, es que Ricardo Gullón no haya podido ver hecho realidad su proyecto. El resto, añadimos nosotros, es perfectamente enmendable, sobre todo cuando no es ni mucho ni lo más importante. □

Este *Diccionario*, que tiene en sus primeras páginas un índice de voces colectivas, se cierra con otro de obras que, en apretado tipo de letra y a tres columnas, ocupa 231 páginas. Descatalogados desde hace mucho tiempo los *Diccionarios* de Sáinz de Robles y de Germán Bleiberg y Julián Marías, estos dos volúmenes de Alianza Editorial, a pesar de los reparos hasta aquí señalados —muchos de ellos lógica consecuencia del carácter enciclopédico de la obra—, son un instrumento de trabajo ya absolutamente necesario para el estudioso y una obra de consulta utilísima para cualquier lector que desee saber muchas más cosas de la obra, del autor, de la corriente estética, etc., que han despertado su interés. Lo único ya permanentemente a lamentar, como recuerdan Fernando Lázaro Carreter y los editores, es que Ricardo Gullón no haya podido ver hecho realidad su proyecto. El resto, añadimos nosotros, es perfectamente enmendable, sobre todo cuando no es ni mucho ni lo más importante. □

#### RESUMEN

Aunque haya aparecido cuando Ricardo Gullón ya ha muerto, este *Diccionario de Literatura es, a juicio de Luciano García Lorenzo, la culminación de toda una vida dedicada a la lectura y a la literatura. El Diccionario, que Gullón puso en marcha como*

*director del mismo, llena un hueco que había en la cultura española, y sus inevitables —en una obra de esta envergadura— olvidos no empequeñecen los aciertos de esta empresa editorial sin competencia en el ámbito cultural hispano.*

Ricardo Gullón (dr.)

*Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*

Alianza Ed., Madrid, 1993. 2.010 páginas (dos volúmenes). 12.000 pesetas.

# La apostasía de la razón

Por Salvador Giner

**Salvador Giner** (Barcelona, 1934) es director del Instituto de Estudios Sociales Avanzados (C.S.I.C.) y catedrático de Sociología. Ha enseñado sociología y filosofía social en varias universidades extranjeras, sobre todo en Inglaterra. Es autor, entre otras publicaciones, de Historia del pensamiento social, Sociedad masa, La sociedad corporativa, Sociología y filosofía moral y La gobernabilidad.

Tal vez el logro más característico de la cultura occidental —y uno de los mayores— sea la convicción de que nos podemos aproximar a la verdad a través de la razón. Es de deplorar que ese mismo supuesto haya conducido, andando el tiempo, a su propio descabro. O, por lo menos, a serias dificultades en su progreso. En efecto, la confianza en la razón necesita, como primera providencia, una actitud necesariamente escéptica. Sobre ella, se suponía, podríamos avanzar para ir accediendo a una certidumbre distinta a la que pueda suministrar una fe, sea ella sobrenatural o laica. La vía de la razón debía cumplir ciertos requisitos: los de la lógica, el pensamiento secular y el análisis causal. Su discurso debía revestir los rasgos de la teoría, es decir, sus proposiciones debían aparecer en forma de conjeturas e hipótesis, de propuestas plausibles. Se debía añadir a ello, a ser posible —y como ocurre muy a menudo en la ciencia, expresión paradigmática de la razón—, la comprobación empírica, la confrontación de las conjeturas con los hechos o los datos conocidos.

Contra todo vaticinio, esta risueña concepción tenía, si no los días, los decenios contados. El propio escepticismo metodológico, componente necesario de la confianza en la razón como acceso a la verdad, iba a crear desconfianza, iba a socavar las certidumbres racionalistas a lo largo de la historia filosófica moderna. Cada nueva generación de epistemólogos descubría nuevas fisuras, contradicciones, aporías, atolladeros y «non sequiturs» en el programa racionalista

clásico. Todo ello, conseguido a veces con las herramientas del raciocinio (y otras también con las de la intuición y sarcasmo, como ocurriera con Kierkegaard y Nietzsche), iba poniendo en entredicho la fuerza misma de la razón.

Sólo la ciencia natural, como consecuencia de sus resultados cada vez más espectaculares, pudo escapar casi ileso a los estragos causados por el asalto al racionalismo que montaron los émulos modernos del viejo y devastador Sexto Empírico, el mayor de los incrédulos que en el mundo hayan sido. Por si ello fuera poco, y desde un lugar inesperado, iban formándose unas belicosas huestes, destinadas a hacer causa común con las de los escépticos: las de quienes ponían en tela de juicio el universalismo moral occidental. Este consiste en la convicción de que, si bien varían las costumbres, creencias y criterios éticos de país a país, de tribu a tribu, de clase a clase y de individuo a individuo, hay algunos principios que no se prestan a semejante heterogeneidad. Son universales e inmutables. La dignidad de todo ser humano, mujer, hombre, negro, blanco, musulmán, hindú, agnóstico; la maldad de la tortura; la igualdad de todos ante la ley; el derecho a la libertad, y algunos pocos más, forman parte de ese peculiar elenco.

La expansión europea (y la de sus prolongaciones ultramarinas) llevó consigo la exportación del universalismo moral y, paralelamente, el de la confianza en la razón. Ambas convicciones (distintas, pero estrechamente emparentadas entre sí) fueron extendiéndose poco a poco a los parajes más diversos, mientras continuaban echando raíces cada vez más profundas en los mismos países occidentales en los que habían logrado una decisiva presencia, pero en los que florecían con precariedad.

El caso es que, en un momento determinado, se fue abriendo paso una intensa desconfianza en la razón, al tiempo que surgían explicaciones cada vez más convincentes sobre sus límites, el poder de la irracionalidad y la incapacidad de hacer progresar a la humanidad a través del racionalismo.

Los desafueros cometidos por los mismos europeos avalaban tal posición. Socavada su autoridad moral, el asalto al racionalismo se completó con la llegada de la hueste relativista: según ella, lo que es aquí verdad es allá falsedad; la Biblia, el Alcorán, el *Discurso del Método*, las leyendas de los toltecas, la magia de los yoruba y los criterios del cálculo infinitesimal poseen idéntica autoridad, mejor dicho, cada cual tiene la suya, irreducible a las otras e injuzgable desde ellas. Cada cual tiene su «lógica», sus «reglas discursivas» propias. Nada vale más que otra cosa. Había llegado la hora triunfal del comunitarismo epistemológico. Y la del comunitarismo moral. A cada clan, su verdad. Cada cual, cada comunidad de discurso o lenguaje, tiene sus certidumbres y convenciones. A lo sumo, podemos entretenernos en desconstruirlos, como suele decirse. (¿Y con qué criterios desconstruiremos? Ah, sospecho que, por relativista definición, no los hay universales y que cada cual se los compone y se las compone a su antojo.)

## El asalto a la sinrazón

Todo esto es hoy causa de alarma para los buenos racionalistas. Sin embargo, soy de la opinión de que la cosa es menos grave de lo que parece. Si por un lado, y como digo, un efecto perverso del racionalismo clásico ha sido conducir a un escepticismo que ha acabado socavando sus propios cimientos, por otro, tanto las doctrinas irracionales como las relativistas han obligado a los racionalistas a agudizar el ingenio. Merced a sus objeciones no hay ya quien pueda aferrarse a las formas más ingenuas de racionalismo, ni quien no deba hacer al relativismo las concesiones que sin duda merece, para así defender con mayor tino e imaginación tanto la facultad raciocinante como el universalismo ético.

Racionalistas: que no cunda, pues, el pánico. Tenemos ya un acervo creciente de aportaciones neorracionalistas que están reconstruyendo la epistemología contempo-

ránea sobre una visión más compleja de la razón y un reconocimiento de los fueros (ciertamente no ilimitados) de la sinrazón. Es más, algunos de tales aportes, como por ejemplo el de Isaiah Berlin en su *Torcido fuste de la humanidad*, han hecho énfasis, como tuve oportunidad de señalar en estos mismos papeles (SABER/Leer, abril 1992), en el hecho de que no todos los valores últimos son compatibles entre sí, y que por lo tanto la razón no puede elaborar un sistema cerrado, de perfecta trabazón lógica, entre todos los postulados. Otros autores, procedentes de varias tradiciones intelectuales, se han esforzado por reexaminar los postulados de una herencia racionalista sin echarlos nunca por la borda: fue ése el caso de gran parte de la vasta obra de José Ferrater Mora. Con ello libraron al racionalismo de extrañas servidumbres, como la de andar unido a doctrinas generales del progreso de la humanidad, carentes del más elemental fundamento; o la de la pesada carga de pretender que la razón es una llave que, tarde o temprano, ha de abrir las puertas de todos los arcanos.

El contraataque de los racionalistas ha encontrado recientemente un buen puntal en el vigoroso y apasionado libro de Juan José Sebreli, *El asedio a la modernidad*. Sebreli mezcla las cuestiones estrictamente epistemológicas y las filosóficas-morales del debate entre el relativismo y el universalismo con abundantes consideraciones históricas y con cuestiones políticas y sociológicas importantes, y lo hace con la suficiente habilidad para que ni las unas ni las otras salgan mal paradas con la aleación, que es delicada. Sebreli parte del doble supuesto de la bondad de ambos extremos —el racionalismo, por un lado, y el universalismo moral, por otro— para concentrar su fuego sobre una defensa de lo que significa la civilización occidental. Sería de desear que un libro tan ágil, polémico, contundente y riguroso como el suyo alcanzara un público amplio. Al parecer, ello ha ocurrido ya en la Argentina, donde se pu-



MARISOL CALÉS



Viene de la página anterior



MARISOL CALÉS

blicó en 1991, y donde dices que despertó algunas iras y no pocos ecos. Esperemos que ello suceda también por acá y también allá donde la edición española alcance a llegar.

Lo que confiere a la crítica de Sebrelí al relativismo cultural una novedad inicial es el hecho de que ayude a cubrir un flanco bastante desguarnecido entre los universalistas contemporáneos: el de la izquierda. En contraste con su propia tradición, durante el siglo XX la izquierda intelectual ha solido identificar el irracionalismo con el pensamiento reaccionario, atribuyéndose para sí el monopolio de la herencia de la Ilustración, con resultados tan dudosos como el *Asalto a la razón*, de Georg Lukács. Con ello se ahorra enfrentarse con las objeciones importantes de los relativistas a los supuestos del racionalismo y a los del universalismo moral. El resultado fue su propia marginación de uno de los debates realmente cruciales de nuestro tiempo. La izquierda intelectual dejó así a varios autores de persuasión conservadora —como Karl Popper o Alan Bloom— o hasta a liberales abiertos a la izquierda democrática —como Isaiah Berlin— la defensa y reconstrucción del racionalismo universalista. Sebrelí, un socialista independiente y al parecer otrora marxista («marxista proscripto», dice él), intenta sumarse a la grey racionalista y antirrelativista sin perder sus credenciales radicales. No está solo en el intento. Él mismo cita a Jürgen Habermas, Marshall Berman, Agnes Heller y a varios autores más como ejemplos de lo que puede hacerse desde su posición. Su aportación, no obstante, no consiste en una mera incorporación a una corriente en consolidación, sino en argumentar desde una perspectiva, la de la izquierda, que está pobremente representada si se la compara con las aportaciones realizadas por el ala más conservadora, siempre dentro del ámbito democrático del pensamiento occidental.

### Los desmanes del relativismo cultural

Sebrelí parte de la noción de que es la misma cultura occidental la que ha fomentado el relativismo cultural. La propia cau-

tela que imponen el racionalismo y las recomendaciones de la mente laica, que exige suspensión del juicio y mucho tiento antes de juzgar a los demás, hicieron que los occidentales acabaran por abstenerse de censurar a las otras culturas y sus criterios morales. Agobiados, además, por su propio sentido de culpabilidad, sometieron a sus propias aventuras imperiales a juicios implacables. Merced a ello pasaron a los pueblos otrora sojuzgados por ellos toda la munición necesaria para que los condenaran como verdaderos villanos de la historia moderna. La condena a Occidente, convertida hoy, según Sebrelí, en un verdadero asedio, no distingue lo bueno de lo malo; lo creativo, universal y progresivo, de lo sórdido, siniestro y triste que hubo también en la europeización del mundo. A esa munición se añadieron las filosofías apocalípticas de la historia occidental (a lo Spengler) que anunciaban a los cuatro vientos nuestra decadencia, nuestra incompetencia y nuestro acabamiento. Los mismos occidentales han ayudado al asedio a su fortaleza. El enemigo anda también dentro.

El desdén por los denominadores comunes, por la afirmación de la universalidad de la condición moral del hombre, y por la posibilidad del progreso fomentado por nuestros relativistas, fue asido con fruición por cuantos se sentían ofendidos por Occidente, así como por las innumerables huestes de quienes prefieren achacar la causa directa de sus problemas actuales a antiguos conquistadores, a vetustos agravios y a acontecimientos enterrados en una historia cada vez más lejana. El ataque universal a Occidente, convertido en el canalla de la tragedia, es, cree Sebrelí, una farsa maligna. Es un desplazamiento de la atención hacia cuestiones superfluas y planteamientos fútiles.

En contraste con otros ataques contra el relativismo cultural y moral (en otras palabras, contra lo que ha venido en llamarse durante algún tiempo «posmodernismo»), la reivindicación del Proyecto Ilustrado que hallamos en Sebrelí proviene, en cierta medida, de la periferia. Digo en «cierta medida» porque la posición de la Argentina, y de Buenos Aires en particular, es muy ambi-

valente, y describir a secas su comunidad intelectual como periférica sería absurdo, por mucho que sus miembros (como lo hacen también los australianos) encuentren en su posición geográfica una fuente de constante ironía. Encuentran también, y éste es el caso de Sebrelí y el aspecto tal vez más señalado de su aportación, la posibilidad de contemplar la civilización occidental a la que pertenecen con mayor perspectiva que la que puedan tener quienes moran en sus núcleos más obvios. Así, *El asedio a la modernidad*, un libro claramente escrito desde las posiciones tradicionales (aunque sometidas a reexamen), es también un libro compuesto desde una zona de intensa fricción entre esa civilización y el mundo por ella invadido. Pero no es un estudio estrictamente latinoamericano.

### Reacciones hostiles

Fiel a su universalismo, el autor no centra su preocupación en la América Latina, sino que examina, una tras otra, las diversas reacciones hostiles ante la expansión de la civilización occidental: la reacción asiática (el «asiatismo»), la africana (el «africanismo»), la «negritud») y las diversas formas de indigenismo, apoyadas en la idea europea del buen salvaje, preceden a un capítulo sobre el latinoamericanismo y sobre el mito de la «América mágica». Sin perdonar nunca ningún desafuero o barbarie cometido por europeos a lo largo de su expansión imperial durante los últimos siglos, ni soslayarlos ja-

más, Sebrelí compara y evalúa civilizaciones. (Pecado que ningún relativista digno de tal nombre podrá perdonarle.) Emite juicios morales desde la posición ética universalista: condena así las hecatombes humanas ritualmente celebradas por el sanguinario imperio azteca sin que le tiemble la pluma. De igual manera, condena la demagogia, el confusio-

nismo y la barbarie de tantas dictaduras y tiranías del llamado Tercer Mundo. (A propósito: ¿cuál es el Segundo?) Llama al pan, pan, y al vino, vino. El subdesarrollo, por ejemplo, es, para Sebrelí, atraso, palabra mucho menos pedante y certera. La crítica del relativismo cultural que inspira este estudio pugnaz y vigoroso se va convirtiendo así, a lo largo de sus páginas, en una abierta defensa de la civilización occidental. Se trata de la única defensa posible, la que asume los daños y perjuicios que esa misma civilización —desde la Inquisición al fascismo— ha ido generando. Su argumentación es, así, mucho más eficaz, aunque algunos lectores, por así decirlo, occidentalistas se verán obligados a discrepar en más de un caso concreto. Así, no todos compartirán el análisis que Sebrelí realiza de la teoría del progreso, y su esfuerzo para salvarla de su definitivo quebranto. Pero es difícil que no compartan el revisionismo racionalista que late en todas las páginas de *El asedio a la modernidad*. Porque la última oportunidad que le queda a la tradición racionalista es la de la revisión, también racionalista, de su propio legado. Y ello sin pasarse, con armas y bagajes, como han hecho los posmodernistas, al enemigo. □

### RESUMEN

Los buenos racionalistas, explica Salvador Giner, ven con alarma cómo se cuestiona la autoridad de la razón, una de las convicciones más firmes de la cultura occidental, y cómo avanzan las huestes relativistas propugnando un cierto comunitarismo moral, en el

que cada cual tiene sus certidumbres y sus convenciones, su verdad. A Giner esto le parece más grave de lo que se piensa y así lo manifiesta, junto a otros aspectos, en su comentario a un libro en el que se critica el relativismo cultural de nuestra época.

Juan José Sebrelí

*El asedio a la modernidad: Crítica del relativismo cultural*

Ariel, Barcelona, 1992. 377 páginas. 1.800 pesetas.

# Historia de una ciencia omnipresente

Por José Manuel Sánchez Ron

**José Manuel Sánchez Ron** (Madrid, 1949) es profesor titular de Física Teórica en la Universidad Autónoma de Madrid. Desde hace algunos años, su campo de investigación es el de la historia de la ciencia, en el que ha publicado varios libros, el último *El poder de la ciencia*. En la actualidad dirige la revista *Arbor*.

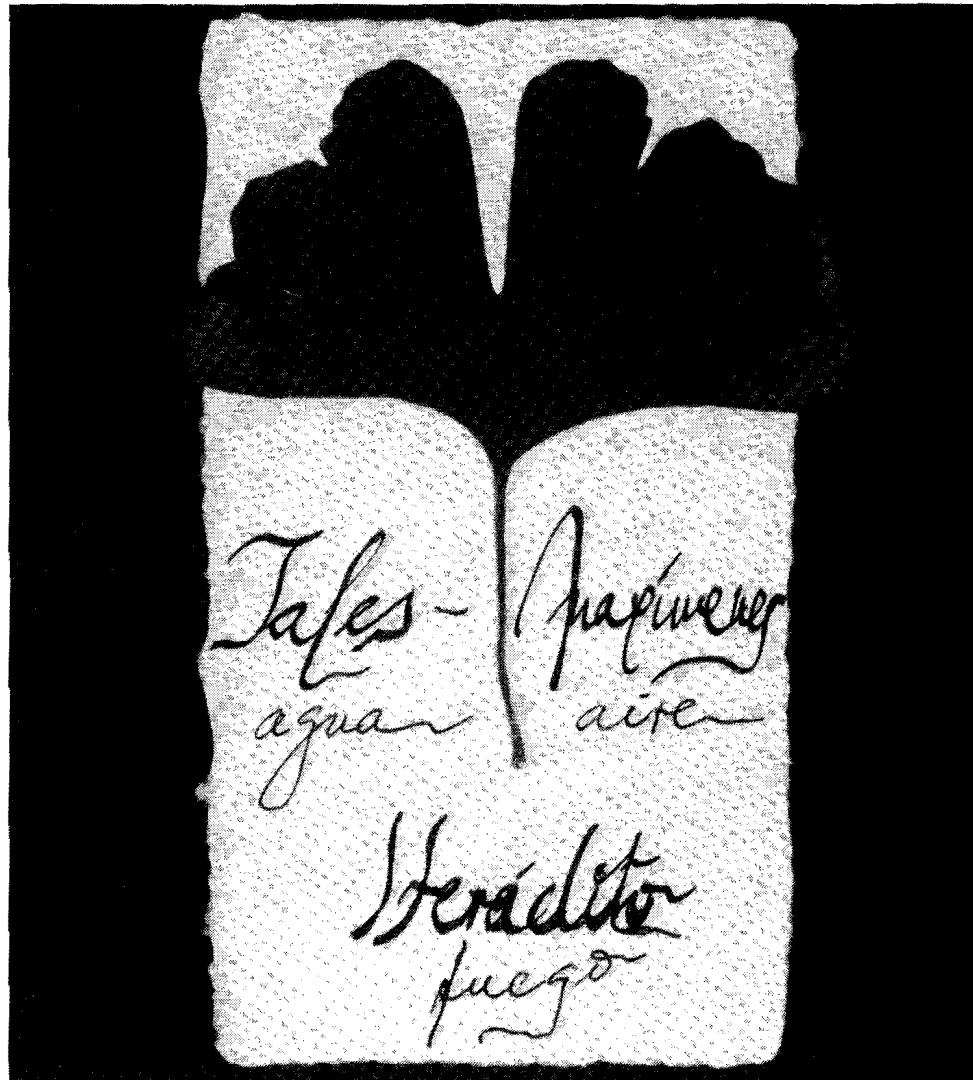
Cuando a finales de 1950 la poderosa American Physical Society decidió que debía contribuir a preservar la historia de la física contemporánea, seleccionó como objetivo a la física cuántica. Durante unos pocos años, un pequeño equipo dirigido por Thomas S. Kuhn, pronto el celebrado autor de *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), y del que formaban parte dos entonces jóvenes historiadores de la ciencia, a los que muchos señalaríamos en la actualidad como acaso los mejores historiadores de la física contemporánea, Paul Forman y John Heilbron, recorrió Europa y Estados Unidos recopilando documentos y entrevistando a los protagonistas de aquella historia que todavía vivían.

Los frutos de sus esfuerzos, reunidos en la biblioteca de la American Philosophical Society, en Filadelfia (y en copias en una serie de centros repartidos por todo el mundo; uno de ellos la Universidad Autónoma de Madrid), sirvieron —y todavía sirven— para que muchos estudiosos prepararan un número muy elevado de artículos y libros acerca de la historia de la teoría cuántica, de manera que aunque aún queden aspectos de ese desarrollo por desvelar y comprender, se puede decir que nuestro conocimiento de aquel episodio crucial de la historia de la ciencia de nuestro siglo es relativamente satisfactorio.<sup>1</sup>

El objetivo seleccionado por la American Physical Society estaba, por supuesto, justificado. Junto a la relativista (basada en las teorías especial y general de la relatividad, desarrolladas por Albert Einstein en, respectivamente, 1905 y 1915), la física cuántica constituye una de las dos grandes revoluciones conceptuales de la ciencia de nuestro siglo y tiene, además, la ventaja, con respecto a la relatividad, de que su compleja y extensa historia involucra un número muy elevado de científicos, desde deslumbrantes genios como Heisenberg, Rutherford, Dirac y Bohr, hasta competentes profesionales como Kramers, Ehrenfest, Debye y Landé, pasando por espléndidos físicos como Planck, Born, Pauli, Schrödinger o Sommerfeld. En otras palabras, a los ojos del historiador de la ciencia la física cuántica tiene atractivos —y problemas— que con frecuencia aparecen más atenuados en la, fascinante por otra parte, trama que subyace en la génesis y desarrollo de las teorías especial y general de la relatividad.

A pesar de estas diferencias, las físicas relativista y cuántica comparten una característica esencial: ambas son poderosas y elegantes estructuras descriptivas de la naturaleza física, multidimensionales sistemas interpretativos, que, aunque penetran la práctica totalidad de la física contemporánea, incluyendo sus aplicaciones más «prácticas», brillan con luz particularmente poderosa en el nivel de la «interpretación teórica». Así, no es sorprendente que los aspectos más tratados por los historiadores que se han acercado a esas grandiosas síntesis hayan sido sobre todo los relacionados con la teoría básica, con los conceptos más fundamentales, con aquellos que nos permiten hablar de «visiones» de la Naturaleza.

En esas reconstrucciones históricas, trazadas especialmente en las décadas de los 60, 70 y parte de los 80, los protagonistas han sido, muy preferentemente, físicos teóricos o



STELLA WITTENBERG

experimentales que se ocupaban de problemas «fundamentales», como, por ejemplo, Einstein, Planck, J. J. Thomson, Röntgen, Pierre y Marie Curie, Bohr, Lorentz, Poincaré, Rutherford, Heisenberg, Schrödinger, Pauli, Born, Hubble o Eddington; es decir, personajes asociados a episodios centrales en el proceso que condujo a la estructura teórica básica de la relatividad especial, la relatividad general y la mecánica cuántica. Y sucesos como los rayos X, la radiactividad, las transformaciones de Lorentz, la variación de la masa con la velocidad, la identificación del electrón como partícula elemental, los modelos atómicos, la estructura espacio-temporal, la expansión y curvatura del universo, las propiedades probabilistas de la nueva mecánica cuántica, las relaciones de incertidumbre, y un larguísimo etcétera.

## El declive de la historia de las ideas

En los últimos años, sin embargo, la historia de las ideas ha ido perdiendo una buena parte del protagonismo de que disfrutó. Al menos así ha sido en el campo de la historia de la ciencia (y también en la historia «general», en donde se ha llegado a hablar del «fin de la historia»). Cada vez han adquirido mayor importancia cuestiones como las instituciones en las que trabajaban los científicos, las relaciones de éstos y de aquéllas con «la sociedad» (en la que se incluyen, por supuesto, industrias y gobiernos), los instrumentos científicos y los problemas de todo tipo que su construcción, adquisición, utilización y mantenimiento originaban, o las sociedades en que se agrupaban los profesionales de la ciencia.

En definitiva, las historias social, institucional y económica han entrado, «están entrando» todavía, en la historia de la ciencia, que hasta no hace mucho, y con escasas y esporádicas excepciones, no parecía pres-

tar mucha atención a la circunstancia «en la» que, o incluso «de la» que surge la teoría científica (entre las excepciones recordemos, especialmente, el ejemplo de Robert K. Merton y su *Ciencia, tecnología y sociedad en la Inglaterra del siglo XVII* [1938], y no demos más importancia de la que tuvieron a aquellos científicos, como John D. Bernal, que pretendieron contribuir —sin duda con gran ingenuidad y falta de rigor— a la historia social de la ciencia). En la actualidad, estudios que se ocupan de, digamos, la investigación científica en Du Pont, el gigante norteamericano de la industria química, Phillips o General Electric; la institucionalización de la ciencia en Japón o España; el nacimiento y desarrollo de la «Gran Ciencia», los problemas encontrados por los científicos en la Unión Soviética durante los años más duros del estalinismo; o la «militarización» de la ciencia a partir de la Segunda Guerra Mundial, se consideran generalmente como más atractivos y sugerentes que, por ejemplo, la historia de la astronomía medieval, el papel del cálculo de fluxiones newtoniano frente al cálculo infinitesimal durante el siglo XVIII (o, lo que es prácticamente lo mismo, la matemática sintética frente a la analítica), la química durante la Ilustración, o las contribuciones a la física estadística de Boltzmann, Lorentz, Gibbs y Einstein. Al mismo tiempo, la historia de la física, la más favorecida hasta ahora y a la única a la que yo me referiré aquí, está comenzando a tener que compartir su protagonismo con la historia de otras disciplinas científicas, de ámbito con frecuencia más «social», como la biología (incluyendo, recientemente, la biotecnología), la química, la tecnología y las ciencias del medio ambiente.

Ante esta situación, sumergidos, advertida o inadvertidamente, en semejante «Zeitgeist» histórico, no debe sorprender que cuando, a comienzos de los ochenta, la American Physical Society se decidió a lanzar otro gran proyecto que sirviese para conservar y en-

tender mejor la historia de la física de nuestro siglo, eligiese a la física del estado sólido como su objetivo. Esta disciplina tiene la característica única de, por un lado, poseer un gran interés científico al ocuparse de la estructura de los cuerpos sólidos, centrales en nuestra existencia, y, por otro, la de haber influido decisivamente en el desarrollo de la civilización contemporánea. La investigación en física del estado sólido ha conseguido, en efecto, éxitos enormes, tanto en el plano del conocimiento básico como en el del aplicado.

Ha logrado contestar a múltiples preguntas —algunas de las cuales se remontan a la antigüedad— relativas a objetos o materiales con los que tenemos contacto frecuente. ¿Por qué, por ejemplo, es el vidrio ordinario transparente, frágil y mal conductor del calor, mientras que los metales son opacos, dúctiles y buenos conductores? El que hoy poseamos, gracias a la física del estado sólido, la respuesta a esta pregunta (al igual que a otras similares), nos permite mirar a la Naturaleza de una forma diferente, lo que es tanto como decir que esa rama de la física está contribuyendo a cambiar incluso nuestra cultura. Dentro de la propia ciencia, algunos desarrollos (como el descubrimiento del papel que desempeñan los «defectos» en las propiedades de los cristales) han conducido a nuevos modos de pensar dentro de la física, lo que hace que esta disciplina pueda presumir también de «fundamentalidad» en el plano científico, de ser algo más que la aplicación, la consecuencia, de algunas teorías físicas.

Y si pensamos en el variopinto universo socioeconómico de las «aplicaciones», nos encontramos con que los avances experimentados en el conocimiento de la estructura y propiedades de los sólidos han conducido a todo tipo de aplicaciones económicas, industriales, militares y culturales. Desde los motores eléctricos hasta las últimas generaciones de aviones, pasando por la tecnología de la información (que incluye, por supuesto, la industria de los semiconductores, de importancia vital en el mundo actual), la física del estado sólido es omnipresente. No es imposible que en el futuro generaciones venideras resalten como una de las principales características de nuestro siglo la manera en que una rama de la física denominada «del estado sólido», que a comienzos de siglo ni siquiera existía como especialidad, atrayendo únicamente a unos pocos especialistas, cambió —realmente se puede emplear esta palabra— el mundo.

## Ambicioso programa

«The International Project in the History of Solid State Physics», el proyecto promovido por la American Physical Society al que me refería antes, se puso en marcha en 1981. Desde el primer momento constituyó uno de los más grandes programas, desarrollados en colaboración, jamás planeados en la historia de la ciencia. Se establecieron grupos de trabajo en la Universidad de Aston, en Birmingham (Inglaterra), el Deutschen Museum de Munich (Alemania), la Cité des Sciences et de l'Industrie en la Villette, París (Francia), y en Estados Unidos en la Universidad de Illinois en Urbana y en el Center for History of Physics del American Institute of Physics, en Nueva York. Entre 1981 y 1988, periodo de duración del proyecto, se emplearon, en un momento u otro, catorce historiadores a tiempo completo.

Varios han sido los productos de este proyecto: en primer lugar, la elaboración de un extenso repertorio de fuentes documentales relativas a la historia de la física del estado

Viene de la página anterior



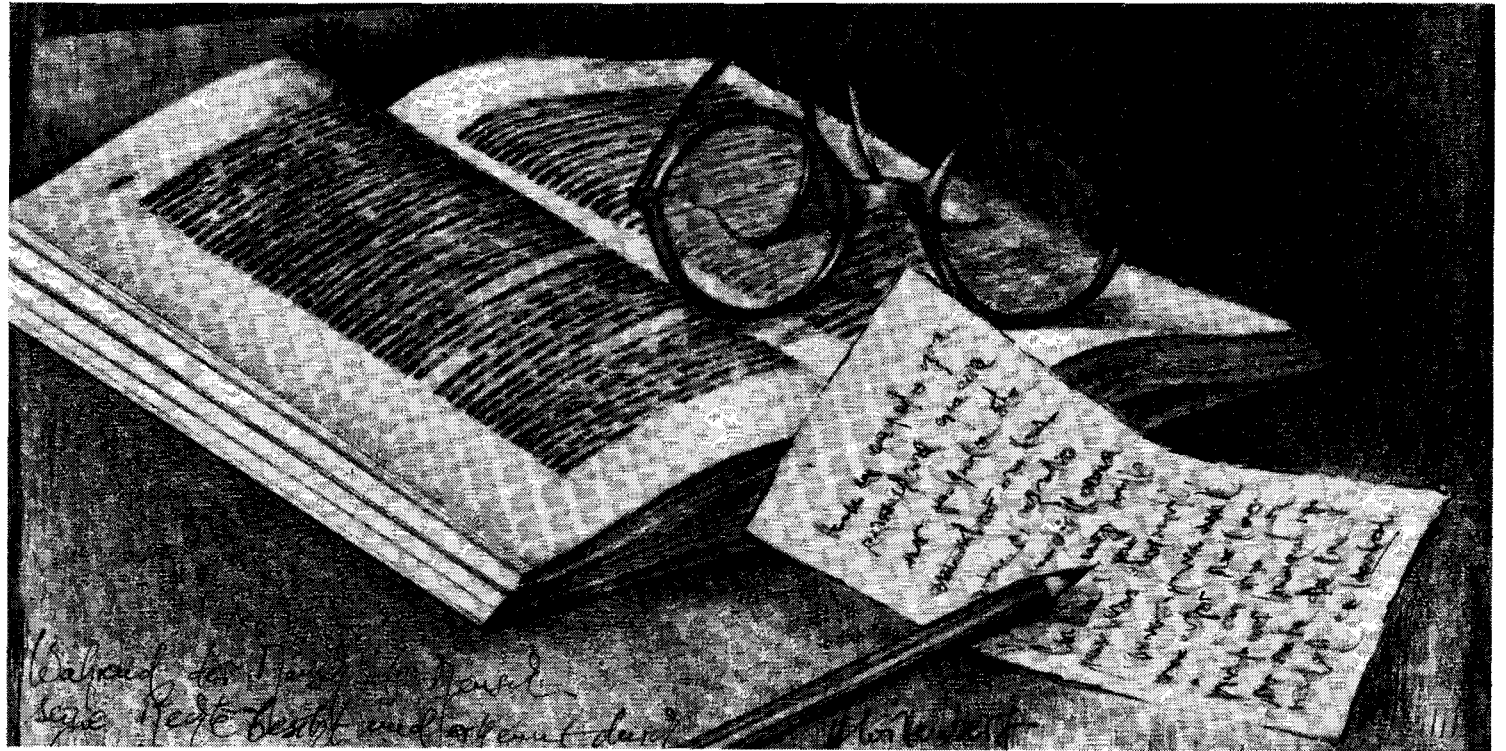
sólido; en segundo lugar, el desarrollo de alrededor de un centenar de detalladas entrevistas con eminentes científicos que, de una forma u otra, han sido protagonistas de esa historia (las grabaciones y transcripciones de esas entrevistas se han depositado en Nueva York). Al igual que en el caso del proyecto de la historia de la física cuántica, se ha publicado, hace muy poco, un catálogo en el que se recoge la información correspondiente: Joan Warnow-Blewett y Jürgen Teichmann, *Guide to sources for history of solid state physics* (Center for History of Physics, American Institute of Physics, Nueva York, 1992). Sin duda que esta guía constituirá una herramienta de trabajo imprescindible para los futuros historiadores que deseen abordar este campo.

De hecho ya ha servido para tal fin, en lo que puede considerarse como el tercer, y posiblemente final, producto de este proyecto. Me estoy refiriendo al libro que Oxford University Press acaba de publicar, después de haber estado anunciando su aparición inminente durante más de tres años: *Out of the crystal maze* («Fuera del laberinto de cristal»), apropiadamente subtítulo «Capítulos de la historia de la física del estado sólido». Se trata de un masivo volumen de casi 700 páginas en el que los principales participantes en el proyecto (entre los que se cuentan M. Eckert, H. Schubert, C. Blondel, L. Hoddeson, P. Quédec, P. Hoch, E. Braun, J. Teichmann y S. Weart) han preparado nueve estudios en los que analizan las raíces de la física del estado sólido antes de la mecánica cuántica, el desarrollo de la teoría electrónica mecánico-cuántica de los metales entre 1926 y 1933, la historia de la teoría de bandas de los sólidos en el periodo 1933-1960, los defectos puntuales y los cristales iónicos, las propiedades mecánicas de los sólidos, el magnetismo y los materiales magnéticos, algunos aspectos de la historia de la física de los semiconductores y sus aplicaciones, los fenómenos colectivos y la comunidad de los físicos del estado sólido.

### Llenar un hueco

No es problemático afirmar en este caso que se trata de la obra más importante publicada hasta la fecha sobre este tema. En primer lugar, porque el enfoque, metodología y fuentes consultadas hacen, junto a la pericia de los autores, que el nivel y originalidad de los trabajos sea muy alto. En segundo lugar, porque la literatura existente hasta ahora no es muy abundante. Unas pocas docenas de artículos (bastantes debidos a algunos de los mismos que ahora contribuyen a esta monografía), algún libro, tal vez el más importante el de Ernest Braun —otro de los autores de *Out of the crystal maze*— y Stuart Macdonald, *Revolution in miniature. The history and impact of semiconductor* (Cambridge University Press, 1.ª edición, 1978; 2.ª 1982; existe versión al castellano), y un puñado de autobiografías de físicos que participaron de forma destacada en el desarrollo de la física del estado sólido (los casos, por ejemplo, de John C. Slater, Rudolf Peierls y Nevill Mott).

Es difícil en una obra tan extensa y, hasta cierto punto, variada como la que me ocupa, discernir qué puntos tratados sobresalen de los demás. Sin embargo, parece claro que uno de ellos es la especial atención que se presta a aquellas instituciones en las que el estudio de los sólidos floreció durante los primeros cuarenta años de nuestra centuria, y sobre todo en la década de los años 30; las escuelas de Heisenberg (Leipzig), Ioffe (Leningrado), Mott (Bristol), Pauli (Zurich), Pohl (Gotinga), Slater (MIT, Cambridge), Sommerfeld (Munich), Weiss (Estrasburgo) y Wigner (Princeton). No obstante, no hay que olvidar que, en la ciencia al menos, las



STELLA WITTENBERG

instituciones no son nada sin ideas, y así esa historia institucional se va desentrañando paralelamente a la del desarrollo de la teoría cuántica, que en 1925-1926 alcanzó, gracias fundamentalmente a Heisenberg y Schrödinger, su forma (no relativista) final: la mecánica cuántica, uno de los tres pilares sobre los que se asienta la física del estado sólido. Antes, en 1912, había surgido otro de esos pilares: la difracción de rayos X, que proporcionó una técnica para estudiar las redes cristalinas, dando a los físicos la imagen atómica, geométrica, necesaria para poder progresar en el estudio de los cristales (el desentrañamiento de la estructura del ADN debe mucho a estas técnicas). De ahí que la historia de la física del estado sólido no comience, en absoluto, en 1925. Los dos primeros capítulos del libro se ocupan, fundamentalmente, de la, digamos, «prehistoria» y del periodo (1926-1933) en el que algunos físicos se apresuraron a intentar aplicar la nueva mecánica cuántica al estudio de los sólidos, especialmente a la construcción de una teoría electrónica de los metales, problema con el que ya habían luchado denodadamente a finales del siglo pasado y comienzos del presente físicos como H. A. Lorentz y P. Drude, disponiendo del único recurso de la electrodinámica clásica y la física estadística.

El tercer pilar sobre el que se puede decir que se asienta la física del estado sólido es más difícil de definir: al contrario de lo que ocurre en otras ramas de la física, en el estado sólido existen desviaciones de la estructura cristalina ideal, «accidentes» en la superficie o en el interior del cristal que tienen una importancia especial en las propiedades del sólido. Los defectos —las dislocaciones, entre ellos— y las impurezas, que pueden afectar de manera importante a las propiedades ópticas (el color, por ejemplo) y mecánicas, así como a las conductividades eléctrica y térmica, son esos principales «accidentes».

A pesar de que al profano le pueda parecer este ámbito, centrado en la sensibilidad de las propiedades de los sólidos con respecto a la estructura, un campo de investigación menor, nada más lejos de la realidad, como se encargan de demostrar los capítulos de *Out of the crystal maze* que van del 3 al 8, en los que también se abordan otras cuestiones. Es en estos capítulos en donde mejor se aprecia la inmensa tarea que espera al historiador de la física del estado sólido. Son tantas las coordenadas que intervienen, las avenidas

posibles de exploración histórica, al igual que los dominios accesibles (académico, industrial, militar o cultural), que cualquier pretensión de completitud sería, ya de entrada, ridícula.

No obstante, el lector interesado encontrará en estos apartados mucho más que en cualquier otro lugar; de hecho, tendrá que tomarse tiempo y trabajo para digerir tanta información como se le ofrece. Tal vez alguno eche de menos consideraciones y técnicas propias de los historiadores de la economía, en un campo en el que la dimensión económica no ha hecho sino crecer desde la Segunda Guerra Mundial, hasta convertirse en un elemento de gran importancia en la economía mundial, o un mayor tratamiento de la dimensión militar de la física del estado sólido, a la manera del memorable artículo de Paul Forman, «Behind quantum electronics: National security as basis for physical research in the United States, 1940-1960» (*Historical Studies in the Physical and Biological Sciences*, 18: 1, 149-229 [1987]), sorprendentemente apenas citado en esta obra. Pero semejantes limitaciones, con haber podido ser evitadas (especialmente la segunda, la relativa a la «militarización» de la ciencia del estado sólido, sobre la que ya existe una cierta literatura), son más manifestación de lo que todavía queda por hacer, de las posibilidades interdisciplinares del tema, que un defecto intrínseco de este libro.

*Out of the crystal maze* es, efectivamente, más una sugerente puerta abierta a la confluencia con la historia de la ciencia de disciplinas como las historias de la economía, la tecnología, la política, las Fuerzas Armadas, las instituciones o la sociología, que una contribución plena a semejante interdisciplinaridad. La narrativa internalista (aquella en la que prima la descripción del contenido

de las teorías físicas) todavía domina, enriquecida por la dimensión institucional, en sus páginas, aunque en general no de manera abrumadora, más aún considerando el capítulo debido a Spencer Weart en el que se plantea el problema, mitad histórico, mitad sociológico, del origen de la disciplina, de cómo se fue gestando una nueva especialidad dentro de la física, con sus propias publicaciones, sociedades, cátedras y currículos académicos.

Bajo la aparente sencillez que en algunos aspectos domina nuestras vidas (con una simple tarjeta de plástico, dotada de una banda magnética, podemos movernos alrededor del mundo; un rayo —llamado láser— de luz monocromática, producido en transiciones entre niveles atómicos, puede soldar, con gran limpieza, incluso nuestras retinas) se encuentra toda la complejidad de la ciencia contemporánea. La física del estado sólido ocupa un lugar preeminente en esa complejidad revestida de aparente sencillez. Conocer la técnica que explica su poder y omnipresencia se encuentra al alcance de unos pocos —los físicos del estado sólido—. Más fácil es, sin embargo, comprender su historia, en la que la técnica se mezcla con la vida, con la sociedad y con sus instituciones. Y si entendemos, aunque sólo sea en parte, esa historia, seremos, si no más libres, sí más capaces de comprender nuestra propia vida, lo que es tanto como decir que seremos más humanos, más racionales. *Out of the crystal maze* no nos proporciona una historia completa de esa física, pero sí que es un paso significativo en la dirección correcta. □

(1) El catálogo de los documentos reunidos se publicó como: Thomas S. Kuhn, John L. Heilbron, Paul L. Forman y Lini Allen, *Sources for history of Quantum Physics. An inventory and report* (American Philosophical Society, Filadelfia, 1967).

### RESUMEN

La poderosa American Physical Society decidió hace tiempo contribuir a preservar la historia de la física cuántica, recogiendo documentos y entrevistando a sus protagonistas. A comienzos de los ochenta, la física del estado sólido siguió el mismo camino. Fruto de este último proyecto

es un libro sobre distintos aspectos de esa rama de la física que es comentado por Sánchez Ron y que resulta ser una sugerente puerta abierta a la confluencia con la historia de la ciencia de otras muchas disciplinas como la economía, la tecnología, la política, el poderío militar.

L. Hoddeson, E. Braun, J. Teichmann y S. Weart (eds.)

*Out of the crystal maze. Chapters from the history of solid state physics*

Oxford University Press, Nueva York, 1992. 697 páginas.

# Dos siglos cumple el Observatorio de Madrid

Por José María Torroja

**José María Torroja** (Madrid, 1916) es doctor en Ciencias y ha sido catedrático de Astronomía y Geodesia de la Universidad Complutense, de donde actualmente es profesor emérito. Es ingeniero geógrafo, astrónomo del Observatorio de Madrid y ha sido secretario de la Real Academia de Ciencias.

La primera idea de instalar un Observatorio Astronómico en Madrid fue propuesta por Jorge Juan al Rey Carlos III, quien acogió la idea con interés, dando órdenes al arquitecto Juan de Villanueva para la construcción de un edificio para la «Academia de Ciencias Naturales» en el Prado de San Jerónimo, destinado a la investigación y la enseñanza, cuyo edificio, el actual Museo del Prado, debía albergar, además de la Academia, un Gabinete de Historia Natural, un Laboratorio de Química, un Gabinete de Máquinas y el Observatorio Astronómico. Como preparación para el mejor cumplimiento del encargo recibido, Villanueva hizo un viaje por Roma y Atenas.

Con vistas a la organización de los trabajos del Observatorio, en tiempos de Godoy, en 1796, aparecen las «Ordenanzas del Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos del Estado y del Observatorio Astronómico» y se encarga un gran telescopio al mejor constructor de la época, William Herschell. El telescopio llega a Madrid en 1802, decidiéndose su instalación en la misma zona que el edificio construido para Academia de Ciencias y que el Jardín Botánico, en un pabellón de madera levantado en el cerrillo de San Blas, junto a los jardines del Buen Retiro. Para la instalación definitiva del Observatorio se decidió la construcción de un edificio independiente del de la Academia de Ciencias, encargándose su construcción al propio Villanueva, a quien se debe el bello edificio que ocupa.

Tanto el edificio de la Academia de Ciencias como el del Observatorio fueron ocupados y destrozados por los soldados de Napoleón, que quemaron el telescopio de Herschell, del que sólo se conserva el espejo. La lamentable situación en que quedó el edificio del Observatorio después de esta ocupación hizo necesario efectuar obras de consolidación y restauración. Los esfuerzos de los directores José Rodríguez González y Domingo Fontán Rodríguez no tuvieron éxito, siendo el arquitecto Narciso Pascual y Colomer quien, entre 1845 y 1847, efectuó las obras introduciendo alguna modificación en el proyecto inicial de Villanueva.

Al cumplirse los doscientos años de su existencia, la recién creada «Asociación de Amigos del Observatorio» ha publicado el volumen que comentamos.

Acordada la creación del Observatorio, afirma en un artículo el director del Observatorio, señor López Arroyo, sobre «Los dos siglos de existencia del Observatorio Astronómico de Madrid», se envía al extranjero al escolapio Salvador Jiménez Coronado a visitar los principales observatorios europeos. Y se inicia la adquisición de los primeros instrumentos: el anteojo meridiano y la ecuatorial Merz, con los correspondientes relojes, así como los instrumentos necesarios para las observaciones meteorológicas, especialidad que, en un prin-



El Observatorio tras las reformas de Pascual y Colomer.

cipio, fue también misión del Observatorio de Madrid, hasta que en 1878 se creó el Instituto Central Meteorológico.

Al disponer de los instrumentos necesarios pudo iniciarse el trabajo de observación, no sólo en el Observatorio, sino fuera de él, cuando se producían fenómenos interesantes, como ocurrió con el eclipse total de Sol que tuvo lugar el 18 de julio de 1860. Así como los eclipses de Luna pueden observarse desde cualquier punto de la superficie terrestre que tengan a nuestro satélite por encima del horizonte, no ocurre así con los eclipses totales de Sol. El conjunto de los puntos de la superficie terrestre que pueden observar un eclipse total de Sol, lo que se conoce como zona de totalidad, quedan comprendidos en una estrecha faja de un ancho no superior a los cien kilómetros. Esto obliga a la organización de expediciones a las zonas de totalidad, a las que los observatorios han de enviar a sus astrónomos. Esto ocurrió en el citado eclipse de 1860, en cuya ocasión el Observatorio de Madrid envió a dos de sus astrónomos: señores Aguilar y Novella.

Otros dos artículos están destinados a «El edificio Villanueva del Real Observatorio de Madrid» y a «Historia de los terrenos del Observatorio Astronómico de Madrid», debidos al arquitecto don Pedro Moleón y al ingeniero técnico topógrafo don Carlos Cabañas.

El primero, dedica especial atención al Observatorio Astronómico, empezando por la iniciación de las obras en 1790, así como a la destrucción y saqueo por los soldados de Napoleón y su correspondiente reparación. Pasa revista a la marcha de las obras y a las modificaciones introducidas, con alguna de las cuales muestra su disconformidad, en particular los cupulines

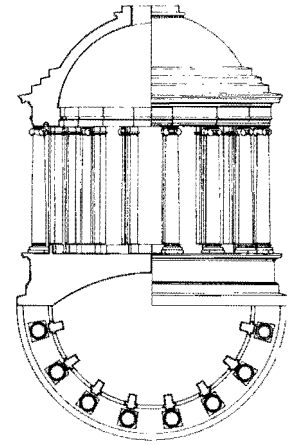
que no aparecen en los planos originales de Villanueva, así como la idea de instalar en lo alto del edificio el telescopio de Herschell.

De gran interés es la historia de las vicisitudes sufridas en la ocupación de los terrenos adjudicados a lo largo de los años al Observatorio Astronómico. La primera disposición relacionada con este emplazamiento fue tomada en Aranjuez el 13 de junio de 1790, ordenando lo fuera «en uno de los altos del Real Sitio del Buen Retiro». El 17 de febrero de 1835 se nombra director del Observatorio a Domingo Fontán, con el encargo de «ponerlo en estado de funcionamiento», quien prepara un plano en el que sitúa la zona reservada al Observatorio.

Y empiezan las dificultades con el Administrador del Real Sitio del Buen Retiro al tratar de conseguir el espacio necesario para el buen funcionamiento del Observatorio. Nuevos problemas surgen con la construcción de la actual calle de Alfonso XII. La última pérdida de terrenos fue debida a la ocupación de una amplia zona decidida en una orden, de 1 de febrero de 1886 de la Dirección General de Obras Públicas, por la que se dispone la construcción de un edificio para la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, cuyas instalaciones se ampliaron en 1940. Es lástima la poca definición en algunos de los planos que acompañan a este trabajo.

Sigue un estudio del autor de este comentario sobre «La Real Academia de Ciencias de Madrid y el Observatorio Astronómico». En el Resumen de las Actas correspondientes a los años 1859 a 1860 de la Real Academia se lee a propósito del referido eclipse de sol:

«Nuestra Academia juzgó con mucha anticipación que no obraría tal vez de un modo digno de su institución si dejase de ocuparse científicamente de un suceso físico que tanto llamaba la atención del mundo ilustrado, y que para ella venía además unido a la circunstancia de haber de observarse completamente en una extensa zona del territorio español, por cuya razón no podrían menos de afluir a nuestra península, como en efecto ha sucedido, astrónomos distinguidos de otras naciones, a los cuales sería indispensable proporcionar y facilitar los medios necesarios a la mejor y más exacta observación. Iniciado este pensamiento en el seno de la Academia por su miembro numerario Sr.



Templete de Coronación del Real Observatorio Astronómico.

Montesino, que por su parte y como gerente de la vía férrea de Bilbao tendría ocasión de encomendar las observaciones que se creyesen oportunas a los entendidos ingenieros empleados en la misma, ha sido objeto de profundos estudios en diversas sesiones del Cuerpo, y muy principalmente en las de la sección de Ciencias Exactas, a que más naturalmente competía el asunto».

Dos expediciones extranjeras vinieron a España para la observación del eclipse, dirigidas por dos astrónomos de reconocido renombre: el P. Sechi, del Observatorio Vaticano, y Lerrerrier, del de París. El primero fue al Desierto de las Palmas y el segundo al Moncayo.

En otro artículo, de José M.<sup>a</sup> Giménez de la Cuadra, director del Centro Meteorológico de Madrid, sobre «La Meteorología en el Observatorio Astronómico de Madrid», se señala que al crearse en 1796 el Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos del Estado y del Real Observatorio, se recogían en sus ordenanzas disposiciones muy precisas para las observaciones meteorológicas, mandando que se tomara nota de las tempestades y cualesquiera otros meteoros, así como las medidas con instrumentos para examinar las modificaciones y síntomas de la atmósfera.

En el cuarto de los libros que debían llevarse para apuntes de las observaciones se anotarían «todos cuantos experimentos y observaciones se vayan haciendo sobre el influjo de la atmósfera en los animales y plantas». Además se establecía: «El director de la Escuela Clínica ordenará que los profesores sigan con los enfermos aquella observación que del Observatorio se les pida, y los profesores de éste cuidarán de dar notas de las horas y momentos en que sobre alguna enfermedad determinada conviene hacer la observación».

Sobre «El Real Observatorio Astronómico de Madrid en el Museo de Ciencias» escribe María de los Angeles Calatayud, jefe del Archivo. Dado el origen común del Museo de Ciencias y el Observatorio Astronómico en 1790, a que al principio nos referíamos, han pasado al actual Museo de Ciencias una serie de documentos que se conservan en el archivo de éste. Se trata de una documentación muy variada (obras en el Observatorio, peticiones de instrumentos, permisos, sueldos, etc.). La obra termina con un artículo de Rosa M.<sup>a</sup> López Menaya sobre «El Observatorio Astronómico de Madrid y la Universidad».

## En el próximo número

Artículos de Miguel Artola, Juan Marichal, Francisco Tomás y Valiente, Francisco Ynduráin, Olegario G. de Cardedal, Luis Enjuanes y Víctor Nieto Alcaide.

### RESUMEN

José María Torroja, al ocuparse de un libro que conmemora el bicentenario de la creación del Observatorio Astronómico de Madrid, se suma a la celebración comentando esa obra

en la que se recoge colectivamente la historia del Observatorio Astronómico desde que Jorge Juan se lo propusiera al rey ilustrado Carlos III, quien acogió la idea con interés.

### Autores varios

#### Doscientos años del Observatorio Astronómico de Madrid

Asociación de Amigos del Observatorio, Madrid, 1992. 168 páginas. 2.000 pesetas.

## Ante la Revolución

Por Miguel Artola

**Miguel Artola** (San Sebastián, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Nacional de Historia 1992, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, académico numerario de la de Historia y presidente del Instituto de España. Entre sus obras pueden citarse: *La burguesía revolucionaria*, *Los orígenes de la España contemporánea* y *Antiguo Régimen y revolución liberal*.

Los acontecimientos que se sucedieron en Francia en la década 1789-99, no dejaron indiferente a nadie de cuantos supieron de ellos, por insuficientes y deformadas que fueran sus noticias. En tanto los revolucionarios, no conformes con la propaganda por la acción, se cuidaban de explicar con palabras la razón y el sentido de su obra, los príncipes trataron de impedir el contagio, dominados por el temor a que las ideas diesen lugar a sucesos semejantes a los de Francia. A pesar de las dificultades que una censura reforzada imponía, y que alcanzaba incluso a quienes pretendían combatir la Revolución, cuantos se dedicaban al cultivo de la pluma y la palabra no pudieron mantenerse en silencio, aunque su opinión quedase reservada al secreto de la correspondencia o de las notas personales. La permeabilidad de los países vecinos a Francia fue muy diferente y también lo fueron las posibles reacciones.

En España se reactivó la Inquisición para vigilar a los franceses emigrados, curas incluidos, y combatir la propaganda girondina. En Inglaterra hubo partidarios de uno y otro bando, y al cabo de un año Burke había publicado una de las piezas capitales del pensamiento conservador, las *Reflexiones sobre la Revolución de Francia*, que Gentz, uno de sus correligionarios, publicó en Alemania dos años después. Alemania era de hecho una multitud de pequeños principados, con distintas políticas frente a los sucesos franceses. En Prusia, que aún no tenía frontera común con Francia, se aplicaban los decretos Wöllner para impedir la edición de obras contrarias a «los principios fundamentales de la religión, del Estado, la moral y el orden social».

Beiser, «assistant professor» de Filosofía en la Universidad de Indiana, es un estudioso del pensamiento alemán, cuyo método, aun-



FUENCISLA DEL AMO

que no su estilo, recuerda la obra de Paul Hazard. Le interesa más la reconstrucción del ambiente en que se desarrolla el pensamiento, su difusión a través de la prensa y de la crítica, en vez de enhebrar en un discurso único la secuencia de los grandes textos, como si cada uno de ellos dependiese únicamente de los precedentes. Con este objeto limita el tiempo a cortos períodos, que no vacila en determinar de forma mecánica, a cambio de ofrecer una descripción completa de las circunstancias que influyeron sobre el autor y las influencias de la obra sobre la opinión. En 1987 publicó un estudio del pensamiento alemán en los años 1780/90 (*The Fate of Reason: German Philosophy from Kant to Fichte*), del que el libro que comentamos ofrece una tajada de tiempo igual, sólo que más rica por el impacto que tuvo sobre los autores la Revolución. De acuerdo con los principios del método, Beiser distribuye a los pensadores en concordancia con criterios políticos —liberalismo, conservadurismo, romanticismo—, en vez de hacerlo, como en la obra anterior, por criterios filosóficos, metodológicos o temáticos.

El grupo liberal de los noventa —Kant, Fichte, Schiller, Humboldt, Jacobi y Forster— resulta generoso en cuanto a nombres y en cuanto al juicio que le merecen, un juicio en el que se confunde la importancia de la libertad para la razón práctica con la naturaleza política de la libertad. De limitarse al discurso político, el colectivo liberal habría resultado

más pequeño y su nivel teórico inferior, aun en el caso de los autores incluidos en ambos capítulos. Todos ellos mostraron sus simpatías ante la Revolución, aunque varios se dejaron tentar por la discreción del desencanto, cuando el Terror sustituyó a la Fraternidad.

Algunos, y no sólo entre los liberales, mostraron su asombro ante las condiciones sociales de Francia sin recordar las de sus respectivos Estados. Sólo dos, Kant y el colaboracionista Forster, por otra parte no tan avanzado políticamente, se mantuvieron fieles a la esperanza original. Kant, que acababa de recuperar la realidad objetiva con la publicación en 1788 de la *Crítica de la razón práctica*, se tomó unos años antes de ofrecer su personal versión del liberalismo en un pequeño folleto de 1793, conocido con el título de *Teoría y Práctica*. En la segunda *Crítica* había racionalizado la moral y ahora aplicaba el mismo método a la política. Kant toma de Rousseau las características del contrato que da lugar a la constitución civil, cuyo objeto no es otro que hacer que el deber de todos sea al mismo tiempo el derecho de cada uno; en otras palabras: «el derecho de los hombres bajo leyes coactivas públicas, mediante las cuales se puede atribuir a cada uno lo que es suyo y garantizárselo frente a una usurpación por parte de cualquier otro». El estado civil se legitima por el mantenimiento de algunos principios *a priori*, que define como: la libertad en cuanto hombre, la igualdad en cuanto súbdito y la independencia en cuanto ciudadano.

La libertad kantiana no se diferencia de las formulaciones revolucionarias, es la capacidad de hacer todo aquello que no lesione los derechos de los demás, y lo mismo cabría decir de la igualdad, cuando ven en ella igualdad ante la ley, cuyo corolario es la desaparición de las diferencias basadas en el privilegio, en tanto se mantienen las derivadas del patrimonio o de las relaciones sociales. Kant añade por su cuenta un derecho, en parte real y en parte coyuntural, dado que permite deslegitimar la revolución. Se trata de la coacción, que cada miembro de la comunidad usa

frente a los demás para la defensa de sus otros derechos y que no puede aplicar al jefe de la comunidad. La inmunidad del jefe del Estado es ineludible en materia penal, en tanto su gestión política está dentro de límites, cuya infracción le convertía en tirano antes y conduce a la revolución, conclusión que Kant pretende evitar, aunque sea a costa de sacrificar la consistencia de su discurso.

### Derecho pasivo y activo

La independencia, el tercero de los puntos contemplados por Kant, es lo que entendemos como participación política, un punto en el que se declara, como los revolucionarios, a favor del sufragio censitario, distinguiendo, como la Constitución de 1791, entre un derecho pasivo, del que todos disfrutaban, y el activo reservado a los ciudadanos, que son aquellos que son «su propio señor», status que reserva a los propietarios. A pesar del interés que los súbditos pueden tener por acceder al contrato civil, Kant no ofrece ningún camino que conduzca a su realización. Al no haber coacción contra el jefe de la comunidad, la revolución queda descartada. «Nunca corresponde al pueblo un derecho de coacción (una facultad para oponerse sea de palabra o de obra) contra el jefe del Estado» o «toda oposición contra el supremo poder legislativo... es el delito supremo».

Fichte se declaró a favor de la Revolución en un folleto de 1793 en el que se afirma el derecho del pueblo a cambiar su constitución, aunque en el desarrollo de su obra la confusión sobre el tema es constante. La *Teoría de la Ciencia*, de 1794, desarrolla el tema kantiano de la libertad-moralidad, cuya conclusión política más relevante se queda, como en su maestro, en la reivindicación de la libertad de prensa, contemplada más desde la perspectiva filosófica que de la política. De los otros «liberales», Schiller, que había hecho de la conspiración y la revuelta el lugar de sus escenarios dramáticos, mostró un particular interés por los acontecimientos de Francia y por la obra legislativa de las Asambleas, que siguió en las páginas del *Moniteur*, pero el Terror le llevó a abandonar sus primeras simpatías. Humboldt, que se encontraba en París cuando la Asamblea abolió los derechos feudales, ocultó a sus corresponsales sus opiniones acerca de los acontecimientos revolucionarios, y no va más allá, en una carta a Dohm, el editor del *Deutsche Museum*, de la reivindicación de la libertad en materias de economía y educación, limitando sus ambiciones políticas a reclamar la protección del Estado para la seguridad de los súbditos —personas y patrimonios.

La lectura de los liberales alemanes sobre la plantilla del discurso político liberal —derechos del hombre como fuente de legitimidad, garantía de los derechos y para ello división de poderes, y sistema político definido en una ley fundamental (Constitución)— per-



### En este número

Artículos de			
Miguel Artola	1-2	Olegario G. de Cardedal	8-9
Juan Marichal	3	Luis Enjuanes	10-11
Francisco Tomás y Valiente	4-5	Víctor Nieto Alcaide	12
Francisco Ynduráin	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## Ante la Revolución

mite apreciar la distancia que separa el pensamiento liberal del pálido reflejo que ofrecen los pensadores germánicos de la década revolucionaria. La gestación del liberalismo alemán habrá de esperar a la Restauración para contar con formulaciones homologables a las de los países más avanzados y no será hasta 1848 cuando el movimiento dé muestras de una cierta fuerza.

Herder, que aún no ha encontrado lugar en muchas enciclopedias e historias de la filosofía, es una figura aislada, que construye la entera doctrina que la Escuela romántica y los nacionalistas repiten en nuestros días sin cambio apreciable. Sometido a la presión antagónica del magisterio de Kant, la figura más relevante del *Aufklärung*, y del de Hamann, el fundador del *Sturm und Drang*, le fue difícil tomar partido en sus debates. Del primero recibió el naturalismo, que busca en las leyes de la naturaleza la explicación de los acontecimientos que se producen en el universo, y el principio de la soberanía de la razón como medio de conocimiento. El segundo

le proporcionó las bases para una crítica radical de la Ilustración: la limitación de la razón para comprender la experiencia religiosa, la consideración del lenguaje como llave del conocimiento racional y la denuncia de la ficción del hombre natural, protagonista de las teorías contractualistas. El ideal de educación humaniano conduce a la formación del «alma bella» (*Die schöne Seele*), que sólo aparece cuando el individuo se determina de acuerdo con los dictados de su conciencia.

El fracaso del *Aufklärung* se debía, en su opinión, al exclusivo desarrollo de la razón en la educación a la que Herder propuso, como alternativa, la formación (*Bildung*) de la persona y de la humanidad. La parte más relevante de la obra de Herder se había publicado antes de la Revolución, y no deja de sorprender, a partir de estos principios, la simpatía con la que contempló la Revolución. El punto de partida del discurso de Herder está en lo que hoy diríamos proceso de hominización, el desarrollo que conduce de la criatura al sujeto pensante, un proceso imposible sin la mediación de la lengua. Las ideas de Herder sobre el origen del lenguaje oscilaron entre el don divino y la creación colectiva, sin que ésta fuese contradictoria con la afirmación de la prioridad de la lengua frente al individuo. La hominización coincide con la adquisición de un lenguaje, sin el cual no se puede alcanzar el uso de la razón. El aprendizaje de la lengua, sin embargo, no puede proporcionar un medio de comunicación universal y, por lo tanto, neutro, sino que cada lengua transmite, a la vez, una forma particular de sentir y unas posibilidades determinadas de ver y de pensar, de forma que la persona que resulta no debe confundirse con el hombre abstracto y universal del pensamiento ilustrado. La comunidad, el pueblo en el que el hombre se hace, determina su personalidad, su forma de ser, pensar y sentir, y a partir de aquí no hay más que extraer las conclusiones elementales.

*Todavía una filosofía de la Historia*, dedicado a la crítica del *Aufklärung* que se publicó en forma anónima en 1774, fue completada con *Ideas sobre la filosofía de la historia*

de la humanidad, escritas y publicadas en cuatro tiempos entre 1784 y 1791. El hombre deja de ser el sujeto de la historia para dar paso a los pueblos, comunidades orgánicas diferenciadas en virtud de la sensibilidad, lengua y cultura. El pueblo deja de ser la agregación de individuos descrita en los textos constitucionales para convertirse en un sujeto singular, identificable por la particularidad de los caracteres mencionados, creado por Dios y destinado en su sabiduría para llevar a cabo un destino personal. Para la realización de este fin, cada pueblo se caracteriza por una forma de pensar y sentir, cuenta con un espíritu propio (*Volkgeist*) que lo diferencia de los demás. Para descubrir la identidad de los pueblos confundidos en las construcciones estatales, hay que atender a los signos externos ya mencionados. A partir de este punto, la descripción de su misión histórica, cada pueblo ha de separarse de los demás, recuperar su identidad, que sólo puede consistir en los factores diferenciales —lengua, arte, derecho, etc.—. El nacionalismo cuenta ya con todos los elementos doctrinales para la acción política y para la lucha armada.

En los últimos años del siglo, cuando la Revolución ha entrado en su fase de consolidación, surgen en Berlín y en Jena círculos de debate, cuyos miembros serán conocidos como la «nueva escuela» o la «nueva secta» antes de ser la «escuela romántica». Figuran

entre ellos los hermanos Schlegel, Tieck, Schelling, Schleiermacher y Von Hardenberg, más conocido por su seudónimo literario de Novalis. Pertenecen a otra generación, tienen entre veinticinco y treinta años y se declaran, sin excepción, discípulos de Herder. Aunque la parte más significativa de su obra pertenece al siglo XIX dieron muestras de su capacidad a través de la revista *Atheneum*, cuya vida coincide con los años finales del siglo, antes de que Napoleón aplastase a Prusia y se ponga en marcha el espectacular proceso de recuperación, que hará de Prusia el núcleo de la nación alemana. Las obras primeras de la escuela, las que proceden de estos años, adoptan la forma de la proposición y el aforismo, no siempre fáciles de interpretar e incluso de comprender. Los *Lyceums Fragmente* del menor de los Schlegel y los *Glauben und Liebe* de Novalis son los ejemplos más significativos.

A la altura de 1800, los elementos característicos de lo que será la cultura y la vida política de Alemania aparecen trazados. El pensamiento liberal no ha alcanzado el nivel político que inspirara las monarquías parlamentarias de España y Portugal. La práctica política sufrirá limitaciones importantes que no superará hasta la segunda mitad del siglo XX. Mucho antes, la unificación de Alemania es el resultado del pensamiento romántico como es el desarrollo del nacionalismo desde Polonia a los Balcanes. □

### Qué es

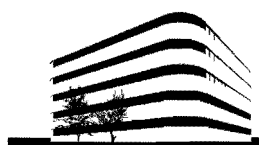


Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».



Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Dépósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

Nadie en Europa, señala Artola, permaneció indiferente ante la Revolución francesa, el acontecimiento más importante en la última década del siglo XVIII. Pero mientras que a los franceses se les hizo evidente, desde el primer momento, que aquella era una empresa

sin retorno, la opinión en los países vecinos se dividía entre quienes pretendían impedir el contagio y los que consideraban llegado el momento del cambio. En Alemania, por ejemplo, el pensamiento liberal apenas encontró acogida.

Frederick C. Beiser

*Enlightenment, Revolution & Romanticism. The Genesis of Modern German Political Thought, 1790-1800*

Harvard University Press, Cambridge (EE.UU.). 1992. 434 páginas.

## SUMARIO

	Págs.
«Ante la Revolución», por Miguel Artola, sobre <i>Enlightenment, Revolution &amp; Romanticism. The Genesis of Modern German Political Thought, 1790-1800</i> , de Frederick C. Beiser	1-2
«Perdurabilidad de Constant», por Juan Marichal, sobre <i>Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario</i> , de María Luisa Sánchez-Mejía	3
«En torno a la España del siglo XXI», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>El legado cultural de España al siglo XXI. 1. Pensamiento, Historia y Ciencia</i> , de autores varios	4-5
«Azorín, desde sus lecturas», por Francisco Ynduráin, sobre <i>Azorín y los libros</i> , de autores varios	6-7
«El hombre: de la realidad a la redención», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro</i> , de E. Lévinas, y <i>Stellvertretung. Schlüsselbegriff christlichen Lebens und theologische Grundkategorie</i> , de Karl-Heinz Menke	8-9
«Actualidad de las enfermedades infecciosas», por Luis Enjuanes, sobre <i>Vaccines: new approaches to immunological problems</i> , de Ronald W. Ellis (ed.)	10-11
«El descubrimiento del espacio pictórico», por Víctor Nieto Alcaide, sobre <i>La oveja de Giotto</i> , de Luciano Bellosi	12

# Perdurabilidad de Constant

Por Juan Marichal

**Juan Marichal** (Santa Cruz de Tenerife, 1922) es catedrático emérito de la Facultad de Artes y Ciencias de la Universidad de Harvard, Cambridge (Estados Unidos). Reside en Madrid, donde dirige el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, e imparte cursos de doctorado en el Instituto Universitario «Ortega y Gasset».

Al morir Benjamin Constant (en París, el 8 de diciembre de 1830), el Gobierno francés —emanado de la «Revolución de Julio»— ordenó que se le honrara con exequias nacionales. Así, el día 12, una inmensa multitud siguió el coche fúnebre, cuyos caballos habían sido desenganchados por los estudiantes del Barrio Latino, para llevarlo ellos mismos desde el templo protestante de la calle Saint-Antoine hasta el distante cementerio de Père-Lachaise. Para aquellos estudiantes —y seguramente para el nuevo rey de Francia, Luis-Felipe de Orleáns—, Benjamin Constant (1767-1830) era el «padre-fundador» del liberalismo representado por las instituciones de la nueva monarquía parlamentaria (que optó por la bandera tricolor de la Gran Revolución de 1789). Unos escasos lectores de Constant veían, en cambio, en su novelita *Adolphe* (1816) la obra maestra perdurable de su autor: y, sin duda, algunos de ellos veían en aquel relato pseudoautobiográfico un *roman à clefs* revelador de la relación de Constant con su más notoria amante, la eminente escritora Madame de Staël. Pero, en verdad, *Adolphe* había de esperar a finales del siglo XIX para situar a Constant entre los «egotistas» literarios más destacados de lengua francesa: particularmente desde la publicación (1907) del llamado «cuaderno rojo» y del *Journal*. En suma, se diría que el Constant «intimista» ha sido objeto de numerosos y valiosos estudios —por ejemplo, Georges Poulet, *Benjamin Constant par lui-même*, Seuil, París, 1968—, dejando en la sombra bibliográfica al pensador político y hombre de acción. Mas no ha sido así: el libro de María Luisa Sánchez-Mejía, *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, nos ofrece por vez primera un Constant de cuerpo entero, situándolo en el interregno político-intelectual entre las dos revoluciones francesas, la Grande de 1789 y la ya aludida de 1830.

«Una idea —escribía Ortega (prólogo a la traducción del *Bréhier*)— es siempre la reacción de un hombre a una determinada situación de su vida». Quizás sea debatible la «definición» de Ortega en el dominio del pensamiento filosófico «puro», pero no lo es aplicado a la historia intelectual: es más, puede verse como un concepto fundamental para esta disciplina. ¡Y, precisamente, muy aplicable a Benjamin Constant! De ahí que María Luisa Sánchez-Mejía observe que «la única obra publicada (en vida del autor) que no es un escrito de circunstancias» sea el estudio *De la religión* (1824-1831). ¿Cómo puede hablarse, entonces, de la perdurabilidad de la figura histórica de Benjamin Constant?

Los periodistas que escriben para las circunstancias estrictamente coetáneas quedan enterrados en las hemerotecas y sólo reviven cuando algún investigador les presta atención (aquí, de paso, conviene apuntar que en la historia intelectual española ha habido grandes periodistas, como Unamuno y Ortega, ¡muy perdurables!). En el caso de Constant, la perdurabilidad es la consecuencia de una excepcional adecuación de un «yo» a unas «circunstancias»: las de la Europa posrevolucionaria, cuyas contradicciones —«la dramática dicotomía de los años de Termidor» (*Benjamin Constant...*, pág. 79)— no han perdido vigencia en este siglo nuestro. Repasemos, a este propósito, la biografía intelectual-política de Constant: y aunque María Luisa Sánchez-Mejía

advierta que no se ha propuesto ofrecer una biografía intelectual, puede afirmarse que su libro lo es, ¡y en grado sumo! Tiene, además, la distinción de ser la suya una de las muy raras plumas hispánicas que se ocupan de lo ajeno. Y aquí es obligado señalar (como lo hace ella misma) su relación con don Luis Díez del Corral —paradigma de español europeo— y con su maestra, Carmen Iglesias, también distinguida historiadora del pensamiento transpirenaico.

Benjamin Constant nació (25-X-1767) en Lausanne, de padres, los dos, descendientes de familias francesas «hugonotes», refugiadas en Suiza durante la diáspora protestante del siglo XVI. Perdió a su madre pocos días después de su nacimiento, y su padre —un militar mercenario al servicio de Holanda— desde sus siete años encomendó su educación a sucesivos y estrafalarios tutores en Suiza, Bélgica y Holanda. En 1783 ingresó en la Universidad de Edimburgo —la más distinguida entonces de la Gran Bretaña—, donde Constant se destacó en los debates de un club estudiantil (que todavía existe) *The Speculative Society*. Aquel curso universitario fue, según confesión propia, «el año más agradable de mi vida» (*Cuaderno rojo*); y quizás no sería una arbitraria conjetura el ver raíces escocesas en el pensamiento liberal de la madurez de Constant. La década siguiente, 1785-1795, tiene un comienzo en el declinar de la monarquía absoluta de Luis XVI, muy propio de un alocado señorito dominado por dos pasiones, la erótica y la del juego.

## Ambición política

Mas pudo conocer en el salón de sus huéspedes a los intelectuales más representativos del París prerrevolucionario. Publica, en forma anónima, su primer libro: *Ensayo sobre las costumbres de los tiempos heroicos de Grecia*, resumen de un estudio ajeno, pero que muestra que no había abandonado el hábito de escribir, adquirido desde la niñez. Mas el Constant que es una figura central en la historia intelectual y política europea entra en escena con su regreso a París —el del llamado *Directorio*— el 25 de mayo de 1795, con su amante la ya muy famosa Madame de Staël. Comienza entonces a desplegarse la ambición política de Constant («estar a la cabeza de un partido») que nunca, estrictamente, realizó. Aunque en el salón de su amiga se relacionó con los supervivientes del «Terror» jacobino que habían ideado el *Directorio* para preservar la República de los monárquicos vengativos, así como de los republicanos extremos.

Pronto, en 1796, Constant publica su primer folleto dirigido a una específica circunstancia política: *De la force du gouvernement actuel de la France et de la nécessité de s'y rallier*. Constant se debió sentir, seguramente, muy satisfecho del efecto de su escrito: un mes más tarde se reimprimió y fue traducido al alemán. Se situaba así a la cabeza de los defensores de la república constitucional francesa, que él veía como una consecuencia de la historia. Conviene aquí hacer una rápida referencia a un proyecto de Constant muy revelador de su actitud ante la Revolución de 1789. Se trata de una carta (del 10 de diciembre de 1790) a su amiga Madame de Charrière en la cual escribe Constant: «Ahora me dedico a leer y refutar el libro de Burke contra los *levellers* franceses». Recordemos que el famoso libro del político inglés Edmund Burke, *Reflections on the Revolution in France* (Londres, 1790), se convirtió en uno de los instrumentos más útiles del pensamiento conservador en la Europa de la década 1790-1800. Para Constant, en cambio, Burke era punto menos que un demente: «Hay más absurdos que líneas en este famoso libro, aunque haya tenido tanto éxito en la sociedad inglesa y en la alemana» (M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez-Mejía, op. cit., pág. 56).



ALFONSO RUANO

Añadiendo: «Defiende la nobleza y el establecimiento de una religión dominante y otras cosas de la misma naturaleza».

Constant formaba ya parte del «establecimiento» republicano cuando el *Directorio* se transformó en *Consulado*, la noche del legendario 18 Brumario (9 de noviembre de 1799). Y fue nombrado por Bonaparte para ocupar uno de los escaños del *Tribunado*, una especie de senado, sin poder efectivo. Mas, pronto, el 5 de enero de 1800, Constant pronunció allí un discurso que marcó el principio de sus dificultades con Napoleón y su gobierno autoritario. Tres años más tarde seguirá a Madame de Staël en su traslado a Alemania por orden gubernamental. Fue entonces cuando Constant empezó a escribir su *Journal intime* (1.<sup>a</sup> edición íntegra, 1957), uno de los textos autobiográficos más reveladores de la historia intelectual y política del primer tercio de la Europa occidental del siglo XIX. M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez-Mejía escoge una anotación del diario —«Les autres sont les autres, on ne fera jamais qu'ils soient soi» (18 diciembre de 1804)— que muestra «la atormentada personalidad de Constant». Que es un espejo de la temprana sensibilidad romántica: «Chateaubriand, Sénancoeur, Madame de Staël, Constant expresan el malestar del individuo librado a sus propios recursos en medio de un mundo desencantado por la Revolución» (pág. 243). Sí, por supuesto, pero la gran distancia que hay entre Constant y sus aludidos contemporáneos es su perdurabilidad política: porque Constant ha ofrecido a nuestro tiempo o —para ser más precisos— a la civilización liberal un pensamiento en el cual la lucidez no quita lo valiente (para decirlo a la mexicana). Conviene recordar que

cuando hace seis décadas empezó lo que Eduardo Mallea llamó *el nocturno europeo*, muchos lectores volvieron a las páginas de Constant sobre la guerra de conquista y la usurpación. Aquel texto de 1814 —escrito, claro está, contra Bonaparte— cobró mayor efectividad al iniciarse la Segunda Guerra Mundial y producirse una recuperación de la energía liberal frente a las tiranías totalitarias. Y no es ocioso, ahora, mencionar que en 1933 —en la hora más sombría de la historia de la Europa moderna— los nazis proclamaron que uno de sus objetivos era acabar con la persona privada: véase el libro de Helena Béjar, *El ámbito íntimo* (Alianza Universidad, 2.<sup>a</sup> ed., 1990), donde un capítulo se dedica a Constant: «El disfrute de la independencia privada».

El estudio de M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez-Mejía —fruto de una cuidadosa investigación en el Instituto Benjamin Constant de la Universidad de Lausanne— merece ser traducido al francés, por su tema mismo, pero también como ejemplo de la nueva historia española, abierta al mundo transpirenaico. Añádase que desde 1970 se han publicado varias traducciones de las obras de Constant que constituyen su más valioso legado en materias «políticas». Dos volúmenes han sido también preparados por M.<sup>a</sup> Luisa Sánchez-Mejía: *Del espíritu de conquista*, Tecnos, 1988, y *Benjamin Constant, escritos políticos*, Centro de Estudios Constitucionales, 1989. Con ellos y el espléndido libro objeto de estas breves líneas, España —o más precisamente la investigación humanista española— se ha ganado un lugar de manifiesta distinción intelectual en la bibliografía europea perdurable sobre Benjamin Constant. □

## RESUMEN

Al morir en 1830, a Benjamin Constant se le honró en Francia con exequias nacionales; se veía en él al padre-fundador del liberalismo representado en la nueva monarquía parlamentaria, que siguió al período revolucionario y

a Napoleón. Constant es también autor de obras de ficción, cualidad ésta, la literaria, que es la que más ha perdurado. Juan Marichal comenta un libro en el que se nos presenta a Constant como un todo: escritor y pensador político.

María Luisa Sánchez-Mejía

*Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 295 páginas. 2.000 pesetas.

# En torno a la España del siglo XXI

Por Francisco Tomás y Valiente

**Francisco Tomás y Valiente** (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia y fue Presidente del Tribunal Constitucional hasta marzo de 1992. Entre sus obras pueden citarse: El marco político de la Desamortización en España, Manual de historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

Según explica Laín Entralgo, padre del proyecto, el Colegio Libre de Eméritos, feliz fruto institucionalizado de una desdichada norma anticipatoria de la jubilación académica, se propone ofrecer en tres obras colectivas «el legado cultural de España al siglo XXI» en tres grandes campos, el primero de los cuales se recoge y comenta en este volumen, al que seguirán otros dos dedicados respectivamente a *La Literatura y Las Artes*. El destinatario del legado es el «mundo occidental del siglo XXI» (Laín, pág. 11). Se supone que la universalidad o, al menos, la supranacionalidad de la cultura no admite clausura alguna en fronteras nacionales. El presupuesto parece, sin duda, muy correcto, pero algo volveremos a decir sobre esto.

El presente y primer libro de la anunciada trilogía encierra 15 estudios que fueron otras tantas conferencias previas, de desigual extensión. El contenido, dentro de la homogeneidad del propósito, es muy dispar, en cuanto que se glosan figuras de filólogos y bioquímicos, matemáticos e historiadores, filósofos y médicos. Las figuras individuales objeto de análisis son Menéndez Pidal, Madañaga, Julián Ribera, Miguel Asín, Manuel Gómez-Moreno, Unamuno, Ortega, Zubiri, Ramón y Cajal y Marañón. Hay además cuatro trabajos en los que se expone y valora la obra de muy notables historiadores del arte, físicos, matemáticos y bioquímicos. Los otros conferenciantes y aquí escritores son a su vez (y también sobre esto volveré) muy destacadas figuras de nuestra cultura viva: Lapesa, Jover, García-Sabell, Emilio García Gómez, Chueca Goitia, Julián Gállego, Julián Marías, Laín, Sánchez del Río, Sixto Ríos, Santiago Grisolfá. Menéndez Pidal es estudiado como filólogo por Lapesa y como historiador por Jover, que no sólo realiza el examen individualizado, sino también el de su encuadramiento en la historiografía española de su tiempo y el de su influencia en los siguientes, que ya son casi los actuales. El Unamuno que expone Marías es el

filósofo, pero como para don Miguel «la filosofía no es propiamente ciencia, [sino que] es más bien sapiencia, sabiduría, *wisdom*» (J. Marías, pág. 247), el estudio abarca también la plasmación de su filosofía en su literatura, puesto que Unamuno hizo «un tipo de novela que va a ser precisamente un método de conocimiento» (ibi, pág. 244). García-Sabell nos habla del Marañón médico, inserto en la generación de 1914, en la que tantos otros notables médicos (Achúcarro, Teófilo Hernando, Pittaluga, Lafora, Sanchis Banús) hubo; pero no trata del Marañón historiador y ensayista. Con estos ejemplos puede el lector hacerse una idea de cómo las figuras elegidas no son objeto de exámenes muy completos, en parte por su condición frecuentemente polifacética y, desde luego, porque el intento no era ése. Era, si lo he entendido bien, el conjunto lo que importaba. Así planteado el propósito, creo que el resultado se ha logrado, porque el lector no debe buscar rigores de especialista, sino la visión global de una obra colectiva con algunos epónimos singularmente estudiados.

La parte del león se la lleva la Historia, sobre Ramón Menéndez Pidal como historiador y José M.<sup>o</sup> Jover como autor de los dos trabajos a él dedicados, que suman un total de 130 páginas, incluidas las abundantes de las notas, de las algo más de 400 del libro. Por afinidad de interés, por su mayor extensión y por su extraordinaria calidad, creo conveniente que nos detengamos un poco más en estos dos estudios sobre la historiografía española vista por Jover, con Menéndez Pidal como eje.

## Empresa ambiciosa

En el primero, Jover sitúa a Menéndez Pidal en la historiografía española de su tiempo, pero arrancando desde atrás, pues se preocupa de colocar la *Historia de España* como empresa colectiva fundada y dirigida por don Ramón en la serie de otras grandes y ambiciosas visiones de conjunto: la de Juan de Mariana, la *Historia general de España*, de Modesto Lafuente, y la *Historia general de España*, iniciada en 1890, escrita por individuos de la Real Academia y dirigida por Cánovas del Castillo. Junto a estos antecesores, Jover destaca dos figuras para situar entre ellos a Menéndez Pidal; se refiere a Rafael Altamira (1868-1951) y a Jaime Vicéns Vives (1910-1960), «que fueron exactamente los complementarios de don Ramón en el panorama de la historia española de la primera mitad del siglo». La

complementariedad del primero consiste en su dedicación al estudio de «los aspectos no políticos de la historia», esto es, lo que llamó la historia de la civilización; la relación de Vicéns con Menéndez Pidal, más que complementaria es dialéctica: del castellanocentrismo a una España plural y vista desde Cataluña, pero también desde lo político «puro» a lo socioeconómico, del filólogo-historiador al lector deslumbrado por la escuela de los *Annales*. Ciertamente es, como señala Jover, que «ellos dividieron en un *antes* y un *después* la trayectoria de la historiografía española de nuestro siglo». Lo que sucede es que en el legado cultural que aquí se valora sólo se trata de Menéndez Pidal como eje, con abandono de la etapa abierta hacia 1950 por historiadores como Vicéns o Domínguez Ortiz, o Jover; pero cada obra tiene sus límites, aquellos que su autor —en este caso sus autores— se fijan.

Textos o hechos. En esa simplista dicotomía, esclarecedora, sin embargo, de preferencias no siempre explícitas, Menéndez Pidal, como filólogo que fue, estudió la historia de España más atento a los primeros. Ya don Rafael Lapesa, en su estudio sobre don Ramón como filólogo, pone de manifiesto la visión dinámica, procesual o histórica que aquél tenía de la lengua y su formación, frente a concepciones estructuralistas que nunca le convencieron. Menéndez Pidal aborda la historia desde la épica, a través del análisis de la obra literaria, como antes que él hizo Menéndez-Pelayo y, después, Américo Castro. Y también como ambos (y como desde otras coordenadas hiciera el gran historiador Sánchez Albornoz, cuya obra hubiera debido ser analizada en este libro) con una preocupación nacionalista: la de interpretar la historia de España para fomentar la formación de nuestra conciencia nacional. A ello quiso contribuir con su ambicioso proyecto de una obra colectiva y monumental, la *Historia de España*, «formalmente puesta en marcha» en 1927, fecha simbólica. El actual director de la *Historia* caracteriza el proyecto inicial de don Ramón con tres notas distintivas: «la primacía de lo medieval», el castellanocentrismo (Castilla como eje de la historia nacional) y la distinción, entonces clásica, entre historia «externa» e «interna», con manifiesto predominio de la primera.

(Abramos un paréntesis. Algún día habrá que hacer la historia de la *Historia de España* fundada por don Ramón y dirigida después, ahora, por Jover. ¿Qué hay de común en ambas etapas? La calidad y una noble ambición, sin duda. Pero poco más. De aquellos tres caracteres, ninguno, por for-

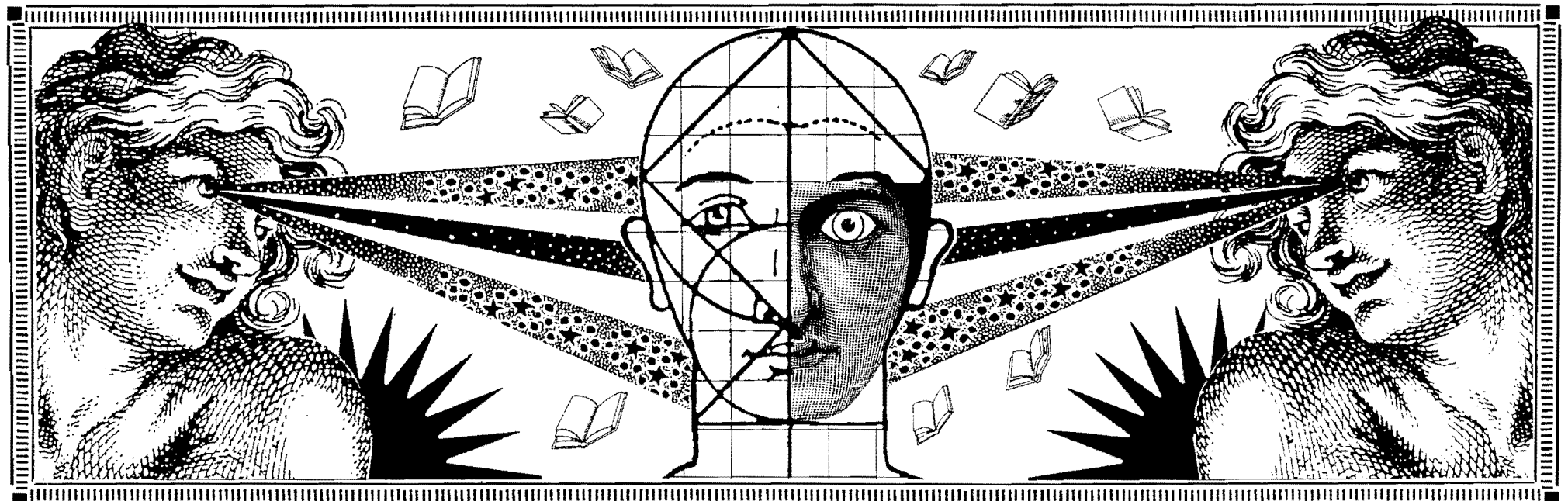
tuna, continúa. Desde 1927 a 1993 —y no hay previsto punto final—, la historia de la historiografía ha pasado por muchos caminos, se ha propuesto objetivos diversos y se ha enriquecido con muchos fragmentos de verdad. La España que previamente se tiene en la mente es, también, otra. El presente condiciona la visión del pasado. Así se escribe la Historia.)

Cuando en 1947 don Ramón, a sus sesenta y ocho juveniles años, escribe *Los españoles en la Historia*, algunas cosas han cambiado dentro de él y muchísimas fuera. En el análisis que Jover hace del modelo de historia nacional de don Ramón hay que destacar su convicción en la permanente identidad de los españoles, en la existencia de una «ipseidad» manifestada a través de ciertos e intemporales «caracteres nacionales», concepción de la que Jover se distancia con discreción, acierto y cordura; la orientación hacia grandes temas, de donde procede el cultivo del «triple mito de Castilla, del Cid y de la persistencia de un ideal unitario significado en el Imperio hispano-leonés»; su opción por «el unitarismo frente al regionalismo», toma de postura coherente con su visión castellanocéntrica; y su escasa sensibilidad hacia el siglo XIX, incluso cuando su interés por la idea imperial de Carlos V o por la figura de fray Bartolomé de las Casas le llevaron a salir de su medievalismo inicial. Quizá intentó superar su negra visión de la España liberal con una voluntad de reconciliación que predicó a los españoles como necesaria para normalizar la convivencia entre dos Españas o «semiespañas».

## Otras corrientes históricas

Después de Menéndez Pidal, ¿qué ha habido? Jover, en el segundo de sus estudios, resume la existencia de cuatro corrientes historiográficas «desde los últimos años cuarenta acá»: 1) La representada por la persona y la obra de Américo Castro, que define la realidad histórica de España como el conflictivo resultado de la contraposición y simbiosis entre cristianos, moros y judíos. 2) La de la escuela de Vicéns Vives. 3) La creciente atención desde los años cincuenta por el «modernismo», esto es, por los siglos XVI, XVII y XVIII. 4) La resuelta orientación hacia la historia contemporánea a lo largo de los últimos treinta años.

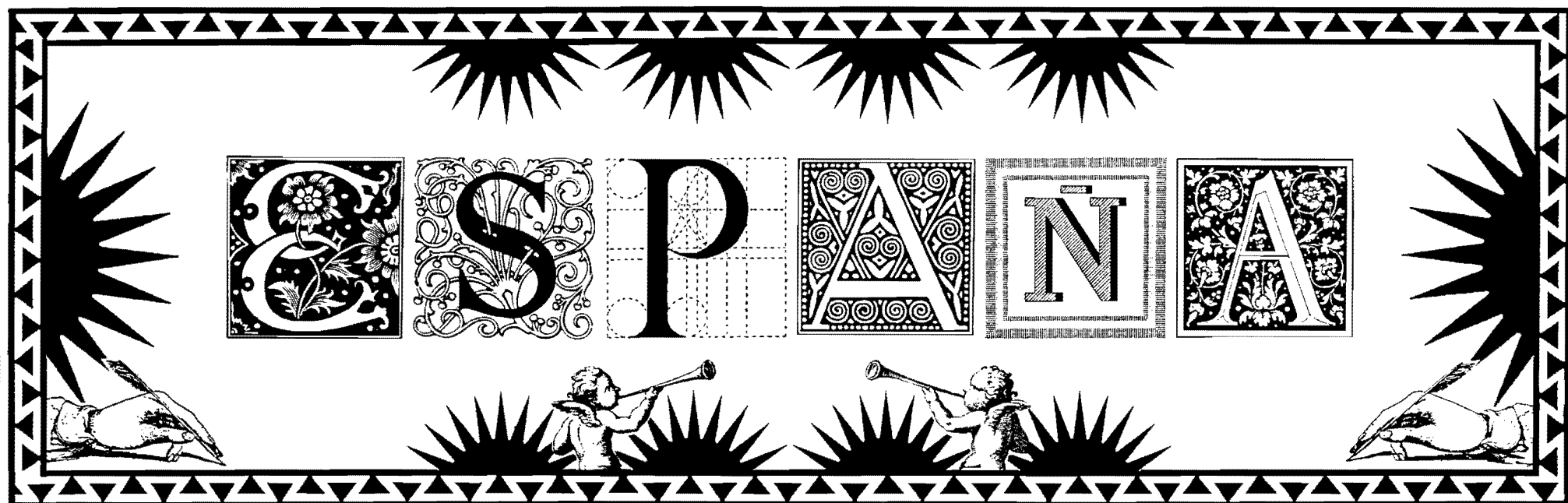
Todo eso, y más que eso, significa no sólo «un ensanchamiento temático» respecto a la historia que don Ramón concebía, sino



ALVARO SANCHEZ



Viene de la página anterior



ALVARO SÁNCHEZ

también algunos otros cambios radicales y —opino yo— muy positivos. En los ciudadanos de este país, y por tanto también entre sus historiadores, ha cambiado mucho la idea de España como ámbito de convivencia actual y como realidad histórica. Ello ha determinado el «agotamiento de un modelo histórico», de una concepción de la historia de España con Castilla como núcleo, con la unidad identificada con esa homogeneidad, y de unos «caracteres nacionales» en los que, incluso quienes no han leído a Américo Castro, a Caro Baroja, a Diego Catalán o a Sánchez Albornoz, ya nadie cree. Curiosamente el nacionalismo, con su impronta de inmutabilidad esencialista, puede haberse trasladado a algunos rincones peninsulares, pero lo cierto es que de la «construcción pidaliana en cuanto imagen organizada del conjunto de la historia de España» queda poco en pie, al margen, claro es, del rigor y la calidad de todo lo que escribiera don Ramón. España como nación de naciones es una idea vigente hoy con más fuerza que otras ya esfumadas. De ahí a la regionalización de su historia, incluso con el peligro no desdeñable de una pérdida de la visión de conjunto, se está recorriendo un camino muy alejado del diseñado hacia 1927 o incluso veinte años después por Menéndez Pidal. Su *Historia*, como proyecto colectivo y ambicioso, continúa siendo válido, por supuesto, pero con otro norte y otras brújulas.

Si todo esto es así, ¿tenía mucho sentido centrar el legado cultural de la España del siglo XX en el terreno de la historiografía «sólo» en la obra de Menéndez Pidal?

### Legado incompleto

Pero volvamos al libro como conjunto y a la obra colectiva en él compendiada y críticamente valorada, para formular dos observaciones: una relativa al carácter incompleto del legado que se analiza, otra concerniente a lo que con tal obra cultural puede estar sucediendo ahora.

Al decir que lo que se nos presenta está incompleto, no trato de denunciar tal o cual ausencia singular; siempre sería opinable el criterio del denunciante, la valía del omitido en relación con la de las figuras estudiadas y, por último, cabría decir que nadie abrigó al proyectar el examen global una exhaustividad imposible, puesto que no se trató de hacer una enciclopedia. El carácter incompleto del legado se me plantea al calcular las fechas de nacimiento y muerte de los pensadores, historiadores y científicos estudiados y la edad de quienes sobre ellos escriben.

Da miedo hablar de generaciones cuando Laín y Marías andan por medio, ellos que de eso lo saben todo, pero al lector se le ocurre pensar que los autores aquí examinados murieron en su mayor parte hacia 1950 y, sin contar la bendita longevidad de algunos, como Menéndez Pidal, nacieron todos antes de 1900. Lo que se glosa es la obra de hombres del 98, del 14 y del 27, las tres sobresalientes generaciones culturales en nuestro país y nuestro siglo, y quienes hacen la glosa no incluyen en el legado la obra cultural de ellos mismos, ni de otros hombres de su generación ni de las posteriores. Nada de lo que hay en el libro sobra y es muy justo destacar lo que aquí se declara como descollante. Pero podría pensarse que las prisas o las proximidades del fin de siglo han forzado quizá la atención exclusiva de la obra realizada por los eximios hombres de aquellas generaciones con injusto olvido de los que las siguieron.

Es cierto que el vacío cultural de las décadas inmediatamente posteriores a la guerra se dejó sentir: ¡díganselo si no a quienes, como los españoles que llegamos a la Universidad como estudiantes en 1950, sufrimos en nuestra carne y espíritu la escasez y la ausencia de maestros! Pero tal vez nos falte perspectiva para valorar, de momento en los tres campos tratados en el libro comentado (*Pensamiento filosófico*, *Historia*, *Ciencias de la Naturaleza*), lo que en ellos se ha hecho, se está haciendo y se hará entre 1970 y 1999, por fijar unas fechas quizá arbitrarias, pero significativas al menos para que pueda hablarse de un legado transmitido al siglo XXI.

Es tan delicado particularizar con ejemplos lo que trato de apuntar que prefiero omitir nombres propios, pero para no dejar demasiado en el aire mis palabras diré que no considero justo valorar como arabistas sólo las figuras de Julián Ribera y de Miguel Asín y no hacer lo propio con la obra de quien firma el estudio a ellos dedicado, y, de modo semejante, que no creo que la calidad alcanzada por la historiografía española a partir, digamos, de un Vicéns Vives (como nombre citable por sus méritos, pero también por su prematuro fallecimiento) sea menor, ni mucho menos, que la de don Ramón y sus más inmediatos discípulos. Faltan quizá en las cuatro décadas finales del siglo eminencias, o al menos escasean; pero en algunas ramas del saber y —creo— de las Ciencias de la Naturaleza, el nivel alcanzado no es pequeño, sino notable: y eso también es legado que se entrega. El aquí estudiado es legado, sí, pero incompleto, abierto e inconcluso, pues como es obvio

la tarea continúa, y el siglo no terminó hace décadas.

Un legado se convierte en tradición si es aceptado y transmitido. Si no, no. Para ello, en nuestro caso, es necesario y previo el conocimiento de su contenido. ¿Se conoce hoy, y en qué medida, el legado cultural aquí analizado? Claro es que lo cuestionable es el conocimiento allende las fronteras de los campos especializados y sus respectivos cultivadores. ¿Hasta qué punto el hombre medio culto conoce esa obra colectiva en los términos y en las figuras elegidas como más expresivas por los autores del libro que comentamos? Tengo permiso de los interesados para referir una anécdota quizá ilustrativa al respecto. Durante el curso académico pasado sometí a un grupo de 25 alumnos universitarios de doctorado, que amablemente se prestaron a ello, unas papeletas en las que les preguntaba, con las debidas garantías del anonimato, qué obras conocían, al menos de nombre, de Ortega y de Unamuno, y quién fue don Ramón Menéndez Pidal. De 25 alumnos, sólo tres habían leído algo de Unamuno y sólo dos de Ortega: los alumnos que citaron de oídas obras de Unamuno fueron 12 y siete quienes, sin haberlo leído, supieron algún título de Ortega. De don Ramón sólo hubo un alumno que lo relacionó con el Cid (tras confesar entre paréntesis que él, el alumno, era de Burgos); los demás no supieron ni decir qué hizo o fue. Considero oportuno advertir que los alumnos en cuestión ni son ignorantes o iletrados ni ineptos o poco estudiosos; por el contrario, fue un grupo muy bueno de notables juristas en ciernes. Sucede, sin embargo, que *eso, ese legado cultural* lo ignoran; si no todos, todo, sí casi todos, casi todo.

### Familiaridad previa

Comprendo que de la cultura se participa incluso sin saberlo y que por el aire

vuelan o en el ambiente se instalan ideas que se respiran, aun sin haberlas leído en los libros de quienes las pusieron en circulación. Pero algo pasa en este país cuando los jóvenes cultos desconocen lo que hombres eminentes de generaciones aún próximas escribieron. Para que la obra colectiva de filósofos, historiadores y hombres de ciencias de la naturaleza se pueda transmitir al mundo occidental parece razonable suponer como requisito previo la familiaridad con aquella obra de los ciudadanos cultos del país, España, en el que se produjo y se dio a conocer. No estoy seguro de que tal presupuesto se dé en la realidad. Nuestros universitarios de hoy saben idiomas en proporción muy superior a la de hace dos o tres o más décadas, han viajado y, quizá, leen libros escritos ahora aquí y fuera de aquí. No obstante, y dicho sea sin extraer conclusiones demasiado generales de mi minúsculo experimento (por lo demás repetible), no parecen participar de modo consciente y en grado estimable de un legado acaso reconocible y activo sólo entre los especialistas en cada sector.

No sé. Ni estoy seguro de mis sospechas, más allá de anecdóticas consultas, ni es éste el momento de plantear las causas de una posible ignorancia de lo propio. Pero no estaría de más, como por cierto han hecho magníficamente los autores de estos 15 espléndidos trabajos, que todos nos preocupáramos más (y más quienes más obligados están a ello) por difundir el conocimiento de lo que aquí (y fuera de aquí por españoles que tuvieron que transterrarse o, menos literariamente dicho, huir para sobrevivir) se ha hecho en el terreno de la cultura. Pregunto, por fin: ¿cuántos lectores tendrán este libro y a cuántos les abrirá el apetito de leer algunos de los aquí citados? Ojalá sean muchos: cuantos más, mejor, para que el legado sea obra viva y no letra muerta. □

### RESUMEN

*El primer volumen de los tres de que va a constar el empeño colectivo del Colegio Libre de Eméritos de ofrecer el legado cultural de España al siglo XXI está dedicado básicamente a la Historia, y es la cuestión histórica de la que*

*parte Tomás y Valiente para su reflexión sobre el legado cultural de España, una España hoy, nación de naciones, muy diferente de la España de Menéndez Pidal, cuya figura y cuya obra historiográfica llenan muchas páginas de esta obra.*

### Autores varios

#### *El legado cultural de España al siglo XXI. I. Pensamiento, Historia y Ciencia*

Colegio Libre de Eméritos/Círculo de Lectores, Barcelona, 1992. 428 páginas. 3.750 pesetas.

# Azorín, desde sus lecturas

Por Francisco Ynduráin

**Francisco Ynduráin** (Aoiz, Navarra, 1910) ha sido catedrático de Lengua y Literatura Españolas en las Universidades de Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid, además de rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander. Se ocupa de distintos temas y autores, desde los del Siglo de Oro a los contemporáneos.

Tratar ahora de la persona y obra de José Martínez Ruiz, escritor si no olvidado, sí un tanto desatendido por la mayoría, dicho sea con las reservas necesarias, me ha resultado de la publicación reciente: *Azorín y los libros*, bello ejemplar patrocinado por el Ministerio de Cultura y el Ayuntamiento de Monóvar, entre otros más. Aquí vienen insertos artículos del escritor desde el 4 de febrero de 1893 hasta 1964, a los que se incorpora una bibliografía, más fotos y facsímiles oportunamente incorporados al texto. El propósito de la obra se ha limitado a recoger una selección de lo que Azorín escribió estimulado por textos, literarios principalmente. Esta limitación, si no resulta exhaustiva, ni lo han pretendido los promotores, viene a darnos y confirmarnos una de las fuentes que Azorín aprovechó para sus escritos, unas veces con atención a la crítica, ni menos otras que para hacerse él mismo desde su tabla de valores estéticos, humanos en general también.

Recordemos que José Martínez Ruiz se resumió en su Azorín ya en *La voluntad* (1902) y, para empezar con libros suyos dedicados a temas literarios, han de tenerse en cuenta: *Lecturas* (1912), *Clásicos y Modernos* (1913), *Los valores literarios* (1914) y *Al margen de los clásicos* (1915), que son los ahora utilizados, a los que deben sumarse títulos posteriores, tales como: *Los clásicos redivivos-Los clásicos olvidados* (1943), con artículos desde 1905 hasta 1935, que comprenden autores empezando por Berceo y cerrando con Ricardo León. Y *Lecturas españolas*, de Azorín, libro no venal, cortesía de los libreros españoles, aparecido en 1974. Una larga y laboriosa vida permitió a nuestro autor compartir la de los que él antes que nadie distinguió con el título de «generación del 98».

## Evocación azoriniana

Ahora y aquí, la evocación azoriniana tiene un motivo más que el de su especial lectura literaria, puesto que la Fundación Juan March había patrocinado un libro ejemplar: *Azorín íntegro* (estudio biográfico, crítico, bibliográfico y antológico, iconografía azoriniana y epistolarios inéditos), por Santiago Riopérez y Mila (Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1979), con 757 páginas de gran formato y numerosas ilustraciones.

Volviendo al libro que ha abierto mi atención, me permito un resumen de lo que el gran escritor ha ido transmitiéndonos desde sus lecturas. Ya en el prólogo, que firma José Payá Bernabé con Magdalena Rigual, se precisa que el escritor, después de haberse leído cuanto caía en sus manos, a partir de 1902 experimentó un desencanto que le llevó a seleccionar lecturas con más rigor: «Con la edad las lecturas se van reduciendo. Decía un filósofo que lo grave es saber no lo que se ha de leer, sino lo que no ha de ser leído» (pág. 10, op. cit.). Y seguiremos con referencias textuales de la misma procedencia. En «Los encantos de un catálogo» (*ABC*, 20-VIII-1925) se acoge a Renan, de quien cita: «En lo futuro sólo serán leídos los libros de crítica, los ensayos, los extractos y referencias de otros



Azorín, en 1898.

libros. La crítica lo será todo». Y añade el nuestro: «Si esto es cierto —mucho de verdad hay en ello— nos limitaremos a leer catálogos» (pág. 79). Si esto valía ya para 1925, qué diremos hoy, con la abrumadora bibliografía que envuelve tantos autores y sus obras. En otro artículo, «El arte de leer», y siguiendo a Proust, se pregunta cómo se debe leer: con o sin pausas, en voz alta o baja. «Se dice que la prueba de una página estriba en sufrir victoriosa la lectura en voz alta. Nunca —lo confesaremos— hemos dado importancia a la lectura en voz alta. Creemos que no se debe leer en esa forma. La voz modifica el texto /.../. Según sea la voz —bronca o suave, rápida o lenta—, así será lo que se lea». Sus predilecciones se manifiestan bien claras, se nos autodefine: «Ahí están el verso y la prosa para leerlos calladamente, con el intelecto, no para declamarlos». Y evoca a Jorge Manrique, Villon, Bécquer, Verlaine, Rubén Darío. Todavía sigue con un demorado análisis de textos y de ocasiones, edades de leyentes, lugares para leer en consonancia con los textos, no sólo interiores —estudios, etc.—, sino también ante paisajes: «Leer ante el mar a un poeta exquisito; leer en la montaña a un ensayista de nuestra dilección, la soledad, la temperatura, el aire, la luz, es leerlos plena y profundamente. La naturaleza en este caso complementa el arte» (en *La Prensa*, oct. 1935, páginas 91-93).

Me permito ahora atender al libro que he mencionado antes, no incluido en *Azorín y los libros*, esto es, a *Los clásicos redivivos-Los clásicos olvidados* (Austral, 1943). Aquí dedica un capítulo al escritor judío Sem Tob, al que nos lo trae desde Cracovia hasta Toledo y al que denomina con la traslación de su nombre, hebreo, al castellano, don Buen Nombre; ese poeta gnómico raras veces leído fuera de las aulas, pese a la atención que le prestara Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas líricos castellanos* (ahora en sus *O. C.*, I) donde se le presenta como «Consejos y documentos al rey don Pedro» (Pedro I, *el Cruel*, 1350-1369). Azorín en su ensayo reitera la presentación del que denomina «buen caballero», pese a su estirpe, con una frase que se nos sale de su estilo habitual y que, reiterada, vale como proposición central: El judío es «caballero, sí: ¿es que la rosa y el vino no son gratos por nacer donde nacen?». La rosa, con la espina; el



Azorín con los fundadores de la revista España.



Azorín escribiendo.

vino, del sarmiento. Basta acudir al texto del poeta para que se nos aclare la soslayada referencia, que tiene comprobación en sus coplas:

«Por nacer en espino  
la rosa, yo no siento  
que pierde, ni el buen vino  
por salir de sarmiento».

Que sigue, ya sin eco alusivo en Azorín:

«Nin vale el azor menos  
porque en vil nido syga,  
nin los enxemplos buenos  
porque judío los diga».

¿No es un elegante modo de remitir a un texto sin mención, ahora con un fondo ético? Con lo tentador de la cita erudita, ahora eludida, y no como ocurre en otro autor, sobre el que escribió: «Un libro sobre Montaigne». Aquí el nuestro no está por la prolijidad de textos mencionados que recargan tantas veces las páginas del galo. Azorín tiene noticias de que se esperaba una edición expurgada del aparato erudito: «Leeremos cuando se publique un bello libro escrito con amor, con escrupulosidad /.../, un libro de un escritor fino, cordial, delicado y profundo» (en *La Prensa*, 25-VI-1936, págs. 95-96).

## Leer para sentir

Propone poco más adelante (págs. 105-106) lectura de 100 libros, y su objeto: «Se lee para sentir o se lee para saber. El libro es una continuación o complemento de la sensibilidad del lector /.../ o es un acervo

de conocimientos para el lector». Y nos lo presenta —cada libro— oponiendo al soñador frente al erudito, para concluir: «Porque en el mundo lo que prevalece, lo fecundo, lo creador, es la sensibilidad y no la ciencia final» (pág. 110). Nos convenza o no, veo aquí un *mot clé* de nuestro Azorín, que puede espigarse con valor de índice testimonial, de gusto y de voluntad.

Valga por el momento otra cita por tantas más que podrían aducirse, y ocurre al tratar de «Pfo Baroja», en *Lecturas españolas*, ensayo que firmó en Nebreda, 1912: «El estilo de un artista no puede ser diferente de como se produce: es la resultante fatal, lógica, de una sensibilidad», texto que puede ser confirmado con tantos otros del autor, por lo que no me resisto a contradecirme, aportando un pasaje más, y volviendo al mismo libro que acabo de aducir, ahora en su «Nuevo prefacio», donde leo: «No estimemos, queridos lectores, los valores literarios como algo inmóvil, incambiable. /.../ Veamos en los grandes autores el reflejo de nuestra sensibilidad actual. Otras generaciones vendrán luego que vean otra cosa. /.../ Se siente con la sensibilidad que se tiene».

No entro en definir lo que Azorín entendía por sensibilidad, aunque no dejo de suponer que se refería tanto a la fineza de captaciones sensoriales como al delicado sentir y pensar, siempre con un trasfondo presente y actuante de belleza en el decir y en la escritura. Si no dedicó atención a



Viene de la página anterior



El matrimonio Azorín, en la vejez.

la lírica, a crearla en verso, sí a su lectura y degustación, mientras que en su copiosísima prosa asoman y florecen notas de lirismo. Y ya veo que estoy ante problemas de tanta monta como la definición rigurosa de los términos aquí empleados. Quede para otra ocasión recoger lo que ya Lope de Vega se planteaba como poesía en prosa, hasta nuestra actualidad, sin olvidar a Baudelaire y sus poemas en prosa, precisamente. A. González Blanco ya vio la prosa poética en Azorín, como puede verse cuando remite a su obra *Los pueblos* (1905), en el capítulo «Una ciudad», y la hora de las ventanas iluminadas en *Los contemporáneos* (París, Garnier, s. a. [1906]) al tratar de Juan Ramón Jiménez: «¿No hay aquí una noble fusión del elemento fantasista y del elemento analista de la poesía, tal como la soñaba Azorín, el más espiritual de nuestros *chroniqueurs* y el más lírico de nuestros prosistas, para escribir un poema sobre *La hora de las ventanas iluminadas?*» (págs. 200-201, de González Blanco).

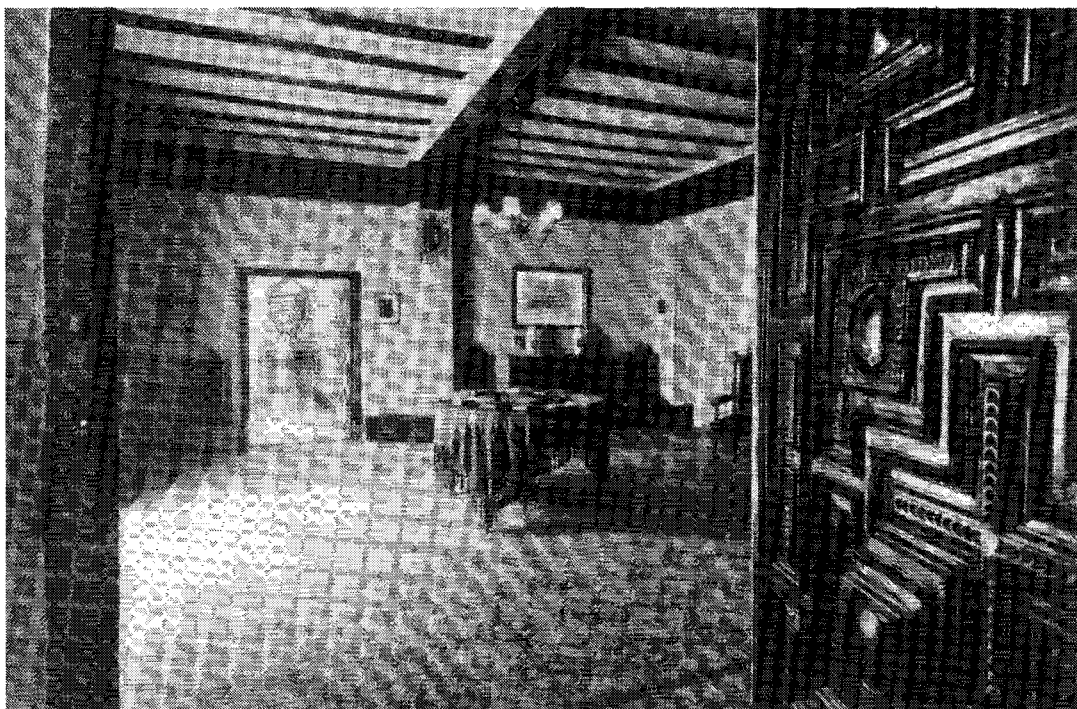
### Azorín lector

El Azorín lector como fuente de ensayos agrupados luego en libros me lleva a una revisión de proposiciones autorizadas sobre este trance elegido con más o menos prejuicios y para diversidad de fines, incluso los no propuestos.

Y ahora me veo ante varias teorías interpuestas sobre el acto y momento de lecturas, literarias precisamente. No quiero agobiar con textos debidos a plumas tenidas por magistrales en este asunto, limitándome a una concisa mención de autores por mí conocidos y que considero muy recomendables, siempre con un margen para la discrepancia personal de cada uno.

Goethe me ocupará con más detención, y es en su obra *Poesía y verdad* (*Dichtung und wahrheit*), libro X: cuenta cómo Herder leía para un grupo en el que se encontraba el poeta y dramaturgo, la novela *El vicario de Wakefield*, recién publicada en Alemania: «Era un recitado sin dramatización ni mímica. Lo recitaba como si fuera épica. Pero les reprochaba que se hubieran apasionado por las peripecias o por el desenlace feliz con el descubrimiento del viajero humilde en señor poderoso /.../ y nos increpó por nuestra torpeza. Se ve por todo esto que sólo consideraba la obra de arte como un producto artístico, y que exigía de nosotros lo mismo. /.../ La obra aquélla me había atraído por su ironía que se eleva por encima de los objetos, por sobre felicidad y desdicha, bien y mal, vida y muerte, y así llega a poseer un mundo verdaderamente poético».

Sí, aquí tenemos una proposición ejemplar hasta cuando en el texto hallemos opiniones, creencias, ideales no compartidos por nosotros, haciendo suspensión provisional de ellos para atender a la belleza, si la hubiere, de lo escrito. Algo que me confirmó Thomas Mann (1930) en su ensayo, «Karl Marx debiera haber leído a Friedrich Hölderlin», donde leo: «Lo que divide credos y naciones, gentes y partidos a lo largo de la historia puede reunirlos la participación en el arte, en la lectura». Y concluye: «Aprendamos a suspender, sea provisionalmente, la incredulidad, para entrar, como lectores, en el espíritu de creencias que no son las nuestras. No es tan difícil». Ni tan frecuente, apostilla uno. Y por no abrumar con citas de Sartre, Virginia Woolf y otros, remito a la lección inaugural en la Universidad de Oxford, de Lord David Cecil (1949): «The fine art of reading», que resume en traducción tempestiva: «El gozar



Salón principal del Museo de Azorín, en Monóvar (Alicante).

Última foto de Azorín, primeros días de febrero de 1967.



de la literatura como debe ser gustada, como debiera serlo, es empeño de gran dificultad y requiere, además de sentido común y nada común sensibilidad, toda una serie de virtualidades receptivas. /.../ No debemos leer con ideas preconcebidas, partiendo de cómo debiera o no debiera ser la obra». Y apela a los errores de teorías admitidas como autorizadas: Shakespeare, repudiado por los neoclásicos; Lope de Vega, encerrando los preceptos.

### Enigma paradójico

Desde Azorín uno ha llegado hasta convicciones propias apoyadas en otras autoridades además, cuando se dispone a plantearse el análisis literario en su recepción por la lectura. En la vida real, nuestras experiencias resultan limitadas por las circunstancias y/o por la condición peculiar de cada persona. Nadie es capaz de conocer hasta el último fondo cómo sea un hombre o una mujer, sea cualquiera su conducta y apariencias. La literatura nos revela mucho más de lo que observamos directamente, y ahora si no gustamos de lo que se nos narra, y hasta lo condenamos desde nuestro código moral, tal vez podemos complacernos con el arte de su estilo.

Esto que suena a enigma paradójico es donde estriba el problema de la significación y sentido últimos del arte, bien que como cada uno seamos distintos y diferentes, la respuesta habrá de resultar no idéntica ante cada obra literaria y aun de las otras artes, las cuales no suelen comportar tantos compromisos ni tan palmarios. Y tengo que insistir en que lo que se obtiene por la lec-

tura de obras eminentes, sea el que fuere su asunto y enfoque, nos ha de resultar grato, iluminador, debido a que la respuesta brota del deseo humano por la belleza mientras nos hallamos en un mundo disonante, desordenado y, en buena parte, feo, horrible a veces, vulgar y anodino casi siempre.

La mejor de nuestras vividuras no es tan buena ni tan rica como nuestros sueños, y nuestros momentos más exquisitos resultan discontinuos, fragmentarios. Las artes, la literatura muy especialmente gracias a su mayor complejidad y alcance, nos presenta, fijados ya para siempre y para tantos lectores, los momentos más fugaces y evanescentes. Acudiendo a Keats y para concordancia con su verso, recordemos: «A thing of beauty is a joy for ever». Sentencia que si vale para todas las bellas artes, resulta más ocasionada para las letras. □

### RESUMEN

Para Francisco Ynduráin, José Martínez Ruiz, Azorín, es hoy escritor si no olvidado del todo, sí, al menos, bastante desatendido. Una recopilación de lo mucho que escribió Azorín en torno a los libros, la lectura y la li-

teratura le sirve para refrescar su memoria y reavivar la de los lectores de hoy. Y es que siguiendo, como hace Ynduráin, estos artículos se puede hacer una idea de cuáles fueron los gustos literarios de Azorín.

### Autores varios

#### Azorín y los libros (catálogo de una exposición)

Ministerio de Cultura, Madrid; Casa Museo Azorín, Monóvar (Alicante); y otras instituciones, 1993, 144 páginas.

# El hombre: de la realidad a la redención

Por Olegario González de Cardedal

**Olegario González de Cardedal** (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia, Jesús de Nazaret, España por pensar y La gloria del hombre*.

Lo más hondo que el hombre ha podido pensar y afirmar de sí mismo es que es *persona e imagen de Dios*. Y en la medida en que ambas palabras, por arraigar en su fondo impenetrable e insobornable, dicen la realidad vivida y apuntan hacia la posibilidad suprema, son en un sentido evidentes y en otro sentido enigmáticas.

El hombre se reconoce persona e imagen de Dios en la proporción en que quiere, se elige y se realiza como tal. Su sobrecogedora posibilidad de encubrirse, negarse e invertirse puede conducirle a una irrealidad máxima: despersonalizarse y desdivinizarse. No hasta el límite en que esa negación no sea reversible; mas entonces será otra mano la que tenga que devolverle al hombre su entraña de persona y su condición de imagen de Dios. La realidad sólo es de nuevo posible, en su original grandeza y en su destinación ofrecida, como redención.

Como imagen de Dios, el hombre es una presencia real de Dios, en cuanto que es creación suya y mantiene con él la comunidad de ser que tiene una obra con su artífice y un fruto de amor con la acción amorosa que lo implantó en la existencia. En cuanto imagen es también una representación vicaria de Dios, de forma que asume su lugar, haciendo sus veces. Quienes se encuentran con él tienen que vérselas con Dios. Nadie puede poner la mano sobre él, apropiarse de él o vengarlo, ya que Dios está implicado en él, y por medio de él se convierte en llamada, exigencia y frontera para la libertad de los demás. Como imagen de Dios, el hombre es finalmente realización de Dios mismo en finitud y temporalidad. Por serlo, el hombre en su raíz así ya desde el origen, pudo existir Dios encarnado. La encarnación de Dios en hombre no hubiera sido posible si el hombre no hubiera sido ya desde el principio una forma de existencia suya. Esta es llevada hasta el límite y tiene su expresión suprema en el hombre Jesús, en quien del todo Dios es hombre y en quien del todo un hombre es Dios (unión hipostática). La encarnación lleva así la creación a su última posibilidad y, por consiguiente, desde la plenitud realizada se convierte en criterio y crítica de una inteligibilidad natural, clausurada sobre sí.

El hombre, a su vez, es imagen de Dios precisamente en cuanto es persona, y no por otra adición ulterior de realidad, que adviniera a su ser ya constituido. Utilizamos la palabra persona para nombrar lo supremo en el orden de lo real y para diferenciar al hombre de todo lo que no es consistente en sí mismo ni tiene conciencia de sí mismo. Por ello decía ya Santo Tomás: «Persona significat id quod est perfectissimum in tota natura, scilicet subsistens in rationali natura» (Summa I, q 29 a 3). La soledad abismal del hombre deriva de su emplazamiento entre el universo interpersonal (la naturaleza y el animal) y el universo suprapersonal (Dios). En ese «confinamiento» o cruce de horizontes se encuentra él, participando de los dos, uniendo a los dos y existiendo en la verdad propia sólo en la medida en que es a partir de ambos y abierto hacia ambos. Invertiendo el principio pagano: «Quod supra nos nihil ad nos» (Lo que está sobre nosotros ni nos afecta ni nos interesa), en cristiano afirmamos que el hombre sólo

se conoce y posee en la medida en que se extiende, atiende y realiza a partir de la animidad y hacia-hasta la divinidad.

El hombre como persona es *realidad en sí, conciencia de sí, relación al otro, responsabilidad para con el otro*. A la luz de estos cuatro términos podemos seguir el itinerario que la conciencia humana ha ido haciendo en Occidente desde la aurora griega hasta nuestros días. Se encuentra el hombre en el mundo, pero sin ser parte del mundo ni agotarse en él. Moldea su materia, y ante él se yergue soberano. El hombre es mundo en un sentido, y, sin embargo, trasciende al mundo, porque su constitución no puede ser parte integrable en otra realidad física, ni adyacente o parásita de cualquier otro ser. El hombre es en sí y desde sí. La subsistencia (Santo Tomás) y la «suidad» (Zubiri) constituyen al hombre. Por ello podemos decir que hay hombre y todo lo demás. Existe el hombre y lo otro. Toda cercanía y compañía posteriores tienen que pasar por esa distancia y soledad originarias. El hombre es realidad en sí.

Cuando ha contemplado lo que está ante sus ojos, y asombrado por la grandeza y belleza del cosmos se queda en silencio, entonces percibe sobrecogido la existencia de otro mundo, que no está fuera, sino dentro de sí. No tiene que alejarse de sí mismo yendo hacia la realidad que estaría lejos de sí, sino que tiene que adentrarse en sí mismo para descubrir allí la verdad. La verdad va unida a la interioridad, cuando la persona se hace conciencia de sí. Ese hondón del alma o esa cima del espíritu se convierten en el necesario desfiladero que dará paso a todo el resto de la realidad. Desde esa altura u hondura lo divisa todo. En este sentido, la luz de la conciencia es la luz de la verdad, a la vez que la luz de la verdad, que nos precede, es la luz de la conciencia en cuya lumbre despierta a sí misma. Para San Agustín, la conciencia es el ámbito en el que la verdad aparece, el hombre se apercebe de ella, y en ella se perca de sí mismo. En Descartes, la autoconciencia es clave de la realidad; y sólo verificándose a sí misma se certiora de todo lo demás. En el idealismo esa conciencia se convertirá en creadora de toda realidad. El hombre se entiende como *conciencia de sí, principio de sí, ley de sí y fin de sí*. La autonomía, la autarquía, la autodestinyación y la autorrealización definirán la verdad del hombre. Desde Descartes pasa un camino que llega hasta Kant y Hegel, desembocando en Nietzsche.

## Metafísica clásica y subjetividad moderna

La realidad óptica (ser en sí) y la estructura ontológica (ser capaz de sí) no dicen todo lo que es el hombre. La realidad y la conciencia no despliegan ni agotan todas sus posibilidades; más aún, no llegan a desvelar las mejores. El ser en sí y de sí le están dados como ordenación-a, como ser-para. El hombre es capacidad de relación, necesidad de relación y plenitud en relación. El pensamiento occidental perdura hasta comienzos de nuestro siglo en una visión metafísica (perspectiva moderna) del hombre. Esta lleva a su radicalización suprema el descubrimiento luterano del yo necesitado de seguridad, afirmándose a sí mismo en soledad sin comunidad, confiado a la misericordia de Dios exclusivamente sin que ninguna mediación humana e histórica pueda ser causa de gracia. No carece de importancia que hayan sido pensadores católicos (Marcel y Ebner) y judíos (Buber y Rosenzweig) los que a comienzos de este siglo redescubren la alteridad, la intersubjetividad, el principio relacional y dialógico como constituyentes de la existencia personal.

La fase final de ese proceso la encontramos en Lévinas, que invierte ese movimiento

de la conciencia occidental, centrada en el yo como absoluto autárquico. Para Lévinas el otro no es sólo el que se opone al yo, cuya libertad es un límite a su soberanía y autonomía, sino el que me apela absolutamente, hasta el punto de poner el polo de mi realidad en el lugar de su destino. La primera presencia y la suprema evidencia no es el yo. El yo epistemológico o el moral, reclamados desde Descartes hasta el neokantismo de nuestro siglo, no son lo primero de la vida humana. Lo primero es el rostro del otro, en el que yo descubro una apelación que me reta, me reclama y me obliga a cargar con él. La relación al otro es principio de inteligibilidad y de constitución. Sólo despertado por la palabra, la llamada y la responsabilidad, en la que me implica el otro, soy persona, si es que esta palabra ha de significar algo más que egoísmo, dominación e indiferencia respecto de todo aquello que el sujeto no posee o domina. «La relation à l'autrui est le commencement de l'intelligible» (119). «Le Visage est le commencement de l'intelligibilité» (ed. original Editions Grasset, Paris, 1991).

La responsabilidad así entendida es principio de individuación humana y principio de revelación divina. Cada hombre se individualiza no por la parte de materia en que consiste o por la forma que tiene, según la fórmula clásica, sino por la responsabilidad que asume y por la forma en la que la lleva a cabo. «La responsabilidad es un principio de individuación», dice lapidariamente. Y además esa responsabilidad es intrasmisible. La conciencia en sentido moral es así anterior y superior a la conciencia en sentido intelectual. Por ello hay que invertir la lógica deductiva, que ha dominado el pensamiento hasta ahora, pasando de la razón analítica y dominativa a los deberes para con el otro.

Desde aquí rompe Lévinas con toda la tradición occidental que se extiende desde Plotino hasta Heidegger. Ha prevalecido la idea de unidad y de identidad consigo mismo hasta el punto de que toda relación con lo otro era considerada una pérdida de ser. El *Ser* de Aristóteles y el *Uno* de Plotino no conocen lo otro, porque ese conocimiento introduciría la división y la imperfección en la entraña del *Uno*. Y el *Dasein* de Heidegger (la existencia humana en el mundo), a fin de cuentas es una estructura del ser, cerrado en su gesta de ser, atenido a su acontecimiento de ser. Sin prójimo y sin Dios, por consiguiente. El destino del prójimo y el destino de Dios han ido siempre unidos en la conciencia humana. Por eso con el máximo asalto a Dios, que ha llevado a cabo la conciencia moderna en Nietzsche, el prójimo ha desaparecido absolutamente. Barth lo ha analizado con suprema lucidez.

«La humanidad de la conciencia no está absolutamente en sus poderes, sino en su responsabilidad. En la pasividad, en el acogimiento, en la obligación con respecto al otro: el otro es quien es primero, y allí la cuestión de mi conciencia soberana no es la primera cuestión». Desde aquí no teme Lévinas enfrentarse a Kant y a su reclamación absoluta de autonomía. En la medida en que la subjetividad está imperada, la heteronomía es más fuerte que la autonomía. Tal heteronomía no es, sin embargo, una esclavitud inhumana ni una servidumbre. Jugando con la significación que la palabra «ordenar» tiene en el catolicismo (a la vez, estar destinado a, haber recibido poderes sagrados, ser consagrado sacerdote), dice que la conciencia en este sentido está ordenada. No se declina en nominativo, sino en acusativo. Ha recibido la santificación necesaria para, tiene poderes al servicio de, y en este sentido está «en orden», es «recta» y «justa». La justicia, rectitud y santidad derivan así de la superación del yo como centro autónomo para convertirse en «rehén», que con su vida o con su muerte tiene que proveer a la liberación del otro.

Desde aquí se enfrenta igualmente a Buber y a su principio dialógico. La relación Yo-Tú no es simétrica. Yo no estoy ante el otro, como ante un igual. De él espero la palabra que me suscita a mí mismo, como el que diciéndome «tú» me constituye. Con este planteamiento aún no hemos salido de una visión funcional y posesiva de otro al servicio de nuestra propia constitución. La relación es recíproca en un segundo momento, no en el primero. «En la relación al Rostro lo que se afirma es la asimetría. En el punto de partida me importa poco lo que el otro es en relación conmigo; ésa es su cuestión. Para mí *él es ante todo aquel de quien yo soy responsable*».

La responsabilidad es también principio de revelación. En ella algo absoluto se nos inmediatiza, a lo que no podemos negarnos sin renegar de nuestra individualidad, sin quedar con las manos manchadas y el destino deshecho. Llevando al extremo esta convicción, afirma: «El único valor absoluto es la posibilidad humana de dar al otro una prioridad sobre el yo. Yo no creo que haya una humanidad que pueda recusar este ideal, aun cuando se le debiera llamar ideal de santidad». El Rostro del otro se convierte así para el hombre en el lugar supremo de la exigencia moral, de la propia verdad y desde ahí también de revelación de Dios, si bien sea de una manera incipiente, como destello llamativo más que como presencia patente. Teniendo como trasfondo el texto de Mateo 25 («lo que hagáis a los otros, a mí me lo habéis hecho, dice Jesús») que cita cuando habla con cristianos, Lévinas concluye: «No se trata de una metáfora: en el otro hay una presencia real de Dios. En mi relación al otro yo oigo la Palabra de Dios. No se trata de una metáfora; no es que sea importante en extremo; es literalmente verdad. Yo no digo que el otro es Dios, sino que en su Rostro yo oigo la Palabra de Dios».

## Representación, rezevo, solidaridad

La responsabilidad para con el otro es anterior a toda memoria y a toda deliberación constitutivas del hombre. Es ingenua e ingénita. Ahora bien, ¿hasta dónde puede llegar y llevarme? ¿A ponerme en el lugar del otro, asumiendo su destino, teniendo que rescatarlo y dejando mi vida por él? ¿Este darle-sí y darme es una alienación negadora de mi autonomía y una sustracción de la autonomía del prójimo? Para responder a esta pregunta, el libro de K. H. Menke hace un recorrido por la historia de la filosofía y de la teología de los dos últimos siglos. En él, típica y admirable tesis doctoral, se analiza la categoría *Stellvertretung*, mostrando que es un concepto clave de la vida cristiana y una categoría teológica fundamental. Traducir ese término alemán supone responder a una cuestión y resolver un problema. *Stellvertretung* es la acción de ponerse en el lugar del otro: sustitución, representación, reemplazamiento, delegación, vicariedad. Podríamos añadir otra vieja palabra castellana: *rezevo*. Alguien puede tomar nuestra vez, hacer nuestras veces, llegar a tiempo cuando nosotros, aun queriendo, no podemos estar a tiempo, anticiparse a una responsabilidad nuestra para la cual nosotros todavía no estamos maduros y él, con su gesto anticipador, nos madura y hace capaces.

Nuestra cultura ha llegado a dos convicciones que le son constituyentes y que parecerían incommovibles: que la persona es única e insustituible por nada ni por nadie y que, en cambio, todas las cosas son intercambiables y sustituibles. Kant, como máximo exponente de la revolución ilustrada, reclamó



Viene de la página anterior



la emancipación del hombre respecto de todos los poderes. Con él se pone fin teórico a todas las servidumbres o minorías de edad y se declara el inicio de la representación de la persona por sí misma, de la toma de la palabra en nombre propio, de la participación en el destino público, de la responsabilidad política, de la autonomía moral que convierte al hombre en sujeto no sustituible ni en su derecho ni en su deber, ni en sus glorias ni en sus culpas. Si alguien le puede representar ante los hombres, nadie, en cambio, le puede sustituir ni en la gracia, ni en el pecado delante de Dios. Lo que la Ilustración formula como programa moral, la revolución francesa lo intenta como acción histórica y transformación social.

La conciencia moderna ha identificado, por tanto, libertad y autonomía, hasta el punto de pensar que la libertad de un sujeto comienza realmente allí donde cesa el influjo de otro sujeto. Este principio ha puesto en crisis a la conciencia cristiana en la medida en que esta se funda en la *creación*, como otorgamiento de la realidad por Dios con dependencia permanente de ese origen para permanecer en el ser; y en la *redención* de Cristo en cuanto que él se ha puesto en el lugar nuestro, ha asumido nuestro destino y, sufriendo las consecuencias de la dominación interna, que el pecado le infligía, lo ha transformado (*Umleiden*). Creación y redención serían por ello una comprensión imposible para el hombre ilustrado. El cristianismo sería así inaceptable para la modernidad.

Pero tras Kant, Hegel y sobre todo Schelling se han preguntado por los presupuestos de una libertad finita, retenida por el mal y pecadora. La finitud no puede otorgarse a sí misma fundamento último y por ello íntimo y último cobijo. El mal hecho no puede ser deshecho por el hombre mismo y el «pecado» termina siendo descubierto no sólo como una acción mala que comete el hombre, sino como un poder al que el hombre sucumbe, que se enseorea de él y al que por sí mismo no puede escapar. Ese poder se expresará en forma de poderes y dominaciones, de ideas o de símbolos; pero tras todos ellos se vislumbra una potencia que es superior al hombre. La Ilustración se peca de esa realidad, pero no tiene capacidad de transformarla. De la ilustración a la redención va un abismo. Kant fue suficientemente lúcido para percatarse de esa diferencia y distancia abismales.

A finales del siglo XVIII surgen la palabra francesa *Représentation* y la alemana *Stellvertretung*. La primera en contexto político y la segunda en contexto teológico. Alrededor de ambas y como presupuesto común, el término *solidaridad*. La teología cuenta con la realidad del mal, del pecado y de la liberación del hombre de esos poderes que se enseñorean sobre él. Estos pueden llamarse «pecado», «culpa», «miedo», «irreconciliación con el otro», «alienación de sí mismo», «ofensa a Dios». En todos ellos se trata de formas de existencia que, encontradas unas y provocadas otras por una acción libre y responsable, sustraen el hombre a sí mismo y le dejan a merced de una alteridad que lo subyuga. Dos soluciones se ofrecían en la teología de aquel momento: por un lado, la teología luterana, llamada «Ortodoxia», que comprende la redención como la satisfacción penal que Cristo ofrece a Dios por los pecados de los hombres. Por otro lado, la teoría de los «socinianos», que comprenden la redención como autorredención.

Piensan que esa acción exterior de otro, imputada formal y jurídicamente al hombre, es una lesión de su dignidad de ser libre a la vez que ofrece una imagen exigente y judicial de Dios, que no respondería al Dios Padre de la predicación de Jesús en los evangelios.

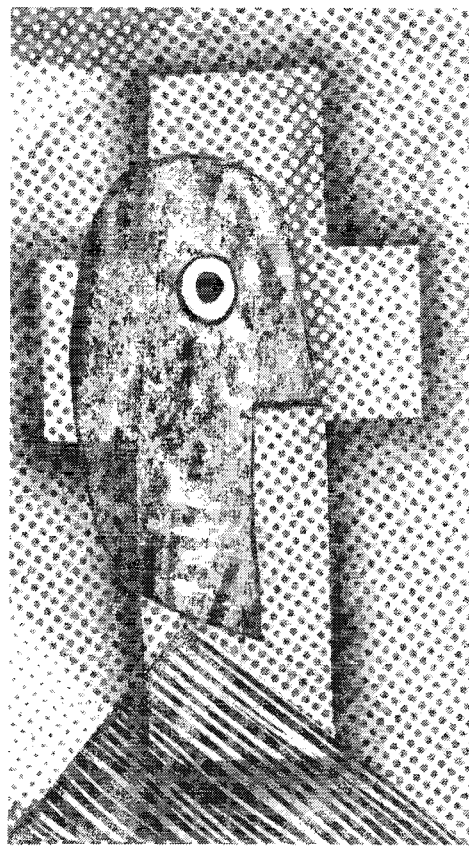
Este libro quiere recuperar el sentido auténtico de esta «representación-sustitución»

(*Stellvertretung*), que hay que rescatar de la degradación jurídica o penal que ha sufrido. En ella Cristo, el gran solidario-representativo de todos los hombres, sus hermanos, no sustituye al hombre, sujeto de la redención, dejándole fuera, sin ejercicio de su libertad y aplicándole unos méritos ajenos como resultado de los cuales serían perdonados sus pecados y él arrancado al poder del «pecado». Eso es una degradación del verdadero concepto cristiano de «representación-suplencia-anticipación». Cristo no sustituye al hombre, porque en la libertad nadie es sustituible, sino que le constituye en ella. La cuestión es justamente cómo se funda, instituye y pone en marcha la libertad del hombre caído, incapaz de estar a la altura de su dignidad, responsabilidad y misión. La respuesta teológica es que sólo redime quien ama; y sólo ama eficazmente quien supera ese destino, cuando éste es negador del hombre. Eso es lo que hace Cristo.

Lévinas nos ha ayudado a comprender cómo el hombre puede asumir la responsabilidad por el otro, hasta convertirse en su «rehén». En este sentido, la conciencia judía primero, y tras ella la conciencia cristiana, ha comprendido la existencia de forma religada y solidaria, representable y sustituible. Nadie puede suplir a nadie, pero el padre puede anticipar a los hijos, haciendo posible advenir su destino que luego ellos asumen y protagonizan como propio; el cabeza de un grupo puede anticipar y personalizar el destino de los descendientes. La realidad necesita mediaciones entre el individuo y la comunidad (personalidad corporativa); entre el pasado y el futuro (tradicción); entre los dos órdenes de realidad que son el prototipo y su copia o reproducción (representación).

Lo que el Nuevo Testamento nos ofrece es un retrato de Cristo que comprendió su existencia no sólo en solidaridad con los hombres, sino yendo hasta el extremo de ponerse en nuestro sitio, asumir en silencio y soportar sin palabras las consecuencias de la situación del mundo bajo el pecado. No ha retenido su condición divina; no ha mantenido su dignidad de creador con el Padre, sino que, puesto en nuestro lugar, ha entregado su vida con nosotros. Aquí hay que desarraigar dos malentendidos mortales, que subvierten y hacen inaceptable el cristianismo para todo hombre lúcido y moralmente insobornable. El primero consiste en comprender la redención como si se tratase de un trato entre Dios y la humanidad, en el que Dios exige y cobra el pago de una deuda o reclama la compensación de una ofensa. (Dios no reclama nada ni exige nada a un hombre, que en el fondo no le puede ofender.) El segundo consiste en pensar que esa redención no implica al hombre, que le sería imputada desde fuera, como si alguien hubiera pagado una factura suya pendiente.

El primer malentendido presupone otro Dios, no el cristiano. A éste sólo se le entiende desde la *creación* (un amor que suscita el mundo), la *alianza* (una invitación a una existencia compartida y mutuamente responsable hasta afectar a cada uno la vida y la muerte del otro), la *encarnación* (un adentramiento de Dios hasta el lugar y el tiempo del hombre, a fin de tener tiempo para él y, estando en el lugar de él y existiendo como él, afrontar con él su destino). Este Dios posee la trascendencia propia del Ser absoluto, santo, personal; pero, a la vez, la inmanencia por su creación, alianza y encarnación. Ellas afectan al hombre, le implican y le constituyen. Cuando el hombre ha decaído de esa relación amorosa, propia de la criatura, del aliado y del solidario de destino, la reconstrucción será resultado de una nueva iniciativa de Dios, en nueva construcción de ser, nueva oferta de alianza y nueva donación solidaria. El ser que es constitutivamente relación no se construye sino



G. MERINO

desde la relación rehecha. Y ésta en el orden personal se llama amor. Amor recibido, primero, y, luego, correspondido.

### «Morir por...»

En Jesucristo encontramos una nueva comprensión de Dios y del hombre. Dios es el que se da hasta ser con los otros y por los otros, para hacerlos ser, no sustituyéndolos, sino constituyéndolos. La libertad es absoluta donde el Absoluto se da como Amor solidario. Y esto sólo es creíble si Dios mismo llega hasta el lugar donde el hombre está. Esa fue la gesta de Cristo: llegar hasta el abismo de la mortalidad, hasta el punto y la forma de la muerte que los pecados habían instituido. Desde ese hundimiento, de quien no se retiene en sí, en su autonomía y distancia, sino de quien se pone en lugar del otro, Cristo hizo de su vida una ofrenda e intercesión ante Dios por todos los que eran sus hermanos; y un ofrecimiento a todos, dándoseles en la muerte (anticipada e interpretada en la última Cena) y luego en el Espíritu tras la resurrección.

La redención en Cristo es así fruto de una superación objetiva del poder del mal, poniéndose en su lugar y venciendo; de una intercesión ante Dios, poniendo su vida como ofrenda por todos sus hermanos; de una ejemplaridad amorosa que le convierte en pionero de los que a su luz, con su ejemplo y su tracción, llegan a sí mismos, a su libertad y soberanía propias. Esa es la forma suprema de solidaridad y responsabilidad. La vida entregada y la muerte solidaria, con todos y por todos, son la garantía de la vida verdadera. Que esa entrega fuera a la vez fecunda y que esa aventura fuera bella, nos lo reveló la resurrección. Las bienaventuranzas son así un programa para los cristianos, porque antes fueron un retrato de Jesús en su bella aventura, solidaria y redentora.

### RESUMEN

El hombre, nos recuerda Olegario González de Cardedal, por ser persona es imagen de Dios; y a la vez, el hombre como persona es realidad en sí, conciencia de sí, relación al otro, responsabilidad para con el otro. Pero el otro, en opinión de Lévinas, autor de uno

de los dos libros que comenta, no es sólo el que se opone al yo (cuya libertad es un límite a su soberanía y autonomía), sino el que apela absolutamente al yo, hasta el punto, explica, de poner el polo de mi realidad, la del yo, en el lugar de su destino, el del otro.

El hombre es subsistencia y es conciencia. Ambas constituyen el polo real de su ser. Pero es, sobre todo, relación y responsabilidad, que constituyen el polo dinámico de su ser como historia. Ambos polos se necesitan. Sólo quien se posee y goza de sí puede darse. Sólo quien es en la verdad y confianza de sí puede amar sin concupiscencia, llevado por la generosidad y no impulsado por el deseo. Quien así da su vida por el otro, exponiéndola, muestra la transparencia y grandeza de su ser. Por eso, en Cristo tenemos la forma absoluta de redención, porque en él el Absoluto eterno, Plenitud inagotable, se otorga no para reclamar nada, ni para adquirir nada, sino para ofrecer y hacer posible al hombre que él sea. Que sea absolutamente persona en el amor, y esto sólo le es posible en la relación libre y amorosa con el Absoluto. A esta integración libre en el amor que nos funda, a esa correlación responsable y dialogal del hombre con el Absoluto que nos ha precedido en la historia y nos integra en sí, las llamamos salvación.

Cristo es redención del hombre, a la vez que es revelación del ser personal. En el misterio trinitario las personas son relaciones: consistencia en cuanto donación. Cristo, reflejando en el tiempo su realidad divina, fue al máximo persona dándose del todo, e hizo ser al máximo a los otros hombres. No nos sustituyó, sino que nos constituyó en nuestra autonomía. Desde aquí pudo decir: la forma de perder la vida es retenerla, mientras que la forma de ganarla es entregarla. La cristología se revela aquí como suprema antropología.

### Proexistencia y encarnación

En el clásico párrafo 47 de *Ser y Tiempo*, Heidegger había escrito: «Nadie le puede tomar al otro su morir... Cada existente debe tomar sobre sus espaldas el propio morir. La muerte es, en la medida en que acontece, esencialmente la mía». El cristianismo afirma que esa muerte del hombre ha sido una vez asumida y portada por Dios; que desde ese Cristo muriente «por nosotros» nuestra muerte, sin dejar de ser en cada caso propia, está previvida, prevenida y prevenida.

Lévinas cierra su prólogo con unas palabras que son para el cristiano la fórmula más clara de su comprensión de la existencia de Cristo y tras él de la existencia humana: «Todo ocurre como si el surgimiento de lo humano en la economía del ser invirtiese el sentido y la intriga y el rango filosófico de la ontología: el en-sí del ser persistiendo-en-ser se trasciende en la gratuidad del fuera-de-sí-para-el otro, en el sacrificio o la posibilidad del sacrificio, en la perspectiva de la santidad». «Este libro interpreta al sujeto como *rehén* y la subjetividad del sujeto como *sustitución* que rompe con la *esencia* del ser.» □

### E. Lévinas

*Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*

Traducción de J. L. Pardo. Pre-Textos, Valencia, 1993. 289 páginas. 3.500 pesetas.

### Karl-Heinz Menke

*Stellvertretung. Schlüsselbegriff christlichen Lebens und theologische Grundkategorie*

Johannes Verlag, Einsiedeln-Friburgo, 1991. 526 páginas.

# Actualidad de las enfermedades infecciosas

Por Luis Enjuanes

**Luis Enjuanes** (Valencia, 1945) ha sido consultor de la FAO. Es miembro del International Coronavirus Study Group. En la actualidad es profesor de investigación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y jefe de grupo del Departamento de Biología Molecular y Celular del Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la protección frente a coronavirus mediante el desarrollo de nuevas vacunas y animales transgénicos.

Una publicación de 1985 (Instituto de Medicina, Washington) recordaba que las vacunas son una solución elegante a uno de los problemas perennes de la raza humana: las enfermedades infecciosas. Estas, en contra de lo que se publicaba en un editorial de *The Lancet* en 1974, «Infectious diseases, end of a speciality», título que habla por sí solo, siguen siendo un problema de actualidad. Desde este editorial las cosas no han ido bien. Hemos visto el SIDA, la enfermedad de los legionarios, la encefalopatía espongiforme bovina, las fiebres de Lassa y Ebola, la fiebre hemorrágica de los conejos, la peste equina africana y el síndrome respiratorio y reproductor de los lechones, por citar las que han atraído las cabeceras de la prensa. Las infecciones no han desaparecido, especialmente las producidas por virus. Publicaciones recientes de la Organización Mundial de la Salud (OMS) censuran la pasividad actual sobre los problemas de salud mundial. En un análisis presentado por el director de esta organización, se indicaba que «la mayor parte de los 40 millones de personas que mueren anualmente en el mundo debido a enfermedades podrían ser salvadas desviando una pequeña cantidad de los fondos a cuidar la salud». En el segundo informe (*Tropical Diseases 1990*), la Organización Mundial de la Salud señala que 500 millones de personas sufren de enfermedades tropicales. Además del pago por enfermedad y muerte, estas enfermedades tropicales tienen un efecto insidioso en la sociedad, impiden el desarrollo nacional e individual, convierten las tierras fértiles en inhóspitas, impiden el desarrollo físico e intelectual, y requieren un enorme coste para programas de tratamiento y control. El impacto de estas enfermedades es muy grande en los países en desarrollo, particularmente sobre los niños. De acuerdo con las cifras de la OMS, 14,6 millones de niños menores de cinco años mueren cada año en los países en desarrollo. Más de 8.000 mueren cada día porque no han sido inmunizados. ¡El coste estimado de la inmunización para salvar la vida de un niño sería de 188.000 pesetas! El problema radica en que muchas de las personas que mueren viven en países donde los gobiernos gastan sólo 480 pesetas por persona y año en salud humana. ¡Alguien tiene que hacer algo! El problema sólo puede resolverse a nivel de gobiernos.

En este contexto, el libro *Vaccines. New approaches to immunological problems* muestra los avances en el desarrollo de vacunas para virus, bacterias, cáncer, parásitos e incluso la fertilidad. Los distintos capítulos indican que se está en el medio de una revolución biotecnológica que ha propiciado grandes avances en el desarrollo de nuevas vacunas. A estos avances ha contribuido el progreso en el conocimiento de la estructura antigénica y de los mecanismos de neutralización de los agentes infecciosos, facilitada por la aplicación de los anticuerpos monoclonales, la ingeniería genética y los avances en el conocimiento de la biología de los distintos sistemas. La lectura del libro editado por Ronald W. Ellis demuestra que, a pesar



VICTORIA MARIOS

de todos los avances, todavía no están resueltos los problemas relacionados con las vacunas, ni siquiera para el «*Vibrio cholerae*», cuyos estudios se iniciaron hace más de cien años. Uno de los aspectos interesantes de este libro es que presenta una visión de conjunto que incluye el impacto socioeconómico de las enfermedades desarrolladas hasta ahora, y las nuevas tendencias tecnológicas en el desarrollo de nuevas vacunas. En este comentario sólo se hará referencia a algunos de los patógenos tratados en el libro.

Los primeros capítulos analizan las vacunas desarrolladas contra bacterias responsables de meningitis (*Haemophilus influenzae*), tosferina (*Bordetella pertussis*) y cólera (*Vibrio cholerae*). A pesar de los enormes avances científicos, estas bacterias continúan causando graves problemas tanto en los países desarrollados como en el Tercer Mundo. Así, *H. influenzae* es responsable de 20.000 casos de infección invasiva en Estados Unidos, de los cuales 10.000 producen encefalitis y un cinco por ciento causan la muerte. Naturalmente, estas infecciones afectan fundamentalmente a hispanos, negros, nativos americanos y esquimales. Según la OMS, se estima que en el mundo se dan 600.000 muertes anuales producidas por la tosferina. La mayor parte de estas infecciones se dan en niños no vacunados menores de dos años. Las vacunas actuales contra estas bacterias producen una protección incompleta y todavía llevan asociados efectos secundarios preocupantes. Así, la vacuna para la tosferina puede producir, en orden creciente de gravedad, dolor local, irritabilidad, lloro inconsolable, somnolencia, encefalopatía aguda y la muerte. Pese a estos inconvenientes, el uso de estas vacunas es altamente positivo. Las vacunas actuales suelen incluir la bacteria inactivada por varios procedimientos (químicos y calor) y el toxoide secretado por la bacteria, que produce graves efectos clínicos. La efectividad de estas vacunas se ensaya normalmente en países del Tercer Mundo, como la India, aunque, cuando los programas están controlados por Suecia, incluyen a suecos entre los vacunados.

La malaria es una enfermedad de la máxima importancia en zonas tropicales. Se estima que alrededor de 500 millones de personas están infectadas con parásitos productores de malaria en el mundo. Como resultado, de dos a tres millones de niños mueren anualmente. Hace menos de diez años que se han clonado los primeros genes de la malaria, y en este pequeño intervalo de tiempo ha habido un elevado progreso en el desarrollo de la vacuna. Asociado a esto, ha habido un acuerdo entre científicos, la industria y los gobiernos para el desarrollo de esta vacuna. El parásito causante de la malaria presenta varias formas. Todas ellas son susceptibles de un ataque inmunológico, y la tendencia en el desarrollo de vacunas se ha dirigido a combatir cada uno de estos esta-

dios. Por el peligro de utilizar materiales cultivados en suero humano para una vacuna, se prefiere la obtención de vacunas subunidad (que contienen solamente algunas proteínas o péptidos sintéticos). Se ha realizado un progreso importante desde que se obtuvo el primer inmunógeno. Uno de estos esfuerzos es el desarrollo de una vacuna sintética por el colombiano Manuel Patarroyo (*Nature*, marzo 1993). Esta vacuna está basada en una combinación de cinco péptidos del parásito, en un complejo inmunogénico que ha sido ensayado en monos y en colombianos. Los protocolos iniciales de los ensayos *in vivo* resultaron polémicos y los avances de Patarroyo no fueron reconocidos por la comunidad científica internacional. Sin embargo, la repetición de los ensayos de evaluación con niveles de protección de casi un 40 por ciento en experimentos homologados, ha hecho que se rehabilite la figura de Patarroyo como diseñador de una vacuna con una eficacia lo suficientemente alta, para ser considerada de utilidad.

Y, todavía, otro tipo de parásitos, los helmintos, para los que, con pocas excepciones, el avance en la protección ha sido desalentador. En cierto sentido esto ha sido sorprendente, puesto que la primera vacuna comercial contra una infección helmíntica (la bronquitis parasitaria del ganado vacuno) se introdujo hace treinta años con una protección del 98 por ciento en condiciones de campo. Por razones comerciales y de seguridad, es poco probable que se puedan utilizar vacunas vivas atenuadas en humanos. Es una realidad que no se ha desarrollado ninguna vacuna contra las dos enfermedades humanas más importantes producidas por helmintos, la histosomiasis y la filariasis.

## Una estrategia eficaz

En el libro se revisa el «uso del virus para combatir a los virus». Una estrategia poderosa para el desarrollo de vacunas, que se explotará de forma creciente en las próximas décadas, basada en el uso de microorganismos modificados por ingeniería genética, como vectores para la expresión de genes de otros patógenos. Uno de estos vectores emplea el virus vaccinia, que se utilizó como vacuna para prevenir la viruela. Este vector ocupa un lugar privilegiado, basado en la eliminación de una enfermedad mortal, la viruela. Esta vacuna ha sido efectiva durante doscientos años, desde su introducción por Edward Jenner a finales del siglo XVIII. Los virus recombinantes inducen respuestas inmunes humorales y celulares. El virus vaccinia es el más estudiado como vector; sin embargo, debido a la producción de encefalitis en algunos individuos inmunosuprimidos, no ha sido aprobado para uso veterinario o en humanos.

El uso de los adenovirus como vacunas recombinantes para la inmunización de ani-

males y humanos contra las enfermedades es revisado por Frank Graham y Ludvic Prevec. Los autores describen fundamentalmente dos tipos de vectores, no defectivos (es decir, capaces de replicarse sin la ayuda de otro virus) y defectivos (que necesitan un virus complementador para reproducirse). Las vacunas basadas en virus defectivos constituyen una nueva filosofía en el diseño de vacunas recombinantes. Por tener el virus un defecto adquiere un grado de seguridad especial, puesto que al ser administrados a un ser vivo, infectarán sus células, multiplicando el antígeno inductor de protección, pero sin ser capaces de producir virus progenie infectivo, que pueda salir del individuo inmunizado y pasar a otro individuo de la misma especie, con la posibilidad de mutar hacia formas patógenas. Ciertos tipos de adenovirus se consideran altamente seguros para su administración a humanos, porque se han utilizado para vacunar a varios millones de militares americanos desde hace veinte años, sin efectos secundarios aparentes. Por cierto, que el uso de personal militar en Estados Unidos para el ensayo de nuevos productos ha resultado barato y muy conveniente, dado que su profesión permite un buen seguimiento del individuo con el que se realiza el experimento.

## Virus en danza

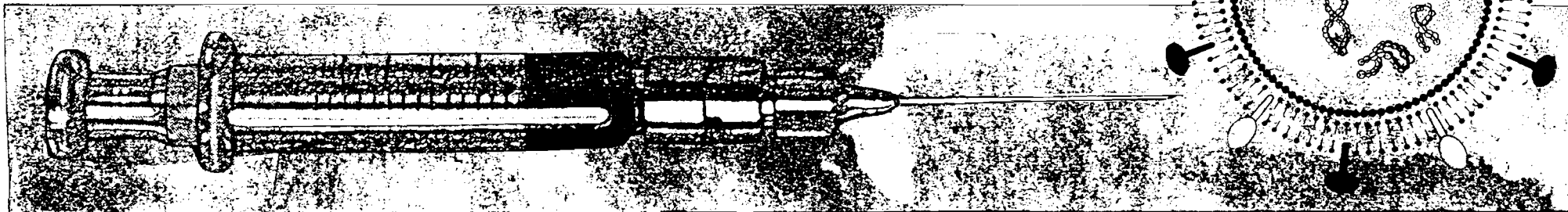
El virus de la gripe afecta a la población general, pero los niños son los que más la sufren y los principales responsables de la transmisión del virus a la comunidad, dando lugar a una elevada morbilidad y mortalidad. Las vacunas actuales para el virus de la gripe pueden llegar a dar una protección del 70-90 por ciento, contra el virus homólogo, en los adultos sanos. Sin embargo, entre las personas con ciertas patologías, o en ancianos, la protección oscila entre el 0-76 por ciento. Actualmente las vacunas contra la gripe son de tipo clásico, y están basadas en virus recombinantes con unos genes del virus circulante y otros de virus atenuados que crecen mejor a bajas temperaturas. Las vacunas del futuro siguen estando basadas en virus con una mezcla de genes procedentes de dos cepas de virus. Asimismo, se están desarrollando vacunas por ingeniería genética en las que se expresan genes del virus de la gripe utilizando el virus vaccinia como vector.

Los virus respiratorios sincitiales son la mayor causa de infecciones del tracto respiratorio bajo entre los bebés y los niños pequeños. El desarrollo de una vacuna contra este virus ha estado guiado por aproximaciones reduccionistas que estudian la protección de cada una de las proteínas del virus, y en la protección pasiva proporcionada por anticuerpos monoclonales específicos para cada proteína, administrados con el agente infeccioso. Estos planteamientos, utilizados con frecuencia, conducen a resultados estériles, dado que no siempre se encuentra una correlación entre las propiedades protectoras de los anticuerpos en sistemas *in vitro* y las observadas *in vivo*.

Existen 300 millones de portadores crónicos de hepatitis B. De éstos, cientos de miles mueren cada año de las secuelas de la infección: la cirrosis y el carcinoma hepatocelular. La inmunoprofilaxis es el mejor método para eliminar esta enfermedad seria y, a menudo, fatal. La primera vacuna para prevenir la hepatitis B se obtenía purificando el antígeno protector a partir de plasma humano, lo que llevaba el peligro de que la vacuna fuera portadora de agentes causantes de otras enfermedades. Esta vacuna es muy eficiente en la protección de poblaciones de



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

homosexuales. La fuente del antígeno era cara e iba asociada a un cierto peligro. Probablemente por ello se desarrolló rápidamente una vacuna por ingeniería genética que ha sido la primera vacuna recombinante aprobada para su uso en humanos.

Las infecciones por el virus herpes simplex (HSV) se conocen desde la antigua Grecia. Hipócrates describió lesiones cutáneas consideradas de naturaleza herpética. Galeno dedujo que la aparición de tales señales era un intento del cuerpo de eliminar el fluido del diablo. Shakespeare describió las lesiones labiales recurrentes en *Romeo y Julieta*. La inequívoca naturaleza infectiva del virus HSV fue demostrada experimentalmente en 1919 por Lowenstein, que transmitió la queratitis herpética humana de lesiones labiales a la córnea de conejos. Posteriormente se observó que el HSV afecta, además, al sistema nervioso central y produce infecciones recurrentes. Una propiedad singular del HSV es su habilidad para recurrir en presencia de inmunidad humoral y celular, un enigma no resuelto en la actualidad. Se han descrito dos tipos de HSV, el 1 y el 2, que anteriormente estaban asociados con infecciones «por encima y por debajo del cinturón», una distribución del virus que se ha roto con las prácticas sexuales actuales. El desarrollo de una vacuna para el virus HSV es muy necesario. Sólo en Estados Unidos, 100 millones de individuos están infectados de HSV1 y unos 50 millones por HSV2, un variante que actúa como cofactor en el cáncer de cérvix. El uso de virus infectivo o inactivo como vacuna se considera inaceptable por su ineficacia y por la posibilidad de transformación maligna que el genoma del virus puede causar. Por ello la atención se ha centrado en el uso de vacunas subunitarias, o en el uso de vectores vivos que expresen proteínas del virus herpes. La vacuna más experimentada ha sido la producida por Merck Sharp & Dohme, que no dio diferencia con el placebo. El objetivo prioritario es el desarrollo de vacunas para administrar a adolescentes antes del comienzo de su actividad sexual.

### Muertes evitables

Los rotavirus producen muchas muertes que se podrían prevenir por la administración oral de terapia rehidratante, un tratamiento que no se ha implantado en los países en desarrollo. Medidas generales destinadas a mejorar el estado sanitario, suministro de agua e higiene reducen las diarreas bacterianas, pero no influyen en la difusión de las infecciones por rotavirus: la prevalencia de las infecciones por rotavirus es similar en los países desarrollados y en desarrollo. Sólo en América Latina, África y Asia (sin contar China) se producen un millón de muertes anuales por rotavirus. Se estima que la administración de una vacuna eficaz podría salvar aproximadamente unas 800.000 vidas cada año. Se han desarrollado vacunas para rotavirus basadas en métodos *jennerianos* (que utilizan virus crecidos en células de especies distintas de la humana, lo que los atenúa). Estas vacunas pueden llegar a tener una eficacia del cien por cien, pero su efecto es variable dependiendo de la edad del individuo

y del grupo serológico al que pertenece el virus con el que se infecta. A lo largo del libro destaca la tendencia generalizada hacia el diseño de vacunas para implantar la inmunización oral (en centros linfáticos asociados al intestino), que induce inmunidad secretoria, con producción de anticuerpos en mucosas. Por ello, entre las alternativas actuales en el desarrollo de una vacuna, está la expresión de antígenos en vectores con tropismo intestinal: poliovirus, adenovirus y *Salmonella*.

En el libro se revisa el progreso en el desarrollo de una vacuna contra el virus de la inmunodeficiencia humana, una de las pandemias actuales de mayor trascendencia. Sólo en Estados Unidos se registran anualmente alrededor de 50.000 nuevos casos por año. El síndrome se caracteriza por una inmunodeficiencia grave, acompañada de infecciones oportunistas. Además, el síndrome muestra signos de alteración del sistema nervioso central y, en ciertos casos, demencia. La enfermedad termina con la muerte del paciente, normalmente varios años después de la aparición de los primeros síntomas clínicos. Se han observado dos modelos epidemiológicos fundamentales en la transmisión del virus. El primero, frecuente en el mundo desarrollado, se caracteriza por la presencia de la infección en personas con prácticas de riesgo, como homosexuales y drogadictos. El segundo grupo epidemiológico es característico del África Central y también aparece en países sudamericanos. En éstos, la infección está ampliamente distribuida entre la población, particularmente en áreas urbanas, y está igualmente distribuida entre hombres y mujeres, lo que sugiere una amplia transmisión por contacto heterosexual.

De acuerdo con los autores del capítulo, Emilio Emini y Scott Putney, una vacuna con éxito para el virus de la inmunodeficiencia humana debe prevenir el establecimiento de una infección persistente, lo que es muy difícil para una vacuna. Los primeros esfuerzos se han dirigido a inducir una respuesta por anticuerpos dirigidos contra el virus, con el fin de prevenir cualquier infección de las células del huésped. Hay estudios en marcha tanto en chimpancés como en humanos para definir la efectividad de varios inmunógenos derivados de la envuelta viral y de las proteínas del núcleo del virus. El caso del virus del SIDA podría tomarse como un prototipo del efecto que la política puede tener en la financiación del desarrollo de vacunas. Esta financiación puede obedecer a «trabajo de lobby», más que a las prioridades científicas. Así, el Congreso norteamericano ha aprobado más de 2.600 millones de pesetas para el ensayo de una vacuna. Trabajo de *lobby* llevó a los militares a sugerir el ensayo de una vacuna desarrollada por una firma comercial que los científicos no consideran que sea la mejor opción. La impresión es que «el SIDA estará entre nosotros por algún tiempo todavía, y que debemos aprender a vivir con él de forma tan segura como podamos. Esto significa que el condón no es solamente un anticonceptivo, sino una medicina» (J. Maddox, *Nature*, marzo 1993).

Jonathan Rothbard pone en términos realistas la actualidad sobre las vacunas sin-

téticas. Estas suponen la idealización de las vacunas, reduciéndolas a componentes sintetizados químicamente, que representan los determinantes antigénicos mínimos que inducen una respuesta protectora contra un agente infectivo. Entre las ventajas de los péptidos sintéticos como vacunas estaría su gran estabilidad, lo que permitiría aplicarlas con facilidad en el Tercer Mundo, y la eliminación de los componentes de una vacuna convencional (por ejemplo, de un virus inactivado) que inducen efectos secundarios no deseados. Sin embargo, las vacunas sintéticas se enfrentan a varios problemas. Para que un péptido sea inmunogénico tiene que unirse a las proteínas del sistema principal de histocompatibilidad del individuo inmunizado. Ello implica que un péptido sería inmunogénico para unas pocas personas, pero no para otras con distintos antígenos de histocompatibilidad. Un segundo problema es que los «trozos» de proteínas pueden adquirir muchas conformaciones cuando están libres, y sólo alguna de ellas (uno por cien) son análogas a las que el péptido tiene en el agente infectivo, limitando su capacidad para inducir una respuesta de alta afinidad para éste. En consecuencia, aunque el uso de péptidos sencillos como vacunas sería ideal, estos sistemas de vacunas no funcionan cuando se inmunizan animales en condiciones de campo o con poblaciones humanas.

### Progreso científico y aplicación de los avances

Los grandes avances que se relatan en el libro, lamentablemente, no se han visto plasmados en aplicaciones en salud animal y menos en salud humana. Las nuevas vacunas se caracterizan actualmente con más precisión que en el pasado. Los métodos antiguos de atenuación de un agente infectivo eran *jennerianos*, es decir, se basaban en el crecimiento sucesivo del agente patógeno en células de especies distintas a aquellas en las que se iba a aplicar la vacuna, con lo que se seleccionaban formas atenuadas, en las que se desconocía la base de la pérdida de virulencia. En las vacunas actuales obtenidas por ingeniería genética se conoce la base molecular de la atenuación, que frecuentemente implica la delección de uno o varios segmentos del genoma, que hace que normalmente no pueda revertir por simple mutación a formas virulentas. Existe un cierto desencanto entre los investigadores y los fabricantes de vacunas, porque la balanza entre seguridad y aplicación se ha desplazado excesivamente

hacia lo primero, evitando que se puedan emplear nuevas vacunas. Los gobiernos muestran un elevado conservadurismo en el sentido de tolerar vacunas que hoy serían inaceptables, mientras que no se permite la aplicación de otras nuevas, que se han atenuado de una forma controlada.

En el IX Congreso Internacional de Virología (Glasgow, 1993), la comunidad científica se preguntó si algún día se aceptaría la aplicación de un vector viral basado en el virus vaccinia para la inmunización. A pesar de la gran cantidad de conocimientos acumulados sobre este vector aún no se ha aprobado su uso en humanos ni en animales. La mentalidad que se opone a la introducción en la sociedad de los avances científicos ha provocado agrias protestas de expertos en vacunas pertenecientes a la Fundación Rockefeller, una institución que ha invertido mucho esfuerzo en el desarrollo de vacunas, y goza de alto prestigio en el sector. Pese al bajo índice de aplicación de los avances en el campo de la vacunología, éstos prosiguen y saltan la barrera de lo deducible con lógica científica prudente. Por ejemplo, recientemente se ha inmunizado directamente con DNAs que codifican antígenos. Mientras que lo tradicional ha sido diseñar unidades genéticas de expresión («casetes» de expresión), en los que se incluían los elementos reguladores necesarios para la traducción de un gen a proteínas, intrépidos científicos de una pequeña compañía californiana inyectaron fragmentos de DNA, que no habían sido organizados dentro de uno de estos «casetes» de expresión. Los resultados positivos obtenidos han sido reproducidos (*Science*, marzo 1993) y podrían constituir una revolución en el mundo de la vacunación.

El éxito en la vacunación no depende sólo del desarrollo científico que permita mejorar las vacunas; requiere una acción integrada, en la que se coordine la investigación, producción, aplicación, evaluación de resultados y financiación. Para cubrir estos objetivos nació *The Children's Vaccine Initiative* (CVI), una asociación de grupos públicos dedicados a ayudar a la comunidad mundial, a identificar, acelerar y aplicar los avances de la ciencia al desarrollo, producción y administración eficiente de vacunas nuevas. El CVI se formó por una colaboración entre la UNICEF, el Programa de Desarrollo de las Naciones Unidas (UNDP), la Fundación Rockefeller, el Banco Mundial y la Organización Mundial de la Salud (OMS). Esperemos que la captación de recursos por estos grupos supere con el tiempo a las inversiones en armamento. □

### RESUMEN

Uno de los problemas perennes de la humanidad es el de las enfermedades infecciosas, y lo confirman las pavorosas cifras de mortalidad que maneja la Organización Mundial de la Salud. En este contexto, Luis Enjuanes se ocupa de un libro que muestra

los avances en el desarrollo de vacunas: se está en medio de una revolución biotecnológica que propicia grandes avances en el desarrollo de nuevas vacunas, aunque no estén todavía resueltos todos los problemas en torno a ellas.

Ronald W. Ellis (ed.)

*Vaccines: new approaches to immunological problems*

Butterworth-Heinemann, Massachusetts, 1992. 478 páginas.

# El descubrimiento del espacio pictórico

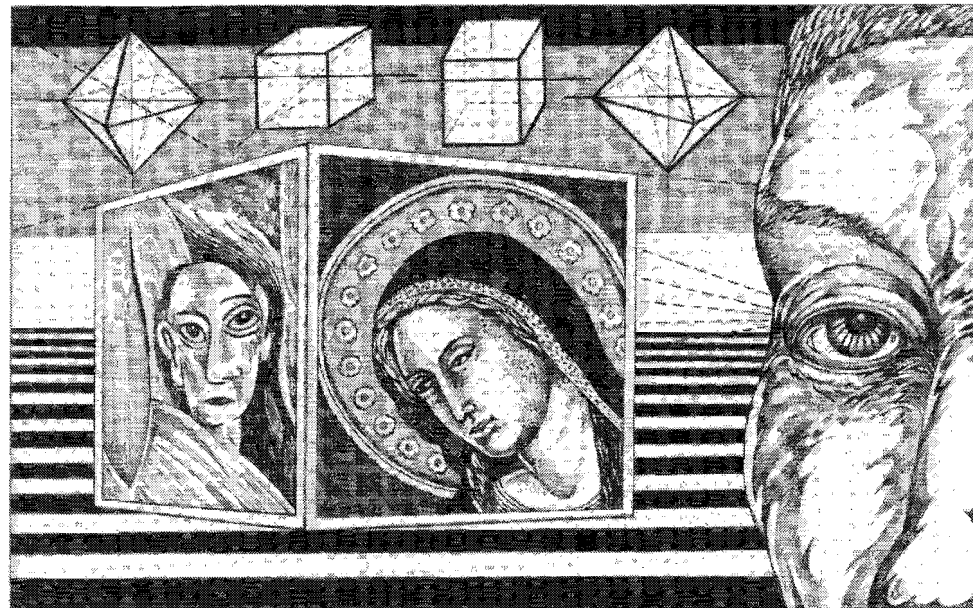
Por Víctor Nieto Alcaide

**Víctor Nieto Alcaide** (Madrid, 1940) es catedrático de Historia del Arte en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Dedicó especial atención al arte medieval y renacentista. Es autor de *El Renacimiento. Formación y crisis del modelo clásico (en colaboración)*; *La luz, símbolo y sistema visual y Arte prerrománico asturiano*.

Hasta que se produjo la ruptura planteada por la irrupción de las vanguardias en los primeros años del siglo XX no se cuestionó el sistema de representación tridimensional y perspectivo descubierto en el Renacimiento. Hasta entonces, el principio de representación figurativa y la idea de que esta representación se sustentaba en una visión perspectiva y monofocal habían permanecido como componentes inherentes de la pintura. Desde los primeros ensayos en el Trecento y su configuración en el Quattrocento, ambos supuestos habían funcionado durante varios siglos como categorías específicas de la pintura hasta que el Cubismo se reveló contra la verdad absoluta de la perspectiva y la Abstracción lo hizo contra el dogma de la figuración. Pues aunque ambos fenómenos forman parte de un mismo sistema, su destrucción se llevó a cabo por separado. Con esta revolución iconoclasta se cerraba el ciclo de un sistema plástico cuya formulación comienza a plantearse poco antes de 1300 y que con múltiples variantes, que afectaban a los «modos» pero no a su esencia, había permanecido incuestionable a pesar de las diferencias formales planteadas por el desarrollo figurativo del Renacimiento y el Mannerismo, el Barroco y el Neoclasicismo, o los realismos y las experiencias de finales del siglo XIX.

No ha de extrañar, por ello, que sea muy abundante la bibliografía dedicada al análisis de la aparición y configuración de un sistema de representación llamado a servir de común denominador a las distintas tendencias de la pintura occidental. Por esta razón resulta atractiva toda reflexión rigurosa que se realice en torno a los orígenes de este sistema plástico y que, como el libro de Luciano Bellosi, se preocupe de analizar el contexto, los desarrollos y condiciones y contradicciones a través de las cuales dicho planteamiento se fue abriendo camino.

Es un hecho comúnmente admitido por los historiadores del arte que en torno a 1300 se produjo un cambio radical en la pintura italiana, surgido de forma independiente con respecto a las restantes escuelas europeas. «Hasta finales del Doscientos —escribe Bellosi—, la pintura italiana sigue siendo, en toda Europa, la más fiel a la tradición bizantina, la denominada “manera griega”. El gran Cimabue la vivifica y enriquece enormemente, pero desde dentro. Sin embargo, entre final del Doscientos y comienzos del Trescientos se produce una profunda renovación que hace época en la pintura italiana, y que transforma la propia concepción figurativa medieval». Hasta aquí, parece que to-



JORGE WERFFELLI

dos los historiadores están de acuerdo. Otra cosa es determinar cómo se produce, qué factores intervienen, cómo se desarrolla la elaboración y formación del nuevo lenguaje y si fue la obra exclusiva de un solo pintor: Giotto. Entre otras razones, porque es evidente que la novedad del lenguaje no suponía solamente *mutación*, de las muchas que se habían producido, de los componentes de un sistema, sino la creación de uno nuevo.

En la pintura anterior, la imagen religiosa figuraba evocaciones, símbolos y metáforas, pero no «representaba directamente la realidad», porque la realidad no comporta en sí misma el símbolo y la metáfora. El antinaturalismo de la imagen religiosa cristiana arrancaba de un proceso que desplaza la presencia de la naturaleza mediante la representación. En este sentido, la pintura religiosa medieval anterior a la renovación trecentista entienda la forma como elemento independiente de la naturaleza, como soporte del símbolo y la metáfora y, también, como un elemento que, por desarrollarse de forma autónoma con respecto a la realidad, se convierte en un lenguaje formalmente autónomo, articulado según sus propias leyes. La pintura no está atenta a representar, sino a expresar, simbolizar y comunicar. Pero no es todavía *pintura* porque, antes que nada, es imagen y símbolo para una comunicación de lo trascendente. De ahí que a partir del desarrollo de la representación perspectiva se considerase esta pintura como manifestaciones de un arte «torpe» o «bárbaro» hasta que en el siglo XIX, por «afinidades electivas» y más aún en nuestro siglo, tras la pérdida de la comunicación del símbolo, se rescatase el valor asignado a la forma como categoría autónoma por determinadas tendencias pictóricas contemporáneas.

La «manera griega», en la que se integran diversas tendencias pictóricas de un sistema plástico que pudiéramos denominar «aperspectivo», se extinguió sustituida por la representación tridimensional articulada por Giotto. Esta transformación suponía mucho más que un simple cambio estilístico, ya

que era la consecuencia de una transformación sustancial de las ideas y creencias, y de las imágenes que el hombre desarrolla como una afirmación de sí mismo. La imagen aperspectiva era un juego entre *presencia* y *alusión* que trasciende la realidad del mundo. El espacio del pintor, aquel que aprehende desde el lugar en que se coloca su ojo, no se sugiere en la pintura de ninguna manera. Porque es más una pintura surgida para el espectador que desde el ojo del pintor. Es la imagen de lo sagrado, y su presencia, como visión emanada de lo divino, lo que se plasma separándolo de cualquier connotación física, real o humana. Sin embargo, la aportación de Giotto no consistió en el descubrimiento del objeto reconocible —lo que, por otra parte, era un modo habitual de la pintura—, sino en su *representación perspectiva*, en verlo desde un punto que convierte la composición en una ventana abierta en la que la realidad y sus componentes se hallan representados a una escala determinada por las distancias existentes con respecto a un punto —el ojo del pintor— en relación con el cual existen, aparecen vistas de uno u otro modo. Lo que se descubrió, mejor dicho, lo que se redescubrió, no fue la representación, sino un nuevo sistema monofocal de representación cuyos fundamentos ya eran conocidos y habían sido desarrollados en la Antigüedad. Y aunque la pintura de Giotto no ofrece resueltos todos los planteamientos del sistema, es indudable que fue el punto de partida de lo que más tarde se desarrollará en el Quattrocento.

## Nuevo lenguaje pictórico

La consideración de Giotto como el iniciador de este nuevo lenguaje pictórico fue unánime entre los escritores contemporáneos y próximos en el tiempo como Dante, Petrarca, Boccaccio, Villani o Cennino Cennini, quien en *Il libro dell'Arte* no duda en afirmar que «Giotto transformó el arte griego en latino y lo redujo a la categoría de moderno». La obra, unánimemente aceptada por la crítica, en la que esto se produce son los frescos de la Capilla Scrovegni de Padua, pintados entre 1303 y 1305. En estos frescos, el nuevo lenguaje aparece plenamente desarrollado sin tanteos, dudas ni indecisiones, dado que cuando Giotto los pintó tenía casi cuarenta años —había nacido hacia 1266— y resulta evidente que no pudo ser su primera obra. Antes que ésta hubo de haber otras en las que el pintor experimentaría y desarrollaría los nuevos planteamientos. Esta etapa anterior los historiadores italianos la ven en los frescos de la Basílica Superior de Asís,

lo que no sucede con la historiografía en lengua inglesa, que rechaza la participación de Giotto en ellos. El libro de Bellosi se orienta a fundamentar dos aspectos decisivos: la participación de Giotto en estos frescos y, lo más novedoso, que su ejecución se adelanta a principios de la década de los noventa, frente a las hipótesis tradicionales que los situaban casi una década después. Es acaso éste el desarrollo más interesante del libro y lo que justifica el nombre del mismo *La oveja de Giotto*.

## El niño pintor

Se trata de la conocida anécdota transmitida por Vasari en sus *Vite*, pero que fue recogida por Ghiberti en sus *Comentarii* mucho antes, y, según la cual, yendo Cimabue camino de Bolonia, vio a un niño que dibujaba en el suelo, sobre una piedra, una oveja del natural y, llevandoselo consigo, lo hizo su discípulo. Con todo lo que de legendario y fantástico tenga el relato, dos aspectos son indiscutibles: que Giotto se interesó por la representación y que, mucho antes de sus obras de la madurez, como los frescos de Padua, ya existía un interés por la representación como el demostrado por su maestro, Cimabue. La forma de demostrar Bellosi sus argumentos plantea diferentes problemas de tipo metodológico, teniendo en cuenta que el problema de la autoría de los frescos y la cronología de los mismos, ante la ausencia de nuevos documentos que lo confirmen, no puede ser otro que recursos tradicionales planteados desde una nueva perspectiva y como una relectura de metodologías tradicionales. La indumentaria y la moda, por ejemplo, facilitan apoyos fundamentales referentes a la cronología y a las implicaciones de las pinturas en el marco social. Por ejemplo, la representación de San Francisco sin barba procede de una concepción propia de la burguesía que quiere asimilar la figura del santo, al igual que los franciscanos conventuales o moderados, frente a la predicación de la pobreza defendida por los franciscanos espirituales o radicales. Idea que se relaciona con los Anjou, defensores de los espirituales, y da pie a la fecha citada. Es decir, la traducción de griego a moderno se produjo antes. Y la solución de continuidad entre Cimabue y Giotto resulta evidente, debido, además, a que la actividad de Cimabue en Asís debió discurrir en una etapa avanzada de su actividad. Ni Cimabue fue sólo un Greco, ni Giotto un revolucionario que arranca de cero. Uno inicia «desde dentro» y otro continúa rompiendo un discurso figurativo. Es más, Bellosi plantea la idea de que en la vidriera circular del ábside del Duomo de Siena, de 1287-88, se aprecian soluciones espaciales que le permiten «formular la emocionante hipótesis de que en aquella fecha las ideas de Giotto ya habían empezado a abrirse camino». Igualmente las nuevas ideas contenidas en *La oveja de Giotto* han tenido que abrirse camino no sin polémica debido sobre todo a su intento por sustituir aquellos criterios que basan su apoyatura científica en la reducción y exclusión por el análisis del contexto desde unos supuestos de «plausibilidad histórica» mucho más ágiles. □

## En el próximo número

Artículos de José-Carlos Mainer, Antonio Bonet Correa, Carlos Serrano, Joaquín Vaquero Turcios, Antonio López Pina, Ramón Pascual y Juan Ortín.

### RESUMEN

Hasta que el cubismo se rebeló contra la perspectiva y la abstracción contra la figuración, durante siglos habían permanecido como componentes inherentes de la pintura el sistema de representación tridimensional y perspectivo,

introducido por la pintura italiana hacia 1300, como explica Víctor Nieto; pero la cuestión es, todavía hoy, en saber de qué forma se desarrolló ese nuevo lenguaje artístico y si fue obra exclusiva de un solo pintor: Giotto.

Luciano Bellosi

*La oveja de Giotto*

Akal Ediciones, Madrid, 1992. 324 páginas. 3.500 pesetas.



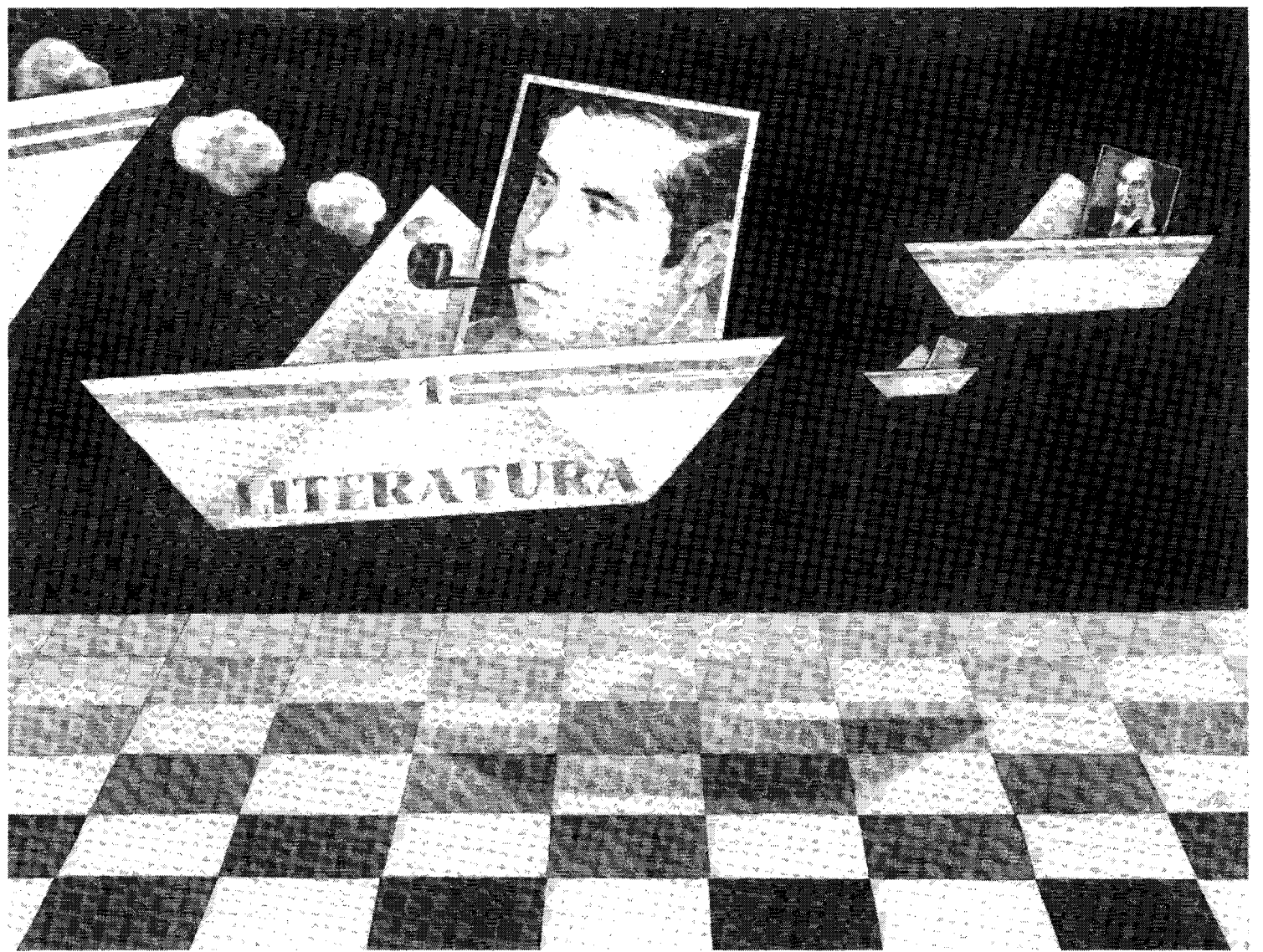
## Literatura en 1934

Por José-Carlos Mainer

**José-Carlos Mainer** (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*; *Literatura y pequeña burguesía en España*; *La Edad de Plata (1902-1939)*; *La doma de la Quimera*, y el ensayo de teoría *Historia, literatura, sociedad*.

En mayo de 1928 —año de *Cántico* y del *Romancero gitano*—, la pintora Maruja Mallo abrió en los salones de *Revista de Occidente* su primera exposición: cuentan que fue un atractivo conjunto que juntaba lo popular de las verbenas, calles y personajes urbanos con lo moderno de unas «estampas deportivas», donde triunfaba la gloria mecánica de las bicicletas y las raquetas de tenis. Nada más revelador del tono frágil pero alegre que asignamos a los felices veinte. Cuatro años después, ya en París, expuso en la Galería Pierre Loeb, bajo bandera surrealista, sus *Cloacas*, *Campanarios* y *Espantapájaros*: un mundo distinto y desazonante que Benjamín Jarnés calificó como «el más violento apéndice que se pudiera escribir al Libro de Job». «Un día —proseguía— pintó cuadros de fiesta. Bruscamente arrinconó todos sus júbilos, y llenó sus telas de ceniza. Quizá por ella había pasado ese Ángel Exterminador que va colgando en el dintel de nuestra intimidad su crespón negro.»

El artículo «En cal viva», al que pertenecen esas líneas, puede leerse en el número 5-6 (otoño de 1934) de la revista *Literatura*, que ahora tiene muy a mano el lector en la pulcra edición facsimilar que comentamos: un estuche con las seis entregas de la publicación y un cuadernillo con el estudio e índices de la misma. Pocas páginas le serán más útiles para advertir el cambio de clima que separó la segunda mitad de los veinte y el inquietante inicio de los treinta. ¿Relevo de generaciones? ¿Relevo de sensibilidades? Quizá lo uno más lo otro, macerados en un tiempo histórico hartado impiadoso. Los autores de esta revista fueron dos jóvenes de provincias que coincidieron en su aventura madrileña en el cálido salón de la casa de



JUAN RAMÓN ALONSO

Jarnés: Ricardo Gullón venía de Astorga e iba para fiscal; Ildefonso Manuel Gil, de Daroca, en Zaragoza, y había de ser funcionario administrativo. Asistieron a la empresa y escribieron en sus páginas gentes de su edad: los hermanos Juan y Leopoldo Panero, José Antonio Maravall, Enrique Azcoaga, José Ferrater Mora, María Zambrano, Pedro Pérez Clotet, Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaja...

Son epígonos de una promoción de rara brillantez que habían consagrado las páginas

de la antología de Gerardo Diego, las planas de las revistas de 1927 y los encargos de Fernando Vela para *Revista de Occidente*: les une una actitud contradictoria de recelo y entusiasmo, timidez y atrevimiento, iconoclastia y respeto. No rechazan a sus mayores y en gran medida les siguen. Jarnés anda entre ellos indulgente y hasta débil, pero muy avizor ante la nueva emotividad. Los textos narrativos que Gullón («Fin de Semana») y Gil («Gozo y muerte de Cordelia») publican en *Literatura* le deben todo. Como las «Chilindrinas» de Tomás Seral y Casas (2, marzo-abril de 1934) son tributarias de las greguerías de Ramón Gómez de la Serna y como Enrique Azcoaga celebra a Juan Ramón en un candoroso ensayo titulado «Espada de luz», pieza capital de un episodio literario de reconocimiento limitado que fue más explícito en un paralelo número monográfico de la revista madrileña *Frente Literario*. También *Literatura* abrió sus páginas a los hermanos mayores de 1927: a Gerardo Diego («Charada», núm. 1), a Jorge Guillén (unas impecables décimas en el núm. 2) y a Vicente Aleixandre («Cobra», núm. 3). E Ildefonso Manuel Gil saludó la publicación

de *La voz a tí debida* en un ensayo, «Mi voz a Pedro Salinas debida», que explica muy bien por qué el siguiente libro del joven entusiasta se llamó precisamente *La voz cálida*.

Y es que aquel libro de Salinas fue adoptado por la nueva juventud como cosa propia, a despecho de la edad de un escritor que llevaba veinte años a los fundadores de *Literatura*. En esa adopción había tenido parte fundamental el tema del libro saliniano: el amor, entendido como metáfora de la entrega y violencia que esta época conoció bajo las especies menos placenteras del compromiso político y la guerra. Los mejores versos que publicó *Literatura* fueron eróticos y nada lejanos de aquella consigna que *La voz a tí debida* enunció como «Amor, amor, catástrofe». A Leopoldo Panero, en «Sangre o revelación» (3, mayo-junio de 1934), le leemos:

«¡Amor, amor!  
¡Qué arrancada alegría,  
qué nieve derramada al hondo beso!»  
Y a Ildefonso Manuel Gil en el 4, junio-julio de 1934:



### En este número

Artículos de			
José-Carlos Mainer	1-2	Antonio López Pina	8-9
Antonio Bonet Correa	3	Ramón Pascual	10-11
Carlos Seco Serrano	4-5	Juan Ortín	12
Joaquín Vaquero Turcios	6-7		

SUMARIO en página 2



## Literatura en 1934

«¡Amor...! ¡Amor...! Qué honda voz  
[en la sangre,  
qué latir doloroso en las sienes  
[ardientes.»

No es casualidad el paralelismo retórico de los apóstrofes duplicados, la exclamación urgente y la búsqueda de imágenes telúricas o fisiológicas. La impudicia juvenil de los sentimientos prepara ya la era de la solidaridad y el fin de los frívolos, como es explícito en el poema de Arturo Serrano Plaja, «Un hombre o muchos hombres» (5-6, otoño de 1934):

«Se afirma un obstinado  
sentido de verdades (...)  
y el mar, como una roca,  
sostiene multitudes  
que avanzan por sus lomos,  
y que a su vez sostienen fuertemente  
los vacilantes pasos  
de un hombre solitario (...)  
¡Mas ay del solitario abandonado  
que no sepa en silencio  
gravitar en los hombres!»

### Qué es

## SABER Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

## SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

La literatura está cambiando. En el número 1 de nuestra revista, Benjamín Jarnés consigna que a los nuevos escritores les preocupa la muerte, los viajes exóticos, la política, las biografías heroicas... y la novela, que, aunque a veces se trueca en «panfleto, en tratado de estrategia, en colección de arengas», vuelve también a ser «taller de desnudar espíritus». El mismo rótulo de *Literatura* que Gil y Gullón eligen para su revista consigna algunos términos del cambio: la poesía lírica ha sido en los años precedentes el signo creador, un poco egoísta y hasta jactancioso, de los mayores; la «literatura» que acoge a los epígonos quiere ser diálogo de muchos, persuasión y pasión confiada a escrituras menos alquitaradas. *Literatura* es fe y esperanza. Louis Parrot, el inteligente colaborador francés de la revista, lo afirma a propósito de la visita que hace a Pierre Réverdy, el poeta inventor que se ha retirado en la abadía de Solesmes: la lírica se trascendentaliza y descubre que «no tiene otra razón de ser que la de informarnos sobre el hombre». Y conjetura: «Puede ser que la invención del surrealismo dimane del intento de coordinar sus poderes, para hacerlos participar en el conocimiento del mundo, es decir, del hombre». Lo mismo sabe Ricardo Gullón cuando habla por extenso de las novelas de André Gide (núm. 2) y de las de Franz Werfel (núm. 5-6), como el mismo Parrot en el artículo que dedica en la última entrega a Jean-Richard Bloch, «uno de esos hombres cuyo ejemplo y cuya preciosa amistad no pueden hacernos desesperar ni de esa misma humanidad, ni de nosotros mismos». (Pero muy pocos, incluso en Francia, recuerdan hoy al autor de una de las novelas más significativas del compromiso intelectual, *Sybilla*, 1932, y al autor de aquel espectáculo teatral, *Naissance d'une cité*, que a mayor gloria del Frente Popular montaron los sindicatos en el Velódromo de Invierno de París con decorados de Ferdinand Léger y música de Arthur Honegger y Darius Milhaud. Algún tiempo después, la hija de Jean-Richard Bloch se casaría con un exiliado español que, como sabemos, publicaba sus poemas en *Literatura*: Arturo Serrano Plaja.)

Pero el «engagement» tenía también nombres españoles muy significativos y nuestra revista rindió ancho tributo de admiración a Ramón J. Sender, que, a la fe-

cha, era el primero de los escritores «sociales» (hasta en sus antípodas ideológicas se le reconocía ese primado: el joven fascista Rafael García Serrano ha contado que usaba su anagrama de R.G.S. como un remedio del R.J.S. senderiano, y no hace falta decir que su *Eugenio o proclamación de la primavera* debe su título –y nada más que su título, claro– a la *Proclamación de la sonrisa* del escritor aragonés). El número 3 de *Literatura* publicó un fragmento, «La consagración de las sombras», de la inédita novela senderiana *La noche de las cien cabezas*. Pero ya en el número anterior, I. M. Gil había reseñado con largueza y admiración *Madrid-Moscú* y *Viaje a la aldea del crimen*, su libro sobre los sucesos de Casas Viejas; en el número 4, Gullón dio cuenta de *Proclamación de la sonrisa* y en el 5-6 y último, de *La noche de las cien cabezas*. Los jóvenes de *Literatura* sabían que se avecinaban tiempos muy recios. En las «Notas» del número 3, Gullón escribía sobre la convulsa universidad: «El problema es éste: apartamiento absoluto de la política o toma de partido, y en el segundo caso, ¿qué violencia seguir? ¿La de la mano sobre el hombro y cruz alzada? ¿La del puño apretado y la hoz dispuesta?». Apenas un par de años después se dirimiría trágicamente la cuestión. En tanto, la seriedad se imponía y por eso, en las mismas «Notas» del número 3, Azcoaga repudiaba la novela de *Hermes en la vía pública* del futuro falangista Antonio de Obregón (no fue el único: también Jarnés y Quiroga Pla experimentaron el mismo rechazo). Hermes es, más que un caprichoso protagonista deshumanizado, una suerte de rufián vanguardista: «Es el epílogo de una generación que

trae tras ella una generación de la que Obregón no puede ser prólogo».

Estas y otras cosas se infieren de la lectura de *Literatura*, ahora accesible al lector en colección completa. No era fácil hallarla en bibliotecas públicas, como no es fácil encontrar los trece libros –de sencillas cubiertas blanquiazules– de la Pen Colección, editada por nuestra revista. Queda dicho más arriba que la presente edición de *Literatura* es muy bella y queda implícito que es muy oportuna: no siempre pueden decirse ambas cosas de los libros auspiciados por las instituciones oficiales que han descubierto, de unos años a esta parte, el esnobismo de la edición. La colección de facsímiles de revistas aragonesas a la que pertenece *Literatura* (y que dirige Luis Ballabriga) es la excepción que confirma la regla.

Y una delicadeza obligada ha sido confiar a Ildefonso Manuel Gil la tarea de prologar la reimpresión con la pasión de quien habla de cosa propia, contenida por el rigor del buen filólogo que es. Su compañero de 1934, Ricardo Gullón, falleció cuando este libro estaba en prensa y lamentaremos mucho tiempo su muerte; Gil sigue venturosamente en activo, como uno de los mejores poetas de su generación (ahí está su último libro, *Las colinas*, tan maduro de saber y sentimiento) y como un excelente narrador (de lo que da testimonio su reciente *Concierto al atardecer*, una imprescindible novela sobre la represión franquista en el Teruel de 1936). El lector hará bien en entender esta edición como un homenaje implícito a dos hombres de bien que, al cabo de tantos años, han hecho vida fecunda de lo que fue su propósito juvenil de 1934 y que llamaron sencillamente *Literatura*. □

### RESUMEN

En los seis números que tuvo de vida la revista *Literatura*, que en 1934 fundaron dos jóvenes escritores, Ricardo Gullón e Ildefonso Manuel Gil, encuentra José-Carlos Mainer, al manejar una edición facsímil de la misma, indicios de que la literatura de entonces estaba

cambiando, que frente al predominio de la lírica, propia de la generación del 27, aquellos jóvenes buscaban en la literatura un diálogo de muchos, persuasión y pasión confiadas a escrituras menos alquitaradas que las precedentes.

Ildefonso Manuel Gil (ed.)

*Literatura. Edición facsímil 1934*

Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1993. Sin paginación. 2.500 pesetas.

## SUMARIO

	Págs.
« <i>Literatura en 1934</i> », por José-Carlos Mainer, sobre <i>Literatura. Edición facsímil 1934</i> , de Ildefonso Manuel Gil (ed.)	1-2
« <i>Historiografía de los caminos en España</i> », por Antonio Bonet Correa, sobre <i>España en sus caminos</i> , de Gonzalo Menéndez-Pidal	3
« <i>La "realidad democrática" de la II República</i> », por Carlos Seco Serrano, sobre <i>Spain's first democracy. The Second Republic, 1931-1936</i> , de Stanley G. Payne	4-5
« <i>Los orígenes de la geometría</i> », por Joaquín Vaquero Turcios, sobre <i>Les origines de la géométrie</i> , de Michel Serres	6-7
« <i>Del procedimiento como fundamento moral</i> », por Antonio López Pina, sobre <i>Faktizität und Geltung</i> , de Jürgen Habermas	8-9
« <i>Los primeros de la fila</i> », por Ramón Pascual, sobre <i>Nobel Lectures in Physics, 1981-1990</i> , de G. Ekspong (ed.)	10-11
« <i>Estudio científico de la consciencia</i> », por Juan Ortín, sobre <i>Through our eyes only? The search for animal consciousness</i> , de Marian Stamp Dawkins	12

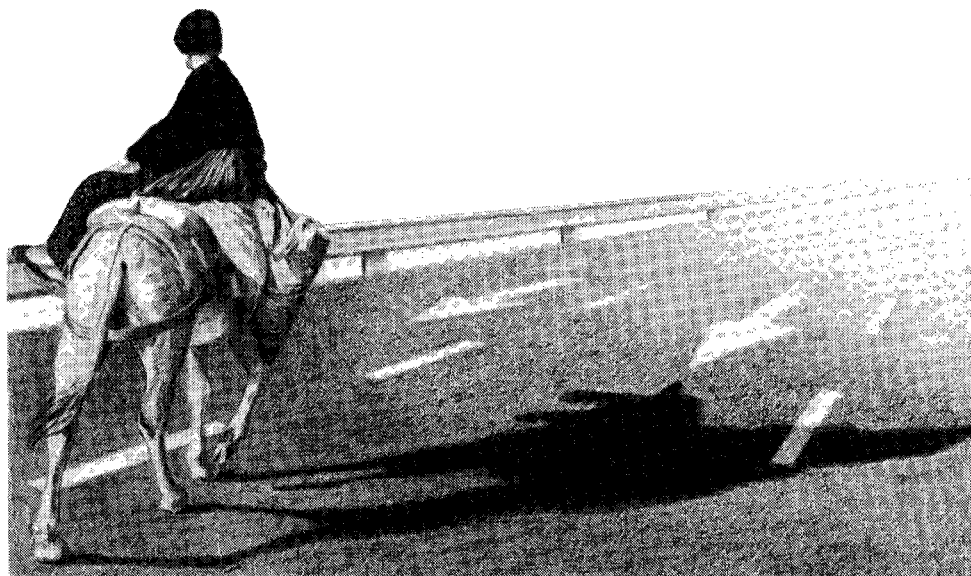
# Historiografía de los caminos en España

Por Antonio Bonet Correa

**Antonio Bonet Correa** (*La Coruña, 1925*) es catedrático emérito de la Universidad Complutense y miembro de la Real Academia de Bellas Artes. Especialista en historia de la arquitectura y del urbanismo, se ha interesado también en la investigación sobre Tratados de arte y arquitectura. Obras suyas son *Morfología y ciudad*; *Fiesta, poder y arquitectura*; *Urbanismo en España e Hispanoamérica*; y *Figuras, modelos e imágenes en los tratadistas españoles*.

Los caminos constituyen un elemento primordial de todas las civilizaciones. Sin su existencia no puede concebirse la Historia. El contacto entre los pueblos y el intercambio comercial ha sido, en todo tiempo, posible gracias a las vías de comunicación entre los distintos territorios y las diferentes partes del mundo. Desde la Prehistoria hasta nuestros días, los hombres no han cesado de moverse dentro de su ámbito vital y de ponerse en relación con el espacio de los demás, sea ya de manera amistosa o bélica. Para ello han creado los medios de transporte que son los vehículos que circulan por los caminos. Según la clase y la densidad de la red viaria se puede medir la importancia y el grado de adelanto de un pueblo. Como muy bien señaló el ingeniero y humanista español del siglo pasado Eduardo Saavedra, «la construcción de los caminos corresponde siempre a un período avanzado del desarrollo material de las naciones». Un territorio sin caminos es casi inconcebible. Hoy ni el desierto más deshabitado carece de pistas ni la selva más inextricable está desposeída de las trochas y veredas que la hacen penetrable. Los caminos son la forma de dominar el espacio habitable.

El origen de los caminos está en las sendas primitivas, nacidas de la mera repetición del tránsito, por un mismo lugar, de los animales y los hombres sobre la tierra virgen. Poco a poco, con las pisadas, su suelo con los restos vegetales machacados se fue solidificando y ensanchando. Su itinerario fue el producto de la orografía y la hidrografía. En un principio, la naturaleza es siempre determinante. Pero el hombre, que en todo tiempo ha sabido explotar los condicionamientos geográficos, también ha sido capaz de eliminar o al menos modificar los obstáculos que, por muy importantes que fuesen, se oponían a su paso. Desde la Antigüedad, valiéndose de recursos técnicos, primero muy simples y después cada vez más complejos, hasta llegar, en nuestro tiempo, a los más sofisticados, ha logrado vencer las dificultades y los impedimentos naturales. Tan pronto como la mente humana aplicó su ingenio para mejorar artificialmente la primitiva senda, ésta se convirtió en un camino. La historia de las vías de circulación pasó por grandes etapas constructivas, ligadas, a su vez, a los medios y a los vehículos para el transporte de hombres y de mercancías. Primero fueron las Calzadas Romanas, después durante la Edad Media los Caminos de Herradura y bajo el Antiguo Régimen los Caminos Reales, para, por último, desde la segunda mitad del siglo XVIII, las Carreteras con firme sólido y buen trazado, evitando las cuestas empinadas. Hoy nos encontramos en la era de las autopistas. Las obras de fábrica como los puentes y los túneles contribuyeron siempre a salvar ríos, desniveles, precipicios y nudos rocosos. Las atarjeas y las alcantarillas sirvieron para el desagüe de los caminos y para evitar la inundación de su suelo de tierra, empedrado o recubierto de otro material. Los canales, lo mismo que los ríos navegables, pueden ser también consideradas otras vías de comunicación.



RAFFAELE GRASSI

Para un historiador nada puede ser más apasionante que el estudio histórico de los caminos. Las rutas que han seguido los viajeros y los mercaderes, los itinerarios de los peregrinos y los derroteros de las tropas en las expediciones y campañas militares son índice de la movilidad permanente del hombre y de la intercomunicación y del choque entre las distintas civilizaciones. El análisis de la densidad y amplitud de las redes viarias dentro de un país o de una nación y los intercambios comerciales a escala local y regional son indispensables para evaluar cuál ha sido el papel determinante que los caminos han desempeñado en la formación de la mentalidad de los grupos sociales más o menos abiertos al exterior. El establecimiento de portazgos, de barreras aduaneras y de fronteras políticas, impidiendo la libre circulación de personas y mercancías, tiene que ver con pueblos aislados y atrasados cuyos caminos están poco frecuentados. Por el contrario, han sido y son signos de apertura las despejadas rutas de carácter nacional e intercontinentales que dilatan los horizontes morales y materiales de un pueblo con un espíritu universal. En el pasado, itinerarios como la Ruta de la Seda, el Camino de Santiago o, en tiempos más modernos, el Oriente-Express han representado una apertura que hoy nos asombra. Cuando en el presente asistimos impávidos a la destrucción de puentes que, como el otomano de Mostar, cae bajo los cañonazos bosnios, no puede menos que pensarse en el retroceso que para la civilización occidental supone la desaparición de unos vestigios monumentales que adrede quieren borrarse del mapa. Frente a la tolerancia del camino que puede unir a las distintas etnias se opone la guerra por la pureza de la sangre y la demolición de las obras públicas y de las construcciones arquitectónicas pertenecientes al pueblo que se considera enemigo. Por desgracia, la historia se repite y una vez más nos encontramos ante la constante acción y reacción, construcción y destrucción, el incesante tejer y destejer temporal de los pueblos.

## Un pionero en el tema

Muchas y muy variadas son las reflexiones que pueden hacerse acerca de los caminos y de su historia, sobre todo tras la lectura de un libro como el que Gonzalo Menéndez-Pidal acaba de publicar y es objeto de esta reseña. Obra de un profesor de literatura que domina a fondo la historia y la geografía de la Península Ibérica, que posee una variada y extensa erudición sobre los temas más curiosos y menos triviales y que ha estudiado y acopiado gran cantidad de

material iconográfico disperso y apenas conocido, este libro ofrece un interés enorme. En el estudio de los caminos españoles, Gonzalo Menéndez-Pidal es un pionero. En el año 1951 publicó en Ediciones Cultura Hispánica un pequeño volumen titulado *Los Caminos en la Historia de España*. Germen del libro actual, llenó entonces un vacío bibliográfico. Con anterioridad sólo se había ocupado del estudio de los caminos españoles el ingeniero Pablo Alzola y Minondo, autor de una *Historia de las Obras Públicas en España*, que, editada en 1899, hasta su reimpresión en 1979 era un volumen raro y, en realidad, desconocido del público. Gonzalo Menéndez-Pidal, que ilustró su primer libro, al igual que el actual, con mapas, esquemas, croquis, reproducción de grabados y obras de arte, introdujo un método moderno y didascálico de mostrar, junto a las aportaciones de los textos antiguos, las imágenes que constituyen un acervo documental gráfico tan esencial y seguro como el literario. El sentido pedagógico de su obra es indiscutible y basta leer y hojear su nuevo y nutrido volumen para constatar que el interesado por el tema de los caminos puede encontrar en sus páginas no sólo una síntesis de la historia viaria de la Península Ibérica, sino también una detallada enumeración de sus variantes y el análisis pormenorizado de todos los aspectos técnicos y culturales.

El interés que ha suscitado últimamente el tema de los caminos en España es enorme. Coincidente con el volumen reciente de Gonzalo Menéndez-Pidal, se han publicado otras obras que tratan de diferentes capítulos o que establecen síntesis en las que se recogen recientes investigaciones. Los dos volúmenes de *Historia de los Caminos de España*, de José I. Uriol Salcedo, de 1990, que, como señala en su prólogo, tenía la intención de «continuar y poner al día la historia de nuestros caminos que escribieron, y escribieron bien, primero P. Alzola y Minondo, en 1899, y después G. Menéndez-Pidal, en 1955», se diferencia de los de ambos autores en que su síntesis se extiende hasta nuestros días, mientras las dos obras citadas, lo mismo

## RESUMEN

Desde la Prehistoria, los caminos, naturales o trazados por el hombre, le han servido a éste para avanzar y para comunicarse: han sido, pues, decisivos en el progreso de las civilizaciones. Para Bonet Correa, quien

que la que reseñamos, paraban su discurso al finalizar el siglo XIX. Los libros de Santos Madrazo, *El sistema de transportes en España, 1750-1850* (1984, dos vols.) y *La Edad de Oro de las diligencias* (1991), o el volumen colectivo *Evolución histórica de los itinerarios del noroeste en la Comunidad de Madrid* (1990), o el de Carlos Nardiz Ortiz, *El territorio y los caminos en Galicia. Planos históricos de la red viaria*, pueden servir de ejemplo del rápido incremento de una bibliografía específica. También con carácter más monográfico citemos los estupendos volúmenes de Arturo Soria Puig sobre *El Camino de Santiago* (1991).

## En medio del camino

Aparte de los libros que sobre Cañadas Reales y veredas pastoriles han aparecido últimamente, con índole más de estudios de historia de la literatura o de historia del arte, tenemos volúmenes tan sugestivos y modernos como el de Lily Litvac, *El tiempo de los trenes* (1990), o el de Rafael del Cerro Malagón, *Carretera, ferrocarril y hospedaje en Toledo (1840-1940)* (1992). Respecto al mundo hispanoamericano también han sido publicadas últimamente obras muy importantes, como el exhaustivo y magnífico volumen del historiador Ramón María Serrera, *Tráfico terrestre y red vial en las Indias Españolas* (1992), y los capítulos que sobre el mismo tema trata el ingeniero de caminos Ignacio González Tascón en el volumen de su monumental libro sobre *Ingeniería española en Ultramar, siglos XIX-XX* (1992).

En un momento en que el viaje se ha incorporado a la vida actual de todos los hombres cultos y curiosos, no es extraño que se produzca una proliferación de estudios y publicaciones sobre caminos, itinerarios y ciudades. Gonzalo Menéndez-Pidal, que, como indicamos, fue el primero en abrir la brecha, hoy, en su renovado trabajo sobre los caminos en España nos ofrece una síntesis clara, precisa y de fácil manejo y consulta para quienes deseen conocer en toda su extensión y profundidad el tema. Glosar sus siete densos capítulos sería recorrer en poco tiempo demasiado camino. Lo que aquí podemos hacer es, además de señalar la abundancia de datos, observaciones e imágenes que contienen sus páginas, recomendar encarecidamente su lectura. Aquel que lo haga en el silencio de su gabinete, cómodamente instalado, sin salir de las cuatro paredes de su cuarto, podrá recorrer los más variados y frágiles caminos, viajar en toda clase de vehículos, contemplar los más bellos y variados panoramas y, en el túnel del tiempo, revivir las emociones de los antiguos viandantes. Al cerrar el volumen, estará enriquecido por miles de noticias y comprenderá, en gran medida, cuál ha sido nuestra historia sobre un territorio de tan plural y accidentada geografía. También cuán grande ha sido el esfuerzo llevado a cabo durante siglos para acortar las distancias y lograr la comunicación más rápida y segura posible entre los distintos puntos cardinales de la Península Ibérica. □

## Gonzalo Menéndez-Pidal

### España en sus caminos

Caja de Madrid, Madrid, 1992. 399 páginas. 9.000 pesetas.

# La «realidad democrática» de la II República

Por Carlos Seco Serrano

**Carlos Seco Serrano** (Toledo, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual; Alfonso XIII y la crisis de la Restauración; y Militarismo y civilismo en la España contemporánea* (Premio Nacional de Historia 1986).

El título de este libro es inequívoco: *Spain's first democracy*. Stanley G. Payne se refiere a la Segunda República –y así lo indica el subtítulo–. «La emergencia y el inicial éxito de la Segunda República en España fue el más insólito, y probablemente el más positivo acontecimiento registrado en Europa durante los primeros años de la gran depresión... Contrastaba con el curso de los asuntos en la Europa meridional y oriental, donde los países menos desarrollados estaban cayendo en un régimen autoritario. Mientras los sistemas políticos de los países más desarrollados de Europa se enfrentaban con el reto y declinaban, la sociedad española se embarcaba en su primera experiencia completa con la democracia moderna: un dramático contraste con la evidente marcha de los asuntos europeos» (página 3).

Se trata, en efecto, de una «experiencia completa» (el sufragio universal para «ambos sexos»); en este sentido, la afirmación de Payne es exacta. El famoso «sexenio revolucionario» del pasado siglo –rebautizado ahora, no con demasiada exactitud, como «sexenio democrático»–, si bien trajo por primera vez el sufragio universal, restringía éste a los varones, marginando a la mujer: pero así se entendía el «sufragio universal» en la Europa de entonces. En cuanto al «reciclaje democrático» del sistema electoral canovista, operado por Sagasta en 1890, no afectaba a la reforma de la Constitución de 1876, que siguió manteniendo el sistema doctrinario de la co-soberanía, según la tradición conservadora de todo el siglo.

Aun así, y en rigor, me atrevería a decir que si «formalmente» –institucionalmente– la democracia moderna quedó consagrada, en efecto, en la Segunda República, distó mucho de ser asumida por la sociedad española. No me refiero a los refractarios que se pusieron frente a ella desde el primer día –y que intentarían ya derribarla en agosto de 1932–, sino a aquellos que se tenían por republicanos sin mácula. La democracia no se hizo explícita en los «usos políticos» del nuevo régimen durante los breves años en que vivió, en acelerada carrera hacia su fracaso, producido catastróficamente en 1936.

No hace mucho, cuando se conmemoraban los grandes cincuentenarios –el de la República, el de la guerra, el de Azaña, el de Besteiro... y el de Franco–, expresé mi temor de que, apenas salidos de un maniqueísmo de prolongada vigencia –el de la «España» y la «anti-España»–, cayéramos en otro, que sería la «versión al revés» del primero: el atenido a un único modelo «legítimamente libre y democrático», el de la experiencia republicana desde su nacimiento a su último trance en el desastre de 1939. Y también dije, en fecha aún más temprana (1961), que no cabía esperar una objetividad efectiva en la evocación y el juicio de los hechos, por parte de quienes –en uno u otro bando– vivieron directamente la tragedia. Sólo el alejamiento geográfico –el de los historiadores «no españoles»– o temporal –el de los españoles nacidos después de 1939–



ANTONIO LANCHÓ

permitiría empezar a reconstruir con ciertas garantías de equilibrado acierto la realidad de la República y de la guerra. Pero, en cuanto a los segundos –los españoles que «no vivieron» los acontecimientos–, no me siento ahora muy seguro: abundan los que siguen fascinados por el «mito», y prefieren ignorar, o justificar (!) todos los «reversos» que de hecho lo invalidan. Muchos siguen confundiendo «democracia» con «república». A éstos les he opuesto siempre este principio: en un país y en un momento determinados, monarquía o república se legitiman por su capacidad para hacer posible la democracia (y en definitiva, la convivencia). En el caso de España, las cosas están muy claras.

## Objetividades foráneas

Queda la otra objetividad posible: la de los historiadores «de allende». Entre ellos no cabe dudar que Stanley G. Payne es el investigador de la España reciente que, en sus obras –todas atenuadas a criterios de seria imparcialidad–, ha logrado versiones más próximas a la realidad de aquel pasado próximo, con sus anversos y sus reversos. Lo demostró ya en libros como *The Spanish Revolution, o The Franco Regime, 1936-1975*. Pero quizá donde se ponga más de relieve su honestidad científica y su capacidad para «comprender», sea en este que acaba de aparecer, bajo el título de *Spain's first democracy*, y que da pie a mi comentario. Que Payne se siente cordialmente atraído por la Segunda República es evidente: ya hemos visto su llamada de atención sobre el contraste que su llegada ofrece, como «el acontecimiento más positivo» ocurrido en Europa durante los años inquietos de la Gran Depresión. Pero a medida que avanza en la exposición de esta breve historia –enfocada en todos sus aspectos, empezando por el impacto, sólo relativo, de la crisis mundial en las estructuras económicas–, va desvelando los errores o las contradicciones de una «democracia» que empezaba por afirmarse como «ruptura inconciliable», en el polo opuesto a lo que, medio siglo atrás, había sido la gran definición integradora de

Cánovas: «No hay posibilidades de gobierno sin una serie de transacciones justas, lícitas, honradas e inteligentes». Símbolo de la «conciliación canovista» sería el artículo 11 de la Constitución de 1876, sobre la tolerancia de cultos; y de la «ruptura azañista», el innecesariamente agresivo artículo 26 de la Constitución de 1932, declaración de guerra a la Iglesia, en respuesta a la actitud abierta que los medios eclesiásticos, en general, y las derechas «civilizadas» habían mostrado al nuevo Régimen en el momento de su instauración.

A lo largo de estas precisas, ceñidas páginas, se registran los graves reversos del estallido democrático del 14 de abril: uno, espoleado por el reflejo de la recesión en España: la continua apelación violenta a la huelga o al brote revolucionario estimulado por una ciega utopía, a cargo de la extrema izquierda y de las organizaciones sindicales; otro, del que será máximo exponente Azaña, la pretensión de reducir la República a un sector del arco político, exactamente el encarnado por el mismo Azaña y por sus aliados de 1932 –los socialistas «según Prieto» y, hasta cierto punto, «según Largo Caballero»–. Creo que no hay nada más definidor de las contradicciones de la democracia republicana –y en especial de los que se tenían por sus máximos valedores– que lo ocurrido en noviembre de 1933, a raíz de las elecciones que con toda pulcritud dieron mayoría al centro-derecha. Los radical-socialistas (Botella Asensi), solicitando de Alcalá Zamora un decreto «que anulase el resultado electoral»; o –caso de Gordón Ordás– reclamando «la disolución del Parlamento aún no reunido», antes incluso de que se efectuase la segunda vuelta; Azaña, acudiendo a Martínez Barrio –que acababa de dirigir limpiamente el proceso electoral–, para exigirle (al día siguiente de la segunda vuelta) la anulación de los comicios, y la formación de una coalición de gobierno caracterizadamente izquierdista, para realizar nuevas elecciones (deliberadamente amañadas): propuesta rechazada por Martínez Barrio, pero repetida veinticuatro horas más tarde, en carta firmada por Azaña, Casares Quiroga y Marcelino Domingo (Payne, página 182). En fin, la opción de Negrín, en

nombre de la delegación socialista parlamentaria, urgiendo para que se formase un nuevo Gobierno, que redactaría «una nueva ley electoral capaz de garantizar la victoria de la izquierda» (!!). Los resultados electorales de noviembre serían cancelados y convocadas nuevas elecciones. «Cuando el Presidente preguntó cómo podía esperarse que un nuevo Parlamento aprobase su propia disolución, Negrín replicó que las nuevas Cortes aceptarían un decreto presidencial posponiendo temporalmente su reunión. Entre tanto, sería redactada una nueva ley electoral por la reconvocada Comisión Permanente de las antiguas Cortes Constituyentes» (pág. 182). La multiplicada exigencia –desde la izquierda– de tamaño «pucherazo», no tiene equiparación posible con todos los «malos usos» del antiguo Régimen. En 1933, subraya Payne, las izquierdas pusieron de manifiesto que «estaban menos dispuestas que la derecha en 1931 a aceptar la temporal derrota, aunque ellas habían redactado la ley electoral, y un Gabinete de republicanos había dirigido las elecciones».

## Telones rasgados

De hecho, lo ocurrido con una República que se presentaba como encarnación de la democracia y que, según Azaña, «había venido a rasgar los telones de la vieja España oficial, monárquica» para desvelar la verdad de la España real, se entiende bajo una doble clave, no precisamente favorable a aquélla: de una parte, sus líderes distan mucho de desprenderse de los hábitos que tantas veces habían denunciado en la monarquía, concretándolos en la ficción electoral –los parlamentos, «consecuencia de los gobiernos», y no los gobiernos «consecuencia de los parlamentos»–; y la sustitución del diálogo convivencial, que había sido el gran factor positivo del canovismo, por la ruptura proclive a la guerra civil (lo proclamaría expresa e insensatamente Alvaro de Albornoz: «No más abrazos de Vergara, no más pactos del Pardo. ¡Si quieren hacer la guerra civil, que la hagan!»). Los lamentables sucesos de 1934 serían la máxima expresión de esta incapacidad de los que se decían demócratas para asumir el pro y el contra de la práctica democrática. Como subraya Payne, el problema, en aquella sangrienta crisis, venía de la insistencia de la izquierda republicana en identificar la República no con la democracia, sino con un específico sector de la política y de los políticos, cuyo desplazamiento se interpretaba como una traición (pág. 214).

Por supuesto, la misma «incapacidad o incultura democrática» se registra en la derecha; pero en ésta cabe establecer una distinción entre el sector «posibilista» –el de quienes, desde el primer momento, se mostraron dispuestos a aceptar y acatar el Régimen, desplegando dentro de él sus principios– y el de los «incompatibles», por definición y sin paliativos. La política de un viejo republicano como Lerroux, dispuesto a un transaccionismo abierto a los primeros –que apuntaba a estabilizar la República ampliando sus bases–, sería entendida por la nueva izquierda republicana, según advierte Payne, como «traición»: y, por desgracia, la «traición» podía confundirse fácilmente con «corrupción», dada la mala fama adquirida por el radicalismo a su paso por la administración municipal catalana, ya en el antiguo régimen. Se explica así el impacto del «Straperlo», escándalo que, contrastado con lo visto luego (bajo situaciones autoritarias o bajo situaciones de



Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

mocráticas), nos parece ahora una nimiedad, pero que en 1935 tuvo alcance suficiente para dinamitar al Régimen. Y de hecho, la fulminación lanzada por la izquierda burguesa y socialista contra el «contubernio nefando» de Lerroux con la CEDA acabaría desmoralizando a los «posibilistas» del centro-derecha, y potenciando a los «ultras inconciliables».

El análisis que Payne hace de los núcleos de la derecha, es igualmente desconcertante. «Con mayor claridad que el moderado Gil Robles o que el líder falangista José Antonio Primo de Rivera, Calvo Sotelo entendía que la alternativa más factible para el sistema republicano no era ni el parlamentarismo conservador ni un nacional-sindicalismo popular, sino una integrada movilización de todos los recursos de la derecha contrarrevolucionaria... La alternativa, por supuesto, no era una cuestión de táctica solamente, sino también de valores. Para el líder de la CEDA, una solución extrema de dictadura era repugnante, mientras que para el falangista era inadecuada y reaccionaria. La política de Calvo Sotelo se cifró en el «catastrofismo». La reacción derechista de los militares, «en la que él pensaba», solamente podía lograrse en una situación de extrema polarización e inminente cataclismo. Curiosa ironía que el asesinato eventual del propio Calvo Sotelo viniese a formar parte de ese proceso, del cual él hacía depender la realización de sus ideas y el logro de sus objetivos.»

Es así como, neutralizados todos los elementos comprometidos con una solución de centro —un «transaccionismo auténticamente democrático»—, quedaron enfrentadas descaradamente las dos posiciones refractarias al espíritu liberal, igualmente fanatizadas por el designio —muy acorde con las corrientes totalitarias de izquierda y derecha cada vez más acusadas en aquella Europa— de «eliminación física del adversario»: era la puerta abierta a la guerra civil, tras el triunfo del Frente Popular. De nuevo conviene ver las cosas a su verdadera luz; esto es, evitando confundir el acuerdo —aparentemente democrático y civilizado— que cristalizó en el Frente Popular, con la intencionalidad de los elementos revolucionarios atrincherados tras el pacto. Se trataba —por lo que a éste respecta— de «un programa estrictamente electoral, no de un programa para un Gobierno de coalición. No se hizo un esfuerzo, ni podía haberse llevado a efecto, para superar las contradicciones que enfrentaban a revolucionarios y republicanos, cuyo papel concebían aquéllos como básicamente kerenskista» (pág. 266). Payne aduce unos textos «clarificadores». *El Socialista*, dos días antes de publicarse el ma-

nifiesto del Frente Popular, subrayaba: «...Debemos decirlo claramente: 1936 será un año revolucionario. Una vez triunfantes las izquierdas, nada puede impedir que 1936 marque el comienzo de la revolución que no tuvo efecto cuando el régimen monárquico cayó y sobrevino la República». Y el 9 de febrero: «Estamos decididos a hacer en España lo que se ha hecho en Rusia. El plan del Socialismo español y el del Comunismo ruso son lo mismo. Ciertos detalles pueden variar, pero no los decretos fundamentales».

Lo ocurrido luego corrobora cuanto llevamos dicho. Previamente a las elecciones, el esfuerzo —bien intencionado, por lo demás— de Alcalá Zamora y de Portela Valladares para «crear» un «centro político» parlamentario capaz de alejar los extremos proclives al choque en guerra civil revistió todas las características de la técnica caciquil más «ancien Régime» posible (y además fracasó). Pero, a su vez, el proceso parlamentario emprendido por las izquierdas tras las elecciones para destituir al Presidente respondió a un procedimiento irregular, simplemente encaminado a derribar obstáculos, y rebosante de cinismo: condenar a Alcalá Zamora por haber disuelto «injustificadamente» las Cortes de 1933, dado el esfuerzo que las mismas izquierdas venían haciendo «para que llevase a efecto esa disolución» aun antes de que aquéllas se reunieran, raya en lo inconcebible.

Por supuesto, la posibilidad de una reconstrucción de la normalidad democrática, dentro de una orientación de izquierdas —esto es, la conversión efectiva del «programa electoral» que fue el Frente Popular en un programa «de coalición izquierdista»—, quedó eliminada con el fracaso de la opción de gobierno representada por Prieto. El catastrofismo deseado por la ultraderecha estaba perfectamente orquestado por la ultrazquierda en julio de 1936.

### Razones de un fracaso

Las conclusiones con que se cierra el libro de Payne —«¿Por qué fracasó la República?»— resumen lúcidamente, y en profundidad, su contenido. La República sobrevivió en España a destiempo: la gran ola democratizadora que había barrido a Europa tras la primera Guerra Mundial, derrocando las monarquías reaccionarias del centro y el este de aquélla, no afectó a nuestro país, que había permanecido en prudente neutralidad durante el conflicto: en cambio, abrió para España una alternativa democratizadora —el bloque de izquierdas de 1922— que sería desplazado por la Dictadu-

ra. La llegada de la República, tras el paréntesis de Primo de Rivera, se produjo contra corriente —en el contexto internacional—. Y, por añadidura, coincidió con el momento de más fuerte incidencia alcanzada por la Gran Depresión en el ámbito peninsular —aunque en 1935 ya había comenzado una temprana recuperación, al menos en sectores sustantivos de la economía española.

Pero el fracaso del Régimen obedeció, fundamentalmente, a factores políticos internos. Ni los partidos ni los líderes estuvieron a la altura de su misión. De una parte, las dos formaciones políticas de verdadero peso —demostrado sucesivamente en las elecciones de 1931 y de 1933—, esto es, el PSOE y la CEDA —el nuevo horizonte de la izquierda y el nuevo horizonte de la derecha—, sólo hasta cierto punto se sintieron «leales» al Régimen; fue la suya una «semi-lealtad», proclive a la ruptura hacia un extremo u otro. La ultrazquierda —al margen de los anarquistas, polarizados siempre por su peculiar utopía— se hallaba fascinada por el éxito de la revolución rusa, y quedaba demasiado lejos de aquella experiencia para captar la realidad de la dictadura estalinista. Gil Robles, por su parte, osciló entre el esquema de una democracia cristiana y las incitaciones de la ultraderecha; por otra parte, la dura represión subsiguiente a la «revolución» de octubre de 1934 fue un error que le costaría muy caro en las elecciones de 1936.

Los núcleos políticos verdaderamente dispuestos a estabilizar el régimen manteniendo, para empezar, un respeto estricto a las reglas del juego democrático, fueron los republicanos de centro: los radicales, las pequeñas formaciones que seguían a Alcalá Zamora, a Maura, a Sánchez Román... Especialmente los radicales, por la amplitud inicial de sus bases, y que hubieran podido desempeñar en la II República española un papel estabilizador semejante al de sus homólogos de la III República francesa. Su tolerante y liberal filosofía de «vivir y dejar vivir», muy normal en sectores políticos sig-

nificativos en las democracias sólidamente establecidas, se vio denunciada en España como ausencia de moralidad y de honradez. Lerroux era demasiado viejo, y carecía de energía; los que le rodeaban, se hallaban faltos de amplitud de visión o de habilidad.

Alcalá Zamora, por su parte, aunque sinceramente republicano, jamás se comprendió de su «segunda piel», la del viejo caciquismo en que se hundían sus raíces. Su máximo error estuvo en afanarse en demoler el «centro político existente», con bases y electorado, para sustituirlo por un «centro artificioso», creado desde el poder como posible instrumento propio.

### Rechazo del consenso

¿Y Azaña? Azaña, que no dudó en proclamarse más «sectario» que «liberal», sólo demasiado tarde comprendió que su rechazo de una política de consenso acabaría por hacer imposible la «democracia republicana». Su deliberado empeño radicalizador coincidió con una movilización y polarización revolucionaria de las masas, que potenció las consecuencias de su sectarismo. Fue Azaña mucho más un producto de la vieja cultura elitista y sectaria del ochocientos que un configurador del futuro. «Un descendiente lineal de los exaltados de 1820, representó lo viejo mucho más que lo nuevo...» «Bastante mejor escritor que político, bastante mejor cincelador de frases que líder de hombres», carecía de una genuina habilidad política y resultó virtualmente, según Portela Valladares, «más antipolítico» que «político». Reclamaba la necesidad de una política radical atenida a la lectura de la historia reciente, pero como muchos intelectuales de comienzo de siglo, «leyó mal esa historia». Dos generaciones después, el grupo de políticos que tuvieron la oportunidad de establecer un régimen democrático en España «leyeron más cuidadosamente» su historia, potenciando la tolerancia, la igualdad de derechos, el consenso. Tal fue la razón de su éxito. □

### RESUMEN

A juicio de Seco Serrano, de entre los historiadores extranjeros que con más acierto y aproximación se han dedicado a estudiar la España contemporánea y, sobre todo, el período trágico y fecundo de la República y guerra civil,

puede destacarse el trabajo del norteamericano Stanley G. Payne, autor, en esta ocasión, de un análisis sobre la Segunda República, riguroso y veraz, y en el que tercia, desde su especialidad historiográfica, el articulista.

Stanley G. Payne

*Spain's first democracy. The Second Republic, 1931-1936*

The University of Wisconsin, 1993. 477 páginas.

# Los orígenes de la geometría

Por Joaquín Vaquero Turcios

**Joaquín Vaquero Turcios (Madrid, 1933)** es pintor y escultor. Ha desarrollado una amplia actividad en el campo de la pintura mural y la escultura integrada en la arquitectura.

Rodeado de una Naturaleza en apariencia inabarcable, innumerable, indescriptible, el hombre parece haber buscado el primer apoyo para su comprensión en los ritmos y las medidas. Desde muy antiguo se encuentran en las cuevas con yacimientos paleolíticos, trozos de huesos pautados, divididos con rayitas grabadas en segmentos asombrosamente idénticos; y las alineaciones de grandes discos rojos, de significado desconocido, resuenan como relojes milenarios en la profundidad de las cavernas decoradas.

El cielo con sus movimientos; las estaciones; el mundo vegetal y animal con su obediencia a distintas y evidentes simetrías; los brillantes cubos de pirita o las geodas, que los hombres primitivos guardaban como algo precioso y raro, fueron probablemente haciéndoles observar que, además de los bosques oscuros de incontables hojas movidas por el viento, de las manadas masivas de terribles animales al galope o de los infinitos copos de nieve descendiendo del cielo, existía una Naturaleza obediente a formas repetidas, relativamente sencillas. Ese reconocimiento abrió el paso a un arte no abstracto, sino inspirado en otra realidad, cuyos modelos fueron pronto también los objetos y las estructuras mismas creadas por la mano humana, chozas de ramas, troncos de árbol limpios, palos cruzados y atados, cestos, nasas, empalizadas: líneas



rectas, cilindros, ritmos espaciales, arcos, círculos...

La arquitectura, desde el principio, usó por necesidad técnica un lenguaje geo-

métrico, y las artes figurativas, en simbiosis con él, tomaron también con frecuencia estilizaciones y ritmos geométricos.

Ya de piedra, las formas construidas se simplificaron a veces hasta su expresión más pura en busca de una limpieza formal absoluta. Los constructores dominaban la geometría y eran dominados por ella. Símbolo y forma constituían una sola cosa. Los canteros trazaban y tallaban las piedras enormes de la pirámide y las iban colocando con precisión sobre la página blanca del desierto y destacadas sobre el plano limpio, azul oscuro, del cielo, donde todo se veía con exactitud.

Los topógrafos del faraón medían mientras tanto las áreas cultivables sobre la reincidente «tabula rasa» del limo y el barro del Nilo. Porque para que surja la geometría hace falta un fondo limpio, un plano liso y homogéneo. Incluso los dibujos o signos geometrizarantes azilienses nacieron precisamente sobre la superficie blanca y tersa de los cantos rodados. Sobre la roca rugosa y más oscura no hubiesen podido alcanzar toda su expresión.

¿Cuándo y dónde nació la Geometría? Michel Serres, filósofo, miembro de la Academia Francesa, autor de una veintena de libros, publica su última obra, en la que escribe sobre los orígenes de la Geometría. Confiesa que es fruto de más de treinta años de trabajo, y vierte en el libro obsesiones de toda su vida y algunos fragmentos de obras anteriores. Dotado de un registro muy amplio de conocimientos y de expresión, el volumen es un poliedro con caras orientadas hacia la filosofía, la matemática, el arte, la historia y otras disciplinas. Su lenguaje adquiere con frecuencia tono y fuerza poéticos y sus imágenes están modeladas con expresión plástica, pictórica, gráfica. Estructurado en cortos subcapítulos constituidos como verdaderos ensayos autónomos hilvanados —terminados generalmente de forma abierta, con una interrogación—, el libro se extiende ante el lector como un campo minado a través del cual puede cada uno avanzar siguiendo su propio camino. Por donde vaya verá explotar a sus pies iluminaciones súbitas y repentinas revelaciones estremecedoras. Treinta y tantos años de pensamiento le han permitido una total maceración de algunos temas básicos, que desentraña, modela o hace volar en el espacio, rozando alguna vez, con delectación, aparentes contradicciones o preciosos sofismas, reveladores de nuevos significados.

## Una figura en la arena

Trazar una figura en la arena, un círculo o un cuadrado... y razonar sobre ellos rigurosamente, sin relación con ninguna cuestión práctica inmediata, fue algo nuevo que sucedió por primera vez hace veintiséis siglos en el mundo griego. Muchos historiadores han calificado de milagro ese hecho extraordinario. Serres busca las premisas que lo permitieron, los orígenes ópticos, éticos, astronómicos, jurídicos, políticos, discursivos, que van acumulándose en sus páginas entrelazados, a partir de un basamento de consideraciones sobre la ciencia de la Historia y sobre la historia de la Ciencia. Una historia, esta última, que no es lineal, nos dice, como el avance de las aguas de un río que fluye sin obstáculos, sino que sufre filtraciones y sólo prosigue su curso una parte de lo que contiene el cauce. Lo demás se queda atrás y se olvida, o se considera arcaico e inservible hasta que, mucho más adelante, una nueva posición nos revela la vigencia de aquellas aguas estancadas. ¿Se hacía ya Platón esa reflexión? El Menón hace reconstruir a un ignorante, del que se dice que sólo recuerda, la secuencia demostrativa concerniente a la diagonal



Viene de la página anterior



del cuadrado. Real o simbólicamente, restablece el contacto con un mundo olvidado. En una demostración contemporánea de esa filtración histórica aparece una matemática arcaica, olvidada por los griegos. En efecto, sabemos hoy describir tabletas cuneiformes cuyos cálculos sexagesimales se parecen de manera sorprendente a los cálculos algorítmicos de los ordenadores. Nuestras prácticas artificiales nos llevan a Babilonia y su abstracción, enterrada, perdida o despreciada por los griegos. Ningún progreso es decisivo hasta que, en el momento mismo de su consagración, pone al descubierto los arcaísmos primitivos con los que está unido.

En su *Comentario a la Física de Aristóteles*, Simplicius nos transmite de las *Opiniones de los físicos* de Teofrasto: «Anaximandro ha dicho... que el principio... de los seres es infinito... y que no es el agua ni ningún otro de los llamados "elementos", sino una cierta naturaleza distinta, de la que nacen todos los cielos y los mundos...» Ni el agua de Tales, ni el aire de Anaxímenes, ni el fuego de Heráclito, ni la tierra de Empédocles; todas ellas en equilibrio inestable, a punto de desbordarse en la injusticia irresistible del elemento dominante, que tiende a perseverar y a crecer sin barreras... Anaximandro abre el camino de lo indefinido e infinito, un camino tan libre y fértil que todo lo definido y lo finito vendrán también de él.

El «ápeiron», inaprensible y tan abstracto como si no estuviera, engendra la física. Anaximandro abre para siempre la explicación del mundo por el más formal de los pensamientos posibles: la matemática.

Sobre el «ápeiron», «tabula rasa» inaprensible para los sentidos, se podrán trazar ya las figuras de la Geometría como sobre el lino o la arena del desierto.

Serres ve aparecer la influencia del «ápeiron» por muchas otras partes. Nos cuenta que, según Herodoto, la moneda apareció en Lidia y Frigia, no lejos de Mileto, la ciudad de Anaximandro, y casi simultáneamente al filósofo, y que su aparición coincide también en tiempo y lugar con la de la metalurgia tal como la usamos hoy. Las primeras monedas troqueladas se fundieron allí en una aleación de cuatro partes de oro por una de plata, que por su color parecido al ámbar se llamó, como a aquél, «electrón».

El pensador se extraña de que se renunciase allí desde el principio a la circulación de monedas de oro y plata puros y juega a pensar que se trata de otro aspecto del «ápeiron», con la ausencia de todo límite entre los elementos preciosos constitutivos. El dibujo troquelado y las estrías del canto de las monedas les daban valores estéticos, simbólicos, representativos o señaléticos, algunos vecinos a la escritura y precedentes de la imprenta, pero, sobre todo, impedían la rapiña y protegían la integridad de la moneda como una funda que estuviese remachada o cerrada con llave. Y la aleación, ¿para qué servía? Como protección también. El cuerpo precioso se pierde en otro banal y viceversa. Aunque presente, público, exhibido en las manos de todo el mundo, el material precioso es inaccesible al robo. El que da la moneda paga al que la recibe en «ápeiron» —oro, sí, pero no totalmente—, y ambos manejan la caja sin poder, ni saber, abrir la cerradura.

No es sólo el concepto del elemento infinito lo que hace de Anaximandro figura básica de los orígenes de la Geometría y de un nuevo modo de ver el mundo. Su modelo de la Tierra, una columna truncada en medio del cosmos, que no cae porque no hay nada que pueda arrastrarla o hacerla inclinarse, organiza un universo, un nuevo espacio no mítico, sino geométrico, que comporta simetría y reversibilidad de relaciones espaciales y acaba también con las concepciones religiosas haciendo desaparecer para siempre la jerarquía

de niveles que proponían todos los modelos anteriores.

Por otra parte, en cierta manera Anaximandro también revela a Dios; a lo divino global, unitario, sin exclusividad, de los filósofos y los sabios.

Debemos a Anaximandro la invención del espacio unitario. Los griegos lo habitaron y nosotros hemos hecho de él nuestra morada.

Aristóteles escribe que Egipto fue cuna de las matemáticas; Demócrito acepta que sus demostraciones se apoyan sobre la base del arte de los arpedonaptas del Nilo; el *Timeo* hace dialogar a Solón con un viejo sacerdote egipcio; Herodoto narra las divisiones agrarias de Sesostris y la importación a Grecia de la Geometría; Diógenes Laercio y Plutarco aceptan que Tales midió la gran pirámide. Todo este «corpus» de las fuentes del milagro griego muestra una concordancia: la relación de Grecia con Egipto. Desde la antigüedad se ha discutido si la geometría nació en el valle del Nilo o en las costas del mar de Jonia. ¿Fue una ruptura o un legado? ¿Nació, transportada por mar, en el diálogo entre egipcios y griegos? Pero, ante todo, ¿qué geometría? La de Tales, y no las ideas que supone, sino la actividad que la trae. Ante todo un arte gráfico del dibujo y luego un lenguaje que habla de ese dibujo, presente o ausente. Esto no es cierto solamente en cierta geometría arcaica, sino también en Descartes, por ejemplo, que habla del dibujo mejor que Euclides o que Tales, pero como ellos. Su plano imita el desierto de Egipto sobre el que escribe la luz.

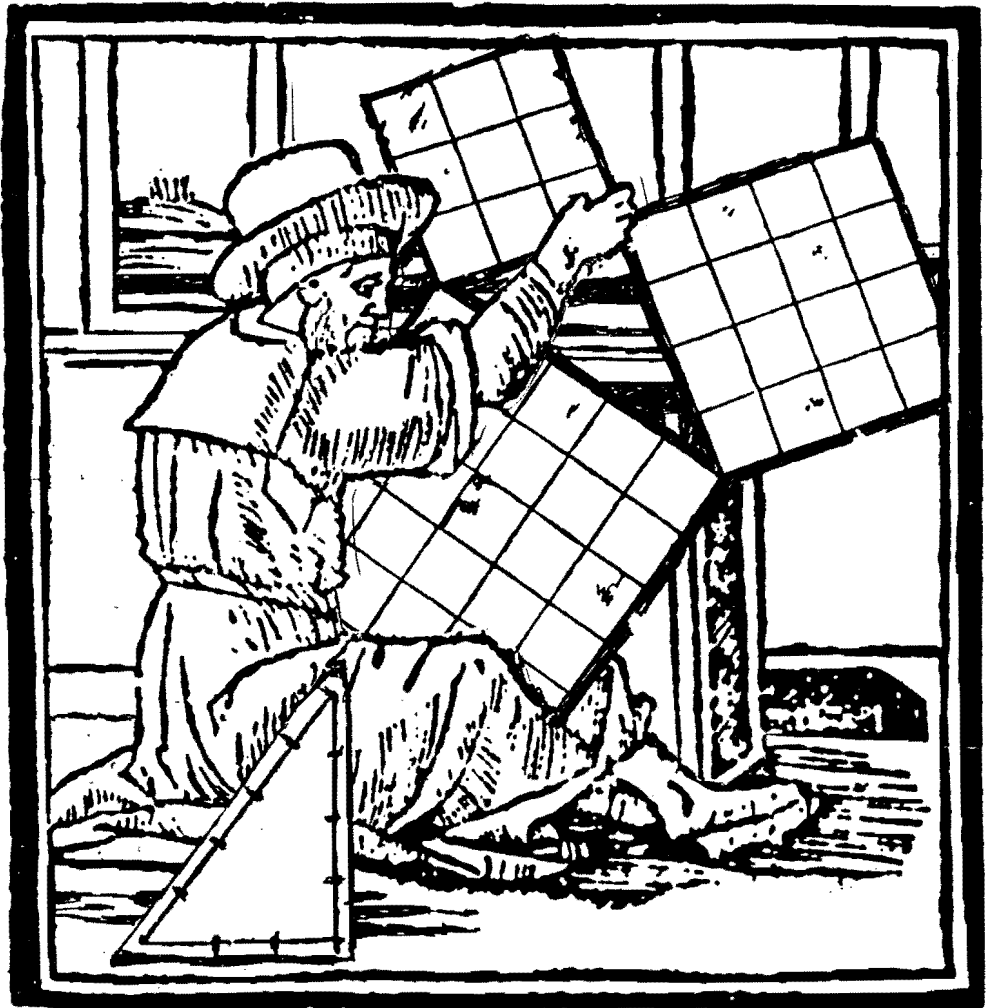
### La pirámide y el bastón

«Enseñaste que la proporción entre la primera sombra y la segunda era la misma que entre la pirámide y el bastón. Pero se te ha acusado también de no amar a los reyes...», dice Plutarco de Tales. Sólo con su bastón clavado en el límite de la sombra arrojada de la gran pirámide, el griego calculó la altura de la inmensa montaña inaccesible. Inventa la escala, el modelo homotético, que atenta, sin duda, a la grandeza incomparable del faraón. Pero los egipcios que construyeron la de Keops, levantaron también las de Kefrén y Micerinos, verdaderos modelos reducidos que están gritando su homotecia respectiva. ¿Para construirlas, había ya que poseer el secreto de Tales? ¿El corte y disposición de las piedras suponen el conocimiento del teorema? ¿Eran prácticas ciegas a ese saber, o son la aplicación de un concepto explícito?

¿Puede un conocimiento claro esconderse en las manos y en la práctica obrera y quedar encerrado en las piedras, como el oro en la moneda, a doble vuelta de llave?

Nos quedan algunas reproducciones gráficas de edificios egipcios, como la de Tell el Amarna, donde se mezclan planta, alzado y sección a escalas diferentes. Pero el papiro Gur'ab muestra una reproducción del mismo tipo en su perfección. La planta de la naos se dibuja con tinta negra sobre un cuadrilátero rojo limpiamente delineado. Además de la exactitud del trazado, llama la atención el referencial, a la manera cartesiana. Visiblemente, el arquitecto y el constructor sabían geometría, poseían la técnica exacta del dibujo a escala, el arte de la reproducción. Los planos topográficos del mismo tipo, aunque más groseros, confirman el dato.

Todo esto da razón a Herodoto. El valle del Nilo dominaba una cierta geometría. De allí pudieron tomar los griegos todo lo que en ella depende de la medida. ¿Pero, se reduce la geometría a una estrategia de la medida? Si los egipcios hubieran transmitido a los griegos esas estrategias, tan refinadas y



precisas como se quiera, les hubiesen detenido en el camino de las matemáticas, lanzándoles sobre la ruta infinita de la aproximación. Pero la geometría en el sentido griego, es decir, en el verdadero sentido, no tiene necesidad de la presencia. Su razonamiento se refiere a un trazado, pero a cualquier trazado y no por precisión, sino por necesidad.

La sombra de la pirámide o la del bastón de Tales se dibujan oscuras sobre la arena del desierto: todos los cuerpos proyectan su sombra sobre el suelo. El verdadero saber de las cosas del mundo reside en la sombra esencial de los sólidos, en su compacidad opaca y negra, encerrada detrás de las múltiples puertas de sus bordes. Los sólidos, no agotados por el análisis de sus caras, conservan siempre intocable un núcleo de sombra. Proyectadas sobre el plano de base, que es también la pantalla de la caverna platónica, las sombras de las pirámides son inmensas cajas negras.

El nacimiento de la geometría conlleva, sin embargo, la audacia increíble de la negación de las sombras interiores. El sol de Tales y de Ra recortaba una impecable definición de triángulos negros, cuando he aquí que se cumplió un milagro: la estereotomía de las formas vacías, la epifanía de la diafanidad. Es el espacio de la geometría pura, atravesada por la intuición del vacío transparente.

Sólo entonces nace de la pirámide el tetraedro puro, el primero de los cinco cuerpos platónicos. A partir de este momento, de estas cajas blancas y vacías, al fin sin obstáculos por la definitiva expulsión de las

sombras, nace el discurso interminable de la Geometría.

El tetraedro en Grecia designa el fuego. Los griegos hacen nacer la pirámide pura en el horno del sol, y del tetraedro decían que nace, a su vez, el fuego. ¿Cuál? ¿El de Heráclito? Doble milagro, que coloca la fuente de la luz en el seno mismo del poliedro. Cuando la pirámide es ella misma fuego —¿influjo de la leyenda en su nombre?—, el sol la atraviesa.

Hasta aquí, solamente algunos pasos por una mínima parte de los largos caminos que Serres nos hace recorrer en su libro. Imposible resumir conceptos tan encadenados, demostrados como teoremas sobre trazados ausentes. Con el gnomon, la plomada o la pirámide, nos conduce de Pitágoras a Platón, de Euclides a Diógenes, siempre acompañados por Tales apoyado en su bastón. El lector y su sombra quedan involucrados en un espacio metafísico, emocionado y cristalino, que nació en las costas de Jonia hace dos mil seiscientos años. «Allí aparecieron también, de pronto, el alfabeto silábico con notación de vocales; una cierta ciencia abstracta; la física objetiva de las cosas del mundo; una reflexión que lleva a la fundación del derecho; un agnosticismo lo suficientemente crítico para descubrir un cierto monoteísmo; la filosofía, en fin, y reconocemos en seguida uno de esos momentos raros en la Historia, como el que vivimos, donde las reversiones conciernen a todo el horizonte de lo pensable y de la experiencia... Es como si el mundo viera en su conjunto». □

### RESUMEN

*Frente a la naturaleza inabarcable, el hombre ha apoyado su vista en las medidas; ha buscado los límites de esa naturaleza en formas sencillas, como esos huesos prehistóricos pautados con rayas asombrosamente equidistantes. De*

*esa noche de los tiempos arrancan los orígenes de la geometría, orígenes a los que el filósofo y académico francés Michel Serres ha dedicado muchos años de investigación y reflexión, y cuyo fruto es el libro que comenta Vaquero Turcios.*

Michel Serres

*Les origines de la géométrie*

Flammarion, París, 1993. 337 páginas. 120 francos.

# Del procedimiento como fundamento moral

Por Antonio López Pina

**Antonio López Pina (Murcia, 1937)** es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense y fue consejero de Estado y miembro de la Comisión Constitucional del Senado durante las Cortes Constituyentes. Es autor y editor de *Democracia representativa y Parlamentarismo*; *Spanisches Verfassungsrecht*; *La garantía constitucional de los Derechos fundamentales*; y *División de Poderes e Interpretación*.

¿Qué importancia no otorgará el filósofo Habermas al Estado de Derecho, como para no abandonar la suerte del mismo a manos de los juristas! En consecuencia, impulsado por un ánimo posmetafísico (*Nachmetaphysisches Denken*, 1988), dedica unos cuantos centenares de páginas a persuadirnos de sus reflexiones.

¿Qué preocupa a Habermas? Las razones especulativas y prácticas de *Faktizität und Geltung* son diversas. Su teoría sociológica precisaba ser completada con una teoría del Derecho, para explicar cómo fundar integración social mediante «actuar dialogante y comunicativo». Por otra parte, las tareas de bienestar social del Estado han sacado de quicio la división de poderes, y planteado serias dudas sobre la capacidad del Derecho, de continuar siendo por más tiempo rienda y referencia del poder (Grimm, 1991; Denninger, 1990; cfr. A. López Pina «Del derecho bajo el Estado previsor», *SABER/Leer*, octubre 1992). ¿Cuáles son las tareas y condiciones de un régimen político que quiera hacer justicia a las realidades sociales y culturales de nuestro tiempo? ¿Cómo puede la «razón comunicativa» contribuir a un mejor régimen político? Ello lleva a Habermas a reconstruir racionalmente el Estado de Derecho, como medio de comprometernos en un proyecto de democracia radical, frente a los postulados de la democracia liberal (Rawls, 1971; Hayek, 1971; Dworkin, 1986) o de la democracia comunitarista (Michelman, 1986, 1988, 1989; Walzer, 1990) de la reciente filosofía norteamericana.

Veamos los supuestos más significativos de la filosofía política que nos propone Habermas. «El Estado no puede ser concebido

por más tiempo como expresión y garantía de los fines e ideales de la Sociedad.» «La soberanía popular, concebida como diálogo y comunicación entre los ciudadanos, no reconocerá otras normas limitadoras que las que ella, en uso de su potestad normativa, cree; los derechos subjetivos no tienen la función de limitar a la soberanía popular.» En la época del pensar posmetafísico, la razón únicamente es concebible como función de procedimientos. El Derecho es un fenómeno reflexivo y problemático, valorativamente neutral respecto de toda suerte de creencia o concepción. Los fundamentos normativos residen en principios de procedimiento, argumentables con independencia de cualquier posición acerca de ideas o creencias. Habermas no reconoce más idea de bien común que la de un ordenamiento jurídico que trate por igual a ciudadanos libres, y regule cómo dirimir pacíficamente sus conflictos (ha pasado la era de las concepciones religiosas y metafísicas, y la «razón práctica» no es comprensible por más tiempo a partir del Derecho natural o la especulación filosófica, sino sólo mediante comunicación).

La teoría del Derecho, de Habermas, gira en torno al concepto básico de «razón comunicativa»: en la medida en que la coordinación de las acciones tiene lugar mediante diálogo y comunicación, la integración social se produce en el proceso de comunicación y articulación de las convicciones compartidas por los ciudadanos. Pero el simple «actuar dialogante y comunicativo», por sí mismo, si bien no dejará de contribuir a la integración, tampoco la logrará plenamente. De ahí el recurso al Derecho, que reduce los riesgos de desestabilización por disenso.

La reconstrucción racional del sistema de Derechos Fundamentales quiere esclarecer las relaciones entre «autonomía» pública y privada, soberanía popular y derechos fundamentales. Socialización comunicativa y forma jurídica son las condiciones de autodeterminación de los individuos. La democracia traduce la relación entre el «principio de diálogo y comunicación del orden político» («principio discursivo») y la forma jurídica: serán válidas aquellas normas susceptibles de ser aprobadas en un diálogo o comunicación racional por todos los participantes. El sistema de derechos formaliza las tensiones entre po-

sitividad y validez normativa del Derecho: positividad hace referencia a la producción del Derecho; validez normativa expresa la fuerza de obligar del mismo. La democracia, en cuanto institucionalización jurídica del «principio discursivo», dota de fuerza legitimadora al proceso legislativo. Así traba Habermas forma jurídica, procedimiento, legitimidad y democracia.

Tal concepción «discursiva» de los derechos fundamentales desplaza a los procedimientos la legitimación del Derecho para los ciudadanos; por otra parte, vincula al legislador hasta el extremo de hacer indispensable la legitimación mediante procedimiento de las propias acciones. La juridificación del poder, característica del Estado de Derecho, acaba residiendo en la vinculación de la acción pública mediante un Derecho legitimado por los procedimientos. La Constitución, establecedora de los derechos, viene a condensarse así en la vinculación de los poderes públicos por tal suerte de Derecho. A mayor abundamiento, cobrarán los derechos fundamentales asimismo expresión en forma de participación ciudadana en los procedimientos, que, por otra parte, deberán ser públicos y judicialmente revisables.

## El paradigma procedimental del Derecho

El nuevo paradigma aspira a:

- proporcionar una descripción adecuada de sociedades complejas;
- expresar la idea originaria de autoconstitución de una Sociedad de ciudadanos igualmente libres;
- superar los crecientes particularismos de un ordenamiento jurídico que, en el proceso de adaptarse al entorno social, ha acabado extraviando la rancia capacidad orientadora de la Ley.

Atrás deberán quedar tanto un nostálgico retorno al Estado liberal como la paternalista tutela del Estado del Bienestar. Las prestaciones sociales únicamente deberán garantizar las condiciones de autodeterminación individual. Por otra parte, los iguales derechos subjetivos no son disociables de la «autonomía» política y administrativa de los ciudadanos. Para Habermas, en suma, los derechos

fundamentales tienen realización en un proceso que garantiza la «autonomía» privada de ciudadanos igualmente libres sólo al tiempo que activan su «autonomía» pública.

Sólo mediante intensificación de la «autodeterminación comunicativa» se podrá vigorizar la necesaria e integradora solidaridad social. El nuevo paradigma no plantea, como el liberal o el del Estado del Bienestar, una utopía social. Se reduce a establecer las condiciones bajo las que los ciudadanos pueden comunicarse y actuar. Con reserva de la «autonomía» individual: sólo actúan libremente los hombres en la medida en que obedecen las leyes que a sí mismos se dan sobre la base de la comunicación.

Para probar la utilidad de la concepción dialogante y comunicativa del Derecho, Habermas se plantea, en concreto, la interpretación, la garantía de las minorías y la actual crisis de las democracias occidentales.

Si el Derecho ha de cumplir su función integradora, no bastará con que el juez decida con fuerza de obligar un conflicto (facticidad); adicionalmente es necesario que la consistencia y la aceptabilidad (validez) caractericen a las sentencias. Una interpretación judicial «discursiva», en búsqueda cooperativa de la verdad, hará depender la aceptabilidad y legitimidad de la sentencia no sólo de la calidad de la argumentación, sino del proceso mismo de deliberación.

El análisis de la jurisdicción constitucional sirve a Habermas como pretexto para responder a la pregunta de cómo la misma puede, sin invadir competencias legislativas, mantenerse fiel a la división de poderes. Terciando en el debate doctrinal acerca de la relación entre Estado del Bienestar, derechos fundamentales, seguridad jurídica y Ley (Forsthoff, 1971; Hesse, 1983; Denninger, 1990; Böckenförde, 1991; Grimm, 1991), Habermas entiende que el Tribunal Constitucional debería controlar, desde la perspectiva de las condiciones procedimentales y de la comunicación, la constitucionalidad de las leyes.

Supuesto común a la actividad del Tribunal Constitucional y del legislador es la fuerza legitimadora de los procedimientos, que trae causa de su fe en que en el proceso de comunicación acaban imponiéndose los



STELLA WITTENBERG



Viene de la página anterior



mejores argumentos. En Habermas, la razonabilidad es intrínseca a las condiciones procedimentales de la deliberación; una vez respetadas las reglas de procedimiento, la Ley o el fallo judicial serán «razonables». Más aún, Habermas apuesta a favor de que la solidaridad social, normativamente desarrollada a través de procedimientos institucionalizados, se imponga como fenómeno integrador por encima del dinero o del ejercicio del poder ejecutivo («poder administrativo»).

Que el lector no tema; no todo va a ser idealismo en Habermas. No sólo es que se pregunte, por ejemplo, quién determina los flujos de comunicación que troquelan el debate público. También se plantea hasta qué extremo se ven alterados los procedimientos rutinarios en caso de conflicto. No escapa a Habermas que, llegado el caso, el poder ejecutivo puede actuar al margen de la legalidad. O bien, ¿hasta qué extremo serán las minorías capaces de reaccionar y de llevar al Parlamento y a los tribunales los propios conflictos?: el Derecho no es capaz, por sí mismo, de dar vida a una red de asociaciones y movimientos civiles ni de crear una cultura pública de respeto a la igual libertad para todos. De todas maneras, la conciencia de conflicto con minorías tiene la virtud de suspender, cuando no de alterar, la relación de fuerzas existente. En la dependencia del régimen político de la generación social de legitimidad reside la fuerza de las minorías.

A juicio de Habermas pueden los déficits de legitimidad y de capacidad operativa de las democracias darse en casos concretos. Sin embargo, tales crisis no son hasta tal extremo inherentes a las diferenciadas estructuras de los países occidentales que excluyan la autodeterminación de sociedades de ciudadanos igualmente libres a través de la Ley.

### Hacia el mejor régimen político

No corresponde aquí juzgar el mérito para la Filosofía de una obra tan ambiciosa. Nuestra tarea, de menor calado, es tan sólo dialogar con Habermas como juristas. Y a este respecto, el filósofo alemán logra hacer plausible que:

– la mera existencia de un número creciente de derechos no es sucedáneo para la reactivación democrática;

– yerran quienes consideran que la crisis del Estado de Derecho sea reducible a la pérdida de la capacidad vinculadora de la Ley;

– la participación ciudadana en procedimientos subsanará las numerosas insuficiencias de legitimidad del ordenamiento jurídico. En suma, que no es posible mantener el Estado de Derecho sin una democracia radical.

Habermas brinda, pues, a los juristas amplias bases sobre las que coincidir. Y en ese sentido, ¿cómo no reconocer el progreso que supone la garantía de los derechos fundamentales y las fuentes del Derecho mediante procedimiento! Lo que sucede es que, de un lado, Habermas muestra una suerte de entusiasmo de neoconverso con un fenómeno que tiempo ha pertenece al acervo común de la cultura jurídica occidental (Luhmann, 1969; Häberle, 1972; Redeker, 1980; Ely, 1980; Ossentühl, 1983; Hesse, 1983; Sunstein, 1985; Denninger, 1990), y, de otro, no tiene suficientemente en cuenta las tensiones entre norma y realidad.

Cuando Habermas aborda el Derecho, parece abandonarse gozosamente a su dimensión normativa y desdeñar su relación con la realidad. Lo fáctico sólo es considerado como resistencia externa al Derecho, una vez reconstruida la lógica normativa interna del mismo. El concepto de «democracia deliberante», sin ir más lejos. Ningún procedimiento obliga a titular alguno de derecho a participar en el mismo. La dependencia de la acción «autó-



STELLA WITTENBERG

noma» de los ciudadanos no garantiza en modo alguno que del uso o desuso del derecho a participar en procedimientos tengan necesariamente que derivarse Derecho o decisiones que vayan a ser –no para Habermas, sino para nosotros– «razonables».

Habermas otorga una función estratégica importante a los conflictos planteados por los movimientos sociales (ecologista, feminista, pacifista, etc.). Pero la evidencia del último cuarto de siglo documenta, precisamente, las divergencias entre necesidades de las masas, demandas sociales y resultados.

La Historia contemporánea ha escrito páginas dramáticas sobre desnaturalización de procedimientos democráticos y sus consecuencias. La garantía de la inviolabilidad o del contenido esencial de los derechos fundamentales y las libertades públicas a raíz de la Constitución italiana de 1948 y de la Ley Fundamental de Bonn, de 1949, respondía precisamente a aquella experiencia. Por radical que pueda ser la democratización de una Sociedad, nadie garantiza que el «poder comunicativo» vaya a respetar derechos fundamentales y libertades públicas. De ahí, precisamente, su actual naturaleza de no-disponibles mediante no importa qué procedimiento. Reprimiendo la memoria de la propia historia alemana, Habermas «olvida» la subordinación de la democracia constituida o de la «razón comunicativa» a la Ley Fundamental y las razones que movieron al constituyente, como ofrenda a la lógica de su construcción teórica.

A la postre, Habermas no llega a convencernos de que una concepción «discursiva» de los derechos vaya a traducirse en un mejor orden político del que actualmente garantizan un constituyente paternalista y un Tribunal ejerciente de guardián del patrimonio normativo del ciudadano. ¿Cómo nos parecería mal que el Tribunal Constitucional garantice los procedimientos! Sólo, que ello no basta para un designio alternativo de democracia y Estado de Derecho.

### Las vacilaciones ideológicas de Habermas

Con todo, una vez accedidos al umbral del procedimiento, respecto del que nadie va

a disentir, Habermas debería ser el último en negarnos el derecho a que quienes discrepamos de sus posiciones busquemos con él la «razón comunicativa». La concepción habermasiana no resulta, a la postre, suficientemente reflexiva y dialogante. Postular el procedimiento como fundamento moral del Derecho en la forma en que el filósofo lo desarrolla en *Faktizität und Geltung* no sólo acaba siendo doctrinario, sino que contradice su propio ideario de la reflexión, el diálogo y la comunicación.

La contradicción de Habermas es doble. Por un lado, el profeta de la comunicación niega a priori, a cuanto no sea pensamiento posmetafísico, el derecho a participar en el diálogo. Por otra parte, la versión habermasiana de la «autonomía» democrática –«poder comunicativo»– no puede sino a duras penas disimular, «malgré lui», que ella misma se funda en el principio moral kantiano del hombre como fin. «Nadie será obligado mediante coerción a someterse a normas, cuya validez no reconozca en uso de la propia razón». No sólo resulta prematura y precipitada la proscripción por Habermas de «interpretaciones de sentido», sino que, a poco que se rastree, ello no es más que un velo detrás del cual reaparece la Ilustración. Las inseguridades, vacilaciones y flirteos de Habermas con la posmetafísica, la posmodernidad y las ideas triunfantes en el escenario ideológico norteamericano acaban revelando, detrás de su preocupación por el procedimiento..., el «viejo prejuicio» ilustrado, kantiano, europeo, de la centralidad del hombre. ¡Un auténtico alivio para los conservadores europeos, que nos

resistimos a caer en ciertas trampas ideológicas, y que, en medio de los actuales vendavales y cambios profundos, no sabríamos sino orientarnos a la Ilustración como faro secularizado de la tradición judeo-cristiana!

En fin, la consagración del derecho al procedimiento no empece a que la polaridad capital-trabajo continúe hoy, en no menor grado que bajo la primera revolución industrial, determinando el destino de los desposeídos. La filosofía de la democracia solidaria, de ciudadanos que pueden si lo desean hacer uso «autónomo» de sus derechos, contemplada desde las viejas y nuevas desigualdades, palidece como utopía en comparación con el mandato que nuestro constituyente diera a los poderes públicos de la Monarquía parlamentaria para «promover las condiciones para que la libertad y la igualdad sean reales y efectivas; remover los obstáculos que impidan o dificulten su plenitud».

No ha sido pecar de idealismo, la única crítica que ha tenido que escuchar Habermas. Con fundamento se le ha acusado de haber quedado su pensamiento varado en la próspera Alemania de los años ochenta –inserta en un contexto internacional racionalizable–, tolerante, abierta y con una progresiva igualización federal de las condiciones materiales de existencia (Schlink, 1993). Desde el Sur de la Europa de Maastricht, si bien los juristas apreciamos en mucho el realce dado por la obra de Habermas al Estado de Derecho, difícilmente sabríamos considerarla suficiente armazón intelectual para una interpretación conforme a la Constitución de nuestro tiempo. □

#### RESUMEN

No es posible, explica López Pina, conservar la autonomía privada sin activar la autonomía política de los ciudadanos, como no es posible conservar el Estado de Derecho sin una democracia radical. Al servicio de tales empresas, Habermas reconstruye racional-

mente el Estado de Derecho. Quienes sean partidarios del recurso a la comunicación y al acuerdo para la acción pública y, en general, los juristas españoles apreciarán en mucho el realce dado por esta obra a la comunicación y al Estado de Derecho.

Jürgen Habermas

*Faktizität und Geltung*

Suhrkamp Verlag, Frankfurt am Main, 1992. 667 páginas. 48 marcos.

# Los primeros de la fila

Por Ramón Pascual

**Ramón Pascual** (Barcelona, 1942) es catedrático de Física Teórica de la Universidad Autónoma de Barcelona, de la que ha sido rector (1986-90), y es académico de la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona. Ha sido director general de Enseñanza Universitaria de la Generalitat de Catalunya (1980-82) y actualmente preside la Comisión Promotora del Síncrotrón de Catalunya.

Cada año, a primeros de octubre, los medios de comunicación nos informan que, siguiendo un ritual bien establecido, la Academia de Ciencias de Suecia concede los premios Nobel. Las noticias de agencia, en general muy distorsionadas por diversas traducciones y manipulaciones, suelen estar acompañadas de comentarios de algún especialista que, con mayor o menor fortuna, intenta poner en lenguaje llano y más preciso los méritos de los galardonados. Su labor es ardua, ya que no es fácil expresar en unas breves líneas comprensibles algo en general complejo y situado en la frontera del conocimiento. Sobre todo teniendo en cuenta que va dirigido a una sociedad que, a pesar de estar rodeada de tecnología, suele ignorar la ciencia que genera dicha tecnología e incluso se jacta de dicha ignorancia.

Algo más tarde, a primeros de diciembre, en el acto oficial de concesión, los premiados pronuncian una conferencia que suele pasar inadvertida por el gran público, ya que la auténtica noticia ha sido la de la concesión. Se trata de un acto protocolario ante los reyes de Suecia, con más posibilidades de salir en la prensa del corazón, lo cual es una lástima, ya que se trata de discursos más o menos comprensibles, pero bien estructurados y de primera calidad. Por ello es muy interesante que se editen recopilaciones de dichos discursos, junto con una presentación a cargo de un académico exponiendo los méritos del premiado y las razones que han motivado la concesión del galardón y una breve biografía de los galardonados. Estas recopilaciones fueron editadas hasta 1970 por El-

sevier. Después de unos años, la Fundación Nobel ha cedido a World Scientific, una de las más importantes editoriales científicas radicada, cómo no, en Singapur, el derecho a publicar los mencionados contenidos. En la nueva serie *Nobel Lectures* ya se han publicado los correspondientes a física, química, fisiología y medicina, literatura, paz y ciencias económicas hasta 1990. A esta nueva serie corresponde el volumen que comentamos, y que incluye los premios correspondientes al período 1981-90. El volumen, junto con el del decenio anterior y a los previamente editados, completa todos los premios desde el año 1901. En general, no se trata de volúmenes que se puedan digerir fácilmente, ni tan sólo por parte de especialistas, ya que algunas veces los discursos son difíciles de comprender total o parcialmente.

El repaso de los premios Nobel del decenio referido nos permite reflexionar acerca de los mayores avances recién consolidados de la ciencia, y en concreto de la física. Por descontado que no se trata de una visión completa, ya que hay avances que son catapultados más rápidamente que otros al reconocimiento internacional. Así, por ejemplo, el descubrimiento de la emisión de ondas gravitacionales por el pulsar PSR 1913+16 realizado por Joseph H. Taylor y Russell A. Hulse, que venía a aportar una cuarta prueba experimental que confirmaba la teoría de la relatividad general (o teoría de la gravitación) de Einstein, tuvo lugar en 1974 y no ha recibido el Nobel hasta 1993, casi veinte años después, con lo que no aparece en el volumen comentado. El tiempo que suele tardarse en premiar los descubrimientos es, en promedio, de unos veinte años, aunque hay algunas excepciones, como la de Klaus von Klitzing, que sólo tardó cinco años en ver reconocido el descubrimiento del efecto Hall cuántico, realizado en el instituto franco-alemán de Grenoble. De manera aún más excepcional, el descubrimiento de los bosones intermediarios de las interacciones nucleares débiles, las fuerzas responsables de las desintegraciones beta de los núcleos, los bosones W y Z, merecieron a Carlo Rubbia y a Simon van der Meer el Nobel de

1984, tan sólo un año después, lo mismo que tardó en premiarse el descubrimiento de los materiales superconductores a alta temperatura, fenómeno aún sin explicar teóricamente, por J. Georg Bednorz y K. Alex Müller, en 1986.

Otro obstáculo para la completitud del panorama que ofrece la colección es que no todo es premiable. El mayor de los avances no recibirá el premio si su autor fallece antes de la concesión, cosa que parece que ha sucedido alguna vez. Además, los avances deben aportar, para optar al premio, alguna mejora para la humanidad, quizás para compensar las consecuencias de las malas utilidades de la dinamita descubierta por Alfred Nobel. Esta condición, que ha ido relajándose ante la idea de que cualquier progreso científico, a la larga, aporta una mejora a la humanidad, en algún momento retrasó la concesión de los premios a los autores de la mecánica cuántica, hasta el punto de que, a pesar de un clamor general, no se concedió el premio de Física en 1931 ni en 1932, hasta que en 1933 se concedieron a la vez el de 1932 a Werner Heisenberg y el de 1933 a Erwin Schrödinger y a Paul A. M. Dirac. La razón era que parecía que dicha teoría era algo demasiado abstracto que no aportaba ninguna mejora práctica.

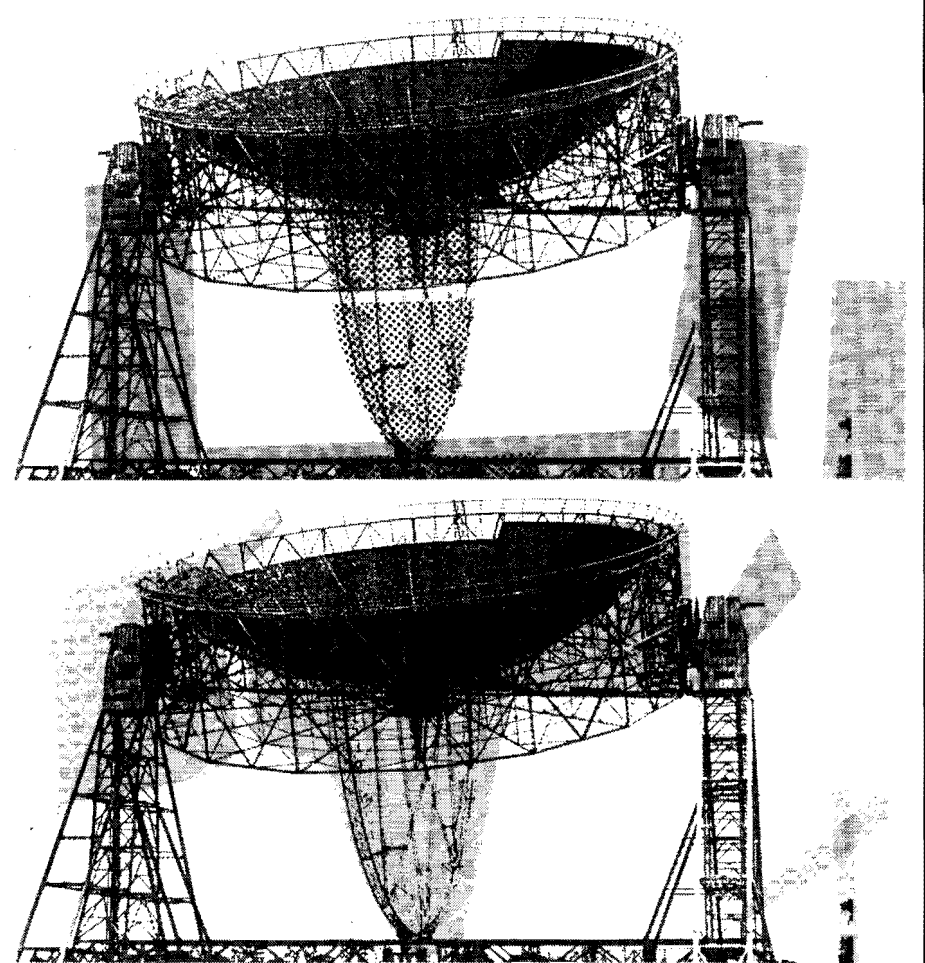
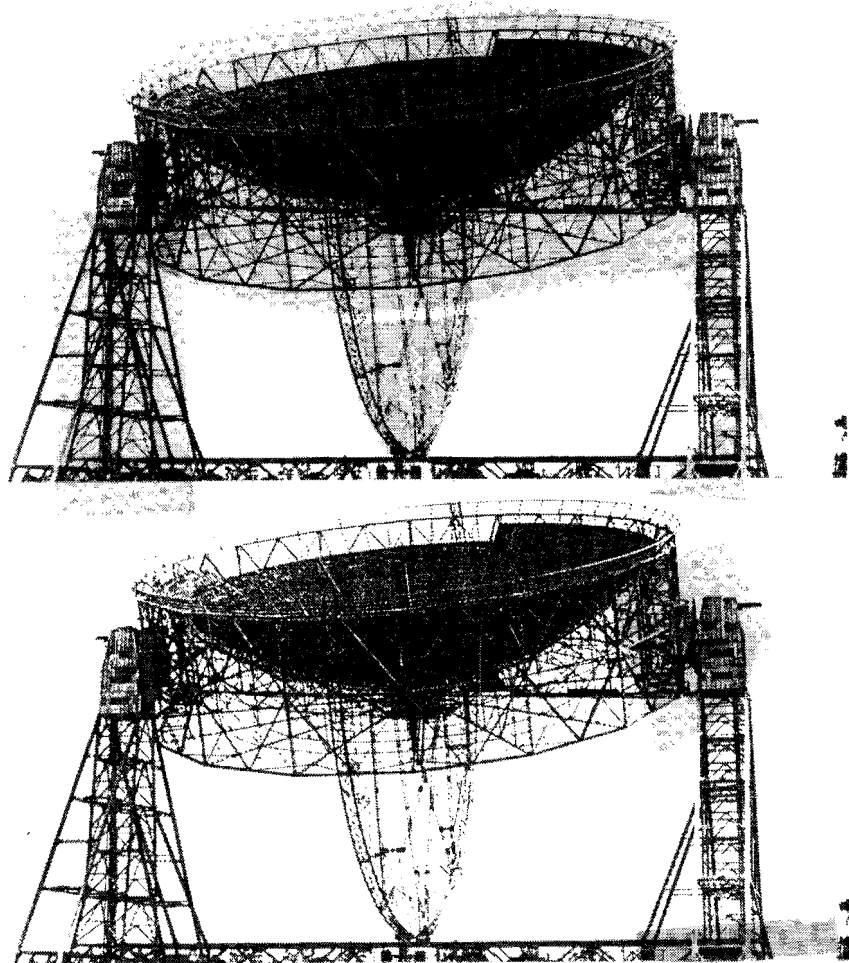
## Análisis de conjunto

Es interesante un análisis del conjunto de los premiados en este período de diez años. De la lista de los 23 premiados, tan sólo uno, Van der Meer, lo fue por algo que había realizado a una edad superior a los 50 años (58), el colisionador de protones y antiprotones del CERN. En media, los galardonados lo han sido por investigaciones realizadas a unos 40 años de edad. El más joven, Ernst Ruska, tenía 27 años cuando construyó el primer microscopio electrónico. Da la impresión de que los científicos que superan esta edad crítica de los 40 años, si bien aún pueden realizar interesantes labores investigadoras y, sobre todo, docentes u organizativas, ya no tienen la capacidad mental ne-

cesaria para los grandes progresos, que deben correr a cargo de mentes más jóvenes que, quizás por no estar demasiado establecidas en el sistema, sean capaces de una cierta audacia. Realmente audaz y extremadamente joven fue la mente de Einstein cuando en 1905 explicó el efecto fotoeléctrico y formuló la teoría de la relatividad restringida, y lo fue la de Heisenberg cuando formuló la mecánica de matrices.

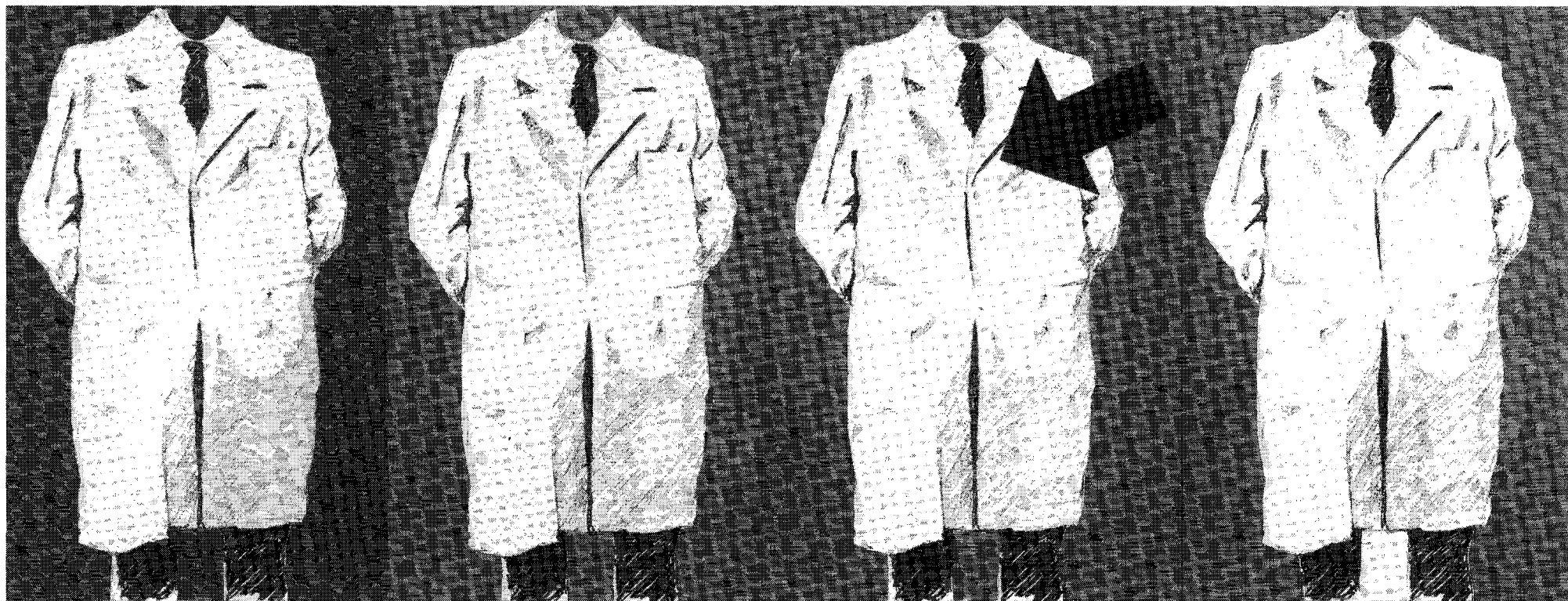
Otro dato de interés es que de los 23 galardonados, trece trabajan en los Estados Unidos de América, que aparece así como el país líder en investigación, si bien algunos no son americanos de nacimiento y otros son hijos de emigrantes europeos recientes. Después de este grupo mayoritario, destacan los cuatro premiados pertenecientes al centro de investigación de la compañía IBM de Zurich, Gerd Binnig y Heinrich Rohrer en 1986 por su descubrimiento del microscopio de efecto túnel y el año siguiente los ya mencionados Bednorz y Müller. A pesar de que la IBM tiene sus grandes laboratorios de investigación en los Estados Unidos, parece que el relativamente pequeño centro de Rorschlikon es algo más competitivo. Por cierto que el descubrimiento del microscopio de efecto túnel es el único de los avances del período analizado en el que estuvieron involucrados científicos españoles de la Universidad Autónoma de Madrid, con la obtención de imágenes a presión atmosférica, de manera que las aportaciones de los físicos de Madrid se citan diversas veces en la bibliografía que acompaña al discurso pronunciado.

Otra institución que debe destacarse por su abundancia de Nobeles es el Laboratorio Europeo de Física de Partículas, el CERN, donde trabajan los galardonados en 1984, Carlo Rubbia y Van der Meer. También trabajaba en dicho centro, en el momento de ser premiado, el año 1988, Jack Steinberger, aunque el experimento objeto del premio fuera realizado en los Estados Unidos. El volumen que se publicará en el año 2000 también acogerá, por lo menos, a otro científico del CERN, el Nobel de 1992, Georges Char-



ARTURO REQUEJO

Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

pak. En el período mencionado sólo deben añadirse dos alemanes (además de Von Klitzing) y un sueco.

Entrando a comentar algunos de los descubrimientos relacionados, no en todos, y seleccionando de manera subjetiva, podemos comenzar por los premiados en 1990, Jerome I. Friedman, Henry Kendall y Richard E. Taylor, quienes a finales de los años 60, y mediante experimentos de colisiones profundamente inelásticas de electrones provenientes del acelerador de Stanford, validaron el modelo de quarks de las partículas elementales, en un experimento conceptualmente similar al que, a principios de siglo, llevó a Rutherford a suponer que los átomos no eran unas bolas macizas, sino unas cortezas de electrones rodeando un núcleo extremadamente pequeño y masivo. Desde sus resultados ya no tiene sentido la idea, muy extendida e incluso presente en la acepción que de la palabra «quark» hace la Real Academia Española, de que los quarks (¡cuarks para la Academia!) son entelequias teóricas alejadas de toda existencia real.

Merece también destacarse el descubrimiento, en 1986, de los materiales que conducen la electricidad sin resistencia hasta las temperaturas del nitrógeno líquido por parte de Bednorz y Müller. El que, tal como ya hemos dicho, el descubrimiento se premiara tan sólo un año después y a pesar de recaer el premio en científicos del mismo centro que el año anterior, da idea de la importancia que puede tener. La mente se vuelca rápidamente a imaginar trenes bala levitantes, transporte de energía eléctrica sin pérdidas, motores sin apenas consumo y diversos progresos tecnológicos que, hasta ahora y desgraciadamente, aún no se han podido desarrollar. Como tampoco se ha podido comprender teóricamente el propio fenómeno, recordando quizás que el mismo descubrimiento de la superconductividad (a temperaturas de tan sólo -269 grados centígrados, cuatro grados por encima del cero absoluto) por quien recibió el Nobel en 1913, Kamerling-Onnes, no se explicó hasta que medio siglo más tarde John Bardeen, Leon Cooper y Robert Schrieffer desarrollaron la teoría BCS, que mereció el Nobel en 1972.

Los premiados en 1988, Leon M. Lederman, Melvin Schwartz y el ya citado Steinberger, fueron los primeros que lograron manipular haces de neutrinos, las partículas propuestas por Pauli en 1932, suficientemente sutiles como para escapar a su detección has-

ta unos veinte años más tarde. Así lograron descubrir que existían dos clases de neutrinos: uno asociado al electrón, el neutrino electrónico, y otro al muón, el neutrino muónico, con lo que se iniciaba (junto con el previo descubrimiento del muón) la replicación de la familia de las partículas elementales formada por los quarks «u» y «d» y el electrón y su neutrino. Curiosamente fue el propio Lederman quien descubrió también el quark «b», perteneciente a la tercera familia, mientras que Steinberger, al frente de la colaboración ALEPH (en la que participan físicos de la Universidad Autónoma de Barcelona), logró, en el acelerador LEP del CERN, establecer que el número de familias no se repetía indefinidamente, sino que se limitaba a las tres que conocemos (casi) completamente.

Previamente se sabía ya, por datos astrofísicos, que el número de familias no podía superar las cuatro o cinco. Este tipo de datos debe mucho a la aportación a lo largo de muchos años de los premiados en 1983, Subrahmanyan Chandrasekhar y William Fowler, quienes a partir de los años 30 pusieron las piedras fundamentales del conocimiento de la evolución estelar, sentando las bases de la moderna astrofísica.

### Premiar la precisión

Merece también destacarse el conjunto formado por los tres premiados en 1986. El ya mencionado Ruska, quien, en 1933, logró superar el poder resolutivo de los tradicionales microscopios ópticos con el microscopio electrónico, que tantos progresos ha permitido en todos los campos de la ciencia y la tecnología. Y la pareja formada por Binnig y Rohrer, quienes, cincuenta años más tarde, dieron un paso más con el microscopio de efecto túnel, que permite obtener inimaginables imágenes de las más pequeñas estructuras. Poco hubieran pensado los que a finales de los años veinte eran reticentes a premiar a los autores de la mecánica cuántica, por excesivamente teórica, que el carácter ondulatorio de los electrones estaría en la base del microscopio electrónico y que un claro efecto cuántico, el efecto túnel, permitiría desarrollar un nuevo tipo de microscopio.

Algunos de los trabajos son el fruto de una búsqueda concienzuda de algo esperado. Por ejemplo, el hallazgo de los bosones intermediarios W y Z, que ya habían sido pre-

dichos por la teoría de las fuerzas electro-débiles, unificación de la teoría electromagnética de Maxwell y las fuerzas nucleares débiles, desarrollada por Sheldon Glashow, Abdus Salam y Steven Weinberg en los años 60 y que mereció el Nobel de 1979. Para ello, Rubbia y Van der Meer lograron convencer al CERN de que emprendiera una tarea casi imposible: convertir su colisionador de protones, en el que los haces de protones circulan en direcciones opuestas y chocan frontalmente, en un colisionador de protones y antiprotones. Parecía imposible mantener los antiprotones (de suyo estables) sin que desaparecieran al chocar con los protones remanentes en el mejor de los vacíos. A pesar de lo cual, los equipos del CERN lograron no sólo mantener los antiprotones producidos artificialmente durante elevados períodos de tiempo, sino también dirigirlos frontalmente contra un haz de protones y hacerlos chocar contra ellos de manera que la energía liberada produjera los deseados bosones. Fue un proyecto de años.

Por el contrario, algunos de los descubrimientos fueron bastante inesperados, a pesar de que, en ciencia, la suerte suele caer en los terrenos abonados. Por ejemplo, el hallazgo de los superconductores de alta temperatura o el del efecto Hall cuántico. Estudiando el clásico efecto túnel en un campo magnético muy intenso y a una temperatura de sólo unos grados por encima del cero absoluto, Von Klitzing encontró un comportamiento peculiar de la conductividad eléctrica, cuyas características sólo dependían de dos constantes fundamentales: la carga del electrón y la constante de Planck. La precisión de las medidas era de una parte en diez millones, de manera que el efecto Hall cuántico se ha convertido en el mejor patrón para definir la resistencia eléctrica y otras

constantes, como la de estructura fina (la carga del electrón al cuadrado dividida por la constante de Planck y la velocidad de la luz), una de las cantidades físicas conocidas con mayor precisión. Tanta precisión que no resisto a dar su valor. En 1973 su inverso era  $137,03604 \pm 0,00011$ , mientras que ahora su error se ha rebajado en más de un orden de magnitud y es  $137,0359895 \pm 0,0000061$ .

### Presencias y ausencias

Otro premiado de carácter muy distinto es el de 1982, Kenneth G. Wilson, un eminente físico teórico que dedicó su juventud a esclarecer uno de los fenómenos más complejos, las transiciones de fase, aquellos fenómenos que, como los tan habituales (pero no por ello menos extraños) cambios entre los estados sólido, líquido y gaseoso de una sustancia, involucran procesos que afectan a escalas de distancias muy distintas, lo que implica un enorme grado de complejidad en su comprensión.

En el conjunto de volúmenes se aprecia, tal como hemos dicho, la presencia de galardones de los países más desarrollados, que suele estar correlacionada con aquellos países que gastan más en investigación. En el volumen que comentamos se nota una ausencia de franceses, que se corregirá en el próximo decenio, en el que han entrado con clara ventaja: Pierre de Gennes en 1991 y Charpak (aunque trabaja en el CERN) en 1992. La presencia de algún español, que ya es difícil estadísticamente por el tamaño del país, a no ser que medie el azar, seguirá además penalizada por la carestía de medios materiales y humanos (a pesar de los progresos de los últimos años) dedicados a la investigación. □

### RESUMEN

Como señala Ramón Pascual, la cascada de Premios Nobel que se produce en octubre cada año provoca la noticia expandida en unas pocas líneas a través de las agencias. Pero tras esas pocas líneas se encuentran científicos con una importante labor investigadora a sus es-

paldas; una labor que el propio interesado resume en su discurso de aceptación del galardón. La publicación de un grueso volumen con los discursos de los Nobel de Física entre 1981 y 1990 permite al comentarista repasar los avances en ese campo.

G. Ekspong (ed.)

*Nobel Lectures in Physics, 1981-1990*

World Scientific, Singapur, 1993. 752 páginas. 54 libras esterlinas.

# Estudio científico de la consciencia

Por Juan Ortín

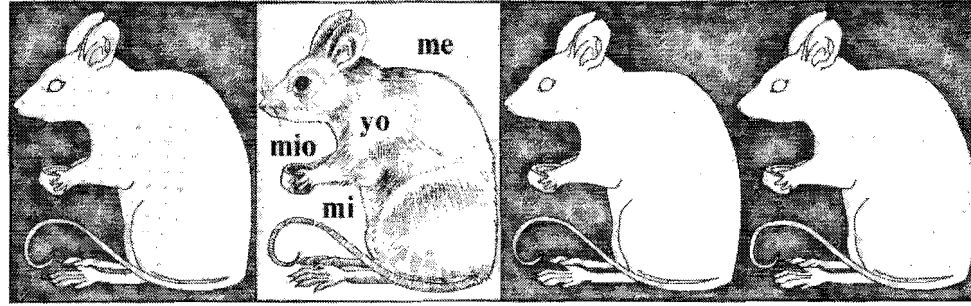
**Juan Ortín** (Madrid, 1942) ha sido becario de EMBO y del Alexander von Humboldt Stiftung, y director del Instituto de Biología Molecular del CSIC; actualmente es profesor de Investigación del CSIC y Jefe de Grupo del Centro Nacional de Biotecnología. Sus actividades científicas están centradas en la transcripción y replicación del genoma del virus.

El problema del conocimiento consciente, es decir, de cómo llegamos a definir nuestra individualidad y a darnos cuenta de que sentimos, de que percibimos algo o de que poseemos algunos conocimientos, ha sido durante siglos un problema filosófico. Sin embargo, hoy día son cada vez más los que piensan que está llegando la hora de abordarlo de una manera científica. En el libro que nos ocupa, M. S. Dawkins trata este tema, si bien de una manera lateral. Dada su experiencia previa en estudios sobre el comportamiento y bienestar animal, M. S. Dawkins se pregunta hasta qué punto es posible hablar de consciencia en los animales.

El planteamiento parte de una base incierta, dada la ausencia de una definición adecuada de la consciencia. Tal y como M. S. Dawkins reconoce, dentro de la palabra consciencia incluimos muchas cosas: nos damos cuenta de un dolor, somos conscientes de lo que vemos o de la existencia de un problema y también somos conscientes de nuestra propia individualidad y de nuestra propia consciencia. De la misma manera que F. Crick y otros autores, M. S. Dawkins soslaya el problema y propone «hacer camino al andar», con lo que a veces sus argumentos sobre la existencia de consciencia animal quedan en el aire.

El texto está escrito con mucho orden y es muy asequible al lector medio. En él, la autora ejerce de doble abogado del diablo, tratando por una parte de convencer a los escépticos y por otra de rebajar los entusiasmos de los partidarios al depurar estudios de comportamiento animal que son correctamente controlados y cuya interpretación es, en principio, inequívoca.

La búsqueda de un comportamiento consciente en los animales se justifica en el texto por dos razones distintas: por una parte se argumenta que si nos convencemos de que al menos ciertos animales son conscientes, nuestra actitud hacia ellos será completamente distinta. Por otro lado, un estudio de la posible consciencia animal enmarcaría evolutivamente el análisis de la consciencia en humanos y permitiría dar una base biológica a un tema que hasta hace poco entraba en los dominios de la psicología. Si bien el segundo de los argumentos me parece muy sólido, no así el primero. En mi opinión, una actitud respetuosa con el medio ambiente y el equilibrio ecológico no es dependiente de la mayor o menor consciencia de las especies en peligro. Por otra parte, tomando el argumento a la inversa, ¿cambiaríamos nuestra actitud hacia seres humanos que por afecciones neurológicas o tratamientos farmacológicos son permanente o temporalmente inconscientes?



JOSÉ MARÍA CLEMENS

Para evaluar la consciencia en otros animales, M. S. Dawkins propone extrapolar hacia ellos la analogía que realizamos al suponer que el resto de los seres humanos son conscientes. De hecho, nuestra evidencia de la consciencia en otros humanos no es directa. Inferimos que lo son porque nosotros mismos nos sentimos conscientes y vemos en nuestros compañeros de especie las mismas reacciones ante los estímulos que en nosotros mismos. Por el mismo argumento, M. S. Dawkins propone analizar en los animales evidencias de comportamiento complejo, de capacidad para razonar y de reconocimiento de su propia individualidad. Si encontráramos tales evidencias, podríamos pensar que, al igual que en los humanos, los animales presentan ciertos niveles de consciencia.

## Comportamiento complejo

Después del planteamiento general, la autora nos presenta una serie de ejemplos de comportamiento complejo de diversos animales: venados que evalúan con cuidado si merece la pena establecer una lucha con el macho dominante para controlar la manada, gorriones que, en situaciones de peligro, reclutan una bandada suficiente antes de comenzar a alimentarse, ratas que transmiten a su descendencia los hábitos de alimentación adecuados para evitar la ingestión de raticidas, etcétera. Sin embargo, y como la misma autora reconoce, el hecho de que exista un comportamiento complejo no implica que sea un comportamiento consciente. Como contrapartida, se nos presenta otra serie de ejemplos en los que comportamientos ciertamente elaborados pueden ser explicados por un conjunto de reglas simples de actuación, como consecuencia de las cuales recibimos una impresión de complejidad que resulta ser más aparente que real.

¿Existe evidencia seria de comportamiento inteligente en animales? La autora empieza por desmontar varios casos típicos de aparente comportamiento inteligente de animales en los que el experimentador proporciona, inconscientemente, las pistas necesarias para obtener el supuesto resultado sorprendente. Usando estos ejemplos, nos indica las condiciones que todo estudio serio de comportamiento debe cumplir para tener credibilidad. El experimentador ha de evitar en lo posible estar presente durante las observaciones y los resultados han de ser predecibles, repetitivos y estadísticamente significativos. A pesar de los artefactos experimentales descritos, M. S. Dawkins relata

experiencias en las que queda evidente la capacidad de extrapolar de las palomas, la capacidad de las ratas para distinguir el número de orden y la posibilidad de enseñar el concepto de número a los papagayos, pero de nuevo permanece la duda de si un comportamiento inteligente ha de llevar consigo un conocimiento consciente.

Quizá el apartado más interesante del libro sea el que se refiere a las experiencias en las que se nos muestra la capacidad de ciertos animales para reconocer su individualidad. Así, las gallinas en el corral tienen un orden riguroso mantenido a fuerza de picotazos. Cada una sabe perfectamente cuál de ellas está por encima y por debajo en el «ranking». Por otro lado, usando experiencias de comportamiento en grupos de monos, se nos demuestra que pueden identificarse unos a otros. Cuando uno de ellos, mediante la manipulación del experimentador, da avisos de peligro en circunstancias inapropiadas, el resto de miembros del grupo lo clasifica como individuo poco fiable y no reacciona ante sus avisos como lo harían ante una alarma procedente de otro de los miembros del grupo. Pero el ejemplo más llamativo se refiere al comportamiento con engaño deliberado en las relaciones entre monos de un grupo sujeto a observación. Se diría que los individuos de este grupo son capaces de elaborar mentalmente cuáles serían las reacciones de los otros miembros y, de acuerdo con ello, modifican su propio comportamiento en beneficio propio y perjuicio de los demás.

¿Muestran estos ejemplos que los animales son capaces de sopesar y escoger entre distintas alternativas? Para responder a esta pregunta, en el siguiente capítulo se presentan experiencias cuantitativas. Se plantean a los animales dos alternativas entre las cuales se colocan barreras de distintos niveles, de modo que nos preguntamos hasta qué punto los animales están dispuestos a «pagar» para escoger una respecto de la otra. Así, se pregunta a través de qué agujero aceptan pasar las gallinas de una jaula para poder salir a un corral en el que pueden rascar y picotear el suelo para buscar su comida. O se compara el resultado de este experimento con otro análogo en el que el premio consiste en estar en grupos en lugar de mantenerse en jaulas aisladas. La conclusión a la que la autora llega es que no solamente son los animales capaces de escoger entre alternativas sino que pueden establecer prioridades entre ellas.

## Búsqueda de la consciencia animal

En conclusión, M. S. Dawkins siembra la duda en su libro. Nos presenta una larga serie de analogías entre el comportamiento de ciertos animales y nuestro propio comportamiento, de lo que se podría inferir que estamos ante un comportamiento consciente. No afirma que sea así, sino que se contenta con plantear la posibilidad y argumenta que, dada la evidencia, merece la pena continuar en el estudio de la posible consciencia animal. Aunque con los datos de que disponemos

puedo ser considerado entre los escépticos, creo que la búsqueda de la consciencia animal ha de incluirse entre los estudios experimentales de la base de la consciencia, aunque sólo sea por las implicaciones evolutivas que ello conlleva. El libro que nos ocupa está escrito de una manera muy amena, sus tesis están bien planteadas y sus argumentos claramente expuestos. Sin embargo, la autora no hace referencia a los estudios de la consciencia humana que podrían haber aportado luz sobre sus hipótesis. Me refiero en concreto a las situaciones patológicas en las que se observa una disociación entre el conocimiento consciente (explícito) e inconsciente (implícito), tales como la visión ciega -«blindsight»-, el síndrome amnésico y la prosopagnosia (incapacidad de reconocer caras familiares), entre otras. En el primero de los casos, ciertos pacientes que han perdido la visión por lesión en la corteza visual muestran algún nivel de percepción visual en su campo ciego. Tales percepciones se detectan por tests objetivos, a pesar de que el paciente niega poder ver los objetos que se le presentan. Del mismo modo, pacientes con síndrome amnésico o con prosopagnosia, incapaces de recordar palabras o reconocer caras cuando se someten a tests subjetivos, dan resultados muy por encima de lo esperable por azar cuando su percepción es evaluada mediante ensayos objetivos.

Además, estos fenómenos de percepción inconsciente o adquisición de conocimiento implícito no son exclusivos de personas con ciertas patologías, sino que pueden detectarse también en individuos normales. La percepción subliminal se detecta por procedimientos indirectos que nos indican que la información ha sido recibida, a pesar de que el sujeto no es consciente de poseer dicha información. Curiosamente, estos ensayos indirectos son conceptualmente similares a los que la autora del libro que nos ocupa describe para mostrar que ciertos animales han adquirido las capacidades mentales para las que fueron entrenados. ¿Es posible que sus conocimientos sean reales pero inconscientes, al igual que la percepción en los pacientes descritos antes o la percepción subliminal en humanos?

A pesar de que el dualismo cartesiano no puede sostenerse hoy día, cabe la posibilidad de que en nuestro cerebro existan dos niveles o dos tipos de procesamiento de la información distintos, uno de los cuales da lugar a conocimiento consciente, mientras que el otro no adquiere tal propiedad. De hecho, el procesamiento inconsciente de la información es mucho más rápido que el consciente, sugiriendo una mayor complejidad en los mecanismos que subyacen al conocimiento explícito.

Así, las reacciones inconscientes son mucho más eficaces en situaciones predecibles, ante las que el sujeto tiene experiencia previa, mientras que las conscientes son más lentas, elaboradas, pero necesarias en aquellas otras situaciones en las que debemos elegir entre alternativas no previamente experimentadas. ¿Podemos afirmar que en los animales se dan ambos «niveles» de procesamiento? En mi opinión la evidencia es insuficiente, pero merece la pena continuar en ese estudio para encontrar un marco de referencia a los estudios sobre la consciencia en humanos. □

## En el próximo número

Artículos de *Emilio Lorenzo*, *Vicente Palacio Atard*, *Antonio López Gómez*, *Mario Camus*, *Ignacio Sotelo*, *Sixto Ríos* y *Emilio Garrigues*.

## RESUMEN

No debe sorprenderse nadie, comienza señalando Juan Ortín, de que la consciencia no sea ya únicamente cuestión filosófica, sino que pueda, y deba, ser tratada desde una óptica cien-

tífica, y es lo que hace la autora del libro comentado, que es una experta en comportamiento y bienestar del mundo animal, y en el que se pregunta si es posible la consciencia en los animales.

Marian Stamp Dawkins

*Through our eyes only? The search for animal consciousness*

W. H. Freeman/Spektrum, Nueva York, 1993. 192 páginas. 14.99 libras.

## Ayudas a la palabra

Por Emilio Lorenzo

**Emilio Lorenzo** (Puerto Seguro, Salamanca, 1918) ha sido catedrático de Lingüística inglesa y alemana de la Universidad Complutense de Madrid y es profesor emérito de la misma, así como miembro de número de la Real Academia Española. Es autor, además de trabajos sobre los idiomas de su especialización, de El español de hoy, lengua en ebullición, El español y otras lenguas y de una edición de Obras Selectas, de Jonathan Swift.

En los anales de la Fundación Juan March, el nombre de Fernando Poyatos es el de un viejo colaborador (cf. «Del paralenguaje a la comunicación total» en *Doce ensayos sobre el lenguaje*. Madrid, 1974, págs. 157-171). Yo, que he seguido la trayectoria de este hispanocanadiense graduado en la universidad de Madrid, sabía ya de sus incursiones, que luego acabaron en asentamiento definitivo, en el terreno raramente hollado del «paralenguaje», término que ya figuraba en el título de uno de los tres artículos que le publicamos en 1969 y 1970 en la revista *Filología Moderna*, que yo tenía el honor de dirigir. Se usaba en el primero de ellos también el neologismo español «kinésica» o «quinésica», hoy admitido en algunos diccionarios, estrechamente vinculado al título de nuestro comentario y al del ensayo de Poyatos. Hoy entran todas estas denominaciones bajo la rúbrica más amplia de «Comunicación no verbal» que figura en el segundo de los dos libros que comentamos (*Advances...*) y que es una antología de una veintena de contribuciones—tres, aparte de la introducción, del propio Poyatos—debidas a autores especialistas en áreas de estudio tan aparentemente dispares como las matemáticas, la sociología, las lenguas clásicas, la psicología, la literatura comparada, la etnología, la comunicación, la historia, la traducción y, por supuesto, la lingüística. La procedencia de estos investigadores da idea de la universalidad del fenómeno: Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Australia, Bélgica, Israel, Canadá, etc.

Fernando Poyatos es hoy, sin duda, el principal promotor, en el mundo universitario y académico, de estudios interdisciplinarios en comunicación. Ello se debe a su incesante actividad personal en lingüística, antropología, psicología, semiótica y otros campos, áreas



STELLA WITTENBERG

de estudio e investigación donde ha destacado organizando congresos o simposios en que se exponen y discuten los últimos avances logrados en estas disciplinas, sobre todo desde el volumen que con el título de *New Perspectives in Nonverbal Communication* publicó en 1983. Esta capacidad de concertar e integrar, ya en libros, ya en simposios, las aportaciones de campos de estudio tan diversos, creo que tiene su origen en la «Conferencia sobre Paralingüística y Kinésica» organizada por Thomas A. Sebeok en Bloomington (Indiana), en 1963. De ella tuve noticia al visitar a Sebeok en esa universidad a principios de 1964. Luego hubo otras reuniones, de las cuales surgió un segundo—y aún más importante—volumen interdisciplinar con el título de *Non-Verbal Communication* (Cambridge, 1972). Fue a partir de éste cuando Poyatos comenzó a organizar una serie de simposios, primero en los Estados Unidos, bajo los auspicios de la prestigiosa Modern Language Association, luego por todo el ancho mundo: Calcuta, 1978; Lund, 1978; Viena, 1979; Leipzig, 1980; Edimburgo, 1982; Tokio, 1982; Quebec, 1983; Jerusalén, 1986; Estambul, 1986; Zagreb, 1988; Salónica, 1990; Amsterdam, 1993. También ha anunciado para 1994 el XXIII Congreso Internacional de Psicología Aplicada, pro-

gramado para el próximo verano en Madrid. Se ve que la gran aportación de Poyatos al estudio del paralenguaje es la de movilizar gentes que tengan relación con el proceso comunicativo del hombre. La mera enumeración, de resonancias turísticas, hecha más arriba, no sería más que eso—congresismo turístico—si su convocatoria no revelara las ramificaciones extralingüísticas de la comunicación no verbal. Así, en los simposios mencionados fueron los convocantes asociaciones internacionales de Ciencias Fonéticas, Antropología y Etnología, Psicología, Sociología, Lingüística General, Lingüística Aplicada, Semiótica, Psicología Transcultural, etc. Estas reuniones de especialistas desembocaron en respetables volúmenes, compilados por el propio Poyatos, como el titulado *Cross-Cultural Perspectives in Nonverbal Communication* (Lewiston/Toronto, 1988), su *Literary Anthropology* (Amsterdam, 1988) y últimamente en *Advances...* (1992), todos con importantes contribuciones, además de la propia, que representan variadas perspectivas científicas. Hay que decir que el término «literary anthropology» fue acuñado por Poyatos diez años antes de publicar el libro de ese título.

Buena parte de su obra se centra en el estudio de la interacción personal, pero también en la interacción hombre-ambiente. Ello explica su frecuente relación con departamentos de Psicología de diversos centros de investigación, así como con escuelas de comercio y con actividades turísticas. En España, aparte de sus publicaciones, es conocida su intervención en cursos y conferencias organizadas por las universidades de Barcelona, Valencia, etc. No estaría completa su relación, nunca interrumpida, con España, si no citáramos los tres volúmenes, en prensa, anunciados por la editorial Istmo con el título de *La comunicación no verbal*, aparte de artículos publicados en la *Revista de Occidente* y en *Prohemio*.

El estudio del paralenguaje, preocupación de su obra más reciente (marzo 1993), es, sin duda, su contribución capital al tema, siempre interdisciplinar para él, de la comunicación humana. Punto de partida de este enfoque integrador es su concepción de la comunicación no verbal como el conjunto de «las emisiones de signos activos y pasivos, constituyan o no comportamiento, a través de los sistemas somáticos, objetuales y ambientales no léxicos presentes en una cultura, aislados o en mutua coestructuración». Esta es una versión condensada de lo que en su introducción y con la ayuda visual de un esquema desplegado en la página 11 nos dice el autor sobre el propósito y el alcance del libro. Debe juzgarse esta última obra, que llamamos sin reserva fundamental en su trayectoria científica, como producto acabado de muchos años de estudio de la comunicación humana, iniciado a principios de los sesenta en Ohio y proseguido luego en Canadá. Parte Poyatos de lo que él llama «núcleo de sus ideas teóricas y metodológicas sobre esta actividad del hombre»: la triple realidad auditiva y visual del discurso, a saber: el «lenguaje verbal» (lo que decimos), el «paralenguaje» (cómo lo decimos), las muchas variantes de voz y múltiples voces que alternan con las palabras) y la «kinésica» (gestos, modales y posturas en alternancia o en perfecta co-estructuración con los otros dos co-sistemas).

### Enfoque interdisciplinar

Queda dicho que el primer trabajo dedicado al paralenguaje lo publicó *Filología Moderna* en 1970. El segundo vio la luz en uno de los volúmenes resultantes del IX Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas (1973), aparecido en 1975. Poyatos considera aquel congreso un catalizador del descontento reinante por el abandono que padecía esta disciplina; ello le sirvió de acicate para acometer los estudios que culminan hoy en *Paralanguage*, donde nos recuerda cómo, a raíz del citado Congreso, Adam Kendon, psicólogo y figura destacada en este campo, menciona a Poyatos entre los partidarios de que ciertos hechos no verbales, descuidados hasta entonces, figurasen en el estudio del lenguaje con el mismo derecho que la palabra.

Nótese que el libro *Paralanguage*, que comentamos, tiene por subtítulo «Enfoque lingüístico e interdisciplinar del habla y sonidos interactivos». Este planteamiento lleva al autor a proponer una definición del concepto como «las cualidades no verbales de la voz y sus modificadores y las emisiones independientes cuasiléxicas, producidas o condicionadas en las zonas comprendidas en las cavidades supraglotales (desde los labios y fosas nasales hasta la faringe), la cavidad laríngea y las cavidades infraglotales (pulmones y esófago) hasta los músculos abdominales, así como



En este número			
Artículos de			
Emilio Lorenzo	1-2	Ignacio Sotelo	8-9
Vicente Palacio Atard	3	Sixto Ríos	10-11
Antonio López Gómez	4-5	Emilio Garrigues	12
Mario Camus	6-7		

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## Ayudas a la palabra

mo los silencios momentáneos, que utilizamos consciente o inconscientemente para apoyar o contradecir los signos verbales, kinésicos, proxémicos (de proximidad o intimidad), químicos, dérmicos y térmicos, ya sean simultáneos o en alternancia, tanto en interacción como inactivos».

Poyatos identifica varias categorías paralingüísticas principales: «cualidades primarias», es decir, las características de la voz humana que nos diferencian como individuos, aunque puedan variar por distintas causas: timbre, resonancia, intensidad o volumen, tempo, registro (nivel, intervalo, campo), dimensión tonal (entre melódica y monótona) o, acaso mejor, estilo de entonación, duración silábica y ritmo; «calificadores», a saber, los muchísimos tipos de voz, determinados por factores biológicos, fisiológicos, psicológicos y emotivos, con importantes funciones socioculturales: voz susurrante, de falsete, estridente, ronca, trémula, esofágica, nasofaríngea, ceceante, deformada por movimientos de labios o mandíbulas, en-

tre otras muchas; es decir, una complejísima serie de efectos de voz, percibidos y juzgados socialmente según una escala aceptada de valores universales y culturales; «diferenciadores», producto de reacciones fisiológicas y emocionales (muchas como reflejos: estornudos, bostezos, suspiros) no estudiados sistemáticamente hasta ahora: la risa, el llanto, el grito, el suspiro, el jadeo, la tos y el carraspeo, el bostezo, el eructo, el estornudo y el acto de escupir; son, pues, fenómenos que pueden calificar la palabra (por ejemplo, bostezo y llanto cuando se habla), pero que también se presentan por sí solos (por ejemplo, la risa); común a todos ellos es que encierran importantes funciones sociales, tanto positivas como negativas, patentes en muy interesantes diferencias transculturales que Poyatos ilustra con ejemplos de primera mano. La lengua inglesa, como sabe muy bien quien haya tratado de interpretar el rico tesoro léxico que presenta el campo semántico de la risa, nos muestra una gama de lo que el autor llama «paralinguistic voice qualifiers», en la que caben variantes articulatorias y expresivas para las que la fonética tradicional no tiene siquiera nombre aproximado, pero que, por ser tan significativas, encuentran en los buenos escritores recursos descriptivos que suplen las deficiencias de la lengua escrita. En un cuadro esquemático que ocupa cuatro páginas (238-241), Poyatos ofrece, a cuatro columnas, un panorama inédito de las posibilidades de actuación de estos elementos paralingüísticos, clasificadas según los órganos que intervienen en la comunicación y su modo de actuar. Entran en el cuadro la respiración –inhalada o espasmódica– y las variantes laringales (unas cuarenta), entre las que destacamos –riqueza del inglés–: «whispery», «breathy», «creaky», «harsh», «falsetto», «strident», «shrill», «squeaky», «squealing», «screechy», «squawky», «metallic», «husky», «hoarse», «croaky», «gruff», «growling», «tremulous», «tense», «lax». Algunas de ellas son comunes a otras lenguas europeas occidentales y figuran en la relación por ser «etiquetas de identidad» («identification labels») que tienen como alternativas otros sinónimos anglosajones: «strident = gra-

ting, rasp, cracked»; «falsetto = high-pitched»; «metallic = brassy ringing»; «tremulous = quavering»; «lax = muffled voice». El esófago, la faringe, el velo del paladar y la cavidad nasal, la lengua, los labios, la mandíbula, el control articulatorio, la tensión articulatoria y la presencia de objetos en la boca (comida, pipa de fumador, chicle, lápiz, etc.) contribuyen a incrementar el número de variables que nos hemos limitado a enumerar parcialmente. La proyección simbólica de estas posibilidades, con ayuda de los recursos tipográficos normales y del alfabeto griego, ocupa otras dos páginas a dos columnas.

Ya aludíamos más arriba al copioso inventario de lexemas ingleses en el campo semántico de la risa. Poyatos, que como todo hispanohablante ha tenido que enfrentarse con esa plétora de matices, dedica el capítulo 7 (130 páginas) a las reacciones, risa, llanto, gritos, etc., arriba mencionadas; las 40 primeras páginas están dedicadas a lo que fue en Bergson un libro clásico. Nuestro autor se centra en lo que él llama «Laughter Configuration Chart», donde se analizan, para saber en qué consisten, los componentes paralingüísticos de la risa (acústicos) con sus concomitancias kinésicas (visuales) y ciertas posibles actividades corporales simultáneas. Sólo en un marco de referencia semejante se puede

intentar un estudio a fondo. El citado cuadro sinóptico, que Poyatos equipara a una «anatomía de la risa», enumera los rasgos paralingüísticos, los kinésicos y anatómicos, las actividades concomitantes y el contexto sociocultural en que se manifiestan. La lengua escrita no ha desarrollado signos satisfactorios para indicarlos, pero la literatura, consciente de su valor, sí los explicita.

Signo de los tiempos es que las exigencias editoriales hagan hincapié en lo reciente, lo de moda, lo actual, etc., y se pierda la perspectiva histórica que recordaría los antecedentes de estos estudios. En vano buscará el lector el nombre de Flachskampf, primero en abordar (*Romanische Forschungen*, 1935) el rico repertorio de gestos del español, ni los títulos de su bibliografía relativos a varias lenguas antiguas y modernas. Tampoco se menciona el copioso diccionario de G. Mio-Zilio y S. Mejía, Bogotá, 1980-1983, dos volúmenes, con más de 400 páginas. Hoy lo gestual –visible– parece tener menos interés que lo audible. Sin embargo –paradojas de la moda– hay en *Advances...* un autor que «presenta» una nueva disciplina: «Ethnogestics», con ilustraciones. Hace casi un siglo, Wundt dedicaba un capítulo a algo («Gebärden» “gestos”), que en algunas sociedades también ayuda e incluso suple a la palabra. Mas de esto se ocupa Poyatos en otras obras. □

### Qué es

**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

El filólogo y académico Emilio Lorenzo, al reseñar dos libros del profesor hispano-canadiense Fernando Poyatos, se ocupa de lo que hoy se conoce, en el campo de la investigación académica, como «comunicación

no verbal». A la universalidad del fenómeno ha contribuido decisivamente Poyatos, que es hoy, sin duda, según Lorenzo, el principal promotor, en el mundo universitario, de los estudios interdisciplinarios en comunicación.

Fernando Poyatos

*Paralanguage. A linguistic and interdisciplinary approach to interactive speech and sounds*

John Benjamins Publ. Co., Amsterdam/Filadelfia, 1993. XII+465 páginas. 220 florines.

Fernando Poyatos (ed.)

*Advances in Non-Verbal Communication*

Ibidem, 1992. XXIV+412 páginas. 200 florines.

## SUMARIO

	Págs.
«Ayudas a la palabra», por Emilio Lorenzo, sobre <i>Paralanguage</i> , de Fernando Poyatos, y <i>Advances in Non-Verbal Communication</i> , de F. Poyatos (ed.)	1-2
«Testimonios en las memorias de Areilza», por Vicente Palacio Atard, sobre <i>A lo largo del siglo, 1909-1991</i> , de José María de Areilza	3
«Viñedos y vinos españoles», por Antonio López Gómez, sobre <i>Vignobles et vins de l'Espagne</i> , de Alain Huetz de Lempis	4-5
«Una arquitectura funcional y efímera», por Mario Camus, sobre <i>La Arquitectura en el cine</i> , de Juan Antonio Ramírez	6-7
«Filosofía de la religión y modernidad», por Ignacio Sotelo, sobre <i>La constitución moderna de la razón religiosa</i> , de Andrés Torres Queiruga, y <i>Cuestiones epistemológicas y La tradición analítica</i> , de J. Gómez Caffarena y J. M. Mardones (coords.)	8-9
«Un puente entre las dos culturas», por Sixto Ríos, sobre <i>The Art of Mathematics</i> , de Jerry P. King	10-11
«Deshojando la margarita», por Emilio Garrigues, sobre <i>Los años de Downing Street</i> , de Margaret Thatcher	12

# Testimonios en las memorias de Areilza

Por Vicente Palacio Atard

**Vicente Palacio Atard** (Bilbao, 1920) es profesor emérito de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de la Academia de la Historia. Es autor, entre otras obras, de *Los españoles de la Ilustración*, *La España del siglo XIX*, *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España 1936-1939* y *Juan Carlos I y el advenimiento de la democracia*.

En nuestros días es frecuente que las personalidades relevantes por sus actividades públicas escriban libros de «memorias». Las memorias constituyen un género literario, pero muchos autores descuidan las formas y el estilo y no parecen preocupados por pasar a las antologías; lo que les importa es dejar su testimonio para la historia. Sin embargo, como fuentes históricas, estos escritos resultan en principio sospechosos por la inevitable carga subjetiva que conllevan, aunque la abundancia de tales testimonios permite un careo contradictorio de los mismos, y el historiador del tiempo presente agradece disponer de tales documentos y de las interpretaciones que proporcionan. Además, las memorias y algunos epistolarios suplen la escasez de documentos confidenciales o el restringido acceso a los archivos.

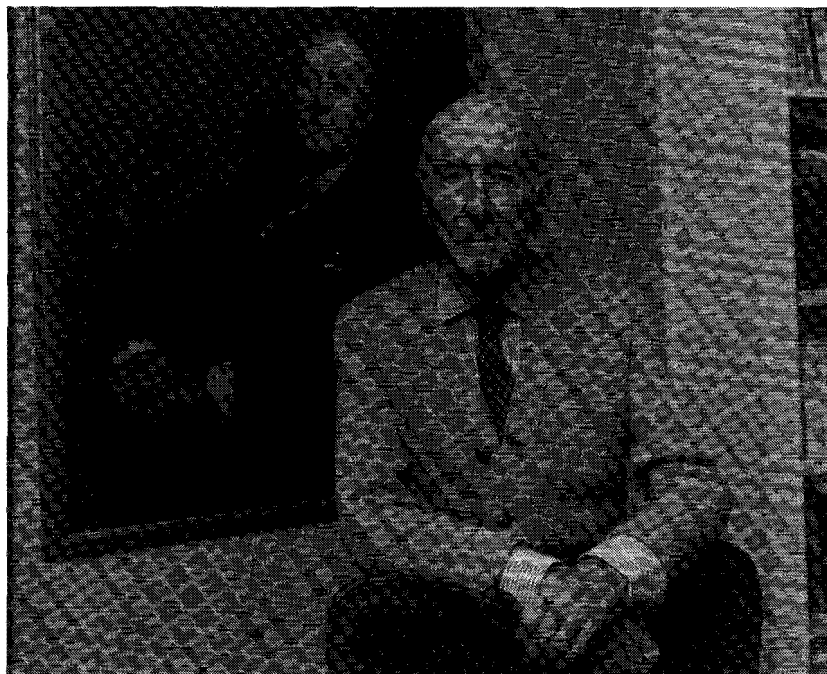
Hay que distinguir también las «memorias» de los «diarios», o sea, de las anotaciones cotidianas que algunos personajes hacen para dejar constancia de sus actividades o de las impresiones que se producen sobre la marcha. A veces estos diarios sirven de base posteriormente para la elaboración de memorias por sus autores.

## El testimonio de un político y de un embajador

No hay por qué explayar aquí el problema que al historiador plantea, en términos generales, la utilización del género de las memorias como fuente histórica. La veracidad no consiste sólo en la exactitud o el falseamiento de los hechos que se narran. Se puede pecar por lo que se dice, pero también por lo que se calla. En todo caso, el hombre público, al analizar retrospectivamente su comportamiento, tiende a racionalizar su conducta pretérita, y el alejamiento en el tiempo introduce, más o menos inexorablemente, la distorsión del olvido.

Todo esto viene a cuento del último libro de memorias que ha publicado José María de Areilza, y que voy a comentar. Lo primero que debo subrayar es el cuidado de su lenguaje, sencillo y pulcro, dueño del adjetivo y del adverbio, como dice él de las memorias de Saint-Simon. Areilza publicó en 1977 su *Diario de un ministro de la Monarquía*, que abarca desde el 9 de diciembre de 1975 al 3 de julio de 1976. Sus anotaciones cotidianas constituyen un documento imprescindible para conocer los entresijos del gobierno Arias. Más tarde publicó los *Cuadernos de la transición*, que vienen a ser una continuación del anterior diario, hasta finales de marzo de 1977, o sea el período de sus actividades para aglutinar un partido centrista, que cristalizó en el entonces llamado Partido Popular y del que fue defenestrado cuando Adolfo Suárez decidió capitalizar el voto de centro-derecha al convocarse las elecciones de junio de 1977.

En 1984 sacó a la luz unas *Memorias exteriores* para dar cuenta de su gestión diplomática en las embajadas de Buenos Aires, Washington y París. No hace revelaciones sensacionales, pero descubre el «modus operandi» en la trastienda del mundo diplomático, la letra pequeña en que se escriben los borradores de la historia grande. Compendia con habilidad lo sustancial de los procesos diplomáticos en los que intervino, algunos tan importantes



José María de Areilza en 1964, con el rey Juan Carlos (1981), y en foto reciente.

como el protocolo Franco-Perón y su complicada ejecución posterior; la iniciativa que tomó con Dag Hammarskjöld, sin contar con Madrid, para la admisión de España como «observadora permanente» en la ONU; las conversaciones con el embajador soviético Sobolev; y los tanteos en París para la aproximación a la CEE, misión imposible por los condicionamientos políticos, no obstante la buena disposición del general De Gaulle.

Los diarios pretendían dar testimonio de los avatares políticos que tuvo que vivir. Las *Memorias exteriores* eran una elegante explicación de sus servicios, adornada con breves y agudas descripciones de la vida social y de los personajes que conoció.

## La evocación y el recuerdo

Pero en el último libro adopta más bien una disposición a la evocación y al recuerdo, en el que el protagonista se sumerge dentro del contexto que le rodea. Es el Bilbao mercantil y marinero que impulsaba la vida económica de Vizcaya, en los tiempos de su infancia. Es el jardín de la casa paterna de Portugalete, la variedad de sus árboles y flores, descritos con amor; las excursiones montañosas o el atractivo de la mar, con los múltiples navíos que entraban o salían de la ría del Nervión.

Los primeros capítulos abarcan los años de infancia y juventud de aquel joven «petulante y ufano», como le llamó uno de los personajes bilbaínos de su tiempo de más rica humanidad y cultura, Pedro Eguillor, que no escribió ningún libro y por eso su nombre se ha borrado de la memoria, aunque fue el mantenedor constante de la tertulia del Lion d'Or. Areilza evoca el ambiente intelectual del Bilbao de los años veinte y sus estudios en la Escuela de Ingenieros Industriales, simultaneados con los de Derecho, que cursaba por libre en Salamanca. En aquellos años juveniles anudó su amistad con Castiella y Martín Artajo,

con quienes compartió luego quehaceres diplomáticos y políticos.

En efecto, la sacudida producida por la caída de la Dictadura suscitó en España la vocación política de muchos jóvenes. La filiación familiar monárquica le situó en las filas de un pequeño y renovador círculo monárquico local, que le permitió conectar con los grupos más o menos afines de Madrid durante los años de la República. El bosquejo que traza de lo que fueron las confrontaciones electorales en Vizcaya en aquellos años es sobrio y riguroso. Se entró en el túnel a cuyo final estaba la guerra. De sus contactos con la conspiración militar nos da alguna interesante anécdota, como la entrevista del teniente coronel Cebreiros con Mola. Después se inicia su rápida ascensión política: alcalde de Bilbao, director general de Industria.

También cuenta una singular anécdota de su visita a Alfonso XIII en Roma, en mayo de 1939, en la que el Rey le confió un mensaje para hacerle llegar a Franco, comunicándole una información fidedigna según la cual Hitler había fijado la fecha del 1 de septiembre para iniciar la invasión de Polonia. Los documentos alemanes publicados después de la guerra han confirmado que el 3 de abril Hitler y el mando alemán habían fijado el «día D» para el 1 de septiembre.

## RESUMEN

*Las memorias y los testimonios de hombres públicos son, recuerda Vicente Palacio Atard, fuentes de primera mano (aunque con reservas, dada la inevitable subjetividad del escrito) para los historiadores; pero las memorias son, además, y con frecuencia se ol-*

vida, un género literario, que exige un estilo y un lenguaje propios. Las de Areilza, hombre político, pero también «dueño del adjetivo y del adverbio», conjugan perfectamente el testimonio político con el gusto por la escritura.

Cuando la guerra mundial tocaba a su fin y se produjo el «manifiesto de Lausana», su amigo Lequerica, ministro a la sazón de Asuntos Exteriores, le pidió llevar un mensaje al Conde de Barcelona. Eso da pie al autor para referirse al entrecruzamiento de posiciones de los monárquicos en pro o en contra de Franco. Después fue el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Martín Artajo, el que le propuso para la embajada en Buenos Aires. Ya está dicho que las *Memorias exteriores* son la base de los capítulos que aquí dedica a las embajadas que desempeñó en Buenos Aires, Washington y París. Pero su última etapa en la capital francesa le desengañó de las expectativas futuras del régimen español y Areilza apostó por la monarquía de Don Juan frente a las maniobras que se intentaban en Madrid en favor de una «monarquía continuista». Así explica su incorporación al nuevo Secretariado Político de don Juan en Estoril. Según nos dice, su propósito de «aggiornamento» del lenguaje y la imagen de la Monarquía topaba con resistencias en el Consejo Privado, que subsistía y en el que había personas de contraria opinión.

Todo aquello acabó en 1969 al ser nombrado don Juan Carlos Príncipe de España. Niega terminantemente que en aquel momento hubiera ninguna «rivalidad o tensión» entre el padre y el hijo. Areilza se ha referido varias veces a un «pacto de familia» tácito, en el que cabe incluir a doña María y a la Reina Victoria Eugenia. Don Juan quiso ver desde un lugar discreto la ceremonia de la jura del Príncipe transmitida en directo por televisión. El Secretariado Político de don Juan se disolvió y Areilza pudo dedicarse a establecer contactos en España con grupos de oposición al régimen. Sólo cabía esperar a que se produjera el desenlace final de Franco.

Parece como si un sino adverso frustrara todas sus expectativas. Las vicisitudes de esta nueva singladura política quedaron reflejadas con más precisión en sus diarios. Los traspiés en la política interior le replegaron al Consejo de Europa primero y luego a la vida académica. Desde 1966 era miembro de la de Ciencias Morales y Políticas y en 1987 fue elegido de la Española.

En los últimos capítulos hay una vibración de humana sensibilidad: su adiós a la casa de la Castellana, los libros de su biblioteca; el recuerdo de su madre, de su mujer y de sus dos hijas fallecidas, evocado con emoción contenida; la rememoración de los paisajes y anécdotas de sus viajes por España, que habían motivado muchos de sus artículos de prensa. Y en uno de los últimos capítulos reproduce una especie de travesura literaria proustiana, que en una ocasión le movió a componer un «pastiche» de un supuesto relato que Proust habría escrito con motivo de un viaje a Madrid en 1913.

La vena literaria de Areilza subyace en este libro, en el que evoca una larga vida dominada por una vocación política, que supo de éxitos y de fracasos. Ahora, en el sosiego académico, se encuentra a sí mismo, porque, como él dice, «la lengua es un espacio espiritual de las almas y envuelve, con su túnica de pensamiento y sentimiento, el perfil de nuestra identidad».

José María de Areilza

*A lo largo del siglo, 1909-1991*

Planeta, Barcelona, 1993. 331 páginas. 2.200 pesetas.

# Viñedos y vinos españoles

Por Antonio López Gómez

**Antonio López Gómez** (Madrid, 1923) ha sido catedrático de Geografía en las Universidades de Oviedo, Valencia y Madrid (Autónoma) y es profesor emérito en esta última. Miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Doctores de Madrid, ha sido director del Instituto «Sebastián Elcano» de Geografía, del CSIC, y dirige la revista *Estudios Geográficos*. Es autor de libros como *Geografía de las tierras valencianas*, *Estudios sobre regadíos valencianos* y *Los transportes urbanos en Madrid*.

Fundamentales en el paisaje y la economía de muchas regiones españolas, la vid y el vino han sido objeto de numerosos estudios, entre los cuales los realizados por geógrafos, unos se refieren a espacios concretos, otros son de tipo económico o enológico; faltaba una obra geográfica moderna y amplia, de carácter general. Tal hueco lo llena de manera espléndida el libro del profesor Huetz de Lemp, de la Universidad de Burdeos 3, quien reúne, en grado máximo, dos cualidades. Es uno de los más distinguidos y veteranos geógrafos hispanistas, con otras obras muy notables sobre nuestro país; entre las últimas, una excelente *Geografía Económica* (1988), ya analizada aquí. A la vez es gran especialista en Geografía Agraria histórica y actual, concretamente sobre la vid y el vino, con numerosos trabajos de investigación, varios de ellos sobre España: destaca su monumental tesis de doctorado (1967) sobre el cuadrante Noroeste, desde La Rioja a Galicia e incluyendo la cuenca del Duero (A. Huetz de Lemp, *Vignobles et vins du Nord-Ouest de l'Espagne*, Burdeos, 1967, dos volúmenes, 1.004 páginas); asimismo artículos diversos, uno de los últimos (1990) sobre el vino de Benicarló en Burdeos (íd., «Le vin de Benicarló à Bordeaux au XVIII<sup>e</sup> siècle», en *Homenaje a Julia López Gómez. Estudios Geográficos*, 199-200, 1990, págs. 479-488). En reconocimiento de esta larga y notoria labor, la vid y el vino fueron los temas de un reciente homenaje en Burdeos, de próxima publicación.

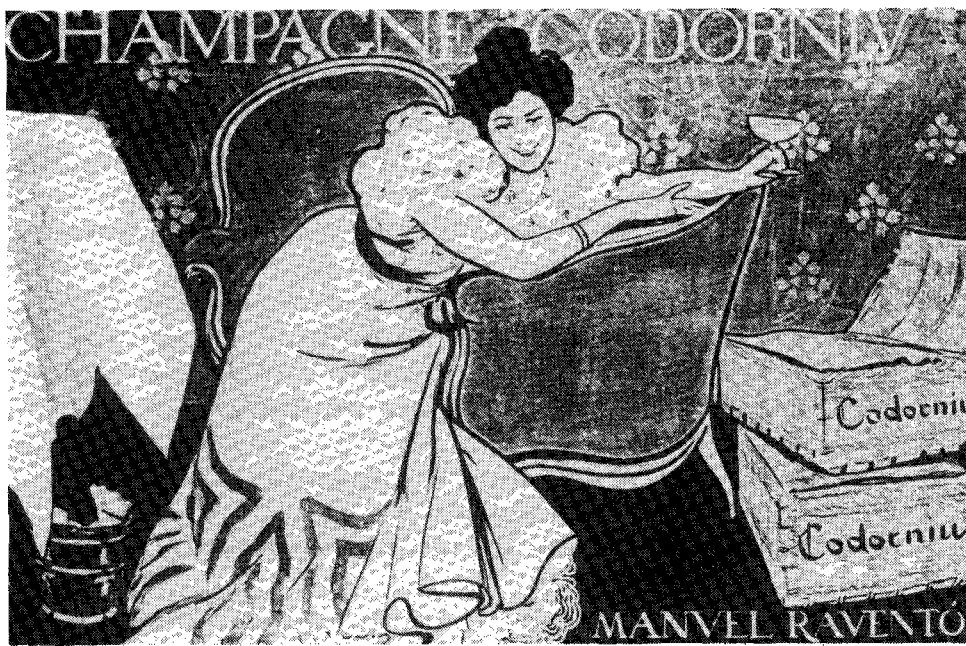
En el libro que comentamos ahora, con estudios suyos anteriores, trabajos de campo nuevos y copiosa bibliografía de todo tipo, realiza una obra de conjunto magistral, indispensable para el geógrafo, pero también para cualquier interesado en el tema. En ella aborda, en tres partes, todas las cuestiones, desde las históricas a la situación actual en las diversas regiones y los problemas globales de hoy y del futuro inmediato. Sólo de forma muy somera podemos indicar aquí los aspectos básicos de un estudio muy profundo y con gran riqueza de información.

## Evolución geográfico-histórica

Aportado el vino por los navegantes del Mediterráneo oriental, no se sabe con exactitud cuándo se introduce el cultivo, que se desarrolla mucho en época romana y da lugar a notable exportación. Se mantiene en tiempos visigodos, pero disminuye luego en la España islámica, aunque se consume el vino por cristianos y judíos... e incluso musulmanes. Por el contrario, en la España cristiana alcanza máxima expansión territorial por las necesidades de la misa, las dificultades del comercio, la consideración de alimento y estimulante y como muestra de estimación social. En muchos lugares, de inadecuadas condiciones (frío, humedad), era insuficiente o de mala calidad, lo que motivaba el comercio desde las regiones más favorecidas, según detalla el autor; también se inician las exportaciones hacia Inglaterra



Preparación del «sherry» para la exportación (1876).



Publicidad a finales del XIX.

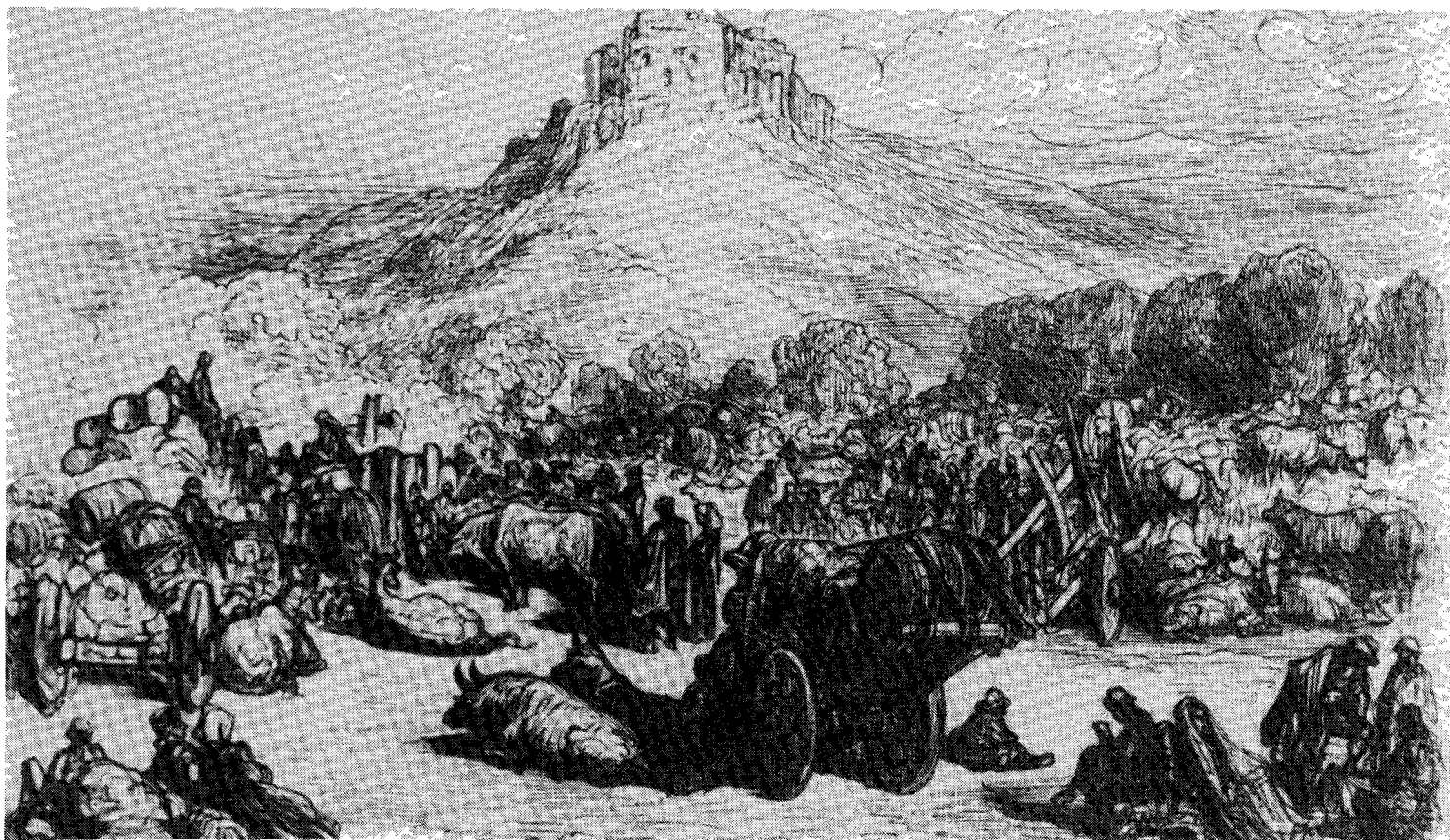
y norte de Europa desde Galicia y, sobre todo, Andalucía, destacando ya el vino de Jerez desde el siglo XV.

En el XVI-XVIII las fuentes son mucho más ricas y permiten conocer mejor la evolución en las diferentes regiones. Así, en Galicia, el auge y decadencia del Ribeiro de Avia y progreso en las Rías Bajas, la notoria

insuficiencia de la región cantábrica, la importancia de las riberas del Duero y el papel aún modesto de La Mancha, pese al mercado de Madrid. Es notable el desarrollo en La Rioja y Cataluña, así como en las tierras valencianas, en éstas tanto para encabezamiento como el célebre generoso alicantino, el «fondillón» (A. López Gómez, «Esplendor

y decadencia del vino de Alicante», en *Homenaje al profesor Huetz de Lemp*, Burdeos, en prensa); en Jerez, el éxito de las exportaciones ocasiona en el XVIII la llegada y enraizamiento de familias británicas tan conocidas como Domecq, Osborne, Gordon, Harvey, etc.; en cambio, después de cierto auge, decaen los vinos canarios (A. López Gómez, «La evolución agrícola de Canarias», en *Paisajes rurales de España*, AGE-Fundación Juan March, Valladolid, 1980, páginas 313-330).

Decisiva es la centuria 1820-1920, ya que a ella corresponde una gran expansión y diversas crisis. En la primera mitad del XIX aumenta la superficie hasta cerca de 1,2 millones de hectáreas, el doble que a finales del XVIII; llega la enfermedad del oidium en la década de 1850 y después el auge (sólo detenido temporalmente por el mildiú), al compás de la creciente demanda exterior, especialmente de Francia, gravemente afectada por la filoxera. En 1893 se alcanzan 1,8 millones de hectáreas y el vino significa la mitad del valor de nuestras exportaciones. El viñedo catalán es uno de los más beneficiados; algunos productores empiezan a orientarse hacia caldos de calidad y, como gran novedad, los espumosos según el método del Champagne (Raventós con «Codorniu», después Freixenet y otros). Con mejores comunicaciones (carretera, ferrocarril), en Valencia crece mucho la superficie y llega al 20 por 100 de la española (aunque se abandona casi el generoso «Alicante»); también en Murcia (Jumilla, Yecla). Valencia y Alicante son entonces, con Barcelona, los grandes puertos del vino. En el valle del Ebro, aparte de Cariñena y otras comarcas, destaca La Rioja, que realiza un gran esfuerzo en vinos de calidad con crianza según el método «bordeles», por el marqués de Riscal con el bodeguero francés Pineau, después el marqués de Murrieta y otras empresas tan conocidas como Paternina, López de Heredia, Bodegas Franco-Españolas, Bilbainas, etc. En la meseta las condiciones varían mucho según las zonas, destacando La Mancha, que se convierte en una de las grandes productoras de vinos comunes. Se mantienen algunos centros andaluces, especialmente Jerez, con sus envíos a Gran Bretaña; en cambio declina



Transporte de vino, según un dibujo de Gustave Doré (1862).



Viene de la página anterior



Málaga, con muy temprana invasión de filoxera.

La situación cambia radicalmente a finales del siglo al expirar en 1892 el último y favorable tratado con Francia, donde se ha reconstituido el viñedo filoxerado y se reciben también los caldos de Argelia; desaparece después el mercado de nuestras últimas posesiones ultramarinas y disminuye el comercio de Jerez con Inglaterra. La crisis se agrava de forma extraordinaria con el avance de la filoxera desde varios focos: Málaga, 1878; Ampurdán, 1879; Orense, 1882 (desde Portugal); Navarra, 1892; a las tierras altas interiores llega más tarde: Valdepeñas, 1911; Utiel, 1912. En total, entre 1878 y 1909 se destruye un millón de hectáreas; se abandonan muchas tierras y la reconstrucción, con cepas americanas, es muy desigual; destaca La Mancha que hasta 1922 duplica la superficie.

En el período 1920-85, la evolución es muy diversa; las plantaciones nuevas se concentran en la Meseta Sur, mientras que disminuyen en el Duero, en Aragón, etc.; hay caída de precios en la década de 1930 y comienza a ser preocupación básica la calidad, con el Estatuto del Vino de 1932 y los Consejos reguladores de las «denominaciones de origen». Después de la guerra civil, la vinificación individual es sustituida por las cooperativas, con extraordinario desarrollo, o las bodegas industriales; crece el consumo y la exportación llega hasta 6,5 millones de hectolitros en 1985, representa aún más del 10 por 100 de las agrícolas, con los vinos generosos a la cabeza (1/4 del volumen, la mitad del valor); en la década de 1960 comienza también el éxito fulgurante de los «cavas».

## Regiones productoras

Cerca de la mitad del texto se dedica a las diversas regiones en la actualidad, con análisis muy detallado de sus caracteres, incluso prolijo de establecimientos y marcas. Aunque el viñedo andaluz es de superficie relativamente modesta (unas 72.000 hectáreas, 3 millones de hectolitros), ocupa un lugar destacado por la calidad y exportación de sus vinos generosos, sobre todo la comarca de Jerez, con las célebres tierras «albarizas» y la cepa «palomino», el peculiar sistema de «soleras» con trasvases, los diversos tipos de vinos y las grandes bodegas de finalidad muy distinta: de elaboración, de producción, de crianza y almacenado o de crianza y exportación; a ésta se dedica la mayoría del vino (más del 80 por 100), con aumento notorio del embotellado; Gran Bretaña, Holanda, Alemania, etc., son clientes principales, sin embargo ha habido cierto descenso desde hace algunos años. Lugar secundario corresponde a otras comarcas con denominación: Montilla-Moriles, condado de Huelva y Málaga, ésta hoy de poca extensión.

Muy distintos caracteres tiene Castilla-La Mancha, con el mayor viñedo del mundo, unas 720.000 hectáreas (44 por 100 de España) y 15 millones de hectolitros. La mayoría corresponde a La Mancha, en sentido estricto, con producción esencial de blancos, de cepa «airén», también empleada, en mezcla, para tintos, lo que no autoriza la CEE y plantea serios problemas de sustitución. Clásico vino de pasto y venta a granel, se realiza un gran esfuerzo por mejorar las técnicas y aumentar el embotellado; restan numerosas bodegas pequeñas, pero se ha verificado una notable concentración en grandes empresas particulares, que compran la cosecha, y en cooperativas; a éstas corresponde ya más del 60 por 100 del vino. Hay mucho excedente, paliado por la destilación para brandy jerezano y para alcohol industrial, lo que es muy oneroso. Lugar especial

corresponde a la denominación «Valdepeñas», de ese amplio municipio y su contorno; otras muy secundarias son las de Mérida, Madrid, Manchuela, Almansa (más en relación con Levante). En Extremadura, sin denominación oficial, sobresale la Tierra de Barros.

Cerca de 400.000 hectáreas y más de 4 millones de hectolitros corresponden a la Comunidad Valenciana y a Murcia, con diversos apelativos y reparto muy desigual; en la provincia de Valencia se concentra en el piedemonte del W y NW, meseta de Requena-Utiel y valle de Albaida; en la de Alicante, en el valle del Vinalopó; siguen siendo importantes los viñedos de Jumilla y Yecla. Dominan los caldos de intenso color y alto grado, vendidos a granel, aunque aumenta el embotellado. Muy escasa es la producción balear.

Cataluña tiene hoy menos viñedo que hace un siglo: 90.000 hectáreas y 2,5 a 3 millones de hectolitros con numerosas comarcas productoras y diversas denominaciones de origen. Especial significado tiene el Penedés, con excelentes vinos de mesa y, sobre todo, los espumosos o «cavas» obtenidos con el método del Champagne; más del 90 por 100 corresponde a «los dos grandes» Freixenet y Codorniu; el consumo interno (dos tercios) ha crecido de manera extraordinaria y asimismo la exportación (unos 360.000 hectolitros), sobre todo a América del Norte, también a Europa.

En la cuenca del Ebro hay unas 150.000 hectáreas, menos que antaño por concentración en las mejores tierras: Cariñena, Campo de Borja, riberas navarras, etc., y sobre todo La Rioja, que ocupa lugar de excepción, con técnicas muy cuidadas para vinos de calidad jóvenes o de crianza de diversos tipos. Allí las empresas son muy variadas, desde viticultores modestos (muchos con menos de 2 hectáreas) que venden la cosecha o pertenecen a una cooperativa (éstas tienen menos importancia que en otras regiones) hasta grandes bodegas de crianza que envejecen el vino, lo embotellan y comercializan; los grandes criadores-exportadores se clasifican y estudian con detalles minuciosos según varios criterios, desde la antigüedad hasta la localización.

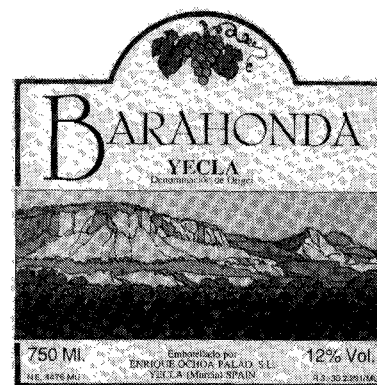
Muy disminuida la antigua importancia de Castilla-León, en los últimos años se ha producido, sin embargo, mejoría en las técnicas, activo cooperativismo y mayor demanda, especialmente en las comarcas de Toro y Ribera del Duero (allí, en Valbuena, el célebre «Vega Sicilia»), en menor extensión en otros lugares como Cigales, El Bierzo o Cebreros, éste ya al sur del Sistema Central.

El clima húmedo del Norte es poco apto para la vid; en cambio, el consumo es muy elevado y se ha de acudir a otras regiones. Sólo en Galicia, en sus tierras meridionales de verano más seco, mantiene cierta importancia en las Rías Bajas, con emparrados de postes de granito para alejar del suelo húmedo, o en el interior, sobre todo en el Ribeiro del Miño y Avia; las explotaciones son muy pequeñas, la mayoría menos de una hectárea. Reducidísimos son hoy los viñedos asturianos (valle del Narcea) o cántabros (Liébana) y menores aún los del litoral vasco (para el chacolí).

Finalmente, en Canarias, aunque no llegó la filoxera, la extensión actual es pequeña; por la espectacularidad del paisaje destaca el cultivo en la árida Lanzarote, con embudos excavados en el negro lapilli volcánico o protegidos del viento por muretes curvos.

## Problemas actuales

Es evidente la superproducción, unos 35 millones de hectolitros, y serios los proble-



Un campesino manchego delante de las tinajas de la bodega familiar (1971).



mas con la entrada en la CEE: armonización de precios con aumento de los españoles y complejos mecanismos de compensación, necesaria disminución de superficie (unas 500.000 hectáreas menos) con arranque mediante primas, supresión de híbridos productores directos y reequilibrio de variedades, ya que hay exceso de vino blanco (la mitad) sobre el clarete y el tinto, de mayor demanda, los cuales, además, se obtienen en buena parte con blancos y tintos de mucho color, mezcla no aceptada por la CEE salvo para consumo interior.

Después de unos años de euforia, la exportación muestra cierta tendencia a la baja; los mejores clientes siguen siendo Gran Bretaña, Alemania, Holanda, Suiza, Estados Unidos, etc. Muy importante es el dinamismo de varias empresas (Domecq, Torres, Freixenet, Codorniu) que han realizado instalaciones en otros países para obtener vinos de mesa, cava, brandy, etc., en California, Méjico, Chile. A la inversa, también España ha atraído a inversores extranjeros, aunque algunas empresas han sido recuperadas después.

Consideración aparte merecen otras bebidas en auge, como la cerveza y las no alcohólicas, los aguardientes y licores, de tal

manera que, desde el apogeo en las décadas de 1960 y 70, el consumo de vino en nuestro país ha descendido de unos 70 litros por habitante/año a la mitad o menos: ello a pesar de la revalorización del patrimonio vinícola e incluso cierta moda, sin olvidar el turismo.

Diversos índices de lugares, bodegas, palabras españolas y cepas facilitan la consulta; contiene, además, muy variadas ilustraciones, desde esclarecedores gráficos, mapas y fotos (del autor la mayoría) hasta la reproducción de etiquetas.

En conclusión, desde ahora es obra fundamental, de muy alto valor por la completa y precisa exposición de los aspectos generales y los minuciosos detalles históricos o actuales, con copiosa bibliografía; acredita al autor como gran estudioso del tema e hispanista excepcional. □

## RESUMEN

La vid y el vino, comenta el profesor López Gómez al ocuparse de una obra publicada en Burdeos sobre la cultura vinícola española, son fundamentales en el paisaje y la economía de muchas tierras españolas.

Una larga y compleja evolución explica la situación actual, muy diversa según las regiones, con aspectos favorables, pero también con serios problemas con la entrada en la CEE.

Alain Huetz de Lempis

Vignobles et vins de l'Espagne

Presses Universitaires de Bordeaux, Burdeos, 1993. 423 páginas.

# Una arquitectura funcional y efímera

Por Mario Camus

**Mario Camus** (Santander, 1935) empezó en el cine como guionista de Carlos Saura (Los golfos y Llanto por un bandido) y desde 1963 ha dirigido más de veinte películas y varias series de televisión, muchas de ellas adaptaciones de novelas como La colmena, Los santos inocentes, Fortunata y Jacinta y La forja de un rebelde.

Toda película es el resultado de una colaboración. El proceso que se sigue en su factura es complejo, poco conocido y muy laborioso. En él intervienen artesanías de muy distinta naturaleza que contienen a su vez trabajos menores y sutiles especializaciones. El empeño consiste en juntarlas sabiamente y cuidadosamente de manera que el resultado de tal engarce se concrete en una considerable aportación de encanto, de belleza y, sobre todo, de verosimilitud al servicio de la fábula que se pretende contar. Sólo de esta manera los ojos del espectador se abrirán de par en par dispuestos a recibir y a dejarse encantar por aquello que está viendo. Si el trabajo es bueno, la apariencia de verdad será creíble y la bien servida peripetia hará su camino hasta el centro de la sensibilidad de cada uno provocando emociones, ansia de conocimiento, asombro o el natural interés que la contemplación de la vida, acotada en el espacio y en el tiempo y transformada en espectáculo, es capaz de transmitir.

## Fiebre científica

Por sabido se tiene que el cine es hijo tanto del teatro y de la novela como de una serie de inventos que la fiebre científica de finales del siglo XIX alumbró y perfeccionó hasta crear prodigiosas máquinas relacionadas con la luz, la captación de imágenes en cintas de celuloide impregnadas con sustancias químicas y la exposición de las mismas en grandes pantallas. Hablamos de la fotografía y de la linterna mágica con su larga lista de luminosos parientes. La fusión de varios de estos descubrimientos dio fe de vida al cinematógrafo, y cuando esta deslumbrante manera de contar historias empezó su frenético desarrollo, la representación que paralelamente y de manera segmentada iba impresionándose en los rollos de película, exigía más y más atención y esmero. Se hizo necesaria una historia escrita previamente que sirviera de guía y causa común a todas las personas que concurrían en el proceso creacional. Esta historia daba origen a la intervención de un plantel de actores elegidos para cada personaje. Estos personajes se movían dentro de unas casas, vivían en ciudades con sus calles, vestían determinados atuendos, usaban vehículos apropiados y estaban rodeados de un variado mundo objetal. Todo ello servía para caracterizarles adecuadamente. Las creaciones tomaban la vida como única fuente de inspiración y estaban dirigidas a la propia experiencia que el espectador tuviera de ella.

En cuanto el reconocimiento se produjera, el relato hallaba franco el camino del corazón y, por tanto, la posibilidad de conmover y de entusiasmar. Para conseguir los efectos que enriquecieran al máximo la deseada apariencia de verdad se fueron incorporando al nuevo trabajo viejas profesiones a las que se les otorgaba un sentido y una complicidad distinta, imbricando a todas ellas en una causa común. Siempre al servicio de aquel relato que se pretendía contar. Una vez más, el hombre aplica su instinto creativo a procurar el nacimiento de



Un desierto «pintado» para *The Petrified Forest* (1936).

una expresión inédita usando experiencias dispersas convocadas y dispuestas en un orden por el genio de una fantástica generación. Inventos, personas, trabajo, imaginación y suma de fuerzas e inteligencias. El fin que se perseguía entonces y que sigue buscándose ahora está perfectamente reflejado en las palabras que William Faulkner confiara a Jean Stein Vanden Heuvel en una entrevista sostenida en el año 1956: «La finalidad de todo artista es detener el movimiento, que es la vida, por medios artificiales y mantenerlo fijo, de suerte que cien años después, cuando un extraño los contemple, vuelva a moverse en virtud de que es vida. Puesto que el hombre es mortal, la única inmortalidad que le es posible es dejar tras de sí algo que sea inmortal porque siempre se moverá. Esa es la manera que tiene el artista de escribir: "Yo estuve aquí" en el muro de la desaparición final e irreversible que algún día tendrá que sufrir». Estas palabras, aplicadas a la narrativa cinematográfica, adquieren un potente y sugestivo significado.

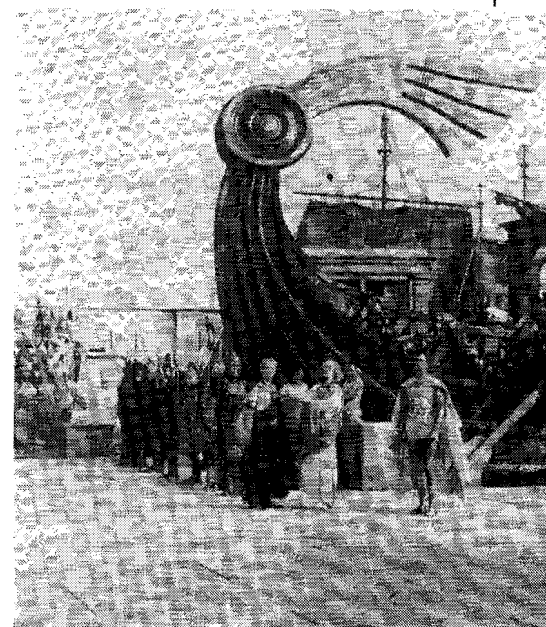
Al pasar los años, esta forma de contar, por razones que difícilmente se pueden entender, nunca ha sido bien considerada por aquellos que habitan las regiones más altas del pensamiento. Universidades y Academias, con sus legiones de estudiosos y eruditos, han mirado hacia el fenómeno cinematográfico con cierto desdén, sin perdonarle seguramente su aceptación popular y otorgándole la categoría de un invento de barraca de feria, muy lejos de las tradicionales y excelsas formas artísticas. Cierto que es un medio de expresión ecléctico, mestizo del trabajo de hombres y máquinas, dependiente de docenas de talentos conectados entre sí y de extravagante escritura, pero a pesar de todo es la más poderosa y original manera de expresarse que el hombre haya podido inventar.

Cuando algún notable personaje desciende de su elevada posición y se acerca a las películas, lo hace atendiendo a su resultado final, nunca a la manera en que se hacen. Analiza la historia que ha visto y oído, pero no tiene curiosidad por sus delicados entresijos y el curioso modo de traerla al mundo. Por eso me llama la atención el trabajo de Juan Antonio Ramírez. La publicación de su libro da al traste por el momento con la forzada ignorancia y el misoneísmo sin sentido que ha sido trato común de los estamentos cultos hacia el medio. En este deslumbrante texto de cerca de 400 pá-

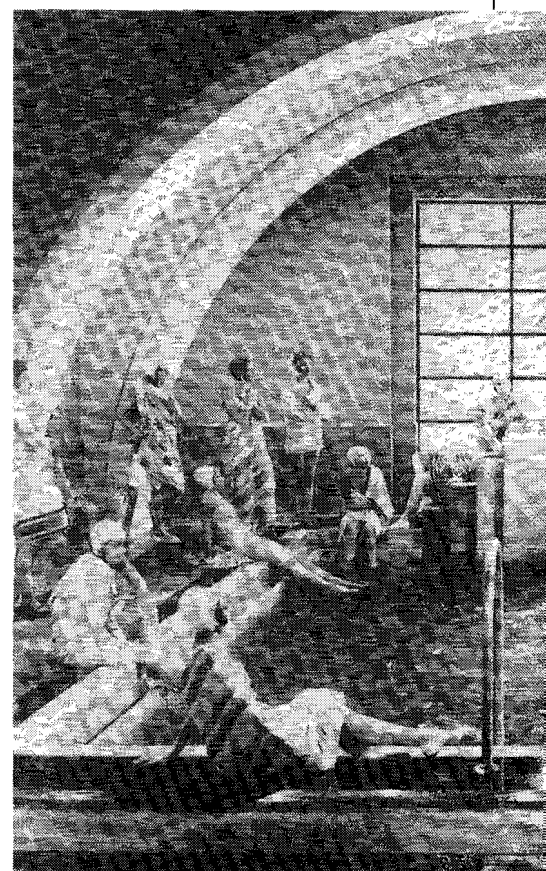
ginas se estudia una de las artesanías más curiosas y delicadas de todo el variado temario de los oficios aplicados. Desde los más variados ángulos y habiendo completado una apabullante investigación, el autor aborda el sugestivo asunto de los decorados cinematográficos. Habla de su génesis, de la traducción de los estilos del momento y, por supuesto, de la analogía y relaciones con la arquitectura existente. Adentrándonos en la lectura se va conociendo la razón de tantas variantes con respecto a la realidad, el truco de las transformaciones, los materiales de uso común y tantas peculiaridades que disponen esta labor fundamental al servicio de una expresión completa donde cumple uno de los papeles más relevantes dentro de las disciplinas que la integran.

## Despliegue de arrestos e inventiva

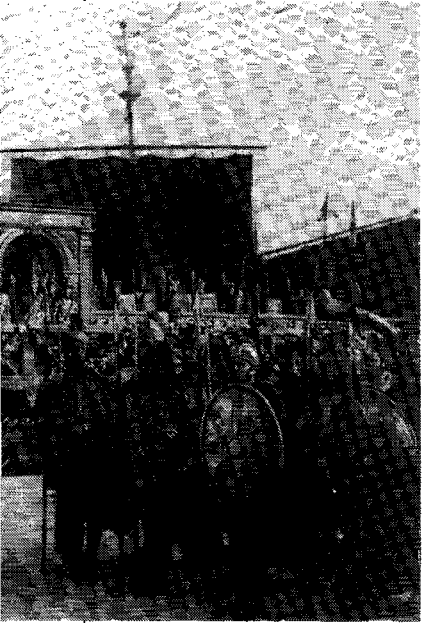
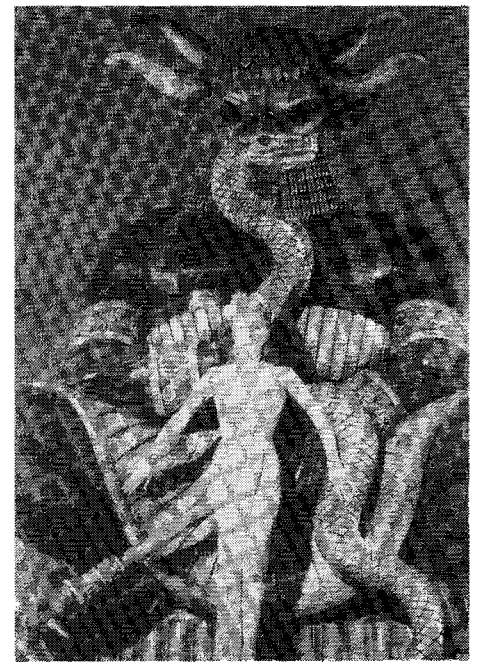
Hay capítulos dedicados a dar cumplida relación de la arquitectura cinematográfica correspondiente a las más lejanas épocas de la Historia, alguna de las cuales, sin demasiadas referencias visuales para reproducirlas, obligaba a un generoso despliegue de arrestos e inventiva. Las exactas fotografías corresponden con cada una de las enseñanzas y lecciones que contiene impecable estudio. Personajes que, en el mejor de los casos, permanecieron tras la fugaz cortina de unos veloces títulos de crédito, salen a la luz en estas páginas con todo el reconocimiento y la justicia que se les debe. El ingenioso sistema del relleno y ampliación de contenidos en el campo visual mediante el uso de las maquetas y su particular evolución. La aplicación de los variados estilos en grandes edificios y en cuidados interiores. El elaborado diseño sobre muebles y objetos que pretende caracterizar y aportar datos sobre el carácter del drama y sobre cada uno de los personajes. Todo ello es objeto de atención en este minucioso alarde de conocimientos expuestos con claridad y perfectamente articulados en la forma definitiva de un libro entretenido y abierto en todas direcciones. Con ser mucho lo que uno aprende y disfruta con su lectura, parece poco comparado con aquellas sugerencias que se desprenden de determinadas opiniones, mediante las cuales se pue-



Un decorado espectacular: la barcaza de Cleopatra para *Caesar and Cleopatra* (1946).



Viene de la página anterior

Arquitectura exótica en *Morocco* (1930).Lana Turner y el dios Baal en *The Prodigal* (1954).

de pensar en otro estudio próximo o en una prolongación tan apasionante como la que nos ocupa.

Volviendo de nuevo al libro queda decir que el estudio se limita al período de tiempo en que el cinematógrafo dio sus primeros pasos hasta que la perfección de determinados inventos y nuevas formas de viajar permitieron filmar en escenarios naturales, abaratando los costes y buscando un realismo más propio y menos trabajado. La llamada Edad de Oro de Hollywood. Esto permite que uno reflexione con emoción sobre aquel momento en que cientos de personas de procedencias diversas, de distintos oficios, con idiomas diferentes y provistos de talento y fantasía como características comunes, hicieron posible la búsqueda permanente, el desafío diario, adentrándose en un oficio sin definición, desconocido, imaginando sueños, creando una fingida pero conmovedora realidad e inventando sin cesar escenarios atrevidos, ambientes exóticos y espacios inverosímiles en la más loca aventura que uno pueda imaginarse. Ahí quedan las películas, la época, los nombres y los datos acerca de un trabajo especializado que, como todos los demás, servía directamente a las sensaciones que se intentaban transmitir. Arquitectura y diseño de interiores estudiados para enfatizar una actitud noble o sirviendo para la fácil captación de un signo dubitativo o dramático, subrayando cualquier carácter o confiando a las formas, los arcos, las puertas y las ventanas la total comprensión de la más sofisticada historia de amor.

### Curiosidades desbordantes

Está encuadrado en once capítulos que van precedidos de un interesante prefacio con diez «temas para la reflexión», según palabras del autor, que también llama lecciones a estos pequeños apartes consigo mismo. Un epílogo, notas, bibliografía abundante y los correspondientes índices marcan los límites de este libro desbordante de curiosidades, motivos para discurrir y hasta buenas dosis de ironía.

Terminada la lectura, aprendida la época y habiendo disfrutado con los trabajos y los hombres que vivieron la gran aventura, es necesario hablar del prefacio, sus temas o lecciones. Ellas son resumen y al mismo tiempo pensamientos sugeridos por la propia faena, certezas adquiridas tras la larga inmersión en el fabuloso mundo de la arquitectura cinematográfica.

Repaso parcialmente las lecciones citadas: «La arquitectura fílmica no es algo que el historiador pueda considerar marginal o secundario. Lejos de ser una mera curiosidad, resulta absolutamente esencial para entender lo que ha pasado (y lo que pasa) en el diseño contemporáneo».

Hablando de la libertad o de la falta de fidelidad a los estilos pasados y presentes en los que se inspira: «Las formas se pueden mezclar y adulterar, lo mismo que las escalas, los colores y las texturas. Todo vale porque no se trata tanto de informar como de evocar un momento y de crear un lugar adecuado para una situación dramática determinada».

Más adelante, hablando de la falacia del funcionalismo: «El mundo contemporáneo evoluciona a una velocidad vertiginosa, exigiendo nuevos usos para los viejos edificios. Los edificios de las películas, sin embargo, se han diseñado para desempeñar papeles concretos en películas determinadas. Esta es, psicológica y emocionalmente, la única arquitectura verdaderamente funcional».

En la lección titulada «Metáforas y pasiones» asegura con razonado atrevimiento la importancia de la materia estudiada: «Las películas mudas contribuyeron de modo decisivo al mantenimiento del eclecticismo dionisiaco. Algunos decorados exóticos o históricos estimularon la imaginación de promotores y clientes, muchos de los cuales

### RESUMEN

*El cine, escribe el director Mario Camus, es hijo del teatro y de la novela, y también lo es de los avances científicos contemporáneos al nacimiento del séptimo arte. Pero, además, para que lo que allí se contaba adquiriera ve-*

consideraron deseable vivir en un universo parecido al que habían visto en la pantalla». «Las películas reinventaron la forma de los edificios y la arquitectura "real" intentó adaptarse al modelo fantaseado en esta invención.» «Con la llegada del sonoro el cine se convirtió en el paradigma privilegiado de un brillante futuro plagado de máquinas en el trabajo y en el hogar.» «La arquitectura del siglo XX ha sido más metafórica de lo que nos han contado los libros, y fueron las películas las que insuflaron a estas metáforas la pasión necesaria para su crecimiento y expansión.»

La última pequeña lección que contiene el expresivo prefacio habla de postmodernidad y deconstrucción: «Si estas dos palabras marcan las últimas tendencias, la arquitectura cinematográfica ha tomado la delantera. Pensemos en la falta de prejuicios de los postmodernos, en su aceptación de la decoración y de la máscara, en su eclecticismo y sentido del humor. Todo eso estaba ya en los decorados cinematográficos desde principios de siglo. Y si miramos esos edificios deconstruidos que llenan las revistas de arquitectura, como desechos en parte por un cuidadoso terremoto, fragmentarios, con ángulos agudos y un descoyuntamiento general de sus elementos, es como si estuviéramos ante las viejas fotografías del patio trasero en algún estudio de Hollywood. La arquitectura cinematográfica lleva el presente hacia el pasado y viceversa. Trasciende las tendencias y los estilos, destruyendo la noción lineal de la historia. ¿Existe algo de mayor actualidad?».

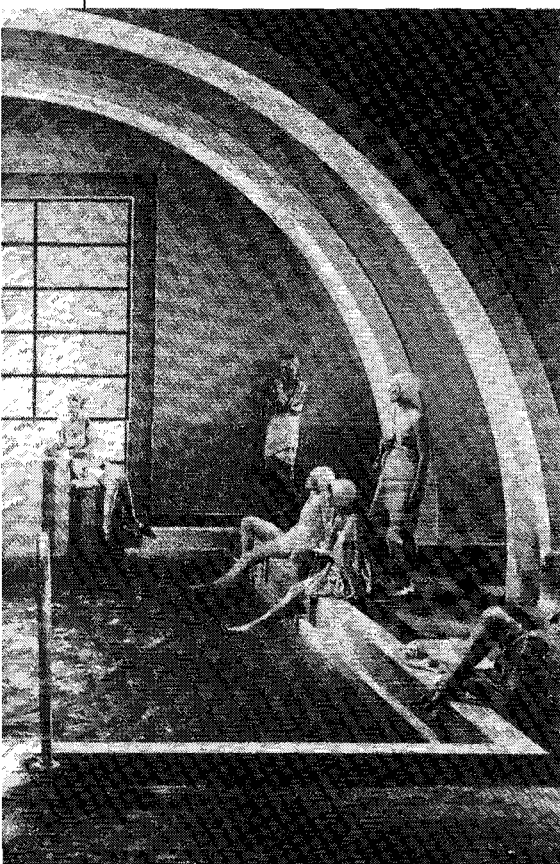
Uno tiene la certeza de que no solamente la arquitectura real tiene un espejo, más o menos deformado, dirigido hacia las pantallas cinematográficas. Las influencias llegadas desde el medio cubren como un velo transparente la mayor parte de las actividades humanas. ¿Quién inventó a quién? ¿Quién imita a quién? La novela, el teatro, el mundo de los gestos y las actitudes, los comportamientos, la enseñanza, la política, la vida. Todos somos deudores del hecho cinematográfico. El lenguaje de las imágenes cubre enormes parcelas de tiempo de cada existencia. Parecería normal que estuviera bombardeado de estudios como este al que nos referimos, que se admita su importancia, que deje de ser aquel híbrido que, joven aún, dejó atrás las mudas y tartamudeos geniales del pasado para ocupar un alto lugar en el mundo en que vivimos. □

*rosimilitud para el espectador, éste tenía que identificar un escenario; de ahí la importancia de los decorados, esa arquitectura funcional y efímera al servicio del cine, y a la que está dedicado el libro comentado.*

Juan Antonio Ramírez

*La arquitectura en el cine. Hollywood, la Edad de Oro*

Alianza Forma, Madrid, 1993. 349 páginas. 3.000 pesetas.

Una piscina art deco en *Palmy Days* (1932).

# Filosofía de la religión y modernidad

Por Ignacio Sotelo

**Ignacio Sotelo** (Madrid, 1936) es licenciado en Filosofía y Letras y en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid y doctor en Filosofía por la de Colonia. Desde 1973 es catedrático de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus libros figuran Sociología de América Latina, Del leninismo al estalinismo y El socialismo democrático.

Al reseñar tres libros recientes, el primero escrito por el teólogo gallego y filósofo de la religión Andrés Torres Queiruga, y los otros dos coordinados por José Gómez Caffarena y José María Mardones, del Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, me importa ante todo dar fe, como notario improvisado, de la aparición en España de estudios muy dignos, dedicados a la filosofía de la religión. Aunque no puedo imaginar lector tan desorientado que se pregunte qué tendría de particular el que, también en España, empiece a cultivarse esta disciplina filosófica, por si fuere necesario, habrá que detenerse un momento en señalar lo que en el marco de la cultura española significa que la filosofía de la religión, con dos siglos de retraso, empiece a arraigar entre nosotros. Un signo más, en este caso de especial relevancia, del cambio que en este país se ha efectuado en muy pocos decenios.

Claro que para dar cuenta de sorpresa tan halagüeña basta con recordar el papel que alcanzó la religión en siglos de lucha contra el infiel, el consiguiente dominio que en nuestra historia tuvo la Iglesia, con un monopolio total de todos los aspectos espirituales, intelectuales y morales de la persona individual y de la vida colectiva, control fuertemente amarrado por la actuación vigilante y punitiva del Tribunal de la Inquisición, que, aunque a lo largo del siglo XVIII, por la influencia temperante de los Borbones, perdiese el anterior rigor, se suprime, ya con carácter definitivo, en época tan tardía como 1834. Ya sé que es un tópico echar la culpa de nuestras desgracias a la Inquisición, pero me temo que, no por manoseado, sea menos verdadero. En efecto, el que los españoles,

no sólo no hayamos reflexionado ante el fenómeno religioso, sino que, como gatos escaldados, hayamos rehuido la «funesta manía de pensar», como si en ella se ocultase un peligro mortal, hay que atribuirlo, en muy buena medida, al recio control eclesiástico de la vida intelectual española. Los hechos son como son, y nada más pernicioso que construirnos una historia al gusto de cada cual.

Desde hace más de un siglo, está abierta la cuestión de si hubo, o no, una filosofía española, y en el caso de que la respuesta sea afirmativa, desde cuándo se puede hablar de filosofía española: ¿desde Unamuno y, sobre todo, desde Ortega?, ¿o ya antes? No pretendo ahora terciar en problema tan crucial —en él nos va, nada menos que la forma de inserción en la modernidad—, sino tan sólo dejar constancia de lo más obvio: si toda la vida intelectual y moral de los españoles se ha resentido de la mordaza inquisitorial, cuánto más no habrá sido machacada cualquier reflexión que, aun de lejos, rozase a la religión.

## Llegada tardía

No me cabe la menor duda de que la forma de haber vivido la fe religiosa los españoles, y sobre todo las consecuencias sociales de la institucionalización del poder eclesiástico, que termina por fundirse con el de la Corona, dan cuenta sobrada de la tardía llegada a nuestro país de la filosofía, y, a mayor abundamiento, de la filosofía de la religión. Pues si esta última resultaba inconcebible en las condiciones hispánicas del siglo XVIII —siglo en el que en Europa nace la filosofía de la religión—, también lo era en los años cuarenta y cincuenta de nuestro siglo, y esto ya es muchísimo más llamativo y sin duda más grave. ¡Tan lento y traumático ha sido el camino de la modernización!

Si es dudoso que haya existido una filosofía española, por lo menos hasta comenzar este siglo, lo que es seguro es que no ha habido una filosofía de la religión que merezca este nombre hasta nuestros días. Tamaño acontecimiento bien merece que se le preste alguna consideración.

Empecemos por subrayar el hecho de que si la experiencia religiosa en España ha sido tajantemente cercenada de la más mínima relación con el pensamiento, ello no ha podido ocurrir sin dejar honda huella, tanto en la práctica de la fe, con la consiguiente inanidad teológica, como en el tipo de pensamiento secularizado que surge de esta desconexión. El horizonte posible del pensamiento español queda así de antemano recortado por la falta de una religión que haya permitido la reflexión. Religión y pensamiento se mantienen aislados en dos ámbitos, no sólo no comunicados, sino intercomunicables entre sí, circunstancia que, en un principio, impidió y, luego ha condicionado, la aparición de una filosofía de la religión. A este extremo hemos de volver más adelante.

Entender, además, la particular forma de cómo España ha vivido su secularización y tardía apertura a la modernidad exige plantear el papel de la religión —y sobre todo el tipo especial de religión vivida— en la constitución originaria de un pensamiento español. Para estudiar la peculiaridad de cada proceso de secularización que supone, en última instancia, la modernidad, nada mejor que centrarse en el estudio de cómo la vivencia de la religión se ha abierto a la reflexión. La historia todavía no escrita de nuestra traumática modernización tendrá que ocuparse, en un análisis pormenorizado, de la repentina desecristianización de la sociedad española, como secuela del tipo especial de experiencia religiosa que nos había caracterizado. En cuanto rascamos más allá de la superficie, topamos con la religión, como el fenómeno subyacente que explica, tanto las distintas formas de modernidad, como las de secularización.

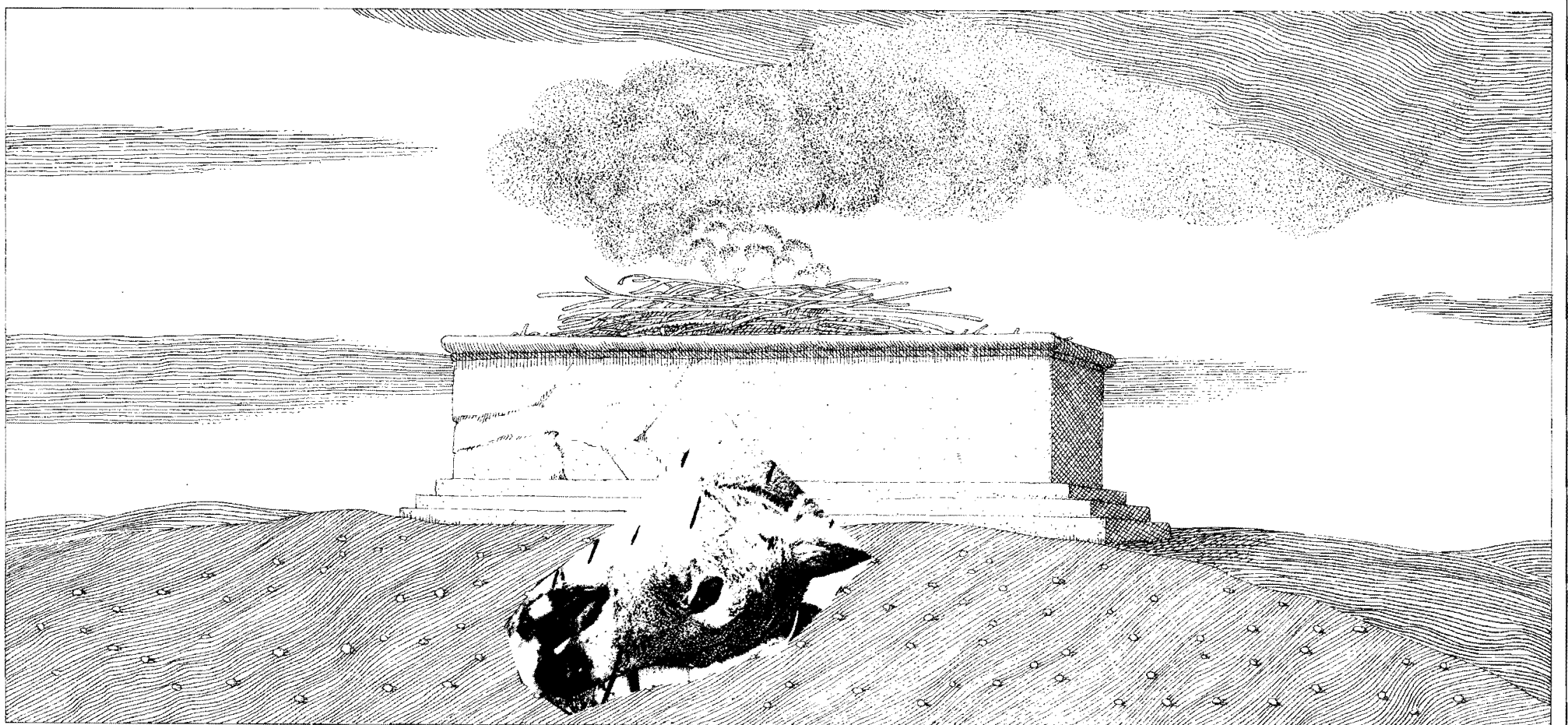
La aparición de la filosofía de la religión puede detectarse como otro elemento distintivo de haber entrado en la modernidad: la modernidad se caracterizaría por haber constituido, junto a la razón «teórica» y «práctica», una tercera «razón religiosa». De algún modo es ésta la tesis kantiana que asumen los cultivadores españoles de la filosofía de la religión, siguiendo en este punto al maestro Gómez Caffarena, cuyo artículo, «Filosofía de la religión, invitación a una

tarea actual» (*Isegoría*, núm. 1, mayo 1990), representa en cierto modo el punto de arranque de este surgir brioso de la filosofía de la religión en España y que reproduce el título del libro que comentamos, *La constitución moderna de la razón religiosa*, que, en un primer momento, muy bien cabría interpretar como el desarrollo de la «tarea» propuesta por Caffarena.

En su libro, Torres Queiruga, muy pedagógicamente, intenta desbrozar un primer concepto de filosofía de la religión, separándola cuidadosamente de las otras ciencias que se ocupan del hecho religioso: la etnología y la historia de las religiones, la sociología y la psicología de la religión. En esta primera parte, el autor resume con acierto la literatura científica básica sobre el fenómeno religioso, confirmando el interés que han tenido los países cultural y socialmente más avanzados por dar cuenta de la religión. Sobre esta atalaya, trata de aprehender el «fenómeno» religioso, un primer paso «fenomenológico», que le lleva al ámbito propio de la filosofía de la religión, que Torres Queiruga, al fin y al cabo teólogo ilustre, delimita como «el lugar de encuentro entre filosofía y teología».

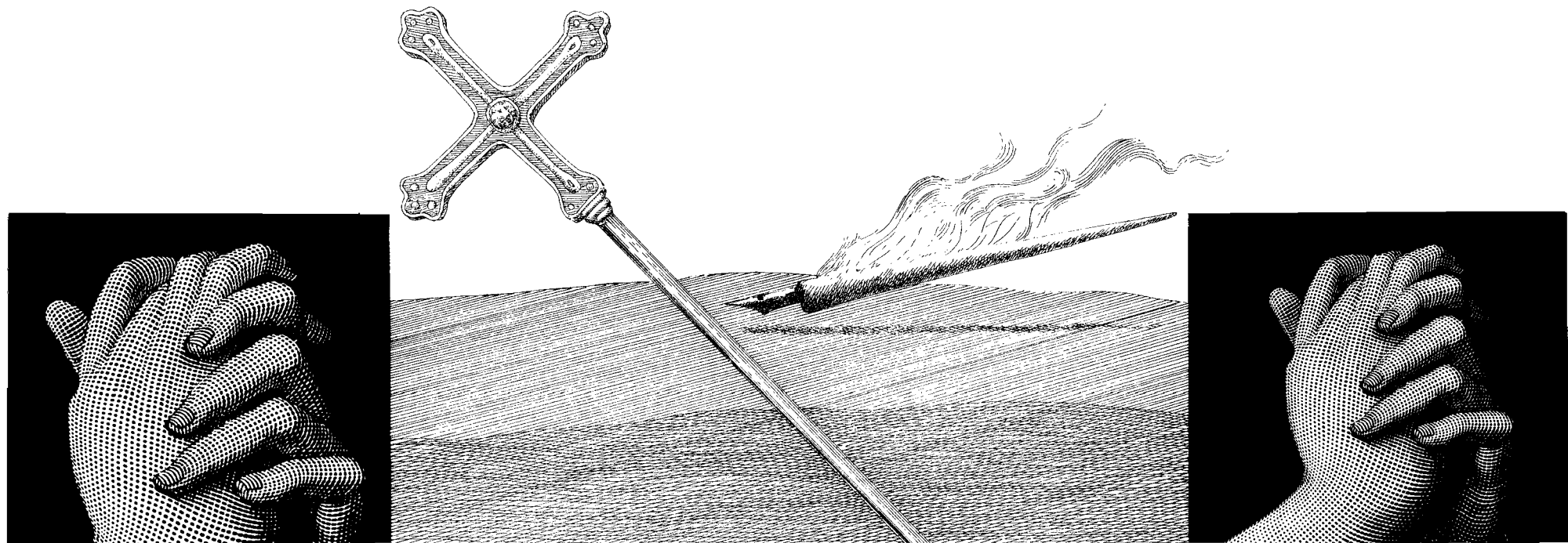
## Una teología abierta

Ahora bien, semejante aproximación a la filosofía de la religión obliga, por un lado, a contar con una teología, abierta a la crítica, que haya llevado a cabo «la radical «desfundamentalización» del concepto de revelación», que, en efecto, el mismo Torres Queiruga había consumado en un libro anterior, *La revelación de Dios en la realización del hombre* (Madrid, 1987). En una discusión muy productiva con Wolfhart Pannenberg, construye la noción de «mayéutica histórica» (capítulo IV), que hay que entender como una categoría que permite interpretar la palabra bíblica, no únicamente desde su indudable «positividad histórica», es decir, si se quiere, desde fuera, sino desde el interior del sujeto, al que tan sólo hay que ayudarle a



ALFONSO RUANO

Viene de la página anterior



ALFONSO RUANO

«dar a luz» (de ahí «mayéutica») a su intimidad más intransferible, que se descubre habitada y, en último término, sustentada por lo divino. «El proceso mayéutico –la mediación reveladora– lleva al hombre a la confrontación directa con la realidad revelada en sí misma, esa realidad que él es o que en él aparece» (*La revelación de Dios en la realización del hombre*, página 160).

Por otro, impone una comprensión de la filosofía que no reproduzca la polarización, creencia y razón, consustancial con la revolución que originó la filosofía moderna, sino que parta de una comprensión tan universal de la razón que en ella quepa hasta la idea de Dios. A la búsqueda de una ilustración filosófica que no rehuya «a priori» la noción de Dios, Torres Queiruga, en este punto también, fiel discípulo de Caffarena, se topa con Kant, y en especial con su concepto de «Dios en nosotros» («der Gott in uns») que el filósofo prusiano había introducido en *La disputa de las Facultades*, texto, por cierto, recientemente publicado por el Instituto de Filosofía, en una edición a cargo del mismo Caffarena.

La filosofía de la religión, tal como la interpreta Torres Queiruga, es «el lugar de encuentro entre filosofía y teología», pero tiene el inconveniente de que supone el encuentro de una determinada teología, no fundamentalista, y de una no menos particular filosofía que sea «consciente de su autonomía, pero abierta a la positividad histórica y al diálogo con la reflexión teológica sobre ese mismo hecho» (pág. 274), que lamentablemente no se corresponden ni con la teología ni con la filosofía dominantes.

Aquí se manifiesta la peculiaridad, a la que ya aludimos, del emerger de la filosofía de la religión en España: y es que mientras en el siglo XVIII la filosofía de la religión surgió, por un lado, desde la increencia, como crítica radical de la religión, y por otro desde la creencia, para fundamentar una religiosidad nueva acorde con la modernidad, originando la natural tensión entre ambas; en cambio, la filosofía de la religión que nace hoy en España se enfoca exclusivamente desde un solo costado, la creencia religiosa, y si bien ello pudiera implicar una saludable «modernización» de la fe, preocupada por un mejor encaje en el mundo actual –aunque no esté nada claro que en un tiempo de fundamentalismos termine por prevalecer tan benéfica influencia–, lo que sí queda patente es que esta renovación apenas incide sobre una sociedad y un pensamiento que han encerrado en un «guetto» a lo religioso, desinteresados por completo en buscar un sentido a la vivencia religiosa. La aparición tardía, y si se quiere a destiempo, de la filosofía de la religión probablemente ya no sirva para que se desarrolle en España una filosofía que sienta la menor necesidad de dialogar con la teología.

A este respecto conviene recordar que ya al comienzo del libro Torres Queiruga da por descontado algo que no acepta la mayor

parte de la filosofía moderna, a saber, que en la conjunción de filosofía y religión, lejos de resultar inviable –como quiso una rama de la filosofía ilustrada, tal vez la más influyente, que transformó la reflexión sobre la religión en su crítica radical–, este enlace sea no sólo posible, sino incluso imprescindible para una justa comprensión de la religión y la filosofía, sin cuya avenencia no se podría construir, en sentido estricto, una filosofía de la religión. La posibilidad misma de una filosofía de la religión de algún modo implica la posibilidad de que se conjunten filosofía y religión, lo que indirectamente ya sirve de justificación de lo religioso, en cuanto compatible, en principio al menos, con la «razón filosófica». Pese a que el autor advierte que «la tentación apologetica, por una parte, y la crítica excluyente, por la otra, son dos escollos en los que fácilmente pueda naufragar el auténtico rigor de la disciplina» (pág. 20), me temo que toda rigurosa filosofía de la religión, según parte de la creencia o de la increencia, al no poder evitar tener que manifestarse sobre el contenido de «verdad» que comporta la religión, termine convirtiéndose bien en apologetica encubierta, bien en crítica de la religión, más o menos a las claras. No me cabe la menor duda de que si la filosofía de la religión degenera en mera apologetica, pierde todo interés filosófico, mientras que no estoy tan seguro de lo contrario, de que si la filosofía de la religión se transmuta en crítica de la religión, pierda por ello necesariamente todo interés filosófico.

### Recelos entre religión y filosofía

En efecto, no coloco en planos paralelos a la filosofía y a la religión y, desde luego, rehuyo hablar de una «razón religiosa», complementaria de una «razón filosófica». Pienso que lo excepcional es que se conjunten armoniosamente filosofía y religión; lo raro son las filosofías que se abren a la religión, como las religiones que no sientan recelo ante los imperativos de la razón. Una filosofía como la que propone Torres Queiruga, en la que se reconcilie filosofía crítica y religión, dando a cada parte lo que le pertenece, podría ser la de Kant. La filosofía de Kant, y en concreto la filosofía de la religión kantiana, constituye, si se quiere, la excepción que permite integrar, hasta cierto punto satisfactoriamente, filosofía y religión. Pero, insisto, se trata de un caso excepcional, y no la regla.

Frente a la hipótesis de una neutralidad del filósofo ante su objeto, me parece obvio señalar que la filosofía de la religión queda precondicionada por la condición subjetiva del filósofo, según sea creyente o no, y en este segundo caso, también importa distinguir, como quería Ernest Renan, si se ha tenido fe en algún momento de la vida y se ha perdido, o bien nunca ha sido educado en una creencia religiosa. En Torres Queiruga, que pertenece al grupo de los filósofos cre-

yentes, subyace, por lo pronto, una convicción previa, a saber, que «el diálogo fe-razón es posible y aun, en algún modo, constitutivo para ambas» (página 25), certeza que, si no se posee una determinada fe, de ningún modo parece demostrable, pero que condiciona toda su filosofía de la religión.

Dejemos constancia del hecho, que me parece hartamente significativo, de que también la mayor parte, si no todos, de los autores reunidos en los dos volúmenes, coordinados por José Gómez Caffarena y José María Mardones, están o han estado instalados en la fe. La filosofía de la religión que empieza a arraigar en España no ha interesado en la misma medida al agnóstico como al creyente. Y ello porque desde el agnosticismo la filosofía de la religión –otro es el caso de la ciencia de la religión, que espero logre arrancar pronto en España– tal vez no tenga otro destino que acabar en crítica de la religión, y, después de la efectuada por la Ilustración, radicalizada con los aportes de Marx, Nietzsche y Freud, no parece que haya mucha necesidad de añadir otras críticas todavía más contundentes. La filosofía de la religión se muestra así como una necesidad exclusiva del creyente que quiere reconciliarse con la modernidad.

Los dos volúmenes coordinados por Caffarena y Mardones llevan por título común *Materiales para una filosofía de la religión*, y conforman una colección de temas monográficos. El primero, bajo la rúbrica de *Cuestiones epistemológicas*, en la primera mitad se ocupa del paradigma fenomenológico, ampliado a otras cuestiones metodológicas, y en la segunda, de dar una muestra de la filosofía de la religión germánica del siglo pasado (Rosenzweig, Cohen) y de éste (Wittgenstein, Horkheimer, Bloch, Albert). El segundo volumen lleva como título *La tradición analítica*. En una primera parte se ocupa de los clásicos de la filosofía de la religión anglosajona (Shaftesbury, Berkeley, Hume), para saltar luego, en una segunda, al debate oxoniense en torno al lenguaje religioso. Todos los colaboradores son espa-

ñoles, menos dos contribuciones alemanas del primer volumen, debidas al teólogo de Münster Johann Baptist Metz y al filósofo de Heidelberg Reiner Wiehl, y otra del segundo, del filósofo de Oxford Richard G. Swinburne. Ambos volúmenes publican textos provenientes de seminarios (1987-88, 1988-89, 1989-90) organizados por el Instituto de Filosofía.

En el espacio de que dispongo, es imposible resumir, y menos aún comentar, trabajos tan dispares, que no tienen en común «más que el interés por el fenómeno religioso visto desde el punto de la razón». El comentarista ha de limitarse a recalcar la calidad de todos los artículos –los de Caffarena, Reyes Mate, Mardones, Panikkar, Tornos, Fierro, Fraijó, Gimbernat, verdaderamente sobresalientes–, que dan prueba del nivel alcanzado en tan breve tiempo por la filosofía de la religión en España, «una disciplina –como escriben los coordinadores– que está perfectamente asentada en otras latitudes del mundo occidental, pero que no tiene esa rai-gambre entre nosotros».

Pese a que dejan constancia del enorme retraso de la filosofía de la religión española, los coordinadores evitan la cuestión espinosa que he colocado en el centro de mi comentario. «No es el momento de buscar las causas de esta situación, sino, mejor, de impulsarnos a superar el desfase existente» (vol. I, pág. 7). Siento disentir con esta apreciación: por doloroso que resulte el indagar las causas de tamaño retraso, si el tema se esquivo, la reflexión española sobre la religión terminará haciéndose en un cuarto herméticamente cerrado, sin la menor incidencia sobre la sociedad española, y el pensamiento mismo se resentirá de haber sido elaborado en ambiente tan aséptico. Me temo que, al contrario de lo que piensan los coordinadores, no podremos «superar el desfase existente» sin buscar las causas de esta situación, así como las consecuencias que entraña para toda posible filosofía de la religión que surja y se desarrolle en España. □

### RESUMEN

Antes de entrar en el contenido de los tres libros escogidos por Ignacio Sotelo, subraya éste la importancia que para la cultura española tiene el hecho de que los tres están dedicados a tratar un campo como el de la filosofía de la religión, que, con dos siglos de

retraso, parece que está arraigando en España. Y es que, recuerda, si toda la vida intelectual y moral de los españoles se ha resentido históricamente por la mordaza inquisitorial, cuánto más toda la reflexión que rozase la cuestión religiosa.

**Andrés Torres Queiruga**

*La constitución moderna de la razón religiosa*

Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1992. 318 páginas. 2.000 pesetas.

**J. Gómez Caffarena y J. M. Mardones** (coords.)

*Cuestiones epistemológicas. Materiales para una filosofía de la religión (vol. I). La tradición analítica. Materiales para una filosofía de la religión (vol. II)*

Anthropos, Barcelona, 1992. 300 (vol. I) y 250 (vol. II) páginas. 1.990 (vol. I) y 1.800 (vol. II) pesetas.

# Un puente entre las dos culturas

Por Sixto Ríos

**Sixto Ríos** (Pelahustán, Toledo, 1913) ha sido profesor de la Universidad de Madrid durante más de cincuenta años. Es numerario de la Real Academia de Ciencias, Honorary Fellow de la Royal Statistical Society, y en 1977 obtuvo el Premio Nacional a la Investigación Matemática.

«An eloquent study, that finds humour in calculus, sweetness in pi and poetry in numbers» es el subtítulo del libro de J. P. King, *The Art of Mathematics*, que nos ha sugerido algunos comentarios sobre la cultura matemática como puente entre «las dos culturas».

No se trata de un libro de matemáticas en el sentido tradicional, sino de un conjunto de consideraciones acerca de las matemáticas dirigidas especialmente a lectores cuyos intereses se centran en la escultura, la música, la literatura, el arte, para los que, comúnmente, las matemáticas constituyen un profundo misterio. Y justamente se propone King hacer ver al humanista que una vida intelectual y estética no puede ser completa si no incluye una apreciación de la potencia y belleza de las matemáticas.

Como bien observa King, el secreto que rodea la estética de las matemáticas resulta en parte de que a los matemáticos no les gusta hablar ni escribir, ni dar charlas alrededor de las matemáticas. Sus objetivos son muy distintos: «investigar, crear, hacer matemáticas».

Y así como libros del tipo del presente son escasos y poco leídos por los matemáticos, éstos tienen su «arena» en cientos de revistas y miles de publicaciones ilegibles para los no matemáticos. De hecho, cuando cometen el pecado de escribir un libro como éste (en el que han incurrido Hardy, Russell, Renyi, Bourbaki,...), suelen advertir en el prólogo con rubor que no se trata más que de un ensayo y no de un «trabajo matemático». Así, el gran matemático Hardy, en su *Mathematicians Apology*, publicada en 1940, escribe con notoria amargura: «Exposition, criticism, appreciation, is work for second rate minds». Con esta postura tan corriente en la comunidad matemática, poco se conoce fuera de ella de la verdadera naturaleza de las matemáticas y de la investigación matemática, ni de la fuerza que tan poderosamente atrae a unos millares de hombres de todos los países cultos a hacer matemáticas como primaria y entusiástica tarea, que el propio Hardy califica de «purely aesthetic» y Bertrand Russell como «a supreme beauty capable of stern perfection such as only the greatest art can show».

Es bien sabido que, fuera de la comunidad matemática, nadie comparte estas opiniones y que el hombre educado que frecuenta conciertos y admira obras de arte en galerías y museos es incapaz de admitir y menos apreciar los valores estéticos de los trabajos matemáticos. Incluso muchos ingenieros y científicos, que utilizan con frecuencia los resultados matemáticos, solamente ven en ellos una eficaz herramienta, de valor comparable a un telescopio o a un ordenador. Los humanistas, tras soportar las matemáticas de la escuela y el bachillerato a medias comprendidas y no relacionadas en la enseñanza con sus intereses culturales, sonríen en cuanto se habla de belleza de la matemática. Corrientemente ven al matemático más como un contable grave, ausente y desaliñado, que como un poeta absorto en la composición de bellas ideas, símbolos y metáforas.

En alguna ocasión, tal o cual colega o amigo de la «ribera humanista» nos ha confesado su experiencia matemática de la adolescencia, más o menos con estas palabras:

en el bachillerato me habían acostumbrado a una repetitiva manipulación de símbolos matemáticos: primero, los números enteros; luego, los quebrados, decimales...; después, letras que los representaban, símbolos para operar..., conjuntos..., rectas, planos... Tras cada nuevo capítulo el profesor solía justificar el aburrimiento producido en clase con el contrapeso de las «importantes aplicaciones» que de cada uno de ellos encontraríamos en el curso futuro de nuestras vidas. Más tarde llegarían las funciones, las derivadas, otro operador introducido a través de la noción de velocidad en Física y todo su cálculo y el cálculo de integrales, que en aquellas se basan y constituyen conjuntamente el llamado cálculo infinitesimal.

No se trata aquí de criticar a los profesores de enseñanza elemental y media, de los que yo personalmente tengo un óptimo recuerdo por la formación que les debo determinante de mi trayectoria posterior. Pero las críticas de King, a pesar de que sus profesores de matemáticas elementales no impidieron que él llegara a ser un estimable matemático, son duras: «Naturalmente, su maestro de matemáticas le dice a usted cada día que las matemáticas tienen un gran valor; pero se nota que él mismo no está convencido. Y el profesor se da cuenta de que el alumno se da cuenta. Es una ficción compartida. Como la idea de que los pobres heredarán la tierra». En definitiva, dice King: «Al profesor no le gustan las matemáticas, no comprende las matemáticas, no cree que las matemáticas sean importantes».

Una idea muy arraigada es que pocas personas son aptas para comprender las matemáticas, creencia que puede resultar confortable para justificar la ignorancia matemática de muchos y en particular la incapacidad de algunos profesores para enseñar las matemáticas. Sin embargo, existe un conjunto de peculiares personas, llamadas matemáticos, que escriben cada año 25.000 trabajos de investigación sobre un tema esotérico, llamado matemáticas, y los publican en las 1.500 revistas que actualmente existen.

Pero lo mismo que no es el primer interés del deporte crear plusmarquistas, sino mejorar la humanidad con su práctica, el problema aquí no es sólo aumentar el número de matemáticos creadores, sino también y, sobre todo, el número de personas que, sin

pretender tener tal privilegio, sean al menos capaces de comprender la belleza de las matemáticas como comprenden la de la música o la literatura.

Un primer paso importante, según King, sería dar completamente la espalda a la tradición en la enseñanza de las matemáticas y apoyarla, más que en su valor como herramienta científica, en aquellas características que, en palabras de Poincaré, destacan en las grandes contribuciones de los matemáticos: «sus características de belleza y elegancia, que son capaces de desarrollar en nosotros una cierta emoción estética».

Pero sin llegar a las cumbres de la matemática hay que aspirar a que el buen hacer de los profesores permita apreciar al alumno la belleza de los razonamientos y hechos de los diversos capítulos de la matemática elemental, no olvidando que esto implica una participación del alumno más activa que la necesaria para lograr el placer que se puede sentir al escuchar una pieza de música o al contemplar una obra pictórica. Por ejemplo, en los cursos de cálculo habrá que destacar la profunda conexión entre los conceptos de derivada e integral, que es una de las grandes creaciones del intelecto humano (Newton, Leibnitz, Barrow), y que, sin duda, despertaría más interés estético y admiración entre los escolares por la matemática que todo el cúmulo de reglas operativas y ejercicios de aplicación con penosa dificultad aprendidos. O, en un nivel más elemental, la belleza de la demostración de la incommensurabilidad de la diagonal con el lado del cuadrado y la irracionalidad de  $\sqrt{2}$ .

## Belleza, verdad, realidad, ética y desarrollo matemático

Se puede resumir el pensamiento del autor sobre las fuerzas que impulsan el desarrollo de las matemáticas así: existe por encima de todo la fuerza motivadora de las matemáticas, que es la «belleza», y después el objetivo de las matemáticas, que es la «verdad», y, finalmente, existe la importancia de las matemáticas resultante de lo que las verdades matemáticas nos dicen acerca de la «realidad». Para escribir acerca de matemáticas hay que tratar cada uno de estos aspectos: belleza, verdad y realidad, es

decir, hay que enfrentarse para pensar acerca de matemáticas con tres de los cuatro temas clásicos de la filosofía. Y si, además, queremos aclarar el problema en relación con la enseñanza de las matemáticas, debemos tratar de «ética», el cuarto tema filosófico.

Considera King, que de estas cuatro cuestiones clásicas: belleza, verdad, realidad, ética, es precisamente la primera la más interesante a considerar en relación con el desarrollo de las matemáticas, ya que, según él, los matemáticos hacen matemáticas principalmente por razones estéticas. En opinión de Lynn Steen, presidente de la American Mathematical Association: «... beauty and elegance have more to do with the value of a mathematical idea than does either strict truth or possible utility».

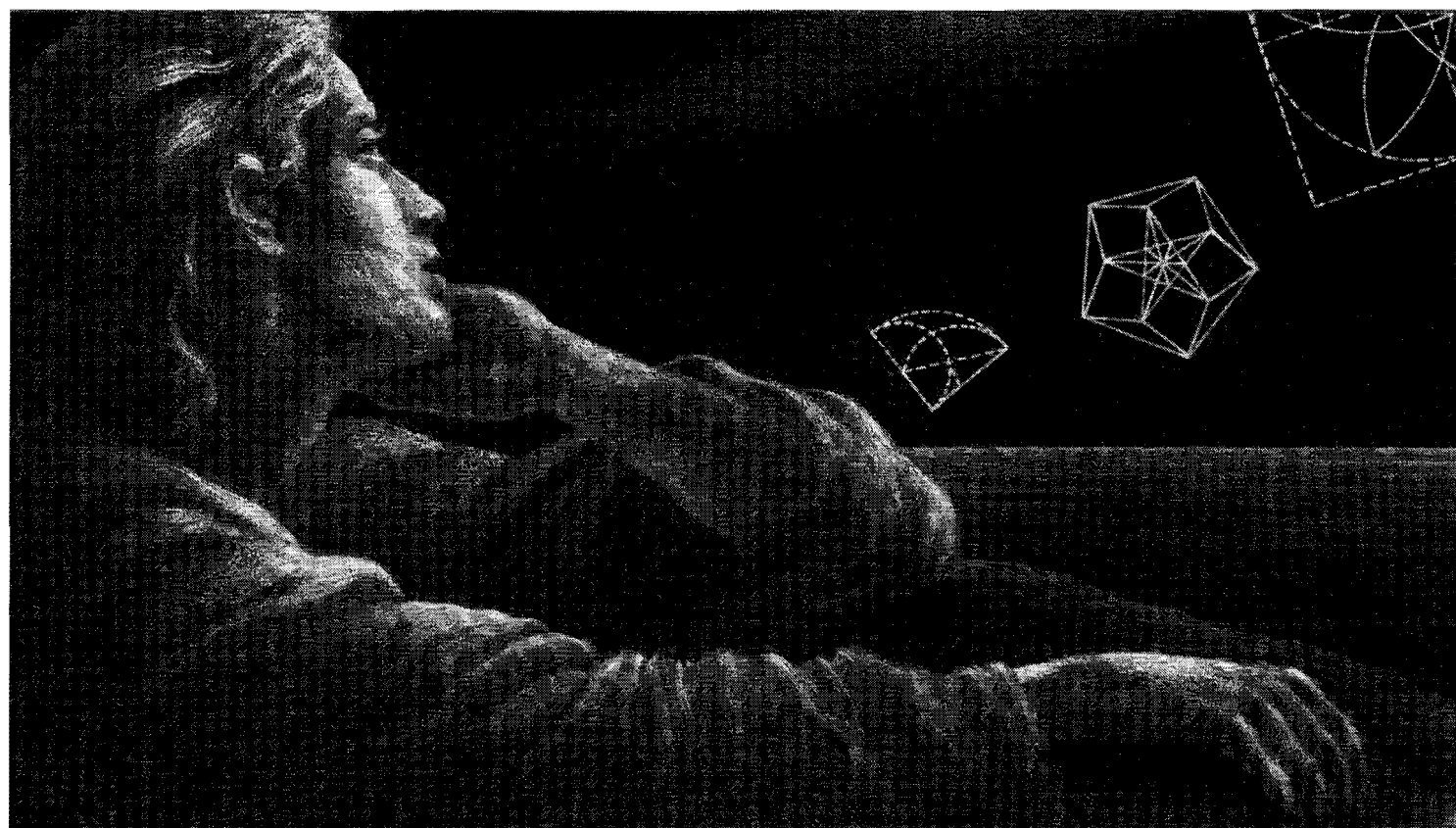
Estas y otras muchas opiniones están en la línea de pensamiento de Poincaré, que hace casi un siglo afirmaba que ni la facilidad para el razonamiento lógico ni la habilidad para manipular símbolos matemáticos son suficientes para «crear» matemáticas. Lo que es necesario es una profunda intuición que permita al matemático elegir, entre los millones de caminos posibles, aquellos que tienen el «carácter de belleza y elegancia y que son capaces de desarrollar en nosotros una cierta emoción estética».

Posteriores trabajos de Papert, Piaget..., sobre la psicología del desarrollo matemático llevan a muchos a abandonar esta senda de la estética para centrarse en el análisis estructural de la faceta lógica del pensamiento matemático.

Como consecuencia de estas y otras diversas, y aun opuestas, opiniones habría que pensar de un modo más general en que las nuevas generaciones de profesores de matemáticas motivaran los conceptos matemáticos para sus estudiantes, como lo son para los matemáticos creadores de los mismos, y aquí viene una gama de posibilidades realmente importante.

## Matemática pura y aplicada

Separándonos un poco de la línea del autor podemos indicar que tradicionalmente



FRANCISCO SOLÉ

Viene de la página anterior

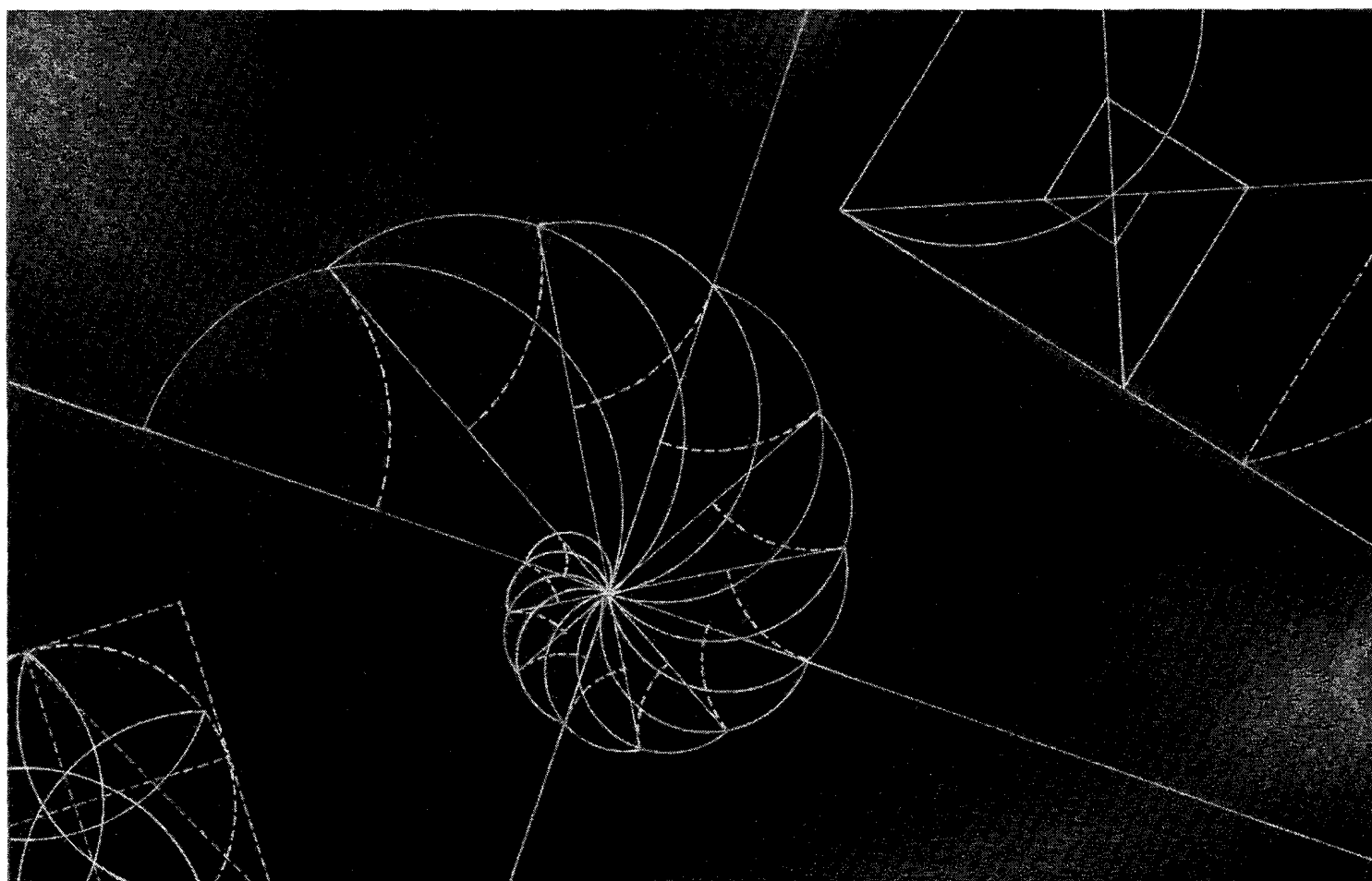


se ha considerado como un esquema de explicación del desarrollo matemático un doble motor que se nutre de pensamientos externos y fuerzas internas. Esto nos conduce, por un lado, a hablar de matemática pura y aplicada o, mejor, de matemáticos puros y aplicados. Con la matemática aplicada tratamos de comprender fenómenos naturales y otros procesos a través de modelos matemáticos o construcciones simbólicas especialmente fabricadas para los mismos. Como ya afirmó Galileo hace 250 años: «El gran libro de la naturaleza puede ser leído sólo por aquellos que conocen el lenguaje en que fue escrito, y este lenguaje es la matemática». Pero esto no es suficiente para considerar que la única fuerza de progreso de la matemática sea la búsqueda y realización de nuevos modelos necesarios para el progreso de las ciencias y la técnica, lo que constituye la tarea normal del «matemático aplicado». Se admite, generalmente, que hay, además, una «fuerza interna» de creatividad que contribuye a que el «matemático puro», al estudiar el legado de sus predecesores y contemporáneos, «cree» nuevas ideas y métodos matemáticos que resuelvan antiguos problemas y que él a su vez «cree» nuevos problemas y teorías para sus sucesores. Por estos dos caminos se ha ido edificando un secular monumento del que ha dicho Wigner: «...the enormous usefulness of mathematics in the natural science is something bordering on the mysterious and there is no rational explanation for it».

Los matemáticos puros generalmente están más orgullosos de los grandes capítulos de la matemática que han surgido sin que en un cierto momento fueran necesarios para el progreso en alguna ciencia o técnica, aunque años o siglos más tarde se convirtieran en matemáticas aplicables o utilitarias, como la teoría de Galois o las geometrías no euclídeas. Valgan las siguientes palabras de King como comentario a este aparente milagro: «But if as I claim, the motivation for the development of mathematics is primarily aesthetic, and not utilitarian, then the wonder compounds itself. We are talking about the "paradox of the utility of beauty". And we are dealing with a miracle of second order magnitude».

**La nueva matemática aplicada**

Hay que reconocer que la nueva matemática aplicada, surgida de la Investigación Operativa (1950) y del éxito del Sputnik (1957), ha sido un viento refrescante para la matemática pura y, sobre todo, para aquellos matemáticos que, como dice King, «escriben matemáticas como los monjes escriben teología». Clara está la alusión a la llamada «paradoja de la invisibilidad del matemático», que subraya el contraste de la enorme actividad de los matemáticos produciendo ciencia de un valor permanente con su débil brillo en la vida social, en comparación con otros científicos e intelectuales. Este contraste se explica y agudiza en parte al observar las tendencias de matemáticos puros actuales a hacer una matemática cada vez más abstracta, una matemática para ellos solos, que nos ha llevado a una situación similar a la que preocupaba a Ortega en 1925 cuando decía (*Deshumanización del Arte*): «Tenemos un arte que puede ser comprendido solamente por gentes poseídas del peculiar don de la sensibilidad artística, un arte para artistas y no para las masas». Y esto, que puede ser aceptable para el arte, es dudoso que sea bueno para la matemática. Por ello, el libro de King se preocupa de las ideas y sugerencias que, reconociendo esta realidad, pueden contribuir a aliviar tal barrera entre las dos culturas que definió Snow.



FRANCISCO SOLE

Fiel al título del libro, el autor dedica el capítulo V, «Aesthetics», el más extenso con diferencia, a los problemas de la estética de las matemáticas considerando tres puntos de vista: 1) La aplicación de las matemáticas al arte; 2) el uso de las matemáticas para producir teorías estéticas; y 3) el que considera más original de examinar las mismas matemáticas como arte, lo que conduciría a un conocimiento de la cuestión: ¿qué es la belleza matemática? Adoptando el primer punto de vista hace referencia a las contribuciones de matemáticos notables, como Herman Weyl sobre la simetría, Sir James Jeans sobre las Matemáticas y la Música, Gustavo Fechner sobre el rectángulo áureo, que se continúa con autores recientes interesados en este tipo de aplicaciones de «matemáticas no rigurosas» a las artes.

El segundo punto de vista es el adoptado por G. D. Birkhoff en sus *Mathematics of Aesthetics*, y que obtiene algunas formas que pretenden expresar una medida estética de un objeto artístico en función de variables experimentalmente medibles como la complejidad y el orden. Más recientemente, en esta misma dirección, Stiny y Gips, en su *Algorithmic Aesthetics*, proponen diversos algoritmos adaptados al ordenador que puedan conducir a soluciones más o menos aceptables para tales cuestiones.

Pero el problema que preocupa a King es el derivado del tercer punto de vista, que es distinto de los anteriores, a saber, considerar las matemáticas en sí mismas como un arte, al cual dedica la parte más novedosa del libro. Aunque es difícil calibrar la originalidad de estas ideas, pueden condensarse en los siguientes títulos: 1) El concepto de anillo estético; 2) la noción de «mundo matemático»; 3) los principios de complejidad minimal y aplicabilidad maximal; y 4) los tipos culturales M y N.

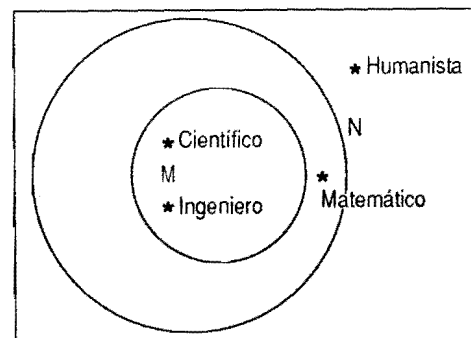
La noción del anillo estético, inspirada en la de distancia de Bullough, pero más cuantitativa, se refiere a la clasificación de la reacción de un observador ante un objeto de arte en tres categorías razonablemente distintas que se relacionan con la distancia «estética» del observador al objeto, que pue-

de ser la adecuada o bien superior o inferior, fallando en estos dos últimos casos la experiencia estética.

Una teoría de Dickie-Danton relativa al mundo artístico es trasladada por King al mundo matemático, considerándolo como un complejo similar a aquél, pero que realmente resulta una copia isomórfica del mundo artístico, llegando a la conclusión de la existencia de una legítima teoría estética de las matemáticas como arte, la cual permite determinar qué artefactos matemáticos se pueden considerar como obras de arte y cuáles no. Lo que no permite esta teoría es distinguir entre buen arte y mal arte. Para ello introduce el autor sus principios de completitud minimal y aplicabilidad maximal, que vienen a profundizar y precisar algunas conocidas características de los teoremas y demostraciones «elegantes» de las matemáticas, a las que Hardy atribuyó los calificativos de «seriedad», «profundidad», «economía» y «generalidad».

Finalmente, los tipos culturales M y N vienen a puntualizar la conocida clasificación que proporcionan las dos culturas de Snow. En este marco, King interpreta gráficamente su visión del mundo matemático como un anillo circular C, en el que se sitúan los matemáticos y en el que el interior del mismo está formado por la clase M de los individuos que tienen un cierto nivel de formación matemática y en la N, exterior, el conjunto de los que no la han alcanzado. Los individuos de M se encuentran subdistanciados de la matemática

en el sentido de distancia estética, mientras los de N tienen una superdistancia y el objetivo sería ampliar el anillo en que actualmente se encuentran sólo los matemáticos, lo que significaría que otros pueden contemplar las matemáticas como arte sin que ello implique que sean capaces de hacer matemáticas como los matemáticos. Se podría comparar quizá esto a cómo se necesita experiencia y entrenamiento para escuchar una sinfonía de Beethoven sin necesidad de ser apto para componer algo tan supremo.



Estas condiciones conducen a reconocer la necesidad de un nuevo estilo para formar en matemáticas a los individuos que están o estarán en los grupos M y N. Sin duda, estas ideas y objetivos tienen gran interés cultural, pero el diseñar caminos y métodos para realizarlos efectiva y eficazmente son asuntos difíciles e insuficientemente tratados en el libro. □

**RESUMEN**

En el tradicional abismo que separa las dos culturas, la humanística y la científica, la cultura matemática puede hacer de puente entre una y otra; ésta es la tesis de un libro (*Sixto Ríos, al comentarlo, se suma a la tesis expuesta*) que no es de matemáticas en sentido estricto.

...sino una obra que reúne una serie de consideraciones matemáticas y que está dirigida a todos aquellos lectores cuyos intereses están centrados en la música, la literatura, el arte, etc., y para quienes las matemáticas constituyen un profundo misterio.

**Jerry P. King**

*The Art of Mathematics*

Fawcet Colombine Book, Nueva York, 1993. 314 páginas. 10 dólares.

# Deshojando la margarita

Por Emilio Garrigues

**Emilio Garrigues** (Madrid, 1911) es diplomático, ha sido embajador de España en la UNESCO (París) y Bonn, entre otros destinos. Autor de *Un desliz diplomático*, Segundo viaje de Turquía, The oneness of the Americas y Vuelta a las andadas (autobiografía).

Ocurre, en efecto, que a la margarita, no en vano mata silvestre, no se la trata con igual respeto que a las encopetadas flores (dicho está «no la toques ya más, que así es la rosa»). Y bien, por ser quien es el interlocutor. Y, sin embargo, a las margaritas, precisamente por su desvalimiento (que les hace víctimas incluso de los cerdos), les está reservada una cierta facultad visionaria. De algún modo se las considera capaces de atender, con sentido a nuestras preguntas, mayormente, zozobras.

Aprestémonos, con la mayor circunspección, a deshojar la margarita: 788 páginas del mamotreto *Los años de Downing Street*, pues el engolamiento, énfasis, presunción, autismo de que ha dado muestra esta señora, en su cortada pero intensa y, en cierto modo, triunfal carrera política, le dejan desnuda, desvalida, ante la crítica e incluso el sarcasmo. Díganoslo de rondón: la obra confirma hasta la saciedad cuanta crítica se había ido acumulando durante estos intensos años de poder. Pocos gobernantes lo han conservado tanto tiempo en Inglaterra coincidiendo todos ellos con el apogeo británico, mientras que a la Thatcher le correspondió una época y un rumbo de decadencia y frustración, algo que para sus críticos explica su éxito. En tales condiciones se comprende el éxito que tuvo su llamada a los trabajadores y a la clase media-baja, un conjunto que merece el calificativo de populismo de derechas. Como es sabido, suele ocurrir que cuando un país tiene la sensación de topar, por doquier, sin encontrar salida, se siente atraído por una política de tipo autoritario. A esto, que es una verdad universal, hay que añadir algo específico inglés, a saber, que así como los otros tres grandes países europeos, Alemania en cuanto derrotada, Francia e Italia en cuanto supuestamente victoriosas, afrontaban la dura realidad del colectivo hundimiento europeo, la Gran Bretaña se sentía, con más de una razón, pero no con toda, victoriosa.

La primacía histórica en economía le valió las primeras críticas, la despechada de Napoleón («nación de tenderos»), o la más aguda de Goethe, cuando escribe aquello de «guerra, comercio y piratería son una y la misma cosa, inseparables».

El mayor peligro, sin embargo, viene a menudo, si no siempre, del propio vástago: «New England», es decir, USA, que habría de enfrentarse fatalmente a la «old England».

Tal como la propia Thatcher reconoce, ya desde 1880 la supremacía industrial inglesa había pasado a yanquis y alemanes, aunque lo que más le duele es la humillación militar de Suez. Tanto que es lo que la lleva a la insensatez de las Falklands, que,



CORTESIA EDITORIAL

Margaret Thatcher visita Irlanda en agosto de 1979.

sin embargo, reconfortó el maltrecho orgullo británico.

Un famoso despacho del embajador inglés en París, divulgado por *The Economist* fue incorporado por Margaret, recién Primer Ministro, a las enseñanzas de Hayek y Friedman, que tanto le habían ayudado a desbancar a Keynes, concediendo al régimen de mercado mayor estabilidad de la que se le suponía. Hoy bien sabemos que el tal régimen no hace milagros y que los «managers» superan en eficacia a los sindicalistas de los «Trade Unions», pero tienen sus propias limitaciones. M. Thatcher consiguió reducir en un 60% la pesada intervención estatal en la industria y desmantelar el consabido recurso a la huelga. Ahora bien, si los keynesianos preferían los controles, el monetarismo confiaba demasiado en que su repulsa de la intervención estatal la liberase de tomar difíciles, dudosas decisiones. Un típico representante del «establishment», Noel Annan, concluye que el resultado de la política económica de la Thatcher fue que los ricos se enriquecieron y los pobres se empobrecieron: al aumento de la productividad no correspondió un comparable aumento del «output».

Al tiempo que constatamos la decadencia de Inglaterra, conviene recordar cuánto nos ha enseñado, lo más importante a tomar la vida en juego, no sólo en lo que es obvio (deportes y cartas), sino también a tomar ligeramente las oposiciones de la vida en común. La esencia de la Política no es la oposición Amigo-Enemigo, como creía, a fuer de alemán, C. Schmitt, sino que se trata de una efímera oposición en el curso de una permanente convivencia. La política inglesa es, en definitiva, la única que ha sabido implantar la moderación predicada por Montesquieu y Tocqueville, apenas practicada por sus compatriotas.

## La primera mujer

Mi primera reacción ante el libro es sentirme abrumado. Importa proclamar ante to-

do la importancia de ser la primera mujer que en la órbita occidental ha alcanzado puesto tan elevado: permanecer como jefe del Gobierno de 1979 a 1990, ganando tres elecciones generales, derrocar el tan cacareado Estado del Bienestar (creación tanto de conservadores como de laboristas), imponer un estilo en las relaciones con EE.UU. (mientras duró su comilitón Reagan), torpedear el Mercado Común, al tiempo que cerraba con Mitterrand el difícil pacto del túnel bajo La Mancha. En cuanto a su política antieuropea, tan criticada y con razón, conviene no olvidar que buena parte de sus compatriotas preferirían seguir insulares y, a la vez, imperiales; así lo sentían muchos de los más brillantes pensadores: Bernard Shaw, Chesterton, el recién fallecido A. Burgess o G. Greene, quien consiguió flotar en el ancho mundo. Casi todos preferían vivir en Italia o en Tessino, pero para nada en una Europa federal.

Lo que ocurre es que aquello que para un británico es un fracaso (la constitución de una federación europea), para un europeo de segunda, como yo, es un éxito. (En este sentido cabe, incluso, imaginar a F. González, menos como un adelantado europeísta que como un rezagado afrancesado...).

Mantener el pulso en las entrevistas cumbre, con tanto marrajo; manejar los propios comilitones, todo ello con obstinación; y trabajo mas sin cautela, no es, ciertamente, cosa de juego aunque la política lo sea. Tanto más si se piensa en las previas condiciones que alcanzar: primera, ser tomada por la hija del tendero, siendo, en realidad, la esposa de un empresario. Segunda, ser tomada como mujer (es decir, por lo que es), aunque en realidad su comportamiento sea eminentemente varonil. Así se ofrece su imagen en el libro con la foto en el Carlton Club (prohibido a las mujeres) como única hembra, en compañía de su «infiel» gabinete y su fiel marido. La otra foto reveladora es en el Finchley con las «supporters» del Partido Conservador, devotas, ergo, subordinadas. Todas ellas feminamente ataviadas, mientras que ella se yergue al frente del pelotón, con un atavío y actitud de jefe de Gobierno. Igualmente reveladora, «in contrarium», la fotografía de la cumbre del G.7 en Tokio (1986), rodeada de los «number one», gallina en corral ajeno, con una postura física un tanto de gallinácea, gozando, casi coqueteando, al estar rodeada de cinco gallos.

En cuanto a las consabidas facultades del alma, cabría decir que de la Memoria usa más que nada para recordar los agravios; del Entendimiento le basta el que tiene con Denis; sólo... amplía, frenéticamente, de la Voluntad.

Yo he tenido la oportunidad de contemplarla una vez, en los Comunes, al final del

debate sobre las Falklands. A las críticas de que utilizaba «pro domo» esa victoria, contestó secamente: «All this is nothing but nonsense talk». Carecía ciertamente de sentido comparar las Falklands con Suez, como pretendía la Thatcher, pero más aún, como pretendía la oposición, que el Parlamento manchase una operación que había terminado bien.

Para juzgar la obra en cuestión hay que tener presente que se trata de la autora no de unas memorias, en cuanto tales personales, íntimas, sino de una escueta información de diez años al frente del Gobierno. Se trata, para expresarme desenfadadamente, de una guía, mezcla de ferrocarriles y de teléfonos. De lo único de que da cuenta es de los movimientos, apenas de los sentimientos, salvo cuando gimotea su caída no a manos de enemigos, sino de amigos, ¡siempre Bruto!

Quizás la única comparación, para entendernos entre españoles, sería con la Pasionaria. La menor semejanza con las casi coetáneas memorias del intelectual Jorge Semprún donde éste se debate consigo mismo, no ciertamente con Guerra, pues no acaba de saber si es nieto de Maura, hijo de Semprún o hermano de Federico Sánchez. (La señora Thatcher puede caer en la simpleza de Sartre, «L'enfer c'est les autres»).

Ahora bien, ¿a qué se deben los éxitos indudables de tan chata personalidad como la de la señora Thatcher? Un típico representante del «establishment» como N. Annan, lo deja bien claro en su informativa obra *Our age*, en su penúltimo capítulo, «Our vision of life rejected», donde dice que lo que se había rechazado era el modelo inglés (que lo fue también para nosotros los bárbaros), de tal modo que no ya los laboristas, sino los propios «tories», estaban maduros para caer en el simplismo de la Thatcher. Un «modus operandi» el de ésta que, por lo femenino, recuerda el de la sempiterna institución inglesa de la «nanny», o si se prefiere de la «governess», la «School Headmistress», que se dedica a niños ya crecidos. ¡Sólo los adultos se merecían el humor de un mayordomo como el Jeeves de Woodhouse! De aquí que quienes más resistieron tanto «patronising» no fueron los ajenos laboristas sino los propios «tories», que lo soportaban en su carne. Así se explica que la Thatcher muriese a manos de sus exhaustos servidores: no sólo M. Heseltine, el fiel Howe, sino también los vacilantes J. Major y T. Garel-Jones. Finalmente, Heseltine sólo pudo ser contenido por Major, por lo que la Thatcher casi concluye su libro con el deseo: «I wish John Major all the luck in the world». Sin embargo, ya el Congreso de octubre del 93 de los conservadores en Blackpool pareció tirarle de las orejas, dando ocasión a la Thatcher para «welcome the return of Major to traditional conservative principles».

Fácil ha resultado ojear una margarita que se nos ha ofrecido desnuda en cada uno de sus 788 pétalos. No será fácil perderla de ojo, pues sigue tiesa como un ajo. Noel Annan terminaba su mencionada obra con el poema de Thomas Hardy «Gentlemen», en donde se dice: «Time serves: we are going gentlemen». Pues bien, ¿se desvanecen, igualmente, las «ladies» cuando se tornan «gentlemen»?

## En el próximo número

Artículos de Fernando Morán, Miguel Beato, Juan José Martín González, Francisco López Estrada, Jesús Villa Rojo y Román Gubern.

### RESUMEN

Desde una posición no excesivamente favorable, el diplomático español Emilio Garrigues comenta las memorias de Margaret Thatcher, durante muchos años inquilina de Downing Street 10, sede del primer ministro inglés, y las comenta, en primer lugar, ad-

virtiendo que éstas, más que unas memorias propiamente dichas, resultan ser, en su opinión, una escueta información de diez años al frente del Gobierno británico, en donde se da cuenta de movimientos, apenas de sentimientos.

### Margaret Thatcher

#### Los años de Downing Street

El País-Aguilar, Madrid, 1993. 788 páginas. 3.500 pesetas.



## El caleidoscopio franco-alemán

Por Fernando Morán

**Fernando Morán** (Avilés, 1926) es diplomático y escritor. Ha sido embajador representante permanente ante las Naciones Unidas; ministro de Asuntos Exteriores de 1982 a 1985; y senador y diputado. Entre otras obras ha publicado narraciones como *También se muere el mar* y *El profeta*; ensayos como *Novela y semidesarrollo* y *La destrucción del lenguaje*; y memorias como *España en su sitio*.

Existen libros que, limitándose en principio a describir un período de tiempo, un escenario, siguiendo a unos protagonistas individuales o colectivos, nos ponen en contacto con realidades más complejas y nos abren la perspectiva y el sentido de toda una época. Libros que parecen resumir todo lo esencial de la situación que precedió a lo narrado y que sirven de introducción necesaria a lo que habría de seguir. Uno de estos libros es el de Herbert Lottman, *La caída de París*.

El período historiado en esta obra se extiende del 9 de mayo de 1940, día en el que el Primer Ministro francés, Paul Reynaud, comunica al Presidente de la República, Lebrun, su decisión de formar un gabinete de crisis, al domingo 23 de junio siguiente, en que Hitler, con Speer, Giesler y el escultor de los mitos arios Arno Brecker, visita el París recién ocupado. Entre ambas fechas, la narración de la derrota, el éxodo, las vacilaciones, actos de heroísmo, claudicaciones e incluso traiciones; reflexiones sin traducción en hechos; impulsos sin racionalización; y, contenido en lo narrado con disciplina férrea, el fin de un régimen, el agotamiento de una época, la crisis de una civilización o, al menos, de su presentación, la mayor crisis política desde Sedan, las semillas de Vichy y la colaboración, el prólogo al fracaso alemán en definir una nueva Europa que no necesitase asentarse diariamente en la presión militar y en la represión policíaca, el fin de la III República y la adivinación de una nueva era en la que durante décadas el destino de Europa estaría condicionado por el equilibrio entre potencias extraeuropeas.

Francia —parece obvio decirlo— es materia inexcusable de cualquier interpretación de la civilización europea. Los grandes temas comunes están en aquel país más explícitos que en sociedades en las que lo implícito se asume con mayor comodidad. El francés no está seguro ante los hechos si no los explica inser-

tándolos en categorías generales. De ahí la mayor frecuencia, no ya de análisis, sino de memorias, testimonios, explicaciones y racionalizaciones de lo pasado. En los hombres públicos, solamente en nuestro vecino del Norte, la publicación de lo actuado es jalón casi indispensable para aspirar a un gran destino personal. Tal tendencia convierte en frondoso, cuando no enmarañado, el material que aguarda a quien pretende una síntesis. Naturalmente, la bibliografía ante Lottman es inmensa y su utilización, en la medida en que puedo juzgar en uno o dos temas, me parece de primera mano, exacta y en algunos casos innovadora.

Entre los anglosajones, el estudio puntual de la historia, literatura y civilización francesas se ha acompañado por intentos de aunar lo académico y el reportaje, el rigor histórico con intentos de interpretación. Precisamente colocando lo francés en el marco de la evolución de las costumbres, las tendencias e incluso las instituciones occidentales colectivas. Libros como los de Theodor Zeldin (*France 1945*, dos volúmenes, Oxford, 1973 y 1977), Eugene Weber (*Francia, fin de siglo*, Madrid, 1989), y los innumerables artículos de Stanley Hoffman, sobre todo en la *New York Review of Books*, pertenecen a esta categoría de intentos. Lottman parece inspirarse en esta dirección de la reflexión francófila.

### Un largo paréntesis

Antes de abordar el drama de la derrota militar y del derrumbe de la III República, Herbert Lottman había ido construyendo pieza a pieza su propia interpretación de la Francia contemporánea desde la doble perspectiva de comentarista y de biógrafo de personalidades esenciales, pero de distinta procedencia; de la actividad y alineamiento público de los intelectuales. Biógrafo del mariscal Pétain y de Flaubert —en una obra difícilmente superable—, de Colette, de Albert Camus, había abordado la historia del compromiso político de los intelectuales desde el Frente Popular a la Guerra Fría —*La Rive Gauche*, París, 1981— y pintado un cuadro estremecedor del arreglo de cuentas político, ideológico y muchas veces personal tras la Liberación, la depuración.

Extraordinaria y variamente armado, pues, este americano en París emprende la narración de estos treinta y nueve días que, si no iban a cambiar la historia del mundo,



Hitler y otros jefes nazis, al pie de la Torre Eiffel.

la pondrían entre paréntesis hasta 1944. Aquí asistimos a la agonía de Francia, a la convocatoria, ahora sin ambages, del enfrentamiento entre fascismo y democracias. A los inevitables enfrentamientos sociales tras la dislocación del cuerpo europeo, que venía planteándose desde los años treinta y que la inercia de la Europa liberal enmascaraba.

Este mes y pico todavía se vive inicialmente en el clima de máxima irrealidad que había prosperado desde el fin de la campaña polaca hasta la ruptura de los frentes en Holanda y en Bélgica, durante la «drôle de guerre». No solamente en la vida cotidiana parisiense, sino incluso en los Estados Mayores aliados parece haberse vivido en un mundo de ilusión, pereza mental, patriotismo y, a la vez, desconfianza profunda en ellos mismos, hasta, como fecha simbólica, pero abrumadora, la rendición del Rey de los belgas, que hacía inevitable la ruptura del frente defensivo y acababa con las especulaciones de una contraofensiva hacia Alemania; orientaba al Cuerpo Expedicionario británico hacia la costa del Canal y revelaba la inutilidad defensiva de la Línea Maginot.

¿Cómo nos transmite Lottman no ya los datos concretos, políticos, sociales, sino también las capas subterráneas donde se producen los frotamientos que crearían el seísmo? Mediante una fluida, pero muy sabia, dosificación entre la historia política y la vida cotidiana. ¿Añade datos no conocidos, al menos no publicados hasta ahora? Ante tema tan bien y profusamente tratado, en este bosque tupido de memorias, testimonios, documentos oficiales, análisis, justificaciones, acusaciones y defensas personales, es difícil hacer aflorar lo inédito. Hay, no obstante, enfoques poco empleados y predilecciones que derivan de la personalidad, nacionalidad y formación del autor. También de su voluntad, si no de novedad, sí de compensación de lo habitual.

Y la ventaja del paso del tiempo y del curso de la renovada relación franco-alemana. Entre las predilecciones, los testimonios y especial enfoque de los expatriados en París. Primeramente, los americanos y los británicos. Para Lottman hacía mucho que París había dejado de ser una fiesta. Con todo, la amargura de algunas escenas, unida a la nostalgia, recuerda las madrugadas, lívidas, desazonadas y de sabor agrio, que siguen a una kermés. Y junto a ese París soñado por los americanos como destino trasterrestre —cuando eran buenos irían a París tras el tránsito—, ciudad refugio para los que huían de un nuevo orden en Centroeuropa por la raza, la ideología, la revolución o la contrarrevolución: el París de los refugiados. Todavía no el París de los españoles, que la entrada en guerra obligó a orientarse hacia América, salvo los que, fundamentalmente en el Midi, terminarían en los campos de trabajo, en la Resistencia o en esa zona agria de la vida de los supervivientes («J'ai survécu», decía el abate Sièyes cuando se le preguntaba qué había hecho durante la Revolución). Hay pocos nombres españoles en el índice onomástico de *La caída de París*. Los americanos, los anglosajones, no ya los vestigios de la «generación perdida», como Sylvia Beach, aún entonces actuante, la célebre librera de la joyciana Shakespeare and Co., donde Hemingway la conoció junto a Gertrude Stein y los marchantes que habrían de trasladar de la ciudad del Sena a Manhattan la capital de la vanguardia pictórica; sin esa pléyade de hombres jóvenes de negocios y de información que habían deslumbrado veinte años antes a Scott Fitzgerald y, sobre todo, a Zelda. Los periodistas, incluso los grandes reporteros para los cuales la ciudad no era el refugio del guerrero, sino de nuevo, como en 1917, un posible campo de batalla.

Sobre todos los americanos que aparecen en las páginas de *La caída de París* destaca la figura del Embajador William Bullit, el personaje más citado en la obra con Reynaud, Churchill y el Generalísimo Maxime Weygand. Pero si casi todo estaba historiado, el lector de obras generales sobre el período se encontrará con datos y episodios que no conocía. La mera enunciación de algunos le pondrá en contacto con un clima que oscila entre lo trágico y lo esperpéntico, como en todas las tragedias colectivas. He aquí algunos subtítulos que, como los epígrafes que acompañaban la acción en el cine mudo, llevan la imagen más allá de lo meramente representado: los franceses mantienen durante tres años de ocupación alemana la máquina, «Enigma» o «Ultra», que permitió descifrar todos los mensajes del Alto Estado Mayor alemán (sin Ultra no hubieran podido contrarrestar la ofensiva submarina, por ejemplo) (págs. 240 a 244). El equipo del físico Frédéric Joliot-Curie traslada desde París al sur del Loira el agua pesada necesaria a la fisión del átomo (págs. 68 a 70 y 359 a 361). La extraordinaria orden recibida por el sargento



### En este número

#### Artículos de

Fernando Morán	1-2-3	Francisco López Estrada	8-9
Miguel Beato	4-5	Jesús Villa Rojo	10-11
Juan José Martín González	6-7	Román Gubern	12

SUMARIO en página 2

Viene de la página anterior



## El caleidoscopio franco-alemán

Guy Bohm, abogado en la vida civil y destinado en servicios auxiliares, de volar la torre Eiffel —donde estaba la antena de comunicaciones con Ultramar—, y cómo con la ayuda de una americana que pasaba en su coche, sustituyó el objetivo por el del fuerte de Issy-les-Moulineaux, que voló antes de volverse a su casa (págs. 285 a 289). Y también la tremenda historia del cirujano que se suicidó, vestido ceremonialmente para la ocasión, porque no podía aceptar ver a París en manos alemanas. Asimismo, los primeros balbuceos colaboracionistas ante la entrada de la 87 División del General Von Studnitz. Y también la cartelera de espectáculos en París el 12 de junio, diez días antes del armisticio, precisamente el día en que Guy Bohm tenía que hacer saltar la torre...

¿Los personajes? Los grandes hombres y las mujeres que, se suponía, tenían que hacer frente a la situación. Aparte de los grandes que se imponen por sí mismos, a mi modo de ver, vemos en varios giros del caleidoscopio destacar la Administración civil francesa y el Ejército alemán. Los grandes protagonistas, con el pueblo de París, en este momento. No, como se verá, por mucho tiempo. Mediante técnica puntillista a veces, otras con un solo grueso trazo, Lottman destaca aspectos o perfiles de los personajes bien conocidos: Reynaud, Weygand, Pétain, los prefectos y gobernadores de la región, Blum en su soledad, De Gaulle entre su terquedad, valor y ambición, los intelectuales en su torre de marfil o al acecho de ocupar una nueva situación.

Entre ellos, el Embajador Bullitt, quien vive, como tantos diplomáticos con corazón, un drama oscilando entre lo que responde a las instrucciones de su Gobierno y lo que cree debe hacer para salvar el honor de su país y la integridad de la ciudad que ha llegado a adorar. Quien, en un momento, no llega a distinguir entre el destino personal y el deber oficial.

Reynaud aparece como el político más lúcido, y también como el más decidido. Pese a la supuesta influencia derrotista de Hélène Portes, condesa que para algunos era el modelo de la canción burlesca de la época, «Tout va très bien Madame la Marquise», Paul Reynaud, sin la oratoria clemenciana, trata de hacer la guerra. Reynaud tal vez mejor comprendido por Churchill que, pese a los esfuerzos de Bullitt, por Roosevelt. Quien lleva a la

Subsecretaría de Guerra al joven General de Brigada de carros Charles de Gaulle. Weygand, sucesor de Gamelin, tarda en aceptar la derrota y se niega, a diferencia de Pétain, a sacar consecuencias políticas. Quizá menos anacrónico en estrategia que sus antecesores y más partidario de la guerra de movimientos. Desde la rendición del Rey de los belgas sabe cuál es el destino militar, pero no saca consecuencias descalificadoras para el régimen republicano.

Pétain calla, embotado, envuelto en su gloria y aislado en su vanidad, alerta entre la somnolencia y la ambición; mitificado y senil. Intuye que la historia pasará por él, aunque solamente sea por la voluntad de Hitler de contar con Francia, con la otra Francia, en su concierto europeo bajo la hegemonía alemana. Lottman cita una conversación de Pétain con el Embajador de España, José Félix de Lequerica, el 25 de mayo, en que el astuto bilbaíno creyó percibir la disponibilidad del Mariscal para el entendimiento con Alemania (pág. 116). Ya explícitamente el 3 de junio (pág. 163).

### Francia en el vacío

Blum no solamente no cuenta políticamente con un Frente Popular rebasado y con la victoria de Franco en España y la marcha hacia la guerra de Mussolini, sino que su Francia, la del Consejo de Estado, las Academias, la Revue Blanche y la de la traición de «les clers» de Julien Benda, la del impulso de Jaurès y el populismo literario de Jules Romains, estaba rebasada. ¿Por otra Francia? O por un vacío hasta que la otra surgiese, lo que no ocurriría hasta el fin de la guerra.

De nuevo William Christian Bullitt, un rico patricio americano, toda la vida a la búsqueda de una causa pública y del servicio del Estado —ambición e inquietud que honran a su clase en su país, o a los estereotipos y modelos de la misma—, encontrará en Francia su misión decisiva, y con ella la razón de su existencia. No logra decidir a Roosevelt a prestar a tiempo la ayuda suficiente a Francia, pero intentará salvar París y erigirse en un mediador no solicitado ni admitido, menos que por nadie por los alemanes. Cree Bullitt que en Europa nunca estará todo perdido si no perece París. Aparece el Embajador a veces desmesurado, grandilocuente, quijotesco, pero



Dos soldados alemanes ante el Moulin Rouge.

profundamente humano; y probablemente certero en lo esencial de sus juicios.

Las fuerzas políticas internas aparecen en el libro en su manifestación parisiense y en un momento en que la atención está fijada en la guerra, y en esa especial circunstancia en que domina la apatía de «la drôle de guerre», que se había extendido desde el fin de la campaña polaca, con los intermedios de la expedición a Narvik. Sin duda ya se estaba fraguando el arreglo de cuentas con la III República, sus estructuras, proclividades y cultura política; también se había manifestado ya la llamada a la «Francia profunda»; su posible y para la derecha nacionalista urgente restauración: el país católico, corporativo, de más altos índices de natalidad, a la vez definido frente al enemigo tradicional y dispuestos a llegar a un arreglo con él sobre un nuevo orden.

En estas semanas se deciden los destinos individuales en conexión con el destino nacional. Cada uno verá definido, no ya su porvenir político, sino sus posibilidades ciudadanas, profesionales y personales en virtud de lo que ocurra en el frente y en las decisiones de la clase política. Como en todas las crisis, el destino viene a buscar en cualquier rincón al que trata de eludir la historia.

Cuando Lottman publica este libro no se habían abierto todavía los archivos del Partido Comunista francés, comprendiendo los años cuarenta; lo que es más importante, no se tenía acceso a la documentación, ahora a nuestra disposición, del PCUS, que evidencia una mayor disponibilidad de la que se había supuesto por parte del PCF a colaborar con los alemanes como consecuencia de su supe-ditación a Moscú y, naturalmente, mientras tuvo vigencia el Pacto Germano-Soviético. De hecho, hasta comienzos de 1941. Los dirigentes comunistas planean y sondan obtener autorización de las autoridades de ocupación para poner de nuevo en circulación su diario *L'Humanité*. También escritores e intelectuales filocomunistas no hacen demasiados remilgos, desde el otoño de 1940, a los primeros intentos de colaboración cultural, en los que, como se verá, jugará un importante papel la *Nouvelle Revue Française*. Tal situación continuará hasta el comienzo de la resistencia literaria cuyos primeros inicios pueden fijarse en torno a la aparición clandestina de *Les silences de la Mer*, de Vercors. El clima imperante en la gran casa literaria de Gallimard ha sido historiado, pero de manera directa nos lo ha transmitido Jean Ormesson —*Garçon de quoi écrire*, París 1989—. Lottman, lo hemos dicho, había estudiado la evolución de los intelectuales, la orilla izquierda, desde el Frente Popular a la Guerra Fría. Coincidiendo con *La caída de París* han aparecido libros que nos presentan estas trayectorias reflejadas en el espejo de la más prestigiosa y parisiense de las instituciones literarias: en la NRF de Gallimard. En especial los análisis y recopilaciones de Pierre Hebey (*L'esprit NRF 1908-1940* y *La NRF, les années sombres*, París, 1990 y 1992).

La limitación del espacio temporal al narrado, mayo y junio de 1940, no le permiten analizar con detalle la preparación del espíritu, sea para la colaboración, sea para la resistencia cultural. Los católicos como fuerza y como pretensión de la Francia profunda no aparecen mucho en el libro. Se narran, por el contrario, sus manifestaciones espectaculares y, en cierto modo, anecdóticas. No solamente las concentraciones de los católicos de extrema derecha ante la estatua, entonces con menos purpurina que después, de Juana de Arco en la Rue de Rivoli, sino las mani-

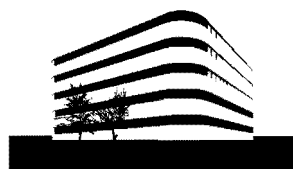


## SUMARIO

	· Págs.
«El caleidoscopio franco-alemán», por Fernando Morán, sobre <i>La caída de París. 14 de junio de 1940</i> , de Herbert Lottman	1-2-3
«Nacimiento de la nueva Biología», por Miguel Beato, sobre <i>The Molecular Vision of Life</i> , de Lily E. Kay	4-5
«La "pasión" por la Antigüedad», por Juan José Martín González, sobre <i>L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux 18<sup>e</sup> et 19<sup>e</sup> siècles</i> , de Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian (recopiladores)	6-7
«Los mongoles y Europa en el siglo XIII», por Francisco López Estrada, sobre <i>En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII</i> , de Juan Gil	8-9
«Sonidos en libertad», por Jesús Villa Rojo, sobre <i>Antón García Abril. Sonidos en libertad</i> , de Fernando J. Cabañas Alamán	10-11
«La pasión española de Orson Welles», por Román Gubern, sobre <i>Orson Welles. Una España inmortal</i> , de Esteve Rimbau, y <i>Orson Welles. España como obsesión</i> , de Juan Cobos	12

SABER Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

Viene de la página anterior



festaciones e invocaciones a Santa Genoveva. La santa ya había salvado a París de caer en manos de los hunos de Atila. Ahora Monseñor Beaussart organiza plegarias y rogativas a la patrona en Nôtre Dame y en Saint-Etienne du Mont. El clima social, las tendencias económicas y las reacciones humanas oscilantes entre la parálisis y la entrega y actos de heroísmo, no tan poco frecuentes como se nos ha querido hacer creer, son abundantemente tratados por el autor.

En cuanto a la comunidad diplomática, desde fines de mayo más espectadora que otra cosa, aparte del Embajador americano, es la representación de Italia la que es estudiada con mayor atención. Lequerica aparece como favorecedor de algunas futuras colaboraciones. En cuanto a los soviéticos, el Pacto Molotov-Ribbentrop les había reducido la capacidad de acción y los contactos sociales. Como siempre, como en la España republicana, Ilya Ehrenburg se mueve con esa extraña sensación de ser etéreo y libre, a la vez que un agente. Me parece que el clima social y las dimensiones políticas profundas se manifiestan en varios puntos: la reacción económica, bursátil y de los precios ante la derrota inminente; la situación del orden público y de la criminalidad; las respuestas de los distintos barrios de diferente nivel económico ante los acontecimientos y la naturaleza, tipología y desarrollo del éxodo.

El hecho esencial —que fundamenta mi análisis del libro— es que hasta los últimos días fue una situación controlada. Controlada por el Estado francés, su administración civil y por el Ejército alemán. Es evidente que esto iría cambiando y que la relación antagónica, pero en un marco de juridicidad, el de la guerra, no duraría demasiado. Pero esta posición del caleidoscopio franco-alemán arrojaba entonces esta figura.

El abastecimiento de París se mantiene durante todo el período en niveles satisfactorios. Los precios no se disparan. Lo que es más curioso, la Bolsa no cae. ¿Cuál es el sentido social y político de esto último? Los rentistas, ¿no temían más al ejército alemán que a los gobiernos de izquierdas frentepopulistas? Sería, tal vez, interpretar la circunstancia de junio de 1940 desde una perspectiva posterior, la de Vichy.

El orden público se mantiene y la criminalidad no aumenta sensiblemente. La autoridad es respetada. En determinados momentos se propalan rumores sobre la presencia de paracaidistas alemanes en la ciudad o sobre los preparativos subversivos de los comunistas. Goebbels orquesta una campaña radiofónica para fomentar el derrotismo. La II Guerra Mundial que ahora comenzaba de verdad fue el conflicto bélico dominado por las ondas. Como el del Golfo sería el primero en que la televisión se convirtió en arma de combate y en instrumento para configurar una opinión mundial.

El mantenimiento del orden y de la seguridad es la manifestación más clara de la cohesión y legitimidad del Estado. En Francia el Estado siempre ha estado legitimado desde la Nación. De una parte, el Estado y la administración casi incólumes pese a la crisis política y la profunda crítica a la III República desde la derecha y la sensación de desencanto en la clase obrera desde la amortización del Frente Popular. De otra parte, el Ejército alemán. He aquí los protagonistas de un enfrentamiento, de una derrota militar, de una ocupación que no se traducen de momento en una alteración del orden social. Naturalmente, el comportamiento anterior en Polonia, ni el posterior en todas partes y en especial en Rusia, tienen nada que ver con esta situación. Si se tiene en cuenta el desarrollo de toda la guerra, excepcional y que correspondió al papel que se le asignaba a una Francia cooperadora en un nuevo orden. Una Francia me-

tropolitana y caracterizada por la rivalidad con Inglaterra en Ultramar. También es evidente que esta consideración del rival habría de naufragar ante el concepto de la guerra total, que los mismos anglosajones habrían de asumir con todas las consecuencias y muy pronto. Sobre todo con la radicalización de la visión política que impondrían al Alto Mando la dirección política y de manera muy personal el Führer. El éxodo, la huida de París hacia el sur, el bloqueo de las carreteras, el Loira y luego, inevitablemente, hacia Burdeos y, con el éxodo, la disolución de la III República son descritos por Lottman como fenómenos generales y también como resultante de actitudes, dilemas y azares individuales. En la descripción de los éxodos, dos aspectos de lo que el autor narra llaman la atención. En primer lugar, los arrepentimientos ante la decisión de abandonar con París los hábitos y la forma de vida. Las vacilaciones y las vueltas atrás. Entre las vacilaciones más relevantes, por la importancia de sus protagonistas, la de Léon Blum y la de Gide. Ambos vuelven a París. Drieu La Rochelle, que estaba en el Midi, retorna a la capital: todavía sin proyecto de convertirse en árbitro de la vida literaria.

Del clima del éxodo nos han quedado vivos testimonios en novelas, narraciones, memorias y en algunos filmes. De la situación de espera y de las intrigas iniciales, incluso antes de que la Asamblea Nacional entregase sus poderes, nos ha transmitido recientemente Julien Green un cuadro que no ha perdido, pese al paso del tiempo, frescura. El ambiente del Grand Café de Burdeos en horas a la vez nerviosas y morosas (*La fin d'un monde*, París, 1992). La segunda observación que se desprende de la narración del éxodo por Lottman es que quienes lo emprendieron no pertenecían, en general, a las clases populares. No solamente porque carecieran éstas de medios propios de transporte, sino también porque en los barrios menos privilegiados de la ciudad se percibía menos agitación, cuando no mayor resignación. De la misma manera que cuando los batallones desfilaron por primera vez había para acogerlos con cierta benevolencia, o con curiosidad no hostil, menos curiosos en los barrios obreros que en los «beaux quartiers».

### No fue una ciudad abierta

De una parte, hemos dicho, la administración francesa. Y en ella los prefectos, el de Policía y aquellos que cumplían las funciones administrativas y políticas normales. Aparte de la autoridad militar. París no fue hasta el final, y cuando lo fue se hizo ambiguamente, una ciudad abierta. Al final el ejército en retirada dio la vuelta al casco urbano para no contradecir el carácter que se quería imprimir. Robert Langer, Achille Villey, Henri Fernand Dentz, militar este último, que desde el frente alsaciano trajeron a la capital para ayudar al General Heninvan, cobrando en las páginas que narran los últimos días cada vez mayor relieve.

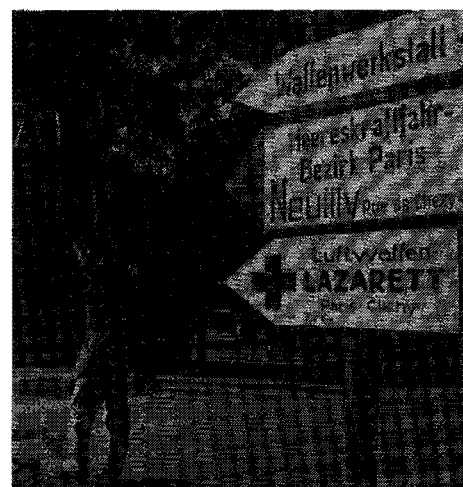
Las autoridades civiles no dudan un momento que su última, lacerante, pero imprescindible misión sea evitar el desorden y mantener la autoridad en cualquier circunstancia, incluida la ocupación. El régimen podía haber periclitado, pero no el Estado, la República. Sin entender esta voluntad de mantener la administración y sin la creencia sin fisuras en la legitimidad y necesidad del Estado, no se entiende nada de la situación. Tampoco las razones iniciales de una cooperación que solamente se convertiría en colaboración bajo la lectura y las racionalizaciones ideológicas del nuevo régimen, del Estado francés, pero esto ya en Vichy. Hay, no obstante, gran diferencia entre el man-

tenimiento de las funciones a estos niveles y la acción posterior de Pétain o de Laval. La que va del ejercicio, no inercial sino consciente, de funciones explicadas por el mantenimiento del control administrativo y una pretensión de la superación del orden antiguo en uno nuevo.

En la tragedia de la Depuración, las acusaciones y condenas de algunos de estos hombres que en París permanecieron a pie de obra en el momento de la ocupación aparecen como esa crueldad y esas injusticias inherentes a los grandes cataclismos. Y enfrente de los administradores galos, los alemanes; o más concretamente, el Ejército alemán. Sus generales: Speidel, Von Keist, el ocupante inmediato, Von Studnitz...

Desde el comienzo de la ocupación se desarrolla una tendencia en la Wehrmacht que tendrá su mejor expresión en las autoridades militares de París: una voluntad de establecer relaciones correctas con la población y durante un tiempo la ilusión de que las razones para la colaboración prevalecerán entre los franceses. Tal disposición no podrá resistir a la presión del Partido, la acción de las SS, el clima persecutorio desencadenado en la inicial Zona Libre por las autoridades vichysistas y por la Milicia, a las leyes antijudías y a la respuesta a las primeras acciones de la Resistencia y a la dinámica de la guerra total. Pero esto será más tarde. Durante un tiempo el Mando de la ocupación tratará de obtener una cierta autonomía frente al Partido. Si ha prosperado la versión mitificada de la profesionalidad castrense frente a la radicalización alienadora partidista, la matización entre lo militar y lo político, entendido en la concepción schmittiana del enemigo existencial, es tarea que excede a la narración de Lottman y, sin duda, a las posibilidades de la noticia que intentamos de su libro.

Pero es cierto, y de ello *La caída de París* suministra datos, que antes de la ofensiva de mayo se planificó una tarea cultural de aproximación a la opinión francesa y, sobre todo, una estrategia para ganarse a los intelectuales más próximos a un Nuevo Orden Europeo. Fue una excepción en toda la acción germana en la Europa ocupada. Incluso se puso más empeño que en cultivar al aliado italiano o en entender al cliente español, o al rumano o al húngaro. La raíz de ello puede residir en el respeto que la contienda de 1914-1918 fundamentó, por encima de las rivalidades y rencores, entre los dos pueblos. Y, sobre todo, como se ha visto, en la necesidad de apoyar la hegemonía alemana en Europa sobre la potencia más poblada y más rica. Si Hitler abandonó con dificultad el espejismo de la paz por separado con Inglaterra y de la reconversión de alianzas en base al enemigo común político y estratégico, la URSS, el ejército pensó que cualquier empresa en el Este exigía una convivencia razonable con Francia. Si aún en un período avanzado de la guerra en el Este hubo personalidades en Berlín que creyeron y defendieron que hubiera cabido mantener el difícil equilibrio con Stalin, la mayoría del Alto Estado Mayor, culpaba a los políticos, al Partido y a la Gestapo del deterioro de la relación con el pueblo francés. Ya antes de la



Indicaciones en alemán en la Place de l'Étoile.

ofensiva se habían preparado la estrategia y los equipos para la colaboración con los intelectuales franceses. Lottman da cuenta de ello. En torno a Otto Abetz se monta la operación que tendrá apoyo de personalidades como Karl Epting. Hace años se publicó una obra de uno de los colaboradores alemanes en esta operación. Gerhard Heller era un «sonderführer» integrado en la propaganda —«Staffel»— en París. Un romanista como tantos otros en el ejército trata de ganar para Alemania a la intelectualidad, pero a la vez, en ocasiones, de proteger a semicolaboradores y semirresistentes.

Un escritor de gran talento, de rara y extraordinaria cultura, de posición ideológica admirada por Hitler, de nacionalismo conservador, pero de irresistible rechazo a las últimas consecuencias nazis, Ernst Jünger, nos ha transmitido el clima de estos círculos, y la complicada ambigüedad de los militares conservadores, nacionalistas pero no nazis, y al final claramente antinazis. Los diarios parisienses de Jünger, publicados en España bajo el título de *Radiaciones*, son un documento no solamente bello, sino imprescindible para entender la época.

Este «alemán en París», Ernst Jünger, héroe de la primera guerra europea, autor favorito del «Führer», irreductible culturalmente al nazismo, pero fundamento de alguno de sus mitos, reflexiona en un momento de manera que no me resisto a transcribir. El 13 de junio de 1943 (cincuenta años antes, nótese, de nuestra coyuntura actual) lleva a cabo una anotación en su cuaderno diario. Ya no es entonces dudoso que el III Reich se encara con la derrota y con su destrucción. Jünger escribe: «La posición territorial alemana es favorable y eso será algo que se hará patente precisamente en caso de derrota. Pues entonces desaparecerán las ventajas secundarias y sólo subsistirán las primeras, por ejemplo, la situación... Entonces se mostrará muy bien que los alemanes no son un pueblo «de lo uno a lo otro», sino de «tanto lo uno como lo otro»... Volverán entonces (los alemanes) a tener dos caminos, en vez de tener, como ocurre hoy, uno por el que se han extraviado. En ese caso, dependerá de ellos que el mundo del siglo XX esté vuelto hacia el Este, o que sea posible la síntesis.» □

### RESUMEN

Herbert Lottman es un norteamericano que vive desde hace años en Francia y que ha dedicado biografías individuales y colectivas a escritores y políticos franceses, desde Camus al mariscal Pétain. Esta obra, de la que se ocupa Fernando Morán, per-

tenece a las biografías colectivas, pues en ella aparece, con sus heroísmos y sus resignaciones, con sus valentías y sus claudicaciones, el pueblo de París, forzado a convivir, en la Francia ocupada, con el ejército alemán.

Herbert Lottman

*La caída de París. 14 de junio de 1940*

Tusquets Eds., Barcelona, 1993. 398 páginas. 2.900 pesetas.

# Nacimiento de la nueva Biología

Por Miguel Beato

**Miguel Beato** (Salamanca, 1939) es, desde 1977, profesor de Bioquímica en el Instituto de Química Fisiológica de la Universidad de Marburgo y fue investigador asociado en el Departamento de Bioquímica de la Universidad de Columbia en Nueva York.

La historia de la ciencia, cuando trata de temas de actualidad, suele ser escrita por los propios científicos. No es infrecuente que, tras dedicar su vida activa a la labor investigadora, algunos científicos se sientan inclinados a mirar hacia atrás y traten de dar una visión de su campo de trabajo integrada en un ámbito cultural más amplio y asequible al lector culto. Este tipo de crónicas, aun cuando de gran valor testimonial, tienen generalmente un carácter bastante autobiográfico y adolecen de una perspectiva algo parcial, unilateral, de los problemas o los fines de la investigación científica. En especial, no suelen dedicar excesiva atención a otras motivaciones que no sean las puramente científicas o personales. No así el libro que me dispongo a comentar, escrito por una joven norteamericana, historiadora de la ciencia en el «Massachusetts Institute of Technology», desde una perspectiva sociológica bastante original.

El título (*La visión molecular de la vida*) hace suponer que se trata de una crónica más de los logros de la biología molecular. Pero el subtítulo (*Caltech, la Fundación Rockefeller y el nacimiento de la nueva Biología*) deja bastante claro que nos hallamos ante un enfoque poco usual con objetivos muy precisos. Ya en la introducción queda expuesta sin ambages la tesis fundamental del libro: demostrar cómo los propósitos de una potente fundación privada influyeron de modo decisivo en la orientación de la investigación biológica norteamericana durante las dos décadas 1930-50, e incluso determinaron el desarrollo ulterior de la biología hasta nuestros días. Se trata de mostrar que el desarrollo de la biología molecular no fue un proceso natural basado exclusivamente en la fuerza explicativa de sus ideas y en la clarividencia de sus líderes, sino que más bien fue la expresión de un esfuerzo de cooperación sistemático del «establishment» científico norteamericano —científicos y patrones— para dirigir el estudio de los fenómenos vitales por caminos previamente seleccionados hacia una visión compartida de la ciencia y la sociedad. Se trasluce aquí el bagaje académico de la autora, con un componente sociopolítico considerable, y una extensa labor de estudio histórico en los archivos de la Fundación Rockefeller (FR). Basándose en este material, la autora propone que la finalidad del programa de apoyo a la investigación biológica lanzado por la FR en los años 30 era conseguir un control social del comportamiento humano. Esta finalidad se integraba en un contexto de contenido claramente eugénico dominante en una parte del pensamiento social durante el período de entreguerras, no sólo en Alemania sino también en otros países europeos, en la Unión Soviética y en Estados Unidos. En este último país, se trataba de utilizar los conocimientos científicos para conseguir una mejora de la raza humana y prevenir disfunciones y desviaciones del comportamiento que perjudicaban el funcionamiento de la sociedad industrial capitalista. Para alcanzar esta meta, la FR se propuso desde finales de los años veinte apoyar el desarrollo de una ciencia del hombre («Science of Man») considerada como una empresa a la vez científica y cultural, y para ello eligió una estrategia basada en la cooperación interdisciplinaria entre la biología básica, la físico-química y la tecnología que debía desembocar en una ingeniería humana.

Según la autora, la estrategia de la FR se basaba en obtener un consenso entre los ob-

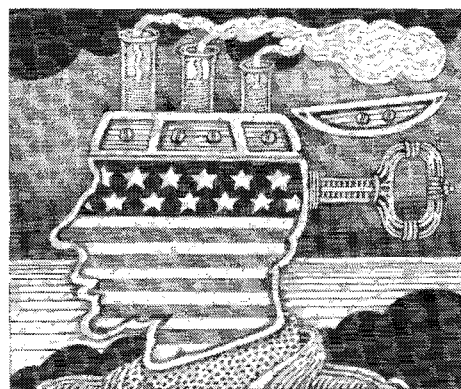
jetivos sociales y los objetivos científicos mediante la creación de un bloque cultural hegemónico sostenido por sistemas formales e informales de incentivos y poder compartido. Para ello no era necesario ningún tipo de coerción o complicidad consciente, sino que se trataba de un proceso interactivo entre diferentes grupos sociales de élite aspirantes al poder. Claramente esta idea del bloque hegemónico se deriva del análisis social llevado a cabo en el período de entreguerras por el filósofo italiano Antonio Gramsci. Basándose en Hegel y en la idea católica de la sociedad civil, Gramsci utilizó el concepto de bloque hegemónico para describir el conglomerado de fuerzas sociales, económicas y culturales que en el mediodía italiano eran responsables de una situación social retrógrada, y propuso su sustitución por otro bloque hegemónico formado por las fuerzas progresistas de la intelectualidad burguesa y de la clase trabajadora que habría de allanar el camino hacia una sociedad futura más justa. Aunque sugerente, el empleo de este concepto en relación con la financiación de la investigación biológica resulta problemático. La autora no puede evitar el forzar los hechos históricos para hacerlos entrar dentro de un esquema preconcebido y algo rígido acerca de las intenciones de la FR y del «establishment» científico norteamericano, como trataré de hacer ver en lo que sigue.

## Una poderosa simbiosis

En todo caso, la estrategia de la FR se integraba en un contexto determinado por condicionamientos históricos concretos. La primera guerra mundial había convertido a la ciencia en un factor dominante del poder, por el papel que jugó en el establecimiento de la hegemonía norteamericana. Los nuevos líderes científicos no se inclinaban por el control estatal de la ciencia y contribuyeron a crear una poderosa simbiosis entre las instituciones científicas y las fundaciones privadas, en particular la Fundación Carnegie y la FR.

¿Qué otras motivaciones movieron a la FR a dedicar recursos considerables a la financiación de la investigación biológica y, en particular, a la nueva ciencia del hombre? Por una parte, hubo motivaciones económicas, como la ya aludida meta del control social. Es decir, crear condiciones favorables para aumentar la productividad, así como un mundo estable y seguro para la empresa privada. Por otra parte, existían motivaciones ideológicas, como ya hemos visto, teñidas de eugenia, como combatir el vicio y mejorar la moral y la conducta humanas. Estas motivaciones las ejemplifica la autora en tres personajes decisivos para la realización del programa y representantes de la moral protestante norteamericana. En primer lugar, Raymond B. Fosdick, sociólogo presidente de la FR, que sentó las bases para una intervención social basada en la excelencia, la racionalidad y la ciencia. Luego el físico Max Mason, su sucesor, que orientó la FR hacia la ayuda a la ciencia básica y creó de hecho el nuevo programa de la ciencia del hombre. Curiosamente este programa asimiló muchos de los conceptos del previsto Instituto de Biología Racial que luego se convirtió en el Instituto de Biología Genética, cuyo programa era la profilaxis social basada en un concepto muy amplio de la psicobiología, que incluía aspectos médicos y biológicos. Por fin, otro físico, Warren Weaver, al que Mason ofreció la dirección de la División de Ciencias Naturales de la FR y la realización del programa biológico, y que tuvo una gran influencia sobre la política científica de la FR.

Cualquiera que fuesen los objetivos de la FR, lo cierto es que su influjo sobre el desarrollo de la investigación biológica durante los años 30, 40 y 50 fue considerable. Durante



JORGE WERFFELI

este período, la financiación de la investigación norteamericana por el Gobierno federal era modesta y las grandes sumas invertidas por la FR tuvieron un impacto trascendental. De hecho, el término mismo de «biología molecular» fue introducido en 1938 por Warren Weaver y capta la esencia del programa. En contra del sentido que ese término tiene en la actualidad, antes del final de la segunda guerra mundial la biología molecular representaba un esfuerzo por definir las bases moleculares de los procesos biológicos con un claro énfasis en la química de las proteínas y mediante la utilización de una tecnología avanzada de la física. Es sólo a partir del descubrimiento de la estructura y la importancia del DNA, en 1953, cuando el término se hace sinónimo del estudio de la replicación y el flujo de la información genética contenida en los ácidos nucleicos.

## El «Caltech» y la investigación interdisciplinaria

La estrategia elegida por la autora de limitar su descripción a la fase heroica del nacimiento de la nueva biología y de hacerlo tomando como ejemplo una sola institución, el «California Institute of Technology» (Caltech), está ampliamente fundamentada en la introducción y me parece particularmente afortunada. Durante las dos décadas elegidas se concentraron en el «Caltech» las figuras clave para el futuro de la Biología Molecular, empezando por el genetista Thomas Morgan, siguiendo con el químico Linus Pauling y terminando con el genetista George Beadle y el físico Max Delbrück. De hecho, la descripción de las actividades de estos científicos y sus interacciones con la FR constituyen la substancia de la obra y ocupan las dos terceras partes del libro.

Una cuestión interesante, que también se formula la autora, es la de cuáles fueron las razones que convirtieron al «Caltech» en el centro emblemático de la moderna biología. La pregunta no es fácil de contestar, sobre todo teniendo en cuenta que existían en los Estados Unidos numerosos centros de investigación biológica de altísima calidad. Baste mencionar las Universidades de Chicago, Harvard, Columbia, Stanford y Wisconsin, por no nombrar sino aquellas que ya en los años 20 habían alcanzado una posición puntera en la investigación biológica. Paradójicamente, una de las razones más importantes era la juventud del «Caltech» la falta de tradiciones departamentales, que facilitaban la colaboración interdisciplinaria. Además, la ausencia en el «Caltech» de una Facultad de Medicina, de tanta importancia en Harvard o Stanford, liberaba a la Biología de su labor de servicio a la clínica. Finalmente, la orientación tecnológica, con fuerte énfasis en la ingeniería, creaba las condiciones adecuadas para un enfoque instrumental e intervencionista de la investigación biológica. Estas coordenadas institucionales, junto a unos fuertes vínculos con la dinámica clase empresarial del sur de California, que veía en el «Caltech» su forja tecnológica, hicieron de esta ins-

titución el lugar elegido por la FR para concentrar sus esfuerzos con vistas a la creación de la nueva biología.

En el capítulo segundo la autora pasa revista a los personajes industriales y científicos que contribuyeron a transformar el «Throop College», fundado en 1891, en el dinámico y prestigioso «Caltech». Entre ellos hay que resaltar al astrofísico George E. Hale, al químico Arthur A. Noyes y al físico Robert A. Millikan. Bajo esta troica, anclada en la cúspide del «establishment» científico norteamericano, el «Caltech» alcanzó prominencia nacional e internacional durante los años 20. Se crearon entonces las estructuras que hicieron del «Caltech» un centro de investigación interdisciplinaria basada en la cooperación entre físicos, químicos e ingenieros, que lo convirtieron en el lugar idóneo para canalizar una gran parte de los recursos que la FR dedicaba a la financiación de la investigación biológica. Puesto que el «Caltech» no disponía de una división de Biología, fue necesario atraer a una figura del nivel del genetista Thomas H. Morgan, de la Universidad de Columbia en Nueva York, que tomó la dirección de la nueva División de Biología en 1928. Su dedicación exclusiva a la genética clásica de «Drosophila» creó algunos problemas iniciales, puesto que los planes de los directivos del «Caltech» apuntaban no sólo a una cooperación con química y física, sino también a una función catalizadora de la investigación médica en el sur de California. Tras perder parte del apoyo económico local, Morgan se vio forzado en 1933 a reformular su estrategia e incluir en el programa de la División aspectos de investigación médica básica, como fisiología, bioquímica y endocrinología. Sin embargo, durante los años 30 la División no alcanzó el propósito inicial debido a la debilidad de los departamentos de bioquímica, fisiología y biofísica, que contribuyó a la falta de cooperación con las divisiones de química y física. Los éxitos en biología durante esos años resultaron del trabajo dentro de la División en el terreno de la genética clásica, en el que Morgan se sentía seguro, y a ellos contribuyeron dos jóvenes científicos que luego habían de jugar papeles decisivos en el futuro del «Caltech»: George Beadle y Max Delbrück.

## Linus Pauling: la química de las proteínas

Antes de analizar las contribuciones de estas dos figuras de la genética, la autora resume las ideas vigentes en la época sobre la naturaleza de los genes y su función. Para los lectores jóvenes resultará quizás sorprendente darse cuenta de que todavía en los años 40 el pensamiento genético estaba dominado por el paradigma según el cual los genes eran proteínas gigantes capaces de una replicación autocatalítica. Esta concepción provenía en parte de una extrapolación del mecanismo de la inducción de anticuerpos por los antígenos, y fue ardientemente defendida por uno de los mejores químicos orgánicos de la época, Linus Pauling. Pauling publicó en 1940 dos trabajos clásicos que tuvieron un impacto inconmensurable sobre el pensamiento biológico. El primero, titulado «Una teoría sobre la estructura y el proceso de formación de los anticuerpos», dominó la inmunología hasta mediados de los años 50. El segundo, escrito en colaboración con Max Delbrück y publicado en la revista *Science* con el título «La naturaleza de las fuerzas moleculares operantes en los procesos biológicos», representó un intento de formular una teoría molecular unificada de la biología sobre la base de la primacía de las proteínas, desde la formación de anticuerpos, pasando por la síntesis de enzimas y la



Viene de la página anterior



producción de virus hasta la acción genética. Aunque en él se atribuye acertadamente a la complementariedad estructural el papel de fuerza básica operante en biología, el trabajo contiene también dos errores importantes: uno, el ya citado de la naturaleza proteica de los genes, y otro, la propuesta de que es posible la síntesis «in vitro» de anticuerpos artificiales. Este último proyecto, que sólo hoy día resulta factible, llevó durante la segunda guerra mundial a un apoyo directo de la inmunología por el Departamento de Estado como un programa de interés militar.

No obstante estos deslices, Linus Pauling fue una figura clave para el desarrollo de la nueva biología y en especial para el «Caltech». Había llegado al Instituto con poco menos de 20 años y contribuyó decisivamente a la excelencia de la División de Química e Ingeniería Química, de la que fue director desde 1937. Al final de los años 30, Warren Weaver, de la FR, animó a Pauling, que ya había iniciado una colaboración esporádica con la División de Biología, a que se concentrara sus conocimientos fisicoquímicos en el análisis de las proteínas. La respuesta positiva de Pauling, que inició estudios con aminoácidos y hemoglobina, conllevó un apoyo masivo de la FR, que culminó en la creación de un nuevo laboratorio de química bioorgánica dirigido por Pauling, el «Crelling Laboratory». En los años siguientes, y en colaboración con Robert Corey, se elucidaron en el Laboratorio las estructuras de varios aminoácidos y el «Caltech» se convirtió en el centro líder mundial de química proteica. Esta tradición ha continuado hasta nuestros días.

### George Beadle: la genética bioquímica

Mientras que la División de Química había alcanzado sumo prestigio bajo la dirección de Pauling, la de Biología seguía con grandes problemas internos y una falta de enfoque que sólo había de cambiar tras la vuelta al «Caltech» de George Beadle. Ya en 1934, durante su primera estancia en el Instituto, Beadle había sentado las bases de la moderna genética norteamericana con sus trabajos sobre los pigmentos del ojo de «Drosophila» realizados en colaboración con Boris Ephrussi. Pero fue durante su período de Stanford, adonde en 1937 había conseguido atraer al bioquímico Edward Tatum, cuando Beadle llevó a cabo sus decisivos trabajos sobre genética bioquímica. Su éxito fue facilitado por la inteligente o afortunada elección de un sistema biológico simple y fácilmente manipulable, el hongo «Neurospora crassa». El ciclo reproductivo de «Neurospora» pasa por una fase haploide, lo que permitió el aislamiento de un gran número de mutantes deficientes en la síntesis de ciertos compuestos esenciales como vitaminas y aminoácidos. Sobre la base de estos experimentos, Beadle reformuló de modo más explícito la olvidada hipótesis de Archibald Garrod (1909), postulando que un gen regula una única reacción química, catalizada por un único enzima. Estos importantes resultados no sólo tuvieron un fuerte impacto sobre la investigación genética básica, sino que también llevaron a aplicaciones de gran relevancia. Las mutantes de «Neurospora» sirvieron para desarrollar simples bioensayos para determinar la concentración de aquellas vitaminas o aminoácidos que no eran capaces de sintetizar. Bastaba comparar el efecto de un extracto sobre el crecimiento de las mutantes para determinar exactamente el contenido de la sustancia en cuestión. La importancia de estos bioensayos para la industria farmacéutica y de la alimentación queda documentada por el hecho de que durante la segunda guerra mundial, en 1942, los traba-

jos de Beadle con «Neurospora» fueron clasificados como de interés militar.

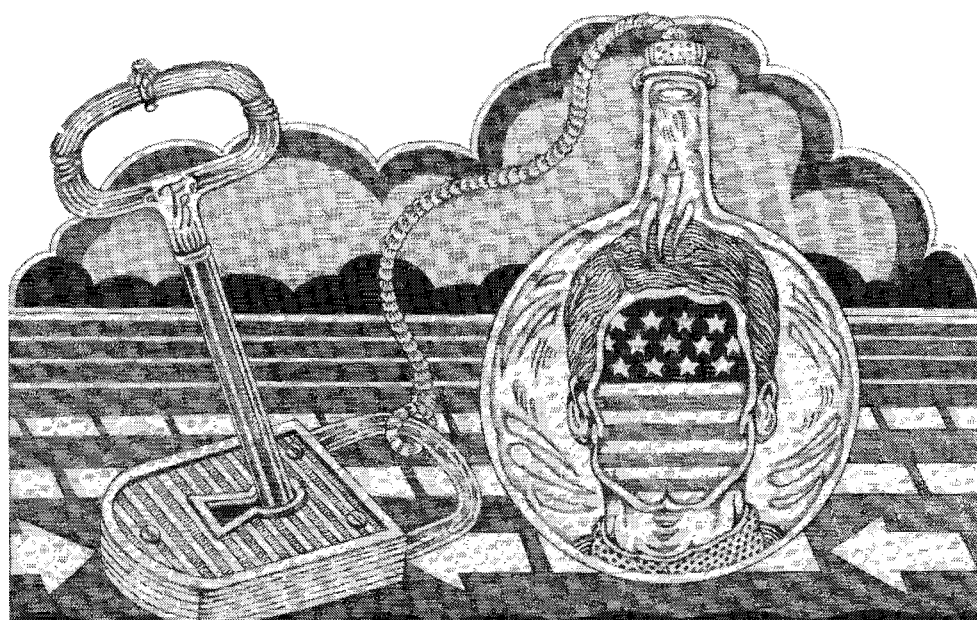
George Beadle asumió la dirección de la División de Biología del «Caltech» en 1945 y, en colaboración con Linus Pauling, inició un ambicioso programa dirigido al estudio de las proteínas gigantes, con el que se pretendía atacar todos los problemas básicos de la biología: genes, enzimas, virus y anticuerpos. Lo cierto es que, a pesar de su papel pionero en el desarrollo de la genética bioquímica, Beadle siguió firmemente anclado en el paradigma de la prioridad de las proteínas hasta principios de los años 50. Así, pues, el programa de colaboración entre química y genética para estudiar la estructura y función de las proteínas encajaba perfectamente en la estrategia definida por Warren Weaver y fue generosamente financiado por la FR.

### Max Delbrück: la escuela de los fagos

Quizás la figura más emblemática del «Caltech» en la fase que estamos comentando es la del biofísico de origen alemán Max Delbrück. Formado en las mejores escuelas de la física europea de entreguerras y manteniendo fuertes lazos con el grupo de Niels Bohr en Copenhague, Max Delbrück fue uno de los pocos físicos que alcanzó una visión auténticamente biológica de los problemas genéticos. Su enfoque fue aparentemente reduccionista, al concentrarse en los objetos de estudio más simples de la biología, los virus bacterianos. Sin embargo, esto no le privó nunca de una aguda consciencia de la complejidad inherente a los sistemas biológicos y de una visión muy clara de la lógica característica de los seres vivos. Max Delbrück se incorporó al equipo de «Caltech» en 1947, poco después de que el físico Lee A. Du Bridge asumiera la dirección del Instituto, y contribuyó decisivamente a crear las condiciones que hicieron posible el resurgir de la nueva genética basada en los ácidos nucleicos. Aun cuando todavía la primacía de las proteínas propugnada por Pauling celebró grandes éxitos, como el esclarecimiento de la patología molecular subyacente a la anemia falciforme (1949) o el descubrimiento de la estructura de la hélice  $\alpha$  de queratina (1951), ya al final de los años 40 los resultados obtenidos en bacteriófagos hacía ineludible un cambio de actitud.

Delbrück había comenzado a trabajar con bacteriófagos en 1937 en la Universidad de Vanderbilt y ya en el primer Simposio sobre genes y cromosomas en Cold Spring Harbor (1941) había presentado, junto a Salvador Luria, importantes resultados, que tuvieron un gran impacto entre los genetistas norteamericanos. En el tercer Simposio (1944) se creó un servicio de información, y al año siguiente tuvo lugar el primer curso sobre fagos en Cold Spring Harbor, con lo cual quedó establecida la «escuela de los fagos». En los años siguientes, el descubrimiento de las mutaciones inducidas, de la exclusión mutua y del intercambio de material genético entre fagos llevó a revalorar los trabajos de Oswald T. Avery sobre el papel de los ácidos nucleicos. Pero la prueba decisiva de que los ácidos nucleicos son los portadores de la información genética se obtuvo estando ya Delbrück en el «Caltech» y utilizando las nuevas técnicas de marcaje con isótopos radioactivos en colaboración con Hershey. Por fin, en 1950, Renato Dulbecco se unió al grupo de Delbrück y utilizó la estrategia desarrollada en fagos bacterianos para estudiar virus animales. Así se abrió un capítulo que había de llevar al explosivo desarrollo de la biología molecular de eucariotas, en el que aún estamos sumergidos.

El papel de Delbrück en este vertiginoso proceso fue el de catalizar un ataque racional



JORGE WERFFELI

y sistemático de la genética basada en la actitud y el rigor intelectual característicos de la física experimental. Su relación con las grandes escuelas de física europeas y el entorno que recibió su enfoque en el seminal libro de Erwin Schrödinger *Qué es la vida*, hicieron que los trabajos de Delbrück tuvieran una gran repercusión, no sólo en el ámbito de la ciencia experimental, sino también en las consideraciones epistemológicas sobre las implicaciones de la genética que se iniciaron a mediados de este siglo.

### El nacimiento de un paradigma

El libro termina con un capítulo en el que la autora resume brevemente la información presentada a lo largo del texto acerca de los condicionamientos históricos que llevaron al nacimiento del paradigma de la biología molecular basado en el predominio de las proteínas como portadoras de la información genética. Luego describe sucintamente cómo este paradigma fue reemplazado a mediados de los años 50 por el de la primacía de los ácidos nucleicos que asumen la función normativa, quedando las proteínas relegadas a la función ejecutiva como los instrumentos de realización del programa genético. Utilizando una analogía con la lingüística podríamos decir que los ácidos nucleicos son el texto del mensaje genético, mientras que las proteínas representan el sentido de este mensaje.

En el resumen final surgen de nuevo algunos de los problemas e inconsistencias subyacentes al plan de esta interesante obra. La autora trata declaradamente de demostrar su tesis de partida, según la cual existía una coincidencia de intereses entre los responsables de la FR y los líderes científicos del «Caltech». Esta coincidencia histórica explicaría la formación casi espontánea de un bloque hegemónico, un «establishment» científico, capaz de influir la dirección de la investigación biológica de acuerdo con objetivos preconcebidos. Lo cierto es que este mismo texto ofrece numerosos ejemplos de conflictos, a veces profundos, entre los intereses de los directivos de la FR y los científicos encargados de realizar el programa de Biología Molecular. Baste recordar la discrepancia entre el interés de Thomas Morgan por la genética clásica y la presión por parte de la FR y de los dirigentes del «Caltech» para tomar una orientación más cercana a objetivos médicos. En otros casos los conflictos fueron más bien de tipo personal, debido a que las ambiciones de los líderes científicos sobrepasan las previsiones econó-

micas de la FR, lo que ocurrió repetidas veces, por ejemplo con Linus Pauling. Estos conflictos son la consecuencia lógica de que la realidad es más compleja de lo que quisieran los historiadores. Sin embargo, y en líneas generales, lo cierto es que los líderes científicos del «Caltech» fueron casi siempre conscientes de su importante papel histórico y de su privilegiada relación con los mecanismos del poder, y que a menudo se adaptaron a los planes de la FR, tratando a su vez de influirlos de acuerdo con sus propios intereses.

Uno de los problemas que plantea la obra de Lily Kay en sus conclusiones es el de si nuestras ideas acerca de cómo se establece un paradigma científico son o no adecuadas. De acuerdo con la teoría de Thomas Kühn, descrita en su importante obra *La estructura de las revoluciones científicas*, un paradigma científico se impone y sustituye al precedente por su mayor capacidad explicativa, por ofrecer un aparato teórico capaz de integrar de modo coherente un número mayor de observaciones empíricas y, sobre todo, algunas observaciones consideradas claves. Aun cuando este concepto sigue teniendo vigencia, las reflexiones resumidas en el libro que comento respecto al papel del bloque hegemónico, del «establishment» científico, nos fuerzan a considerar aspectos sociales y económicos que pueden influir el desarrollo y el carácter dominante de una visión científica determinada. Es cierto que, a pesar de que instituciones como Howard Hughes dedican cantidades a la investigación biológica muy superiores a las que jamás invirtiera la FR, el impacto de las instituciones privadas ha disminuido sensiblemente desde el final de la segunda guerra mundial en la medida en que el papel estatal en la financiación de la investigación ha ido aumentando. Por otra parte, los medios estatales se distribuyen en su mayor parte de acuerdo con una evaluación de los proyectos por parte de la misma comunidad científica. Pero tampoco los estados están libres de intereses económicos y sociopolíticos y el mecanismo del «peer review» no es un obstáculo insalvable a una toma de influencia por parte del bloque hegemónico. No olvidemos que la FR siempre utilizó este procedimiento para evaluar la calidad científica de las solicitudes de ayuda económica formuladas por los científicos del «Caltech». En todo caso, este libro representa una original crónica de una fase fascinante de la biología y contribuirá a que algunos científicos pierdan parte de la inocencia que les permite vivir en la ilusión de que su actividad transcurre desligada de influencias extracientíficas. □

### RESUMEN

El libro que comenta Miguel Beato es, desde luego, una crónica de los logros de la biología molecular, pero, sobre todo, llama la atención por su enfoque poco usual y sus objetivos bien precisos: demostrar cómo la

potente Fundación Rockefeller influyó entre los años treinta y cincuenta en la investigación biológica norteamericana, e incluso cómo determinó el desarrollo ulterior de la biología hasta hoy.

Lily E. Kay

*The Molecular Vision of Life. Caltech, the Rockefeller Foundation, and the Rise of the New Biology*

Oxford University Press, Nueva York-Oxford, 1993. 304 páginas.

# La «pasión» por la Antigüedad

Por Juan José Martín González

**Juan José Martín González** (Alcazarquivir, Marruecos, 1923) es profesor emérito de la Universidad de Valladolid, donde ha dirigido el departamento de Historia del Arte. Es miembro numerario de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Entre sus obras más conocidas se hallan El artista en la sociedad española del siglo XVII, El escultor en Palacio y El retablo barroco en España.

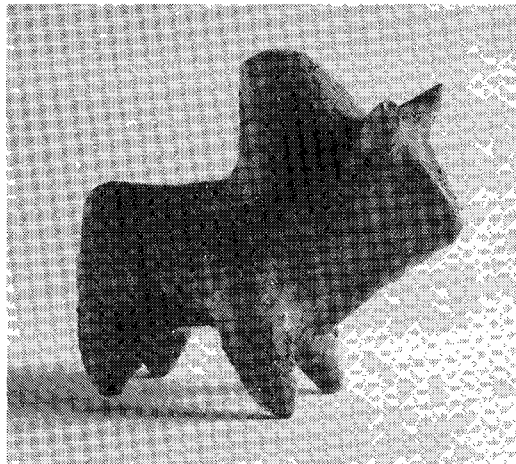
El acceso a un museo supone por lo pronto la disponibilidad del visitante para aceptar la comunicación con las obras de arte. Por lo general, este acercamiento se produce en virtud de una corriente de simpatía, que busca en la obra el desencadenamiento de una afectividad o placer estético. Si se trata de un estudioso, sin duda el examen incidirá en consideraciones formales y referencias al autor. Pero habitualmente se margina el historial, el itinerario en virtud del cual la obra ha llegado al museo, sin duda por considerarlo secundario. Sin embargo, para un historiador actual este aspecto resulta fundamental, ya que confiere a la obra el valor de elemento histórico que ha ido abriéndose paso en diferentes etapas hasta su última ubicación. Por buscar un ejemplo, las esculturas de mármol del Partenón, custodiadas en el Museo Británico, constituyen el más grandioso prólogo en la visita. Pero el curioso quedaría deslumbrado si conociera todo el alcance de la «batalla de los mármoles de Elgin» (F. H. Taylor, *Artistas, príncipes y mercaderes*), que supuso la instalación en Londres de lo más rancio del espíritu artístico de Grecia.

Hay, pues, en todos los museos no una, sino mil historias, ya que se refieren a obras concretas o a colecciones que se han integrado.

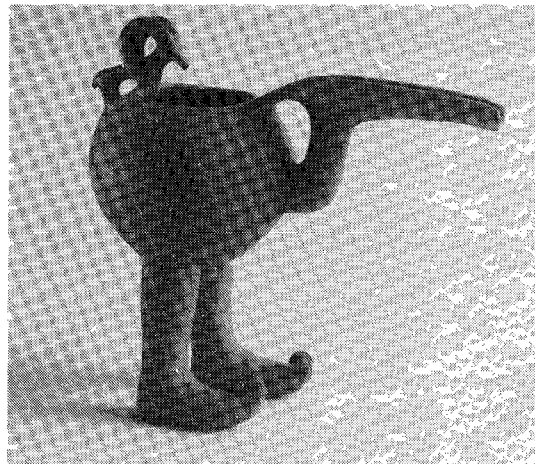
## ¿Manía por lo antiguo?

La cultura occidental tiene conciencia de ser tributaria de todo el legado de la Antigüedad (lengua, literatura, religión, ley, arte). Pero por Antigüedad hay que entender fundamentalmente Grecia y Roma, sin descuidar Egipto y otras civilizaciones de la cuenca mediterránea. Esta conciencia ha motivado una nostalgia, traducida en búsqueda de las raíces. En 1988 tuvo lugar en Montpellier un coloquio internacional, a propósito de este esfuerzo por recuperar el contenido artístico de la Antigüedad. Los textos de este coloquio han sido reunidos y comentados por Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian, con introducción del experto en sociología del arte Francis Haskell. Aparece el libro con el título de *L'Anticomanie* y el subtítulo de *La collection d'antiquités aux 18<sup>e</sup> et 19<sup>e</sup> siècles*. No se halla el vocablo en el diccionario español. Literalmente habría que usar la traducción directa como «anticomanía», pero el autor no está autorizado para introducir neologismos y prefiere el uso de «pasión por lo antiguo». Es evidente que el objeto apunta a la búsqueda de objetos y a la reunión de colecciones. Pero el coloquio se centraba, más que en la historia del coleccionismo de los siglos XVIII y XIX, en profundizar en los móviles que arrastraban al coleccionista. A éste se le supone apasionado hasta el extremo de sentir una «manía» por su tarea.

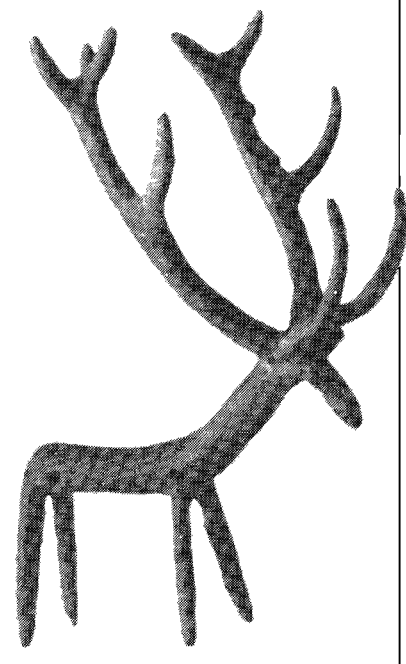
Con obsesionado delirio estudió François Artaud el Arco de Triunfo de Orange. Soñaba con él; todos los días lo contemplaba y creía verlo por vez primera. El entusiasmo, la obsesión, el amor desmesurado es lo que caracterizan a este movimiento de reclutamiento artístico de la Antigüedad. Los infinitos buscadores de tesoros, los interesados comerciantes, los especuladores, son de otra grey, situa-



Una figura de terracota persa, ca. 2.000 años a.d.C. The Menil Collection, Houston, Texas (EE.UU.)



Una vasija funeraria de Azerbaijan, ca. 1.000 años a.d.C. The Menil Collection, Houston, Texas (EE.UU.)



Una figura en bronce persa, ca. 8.000 años a.d.C. The Menil Collection, Houston, Texas (EE.UU.)

da fuera del radio de los «apasionados por la Antigüedad». Por esta razón pudo acometerse la más efectiva recogida de restos artísticos del pasado.

## La búsqueda de antigüedades

Aceptado el valor de lo antiguo, la adquisición de objetos se verificó con arreglo a diferentes métodos. El más directo fue la apropiación. ¿No quedaron deslumbrados los conquistadores romanos que se adueñaron de Grecia y mostraron su admiración llevándose a sus lares las estatuas de los vencidos? A lo largo de la Edad Media y del Renacimiento se asiste a un continuado expolio de obras griegas y romanas que estaban indefensas a la vista del público. Pero pronto la lectura de Plinio, Virgilio y otros clásicos de las lenguas helénica y latina puso en marcha las excavaciones. Una de ellas dejó al descubierto en 1506 el Laoconte, que fue pieza príncipe del incipiente Museo Vaticano.

Se hace frecuente el coleccionista que sufraga excavaciones, sabedor que saldrán a la superficie esculturas, monedas y cerámica. Los Papas se sitúan en la vanguardia de los excavadores. A este grupo pertenece la colección formada por el cardenal Melchior de Polignac, formada durante el tiempo que permaneció en Roma (1724-1732). Los cardenales Albani y Polignac mandan excavar la Villa de Adriano. Casi trescientas piezas de mármol constituyeron esta colección, que acabó siendo adquirida por Federico II de Prusia.

El siglo XVIII descubrió el enorme encanto de la cerámica pintada griega; pero asimismo se valoró la romana y constituyó el gran descubrimiento la etrusca. A través de la cerámica pintada se reparaba la pérdida de la pintura mural griega, de que hacían subida alabanza los escritores. Miles de vasos etruscos se localizaron en Canino.

Gran resonancia alcanzaron las excavaciones emprendidas por Giampietro Campana en Roma y Cervetri. De esta manera se constituyó su Galería, distribuida entre las numerosas villas del Marqués de Campana. Condenado en 1858 por especulación, su colección fue confiscada, yendo a parar al Museo de Napoleón III en París.

El comercio fue otra de las vías de reclutamiento de obras de arte de la Antigüedad. Irène Favaretto resalta el papel que ha desempeñado Venecia en el comercio de obras de arte, aspecto que viene a sumarse a las muchas operaciones comerciales que se canalizaron a través de la ciudad. ¿Acaso no fue Venecia el punto de desembarco de Dominico Greco, huido de Creta? La historia de la economía tiene una cita trascendental en la república veneciana.

La raíz de este comercio descansa en la demanda que ricas familias del patriciado hacen de las obras de arte, convirtiéndose en coleccionistas. El mayor protagonismo perte-

nece a la familia Nani, que tuvo bajo su gobierno la flota veneciana del Mediterráneo oriental. No sólo reunieron obras, sino que como coleccionistas cultos hicieron imprimir los catálogos de sus fondos. Comprendieron los Nani que el prestigio político se consolidaba con el intelectual, cuya cumbre radicaba en el coleccionismo. A sus palacios venecianos llegaban obras del Asia Menor, del Peloponeso y de las Islas. Ciertamente era un coleccionismo ecléctico, pues entraban obras etruscas, romanas, griegas y egipcias. Destacaban los relieves y las estatuas, pero su monetario superaba las dos mil unidades. Los vaivenes económicos motivaron la salida de muchas obras de Venecia. De la misma manera que Venecia guarda de Constantinopla los cuatro caballos de San Marcos, un día se despidió de la Suovetaurilia, que está en el Museo del Louvre.

No hay que descuidar el papel desempeñado por Sicilia, antigua placa giratoria de la cultura griega a los pies de Italia. Raymond Chevalier se ocupa del coleccionismo en el ámbito de familias sicilianas, a través de testimonios de Catania, Trapani, Palermo, Agrigento y Siracusa. Son de recordar los «Carneros de Siracusa», hoy en Palermo. Un excepcional testimonio respecto a la valoración que merecían estas obras clásicas procede nada menos que de Goethe, quien describe con sentido poético los carneros.

## Colección-museo

Esta modalidad de coleccionismo impulsado por cultivadores apasionados está acompañada de notas específicas que aseguran su seriedad científica y la capacidad de supervivencia. Los coleccionistas se dejan aconsejar por entendidos, por expertos, primero para adquirir las obras, después para estudiarlas. La consecuencia será la edición de catálogos, que aseguran la procedencia y precisan las características. De esta manera se tiene una muy segura información en las piezas que proceden de estas colecciones. Y en última instancia, en vida o por testamento han asegurado la integración de la colección mediante una donación, que la ha llevado a la categoría de museo público. Lo admirable de estos coleccionistas es que dedican a estos afanes el tiempo del ocio o lo que corresponde al descanso. Su servicio a la sociedad no ha podido ser más generoso. Con frecuencia su profesionalidad ninguna relación guarda con la actividad de coleccionista.

El comerciante de Aviñón François Artaud despierta para el coleccionismo entregado a sus tareas mercantiles en un viaje por Italia. Pero un acontecimiento catapultó su actividad: el descubrimiento en 1806 en Lyon del mosaico de los Juegos del Circo. Su apasionamiento fue a la par de su sabiduría, ya que hizo una metódica publicación acerca del mosaico. Preocupado por el futuro de su co-

lección, se instaló en Orange, donde fundó el Museo que lleva su nombre.

Foissy-Aufrère eleva a Esprit Calvet a la categoría de «sabio» coleccionista. Sus adquisiciones fueron avaladas por legión de expertos; los numerosos volúmenes de sus catálogos contienen exhaustiva información de las piezas acopiadas. Representa por ello Calvet el más acreditado ejemplo de coleccionista científico, de suerte que las obras que reunió satisficieran al más exigente historiador del arte. Es el timbre de gloria del Museo Calvet de Aviñón.

El caso del coleccionista Raoul Warocqué es analizado por Annie Verbanck-Pierard. Con él se llega a un tipo de coleccionista extraído de la burguesía encumbrada en Bélgica: talento político, empresario industrial, pero ciudadano convencido de lo mucho que podía hacer culturalmente por su patria. El compromiso con su bienestar estuvo en alianza con su elevado punto de mira: formar una colección, gozando del mejor asesoramiento, que fue el del gran experto Franz Cumont. Verbanck-Pierard señala que en este caso se puede estimar el asesoramiento de Cumont más allá de un «patronazgo científico». Y al final consumó la operación del modo más inteligente y generoso: la fundación del Museo de Mariemont. Como se insiste en el escrito, hay que referirse al «patriotismo» de Warocqué, ya que al legar el Museo al Estado belga demostraba su sensibilidad para hacer compatible el progreso técnico y la riqueza con la cultura y la belleza.

Por las razones antedichas debe subrayarse el papel del editor. Gracias a las publicaciones, las colecciones, no visitables directamente, eran conocidas por los textos, no pocas veces en compañía de grabados. El Barón de Hancarville publica en 1766 una parte sustancial de la colección del Conde de Hamilton. Los fondos del Museo Panckoucke son exhaustivamente conocidos gracias a las ediciones salidas de la misma familia, dedicada a tareas editoriales.

## Los grandes museos

La Ilustración se ocupó necesariamente de los museos. El siglo XVIII alentó la creación de museos públicos. Surgen en las principales capitales de Europa, generalmente como resultado de una política de Estado. Pero con el objetivo hacia el que apunta este libro, sólo interesan aquellos relacionados con el coleccionismo particular. Los museos del Louvre y el del Prado, en el siglo XIX, responden a creación del Gobierno (Napoleón y Fernando VII).

El caso del British Museum encarna «la transición de la galería privada al museo público» (Wolfgang Ernst). Lo que se pretendía aplicar en este nuevo museo reposa en la ima-



Viene de la página anterior

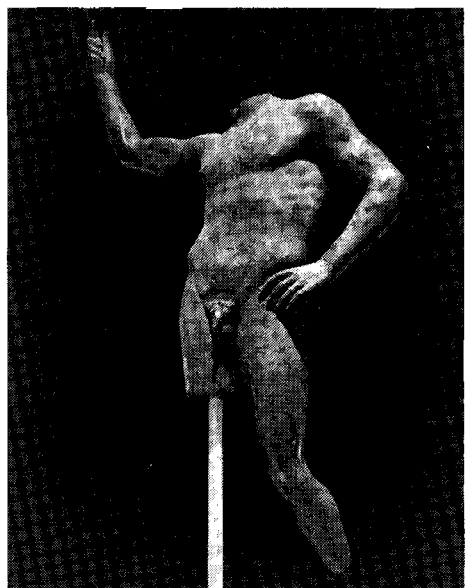


ginación de Adolf Michaelis. Las galerías privadas eran depósito de recónditas riquezas artísticas, muy difícilmente accesibles, siempre en el campo de la amistad y como prueba de buen gusto y talla social. Pero la colección privada es en definitiva creación de un «amateur», no de un científico. Pero en el siglo XVIII avanzaban con vigor los nuevos museos estatales y las universidades provistas del mayor instrumental científico. Metodológicamente, ¿qué podía ofrecer una galería privada? De esta suerte se configura la posible finalidad del British Museum, que nacería como una concentración de colecciones privadas, pero sometidas a un propósito unificante, con catálogo único y lengua universal. La aportación de los coleccionistas quedaría recogida en el recuerdo como donantes. El punto de arranque fue 1753, con la donación hecha al Parlamento por sir Hans Sloane, constituida con fondos de historia natural. Pero el British no logró desembarcar en la integración, y así quedó reflejado cuando Sloane fue nombrado patrono. El paso de los años haría que la colección fuera absorbida, lo mismo que las demás, para constituir un discurso científico, completo y unificado.

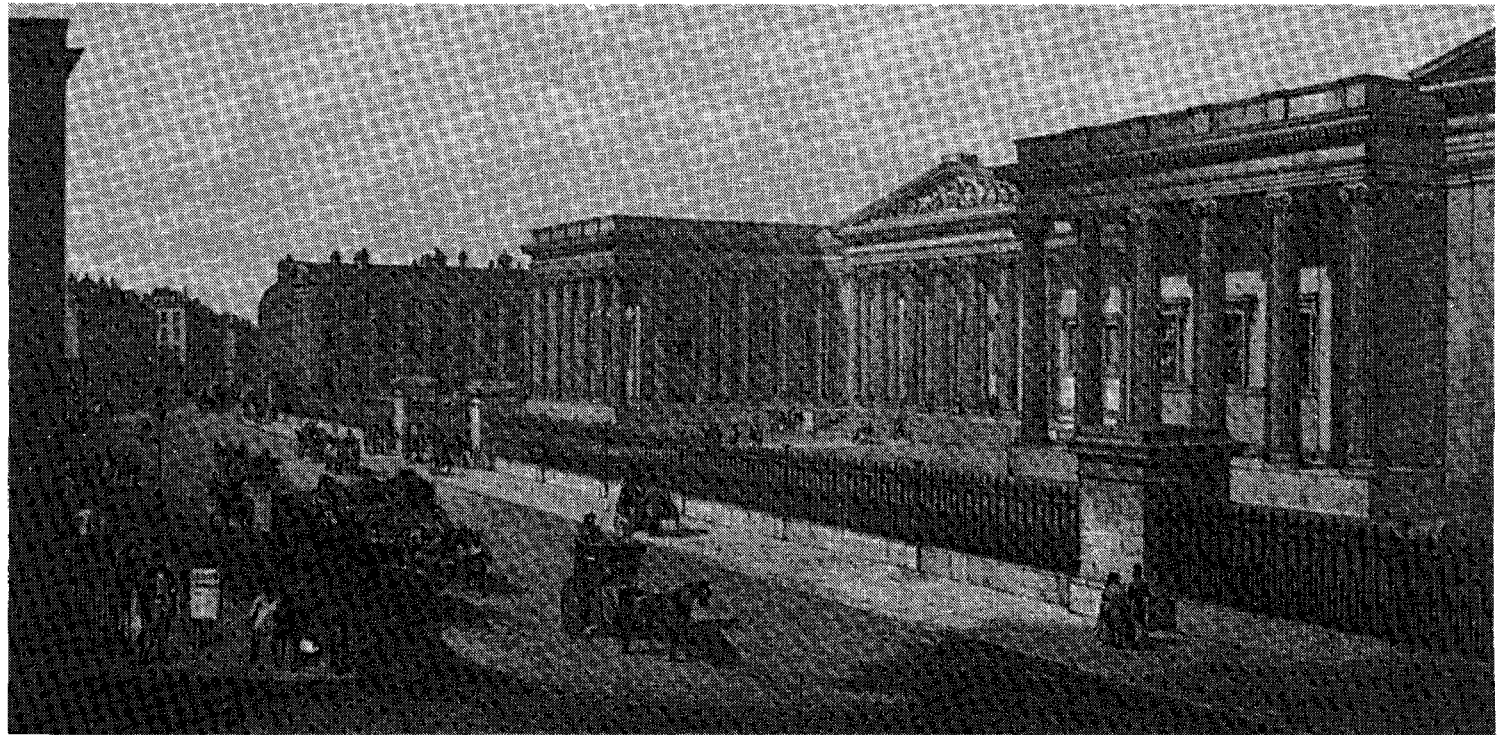
El Museo surgió por decisión del Parlamento británico durante el reinado de Jorge II. Que era empresa oficial lo acredita que el museo quedara regido por un patronato. La biblioteca fue considerada fundamental, por nacer el museo como centro de investigación. Su desarrollo quedaba garantizado por la aplicación de un presupuesto del Estado; pero además se aceptaban donaciones y depósitos temporales. Coleccionistas particulares regalaban sus obras de arte, pero otros donantes aportaban dinero, con lo cual el museo estaba en condiciones de realizar compras. Todas estas posibilidades han conducido a que, superada la primera fase, el museo haya adquirido una dinámica moderna, fruto de la cual es el inmenso patrimonio artístico y cultural que acoge.

## Los vaciados de yeso

La presencia de un vaciado de escayola no depara mucho interés para el contemplador actual; se juzga por la facilidad con que surge de un molde, que tolera reproducciones sin cuento. Pero esto no ha sido así. Es más, el historial de los vaciados cobra los matices más relevantes. Esta historia está ligada también a la pasión por la Antigüedad, pues quien viva en Madrid, París o Londres, ¿puede admirar el Hércules Farnesio o la Victoria de Samotracia? Un vaciado bien hecho no es de ninguna manera el original en mármol, pero en yeso reproduce exactamente la forma, de manera que permite valorar la composi-



Una figura romana en bronce, siglo III d.d.C. The Museum of Fine Arts, Houston, Texas (EE.UU.)



El British Museum, según una litografía de E. Walker.

ción, el espacio, el tratamiento del desnudo o de los pliegues. En los mismos tiempos clásicos se hacían copias en mármol de las esculturas originales; así podemos conocer obras de Praxiteles y otros grandes maestros. Las copias en yeso se generalizan desde el siglo XVI. El Laoconte se dibuja, se graba, pero se logra permiso para obtener moldes y reproducir el grupo en yeso.

En 1649, Diego Velázquez emprendió su segundo viaje a Italia. El pintor aragonés Jussepe Martínez describe que la finalidad del viaje era la adquisición de pinturas y «estatuas antiguas, y las que no se pudieren haber, se vaciarán y traerán las hembras a España, para vaciarlas después con todo cumplimiento».

Henriqueta Harris ha podido identificar algunas de las esculturas traídas, varias de ellas en el Museo del Prado. ¿Pero qué fue de los vaciados en yeso?

La obtención de vaciados resultó dificultosa, dadas las barreras opuestas por los propietarios de los originales. Pese a las creenciales de que disponía el pintor, tuvo que servirse de la intercesión de altos dignatarios, como el conde Oñate cerca de la Santa Sede, poseedora de una importantísima serie de originales griegos. Visitó las colecciones de las ilustres familias de los Médicis, Borghese y Farnesio. En cuanto al procedimiento técnico, de las piezas pequeñas se fabricaron directamente vaciados. Para las grandes se optó por realizar moldes («hembras») fragmentarios. Una vez en España, mediante estos moldes se obtuvieron las obras de gran tamaño, como el mismo Laoconte.



Fragmento de un relieve griego, ca. 480 años a.d.C. The Museum of Fine Arts, Houston, Texas (EE.UU.)

Las esculturas traídas en la misión de Velázquez se colocaron en el Alcázar de Madrid, no sólo las de mármol y bronce, sino las de yeso. En la famosa «Galería del Cierzo» convivieron pinturas de Rubens, Van Dyck, el Greco, Veronés y del propio Velázquez, junto con vaciados de yeso. Allí se encontraban el Hércules y Flora, de tamaño colosal. Asimismo en la «Bóveda de Ticiano» se hallaban diversas figuras de yeso, entre ellas el grupo del Nilo y el Laoconte. Esto representa que la Antigüedad helénica se acomodó en el Alcázar, midiéndose las piezas de yeso con los originales de los grandes pintores. Esto representa la alta consideración que merecían estos yesos, única forma de hacer convivir el arte clásico con el moderno. Estos yesos fueron, por tanto, piezas de museo, pertenecientes a la colección real. Pero si cupiera alguna duda de la alta estima, hay que acudir a los inventarios, donde se ponen en guarismos económicos lo que representan las obras. En cinco mil doblones de oro se tasó el grupo del Laoconte en el inventario efectuado a la muerte de Carlos II.

Tras el incendio del Alcázar en 1734, las obras que no resultaron destruidas quedaron almacenadas. Felipe V ordenó en 1744 que pasaran «a las Salas de los Estudios de la Academia». El inventario de piezas trasladadas a la naciente Academia de San Fernando ha sido puntualmente analizado por María Luisa Tárraga. Pasaron a la naciente institución importantes vaciados de la Antigüedad. Todo este material se destinaba a servir de modelo a los alumnos de la Academia. Ante estas piezas aprendían a dibujar, colorear y componer. Los sucesivos inventarios de la Real Academia muestran que infinidad de copias de yeso había en la corporación siempre con la vista puesta en la enseñanza. De esta manera se transmitía el mensaje de la Antigüedad clásica a las nuevas generaciones. En el zaguán del edificio de la actual Academia reciben al visitante las colosales estatuas de Hércules y

Flora, las mismas que trajo de Italia el pintor Diego Velázquez.

Ubeda de los Cobos ha establecido las fases por las que pasa la colección de vaciados de la Real Academia. En un primer momento se mezclan vaciados de obras clásicas, renacentes y barrocas. Se pasa luego a una etapa neoclásica, alimentada por vaciados de obras mandadas hacer de las esculturas romanas halladas en Herculano. Los alumnos copiaban las formas clásicas y las sometían al ideal moral de la Antigüedad. Pero la crítica que ciertos académicos introdujeron en la Academia, y sobre todo Francisco de Goya, desvió la atención hacia la autonomía del artista, aconsejando que se siguiera el estudio de la misma naturaleza. Esto determinó la última etapa en el estudio de los vaciados, en los que solamente se tenía presente la forma, no el espíritu.

Pero los vaciados llegaron asimismo tempranamente a París. La creación en 1666 de la Academia de Francia en Roma facilitó la obtención de vaciados destinados a París. Se reunieron en el Museo del Louvre, que posteriormente se llevaron a la École des Beaux-Arts. Este material sufrió tremendos estragos en la revuelta estudiantil de mayo de 1968. En 1970 se adoptó la inteligente medida de reunir los vaciados, restaurarlos y exponerlos en el Musée des Monuments Antiques, en Versalles. El Apolo del Belvedere, el Laoconte, la Columna Trajana y tantas obras de la Antigüedad sirven de modelo a los alumnos de arquitectura y bellas artes, facilitando de esta suerte el encuentro con el pasado.

Como colofón a lo que va dicho puede afirmarse que al rendir culto a la Antigüedad se estimula el sentimiento particular de cada nación. Es lo que deduce Krzysztof Pomian, cuando desarrolla el título «Los dos polos de la curiosidad anticuaría». Es reconocer que mirar al pasado es como mirarse a sí mismo. □

## RESUMEN

En la recuperación de la memoria histórica las obras de arte de la Antigüedad desempeñan una misión esencial. El libro reseñado por Martín González trae al primer plano la benemérita

labor de los coleccionistas. El público admira las obras de los museos, sin tener conciencia del reconocimiento que se debe a quienes las reunieron y posteriormente donaron.

Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian (recopiladores)

*L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux 18<sup>e</sup> et 19<sup>e</sup> siècles*

Edition de L'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, 1992. 352 páginas. 250 francos.

# Los mongoles y Europa en el siglo XIII

Por Francisco López Estrada

**Francisco López Estrada** (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid; es académico de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, correspondiente por Andalucía de la Real Academia Española y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Ha sido Vicepresidente de la Asociación Internacional de Hispanistas. Es autor de estudios sobre libros de viajes medievales y de una Introducción a la literatura medieval española, así como de distintas ediciones críticas y monográficas sobre textos de la Edad Media y de los Siglos de Oro.

Conocer a los vecinos y también a los que viven más allá fue en la Edad Media conveniente a los gobernantes; y esto, que es una medida elemental de la política, se agudiza en determinados períodos históricos, sobre todo cuando ocurren hechos sorprendentes que parecen poner en riesgo el equilibrio cultural de una época. El libro que aquí comento aporta noticias sobre una de estas situaciones conflictivas que significó una crisis y, a la vez, un acercamiento entre la Europa del siglo XIII y el pueblo de los tártaros o mongoles. Y esto implicó la primera gran apertura de Europa hacia un Oriente que estaba más lejos que las naciones que hasta entonces la habían separado del Asia profunda. Polonia, Hungría, Rusia, Bulgaria y el Asia Menor, con Bizancio, se vieron amenazadas y pronto agredidas por la expansión, que parecía imparable, del imperio de Chingis Kan, el «señor universal», más conocido entre nosotros como Gengis Kan (†1227), al que siguieron otros Kanes de la familia durante el siglo XIII, continuadores de su política de agresión bélica. Era como la inundación de un gran río humano que se desbordaba de sus límites.

El libro de Juan Gil, titulado *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, informa sobre la agitación que conmovió a las cancillerías europeas ante la gravedad de las noticias que iban llegando de Oriente.

La obra consta de dos partes: una es un amplio estudio (págs. 9-146) sobre el conjunto de los informes recibidos sobre el caso y su interpretación a través de la tradición libresca y de las noticias que se iban reuniendo apresuradamente; y la otra es la edición de los documentos más importantes de estas noticias. El acontecimiento era muy complejo; se trata de un episodio más del movimiento de los pueblos nómadas del Asia, en este caso los tártaros de Mongolia. Fieros y de gran sobriedad, grandes tiradores con el arco, jinetes sobre veloces caballos, acometen y subyugan a sus vecinos, y llegan a forjar un «imperio», o sea una organización de gobierno que, reduciendo sucesivamente a los otros pueblos o con una cruel guerra o con pactos, los someten a su dominio.

## El fin del mundo

Juan Gil estudia la repercusión de estos hechos en Europa y refiere cómo se interpretaron, sobre todo por parte del Papado, que, en competencia con Federico II, asumió entonces la dirección de la Cristiandad occidental. La interpretación apocalíptica, que preveía el fin del mundo, volvió a relacionarse esta vez con la noticia de la llegada de estos mongoles a los límites de Europa, por tierras de Polonia y de Hungría. Los tártaros eran los precursores del Anticristo y avanzaban, imbatibles, como castigo de Dios.

Inocencio III, nombrado papa en 1243 en medio de este torbellino, quiso tener noticias de un enemigo tan temible para mejor preparar la defensa y adoptar una política adecuada al caso. Y como las razones de los libros de poco valían, después de asegurarse de que los mongoles recibían a los embajadores, quiso probar la vía diplomática y envió sus embajadas al Gran Kan de turno.

Juan Gil ha recogido y ordenado estas noticias sobre los informes diplomáticos y de otra especie, venidos de Oriente, y con el conjunto ha formado un cuadro de este episodio de las relaciones entre Europa y una parte del Oriente hasta entonces casi desconocida. De

entre esta suma de noticias hay algunas que conviene destacar por la novedad que representan. Más allá de las cartas diplomáticas, formulísticas casi siempre, están los relatos que los embajadores, viajeros al fin y al cabo, escribieron sobre lo que habían visto en sus itinerarios. De esta manera, las noticias sobre los tártaros recogidas de estos viajes fueron adquiriendo visos humanos; se trataba de pueblos que vivían a su aire, diferentes de los europeos, y cuyo sentido político era distinto. Desde hacía tiempo no se había producido un hecho parecido: en el siglo XIII, los gobiernos de Europa, con Roma a la cabeza, reconocen la existencia de esta Asia profunda, más allá de los pueblos islámicos con los que tenían la contienda de Jerusalén. Y como el poder mongol subyugaba también a los musulmanes, se pensó en que los tártaros podrían llegar a convertirse en aliados frente a un enemigo común. El lejantisimo Catay y la India, conocida por las aventuras de Alejandro el Magno, también entraban en el juego de esta geopolítica de gran envergadura. Y de ahí el valor histórico y humano de estos relatos que Juan Gil, catedrático de lengua latina en la Universidad de Sevilla, publica en cuidadas traducciones, vertiéndolos del latín de las mejores ediciones al español.

## Noticia de los mongoles

En su edición recoge cinco textos, cuya intención resumiré aquí. El primero de ellos (págs. 147-158) es una carta del dominico fray Julián a Salvio de Salvis, legado apostólico en Hungría, escrita a fines de 1237 o comienzos de 1238; en ella le informa que, yendo a evangelizar a los húngaros, tuvo noticia de los avances de los mongoles por Rusia y vio cómo huían las poblaciones, atemorizadas por un enemigo invencible por el alcance de sus saetas y la organización de su ejército. La caída de Kiev en 1240 fue el indicio de su proximidad. Europa estaba en peligro. La carta informa sobre el origen, costumbres y estrategia del pueblo mongol, del que poco se sabía, y que a través de estas noticias aparece como un terrible adversario.

El segundo texto recoge la *Historia de los mongoles* (págs. 159-249) de fray Juan de Pian del Cárpine, franciscano, elegido por Inocencio IV para que llevase su embajada a Guyuc, que entonces llegó a ser Gran Kan (1254-1257). En este caso el fraile escribió una «historia» sobre los tártaros, establecida en su mayor parte por las noticias que fue recogiendo en su viaje. La «historia» es propiamente un tratado que tal vez se elaboró sobre un patrón formulado por los consejeros del papa y se refiere al origen y patria de los tártaros, historia, religión, costumbres, ritos, estrategias y número de sus ejércitos, así como sus intenciones y comportamiento en los tratados que concertan. La parte literaria pudo recibirla de los libros antiguos que tenían el mismo fin de describir un pueblo enemigo (para los romanos, la *Germania* de Tácito o, acaso mejor, una parte de la *Gética* de Jordanes).

El tratado de este franciscano acaba con la parte en que propiamente relata el curso de la embajada, que es la de mayor interés para la literatura viajera, pero la más breve en espacio. Es embajador y al mismo tiempo ha recibido del Pontífice «la orden de ver y observar con toda diligencia» (prólogo, página 164). La entrega de la carta papal se describe minuciosamente. No había secreto alguno en la misiva, pues el embajador la había ido comunicando a los señores que fue encontrando en su viaje: Inocencio IV deseaba «que todos los cristianos fuesen amigos de los tártaros y tuviesen paz con ellos» (pág. 227) y los exhortaba a que abrazasen la fe de Cristo. La respuesta de Guyuc no se nos cuenta en la relación de fray Juan que se traduce y fue desalentadora: que el Papa se sometiese al Gran Kan y que fuese a rendirle homenaje. Ambas cartas responden a los patrones ideológicos de los que las enviaban, y no cabía esperar más ni del uno ni del otro. Como en muchas embajadas, las cartas cambiadas son sólo una parte de la relación que se entabla y aunque ésta no había conducido a ningún resultado, había dejado detrás de sí el libro que contaba el viaje, que J. Gil califica así: «un modelo de informe diplomático» (prólogo, pág. 76). Y fray Juan nos dice quiénes fueron los que le proporcionaron los datos: Cosme, un ruso orfebre del Kan, húngaros que sabían latín y francés, y lo conocían de toda su vida y hablaban la lengua del señor. La embajada había salido de Lyon el 16 de abril de 1245 y regresado al mismo lugar a primeros de noviembre de 1247.

## Un diplomático-espía

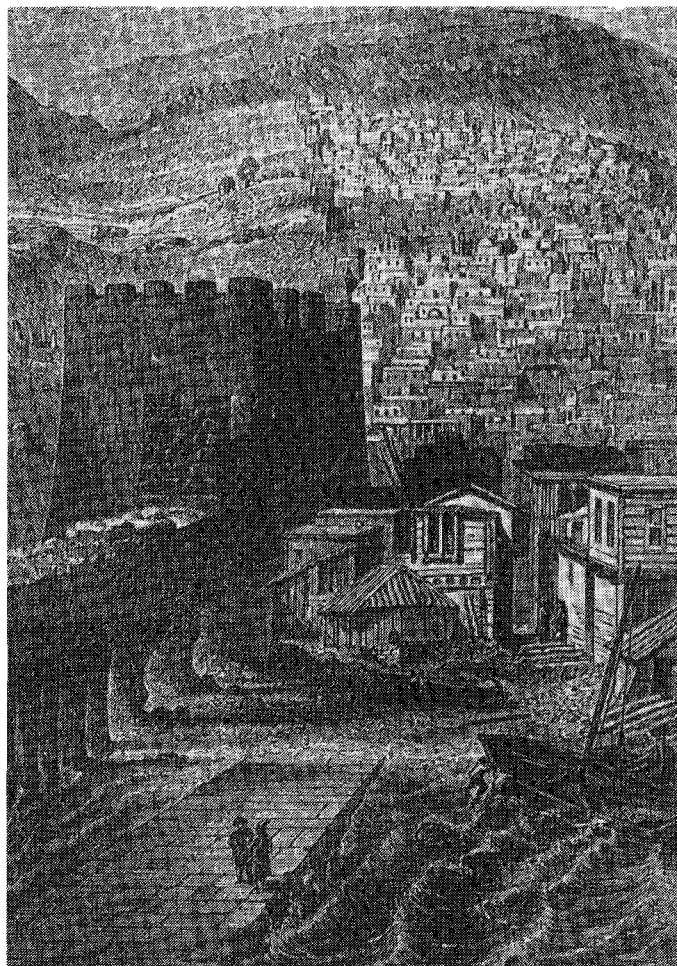
Fray Juan es un buen observador: sabe ver y oír lo que le cuentan, aunque a veces se le filtren las lecturas, como con las referencias a los hombres con cara de perro o a los que sólo tenían una mano o un pie. La información de fray Juan es también la de un diplomático-espía, y el capítulo VIII refiere cómo hay que combatir a los tártaros. Sin embargo, esta prevención no le impide escribir un curioso relato de su viaje hasta el centro del imperio mongol, viendo en los pueblos que visita a unos posibles enemigos, pero no deja también de asombrarse por las novedades que encuentra.

La tercera pieza es la *Relación de fray Benito de Polonia, compañero de San Juan*; basada en gran parte en la «historia» anterior, es un centón resumido de la misma con algunas noticias más, como el texto de la respuesta del Kan Guyuc.

En cierto modo paralela a la embajada de fray Juan de Pian del Cárpine es la que



Ogodai Kan (Galería Imperial de Retratos, Pekín).



Vista de Derbend (según Yule-Cordier).

CORTESIA ALIANZA EDITORIAL





Viene de la página anterior



Reconstrucción de una gran casa mongola (según Yule-Cordier).

el mismo Inocencio IV confió esta vez a los dominicos fray Andrés de Longjumeau y fray Ascelino. El primero sólo llegó a Tabriz (1245-1247) y el segundo alcanzó Tiflis (1245-1248), sometidas ambas al poder de los tártaros.

El otro texto que sigue es el de la relación del viaje de fray Guillermo de Rubruc, el más extenso de los reunidos (págs. 281-449) e indudablemente el más interesante de todos ellos considerándolo como libro de viajes. En este caso la expedición se organizó para que un grupo de religiosos llegase hasta los señores tártaros con el fin de sostener en su fe a los cristianos sometidos y evangelizar, si era posible, a los jefes y al Gran Kan que gobernaba un espacio tan extenso del mundo. La relación del viaje está dirigida a San Luis y es un avance de lo que fray Guillermo quería contar en la corte del rey de Francia; comienza en Constantinopla en mayo de 1253 y acaba en Chipre en 1255. Fray Guillermo fue un viajero peculiar; no era propiamente un embajador del rey francés, como se cuida de puntualizar en varias ocasiones. Desligado de compromisos diplomáticos, fray Guillermo cuenta lo que ve y le ocurre con más objetividad que fray Juan. Para él los tártaros son almas para cristianizar y, aun reconociendo el peligro que puedan representar para el Occidente, su curiosidad se dirige más a la condición humana de los pueblos visitados que a la amenaza militar que representaban. El relato no está tan bien ordenado como el de fray Juan; el hilo que enhebra la variedad de las noticias es la misma contingencia del viaje, en cuyo curso sitúa las noticias que recoge. El fraile se siente lejos, como en un mundo nuevo: «Al entrar en su tierra me pareció, con razón, que entraba en otro mundo» (página 290). Y en esto consiste el arte de contar los viajes, en acercar al mundo cotidiano de los que van a leer el libro la maravilla de un orden diferente de vida. Fray Guillermo viaja con los ojos abiertos y pieza a pieza va montando una descripción de la cultura tártara. Y en esta labor no se olvida de sí mismo; y así se adivina su fortaleza corporal cuando los servicios de las postas distribuyen los ca-

ballos y él nota: «A mí, en razón de mi mucho peso, me asignaron siempre un corcel fuerte» (página 337). Y pormenores que dan al relato un tono tan propio de las situaciones vividas, como cuando, refiriéndose a lo indómitas que eran aquellas cabalgaduras de los mongoles, escribe sobre el cuidado que hay que tener con ellas: «... por lo que quien desmonta para hacer sus necesidades es preciso que tenga las riendas del caballo» (pág. 371).

### Cronología del viaje

Fray Guillermo sostiene la cronología del viaje con espaciadas referencias al año litúrgico y fiestas y santos; así, entre estos hitos temporales, da cuenta del desplazamiento de los viajeros por las inmensas llanuras y por las montañas del Asia central hasta que llegan al campamento y luego a la cercana ciudad de Caracorum, entonces capital del imperio. La descripción de la corte del Kan es un documento extraordinario. Poco pudo hacer fray Guillermo allí; el Kan permitía la libertad de cultos, con tal de que bendijesen sus propósitos. En una ocasión juntó una reunión de cristianos (de los que los nestorianos eran la mayoría), sarracenos y «tuínos» (budistas) para una disputa teológica; en ella fray Guillermo defendió la fe cristiana y la disputa acabó así: «Finalizado el debate, tanto los nestorianos como los sarracenos cantaron sus rezos en voz alta, mientras guardaban silencio los «tuínos»; y después todos bebieron en abundancia» (XXXIII, 23, pág. 214). Un ecumenismo a la tártara, incluidos los musulmanes. Importa también lo que dice sobre las gentes cristianas que estaban al servicio del Gran Kan o que habían acudido a su corte, como el «monje armenio, morenito, flaco, vestido de una túnica de sayal asperísimo...» (pág. 362) o el maestro orfebre Guillermo Boucher. Fray Guillermo recoge así la noticia de los europeos que convivían con los mongoles, el bullicio de una corte cuyo protocolo cuenta con minuciosidad, pues permanece en ella poco más de medio año, y después el Kan le or-

dena el regreso, que fray Guillermo verifica otra vez por los caminos preparados para comunicar el señorío.

En su conjunto el libro de J. Gil es la fuente de información más extensa y fidedigna de que disponemos en lengua española sobre este asunto. Reúne en parte lo que el libro francés de A. t'Serstevens titula *Les précurseurs de Marco Polo*. J. Gil, dejando de lado el eje de Marco Polo, destaca la consideración plena de los diversos textos informativos por sí misma, y de otros muchos que menciona en el prólogo, y encuadra el conjunto en una situación que él estudia a fondo como un episodio de la crisis europea del siglo XIII. Espléndida es la bibliografía que fundamenta su estudio y textos (págs. 16-23) y una gran ayuda para el investigador y para el curioso el Índice general (págs. 451-474), que hace accesible e ilustra el abundante material reunido.

¿Qué pudo representar para los reinos cristianos de España esta conmovición del poder mongol sobre Europa? Muy poco en este siglo XIII, pues bastante tenían los cristianos españoles con la frontera en su propia tierra, sostenida con tratos y guerras con el árabe. Conviene, sin embargo, al historiador actual conocer esta otra cara de la moneda, y más cuando en el curso de nuestro siglo XX por motivos muy diferentes tanto se habló de la amenaza oriental. Luego, en el siglo XIV, el tan conocido libro de Marco Polo, *El millón*, extendió por Europa noticias del extremo del Asia hasta China. Y en el siglo XV, un libro (muy poco tenido

### RESUMEN

López Estrada da cuenta de la aparición de una obra de Juan Gil que recoge y expone las noticias que en el siglo XIII conmovieron a Europa, referentes a la expansión del imperio de los mongoles. Destaca la importancia de algunos informes y de las relaciones

Juan Gil

*En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*

Alianza Editorial, Madrid, 1993. 474 páginas. 3.000 pesetas.



Guerrero mongol con armadura (según E. Huc).

en cuenta) en lengua castellana, la *Embajada a Tamorlán*, dio a conocer una relación diplomática entre Enrique III y otro de los Kanes mongoles, Tamorlán (1403-1406); los embajadores en esta otra ocasión viajaron desde Sanlúcar a Samarcanda y regreso.

Estas diversas penetraciones de los europeos hacia el Oriente actuaron como un imán sobre Colón; sólo que él quería llegar por una nueva vía con la que dio, sin proponérselo, con América. Para comprender las raíces de esta atracción de Asia sobre Europa, además de los motivos económicos implicados en las rutas comerciales de la seda y de las especias, conviene conocer estos precedentes del siglo XIII. Y para esto el libro de J. Gil es una pieza esencial sobre un aspecto de la bibliografía española apenas cultivado. Y a su importancia histórica en sus dos caras, el temor de Europa y la novedad de Asia, hay que unir el atractivo que sentimos por estos relatos los que nos consideramos siempre viajeros y honramos a los que viajaron en las difíciles condiciones de estos frailes; y J. Gil es uno de ellos. *En las estepas del Asia Central* ya puede ser entre nosotros algo más que el título de la pieza sinfónica de Borodin. Sobre un fondo de sangre, sudor y lágrimas, hambre y sufrimientos, cansancio y admiración, emerge la curiosidad de los viajeros medievales que querían dar a sus contemporáneos, en la medida en que les era posible, una noticia de la condición humana de las gentes que vivían en las hasta entonces desconocidas tierras de la Mongolia. □

de viajes de algunos frailes que llegaron hasta los kanes tártaros y luego contaron lo que habían visto, contribuyendo así a un mejor conocimiento del Asia en la época y a preparar los resortes iniciales de la empresa de Colón.

# Sonidos en libertad

Por Jesús Villa Rojo

**Jesús Villa Rojo** (Brihuega, Guadalajara, 1940) estudió clarinete, piano, violín y composición en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid, donde actualmente es profesor. Es fundador de los grupos *Nuove Forme Sonore*, *The Forum Players* en Roma y del LIM (Laboratorio de Interpretación Musical), del que es director artístico en Madrid. Es autor de los libros *El clarinete y sus posibilidades*, *Juegos gráfico-musicales* y *Lectura musical I*.

Con la publicación de *Antón García Abril. Sonidos en libertad*, el Instituto Complutense de Ciencias Musicales —nacido de la colaboración entre la Universidad Complutense de Madrid, el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) y la Sociedad General de Autores de España (SGAE)— inicia la *Serie Biografías* de la colección *Música hispana. Textos*. En esta serie se plantea rendir homenaje a los más importantes y destacados compositores de nuestro tiempo a través de detallados estudios, analizando su producción musical, sin olvidar su inserción en el contexto humano, social y cultural. Esta publicación viene a completar el amplio ciclo de conmemoraciones que alrededor de la figura intelectual y artística de Antón García Abril, en su sesenta cumpleaños, han sido celebradas durante 1993. Homenajes y reconocimientos en la Fundación Juan March, Festival de Alicante, Festival de Música del Siglo XX de Bilbao, Auditorio Nacional, varias universidades... Premio de la Fundación Guerrero, Premio Nacional de Música, Medalla al Mérito Cultural de la Diputación General de Aragón..., completan un ciclo donde la constancia en las convicciones son las principales características del éxito.

La labor de García Abril se encuentra en un lugar de plena actualidad dada la transformación que ha ido surgiendo de los planteamientos estéticos y técnicos de las artes en los últimos años. Esa personalidad, «teñida de unas particularidades tales que han presentado al maestro como a un creador que, lejos de dejarse arrastrar por las corrientes o modas estéticas imperantes en cada momento, ha luchado por encontrar su propio camino sin importarle la soledad estética en la que en numerosas ocasiones se ha visto inmerso», comenta Eduardo Bautista (vicepresidente delegado de la SGAE) en la presentación de la publicación. Su independiente libertad pudo no ser bien entendida cuando los criterios estéticos partían de calculadas técnicas, muchas impropias de los compositores que las practicaban; en García Abril la libertad estaba inspirada en una concepción tradicional de la composición, donde «la técnica es soporte del pensamiento; si éste es rico, hace que la técnica no se note. Cuando no se corresponden pensamiento y técnica, la música no llega hasta su final». Es ese sentir la libertad sin condiciones técnicas lo que pudo encaminarle con tanta objetividad hacia su destino y es también lo que hoy puede presentarle como uno de los compositores más coherentes y fieles con su propia ideología.

La aparente libertad de la música como el arte de combinar los sonidos (*Sonidos en libertad* es el subtítulo empleado por Fernando J. Cabañas), aun representando un mundo subjetivo de imprecisas definiciones, raramente es concebida como algo caprichoso que surge de la nada. La capacidad de este arte para manifestarse en el tiempo, en el espacio, en el espacio del tiempo, en el tiempo espacial... facilita todo tipo de medios para ajustarse a cualquier sistema organizativo. Los sistemas organizativos que pueden concentrarse alrededor de leyes físicas o matemáticas, igual que de conceptualismos filo-



MARISOL CALÉS

sóficos o del azar, tienen siempre un poder determinante en el pensamiento imaginativo del compositor. Guían el desarrollo de esas combinaciones sonoras y las sitúan en algún lugar clasificado y estandarizado de los estilos y de las tendencias. En definitiva, marcan la vía que antes o después, a pesar de que sean buscadas las desviaciones posibles, nos llevará a ese lugar programado.

## Subjetividad del sonido

La subjetividad del sonido puede entenderse como algo descontrolado, sin elementos que determinen su elaboración o sin leyes que rijan todos sus movimientos, pero en el transcurrir de las épocas, de los estilos y de las tendencias, siempre encontramos que sobresale lo racional: lógica, orden, cálculo, proyección..., de lo irracional: inspiración, intuición, espontaneidad... Es cierto que racionalidad e irracionalidad deben estar en perfecto equilibrio, ya que en el resultado final, que es lo importante, la fusión tiene que ser perfecta. Desde esta perspectiva, como puede apreciarse, el término libertad es relativo. «La técnica es soporte del pensamiento», decía García Abril. Los elementos manejados se presentan como algo casi definido. Los timbres, las alturas, las combinaciones melódicas o armónicas tienen una fisonomía propia que de antemano condicionan la libre configuración.

Las limitaciones de libertad producidas en la música surgen de su propia complejidad estético-técnica. Su capacidad expresiva, una vez asumida la complejidad, está sujeta a esa mecánica de tan bellos resultados, pero de muy difícil acceso a la creatividad. Es la mecánica en sí lo que retiene el impulso creador, haciendo bordear los espacios abiertos de la expresividad y señalando el difícil acceso, ya que el dirigismo cultural o artístico sólo ha tenido un control testimonial a lo largo de las épocas. Su control ha sido más bien caprichoso, ignorando las reglas de base que son el fundamento de la obra. Los responsables de la cultura han optado por lo superficial, valorando simplemente el aspecto exterior. La sensibilidad artística y el gusto musical han impulsado los principales ejemplos de aportación creativa sin profundizar en los elementos que los generan. Posiblemente, un dirigismo controlador de la obra habría exigido, además de un claro objetivo musical, relacionado con las demás artes, unos planes estéticos surgidos de una meticulosa ordenación de los medios técnicos, cosa que solamente el «realismo socialista» de la Unión Soviética intentó esbozar. Es, por tanto, el compositor, guiado por su propia intencionalidad estética, quien toma como base unos sistemas organizativos, coherentemente relacionados con su necesidad expresiva, para buscar los medios de comunicación a través del sonido.

La música en el siglo XX no ha podido librarse de la velocidad frenética en que han evolucionado todos los aspectos culturales, científicos y sociales. Situada entre arte y ciencia, las aportaciones culturales, igual que las aportaciones científicas, han venido exigiendo constantemente del músico su compromiso intelectual y creativo. El músico no siempre ha podido asumir ese compromiso dada su personalidad: concepción del arte y de la cultura en general o simplemente el deseo de meditar detenidamente alguno de esos aspectos, intentando profundizar en sus posibilidades, en vez de seguir superando cada uno de los nuevos planteamientos de esa velocidad frenética. El músico o el artista identificado con los nuevos planteamientos ha podido seguir de cerca alguno o algunos de ellos, pero antes o después ha tenido que centrarse en lo que mejor podía responder a su capacidad intelectual.

## Infinidad de planteamientos

La infinidad de planteamientos estéticos y técnicos de que se ha servido el músico en todo este siglo para realizar la obra le ha llevado por vías que dificultaban los puntos de convergencia. Solamente un potencial imaginativo y creativo como el exhibido por figuras llenas de fantasía, de la calidad de Picasso o Stravinsky, pueden superar ese inmenso manantial de elementos, ordenándolos y configurándolos en los moldes artísticos que su capacidad concebía. Se dice que la abundancia de material ha servido principalmente para desorientar al músico sobre las vías que mejor podían conducirle hacia su obra. Le ha llevado por un largo recorrido, dándole la posibilidad de conocer bellos paisajes donde la variedad y el contraste enriquecían su sensibilidad; incluso ha ensalzado su propia fantasía, pero el destino verdadero, el lugar de llegada, ha ido desapareciendo, quedando una inmensa estela que ilumina rutas lejanas, cada vez menos alcanzables.

La crisis estética que se produce a finales del siglo pasado por la saturación del sistema tonal, y que se evidencia a principios del siglo XX, exigiendo replantear el sistema armónico surgido de la polifonía renacentista, desemboca en un eclecticismo atonal, causante del mayor caos compositivo conocido en la música occidental. Tan caótica situación reclama orden y reglas que hagan posible la continuidad de una forma de expresión musical que había sido capaz de separarse por maravillosos logros durante varios siglos de las formas practicadas en todas las demás culturas del universo. Las reglas y el orden se producen alrededor de la tradición germánica por iniciativa de la Escuela de Viena, que se convierte en cabeza visible de la llamada «nueva música». Esta exige, ante todo, orden y reglas. Aunque en principio se teoriza más sobre lo real que lo irreal, con normas casi elementales respecto al pasado, muy pronto lo filosófico desborda lo musical y el concepto se transforma en dogma. La «nueva música» que surge como procedimiento estilizador del confusiónismo, muy pronto da pie a teorías que por su interés depurador recortan la capacidad creativa del compositor, obligándole a seguir procedimientos posiblemente ajenos a su sentir musical. En este libro son comentadas las experiencias «garcibrilianas» sobre el dodecafonismo y sus teorías, al no sentirse convencido del resultado que surge con tales procedimientos. «Cuando oigo lo que he compuesto, me da la sensación de que fuese algo que no es mío.» No se produce timidez alguna al dictaminar esas reglas, pero sí se produce cierta imprecisión al encontrar sus denominaciones.



Viene de la página anterior



aunque más tarde llegará a generalizarse como nombre: «dodecafonismo».

La evolución del «dodecafonismo» es inmediata; dado que sus sistemas de elaboración dependen principalmente de las reglas contrapuntísticas, tan empleadas en el pasado, bien relacionado con la plasticidad expresionista, pero muy lejos de poder mantenerse al lado del arte abstracto tan mayoritariamente aceptado, es esquematizado por medio de estructuras seriales para impedir cualquier rasgo figurativo que pueda tener reminiscencias melódicas o expresivas y es llevado a un grado de precisión matemática que hace extremadamente difícil su interpretación con los instrumentos convencionales. El espíritu renovador de la «nueva música» o lo que después se llamará principalmente «música contemporánea» es ilimitado, y la timidez inicial para encontrar denominaciones es superada y surgen etiquetas que van siendo colocadas en cada una de las variantes producidas. Algunas veces son más contrastantes las etiquetas que sus contenidos.

El «dodecafonismo», cuando es esquematizado, toma el nombre de «serialismo»; cuando el serialismo determina todos sus parámetros se le llama «serialismo integral»; cuando son determinados unos parámetros, dejando libertad interpretativa a otros, buscando la relación contrastante entre todos ellos, se utiliza el nombre de «música aleatoria» o «música abierta». Como el compositor, al indicar los parámetros libres, no dispone de símbolos convencionales para reflejar sus ideas en la partitura, se ve en la necesidad de inventar nuevos signos o grafismos que representen sus deseos; es cuando se emplea el término «música gráfica» por la plasticidad reflejada en la partitura, pero en realidad se trata de «música aleatoria». El espíritu austero y de síntesis que lleva dentro toda la música contemporánea desembocó en el «minimalismo» y sus derivados para dejar la obra musical desnuda no solamente de elementos ornamentales, sino de la más simple y rudimentaria vestimenta.

## Música contemporánea

La imagen que surge con la «nueva música» o la «música contemporánea» irá arrastrando a la gran mayoría de los compositores a seguir más su estética que su técnica, produciendo una fisonomía parecida en los rasgos, sin que se llegue a una originalidad verdadera. Aun así, las directrices estaban marcadas, y no transitar por sus vías era una forma de proceder que podía entenderse como «automarginación del movimiento renovador de la música», algo de lo que podría ser criticado García Abril, entre otros. Posiblemente no fuera automarginación o disidencia del movimiento renovador, sino intuición de otras vías o planteamientos distintos para llegar a una nueva concepción compositiva. Fueron pocos los compositores con dedicación plena a su labor los que optaron por seguir esas otras vías, pero la convicción de lo que podría llamarse «capo scuola», «jefes de fila» o «leader» de la música contemporánea se sobreponía en los criterios de programación de los festivales y acontecimientos, produciéndoles un cierto aislamiento.

Progresivamente, y desde hace algunos años, la evolución conceptual de las artes ha ido valorando y estimulando ejemplos que por alguna razón no habían gozado de la debida difusión en aquellos acontecimientos. El alienamiento a las tendencias al uso empezó a deshacerse, habiendo surgido un verdadero interés en recuperar lo que tiene un significado musical en el ámbito de las artes, separadamente de su relación estética o técnica con los distintos movimientos. Estos ejemplos están sirviendo para ampliar aún



MARISOL CALÉS

más ese abanico de tendencias variadas y contrastantes que han dado origen a una producción sin precedentes históricos a lo largo de nuestro siglo.

## Grupo de Nueva Música de Madrid

Antón García Abril no puede ser considerado bajo ningún concepto un compositor marginado o desatendido, como queda demostrado en el libro de Cabañas y en las citas que se reproducen; su musicalidad y su fantasía compositiva nunca lo habrían admitido, pero sí puede considerarse un ejemplo de compositor convencido de su propia capacidad imaginativa, con clara intuición de las otras vías o planteamientos existentes, consciente de un pasado y de unas tradiciones que siempre mantendrán su influencia sobre la nueva concepción musical. «Con este concierto pretendo crear un mundo estético de equivalencias entre la arquitectura mudéjar y la arquitectura sonora del concierto. Por eso nos encontramos, especialmente en el segundo movimiento, con una ornamentación muy rica, labrada en esta ocasión no sobre ladrillo o yesería (como supieron hacer tan genialmente los artistas mudéjares), sino sobre las seis cuerdas de la guitarra, instrumento, por cierto, cercano en su forma a la arquitectura mudéjar.»

Esta seguridad en sí mismo, en su mundo de convicciones tradicionales, unidas a los elementos que conforman la naturaleza en una simbiosis poética del sonido, le hacen ser rebelde con unas teorías donde todo su pensamiento se supone superado y en cierta medida desfasado. No admite García Abril en ningún momento ese distanciamiento conceptual; entiende que los orígenes de una civilización y de una cultura evolucionan y se transforman en el devenir del progreso, pero siempre manteniendo sus constantes fundamentales. Como se decía, el espíritu estilizador de la «nueva música» intentó concebir la composición desde la pura abstracción, formulando estructuralismos mecánicos que rompieran con la tradición secular, caracterizada por sus peculiaridades armónicas y de la forma. Esa ruptura hace que se mantengan posiciones contradictorias en el enfoque de la obra musical, y sólo los muy convencidos adoptan una conducta invariable hacia sus objetivos. La conducta invariable no siempre fue seguida desde una información depurada de los procedi-

mientos; en muchos casos era producto del simple desconocimiento; pero en el caso de García Abril, estudioso conocedor de las técnicas compositivas, no podía haber indicios de sospecha.

García Abril había formado parte del movimiento renovador «Grupo de Nueva Música», surgido en los ambientes madrileños en 1958, en torno al crítico Enrique Franco e integrado por Manuel Moreno-Buendía, Ramón Barce, Fernando Ember, Manuel Carrá, Luis de Pablo, Alberto Blancafort y Cristóbal Halffter, donde se sucedían «los coloquios, el análisis y la audición frecuente de obras tanto extranjeras como españolas», con finalidad formativa, dado el aislamiento cultural de la España de aquellos años, al sentir la necesidad de «ponerse al día» y crear unas estructuras que sustituyeran a las anteriores ya caducas... «El «Grupo de Nueva Música» es un grupo interesante, por lo que significa de deseo de agruparse con una intención común de hacer música muy cercana a la europea del siglo XX, así como la ruptura con los nacionalismos...», lo que siempre ocurre con los jóvenes que empiezan, que siempre quieren alejarse de las cosas anteriores..., y yo siempre digo que al final nunca rompen con nada, pues no se puede olvidar el pasado. Es imposible, pues supondría quedarse sin el futuro», comenta García Abril.

El distanciamiento entre García Abril y parte del «grupo» fue inmediato, dadas las diferencias estéticas que los separaban y el «mayor o menor rechazo que el colectivo propugnaba frente a la tonalidad. Si en un primer momento la actitud de Antón, al decidir su alejamiento del credo estético que amparaba el resto de sus compañeros, fue cuestionada duramente —dado que aparentemente se trataba de una postura «poco valiente», digámoslo así, ya que no apoyaba vivamente la ruptura total de moldes «antiguos» o «tra-

dicionales»—, el discurrir posterior de su producción musical lo ha mostrado como al músico que, defensor y seguidor de una estética y unos principios absolutamente personales, no dio su brazo a torcer ante unas corrientes que, emergentes en aquel momento en nuestro país, fueron prácticamente asumidas y seguidas por la mayoría. Antón prefirió, sin embargo, «defender» con sus obras unas convicciones personales y constituirse en un islote independiente en medio del gran océano del que se vio rodeado. Su postura, inmersa y bordeada por otras que, a fin de cuentas, «eran mayoría», se convierte, curiosamente, en la más valiente al no haberse dejado arrastrar por los nuevos moldes que surgieron, por aquel entonces, en el campo de la creación musical».

Evidentemente las diferencias estaban marcadas por una sutil apreciación de la evolución de los procedimientos compositivos, entendiéndose que «la libertad supone no cerrarse herméticamente a un sistema»... Esta amplitud de criterios, de la más absoluta actualidad, no era bien considerada en períodos anteriores dadas sus posibilidades de ecléctica independencia. La fidelidad al sistema impedía la objetividad artística individual. Hoy, felizmente, la concepción del arte ha superado todos los planteamientos estéticos o técnicos que los dirigían alienadamente, abriéndolo a todas las tendencias que pueda imaginar el artista, consciente de las civilizaciones con las que convive en un inmenso universo sonoro distante, pero cada vez mejor conectado por las vías de la cultura. La aparente libertad de la música debe seguir recorriendo todas sus vías, incluso las de su ignorado destino final. La exploración de sus recursos, la versatilidad de su capacidad expresiva, la mantendrán por todos los tiempos como el más amplio e importante medio de entendimiento y comunicación. □

## RESUMEN

Sonidos en libertad es el subtítulo empleado por el autor de un libro en homenaje al compositor Antón García Abril, y es esa aparente libertad de la música a la hora de combinar sonidos lo que le lleva a Villa Rojo, ade-

más de a destacar el papel desempeñado por García Abril en la música española contemporánea, a reflexionar sobre esa capacidad que tiene la música para manifestarse en el tiempo y en el espacio.

Fernando J. Cabañas Alamán

Antón García Abril. *Sonidos en libertad*

ICCMU, Madrid, 1993. 189 páginas. 1.900 pesetas.

# La pasión española de Orson Welles

Por Román Gubern

**Román Gubern** (Barcelona, 1934) es catedrático de Comunicación Audiovisual en la Universidad Autónoma de Barcelona y ha sido profesor en el Instituto Tecnológico de California (Pasadena) y en la Universidad de California del Sur (Los Angeles). Es director del Instituto Cervantes en Roma.

La biografía de artistas constituye un género literario canónico y bien asentado, del que han derivado los estudios monográficos o sectoriales sobre alguna parcela de su personalidad o de su obra. Piénsese, por ejemplo, en el estudio sobre el *Guernica* de Picasso llevado a cabo por Rudolf Arnheim, o el trabajo sobre Hemingway y la guerra civil española desarrollado por Will Watson. Este es un género notablemente más complicado porque supone desgajar una parte del todo, con riesgo de mutilar la organicidad de esta parte, y porque atribuye temerariamente al lector un conocimiento suficientemente global del artista, que le autoriza a omitir o sobrentender las parcelas que han quedado fuera de su campo.

Estos tipos de análisis, que se encuentran sin demasiada dificultad en el campo de las artes tradicionales, han sido extraordinariamente raros en el ámbito cinematográfico, sin duda debido a la juventud de este medio y al demasiado reciente despegue de una bibliografía crítica llevada a cabo con criterios verdaderamente científicos. De un cineasta tan copiosamente analizado como Orson Welles, por ejemplo, existía tan sólo un libro centrado polémicamente en un punto particular de su obra, el famoso texto que Pauline Kael estampó (*The Citizen Kane Book*, Atlantic Monthly/Little Brown, 1971) para cuestionar la legítima autoría artística de Welles sobre *Ciudadano Kane*, que según la hipótesis formulada habría que atribuir principalmente a su guionista Herman J. Mankiewicz.

Ahora, por fin, aparece un raro libro de dos autores españoles que satisface una asignatura largamente pendiente en la carrera de Welles, cuyas biografías y estudios más notorios estaban firmados hasta ahora por autores anglosajones y por algún francés, como André Bazin y Maurice Bessy. La propuesta bifronte de Riambau y de Cobos entra por fin a fondo en un tema sobre el que los analistas extranjeros habían pasado de puntillas: las relaciones personales y profesionales de Welles con la cultura española en su sentido más lato, incluyendo por ello sus conexiones iberoamericanas. Se sabía que entre Welles y lo hispánico existía una complicidad jamás negada (hasta pidió ser enterrado, y lo fue, en nuestro país), pero nadie se había adentrado seriamente en la que podemos justamente calificar como la «pasión española» de Welles. Los extranjeros no podían hacerlo, obviamente, porque desconocían, además de nuestra cultura, muchas informaciones de campo. Por fin, Riambau y Cobos han colmado este hueco, en dos volúmenes que de-



FUENCISLA DEL AMO

berían ser traducidos con urgencia al inglés, para ilustrar debidamente a sus colegas.

Los dos volúmenes que comentamos son muy diferentes y claramente complementarios. Esteve Riambau, que había ya producido el mejor libro en lengua española sobre este personaje (*Orson Welles. El espectáculo sin límites*, editorial Dirigido por, 1985), ha escrito un texto biográfico-crítico, o un ensayo de historia crítica, que relata el primer enamoramiento sevillano de Welles en 1933 y continúa con su participación como locutor en el documental *Spanish Earth*, durante la guerra civil española; relata la peripecia iberoamericana de *It's All True* en 1941-42, los enigmas de la compleja coproducción *Mr. Arkadin*, la producción en Chinchón (disfrazado de Macao) de *Una historia inmortal* para la televisión francesa, la de *Fraude* en Ibiza y el proyecto *The Sacred Monsters*, del que derivó finalmente el filme inacabado *The Other Side of the Wind*.

Juan Cobos, que además de ejercer como crítico fue durante varios años secretario de Welles en España, adopta un enfoque totalmente distinto y expone una prolija y meticolosa documentación (cartas, memorándums, etcétera) sobre la compilación shakespeariana *Campanadas a medianoche*, rodada en nuestro suelo; sobre la itinerante y dilatada producción de un accidentado *Don Quijote* con financiación del propio Welles; y sobre *Viaggio nella terra di Don Chisciotte*, un proyecto para la televisión italiana. De todas estas obras, la que lleva un sello más personal y aquella en que Welles invirtió más energías

fue su heterodoxo *Don Quijote*, que lamentablemente quedó inacabado.

Estamos, por lo tanto, en presencia de dos libros distintos y complementarios, que el malogrado José Luis Guarnier caracterizó muy bien al decir que el de Cobos era un texto en primer plano y el de Riambau un texto en plano general. De ahí su complementariedad. Pero a partir de ellos ya resulta del todo insostenible la «idée reçue» de que España había sido para Welles únicamente un pintoresco plató de rodaje, adecuado para un director nómada y desarraigado, prácticamente expulsado de Hollywood por la industria norteamericana. La luz que arroja esta obra obliga a leer la producción de Welles desde una perspectiva más rica, considerando los paisajes, los ritos y las costumbres españolas como una obsesión cultural perfectamente asumida, como un foco central de inspiración y como un hábitat artístico y emocional imprescindible en la formulación de su poética.

## Un texto clave

De manera que la contribución reveladora de Riambau y Cobos sobre la personalidad y la obra excepcional del padre del cine moderno no es un libro más a añadir a su ya abundante, y cada vez menos original, bibliografía. Es un texto clave por el volumen y riqueza de las informaciones aportadas, con frecuencia inéditas y procedentes de los colaboradores del propio Welles. Los estudiosos anglosajones no se habían molestado en interrogar a los muchos profesionales españoles que, en ocasiones diversas, habían trabajado junto a Welles. Por fin se les ha dado la palabra y sus datos inéditos aportan pinceladas a veces deslumbrantes acerca de la personalidad del cineasta.

Como prueba de tales novedades valga el ejemplo de *Mr. Arkadin*, un film de perfil apátrida, pero jurídicamente una coproducción española rodada en diversos lugares de Europa y con un reparto de intérpretes pintorescamente multinacional. Ante las diversas versiones existentes del filme y sus distintos títulos de crédito, Riambau se ha dedicado a una paciente tarea de detective que abre un nuevo espacio de reflexión acerca de lo que eran las políticas de coproducción en los años cincuenta y sobre el carácter proteiforme de ciertas películas míticas, con variantes impuestas o adecuadas a

cada país coproductor, lo que relativiza definitivamente el tradicional concepto artístico de «versión genuina» o «versión auténtica». Y con ello se abre una cuestión hermenéutica fundamental que ofrece pocas analogías en el campo de las artes tradicionales, anteriores a la emergencia de las artes industriales de nuestro siglo. Pues ninguna producción colectiva de antaño, como las surgidas de los talleres de pintores con equipos de ayudantes o las construcciones de catedrales, planteaban problemas del mismo género acerca del control artístico personal.

Quedan todavía en el tintero otras reflexiones que el libro que comentamos no aborda frontalmente, ni estaba obligado a ello. Es la indagación de las razones por las que Orson Welles, como su compatriota Ernest Hemingway, entró en tan viva sintonía con nuestro país y nuestra cultura, por qué quiso nacionalizarse español y por qué estaba tan a gusto en un país sometido a una dictadura política a la que, por otra parte, despreciaba. Parece poco serio reducir esta preferencia a una cuestión de clima, estilo de vida y gastronomía, como si se tratase de un mero turista en la Costa del Sol. La fascinación que sentía Welles por Cervantes seguramente nos aproxima más a una sintonía de carácter filosófico o existencial que se entiende mejor, paradójicamente, cuando aparece vista desde la cultura protestante y desde el eficientismo y pragmatismo anglosajones, que es lo más anticervantino que darse pueda. Al fin y al cabo, que un ciudadano de Wisconsin con nacionalidad norteamericana eligiera la tierra española para que en ella reposasen sus cenizas para siempre no parece un acto de mera frivolidad. Significó la ratificación última de una comunión transcultural muy profunda y por encima de un océano que no sólo es marítimo, sino también cultural. □

## En el próximo número

Artículos de Carlos Sánchez del Río, Miguel de Guzmán, Luciano García Lorenzo, Darío Villanueva, Domingo García-Sabell, Juan Velarde Fuertes y Francisco Rodríguez Adrados.

## RESUMEN

De Orson Welles, como de otros genios, existían biografías, autorizadas o no; pero, a juicio de Román Gubern, faltaba un estudio detallado de una página fundamental en la vida y en la obra de Welles, ésa que estaba por escribir sobre la «pasión española» del director

norteamericano, y eso es lo que han hecho a dúo, pero cada uno responsabilizándose de su texto, los críticos Esteve Riambau y Juan Cobos, este último, además, secretario de Welles en España y ayudante de dirección de *Campanadas a medianoche*, una de sus mejores películas.

**Esteve Riambau**

**Orson Welles. Una España inmortal**

**Juan Cobos**

**Orson Welles. España como obsesión**

Filmoteca de la Generalitat Valenciana/IVAECM, Filmoteca Española/Ministerio de Cultura, Madrid, 1993. 218 y 224 páginas. 5.000 pesetas conjuntamente.

## La anticipación del porvenir

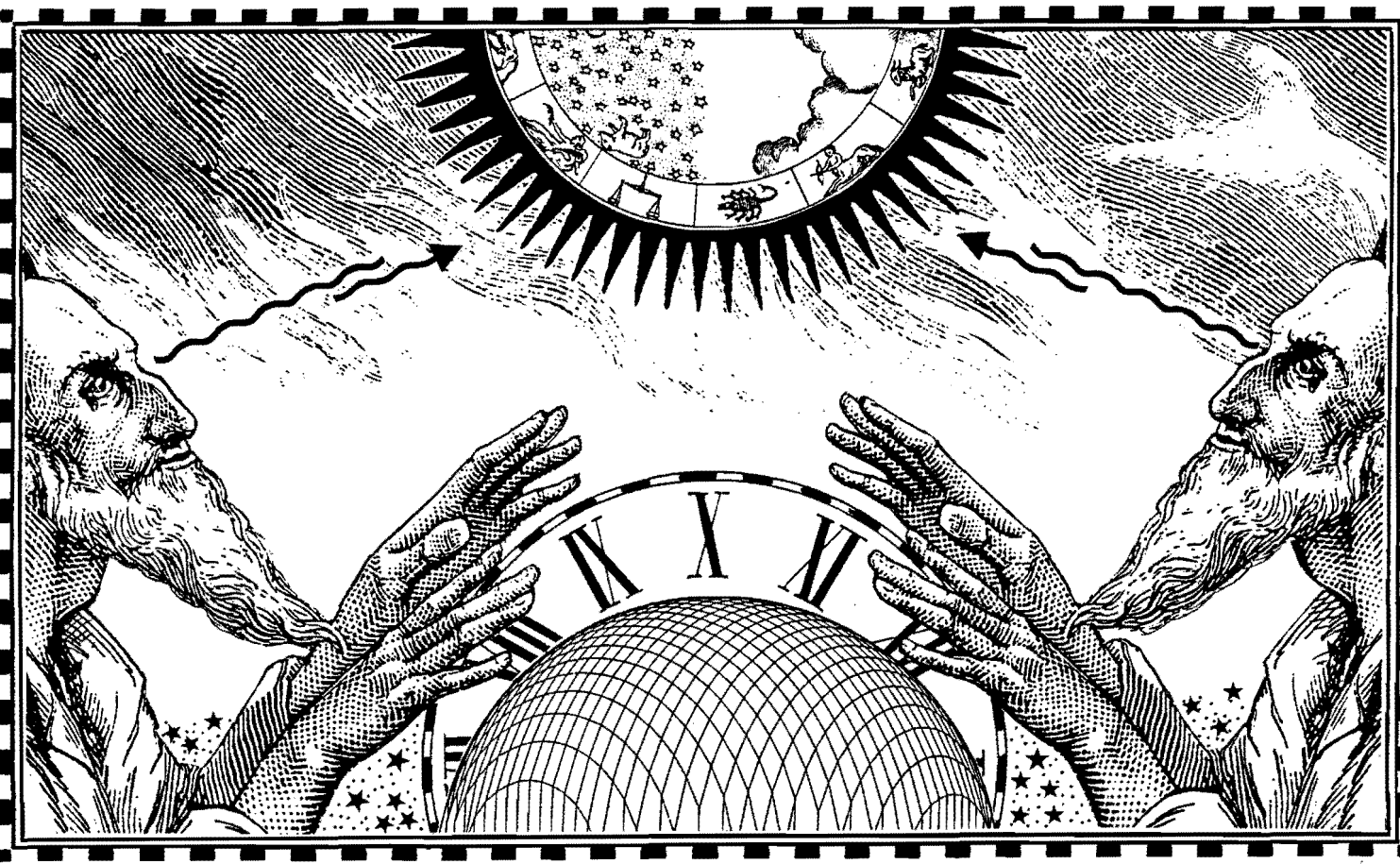
Por Carlos Sánchez del Río

**Carlos Sánchez del Río** (Borja, Zaragoza, 1924) obtuvo en 1953 la cátedra de Física Atómica y Nuclear de la Universidad Complutense. Es miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Ha sido director general de Política Científica y presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Sociedad Nuclear Española.

Las actividades humanas parecen impregnadas de un deseo vago o acuciante por conocer el futuro. Y este deseo parece que cumple una doble finalidad. Por una parte conviene a nuestra supervivencia para adaptarnos a aceptar lo inevitable. Por otra parte creemos que en ciertos aspectos podemos nosotros condicionar el futuro y es provechoso conocer lo que ocurriría si no actuásemos.

La inquietud por anticipar lo que va a ocurrir ha existido siempre y se manifiesta en todas las culturas. En sociedades muy estructuradas como la nuestra, el interés por predecir el futuro se observa tanto en los individuos como en grupos sociales que pueden ser muy restringidos o extraordinariamente amplios. Según los casos, los deseos de conocer persiguen objetivos distintos y metodologías diferentes.

Consideremos primeramente a los individuos. Se ha dicho muchas veces, y con razón, que la vida humana es esencialmente un proyecto de futuro. Puede ser un proyecto muy modesto referido a un tiempo limitado o abarcar una vida entera. En ambos casos necesitamos imaginar el contexto en el que nos vamos a desenvolver y ello implica una anticipación más o menos consciente de lo que vaya a suceder. Para formarse una idea cabal del futuro, las personas juiciosas proceden racionalmente. En caso de enfermedad se atienden al pronóstico de un buen médico. Para invertir sus ahorros confían en un financiero competente. En su relación con los demás se comportan de acuerdo con normas éticas probadas, etc. Hay sujetos, sin embargo, que creen en adivinos como los astrólogos, los echadores de cartas u otros charlatanes de variado pelaje. Son seguidores de una tradición antiquísima cuyo fundamento psi-



ALVARO SÁNCHEZ

cológico es digno de estudio. Sea como fuere, es claro que la curiosidad por el futuro está muy arraigada en el hombre.

Los individuos se asocian para conseguir ciertos objetivos. Un buen ejemplo es una empresa moderna, sea agrícola, industrial, comercial o de servicios. Los directivos de las empresas necesitan datos de futuro para tomar decisiones. Y obtienen los datos necesarios de varias maneras. Las compañías de seguros disponen de estudios actuariales fiables. Los fabricantes de aparatos complicados y potencialmente peligrosos tienen métodos muy seguros de análisis de riesgos que permiten disminuir la probabilidad de accidentes; estos métodos son particularmente avanzados en el caso de los aviones o de las centrales nucleares. Las empresas que aspiran a introducir nuevos productos realizan previamente estudios de mercado para asegurar el éxito co-

mercial futuro. En general, las decisiones empresariales se basan en una expectativa bien fundada de sus consecuencias.

A un nivel que nos afecta a todos, los gobiernos proceden o deberían proceder de idéntica manera. Para ello necesitan en primer lugar estadísticas precisas y estudios serios de tendencias de todo tipo. Las previsiones demográficas son fáciles de hacer y seguras, por lo que los errores en la planificación de la educación y de la sanidad son imperdonables. Las predicciones económicas son más difíciles, pero no imposibles a corto y medio plazo, y por eso las equivocaciones en política económica son casi siempre fruto de la incompetencia o provocadas por razones de política egoísta. Parece, por último, que la anticipación de determinados cambios políticos es imposible; de otro modo no se entiende que ningún politólogo del mundo fuera capaz de prever el colapso de los países socialistas en 1989.

además no es extensa. Por lo menos da lugar a reflexiones como las que expongo a continuación, limitándome a dos cuestiones: la predicción en las ciencias de la naturaleza y la predicción en las ciencias sociales.

Empezaré por las ciencias de la naturaleza. Se conoce desde hace miles de años la regularidad del movimiento de los astros. Ello permitió el establecimiento del calendario y la predicción de las posiciones futuras de los planetas mediante tablas empíricas que eran ya muy precisas en la Baja Edad Media. La propuesta heliocéntrica de Copérnico y las observaciones de Kepler condujeron a leyes cuantitativas que resultaron ser consecuencia de los axiomas dinámicos descubiertos por Newton a fines del siglo XVII. El éxito de la mecánica de Newton en la descripción de los movimientos celestes fue tal que Laplace afirmó a principios del siglo XIX que un ser que conociera las posiciones y velocidades de todas las partículas que componen el Universo podría calcular su evolución tanto pasada como futura. Había nacido el determinismo en física y por extensión el determinismo como doctrina filosófica que condicionó más o menos las ideas de muchos pensadores durante casi doscientos años.

En los años veinte de nuestra centuria se desarrolló la teoría cuántica para describir los procesos atómicos y relativos a

### Predicción de futuro

Estas reflexiones vienen a cuento de un libro de reciente aparición dedicado al tema de la predicción del futuro. Es obra de muchos autores y variados temas, físicos, económicos, médicos, históricos y religiosos. Es por eso un libro irregular con unos capítulos buenos y otros mejorables. Pero el tema general es tan interesante que no se pierde el tiempo leyendo la obra, que

### En este número

#### Artículos de

Carlos Sánchez del Río	1-2	Domingo García-Sabell	8-9
Miguel de Guzmán	3	Juan Velarde Fuertes	10-11
Luciano García Lorenzo	4-5	F. Rodríguez Adrados	12
Darío Villanueva	6-7		

SUMARIO en página 2





## La anticipación del porvenir

otros objetos microscópicos que no percibimos de manera inmediata, pero que podemos estudiar indirectamente. La teoría cuántica es precisa y correcta, según hemos podido comprobar a lo largo de setenta años. Pero es determinista sólo probabilísticamente en el sentido de que dado un estado presente, la teoría indica los posibles estados futuros y las probabilidades de que cada uno de ellos ocurra, pero no predice exactamente cuál sucederá. La teoría se comprueba repitiendo muchas veces el mismo experimento en condiciones idénticas y analizando estadísticamente los resultados. Esta cualidad de la descripción cuántica de los átomos y otras partículas subatómicas resultó muy llamativa y ha sido muy discutida desde entonces. Algunos mantienen que este indeterminismo cuántico aparece porque la teoría es una manifestación provisional de una formulación más profunda todavía por descubrir. La mayoría de los físicos, sin embargo, creen que la teoría cuántica es una teoría completa

y que lo que sucede es que los componentes últimos de la materia no siguen leyes deterministas rígidas.

A pesar de este aviso, y por incoherente que ello parezca, todo el mundo aceptó que por alguna razón misteriosa este indeterminismo a nivel atómico no aparece en los fenómenos macroscópicos que se rigen exacta y precisamente por las leyes deterministas establecidas por Newton hace trescientos años.

### Caos determinista

Y es posible que así sea en teoría, pero ello no implica siempre la posibilidad de predicción, como lo prueba el caos determinista descubierto hace tres décadas. Veamos en qué consiste. Se dice que un sistema dinámico es determinista cuando el estado en un momento dado condiciona el estado que tendrá el sistema transcurrido un tiempo pequeñísimo; técnicamente se describe la evolución mediante una ecuación diferencial. Cuando esta ecuación es lineal y puede resolverse analíticamente, la predicción de los estados futuros es posible; esto sucede aproximadamente en el sistema planetario y por eso se pueden calcular las fechas de los eclipses dentro de un margen de miles de años, pero no de millones. Sucede, sin embargo, que el caso de los planetas es la excepción y no la regla. La mayoría de los sistemas dinámicos reales se describen por ecuaciones no lineales que son muy sensibles a la precisión de los datos iniciales que nunca se pueden medir exactamente; el más pequeño cambio provoca desviaciones que crecen exponencialmente de manera que el comportamiento futuro no puede calcularse. El comportamiento del sistema es entonces caótico.

El caos determinista se descubrió estudiando modelos atmosféricos, y algún meteorólogo con sentido del humor denominó el fenómeno como efecto mariposa. El aleteo de una mariposa aquí hoy puede provocar pasadas unas semanas un tifón en China. Evidentemente esto es una exageración, pero es un hecho que no se pueden hacer predicciones meteorológicas fiables para un tiempo superior a una semana, que es lo que tarda el aire en dar la vuelta a la Tierra. A largo plazo sólo se pueden hacer

predicciones estacionales: que en invierno hará frío y en verano calor.

Siendo así las cosas, las previsiones de cambios climáticos a largo plazo entran de lleno en el terreno de la ciencia ficción por muchas razones. En primer lugar, porque ni siquiera entendemos los mecanismos que produjeron los cambios de clima en el pasado. Y no me refiero a las glaciaciones, sino a modificaciones climáticas más recientes de las cuales tenemos registro histórico. En segundo lugar, porque en el clima futuro no sólo intervienen la física y la química, sino también la biología y en particular la ecología, ciencia reciente y en constante progreso, pero poco predictiva. Los adivinos del clima futuro se basan en modelos simplistas con datos inciertos. Eso sí, todo en un ordenador. No hay nada peor que un ambicioso con un computador y acceso a la prensa. Además no tiene ningún riesgo predecir lo que va a ocurrir cuando el adivino ya esté muerto. Con esto no quiero decir que los presagios de estos sabios no vayan a suceder. Pueden incluso ocurrir cosas peores o... mejores. No lo sabemos. Y por eso es prudente recomendar que se eviten agresiones innecesarias a la biosfera. Pero esta sabia recomendación no tiene por qué basarse en mentiras que sólo sirven para exacerbar el fanatismo de los ecologistas.

### Los economistas son serios

En cuanto a las ciencias sociales, las dificultades de predicción son todavía más acusadas. Las propias estructuras teóricas son más difíciles de establecer porque la

experimentación manipulativa es casi siempre imposible; las ideas teóricas son difíciles de obtener porque han de basarse en inferencias estadísticas juiciosamente interpretadas para evitar correlaciones ocultas. Piénsese en la economía, por ejemplo, para que estas frases resulten menos abstractas.

Los economistas lo tienen tan difícil como los climatólogos, pero son serios. Saben que una cosa es entender los factores que intervienen en la economía y otra cosa es predecir. Su ciencia es intrínsecamente menos predictiva que la física y lo aceptan. Además distinguen entre predicciones temporales y no temporales. Entre las segundas está, por ejemplo, la comparación entre dos sistemas económicos que sólo difieren en ciertos impuestos; aplican los principios de la economía y aciertan en las diferencias que se observan.

Otra cosa son las predicciones temporales. Dejando aparte la influencia de las políticas gubernamentales, toda previsión se basa en un conocimiento de los datos económicos iniciales y una teoría de las relaciones funcionales entre las variables que intervienen en el devenir económico. Esta teoría, si es realista, suele ser no-lineal, y por eso las predicciones son muy sensibles a los datos económicos iniciales que son inevitablemente imprecisos. Es la misma situación que conduce al caos determinista de la mecánica al que me he referido anteriormente. Y por la misma razón las predicciones a largo plazo son imposibles. Pero los economistas son muy listos y lo saben, aunque nunca hayan oído hablar del caos determinista; por eso raramente se aventuran a predecir más allá de uno o dos trimestres. Y frecuentemente aciertan. □

### Qué es

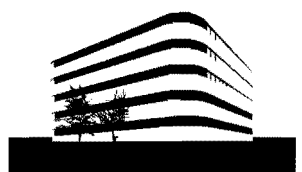
**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

El hombre, en todas las culturas, nos recuerda Sánchez del Río, ha mostrado inquietud por anticiparse a lo que va a ocurrir; conocer el futuro permite adaptarse a aceptar lo que está por venir, y además tal vez, sabien-

do lo que le espera, pueda el hombre condicionarlo. La reflexión del comentarista se la produce un libro muy variado en los enfoques y en los puntos de partida, pero que tienen en común el tratar de la predicción del futuro.

L. Howe y A. Wain (eds.)

*Predicting the Future*

Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido), 1993. 195 páginas. 19 libras esterlinas.

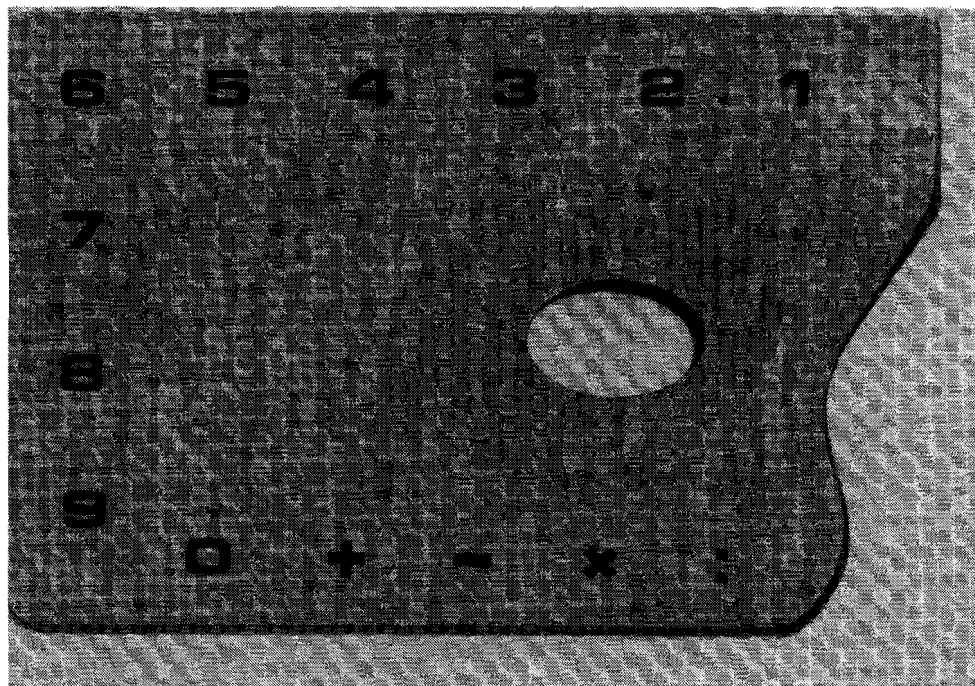
## SUMARIO

	Págs.
«La anticipación del porvenir», por Carlos Sánchez del Río, sobre <i>Predicting the Future</i> , de L. Howe y A. Wain (eds.)	1-2
«La Matemática, ¿se crea o se descubre?», por Miguel de Guzmán, sobre <i>La Matemática: creación y descubrimiento</i> , de Camino Cañón Loyes	3
«La grandeza de los géneros menores», por Luciano García Lorenzo, sobre <i>La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro</i> , de Catalina Buezo	4-5
«El reto de la Literatura comparada», por Darío Villanueva, sobre <i>The Challenge of Comparative Literature</i> , de Claudio Guillén	6-7
«La felicidad, fantasma huidizo», por Domingo García-Sabell, sobre <i>The Psychology of Happiness</i> , de Michael Argyle	8-9
«Economía y sociedad en la España actual», por Juan Velarde Fuertes, sobre <i>La sociedad española 1992-93</i> , de Amando de Miguel	10-11
«¿Quiénes son los griegos?», por Francisco Rodríguez Adrados, sobre <i>The Greeks. A Portrait of Self and Others</i> , de Paul Cartledge	12

# La Matemática, ¿se crea o se descubre?

Por Miguel de Guzmán

**Miguel de Guzmán** (Cartagena, 1936) es catedrático de Análisis Matemático de la Universidad Complutense, presidente de la Comisión Internacional de Educación Matemática y miembro de la Real Academia de Ciencias. Su campo de trabajo es el análisis matemático y la educación matemática, temas en los que ha publicado diversas obras.



ARTURO REQUEJO

La aparición de la obra de Camino Cañón, *La Matemática: creación y descubrimiento*, sobre diversos aspectos muy interesantes relacionados con la historia y epistemología de la matemática, representa una más que bienvenida novedad en el panorama del pensamiento reflexivo en nuestro país sobre la estructura de la ciencia. El trabajo de Camino Cañón, profundo y ampliamente documentado, contiene una multitud de análisis originales y bien estructurados sobre la naturaleza de la matemática, repensados al margen de la presentación del pensamiento de muy diversos autores antiguos y modernos.

Las siguientes reflexiones, estimuladas por la lectura de la obra de Camino Cañón, pretenden servir de invitación al lector para que realice él mismo su propia inmersión en los interesantes temas tratados en este trabajo.

## Naturaleza del quehacer matemático

Probablemente se podría afirmar que la pregunta formulada en la cabecera del título de esta recensión es una pregunta mal propuesta. Y esto es precisamente lo que sugiere la obra que comentamos. Tratándose de una realidad tan compleja como la actividad matemática no se puede presuponer, como la pregunta hace, que no se pueda dar más que uno de los dos extremos propuestos.

Es cierto que tampoco la actividad del artista, paradigma del quehacer creativo, es pura creación. Hay armonías en los sonidos. Hay colores en las flores y expresividad en los rostros. Hay ya belleza en las formas. La sensibilidad del artista ha de descubrirla primero y expresarla convenientemente después. Algo semejante ocurre con la creatividad en el quehacer matemático.

La realidad posee estructuras, complejísima estructuras que el hombre trata de percibir, de entender, de interpretar, de muchas formas distintas.

La matematización consiste en emprender la tarea de entender ciertas estructuras de la realidad que se prestan al tratamiento simbólico eficaz, operativo, a través de una manipulación racional rigurosa que finalmente proporciona un cierto dominio efectivo de la parcela de realidad a la que se dirige.

Esta realidad puede ser diversa, interna y externa. Se puede afrontar la interpretación de las formas espaciales, externas, como se hace en la geometría, y se puede intentar la ulterior interpretación de una realidad mental ya elaborada, como es la aritmética, para dar lugar al álgebra, que viene a ser así una especie de símbolo del símbolo. Se puede afrontar la realidad misma del pensamiento en los aspectos de su propia estructura formal, una realidad bien interna, para crear así la lógica matemática.

## Libertad en el quehacer matemático

La realidad, con sus estructuras propias, es la ocasión para la intervención del entendimiento humano. Ya hay estructura en las cosas, estructura que puede ser interpretada de diversas maneras por la mirada de la inteligencia. Incluso hay demasiada estructura

posible y estructura demasiado compleja, y éste es un primer gran problema.

Al enfrentarse con esta realidad tan rica en estructura, el matemático, en su afán de entenderla mejor, no está totalmente constreñido a una única posible matematización, y en esto precisamente consiste uno de los aspectos de la libertad presente en el quehacer matemático. Esto sucede muy en particular ante la presencia ineludible de ciertos procesos infinitos del pensamiento en el mismo comienzo de la tarea matemática.

De nuestra intuición primordial de número surge, ya en el paso del uno al dos, el infinito, lo ilimitadamente grande. De nuestra intuición más primitiva del espacio y de la posibilidad de la repetición mental de su partición indefinida surge lo infinitamente pequeño. De nuestra percepción inicial de lo que un conjunto es podrían surgir diversas teorías de conjuntos, cantorianas y no cantorianas, si bien esto sólo se ha hecho patente tras muchos siglos de trabajo ingenuo y después de haberse hecho urgente la necesidad de descender hasta los cimientos del propio edificio matemático.

## El infinito matemático, fuente de creatividad

La matemática surge a través de la interacción de la inteligencia humana, que en realidad ya está equipada por su propia forma de ser con una peculiar apertura al infinito, con las estructuras matematizables de la realidad que trata de desentrañar con esta peculiar exploración.

Estando el infinito presente, como se encuentra necesariamente y de múltiples formas en el mismo inicio de todo pensamiento humano que matematiza, la característica de creación del quehacer matemático está asegurada. El infinito matemático está presente en la mente humana no a modo de objeto, sino como horizonte en el que los objetos aparecen y se distinguen unos de otros, y por tanto no se puede encapsular ni reificar en su integridad. No se puede enfocar como objeto. Por ello es por lo que la introducción formal del infinito en el tratamiento matemático, tarea que es necesario acometer de todos modos, ofrece un sinnúmero inagotable de posibilidades. La presencia del infinito en el pensamiento matemático es precisamente lo que le proporciona profundidad y le libera de convertirse en una gigantesca tautología.

Siendo las cosas como se ha señalado arriba, es claro que el quehacer matemático tenía que ser lo que de hecho ha sido, una ac-

tividad humana descubridora y a la vez profundamente creativa. Bajo el estímulo de la ambigua complejidad inherente en los objetos que explora, la mente humana crea estructuras que le sirven para penetrar más profundamente en la realidad o, con la honda expresión clásica de los pitagóricos, «en las raíces y fuentes de la naturaleza».

## Dependiente del entorno

La naturaleza descrita del quehacer matemático tiene profundas e interesantes implicaciones. En primer lugar, su historicidad. La matemática, como producto de la interacción de la mente humana con las cosas, es profundamente dependiente del entorno. Los objetos a los que se dirige, las preguntas posibles que sobre ellos se hace, las percepciones básicas que modelan sus respuestas iniciales dependen esencialmente del entorno global en el que esa mente humana está inmersa.

A la luz de la naturaleza de la matemática entiende uno mejor la fuerte cohesión de la multitud de campos aparentemente abigarrados de la matemática, especialmente en nuestros días. La motivación profunda de todos ellos, así como el estilo de acercamiento a sus respectivos campos de exploración, son en el fondo los mismos.

La permanencia, es decir, la no obsolescencia, del conocimiento matemático y su carácter acumulativo es una característica singular de la matemática que proviene también de su propia naturaleza. Podrá suceder que las preguntas que en otro tiempo interesaron profundamente no nos resulten ahora tan apasionantes, pero lo cierto es que lo que nuestros mayores hicieron y pensaron como matemáticos es herencia imperecedera para nosotros y nuestros sucesores. Esto es lo que hace a los matemáticos antiguos en muchos aspectos tan «contemporáneos» para nosotros, lo que probablemente no sucede en ninguna otra ciencia.

## RESUMEN

La obra de la que se ocupa Miguel de Guzmán, y que se refiere a diversos aspectos relacionados con la historia y la epistemología de la Matemática, supone, a su juicio, una intere-

La universalidad del alcance de la matemática y su amplia aplicabilidad proviene asimismo de su forma de ser. Bien mirado, el quehacer matemático se constituye en un estilo de pensamiento en principio aplicable a cualquier situación. La dificultad principal consiste en identificar la estructura matemática ya existente a la que la situación puede asimilarse o bien en idear una estructura nueva que se adapte al objeto.

## El trabajo de Camino Cañón

El libro se abre con un acertado prólogo de Alberto Dou en el que se puede encontrar una visión panorámica de todo el trabajo, así como una valoración de lo que para él constituye el principal acierto de la autora, «haber escogido el tema del avance de las matemáticas y haberlo analizado críticamente en orden a esclarecer la epistemología de la Matemática».

La obra se divide en cinco partes dedicadas a «La configuración de las creencias» (parte primera), «Las concepciones matemáticas de la modernidad» (parte segunda), «Fundamentos» (parte tercera), «La filosofía de la matemática en autores del siglo XX» (parte cuarta) y «La relevancia de la historia y el lugar de la certeza» (parte quinta). Un apéndice titulado «Hagamos explícitas nuestras creencias» y una muy extensa bibliografía articulada según los temas tratados en la obra concluyen el trabajo.

La autora no ha pretendido presentar un tratado exhaustivo de epistemología matemática ni de su historia, sino analizar en profundidad el pensamiento de un buen número de autores, tanto filósofos como matemáticos, sobre la naturaleza epistemológica de la matemática, tratando de detectar los progresos de tales concepciones. El acento se pone, sobre todo, en los autores modernos y contemporáneos, con agudos análisis en la obra de pensadores importantes de nuestro siglo como Lakatos.

Ante cualquier selección personal de los autores examinados con una cierta intención particular se podrían presentar objeciones naturales provenientes de los sesgos intelectuales propios. Los míos en particular no me dejan pasar por alto que no figure un, al menos, breve estudio y presentación del pensamiento de Wittgenstein sobre la naturaleza del pensar matemático, autor por otra parte que, según me consta, la autora conoce profundamente.

Resulta extraordinariamente motivador y estimulante el breve apéndice en el que la autora explicita sus puntos de vista con respecto a temas tales como: 1. Matemática, ¿creación o descubrimiento?; 2. La verdad en matemáticas; 3. Dependencia cultural de la matemática; 4. Rigor en matemáticas; 5. Papel de la formalización en el avance de las matemáticas; 6. Lo particular versus lo general; 7. Grado de elaboración del lenguaje matemático; 8. Lógica y matemática; 9. Interacción mente-naturaleza en matemáticas; 8. Matemática, utilidad y belleza.

La lectura de la obra resultará de gran utilidad a los matemáticos y a todos aquellos que se interesan por la naturaleza y evolución del pensamiento matemático. □

## Camino Cañón Loyes

### *La Matemática: creación y descubrimiento*

UPCO, Publicaciones de la Universidad de Comillas, Madrid, 1993. 450 páginas. 2.200 pesetas.

# La grandeza de los géneros menores

Por Luciano García Lorenzo

**Luciano García Lorenzo** (Zamora, 1943) es profesor de investigación del C.S.I.C. a cuya comisión científica y Junta de Gobierno ha pertenecido. Ha sido profesor de diferentes universidades europeas, de Estados Unidos y de Canadá. Autor de numerosos libros y artículos, especialmente sobre el teatro español, dirige la revista Cuadernos de Teatro Clásico.

La atención prestada por la crítica a los denominados géneros menores o breves ha sido muy diversa tanto a través del tiempo como, y es muy lógico, en cuanto a la metodología puesta en práctica, desde que Cotarelo publicara, en 1911, su imprescindible *Colección de entremeses, bailes, loas...* A partir de ese momento necesario es recordar el estudio de W. S. Jack de 1923 (citaremos en adelante sólo monografías o ediciones de relevante importancia y dejando aparte los entremeses cervantinos), *The Early 'Entremés' in Spain: The Rise of a Dramatic Form* (Filadelfia, University of Pennsylvania) y el de W. S. Hendrix, *Some Native Comic Types in the Early Spanish Drama* (Columbus, 1925). De estos años habrá que saltar hasta los sesenta para encontrar estudios amplios y rigurosos sobre los diferentes subgéneros y autores que conforman este capítulo de nuestra historia teatral, aunque, por supuesto, no faltan contribuciones anteriores específicas a obras y autores, como es el caso de Balbín Lucas (Moreto), Mancini (Quevedo), Baquero Goyanes (entremés y novela picaresca).

## Un paso adelante

Efectivamente, los años sesenta van a suponer un paso adelante de especial importancia en el campo que nos ocupa, ya que serán varios libros —estudios y ediciones— y muy decisivos los que llegarán a los interesados en el tema. Entre ellos, recordemos el de Helmut Heidenreich (1962), *Figuren und Komik in den spanischen «entremeses» der goldenen Zeitalters* (Munich, Ludwig-Maximilians Universität); el de

Hannah E. Bergman (1965), *Luis Quiñones de Benavente y sus entremeses* (Madrid, Castalia); el de Eugenio Asensio (1965), *Itinerario del entremés. De Lope de Rueda a Quiñones de Benavente* (Madrid, Gredos); a los que habría que añadir, al culminar la década, la edición de la propia Bergman (1970), *Ramillete de entremeses y bailes...* (Madrid, Castalia); unos años después (1973), el volumen de Recoules, *Les intermèdes des collections imprimées...* (Université de Lille); y antes las ediciones útiles, aunque no muy rigurosas, de Francisco García Pavón (1964), *Teatro menor del siglo XVII* (Madrid, Taurus), y de Felicidad Buendía (1965), *Antología del entremés...* (Madrid, Aguilar).

## En el lugar adecuado

Ahora bien, esta labor que marca toda una etapa en el estudio de este tipo de textos se verá superada por el trabajo que en los años ochenta, y hasta hoy día, han llevado a cabo una serie de profesores e investigadores, los cuales, con la referencia de los nombres inmediatamente antes citados y sobre todo, de Eugenio Asensio, están logrando situar los géneros breves en el lugar que por diversas razones les corresponde en el contexto teatral de su tiempo. Son nombres y estudios que, conformando la más breve antología bibliográfica, serían los siguientes: Agustín de la Granja (1981), *Entremeses y mojigangas de Calderón para sus autos sacramentales* (Universidad de Granada); Luciano García Lorenzo, especialmente con los volúmenes por él coordinados: *El teatro menor en España a partir del siglo XVI* (Madrid, CSIC, 1983) y *Los géneros menores en el teatro español del Siglo de Oro* (Madrid, Ministerio de Cultura, 1988); Evangelina Rodríguez Cuadros y Antonio Tordera con su edición (1982) de los entremeses, jácaras y mojigangas de Calderón (Madrid, Castalia) o el volumen (1983) sobre la obra corta de este autor (London, Tamesis Books); Javier Huerta Calvo, con su tesis doctoral (1983), su *Teatro breve de los siglos XVI y XVII* (Madrid, Taurus, 1985), y numerosos trabajos antes y después de estas fechas; Celsa Carmen García Valdés, principalmente con el

volumen dedicado a F. Bernardo de Quirós (Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984); María Luisa Lobato con su tesis (1985) dedicada al teatro cómico menor de Calderón (Universidad de Salamanca); y ya en la década de los noventa, el libro (1992), fruto también de su tesis doctoral, de Justo Fernández Oblanca, *Literatura y sociedad en los entremeses del siglo XVII* (Universidad de Oviedo). A todos estos nombres, y con trabajos más específicos, habría que añadir los de Enrique Rull (Calderón), Ignacio Arellano (Bances Candamo), E. Domínguez de Paz (Hoz y Mota), Marín Martínez, Listerman y Canet (Lope de Rueda), Nel Diago (Timoneda), o las ediciones, en ocasiones también con valiosas introducciones, de González Ollé y Tusón (Rueda), el mismo González Ollé (Hozco), Lobato (Calderón), etc.

## Otras piezas breves

Un aspecto inmediatamente a destacar, después de citar estos nombres, es que no ha sido el entremés (o el paso) el subgénero que ha merecido casi exclusiva atención por parte de los estudiosos, como tradicionalmente había ocurrido, pues el resto de las manifestaciones dramáticas breves cuentan con una reciente pero muy decisiva bibliografía crítica y unas ediciones que, aun siendo todavía escasas, ofrecen la posibilidad de una lectura que hasta hace muy poco tiempo se reducía casi por completo a la *Colección* de Cotarelo y poco más. Este es el caso de la loa, con los trabajos de Profeti, Romera Castillo, Rull, Fischer, etc., y que completa la oportuna aportación de Flechniakoska (*La loa*, Madrid, SGEL, 1975); es el caso de la jácara con la labor de Rodríguez Cuadros, Tordera y Alonso Hernández desde el campo lingüístico; las páginas, y muchas, dedicadas a la mojiganga por Rodríguez Cuadros y Tordera de nuevo, y también por Arellano, Lobato y, naturalmente, por Catalina Buezo; y, en fin, es la atención prestada a un género tradicionalmente olvidado, la comedia burlesca, con los trabajos de García Valdés, Serralta y García Lorenzo, o la preocupación por las manifestaciones parateatrales, que tiene su expresión más valiosa en los trabajos de

especialistas en historia del arte (Bonet, Pérez Sánchez, Rodríguez Gutiérrez de Ceballos, Zapata Fernández de la Hoz...), la dedicación de éstos y algún otro especialista proveniente del campo de la crítica literaria a los aspectos escenográficos de estos géneros, y un volumen, *Actas de las Jornadas sobre teatro popular en España*, ed. de Joaquín Álvarez Barrientos y Antonio Cea (Madrid, CSIC, 1986), con especial atención a las manifestaciones de carácter más popular y cercanas a la tradición oral más que a la escrita. Y todo ello sin olvidar los trabajos de Díez Borque con sus aportaciones sobre el espectáculo dramático, a lo cual nos referiremos inmediatamente, y a Huerta Calvo con diversos estudios de tipo teórico y su labor de director de tesis sobre autores más o menos olvidados del teatro breve.

Y una pregunta es obligada después de lo afirmado hasta aquí: ¿cuáles son las causas de esta cantidad de estudios, de esta preocupación por unos textos durante decenios considerablemente minimizados frente a las comedias y dramas de nuestra época áurea? Según nuestro entender, la respuesta tendría varios aspectos: en primer lugar, esta dedicación sería una parte más de la tendencia manifestada últimamente por acercarse a la representación teatral en el siglo XVII, principalmente, sin abandonar, por supuesto, el texto en tres jornadas de Lope o Calderón, pero viendo la representación como una fiesta en la que se incluyen, además de la comedia, la loa, el entremés, la jácara, el baile o la mojiganga.

## Corrales de comedias

Esta dedicación no sólo ha dado sus frutos en lo que se refiere a los géneros menores, sino que el avance en el conocimiento de los corrales de comedias, de los actores, de las compañías, de la música en escena, de la escenografía y de todo lo que conforma el espectáculo ha sido, pese a la escasez de datos en algunos de estos aspectos, definitivo. Sólo tres ejemplos: las numerosas monografías en torno a espacios teatrales publicadas (Córdoba, Madrid, An-



JUAN RAMON ALONSO



Viene de la página anterior



JUAN RAMON ALONSO

dújar, Zamora, Toro, Burgos, Ciudad Rodrigo...); la última *Historia del teatro en España* (Madrid, Taurus), con una atención a la representación teatral y al público, completando los capítulos que se inician con el estudio de «El hecho literario»; y la revista *Cuadernos de teatro clásico* con una muy consciente dedicación a números monográficos como «Música y teatro», «Espacios teatrales», «Traducir a los clásicos», etcétera.

Si éstos son los resultados de una manifiesta tendencia crítica, ésta se debe, claro, a la elección de unas metodologías por parte de sus autores que tienen tres referencias inmediatas a las que aludimos, aunque sin detenernos por falta de espacio: Bajtin y la función del Carnaval y de los elementos carnalescos; una semiótica, ya aplicada con rigor y sin fáciles o indigestas falsillas, con todo lo que su práctica conduce a los elementos paraverbales; y, por supuesto, y en el origen de todo, el trabajo de archivo, el estudio de las fuentes documentales, que tiene su testimonio más notorio en el volumen *Teatros y vida teatral en el Siglo de Oro a través de las fuentes documentales* (ed. de L. García Lorenzo y John Varey, Londres, Tamesis Books-Instituto de Estudios Zamoranos, 1991).

### En torno a la mojiganga dramática

Pero vayamos ya, dentro de este universo de los géneros menores o breves, con el reciente volumen dedicado a la mojiganga. Las dificultades de Catalina Buezo al enfrentarse a su tema de estudio eran muchas y algunas de ellas de carácter incluso terminológico, que obligaban ya desde el principio de su trabajo a tener que delimitar el género a estudiar. Esa es la razón de que las primeras páginas de su libro estén dedicadas a analizar la polisemia del término mojiganga, hasta llegar a definir adecuadamente las obras que pueden albergarse bajo ese término. Hacer esto, natural-

mente, exigía un corpus y ésa es otra de las valiosas aportaciones de la autora; pues, hasta este trabajo, sólo se habían identificado 23 mojigangas manuscritas (Kany), lo cual no quiere decir que se hubieran estudiado todas ellas, mientras que Buezo identifica y se sirve de varias decenas más de manuscritas y tantas otras ya publicadas, catálogo que ofrece identificando manuscritos, ediciones, etc., el lugar donde se encuentran, además de los estudios que hay sobre algunas de ellas y la fecha y el lugar de la representación, cuando ha llegado a averiguar estos datos.

Para el estudio de todo este material, Catalina Buezo divide su trabajo en tres amplios y fundamentales campos, dedicando otros apartados a cuestiones de carácter más funcional. El primero de esos campos de su investigación sería el de los ámbitos de representación de la mojiganga, pertinente y muy necesaria pregunta, ya que entender no pocas de las representaciones dramáticas de nuestra época áurea exige acercarse al espacio donde fueron representadas; por lo que se refiere a la mojiganga, su ámbito de representación es esencialmente cortesano, a pesar de que en su origen estuviera en la plaza pública. Este carácter cortesano condicionará no poco la génesis y, sobre todo, la inserción de la mojiganga en el espectáculo consiguiente —en la fiesta—, en lo cual se detiene la autora, como ya lo hicieron, y necesario es recordarlo, Rodríguez Cuadros y Tordera algún tiempo atrás.

Atención especial se dedica también al denominado itinerario histórico de las mojigangas dramáticas desde Quevedo hasta Bances Candamo, con dos nombres que marcan el pleno desarrollo de estas obras (Monteser y Suárez de Deza) y un autor con el que culmina estéticamente el género: Calderón. En fin, el tercer gran aspecto del trabajo estará dedicado, por una parte, a cuestiones de carácter más teórico (poética y morfología del género), y por otra, a un estudio de las obras, tanto desde el plano textual como el de la representación, sin olvidar

la tipología de los personajes y aspectos más concretos, como la actitud de la censura y de los moralistas en torno a estas obras.

### Estimables aportaciones personales

En todos estos aspectos, Buezo aporta páginas de indudable valía, pero es precisamente al detenerse en el mundo de la representación donde encontramos algunas de las de mayor interés, y no sólo documental, que lo tienen, sino que, partiendo de ese material acumulado, ofrece la autora afirmaciones personales de valor muy estimable después del consiguiente análisis. Podemos recordar, en esta línea, el espacio dedicado a las canciones y, fundamentalmente, a los bailes o danzas, a cincuenta y siete de los cuales se refiere la autora, desde el «caballero», «capuchino», «canario» o «contradanza» a la «zangarilleja», «zarabanda» o «zarambeque», y dejando en esa ordenación alfabética danzas con pervivencia hoy hasta otras cuyas noticias últimas fueron las de Cotarelo...

### Parodia y «mundo al revés»

En la bibliografía última, y tanto en las manifestaciones teatrales como en las narrativas, la parodia, la puesta en evidencia de

un «mundo al revés», representa una de las líneas de investigación con frutos más ricos, tanto cuantitativa como, sobre todo (y es lo que interesa), cualitativamente. Es ésta una tendencia que en España ha sido y es evidente, como lo ha sido y lo es al acercarse a otras literaturas en muy diferentes países e incluso al llevarse a cabo esos necesarios estudios interdisciplinarios o, al menos, poniendo en contacto especialistas de diferentes campos, géneros o épocas. Por lo que se refiere a la parodia, un reciente testimonio es esa reunión celebrada en Venecia en el otoño pasado y que cierra por ahora un ciclo que tiene los coloquios celebrados en la Sorbonne (*Visages de la folie*, 1981) y en Cerisy (*Dire la parodie*, 1989) como dos momentos fundamentales.

La mojiganga dramática, con lo grotesco presente como elemento esencial y caracterizador, y la concepción carnalesca del mundo al revés que se manifiesta principalmente por el tratamiento de los signos no verbales, es claro testimonio de la riqueza y de la diversidad de unas manifestaciones que, aun dentro de los límites de lo que habitualmente denominamos teatro, está en relación con otros géneros e incluso con otras parcelas del conocimiento, a las cuales es necesario acudir cuando el plano textual o literario es insuficiente. De nuevo, y nunca mejor aplicado, la polifonía de signos que define al teatro tiene aquí uno de sus testimonios más valiosos. □

### RESUMEN

Aunque el estudio de los géneros teatrales menores, dentro de la rica tradición teatral española, ha ido en correspondencia con la brevedad de estas piezas, desde hace ya tiempo, y tal como señala Luciano García Lorenzo en el repaso bi-

bliográfico que hace para situar el libro que comenta, los pasos, entremeses, jácara, mojigangas y otras piezas breves y menores están siendo objeto de notable atención investigadora, como es el caso de este estudio sobre la mojiganga.

Catalina Buezo

*La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro. I. Estudio*

Reichenberger, Kassel, 1993. 550 páginas.

# El reto de la Literatura comparada

Por Darío Villanueva

**Darío Villanueva** (Villalba, Lugo, 1950) es catedrático de Teoría de la Literatura en la Universidad de Santiago de Compostela, de cuya Facultad de Filología fue decano. Ha sido visitante o conferenciante en universidades de Argentina, Canadá, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Portugal y Suiza. Entre sus últimos libros se encuentran *El polen de ideas* (Teoría, Crítica, Historia y Literatura comparada) y *Teorías del realismo literario, obra finalista del Premio Nacional de Ensayo*.

El reto de la Literatura comparada no deja de presentar ciertos componentes utópicos, nacidos de la vastedad del campo que comprende y las naturales limitaciones humanas con que debemos enfrentarnos a él. Marius-François Guyard describía el «equipamiento del comparatista» como la suma de un marcado sentido histórico, una amplia información sobre las literaturas de varios países, la capacidad para leer diferentes lenguas y un conocimiento puntual de las fuentes bibliográficas. Y Claude Pichois y André-M. Rousseau completan tan exigente cuadro así: «Un bilingüismo congénito, estudios en el extranjero, una familia cosmopolita.» No cabe duda de que hay individuos privilegiados a este respecto por razón de su procedencia familiar o geográfica. George Steiner, por ejemplo, es hijo de judíos austriacos, nacido en París, formado en los Estados Unidos y profesor en Ginebra y Gran Bretaña. Similares perfiles se repiten entre grandes comparatistas. Louis Betz era neoyorquino de padres alemanes, y fue en Zúrich donde estudió y enseñó. En esta misma ciudad helvética estuvo el francés Baldensperger, cuyas raíces procedían de Escocia. Ernst Robert Curtius era alsaciano, un francés de cultura alemana. Arturo Farinelli, italiano, nacido en el Trentino anexionado a Austria, enseñaba en Innsbruck Literatura europea en general, y en el caso de Werner Paul Friedrich nos encontramos de nuevo con un suizo afinado en los Estados Unidos, en varias de cuyas universidades desarrolló su actividad comparatista. En España tenemos a Claudio Guillén Cahen, nacido en París de madre francesa, el cual acompañó al exilio a su padre el poeta Jorge Guillén, tomó parte en la guerra mundial junto a los aliados, se formó en Francia y en los Estados Unidos, donde enseñó en Princeton y Harvard, pionera esta última universidad en la acogida a la Literatura comparada con la creación en 1890 de una primera cátedra y catorce años después del correspondiente Departamento. Guillén regresó finalmente a España, para profesar en la Universidad Autónoma de Barcelona, y aquí publicó en 1985 un imprescindible manual, *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura comparada* (Crítica, Barcelona), que ya ha sido traducido al italiano (*L'uno e il molteplice*, Il Mulino, Bolonia, 1992) y ahora aparece en inglés con un cambio en su título, menos expresivo que el original, pero no por ello carente de significación.

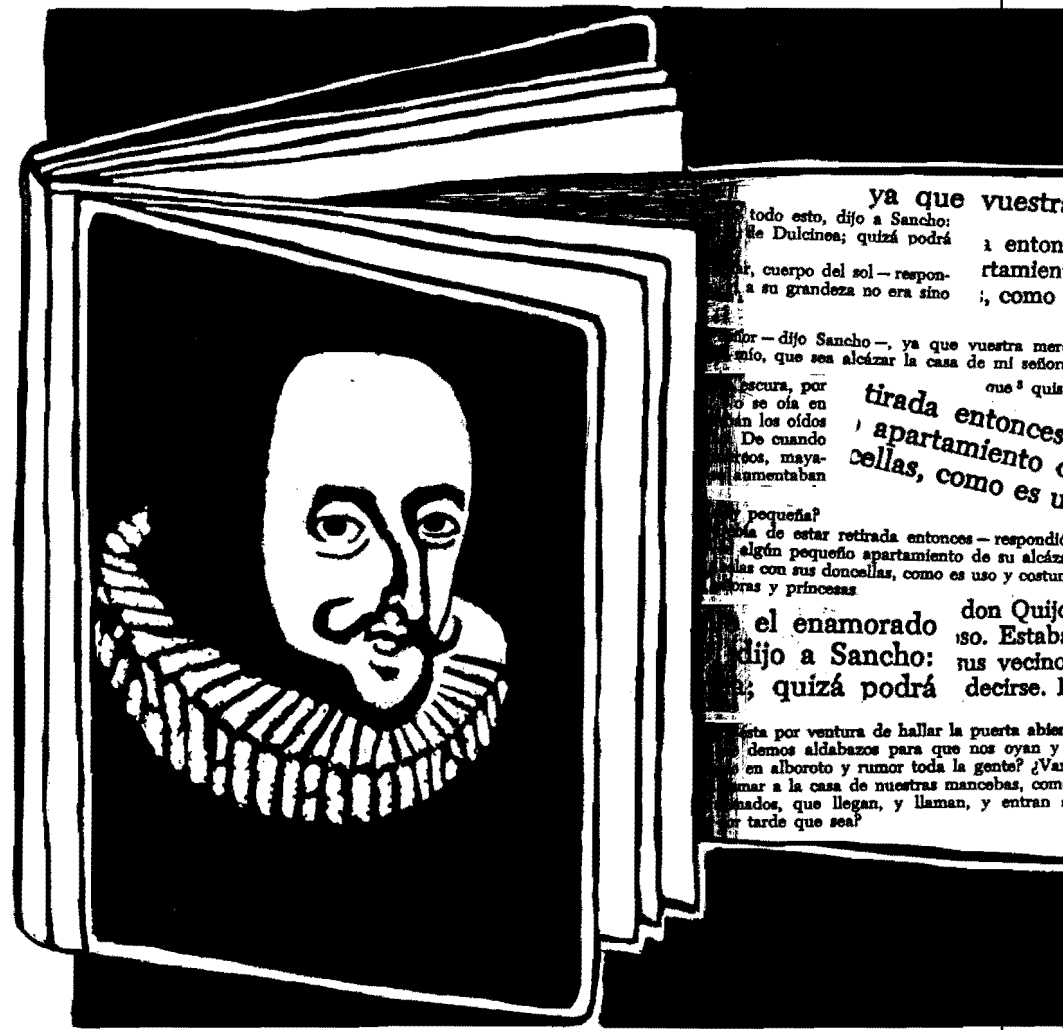
Si el comparatismo se puede relacionar con ciertas circunstancias personales de los individuos a él dedicados, que como se ha llegado a decir precisan ser políglotas, filólogos y trotamundos, también cabe vincularlo a las características peculiares de determinados países. Por ejemplo, Suiza fue el Estado en donde primeramente proliferaron cátedras de Literatura comparada, en lo que le siguió Francia, e Italia con posterioridad. La Confederación Helvética resulta un territorio de promisión para el comparatismo por ser una comunidad con un territorio reducido en el que conviven cuatro culturas diferenciadas: la retorrománica, la italiana, la francesa y la alemana, predominantes estas dos últimas pero respetuosas de las otras, y tampoco es ex-

traña la especial sensibilidad canadiense a este respecto; de hecho, el séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC/ICLA) tuvo lugar en la francófona Montréal y en la anglófona Ottawa. En relación a lo que decimos, España no es un enclave precario, gracias a sus nacionalidades con una lengua vernácula que convive con la de todo el Estado y de una vasta comunidad internacional. Ello no quiere decir, sin embargo, que la tarea de esta disciplina entre nosotros se reduzca a comparar las literaturas en eusquera, catalán, gallego y castellano entre sí, prescindiendo de esa dimensión transnacional sin la que no cabe un auténtico comparatismo. A este respecto, existe un tema del máximo interés que Claudio Guillén (págs. 260 y siguientes) aborda brillantemente. Me refiero al multilingüismo, cosa diferente del bilingüismo y la diglosia, conceptos propios de la Sociolingüística. La Historia nos proporciona abundantes ejemplos de cómo la Literatura ha sido cultivada por escritores capaces de emplear a tal fin más de una lengua. Por limitarnos en exclusiva a la Península Ibérica, no faltan buenas muestras de este fenómeno, desde un Ramón Llull que se sirve del catalán, el latín, el árabe y el provenzal hasta Camoëns, poeta en portugués y en castellano, como Fernando Pessoa lo será en su lengua y en inglés.

## Un orden ideal

El espíritu que alentó el nacimiento del comparatismo y pervive en quienes lo practican está cabalmente resumido en la idea que Eliot desarrolla en el famoso ensayo de 1920 *Tradition and Individual Talent*. Allí se describe un orden ideal constituido por todas las obras literarias ya existentes que se modifica parcialmente con la aparición de un nuevo texto, pues con él se revalúa no sólo el significado de cada creación concreta, sino también el conjunto constituido por todas ellas. El pasado influye en el presente de la Literatura, pero también sucede lo contrario, y si esto es así en cuanto a la dimensión temporal, qué decir de la puramente espacial: es absurdo considerar que la Literatura escrita en una lengua y en un país se nutre exclusivamente de sí misma, pues desde los clásicos greco-latinos hasta los escritores contemporáneos de otras procedencias, todos han estado contribuyendo a cada creación singular, que será medida y apreciada fundamentalmente a través de la comparación.

Eliot sale al paso de la idea romántica de originalidad, y lo cierto es que el nacionalismo literario, fruto directo del Romanticismo, es a la vez el gran acicate y uno de los mayores frenos para la existencia de la Literatura comparada. Porque la Historia literaria como disciplina académica terminó con una concepción anterior en la que no cabía la identificación separada de cada literatura frente a la escrita en otra lengua. Existía «una» literatura que cobraba diversas manifestaciones en códigos lingüísticos diferentes, pero tanto la formación de los escritores como el estudio de las Letras procedían de una patria común, que la Retórica y la Poética asentaban sólidamente en una tradición supranacional, originaria de Grecia y Roma. Como escribe Claudio Guillén (pág. 25) para resumir este estado de cosas, «the unity of the poetics always triumphed over the diversity of the poetry». Una vez que se rompe esa trayectoria mantenida hasta principios del siglo XIX, la Literatura comparada viene a intentar restituir esa continuidad, pero por una vía distinta. Es decir, a reconstituirla no a partir de ciertos «universales literarios», sino desde los «particulares literarios» de cada una de las lenguas en su expresión artística, puestos en común, comparados y evaluados para percibir



en ellos semejanzas y divergencias. Es perceptible en este proceso, como Claudio Guillén (pág. 27) señala, una «fruitful historical paradox: the rise of nationalism will lay the foundation for a new internationalism».

Mas desde el principio se plantea un dilema o tensión interna en el ámbito de la Literatura comparada que se mantiene hasta hoy: esta nueva disciplina literaria que hacia 1820 ó 1830 empieza a germinar fue concebida como una variante de la Historia de la Literatura o, si preferimos, de las Historias de las Literaturas. En el momento en que los liberales franceses, contradiciendo el «chauvinismo» que tradicionalmente se imputa a Francia, piensan que hacer una historia de «su» Literatura reclama ponerla en comparación con otras Literaturas, aunque sólo sea para demostrar la excelencia de la propia, entonces la Literatura comparada aparece como ancila de la Historia literaria que estaba entonces comenzando a consolidarse todavía. Pero será el siglo XX el gran momento de la disciplina comparatista, nunca ajena al rumbo general de la Historia. Por ejemplo, se acusa con nitidez el fuerte impulso que cobra al concluir la Primera Guerra Mundial. Surge entonces, tras el tratado de Versalles, el convencimiento de que las heridas del conflicto debían ser restañadas por medio del mutuo conocimiento entre los pueblos, tarea en la que sus respectivas aportaciones culturales y artísticas resultaban del máximo interés, y así no sólo proliferan estos estudios en el ámbito universitario, sino que se empiezan a crear asociaciones tanto nacionales como internacionales dedicadas a la «Literatura general y comparada».

Lógicamente, la paz otorga el ambiente que más favorece los intercambios literarios y estimula el interés por encontrar un enlace entre Literaturas pertenecientes a lenguas y naciones distintas. La política de bloques y la «guerra fría» posteriores a 1945 no fueron, por ejemplo, favorables para los proyectos comparatistas, sobre todo en la medida en que frenaron este impulso en algunos países tras

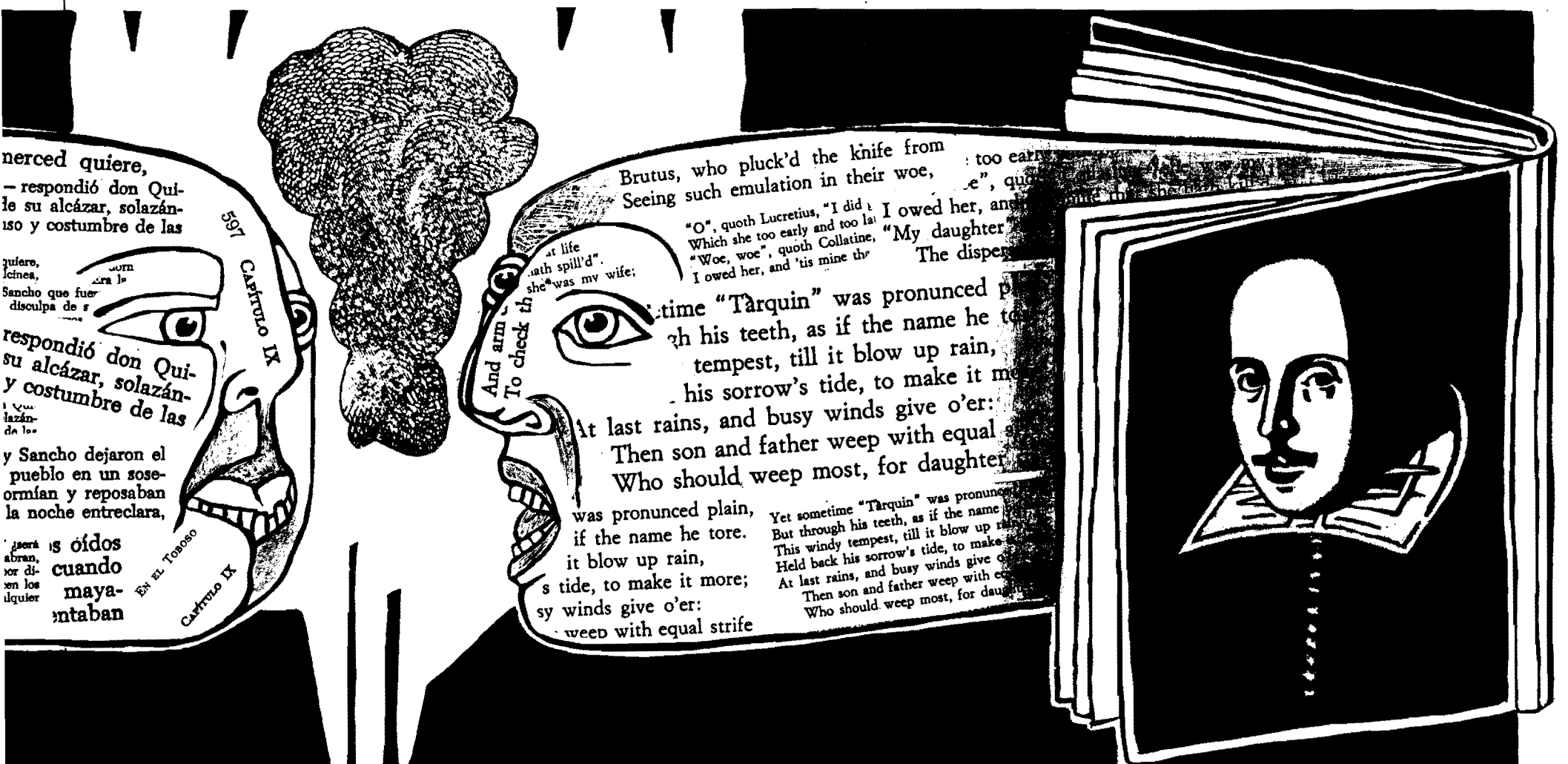
el llamado «Telón de acero», como Hungría o la propia Unión Soviética, de muy notable multilingüismo, que eran pioneros en el desarrollo de la Literatura comparada. Por lo mismo, cabe pensar que los acontecimientos históricos de finales de los años ochenta y principios de los noventa abren nuevas esperanzas, en una Europa que, por una parte, vio caer el muro de Berlín y que, por otra, se encuentra embarcada en la aventura de una integración ya no meramente económica, sino también política, para lo que es imprescindible ahondar en el reconocimiento de las raíces culturales comunes de todos los pueblos del viejo continente.

## Multiculturalismo

Siempre existirán, no obstante, fuerzas en contra: por ejemplo, la exacerbación de los nacionalismos, que no es ajena a nuestro horizonte actual. Pero en este momento finisecular existe otra tendencia perniciosa a este respecto. Me refiero al llamado «multiculturalismo», que desde hace veinte años ha cobrado en los Estados Unidos un auge extraordinario. Desde tal perspectiva se propugna una proyección sobre lo literario de modelos tomados del imperialismo y la colonización. Así, la cultura occidental adquiere un sesgo de instrumento opresor, fundamentalmente eurocéntrico, sobre otras culturas a las que impuso un modelo de valores literarios elitista y clasista. Según quienes así piensan, una Literatura es por completo equiparable a otra; lo que ocurre es que la llamada «clásica» va acompañada de un aparato de poder que destierra del canon a ciertas manifestaciones locales. Cuando en el ámbito académico se llegue a considerar que un Shakespeare es un instrumento más del imperialismo inglés como Cervantes lo es del español, se abrirá una nueva trinchera contra el avance de la Literatura comparada.



Viene de la página anterior



VICTORIA MARTOS

Las definiciones de Literatura comparada son múltiples y no han dejado de revisarse continuamente tanto en su forma como en su contenido desde que Fernand Baldensperger abrió en 1921 la *Revue de Littérature Comparée* tratando acerca de «le mot et la chose». Tanto es así que en uno de sus *Literary Essays*, Ezra Pound llega a afirmar que, aun figurando en los planes de estudio de algunas universidades, «very few people know what they mean by the term». La propuesta por Claudio Guillén (págs. 3-4) es cautelosa y subraya el aspecto que más le interesa al autor, el de la superación de los nacionalismos culturales: «Comparative literature (a conventional and not very enlightening label) is usually understood to consist of a certain tendency or branch of literary investigation that involves the systematic study of supranational assemblages (...) And I say supranational rather than international to emphasize that the point of departure is not found in national literatures, not in the interrelationships between them». Lo que define a un comparatista —bien lo destaca Guillén en la página 5— es precisamente la conciencia de unas tensiones entre lo local y lo universal; o, si se prefiere, entre lo particular y lo general, sin consagrarse por entero a uno de los dos extremos de esta polaridad.

### Orientación historicista

Si confrontamos la orientación ante todo historicista que la Literatura comparada adquirió inicialmente en Francia y en Europa y las declaraciones de sus primeros fundadores, como Abel-François Villemain o Jean-Jacques Ampère, en el sentido de que de ella resultaría una «filosofía de la literatura y de su crítica», no costará comprender que ese equilibrio inestable entre lo propiamente histórico y lo teórico, más tarde o más temprano tendría que precipitar en una crisis. Este conflicto se hizo patente a raíz de la intervención de René Wellek ante el segundo Congreso de la AILC/ICLA, que tuvo lugar en la Universidad

de Carolina del Norte en septiembre de 1958. Su intervención no pudo ser más explícita a este respecto, pues el título fue *The Crisis of Comparative Literature* y se basó en la idea de que la precariedad en la evolución ya secular de la Literatura comparada radicaba en su carencia de un objeto diferenciado de estudio y de una metodología específica.

### Dos raíces

De ello culpaba a la «mano muerta del positivismo, del cientifismo, y del relativismo histórico del siglo XIX». Cierto, desde sus mismos orígenes la Literatura comparada llevaba ya en germen una proyección hacia la Teoría que, con el tiempo, dará lugar a dos orientaciones para esta disciplina, que se suelen conectar con dos especificaciones geográficas, hasta el extremo de hablarse de una Literatura comparada de raíz francesa (o de «la hora francesa de la Literatura comparada», como prefiere Claudio Guillén) frente a la raíz u hora norteamericana, que es posterior. A la primera se le atribuye un énfasis fundamentalmente histórico; a la segunda, una inclinación preferentemente teórica. Aquélla atiende a los «rapports de fait», a las relaciones directas o causales entre obras y autores, a la circulación de escuelas, géneros, tendencias, estilos, motivos, etc., lo que se ha caricaturizado como el estudio del «comercio exterior de las literaturas»: la importación y la exportación con su correspondiente balanza de pagos. Frente a ello, la otra orientación atiende, ante todo, a las convergencias, sin necesidad de buscar las relaciones causales, algo que desde antiguo los estudiosos de la literatura percibieron y justificaron.

Efectivamente, en los últimos veinticinco años ha emergido con fuerza el «nuevo paradigma» de la Literatura comparada, por utilizar el mismo término que a partir de Thomas S. Kuhn, P. Swiggers y D. W. Fokkema hacen suyo en 1982. Se trata, en síntesis, del abandono de la relación genética causal para jus-

tificar cualquier prospección comparatista. Siempre que en dos literaturas distintas —o en una literatura y en otro orden artístico, ya sea plástico o musical— aparezca un mismo fenómeno sin que haya mediado una relación de dependencia de una de las partes hacia la otra, entonces se nos estará revelando un elemento teórico fundamental, es decir, una invariante de la Literatura. La inmediata consecuencia de tal enfoque es la vinculación si no exclusiva al menos preferente de la Literatura comparada con la Teoría literaria que Guillén propugna (pág. 87 y siguientes) sobre el supuesto, tal y como destacara D. W. Fokkema, de que sus objetos de estudio son idénticos. Más aún, la impronta comparatista puede corregir los excesos inmanentistas, ahistoricistas, en que incurrieron ciertas escuelas teóricas, mientras que éstas, articuladas en un sentido pluralista e integrador, contribuirán a paliar la endeblez de las bases metodológicas del comparatismo.

### Nuevo clima de renovación

A partir de las actas de los congresos de la ICLA/AILC se puede percibir este nuevo clima de renovación del comparatismo que lo aproxima a la teoría. Ya en Innsbruck, 1979, en los estatutos de la Asociación se define la Literatura comparada como «l'étude de l'his-

toire littéraire, de la théorie de la littérature et de l'interprétation des textes, entreprise d'un point de vue comparatif international». De «nouveau paradigme» habla también el rumano Adrian Marino en su libro *Comparatisme et Théorie de la littérature* (P. U. F., París, 1988), al tiempo que reclama un cambio urgente, una «reconversion radicale dans un sens théorique et "poétique"» (página 9), más allá del estudio exclusivo de los «rapports de fait» entre las literaturas como un complemento de lujo para las historiografías literarias nacionales. Y defiende, además, una concepción de la disciplina que trasciende sus estrictos límites académicos. La Literatura comparada significa también una militancia, un sistema de ideas acompañado de una visión amplia de la Literatura, del Humanismo y de la propia Historia, algo que está en sus mismos orígenes decimonónicos (por no remontarnos a las Luces), que son liberales, pacifistas y cosmopolitas. Desde ese mismo espíritu escribe Claudio Guillén su *Introducción a la Literatura comparada*, en donde una y otra vez se proclama que la actitud del comparatista debe ser extremadamente sensible a las tensiones entre lo uno y lo diverso. Y siempre con este objetivo: «I wish to go beyond cultural nationalism, beyond using literature in nationalistic ways, out of narcissistic instincts, for ideological ends» (pág. 4), en la estela de aquel viejo sueño goethiano de una «Weltliteratur». □

### RESUMEN

Claudio Guillén, hijo del poeta del 27, formado en Estados Unidos y que al regresar a España se incorporó a la universidad, publicó en 1985 una introducción a la Literatura comparada, un imprescindible manual en este cam-

po, a juicio de Darío Villanueva, quien se ocupa de este libro, que ya previamente fue traducido al italiano, al publicarse en inglés. Lo que le da ocasión de subrayar el auge de esta disciplina literaria y la causa de su difusión.

Claudio Guillén

*The Challenge of Comparative Literature*

Traducción de Cola Franzen, Harvard University Press, Cambridge (EE.UU.), 1993. 450 páginas. 19.95 dólares.

# La felicidad, fantasma huidizo

Por Domingo García-Sabell

**Domingo García-Sabell** (Santiago de Compostela, 1908) es doctor en Medicina, profesor del Colegio Libre de Eméritos y presidente de la Real Academia Gallega, además de delegado del Gobierno en Galicia. Es autor, entre otras obras, de *Notas para una antropología del hombre gallego*, *Tres síntomas de Europa* y *Testimonio personal*.

Vivimos tiempos calamitosos. Tiempos de violencia, muerte, ansiedad económica, pobreza, fanatismo. Nos inundan los problemas y apenas atinamos a navegar en ese hosco océano. Todo lo que hacemos tiene un aire provisorio en que lo esencial es el braceo para sostenernos a flote. Somos, pues, náufragos virtuales con conciencia difusa y angustiada de nuestro posible hundimiento.

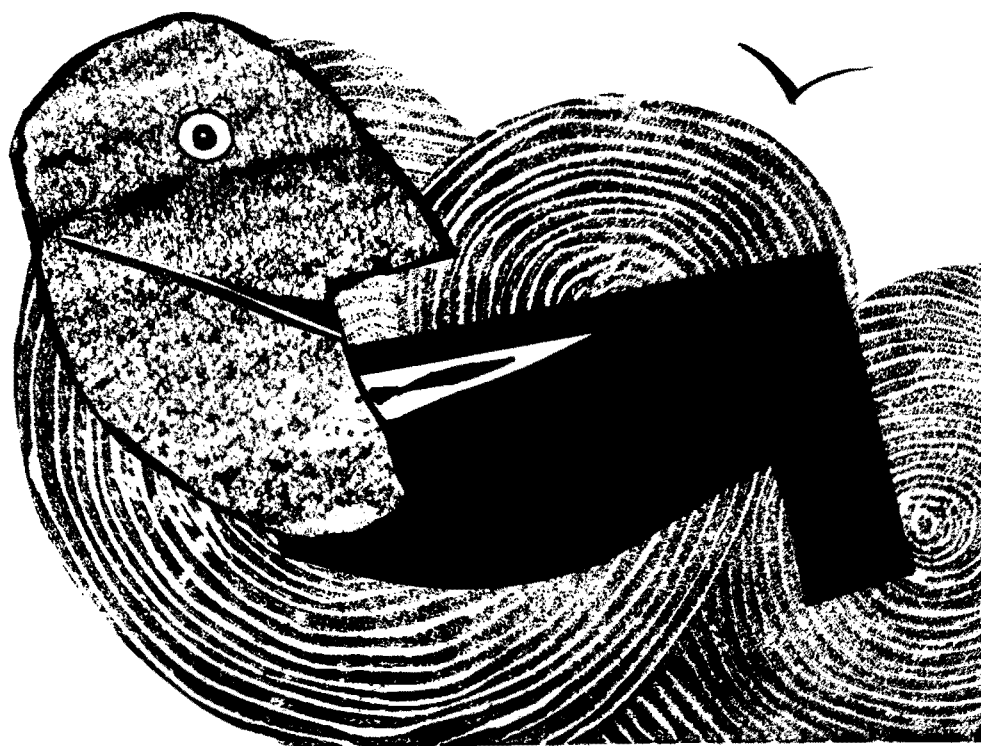
¿Se deduce de esta atroz situación la plétora de intentos por devolver a la criatura humana un adarme, sólo un adarme, de positiva esperanza? ¿Tiene algún sentido que justo ahora, en esta sazón dramática, se publiquen libros y más libros en torno al problema de la felicidad humana? Hace poco, y en una reseña especializada, se reseñaban varias obras importantes en las que rigurosos investigadores mostraban los avances logrados en la comprensión positiva de la felicidad. Esa felicidad hoy más que nunca desvirtuada, falseada y literaturizada. Sobre todo, literaturizada. Y éste es un grave pecado de nuestro tiempo —inútil y estéril— a favor del cual las cuestiones que más directa y urgentemente nos acucian, y que, sin duda, piden solución concreta, se transforman en ejercicios de estilo y se desvían hacia «lo estético». (No olvidemos que el tremendismo y el cultivo sistemático del absurdo fueron en gran medida escapatorias y, en el mejor de los casos, tercios desahogos frente a la vida no embridable por la norma. Todo ello determinó una literatura de «muro de las lamentaciones» que, infelizmente, todavía perdura.)

Con todo, el nuevo afán por hincarle el diente analítico a la objetividad que pueda ocultarse en los recovecos del problema de la felicidad, supone —según yo lo veo— una meritoria reacción frente al desencanto y la frustración que el cultivo de lo irracional sin más ha dejado en el alma colectiva. Por eso, y sólo por eso, a mí me parecen dignos de atención esos estudios. Y por eso yo acabo de caracterizarlos como lo que son, esto es, como aproximaciones positivas al esquivo fenómeno de la felicidad. Creo que como modelo de todo ello puede valer el libro de Michael Argyle, *The Psychology of Happiness*. Vayamos, pues, como primera medida, a perfilar, siquiera sea someramente, las líneas maestras de esta indagación.

## Las entretelas de la felicidad

Para el autor, que explica Psicología Social en Oxford y que es un espíritu radicalmente europeo, el punto de partida metódico no consiste tanto en eliminar la desdicha, cuanto en facilitar la felicidad, cosas bien distintas. Lo que importa, por consiguiente, es dar con los factores que determinan la «positive happiness», pues ese conocimiento es el que podrá utilizarse para ayudar a la gente a conseguir su propio bienestar, tanto físico como espiritual. Así, combatir, por ejemplo, la depresión —siempre que conozcamos los condicionantes de la misma— puede servir también al individuo no deprimido.

Pero aún hay más. Hoy sabemos, sobre todo después de los trabajos de Bradburn, ya sistematizados en su viejo libro, *The Structure of Psychological Well-Being*, que felicidad y desgracia no constituyen situaciones opuestas.



G. MERINO

Un caso ilustrativo (éste, del propio Argyle y de su colaborador Furnham) sería el de las parejas que usufructúan felicidad y alegrías múltiples en el matrimonio, pero ello no impide, ni mucho menos, la diaria proliferación de los disgustos. Por cierto que en la aclaración de Bradburn se confunde temáticamente lo que puede ser la felicidad en sí misma, con el bienestar o bienestar («Well-being»). La felicidad es un ideal de ambiguas y trascendentes facetas. Es, más que desiderátum, desiderata. El bienestar, en cambio, viene dado por un estado emocional positivo frente a la pena, a la tristeza. Ambos factores constituyen los dos polos magnéticos de lo que en castellano llamaríamos temple de ánimo.

En la entraña de la felicidad siempre se esconde, quierase o no, un vector de goce y de alegría. El problema está en medir, lo que se dice medir, ese componente jubiloso, ya que su perfil es elusivo, pero, por supuesto, esencial para la aprehensión conceptual de la realidad feliz. Como lo es también la franja de tristeza con sus matizaciones —depresión, ansiedad, inquietud, insuficiencias diversas, amenaza de derrumbamiento nervioso y ciertos equivalentes clínicos menores tales como dolores de cabeza, insomnio y agotamiento general— que horadan la tersa y brillante superficie de la felicidad. La obligación científica es la de, en lo posible, sopesar todas y cada una de esas energías y, a partir de los resultados, ir componiendo el bulto de la realidad feliz, si la empresa es posible. ¿Lo es, en verdad? Recordemos la sutil caracterización de la felicidad que hace algún tiempo nos ofreció Julián Marías: «La felicidad, imposible necesario».

Lo que haya de imposibilidad en el empeño de fabricarse una vida feliz —y no sólo placentera— es cuestión para analizar más tarde. Ahora lo que interesa, por lo menos lo que interesa a los pragmáticos analistas de la vida de todos los días, es no más que perfilar la imagen de la mayoría de los factores que, sea como sea, certifican la estructura y el horizonte de la existencia satisfecha de sí misma, esto es, de la existencia cobijada bajo el manto más o menos ilusorio de la felicidad.

En una inicial toma de contacto con la felicidad, al menos en su rostro psicológico, Argyle distingue varias situaciones básicas entreteladas, a saber, «la satisfacción», con los múltiples territorios en los que se ejerce la alegría, y, en franca oposición, la tristeza en la que se insertan la ansiedad y la depresión. Finalmente, no podemos olvidar un compo-

nente que condiciona con energía a cualquiera de los otros, a saber, la salud. Los problemas que se nos aparecen en el intento de dar con el perfil mensurativo de estos apartados pueden, según el autor, ser superados si echamos mano «del método indagatorio apropiado».

A continuación, y en sendos capítulos, se va inventariando la efectividad de los factores que entran en el entramado de la realidad venturosa y satisfecha de sí misma. Estos determinantes consistirían en la calidad de las relaciones sociales, vb. gr., matrimonio, amigos, contacto con los compañeros de trabajo. En el estilo de vida del entorno familiar. En el desempeño de la profesión. En el aprovechamiento del ocio, tanto en las horas de descanso como en las vacaciones oficiales, que puede extenderse desde la práctica de algún deporte hasta la crónica asiduidad a la televisión, la lectura, etc. También, por supuesto, la relativa dosis de felicidad que puede alcanzarse gracias al dinero, así como la función de la clase social y la cultura. Asimismo, la influencia de la personalidad sobre el grado de aprovechamiento de la delicia vital, según las dos doctrinas psicológicas básicas: la que sostiene que lo fundamental es la propia persona, y no lo que pueda acaecerle, lo que inclina a la fruición de la vida o a su rechazo (teoría del «top-down»), y la concepción opuesta, en la que lo definitivo viene dado por los sucesos y actividades placenteras que a uno puedan presentarse en el transcurso de su existencia (teoría del «bottom-up»). Se estudia también el papel de la alegría para el conjunto del estado feliz: estar ledito no equivale, ni mucho menos, a ser feliz. Le merezca atención a Argyle —cómo no— que uno se sienta o no satisfecho con la vida que lleva, así como las diferencias que estos factores producen en la relación con la vivencia difusa de la felicidad. Y, finalmente, el influjo de la salud, en el sentido de que ciertos rasgos personales pueden favorecerla o perjudicarla y, consiguientemente, aprovechar o malbaratar la propia existencia. Así, y en términos generales, la tendencia a la neurosis (el «neuroticism») y, en el otro polo, la resistencia («hardiness») a los duros vaivenes que aparecen en toda curva biográfica, con el consiguiente estrés, son parámetros que condicionan fuertemente la matización placentera o, al revés, angustiada, de la vida de cada cual.

Pero, de todas formas, y una vez concluida la detallada revisión de todos los posibles vectores que juegan un papel decisivo en la real consistencia de la felicidad, cabe pregun-

tar si es hacedero inducir, esto es, facilitar la floración del estado feliz a favor de determinados procedimientos psicoterapéuticos. Sin olvidar algo sustancial que esta indagación del profesor de Oxford nos enseña, a saber, que los bienes materiales, esto es, la riqueza, la propiedad privada, el coche, etc., en suma, la comodidad y el lujo, tienen una escasa influencia sobre el sentimiento de bienestar íntimo que, de alguna manera, acompaña siempre a la felicidad. En cambio, las buenas relaciones con los demás, esto es, la armoniosa convivencia con todos los estratos de la vida —familia, amigos, colegas—, así como la satisfacción en el trabajo, es decir, la adecuada respuesta a la específica vocación, y la adecuada dosificación del ocio —que, añadido yo, obedece también a una profunda y significativa vocación—, todo este conjunto puede contribuir y formar la entrañable red de cualquier tipo de interacción humana encaminada al logro del estado feliz.

Por eso, si hoy se organizan cursos para aprender a ser feliz, en ellos, señala Argyle, suele faltar la atención debida a lo que este psicólogo estima como «the most important ingredients»: la calidad del trabajo y la del ocio.

Hasta aquí, pues, la sustancia del libro, su propia realidad. En resumidas cuentas, lo que importa es todo aquello que atenúa los deletéreos efectos del agotamiento que el estilo competitivo de la existencia actual engendra. Estilo que a todos nos lesiona profundamente. Es preciso, y ello con urgencia, potenciar la autoestimación de cada cual. Es menester suprimir las emociones negativas y dar con la ayuda necesaria para resolver los problemas privados. De ahí la necesidad de practicar la comunicación con el prójimo, comenzando por la pareja y concluyendo, a través de los amigos, con cualquier otra posibilidad de contacto humano. Y tengamos siempre bien presente que a menudo, más que los grandes y penosos acaeceres, resultan patógenos y altamente lesivos (trabajos de Kanner y colaboradores) los mínimos inconvenientes que en toda vida normal suelen aparecer. Me refiero a las pequeñas trifulcas («hassles») en torno a cuestiones de dinero, así como a la presencia de vecinos alborotadores, a las dificultades del transporte, o al incordio de la infancia, e incluso de la adolescencia. A su lado, y aunque semeje paradójico, los disgustos de sería apariencia, la pérdida del puesto de trabajo, o los conflictos con la policía, añade Argyle, no son tan perjudiciales.

## Los reparos

Como se ve, estamos ante una obra seria en la que no se han regateado esfuerzos para delimitar en sus esenciales horizontes la magnitud real de lo que el hombre de la calle puede valorar como propicio o antagónico a la real textura de la felicidad. No hay recoveco, por insignificante que se nos antoje, que, en general, no deje de mostrar su condigna mención en las páginas de la obra. Y tampoco se ha ahorrado trabajo informativo en la muy completa referencia bibliográfica, indispensable para poder moverse cómodamente en el laberinto de las encuestas. Tanto es así que en más de una ocasión la lectura del texto de Argyle engendra en nuestra mente una especie de dispersión difuminadora de aquello que intentamos incorporar a nuestro acervo cultural. Veamos un ejemplo: se trata de medir (si a lo que es sencillamente juego de porcentajes se le puede calificar rigurosamente de medición), se trata de medir, digo, diversos aspectos del trabajo individual para, de ese modo, alcanzar una imagen definitiva en torno a la posible satisfacción en su cumplimen-



Viene de la página anterior



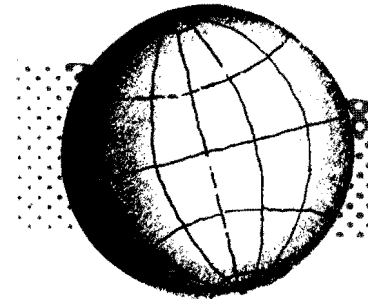
to. Pues bien, si se echa mano del *Job Description Index*, con sus cinco escalas de valoración, a las que corresponden 72 partidas, y a las que es menester contestar simplemente con un «sí», un «no», o un «dudoso», o si recurrimos al libro de Cook y colaboradores, en el que podemos enfrentarnos nada menos que a 249 escalas, la confusión, de lo que ya en sí mismo es confuso, aumenta considerablemente.

Todo esto es muy significativo. Por una parte, de la exigente minucia con la que ha sido llevado a buen término el libro del profesor de Oxford. Palpita en todas y cada una de sus páginas algo así como el eco de las ideas protestantes sobre la alta dignidad y el valor definitorio del trabajo para la persona. El propio autor cita los antecedentes históricos de Calvino y de Lutero que más tarde alcanzaron amplia difusión en lo que se llamó «la ética protestante del trabajo». Pero, con todo, algo nos inquieta al concluir la lectura del valioso texto. Algo que, según yo pienso, puede cifrarse en lo que sigue, a saber, la evanescencia del concepto de felicidad. ¿Hasta qué punto puede valorarse la felicidad con cualquiera de los muchos parámetros analizados? ¿Equivalencia la satisfacción individual al estado de felicidad? ¿Qué articulación intelectual podremos establecer entre el bienestar material, y aun el espiritual, y la realidad feliz? ¿Es posible estar alegre constantemente sin que ello pueda traducirse, o deba traducirse necesariamente, en el temple de ánimo feliz? ¿Hasta dónde se extienden las positividadades que la vida nos ofrece, e incluso nos regala, como órganos operativos del estado de felicidad?

Estas preguntas no son las únicas que nos asaltan. Cada cual podrá formular las que estime necesarias. Lo que ya apunta, sin más, a la honda e intransferible idea que nosotros, como entes particulares, podemos tener de la felicidad. Que es, «velis nolis», un terreno resbaladizo, propenso a deslucirse de toda índole y, en consecuencia, facilitador de toda clase de matizaciones. Estoy seguro de que si en lugar de preguntas muy concretas, por ejemplo, sobre el grado de satisfacción en la relación con la pareja o en la programación del ocio, se nos preguntase sobre el concepto que tenemos de lo que puede ser la felicidad, cada uno de nosotros contestaría de una manera diferente. No es que las encuestas sean poco fiables, cosa que, por otra parte, resulta innegable. No es eso. Es que no son apropiadas. El mismo Argyle apunta, sólo apunta, a la muy discutible fiabilidad de las entrevistas. Se contesta según el estado de ánimo del momento. Se contesta evasivamente, para no comprometerse. Se contesta provisionalmente, para salir del paso, para sacar de encima el engorro de las inquisiciones. En fin, que la esencia de lo que se denomina felicidad no es cuestión de encuestas, de cifras, de gráficas, ni de porcentajes. Pero aún hay más.

Ese más es la sensación que se apodera de nosotros cuando, rematada y repensada la obra, sentimos una extraña inquietud. ¿Cuál? Sencillamente, la de que el problema de la felicidad se nos ha escamoteado, ha quedado sepultado entre esquemas y curvas que, en el fondo, apenas rozan su consistencia.

Ya sabemos, y el autor de *The Psychology of Happiness* bien se cuida de advertirlo, que mucho se ha progresado en el alivio de ciertas situaciones que, sin duda, contribuyen a hacernos desgraciados. Se ha puesto sordina a muchas formas de angustia, se ha logrado aumentar la disposición de la psique para hacer más atractiva la lucha por la vida. Múltiples formas clínicas de la depresión se combaten hoy, incluso farmacológicamente, con positivos resultados. Todo esto es innegable. Pero estas evidentes victorias no nos autorizan a pensar la felicidad como un simple «by-product», como un derivado de determinadas



operatividades humanas. Y, por supuesto, mucho menos que la incógnita de la felicidad no pueda y deba ser enfocada bajo otros postulados. Lo que ocurre es que ese enfoque no es empresa, ni obligación, de pesquisas positivas, esto es, atenuadas a un pragmatismo inmediato y concreto.

### Un atolladero para superar

Hay un problema cuando algo, lo que sea, se nos lanza a la cara (el griego «proballein»), cuando se nos aparece como un atolladero que es menester superar. La idea y la consistencia de lo que pueda ser la felicidad es uno de esos obstáculos. ¿Vamos a vencerlo? ¿Vamos a dar el salto desde una realidad difusa, de escasos perfiles y de ardua captación, a su pesca en las mallas de las palabras de concepto? Pero tengamos cuidado, ya que, en casos como éste, toda precaución y todo tino son pocos. No olvidemos una clarísima distinción establecida por Julián Marías (al que, por cierto, debemos un iluminador libro sobre *La felicidad humana*) según la cual «problema» no es lo que se puede resolver, sino lo que se necesita conocer». Necesitamos, pues, «conocer» el bulto sustantivo de la felicidad, pero teniendo siempre presente, teniendo conciencia clara de que ese conocer no nos va a llevar a puerto seguro.

Posiblemente obedece el diverso y aun opuesto modo de entender la felicidad a un equívoco universal. Vayamos a los inicios. La pregunta ineludible, la pregunta acuciante es ésta: ¿en qué consiste la felicidad? O todavía llevando la cuestión a humanos horizontes: ¿a qué llamamos felicidad? Sin duda, no debemos confundirla con realidades de menor perímetro que día a día nos inundan y que, por eso mismo, semejan introducir en nuestra intimidad un componente de ansiedad o, a la inversa, un componente de placer y plenaria satisfacción. Todo el mundo está de acuerdo en que una cosa son las habituales satisfacciones y prosperidades de la vida y otra muy distinta la profunda, entrañable experiencia de la felicidad. Entonces, ante esta situación, ante esta ambivalente coyuntura, sólo son posibles, según yo pienso, dos actitudes. Una, la de valorar la felicidad como un acontecimiento fugaz, instantáneo y huidizo. Como un acontecimiento, por decirlo así, de exaltación total de la persona que surge inopinadamente y que inopinadamente se desvanece. Es el «flow», el soplo o, mejor, el trance, que algún destacado «felicólogo», por ejemplo, Mihaly Csikszentmihalyi (yo no tengo la culpa de este apellido), ha estudiado con profusión y detalle (más de cien mil testimonios de todo tipo en los que se manifestó, con intensidad asombrosa, el fenómeno de la inmersión, de la extraña y vivísima inmersión del sujeto en un algo que lo trascendía y le regalaba, por decirlo así, el acceso inefable a la felicidad absoluta).

Ahora bien, lo que apenas se ha tenido en cuenta es que este interino, efímero estado de felicidad lleva consigo la enajenación de la persona, su total extrañamiento. El sujeto que experimente el «flow», el desparramarse en lo que ya no es él, está encadenado ni más

ni menos que a una pérdida del núcleo de la individualidad, a una evidente despersonalización. Y así, siguiendo este abstruso camino, llegaríamos a la paradójica conclusión de que la felicidad supone la evaporación de la persona. Algo semejante a lo que Epicuro afirmaba de la muerte, esto es, que cuando nosotros estamos, ella no está, y cuando ella está, nosotros no estamos. De modo parejo, ahora todo nos autoriza a sostener que, si obedecemos al postulado del relámpago transitorio como vivencia de lo feliz, tendremos que conformarnos con el sometimiento de la felicidad al proceso, a la dinámica de la despersonalización. Dicho con otras palabras: para sentir la felicidad, es menester dejar de ser uno mismo. Uno mismo con sus limitaciones, con sus fallos, con sus miserias —y también con sus heroísmos—, pero, al tiempo, con el inmenso justiprecio de sentirse único, inédito, original e insustituible. Por algo el testimonio de los que viven el trance feliz se cifra en la sensación de flotar, esto es, de perder peso, de perder especificidad. Jaspers diría que, en tales casos, se apaga «la realidad de la conciencia». Y ya no dispongo de espacio —ni ello es conveniente— para situar ese «flow» en el contexto del éxtasis místico (un éxtasis de muy considerables entrañas).

La otra actitud frente al problema de la felicidad viene dada por la atención exclusiva e incondicionada a la realidad cotidiana. Y en admitir, sin más, esto es, sin estériles lamentaciones, que lo que nos es concedido consiste únicamente en la posible, grata valoración de cualquier suceso. O en la búsqueda, en ocasiones ciertamente heroica, del diámetro de fecundidad que ese suceso pueda portar en su entraña. En una palabra, todo estriba en vivir la vida con confiada entrega, con indiscriminada apertura a todo lo que ella ofrezca de grato o de ingrato. Y de atinar a referirla siempre, siempre, en toda circunstancia, por dolorosa o trágica que ella sea, a lo trascendente, a aquello que de manera misteriosa nos supera y nos justifica. En los *Diarios* de Wittgenstein encuentro algo que certifica esta mi manera de ver el problema de la felicidad. Allí afirma el filósofo que él «no se siente feliz, ni desgraciado» y que incluso está en condiciones de poder afirmar que el bien y el mal no existen. Pero, a mayor abundamiento, consigna que es el mundo el que, en rigor, debe considerarse como titular de lo feliz y lo infeliz. Por eso, para el pensador vienés, ser feliz consiste ni más ni menos que en situarse en coincidencia con el mundo y, por ende, «hacer la voluntad

de Dios» («den Willen Gottes tun»). Hay, por eso mismo, que escapar del tiempo. ¿Cómo? Viviendo en el presente («Nur wer nicht in der Zeit, sondern in der Gegenwart lebt, ist glücklich»).

Pero tampoco esta excursión a los terrenos que desembocan en «lo metafísico» excluye, sin más, los riesgos de eludir la realidad feliz. ¿Es que eso, lo feliz, existe como tal realidad, como un «factum» concreto y cómodamente apresable? ¿Por ventura no nos hemos metido, a favor de tanta y tanta literatura, y de tanta y tanta elucubración conceptual, en una maraña de la que es sumamente difícil salir? He aquí, ahora, la cuestión.

Hace más de cien años, el espíritu avizor de Friedrich Nietzsche escribía un libro revelador, *Die fröhliche Wissenschaft* (*La gaya ciencia*). En él se consigna algo que a mí se me antoja de máxima y premonitoria fuerza convincente. De genial atisbo de cierto pecado que, andando el tiempo, iba a teñir con grises colores el «corpus» de la cultura de Occidente, a saber, el sustituir la real y verdadera consistencia de lo que nos rodea por nombres más o menos complicados, pero, a lo que parece, cargados con el explosivo de la confusión y, en consecuencia, de la incertidumbre. Las gratuitas denominaciones frente a lo que en la existencia comunal es de suyo entendible constituye una bomba de explosión retardada cuyas deflagraciones y cuyos escombros todavía estamos viviendo y sufriendo.

Pues bien, por aquel entonces, es decir, en los finales del siglo pasado, Nietzsche nos hace la confidencia de que a él siempre le costó trabajo el caer en la cuenta de que interesa más cómo se llaman las cosas («wie die Dingen heißen») que cómo son («als was sie sind»). Y, a continuación, advertía: «Pero no lo olvidemos: basta crear nuevos nombres y valoraciones y verosimilitudes («neue Namen und Schätzungen und Wahrscheinlichkeiten») para crear a la larga nuevas «cosas» («neue Dingen»).»

Claro está que la noción y el estudio de la felicidad no es, ni mucho menos, el resultado de una palinnesia verbal de los modernos. El problema ahí está, exigente e irrenunciable. Y, por descontado, con su espléndida tradición tanto literaria como especulativa. Lo que se desprende de trabajos como el libro de Argyle, es una obsesión indagadora legítima y valiosa. Con todo, excursión por los aledaños de un problema al que las palabras confunden.

Al que las palabras disfrazan. □

### RESUMEN

Vivimos tiempos calamitosos, observa García-Sabell, tiempos de violencia y muerte, en los que el hombre es náufrago angustiado por su posible hundimiento. Y es en estos tiempos en los que aparecen, de vez en cuando, li-

bro con cierta esperanza, obras que tratan de la felicidad humana. A uno de estos libros, que se ocupa de la felicidad, ese «fantasma huidizo», como titula García-Sabell, dedica su comentario.

Michael Argyle

*The Psychology of Happiness*

Routledge, Londres, 1993. 256 páginas. 10,99 libras esterlinas.

# Economía y sociedad en la España actual

Por Juan Velarde Fuertes

**Juan Velarde Fuertes** (Salas, Asturias, 1927) es profesor emérito de Economía Aplicada de la Universidad Complutense de Madrid y miembro de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales 1992 y es autor, entre otros libros, de Flores de Lemus ante la economía española, Política económica de la Dictadura, Economía española contemporánea. Primeros maestros y Los años en que no se escuchó a Casandra.

Quizá desde el neolítico la humanidad no experimentaba una conmoción tan intensa como la que supuso la Revolución Industrial. A partir de finales del siglo XVIII son tremendas las sacudidas que por ello se experimentan en círculos cada vez más amplios de pueblos. Los españoles habíamos seguido con mucho retraso esta evolución hasta que, en la década de los cincuenta de este siglo, se aceleró nuestra industrialización y, sobre todo con la alteración del modelo sucedida a principios de los años sesenta, el impulso resultó imparable.

Todo cambió por eso en la piel de toro. Quizá uno de los fenómenos más significativos en este sentido fue la crisis de la agricultura tradicional, que se unió a un auge considerable de la urbanización, a la revolución demográfica más importante de nuestra historia y a un notable desarrollo material que, contemplado históricamente, sólo tiene parigual en el ámbito de la OCDE con el japonés. Al integrarse España en el ámbito comunitario, como complemento a estas mutaciones, nuestra economía adquirió dimensiones y asumió problemas radicalmente nuevos.

¿Y nuestra sociedad, cómo se alteró en medio de esa transformación mundial y aceleradísima española que de ningún modo ha concluido? Ese es el gran papel que ha asumido este trabajo, dirigido y en lo esencial incluso redactado por Amando de Miguel, y sobre el que no cabe pasar distraídos los ojos.

## Economistas y sociólogos

Cuando Amando de Miguel se encara, contemplándolos desde la cumbre de 1992, con los cambios más importantes que ha experimentado nuestra sociedad respecto a la situación que había sido registrada por él en los dos primeros informes FOESSA —ambos titulados *Informe sociológico sobre la situación social de España* (Euramérica, 1966 y 1970, respectivamente)—, se encontrará con que tales alteraciones son tres: la sociedad española «se ha dado un sistema democrático, ha sorteado una larga crisis económica y se ha incorporado a la Comunidad Europea» (pág. 15). Al observar esta triple diferencia queda claro que dos de esos rasgos son esencialmente económicos, aunque engloben en su seno también otros contenidos ajenos a la economía que, naturalmente, deben siempre ser tenidos en cuenta por los economistas.

Una vez más, con esta aportación del profesor De Miguel se comprende todo lo que enriquecen el conocimiento de la economía de un país o de una época las investigaciones de los sociólogos, de modo tal que en multitud de ocasiones no se puede saber si el trabajo científico que tenemos entre las manos es fundamentalmente sociológico o económico. Sin necesidad de hablar de Marx, de Max Weber, de Veblen o de Myrdal, en España hoy mismo cabe mencionar —aparte, naturalmente, de la de Amando de Miguel—, y sin pretender ser exhaustivo, las figuras de Linz, de Salustiano del Campo, de Víctor Pé-

rez Díaz, de López Pintor, de José del Castillo, de Díez Nicolás, de José Cazorla, de Esteve Fabregat o de Carmelo Lisón. Todos estos sociólogos efectúan tareas que no pueden dejar de seguir los economistas.

Claro que también es preciso insistir, si se quiere explicar buena parte del entramado de una sociedad, y sin para ello caer en ningún tipo de materialismo histórico, en buenos análisis de la situación económica. El piano o el género chico; la evolución de las Facultades o Escuelas de Medicina, de Derecho y de Ingeniería; el prestigio o desprestigio del Ejército; la nupcialidad o el auge y decadencia de diversos partidos políticos, no se explican sin tener muy en cuenta lo que, simultáneamente, acontecía a nuestra economía.

Amando de Miguel tiene una ventaja previa para ofrecer al estudioso este doble flanco de escudriñador de fenómenos sociales y económicos. De modo continuo ha señalado cómo el investigador de las ciencias sociales no debía rehuir una información forzosamente multidisciplinar. Por eso crítica, en primer lugar, las consecuencias de «la creciente especialización en las ciencias sociales» que, necesaria como es, conduce, sin embargo, si se lleva a sus últimas consecuencias, a «un proceso endogámico y reduccionista», como lo muestra el que «raro es que un alevín de antropólogo lea a los economistas o a los sociólogos o al revés», agregando inmediatamente que algunos antropólogos, como Michael Kenny, «son los que más se han quejado de esta incomunicación entre los distintos campos científicos, escuelas y métodos» (pág. 17).

En segundo lugar, Amando de Miguel predica con el ejemplo. En la bibliografía de este volumen (págs. 783-800) se anotan 386 referencias. Pues bien, al revisarlas cuidadosamente observé que coinciden con mis anotaciones bibliográficas para mi habitual curso universitario sobre economía española, nada menos que 99, o sea el 25,65 %.

## España urbanoindustrial

Finalmente, para entender bien lo que sigue, ha de tenerse en cuenta que la encuesta básica que constituye el cimientito de este trabajo de Amando de Miguel se dirigió a los nacidos entre 1927 y 1973. Excluye, por tanto, a los viejos y a los niños. Igualmente deja fuera a los municipios más rurales, entendiéndose por tales los de menos de 3.000 habitantes. Se sesga, pues, la investigación hacia la España que tiene un protagonismo urbanoindustrial más claro, la que es más competitiva dentro de un modelo comunitario y, en resumidas cuentas, la que el autor denomina la «sociedad activa», que, por supuesto, es «la más dinámica, la que excluye las situaciones de mayor soledad, aislamiento y menor nivel de vida, a igualdad de otras circunstancias» (pág. 25).

Comencemos con una cuestión que ha hecho correr ríos de tinta, que ha encontrado acomodo en la sabiduría convencional y que conviene dilucidar: la del talante económico del español. Se trata de una vieja polémica que sólo podemos intentar resolverla con el apoyo de los historiadores de la economía, que todavía no han dicho, ni mucho menos, la última palabra, y de los sociólogos.

## Tradicional descuido

La postura tradicional más generalizada quizá sea la que de este modo acertó a sintetizar Karl Vossler en *España y Europa* (Instituto de Estudios Políticos, 1951, pág. 197): «Algo, por cierto, ha descuidado siempre la política española o no lo ha sabido entender nunca: la cuestión económica. Plena prosperidad económica no la ha gozado este pueblo ni cuando le pertenecía medio mundo en el siglo XVI y, en cambio, en la segunda mitad de este siglo, tres veces hizo quiebra el Estado. Como su mentalidad siente más lo maravilloso que lo material, en su obrar y querer tiene más valor la guerra que el trabajo constante, la aventura que el comercio, el poder y el honor más que todas las riquezas.»

Aunque estos puntos de vista se hayan emitido, en parte, por auténticos amantes de España —muchos románticos, muchos hispanistas—, es lícito encuadrar sus opiniones en ese conjunto llamado la «leyenda negra», que es algo mucho más amplio que un cúmulo de falsedades emitidas, dentro de eso que denomina Philip W. Powell el «árbol de odio» sobre la Inquisición, la conquista de América y Felipe II. Julián Juderías, en *La leyenda negra* (1914), señalará que también debe entenderse por «leyenda negra» «el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra Patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad». Julián Marías agrega a esto una característica más en su ensayo *España ininteligible. Razón histórica de las Españas* (Alianza Editorial, 1985, pág. 202): «La Le-

yenda Negra consiste en que, partiendo de un punto concreto, que podemos suponer cierto, se extiende la condenación y descalificación «a todo el país a lo largo de toda su historia, incluida la futura». En eso consiste la peculiaridad original de la Leyenda Negra. En el caso de España, se inicia a comienzos del siglo XVI, se hace más densa en el siglo XVII, rebrota con nuevo ímpetu en el XVIII —sería menester preguntarse por qué— y reverdece con cualquier pretexto, sin prescribir jamás.»

En este caso, el talante económico del español es considerado como una de nuestras taras. Precisamente es importante la aportación del profesor De Miguel porque comienza a poner coto a una afirmación muy superficial. Para eso pone en relación ese talante con lo que denomina «la vitalidad de la raza española, su adaptativa capacidad para asimilar muchos cambios, pero conservando un modo tradicional de ver el mundo, de situarse en él» (pág. 32).

## Vitalidad y abulia

Ha de salir al paso, inmediatamente, ante más de un hispanista que acaba sepultando esa «vitalidad» bajo la pesada losa de la «abulia», mientras se pretende que así llega hasta nosotros una tradición oriental, musulmana o andalusí. Quizá como nadie analizó su esencia Abenaldún en una genial obra de filosofía de la historia, la *Mucaddima*. Ahora acaba de transmitir todo lo que eso supone desde el punto de vista de la economía Fabián Estapé, en su discurso de ingreso en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, *Ibn Jaldún o el precursor* (1993). Considera este pensador andalusí que en el mundo musulmán se suceden de modo continuo dos etapas. La primera es la nómada o beduina. Las tribus, que viven incluso con estrechez, se unen de modo creciente en la «arabiyya», logrando un rápido desarrollo y un poder considerable. Esto las lleva a enriquecerse y a pasar a un estadio nuevo, de civilización sedentaria, urbana, en la que abunda la molición, que conduce a la decadencia. Las ciudades de Al Andalus, sobre todo Córdoba, Sevilla y Granada, eran ricos asentamientos en los que dominaba la abulia.

Todas estas tesis de Abenaldún han dado origen a reflexiones muy importantes por parte de pensadores españoles, desde Rafael



TINO GATAGAN

Viene de la página anterior



Altamira y Ortega y Gasset hasta concluir, por ahora, en Fabián Estapé. Todos ellos comprueban, de acuerdo a ese modelo, que esa abulia no tiene por qué ser persistente. Sin embargo, lo corriente es creer en ella, en su carácter perdurable, y en generalizarla además. Es el caso que presenta Amando de Miguel al recoger una cita de la antropóloga social Nina Epton, procedente del ensayo de ésta *El amor y los españoles* (Plaza & Janés, 1971, pág. 162), donde señala que «el español medio —me refiero, agrega, “a los del centro y sur de España”— es como el oriental... La vitalidad del español es engañosa al tiempo que exhaustiva. Gasta sus energías hablando, paseando, gesticulando y fumando, y no le quedan fuerzas para dedicarse a cosas del espíritu».

### El «letargo oriental»

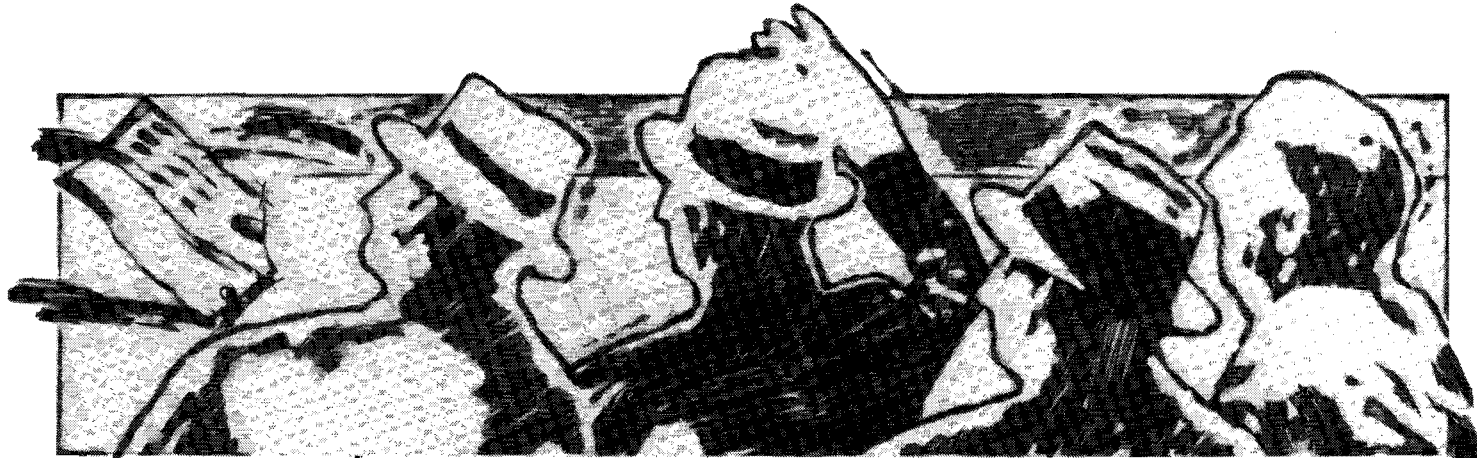
Podría añadirse que entre estas «cosas del espíritu» se encuentran las persistentes maquinaciones para triunfar como empresario, que menciona Von Thünen en *El estado aislado*. La herencia árabe se ha instalado, pues, entre nosotros con carácter permanente. El destruir este aserto no le es difícil al profesor De Miguel. Por supuesto, dice, «que nos gusta pasear y hablar en voz alta, pero no se comprende bien lo del “letargo oriental”, si hay que explicar el desusado ritmo de desarrollo económico del último medio siglo y los cambios sociales subsiguientes» (pág. 32).

Para investigar algo más sobre el auténtico talante económico del español, ha de darse otro paso, para el que De Miguel recomienda como acompañante al profesor Pinillos. Este, en su ensayo *España y la modernidad* (UNED, Palencia, 1987, pág. 14), nos indica que «el carácter de los países no es invariable, pero existe; confiere a sus habitantes un cierto aire de familia...; es decir, se hace notar», de lo que deduce De Miguel que «no aparece troquelado el carácter de los españoles como tales, sean vivos o difuntos, puesto que son evidentes las variaciones en el tiempo y en el espacio, pero sí se reconoce ese “aire de familia”, que se manifiesta, por ejemplo, en los estilos de vivir, pensar y sentir» (pág. 32). De ahí que concluya, de paso que destroza el mito de la abulia y de nuestra radical incapacidad para transformarnos, premisa evidente para el éxito económico: «Si alguna constante se puede trazar en las costumbres de los españoles de los últimos tiempos es una especie de ánimo experimental por el que se aprueba lo que viene de fuera, lo que resulta novedoso, lo que contraviene los usos tradicionales» (pág. 33).

Por tanto, De Miguel observa, frente a un pasado en el que Pinillos encontraba, en su ensayo de 1974 *La evolución de las costumbres*, una «tenaz resistencia a las novedades», una alteración tan grande que lleva al propio Pinillos a señalar: «No me parece que el pueblo español presente un exceso de espíritu de resistencia ante lo nuevo, en estos momentos, sino acaso más bien una aceptación poco discriminativa de las innovaciones», o, como dice el profesor De Miguel, «un entusiasmo por las novedades», con «una ciega aceptación del cambio por el cambio mismo».

### La dinámica demográfica

Pasemos ahora a contemplar los cambios socioeconómicos más importantes. No entenderemos nada de lo que señala el profesor De Miguel, si no comenzamos la lectura de cada una de sus partes con una perspectiva nueva, de la que algo se acaba de comentar. En España, por primera vez en su historia,



TINO GATAGAN

una clase media cada vez más generalizada comienza a reaccionar como tal. Tiene plena conciencia de su poder y está dispuesta a actuar de acuerdo con sus conveniencias. Una y otra vez, sin necesidad de subrayar algo que es obvio, nos lo expondrá Amando de Miguel. Desde luego, esto es clarísimo en el caso de nuestra demografía.

La población de un país es siempre un dato buscado por un economista. De ahí que convenga señalar hasta tres notables aportaciones por parte de Amando de Miguel. La primera, sobre la cuantificación de nuestra población actual. La segunda, sobre su evolución. La tercera, como es natural en un viejo admirador de Román Perpiñá Grau, sobre la distribución espacial de la población española.

### A vueltas con el censo

Comencemos por el censo de 1991. El fracaso de este recuento por un conjunto de concausas bien conocidas por todos obliga a reelaborar la cifra de 39,4 millones que ofrece el Instituto Nacional de Estadística. «No es verosímil —se indica en este libro— que la población censada en 1991 supere sólo en medio millón de personas a la empadronada en 1986 —de 38,9 millones, aunque el propio De Miguel admite la sospecha de que parece algo alta—, cuando en ese quinquenio se ha producido un saldo vegetativo todavía positivo, han retornado muchos emigrantes del exterior, y se ha intensificado la corriente de inmigrantes extranjeros» (págs. 38-39). Por tanto, hemos llegado a los tantas veces señalados 40 millones de habitantes, pero no parece que vayamos a ir mucho más lejos. Es más, considera que en algún momento de 1992 podemos haber llegado a «ese temido “crecimiento cero” —al restar de los nacidos los fallecidos—» (pág. 40), aunque claro que «la población seguirá creciendo por el aporte de la corriente migratoria exterior, cada vez más nutrida. Es posible incluso que, si ese flujo se estabiliza, pueda ocasionar un nuevo resurgir en las cifras de los natalicios» (pág. 41). Naturalmente que esto da lugar, al observar la revolución que origina la caída de la natalidad, a muy pintorescas reacciones al confundirse correlaciones con causalidades, lo que da origen a disparates divertidos. Así, Dantín Gallego vincula la ingestión del garbanzo verde como aperitivo por las mujeres en edad fecunda en Andalucía y Extremadura con la alta natalidad en estas regiones. De Miguel, ante esta aberración, aconseja que mejor sería que se explicase con la abundancia de cigüeñas en la zona (pág. 62). Bromas aparte, el análisis crítico de la fecundidad que se presenta en las páginas 62-63 es ejemplar.

No puede olvidarse que también es fuerte la caída de la mortalidad. En relación con esto señala Amando de Miguel que no es posible dejar a un lado la paradoja expuesta por Jesús M. de Miguel y Mauro F. Guillén de que, aunque «la organización pública de la sanidad es desorganizada, ineficaz, sin pla-

nificación, con una mala asignación de los recursos, con una notable carencia de camas de hospital y encima con un alto nivel de corrupción (teniendo todo esto en cuenta, lo más sorprendente es que el nivel de salud de la población española sea elevado, superior a muchos países occidentales como Gran Bretaña, Italia o Alemania Occidental)». Los autores concluyen, entre filosóficos y resignados, que «el sistema sanitario tiene que ver poco con el nivel de salud de la población» (pág. 82).

Todo esto se acompaña con una fuerte redistribución poblacional. La marcha de los españoles hacia el Este y el Sur, con un auge del triángulo Madrid-Alicante-Málaga —esto es, con nuestra porción del famoso «arco del Mediterráneo»—, va a plantear problemas urbanos nuevos. Por supuesto que todo esto se complica en un nuevo fenómeno de urbanización donde se cambian todos los esquemas tradicionales: «El automóvil es lo que posibilita que el esquema de ciudades se estructure cada vez más en forma de mancha de aceite a lo largo de las carreteras principales. El modelo anterior era el de la urbanización-ferrocarril, en el que aparecían las ciudades como núcleos discretos, exentos, alejados de los otros centros populosos. Hoy se impone más esta gradación de pequeños núcleos conexos a otros, unidos por la facilidad de movimientos que permite la posesión general del automóvil o, en todo caso, el uso del autobús» (pág. 127).

### La sociedad del bienestar

Al contrario que el Estado del bienestar, en crisis evidente, en España la sociedad del bienestar goza de excelente salud. En este volumen, el apartado correspondiente a la sociedad del bienestar (págs. 223-244) ha sido redactado por F. Andrés Orizo. Con su complemento sobre los niveles de consumo y bienestar (págs. 244-274), los hábitos alimenticios (págs. 274-286) y los estilos nuevos de vida (págs. 286-316), en realidad se exhibe el triunfo de la clase media.

Es enorme la catarata de datos que se ofrecen tanto sobre el cambio rapidísimo experimentado como sobre la satisfacción orgullosa que eso genera en España. Quizá convenga comenzar por señalar que tenemos un notable contingente de personas «no mucho»

o «nada satisfechas» —el 20%—, «esto es, seguimos con tanta proporción de gente que se siente mal como en el caso de nuestros vecinos portugueses e italianos (aunque menos que en el caso de los griegos), pero tenemos más gente que se siente muy bien, muy satisfecha y contenta con su vida. Contamos con un segmento de un 23% de gente muy satisfecha, superior al 5% de Portugal, al 13% de Italia, al 15% de Grecia e incluso al 12% de Francia» (pág. 226).

Las cifras concretas que respaldan esa satisfacción abrumada. Por ejemplo, sólo en el período de cuatro años, de 1987 a 1990, disminuye, de un 66 a un 60%, la importancia de las tiendas tradicionales, mientras crece la de los autoservicios, supermercados e hipermercados, del 33,5 al 40,1% (pág. 235). Aumenta el gasto en alimentación, pero como «se logra una evidente saturación» (pág. 246) porque «se adquieren alimentos cada vez más preparados, importados, exóticos incluso y dispuestos para un consumo inmediato y masivo» (pág. 245), el remanente se dirige al consumo de otras cosas, de forma que, «a pesar de todos los obstáculos, los españoles han realizado un enorme esfuerzo para comprar una vivienda, el coche y los mil objetos (más o menos) duraderos que llenan hoy una casa. Una vez satisfechas las necesidades básicas (frigorífico, televisor, automóvil), los hogares se lanzan al equipamiento electrónico» (página 246). Le falta a este análisis, porque no pasa de un viejo estudio de Julio y Angel Alcaide, recoger lo que, en este sentido, supone una redistribución de rentas considerable, que motiva que seamos ya, en este sentido, un país europeo más. Falta también tener en cuenta las consecuencias que esto supone macro-económicamente: que para poder financiar nuestra inversión, y no interrumpir el desarrollo, es preciso, desde 1988, acudir al ahorro extranjero.

Con mayores o menores dificultades, la sociedad española ha conseguido muy recientemente subirse a los lomos del tigre del progreso de los países ricos. La situación actual es apasionante. El éxito puede subirse a la cabeza de los españoles, y creer que concluyó la época del esfuerzo y del sacrificio, sin pensar que un pequeño grupo de naciones que se apiña sobre la espina dorsal de ese fiero animal, sobre todo España, Italia y Gran Bretaña, a poco que afloje las piernas, tiene un enorme riesgo de caer. □

### RESUMEN

Velarde Fuertes, al examinar el trabajo sociológico dirigido por Amando de Miguel, destaca la riqueza de información válida para los economistas contenida en ese volumen. De ella se deduce de qué modo esta aportación ilumina la polémica sobre el talante eco-

nómico del español; se ofrece una síntesis de la revolución demográfica española, así como el impacto urbano que produce. En definitiva, lo que significa en nuestra economía la consolidación de una triunfante clase media.

### Amando de Miguel

*La sociedad española 1992-93. Informe sociológico de la Universidad Complutense*

Alianza Editorial, Madrid, 1992. 826 páginas. 9.500 pesetas.

# ¿Quiénes son los griegos?

Por Francisco Rodríguez Adrados

**Francisco Rodríguez Adrados** (Salamanca, 1922) es catedrático emérito de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. Creador de una escuela de helenistas y lingüistas, dirige las revistas *Emérita* y *Española de Lingüistas*, el *Diccionario Griego-Español* y la «Colección Alma Mater de Autores Griegos y Latinos».

La Oxford University Press combina desde hace un cierto tiempo sus orientaciones filológicas más tradicionales con libros en que la Antigüedad Clásica es explorada desde puntos de vista que ahora irrumpen: la etnología, el universalismo cultural, el feminismo, el tema de la esclavitud, etc. Cuando el autor, como en el caso presente, es un estudioso de la Antigüedad de reconocida competencia, puede esperarse, a veces, si no una gran novedad, sí una iluminación de su campo de estudio en relación con esas nuevas corrientes y por la comparación con otras culturas.

Sucede, de otra parte, que estos libros suelen estar bien escritos y bien presentados, son claros y no dan casi nada por supuesto. Añaden referencias bibliográficas explícitas para el que desee una ampliación. Por otra parte, se dirigen a un público amplio y prestan un servicio al difundir el conocimiento del mundo clásico en ambientes cada vez más alejados de él, por desgracia. Todo esto puede decirse en honor de este libro, aunque haya de añadirse que ni en él ni en otros de esta orientación es muy grande la originalidad. Lo mejor es que insertan la Antigüedad Clásica dentro de coordenadas hoy usuales y siguen, así, manteniendo viva su relevancia cultural.

El punto de partida es la pregunta, tan repetida y que ha dado lugar ya a una abundante bibliografía, sobre quiénes fueron los griegos: «Who were the Greeks?». A frecuentes respuestas del tipo de la de Shelley «todos somos griegos», se contesta subrayando las diferencias entre los griegos y nosotros. Si el autor, como en este caso, tiene un buen conocimiento de su tema, añadirá que también hay semejanzas y que, dentro de lo griego, hay variantes múltiples. La respuesta no es, pues, tan sencilla. En realidad, el libro insiste más bien en quiénes no eran propiamente griegos en el sentido usual.

Parte, pues, nuestro libro de una desmitologización de los griegos, que a los helenistas ya no nos hace falta, conocemos sobradamente el tema, pero quizá sea útil para ese público amplio al que aludíamos. No en vano procede de una serie de conferencias ante estudiantes de Cambridge.

Es cierto que una serie de hábitos culturales de hoy en política, literatura, pensamiento, ciencia, vienen de los griegos. El autor lo da por sabido. Insiste sobre todo en un punto: que la «sociedad abierta» de los griegos, precedente de la nuestra, era menos abierta de lo que se dice. Era «abierto» a expensas de otros: no lo era para muchos extranjeros libres, para los esclavos, para las mujeres.

O lo era menos, añadido por mi cuenta. Y todavía me gustaría añadir que esto no es una gran originalidad de los griegos. El complejo



RAFFAELE GRASSI

de superioridad de una nación frente a otras, la limitación del papel político de las mujeres, por ejemplo, son hechos no sólo griegos. En cuanto a los esclavos, han durado hasta el siglo XIX y a ellos asimila el autor en sus páginas iniciales a muchos trabajadores por cuenta ajena de hoy en día.

Para mí, el ensayo griego de democracia (que es el núcleo en torno al cual gira el libro) se practicó sólo en pequeña escala, en torno al núcleo de los varones libres, los ciudadanos. Sin el imperio ateniense no habría podido existir la democracia de Atenas. Pero igual hay que decir de la democracia de Inglaterra en el siglo pasado y comienzos de éste, cuando era sostenida por las colonias. Lo que es relevante en estos ensayos es que son susceptibles de ampliarse cuando las circunstancias socio-económicas y las técnicas de producción lo permiten. Esta fue la grandeza de Atenas: no la perfección del ensayo.

En fin, volviendo al libro, éste está basado en el estudio de una serie de antinomias o polaridades que oponen a los ciudadanos griegos (atenienses sobre todo), a los que ellos veían como «los otros»: los bárbaros, las mujeres, los no ciudadanos, los esclavos. Se añade, antes del Epílogo, un capítulo que estudia, un poco fuera del contexto general del libro, la oposición de hombres y dioses. Esto es todo, salvo dos capítulos iniciales: uno sobre el método de estudio («Significant others: Us v. Them»), otro sobre la relación de Historia y Mito. El libro se abre con mapas y referencias cronológicas y termina con unas útiles indicaciones sobre «Further reading», una bibliografía y un índice alfabético de nombres y temas. Todo muy útil para ese lector poco versado en letras clásicas que se supone.

Quizá convenga decir algo sobre los planteamientos metodológicos del libro en los dos primeros capítulos. Nuestro autor señala (y se apoya en estudios como los de Lloyd y Heinimann) la importancia del pensamiento polar en la Grecia antigua. Hace ver que el «otro» se tiende a verlo como algo homogéneo frente al «nosotros» (también visto como homogéneo, añadido yo); y, además, como algo desvalorizado. Pero

esto no impide la existencia de excepciones que confirman la regla (bárbaros, mujeres, esclavos que son, por así decirlo, «griegos honorarios» u «hombres honorarios»). Todo esto es muy cierto. Pero puesto a completar yo añadiría que, más que griego, éste es un modo de pensar humano: la creación de estereotipos o fenotipos (de naciones, sexos, etc.) es bien general. Conocemos a través de oposiciones que comportan por lo demás generalizaciones abusivas. Esto lo hacemos también nosotros, no sólo los griegos.

En todo caso, es un método muy útil para poner de relieve ciertos hechos que, por lo demás, son en general bien conocidos. Hay que añadir que el autor se apoya en fuentes reducidas. En primer término, en Aristóteles, las raíces nada científicas de cuyas desvalorizaciones de mujeres y esclavos analiza. En segundo lugar, los historiadores, cuya originalidad respecto al mito y cuyo aprovechamiento del mito para sus fines estudia en el capítulo segundo. Es ésta una elección de fuentes, exploradas a través de ejemplos aislados, tan válida como cualquier otra (aunque no comparto la observación de la página 10 de que el estudio de los textos históricos es una especie de Cenicienta de los estudios clásicos). Pero, desde luego, hay que subrayar que se trata de una fuente muy parcial. El teatro, la oratoria, etc., son mínimamente explorados. El autor, evidentemente, quiere lograr un libro breve, claro, en que ciertas discusiones filosóficas o antropológicas van seguidas de «ejemplos» sacados de los historiadores griegos y que son ilustrativos para el lector y atractivos al tiempo.

Es interesante el capítulo (el tercero) sobre los bárbaros, que los griegos sólo a partir de las Guerras Médicas inventaron como un concepto homogéneo y desvalorizado, paralelo al de un helenismo considerado superior y que hallamos en Isócrates, Aristóteles y otros: todo ello por efecto de «ideologismo, ilogicidad y «wishful thinking»». Pero Cartledge habla también de los bárbaros que son «griegos honorarios», como Ciro el Grande y Farnabazo, según relatos de Jenofonte. Y en los tres historiadores se establecen distinciones entre varios pueblos bárbaros.

En todo caso, la culminación de este panorama está en la asimilación de los conceptos de barbarie y tiranía, helenismo y libertad. Generalizaciones que responden ya no a la realidad. Como saben los propios historiadores griegos, por ejemplo, Heródoto en el debate de los tres persas sobre la mejor forma de gobierno.

Interesante es también el capítulo sobre hombres y mujeres. Trata de comprender el verdadero fondo de las manifestaciones de Aristóteles en su *Generación de los animales*: al menos, no hay un fundamento teológico como en la Edad Media. Las que no me parecen aceptables son las críticas que el autor hace al

feminismo de ciertos pasajes del teatro ateniense: es dudoso, dice, en qué medida un hombre puede comprender o representar con simpatía las experiencias de la vida de las mujeres. Esto es ir demasiado lejos: podríamos poner la objeción al propio autor del libro, ponérsela a todos nosotros. Los textos están ahí. Y creo que nuestro libro exagera, también, cuando dice (pág. 69) que *Madre Coraje* sería incomprendible en Grecia. ¿Por qué? Hay heroínas trágicas equivalentes. El mismo Cartledge habla de Antígona, aunque desvaloriza el ejemplo diciendo que Sófocles ha tomado aquí «una línea anticonvencional». La misma de Heródoto cuando elogia a Artemisia o a la mujer de Candaules. Lo importante, para mí, es que, por fuerte que fuera el peso de la tradición, Grecia hizo posible nuevos puntos de vista. Igual en relación con los bárbaros y con los esclavos.

Si estudiáramos con detención los dos capítulos que siguen, sobre los ciudadanos y los esclavos, llegaríamos a conclusiones paralelas. Lo que se dice sobre éstos es insuficiente: ciertas afirmaciones de Aristóteles no contrapesan los hechos, la emergencia en autores como Eurípides de una nueva consideración del esclavo. Y más en ciertas filosofías helenísticas.

En fin, el libro es por definición restringido y muchísimos datos quedan sin aportar. La tesis principal es que las manifestaciones reaccionarias de Aristóteles y otras teorizaciones más coinciden con relatos o anécdotas de los historiadores, salvo cuando surge la famosa excepción que confirma la regla. Este puede ser un cuadro en general correcto. Aunque la verdad es que no es muy nuevo y que, de otra parte, es sólo esquemático.

Libros así dejan un cierto desencanto en el filólogo, que los encuentra incompletos y no muy originales. Pero no se les puede negar buena información y conocimiento. Sin duda, dentro de lo que es la cultura de nuestros días, universalista pero no muy profunda y girando en torno a unos cuantos tópicos cada vez más manidos, desempeñan un papel. Los estudiosos de la Antigüedad no pueden dejar de situar ésta dentro del marco de las preocupaciones contemporáneas, por parciales que sean éstas o por mucha impresión de «déjà vu» que dejen. □

## En el próximo número

Artículos de *Francisco Ayala*, *Antonio Quilis*, *Ramón Barce*, *Juan Perucho*, *Miquel Siguán*, *Alberto Galindo* y *Javier Tusell*.

### RESUMEN

El helenista Rodríguez Adrados comenta un libro de un experto de la Antigüedad que se ocupa de los griegos, señalando las diferencias y semejanzas con nosotros (desmintiendo así la conocida frase de Shelley «todos somos

griegos»), y a la vez subraya las múltiples variantes que se dieron entre los propios griegos. La obra, indica Adrados, parte de una cierta desmitologización de lo griego que quizá le sea útil a ese público amplio al que va dirigida.

Paul Cartledge

*The Greeks. A Portrait of Self and Others*

Oxford University Press, Oxford, 1993. 232 páginas. 7,99 libras esterlinas.



## Ciencia y Dios

Por Alberto Galindo

**Alberto Galindo** (Zaidín, Huesca, 1934) es matemático y catedrático de Física Teórica de la Universidad Complutense y académico numerario de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Sus campos de investigación actual son los procesos no-lineales y la física cuántica.

Concluye el famoso científico británico Stephen W. Hawking su libro *A Brief History of Time* con la afirmación de que si supiéramos por qué existe el universo y el hombre, conoceríamos en verdad la mente de Dios. Al tomar prestadas de Hawking las palabras que constituyen el título del magnífico libro objeto de estos comentarios, recientemente aparecido en impecable traducción al español, no sólo muestra Paul Davies por enésima vez que sabe escoger con acierto los títulos de sus obras, sino que se impone la difícil meta de analizar con tino y honestidad la interfaz ciencia-religión a la luz de la física y de la matemática de fines de este milenio. Se declara Davies en el prólogo como uno más de la legión de científicos que creen en la capacidad de la ciencia para explorar el complicado mundo que nos rodea, sin reserva alguna que suponga una limitación a las leyes físicas. Se apresura a admitir, sin embargo, que puede haber un tipo de preguntas, las «últimas», sin respuesta dentro de la ciencia del «homo sapiens». Deja para el desarrollo de la obra los argumentos en que apoya estas y otras interesantes ideas personales sobre un universo con finalidad, en el que la mente o consciencia del mundo desempeñaría un papel central.

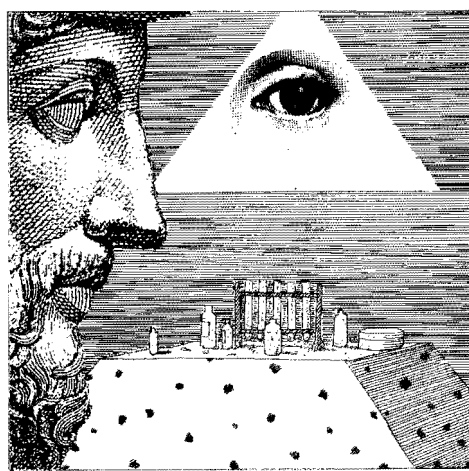
Al prólogo le siguen nueve capítulos, notas bibliográficas, una bibliografía selecta y un índice analítico. Para los lectores curiosos que, con las reglas dadas por Davies en las páginas 97-98 (110 en la versión en inglés), intenten simular en un ordenador personal el autómata celular de Conway conocido como juego «Vida», les advertimos sobre un error: cuando entre los ocho vecinos próximos de una celda haya exactamente tres ocupados, la regla correcta es que entonces dicha celda salta siempre a estar ocupada (lo estuviera o no antes). De seguir las instrucciones del libro, en este caso los «pla-

neadores» (prefiero esta traducción a la de «aviones») no existirían. Asimismo, los adictos a los números tendrán que corregir adecuadamente el valor del gran ciclo de tiempo de la cosmología hindú dado en la traducción, y con años de 360 días verán que una vida de Brahma equivale exactamente a 311.040.000.000.000 de años. Según los mitos védicos sobre el tiempo y la eternidad, ahora debemos andar por la mitad de este enorme período.

Los títulos de los capítulos no pueden ser más atrayentes: i) Razón y credo; ii) ¿Puede autocrearse el universo?; iii) ¿Qué son las leyes de la naturaleza?; iv) Matemática y realidad; v) Mundos reales y mundos virtuales; vi) El secreto matemático; vii) ¿Por qué es el mundo como es?; viii) Universo de diseño; y ix) El misterio al final del universo. Responden a un planteamiento global de las grandes cuestiones, desde su frío análisis a través de la ciencia actual hasta su tibia percepción mística. Ciertamente es que de su lectura no se extraen respuestas contundentes; tampoco lo pretende su autor. Pero sí consigue Davies en lenguaje transparente llevar al lector medio hasta las fronteras mismas de la física actual, para acotar con claridad desde esa perspectiva las grandes cuestiones e invitarle a estimulante reflexión. Sobre algunos de los temas tratados me centraré en los comentarios que siguen.

### ¿Es Dios necesario?

Creemos los ingenuos que el mundo existe. Para el hombre de la calle es esta realidad obvia la exigencia más poderosa de un Creador como primer eslabón en la larga cadena de causaciones. Incluso los ateos más curtidos invariablemente se remueven, incómodos, al enfrentarse a este problema. La física moderna viene a ofrecerles un resquicio abriendo las puertas a una génesis sin agente, en que el universo surgiría espontáneamente de la nada como una fluctuación cuántica. Pero hasta los científicos familiarizados con la física de los «cuanta» se erizan al imaginarse tal parto cósmico, y muchos rechazan de plano la titánica extrapolación que supone el llevar al mismísimo extremo universal una doctrina surgida de sus más diminutas escalas.



ALFONSO RUANO

Se sabe, tanto teórica como experimentalmente, que el vacío es un foro de incesante actividad dinámica que se manifiesta tanto en los niveles atómicos (efecto Lamb, 1947) como en la formación de bolsas dieléctricas de energía negativa entre placas conductoras que origina una debilísima atracción entre ellas (efecto Casimir, 1948), y en la creación de partículas reales cuando dicha bolsa se sumerge en campos externos (efecto Schwinger, 1951); precisamente se han invocado los dos últimos efectos como bálsamo: el de Casimir, para evitar las singularidades de la Gran Explosión y de los agujeros negros, y como mecanismo; el de Schwinger, para suavizar las posibles irregularidades iniciales del universo. En la cosmología cuántica, en que los objetos del discurso son universos cerrados, corresponde a la nada hacer de vacío, y de igual modo que de éste pueden surgir partículas, cabe imaginar la aparición de universos enteros saliendo del estado «nada». (Esta especie de tercera cuantización apunta a nuevos eslabones: ¿podría ser que en el siguiente dicha «nada» fuera resultado de creación sobre un «vacuo» aún más primitivo?) Tal fue la propuesta original de Sakharov y Adler en 1967, posteriormente concretada por Vilenkin como un efecto túnel, y por Hartle y Hawking como solución de la ecuación de ondas para el universo con condición inicial la célebre «ausencia de contorno».

Un cosmos estacionario, tan caro a Einstein, haría innecesario un «fiat» creador; pero la caída de la inmutabilidad aristotélica de los cielos provocada por la expansión del universo (Hubble, 1929) reclamaría, en cambio, infinitos actos de creación infinitesimal que mantuviesen constante la densidad media de energía del cosmos. Damos hoy por aceptado que la edad del universo es finita. Se ha dicho que la oscuridad de la noche se basta para eliminar media eternidad; si bien no es del todo cierto, ayuda cuando menos a resolver limpiamente la célebre paradoja de Olbers. Durante el último medio siglo se ha jugado con la idea de que nuestro universo, con una edad finita y cifrable entre diez y veinte mil millones de años (esperemos que el Telescopio Espacial Hubble, con

nuevas «gafas» tras su reparación en diciembre pasado, permita definirla mejor), tuvo un inicio abrupto y singular; la física clásica así lo exigía con los famosos teoremas de singularidad de Penrose y Hawking. Y esta misma física se replegaba humildemente declarándose incapacitada para suministrar una causa a tan espectacular efecto y dejando el paso libre a explicaciones sobrenaturales. Pero la física cuántica debilita la conexión causa-efecto y ofrece un nuevo marco racional al posibilitar la eliminación del carácter singular de la Gran Explosión y presentar al cosmos como algo que simplemente «es» sin necesidad de haber tenido que «llegar a ser». En palabras de Hawking: «So long as the universe had a beginning, we could suppose it had a creator. But if the universe is completely self-contained, having no boundary or edge, it would have neither beginning nor end: it would simply be. What place, then, for a creator?» Mas aunque conociéramos ya esta ambiciosa «teoría de todo», quedaría, sin embargo, por despejar un par de interrogantes, ante los que Hawking se inclina ignorante: «Why does the universe go to all the bother of existing?... What is it that breathes fire into the equations and makes a universe for them to describe? ... If I knew that, then I would know everything important».

### ¿El fin de la ciencia?

Se ha hablado mucho del final cercano de la ciencia. Es un tema históricamente recurrente. Creemos hoy que la física conocida es capaz, en principio, de dar cuenta de los fenómenos acaecidos en nuestro universo desde su más tierna infancia (al menos desde su primera billonésima de segundo de existencia, cuando las temperaturas habían descendido por debajo del TeV). Un prestigioso científico, Harrison, en su poético ensayo *A twinkle in the eye of the universe*, amonesta, empero, como ilusos a quienes creen cercano, por agotamiento, el fin de la ciencia. Presenta con gracia una ley de conservación de la ignorancia (cuanto más avanzas en el conocimiento de la materia, más consciente eres de lo que ignoras). La ignorancia docta (consciente) sustituye a la ignorancia indocta (inconsciente) y, en consecuencia, la ignorancia total se mantiene. En una segunda ley de la ignorancia afirma que con el conocimiento crece la ignorancia docta. Al progresar el conocimiento científico, aumenta en su engañosa sencillez el nivel de complejidad hasta límites escalofriantes. ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde?

Según las ideas más atractivas de la cosmología cuántica, nuestro universo no ha existido siempre, pero tampoco ha tenido un origen definido en el tiempo: ¿es de edad finita e indefinida a la vez? Confesemos que no es fácil entender este aparente contra-



### En este número

Artículos de			
Alberto Galindo	1-2	Miquel Siguán	8-9
Antonio Quilis	3	Francisco Ayala	10-11
Ramón Barce	4-5	Javier Tusell	12
Juan Perucho	6-7		

SUMARIO en página 2



## Ciencia y Dios

sentido, como no lo son tampoco ni el tiempo ni los fenómenos cuánticos; Davies se esfuerza por ayudar al lector con la analogía consistente en reemplazar el vértice singular de un cono, imagen bidimensional del universo primigenio, por una punta redondeada, y así sugerir la aparición del tiempo como suave metamorfosis del espacio en la era de Planck. Del milagro del cosmos nascente responderían sus leyes, y sólo ellas.

### ¿Son las leyes físicas suficientes?

El mundo físico parece reductible a leyes de expresión matemática, algoritmos con fantástica compresión de las observaciones naturales: la sencilla ley de Newton sobre la gravitación universal, y unos cuantos datos iniciales (posiciones y velocidades), permiten reconstruir las miradas de puntos de una buena parte del pasado y del futuro de los movimientos planetarios. Contra el holismo (presente en algunos fenómenos cuánticos y otros no-lineales), la fe reduccionista ha facilitado el progreso científico. La eficacia en esto de las matemáticas es un tanto desconcertante, y Wigner ha llegado a escribir: «The miracle of the appropriateness of the language of mathematics for the formulation of the laws of physics is a wonderful gift which we neither understand nor deserve. We should be grateful for it, and hope that it will remain valid in future research and that it will extend, for better or for worse, to our pleasure even though perhaps also to our bafflement, to wide branches of learning».

Toda la evidencia apunta a que las leyes fundamentales de la física rigen en todo lugar y tiempo, afectan al estado del universo sin verse influenciadas por él, y no se les conoce excepción alguna. En este sentido podríamos decir que son universales y eternas, absolutas y omnipotentes, atributos éstos que recuerdan los que tradicionalmente se supondrían de su presunto Creador. ¿Tienen esas leyes una existencia independiente, o son pura creación de la mente humana? ¿Se

descubren o se inventan? Hay quienes creen en la existencia de un reino platónico de ideas y formas, mientras para otros puede haber leyes distintas que expliquen igualmente el mundo exterior. De tener razón éstos, las leyes físicas serían intrascendentes y no podrían invocarse para explicar el origen del universo.

Escribía Wald en clave de humor: «It would be a poor thing to be an atom in a universe without physicists. And physicists are made of atoms. A physicist is an atom's way of knowing about atoms». Esta circularidad halla su nicho en el universo participativo de Wheeler, en el que «física → participación del observador → información → física». Se ha sugerido la estimulante posibilidad de unas leyes físicas emergentes, no eternas, originadas al tiempo de la Gran Explosión por autoexcitación de ese universo; no se logra así, sin embargo, evitar la siguiente pregunta: ¿por qué este circuito y no otro?

Damos por bueno que la razón puede en principio aprehender la realidad, encapsular la diversidad en unas cuantas leyes simples que comprimen al máximo el paquete de datos observados y mediante cuyo uso logramos predecir multitud de otros resultados. Afirmaba Einstein en 1934 que «la naturaleza es la realización de las ideas matemáticas concebibles más simples» (más bellas, corregiría Dirac), y sostenía, a continuación, que «el pensamiento puro puede aprehender la realidad tal como soñaran los antiguos». Paul Davies va algo más lejos en relación con la racionalidad, y ya en su interesante ensayo *Why is the universe knowable? (Mathematics and Science)*, ed. R. E. Mickens, World Scientific Press, Singapur, 1990) se preguntaba: ¿cómo es posible que, a pesar de que ningún fenómeno ocurre en aislamiento, lleguemos a conocer algo sin saberlo todo? Es decir, ¿cómo es posible la ciencia? Y con buena puntería señala algunas razones, no siendo la menor el que en muchos fenómenos el todo responde como mera suma de sus partes. Cuando tal no ocurre, cuando nos enfrentamos a la no-linealidad, cuando deja de ser todo la suma de sus componentes, surge la complejidad con su mayor carga de riqueza y diversidad estructural; al conocimiento ya no le basta el ámbito local, y la descripción del fenómeno deviene global, holística, unitaria, hipersensible a las condiciones iniciales o de

contorno, lo que hace aún más único al fenómeno si cabe. Las matemáticas son entonces manifiestamente inefectivas, y empieza la fascinación del caos. La pregunta inicial de Davies puede reformularse así: siendo la ciencia un brillante ejercicio de compresión algorítmica, ¿por qué el universo es algorítmicamente compresible? y ¿por qué lo es en leyes con soluciones simples? A la explicación inmediata de que muchas de las no-linealidades son relativamente pequeñas, lo que favorece la existencia de buenas aproximaciones lineales, le sigue otra pregunta: ¿y por qué son pequeñas estas desviaciones de la linealidad? Porque muchas de las constantes de interacción básicas lo son. ¿Y por qué estas constantes son tan diminutas? Y así sucesivamente.

Sin respuestas satisfactorias a las preguntas de Wigner y de Davies, cambiemos de tercio, cuestionándonos ahora si hay límites naturales a la propia racionalidad. El lenguaje por excelencia de la ciencia es la matemática. Nuestra confianza en las matemáticas se vio zarandeada y mermada en el año 1931. En un bello ensayo de Miguel de Guzmán sobre el infinito matemático leíamos hace algún tiempo cómo Fourier (1822), refiriéndose con orgullo al análisis matemático, escribía: «No puede haber un lenguaje más universal ni más simple, más exento de errores y de oscuridades, es decir, más digno de expresar las relaciones invariables de los seres naturales». Un siglo y pico después, por boca de Bourbaki, los matemáticos confiesan humildemente, aunque esperanzados, la fragilidad de su obra: «... desde hace 25 siglos los matemáticos tienen el hábito de corregir sus errores y de ver así su ciencia enriquecida, no empobrecida. Esto les da el derecho de arrostrar el porvenir con serenidad». ¿Qué ocurrió entre

medias? Toda una conmoción epistémica que hacía añicos la pretendida infalibilidad matemática, proclamada por David Hilbert con aquel histórico «kein ignorabimus in der Mathematik». En 1931, Kurt Gödel revolucionó la matemática, asestando un mortal golpe al programa hilbertiano. Prueba Gödel que en todo sistema formal que englobe la aritmética de los números naturales existen proposiciones legítimas que son indecidibles, proposiciones que no se pueden probar ni refutar. Una de ellas afirma la consistencia del sistema; luego la ausencia de contradicción es indemostrable. Esto revela que las bases de la obra matemática son del mismo barro que las de las otras ciencias, y que sólo su adecuación a la realidad podrá orientar a los matemáticos en su nuevo caminar.

Si el teorema de indecidibilidad de Gödel impone límites a la racionalidad dentro del mundo natural, ¿cómo puede pretenderse el explicarlo todo? Una posibilidad podría consistir en liberar de su corsé, monocromático y tal vez un punto angosto, a esta racionalidad, y, como sugiere Alberto Dou en una interesante ponencia sobre la relación fe-ciencia, «recuperar l'immense àmbit de pensament crític no científic, de raonabilitat lògica i profunda que excedeix molt àmpliament l'àmbit de la raonabilitat científica o racionalitat». Davies explora la cuestión en este libro que comentamos, y se ve obligado a buscar la respuesta fuera de la ciencia, llamándola Dios. Sea éste una persona, una fuerza creadora, un principio ético u otro concepto por formular, es claro, como certamente ha apuntado Christopher Moss, que para Davies tal Dios, de origen puramente gnóstico, no es necesariamente el Dios bíblico del bien y del mal. □

### RESUMEN

El divulgador científico Paul Davies, a juicio de Alberto Galindo, consigue llevar al lector medio, mediante un lenguaje transparente, hasta las fronteras mismas de la física actual, para acotar con claridad desde

esa perspectiva las grandes cuestiones e invitarle a una estimulante reflexión sobre ciencia y religión, a la luz de la física y de la matemática de fines del milenio en el que estamos.

Paul Davies

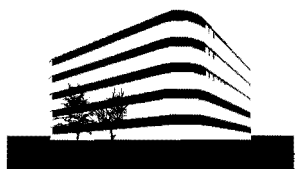
*La mente de Dios. La base científica para un mundo racional*

McGraw-Hill, Aravaca (Madrid), 1993. 244 páginas. 1.545 pesetas.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

## SUMARIO

	Págs.
«Ciencia y Dios», por Alberto Galindo, sobre <i>La mente de Dios. La base científica para un mundo racional</i> , de Paul Davies	1-2
«La pragmática lingüística», por Antonio Quilis, sobre <i>Introducción a la pragmática</i> , de M. <sup>a</sup> Victoria Escandell Vidal	3
«El dilema social de la ópera», por Ramón Barce, sobre <i>Pensar é morrer ou O Teatro de São Carlos na mudança de sistemas sociocomunicativos desde fins do século XVIII aos nossos dias</i> , de Mário Vieira de Carvalho	4-5
«El poeta J. V. Foix», por Juan Perucho, sobre <i>Solo, y dolido</i> , de J. V. Foix	6-7
«Cervera como símbolo», por Miquel Siguán, sobre <i>La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic</i> , de Joaquim Prats	8-9
«Biografías de película», por Francisco Ayala, sobre <i>Bio/Pics. How Hollywood Constructed Public History</i> , de George F. Custen	10-11
«Un modelo de biografía británica», por Javier Tusell, sobre <i>Harold Wilson</i> , de Ben Pimlott	12

# La pragmática lingüística

Por Antonio Quilis

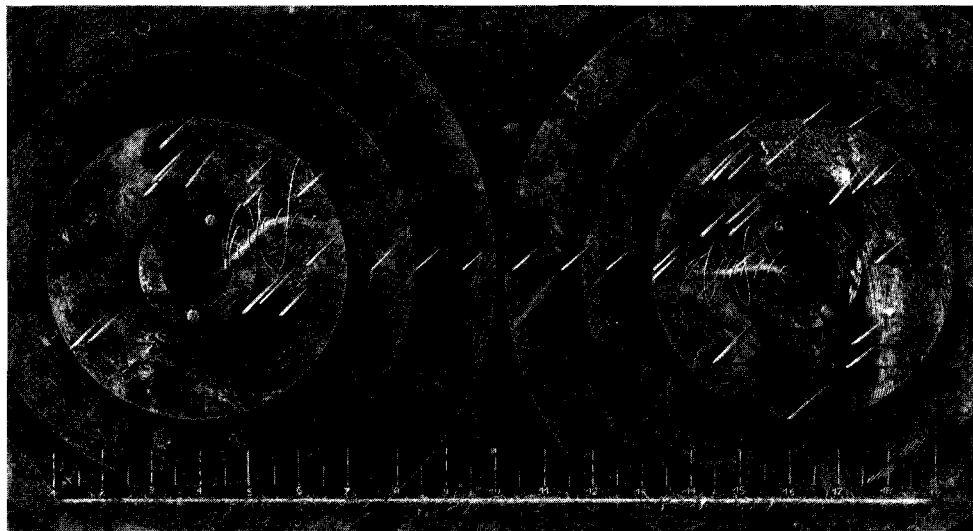
**Antonio Quilis** (*Larache, Marruecos, 1933*) es catedrático de Lengua española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, director del Laboratorio de Fonética del C.S.I.C. y miembro de la Academia Filipina de la Lengua. Entre sus obras podemos señalar *La Lengua española en cuatro mundos, estudio y edición de la Gramática de la Lengua castellana de Antonio de Nebrija*, *Métrica española* y *Fonética acústica de la Lengua española*.

La aparición del estructuralismo lingüístico supuso un cambio radical en la concepción filológica de finales del siglo pasado y principios de éste: los estudios sobre el lenguaje habían estado hasta entonces en función o al servicio de objetivos muy concretos: la reconstrucción de la historia de las lenguas, a través de sus documentos, la explicación o fijación de textos literarios, la descripción gramatical de la lengua literaria, etc. Con el estructuralismo surge un nuevo concepto de lo que debe ser el lenguaje, que nada tiene que ver con el pasado; en esta nueva formulación, hay una idea central: la del estudio de los hechos lingüísticos por sí mismos y no en función de otras disciplinas.

El desarrollo y la sucesión de teorías lingüísticas en la época más reciente ha sido asombroso: primero, dentro de la amplia denominación de estructuralismo; después, con la gramática generativo-transformacional; recientemente, con la pragmática. Cada escuela ha intentado precisar o cerrar la última teoría del lenguaje, creyendo que sus postulados daban cuenta cabal de todas las manifestaciones del mismo, sin percatarse de que ese fenómeno, imprescindible en la vida social del hombre, es tremendamente difícil de aprehender en su totalidad.

Hasta que surge la pragmática, las lenguas, en tanto que instrumentos de comunicación, eran consideradas como códigos que portaban toda la información que se quería transmitir. El esquema de la comunicación, útil en ocasiones, no cubría todas las necesidades ni todas las realidades que se pueden presentar: se basaba en la bipolaridad existente entre un emisor y un destinatario. En un lado, el «emisor», que es la persona que quiere enviar determinada información, debe «codificar» su mensaje, esto es, convertirlo en un «código», que está formado por una serie de señales: sonidos, en el código del lenguaje hablado; signos gráficos, en el lenguaje escrito; gestos o símbolos, también convencionales, como los de la circulación, etc. De este modo, toda lengua es un código: el español es uno, el francés otro, etc. En el otro lado está el «destinatario», que recibe el mensaje y debe «descodificarlo», es decir, debe interpretar esos sonidos que han llegado a su oído, esas palabras escritas o esos símbolos, para convertir la información transmitida en su forma original. Estos dos polos de la comunicación están unidos en el espacio o en el tiempo por medio de un «canal» de transmisión, que es el medio material usado para la viabilidad de la comunicación: el aire, como portador de las ondas acústicas, en el caso de la lengua hablada; el papel o el lugar donde hemos pintado nuestras palabras, en el caso de la lengua escrita.

A lo más que llegaba este esquema, era a considerar que, en cualquier sistema de comunicación, pueden aparecer defectos que originen una pérdida de información. Estos defectos o errores se producen en la codificación o en la descodificación del mensaje, a causa del defectuoso conocimiento del código por parte de alguno de los polos de la comunicación o por algún defecto en el propio canal. Todos estos errores se conocían con el



EMMA FERNÁNDEZ

nombre de «ruido», y, lógicamente, cuanto más elevado era el ruido en el sistema, más difícil era el logro de una buena información.

Esta teoría, basada, como hemos visto, en que las lenguas son códigos y en que el acto de comunicación se basa en la codificación y descodificación de la información, deja a un lado todos los factores extralingüísticos, siempre presentes en estos actos. El siguiente ejemplo de Voltaire, citado en el libro que nos sirve de fondo a este comentario, es bien elocuente al poner de relieve que las palabras no siempre tienen la significación que les atribuye el código de cada lengua: «Cuando un diplomático dice “sí”, quiere decir “quizá”; cuando dice “quizá”, quiere decir “no”; y cuando dice “no”, no es un diplomático. Cuando una dama dice “no”, quiere decir “quizá”; cuando dice “quizá”, quiere decir “sí”; y cuando dice “sí”, no es una dama». “Quizá” tiene significados distintos en cada enunciado, y también las situaciones que los motivan son distintas: suponemos que el diplomático responde a una cuestión de estado, y la dama a algún requerimiento amoroso; el mencionado adverbio no se emplearía para aceptar o rechazar una cerveza ofrecida por un amigo. Así, en nuestro quehacer diario, surgen expresiones como «leer entre líneas», o hablamos de la diferencia que existe entre «el espíritu y la letra» de un texto, o decimos: «cuando dije aquello, en realidad lo que quería decir era...», etc.; y todo esto surge porque hay muchas veces un divorcio entre el significado literal de las palabras y lo que queremos decir. En otras ocasiones, el mensaje no se puede interpretar porque se desconocen todos los elementos extralingüísticos: si encontramos un papel en la calle que tiene escrito el siguiente mensaje: «Te espero mañana donde siempre», entendemos textualmente lo que dice, pero la información queda muy incompleta, porque ¿quién escribió esta frase y a quién iba dirigida?, ¿cuándo es mañana y en qué lugar?

## Un divorcio planteado

Como vemos, en la comunicación se puede plantear un divorcio entre lo que decimos y lo que queremos decir; también ocurre que parte de lo que entendemos depende directamente del significado de las palabras, pero hay otra parte que depende de factores ajenos a lo estrictamente lingüístico. Todo no está, por lo tanto, encerrado en el significado de las palabras, ni de la oración, ni las lenguas son unos códigos lingüísticos cerrados: hay otras cosas que contribuyen decisivamente a que sea completa la comunicación.

Y aquí es donde aparece la pragmática, que, aunque con líneas de investigación muy diferenciadas, se va a ocupar del estudio de los «principios que regulan el uso del lenguaje

en la comunicación, es decir, las condiciones que determinan el empleo de enunciados concretos emitidos por hablantes concretos en situaciones comunicativas concretas, y su interpretación por parte del destinatario o de los destinatarios».

La situación comunicativa que plantea la pragmática es más compleja, y a la vez más completa que la que se producía en la anterior teoría de la comunicación. Ahora hay elementos nuevos, no tenidos en cuenta antes, y los ya existentes cobran otra dimensión.

El «emisor» ya no es el viejo codificador o transmisor de una información, sino «la persona que produce intencionalmente una expresión lingüística en un momento dado» y bajo unas circunstancias determinadas. El «destinatario» es la persona o personas a la(s) que el emisor dirige su enunciado y para la(s) que lo construye expresamente. Otro elemento es el «enunciado» o mensaje que produce el emisor, construido según un código lingüístico. El cuarto elemento es el «entorno» o situación espacio-temporal en la que se desarrolla la comunicación; es lo que otros lingüistas han llamado el contexto extraverbal o conjunto de circunstancias físicas o culturales que rodean al acto de enunciación: las cosas que rodean a la comunicación, los estados de cosas que conocen los actores de la comunicación, la circunstancia precisa que motiva el enunciado, las circunstancias históricas, conocidas también por ambas partes, y la tradición cultural de la comunidad.

Por otro lado, es muy importante conocer las relaciones que se establecen entre los elementos que acabamos de mencionar; ellas dan lugar a determinados componentes, que ya no son materiales, como los anteriores. El primero de estos componentes es la «información pragmática» o «conjunto de conocimientos, creencias, supuestos, opiniones y sentimientos de un individuo en un momento cualquiera de la interacción verbal». Esto es fundamental, porque para que dos interlocutores se comprendan tienen que compartir un área más o menos grande de esa información pragmática y, además, cada uno debe construir una hipótesis sobre dicha parcela y sobre la información del otro. El segundo

elemento es la «intención» que mueve al emisor a llevar a cabo un determinado acto, entendiendo por tal la relación que se establece entre éste y su información pragmática, por un lado, y el destinatario y el entorno, por otro. No es suficiente, como vemos, con comprender los significados de las formas lingüísticas utilizadas: hay que descubrir la intención concreta con que fueron elegidas. El tercer componente de estas relaciones es lo que se ha denominado la «distancia social», que siempre está presente, ya que los interlocutores pertenecen a una sociedad. Esta es un factor decisivo, porque, como hemos dicho, el emisor construye su mensaje en función del destinatario y debe tener en cuenta la relación social que existe entre ambos. La distancia social, por lo tanto, es un pie forzado para seleccionar la forma del enunciado.

## Hechos complejos

Hasta aquí, hemos ofrecido un esquema, muy simplificado, de lo que supone la nueva pragmática en el conocimiento del acto de comunicación. Los hechos son mucho más complejos, y esa complejidad, urdida a través de distintas teorías, es la que María Victoria Escandell nos muestra muy claramente a través de su libro. Porque, por ejemplo, unos teóricos piensan que lo fundamental son las condiciones de emisión que determinan de qué manera estamos formulando el enunciado que realizamos en una determinada situación comunicativa: si sugerimos, ordenamos, prometemos; otros dan más importancia a los contenidos que un enunciado puede transmitir por sí mismo; para otros, en fin, lo importante es examinar el grado de adecuación de los enunciados con relación al contexto lingüístico en el que aparecen, es decir, si lo que se dice es adecuado o no como continuación de una frase.

El libro que comentamos no se queda en las meras interpretaciones teóricas de esta disciplina, sino que dedica buena parte de sus páginas al estudio de casos concretos: uno es el de la cortesía, considerada tanto como conjunto de normas sociales establecidas por cada sociedad como la forma de establecer determinados modos conversacionales destinados a evitar conflictos en nuestras relaciones con otras personas; otro es el estudio del valor de los elementos de conexión entre las oraciones; la metáfora, objeto de tantas páginas escritas desde la vieja retórica hasta la semántica estructural, intenta buscar su justificación bajo el prisma de la pragmática; resulta asimismo muy interesante el capítulo en el que se examina el valor de los enunciados interrogativos, ya que muchos, pese a su forma, encierran una orden o un ruego o un ofrecimiento, etc.

La pragmática, como vemos, aparece como una disciplina con una personalidad propia y bien definida. Esta materia —en palabras de la autora del libro— estudia los hechos lingüísticos con «unos instrumentos de análisis que le permiten tomar en consideración no sólo los elementos lingüísticos, sino sobre todo los elementos de la situación que contribuyen de manera decisiva a la elección de las secuencias y a su interpretación». □

## RESUMEN

Como nos recuerda el lingüista Antonio Quilis, en cualquier sistema de comunicación pueden presentarse defectos que originan una pérdida de información; defectos que se producen en la codificación o descodificación del mensaje, a causa del defectuoso conocimiento

del código o por algún error en el propio canal. Y aquí es donde aparece la pragmática lingüística, objeto del comentario, y que se ocupa de los principios que regulan el uso del lenguaje en la comunicación, algo esencial para entenderse.

M.<sup>a</sup> Victoria Escandell Vidal

Introducción a la pragmática

Anthropos/Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1993. 297 páginas. 1.950 pesetas.

# El dilema social de la ópera

Por Ramón Barce

**Ramón Barce** (Madrid, 1928) es compositor y autor de un centenar de obras con un nuevo sistema de organización musical, el «sistema de niveles», y con diversas manifestaciones de la «música abierta». Es Premio de la Comunidad de Madrid 1991. Su obra más reciente es la Cuarta Sinfonía (Alicante, 1993). En 1985 apareció su libro *Fronteras de la música*.

La ópera se ha convertido en un foco de atracción de la reflexión contemporánea, hasta el punto de haber implicado en su problemática a núcleos de población ajenos a la música. Porque no se trata solamente de conflictos estéticos —como podrían ser, por ejemplo, el grado de acomodación de la música actual al género, o los derivados de la moderna renovación de la dramaturgia—, sino de cuestiones más amplias y generales, que ponen en entredicho no un «estilo» de ópera, sino la ópera misma. Hace ya muchos años que se lanzaron alegremente afirmaciones tan rotundas (y no bien meditadas) como éstas: la ópera es un género ajeno a la sensibilidad actual. O bien: la ópera es un género burgués que queda ya obsoleto para nuestro tiempo. O también: el teatro de ópera es una institución periclitada, una reliquia del pasado, un fetiche cultural, un objeto arqueológico.

Sorprendentemente, en los últimos veinte años notamos en España un creciente entusiasmo por la ópera, una vuelta a la adoración de los divos del canto, un esfuerzo estatal por rehacer y acondicionar los viejos teatros, una popularidad del repertorio tradicional que alcanza a un público inusitadamente extenso. Con independencia de que en otros países de mayor tradición creadora operística este vaivén haya sido mucho menor y se haya mantenido el interés de los compositores y el público por el teatro lírico, esta problemática afecta a toda Europa y tiene raíces no sólo artísticas, no sólo en función del «gusto» de época, sino arraigadas en profundas razones políticas y socioeconómicas.

En estos momentos, pues, debe ser bienvenido todo trabajo que sea, al mismo tiempo, una acumulación selectiva de materiales y una iluminación para ayudar a comprender las difíciles y múltiples relaciones entre ópera y sociedad. Este es el caso del libro que va-

mos a comentar: *Pensar é morrer ou O Teatro de São Carlos na mudança de sistemas socio-comunicativos desde fins do século XVIII aos nossos dias*, de Mário Vieira de Carvalho, uno de los más inteligentes críticos musicales de hoy. No se trata de una historia del Teatro San Carlos, de Lisboa, centro de la vida operística portuguesa, sino de insertar la actividad del teatro en una sociedad determinada, la lisboeta (y en cierto modo la de todo Portugal), aislando finalmente la espesa trama de contactos entre programación, intérpretes, espectadores y poderes públicos.

## Teatro de corte y teatro burgués

El Teatro San Carlos se inauguró en 1793, en pleno crecimiento de la burguesía comerciante portuguesa, impulsada por el marqués de Pombal, que reducirá el poder de la Inquisición (que no mucho antes, todavía en 1739, había quemado en la hoguera al más importante de los autores dramáticos de su tiempo, António José da Silva) y el de la Iglesia, y que reforzará el de la Universidad y el de la maquinaria del Estado en general. El lujo y dimensiones de la sala admiraron a los lisboetas y también a los visitantes extranjeros. Pues se trataba de recuperar el prestigio del antiguo teatro de Corte. Sólo que ahora se trataba no de una sala privada de la familia real, sino de una entidad pública, aunque también fundamentalmente al servicio de la realeza, que se presentaba en el teatro únicamente en festividades oficiales.

Este tipo de función, dice Vieira de Carvalho, acarrea ya una dramaturgia y un modelo de trabajo que da primacía al «bel canto», al despliegue brillante de la voz de los divos, y que estabiliza la ópera francesa e italiana en detrimento de la creación nacional, como espectáculos que sirven no ya de «divertimiento», sino de marco vistoso e inofensivo para la exaltación pública del poder. Y esto pese a encontrarnos en plena Ilustración, que clamaba por un teatro didáctico e iluminador, nacional y épico, lo que se consiguió en Alemania y en Austria con el «Singspiel» en idioma alemán, que culminaría en *La flauta mágica*, de Mozart (1791); pero no en Portugal y España, donde una escena realista, con sentido ideológico y distanciada (en el sentido de Brecht), sólo se permitió en obras

cómicas o ligeras y «populares», con el teatro en lengua vernácula de la Rua dos Condes, o con los sainetes de don Ramón de la Cruz y las tonadillas.

A este respecto, la filosofía de la Ilustración, que reclamaba para el teatro en general unos contenidos que permitieran la elevación del nivel reflexivo de los espectadores (así en España: Jovellanos, Iriarte y Moratín) tropieza en la ópera —a mi modo de ver— con la propia magnificencia del espectáculo, muy superior a la de la comedia; apto, por tanto, para esas ceremonias públicas de exaltación de la realeza y del poder. Y muy poco dispuesto, consecuentemente, a convertirse en una palestra del pensamiento o de la crítica. Sin olvidar, claro es, que la base económica procedía en gran parte de la enriquecida clase comercial, cuyo mayor empeño, para mantener o incrementar su status, consistía en ofrecer un cierto soborno a los gobernantes mostrando simultáneamente su propio poder.

A lo largo del siglo XIX, el Teatro San Carlos se consolida como órgano de «prestigio y divertimento» para una burguesía en ascenso, independientemente de los avatares del propio edificio: incendios, remodelaciones, cambios materiales de toda especie. El concepto de «passeio», dice José Augusto França, engloba el modo de vida burgués en la Lisboa de la época liberal: paseo por la zona pombalina y elegante del Chiado, con los cafés lujosos y las tiendas de modas, y también la ópera, naturalmente, como culminación de esa actividad lúdica y social, en la que «ganaban consideración pública los burgueses que querían prosperar en sus negocios, o hacer carrera política e incluso literaria, y las burguesas que soñaban con bodas románticas». En los palcos del Teatro San Carlos se jugaba a las cartas, se cenaba, se coqueteaba; la juventud «dorada» de Lisboa corría tras las cantantes y bailarinas del teatro y formaba en las filas de los partidarios frenéticos de una u otra diva, alcanzada a veces (como en España) por la admiración real. El más grande novelista portugués, Eça de Queiroz, retrata magistralmente esa sociedad y sus relaciones con la ópera. En España es Galdós quien diseñará de mano maestra rasgos muy similares. Que, por supuesto, se daban en torno a la ópera en toda Europa, pero que en Portugal resultan casi omnipresentes y ahogan cualquier tentativa de un teatro lírico que pudiera dar que pensar a los espectadores.

Hay dos momentos, sin embargo, que Vieira de Carvalho señala como rupturas en esa nula comunicación de ópera y público (convertida de hecho sólo en «sentimiento» de algunas arias y dúos y en lucimiento belcantista, únicos pasajes a los que la selecta sociedad de los palcos prestaba atención). Y ambos se deben a un cambio en el repertorio. El primero es la aparición fulgurante de las operetas de Offenbach. Sobre todo a partir de 1868, estas obras —representadas y cantadas en portugués, y no en el San Carlos, sino en otros teatros de menor importancia— atraen a un público más variado y amplio y presentan una problemática realista y crítica, aunque sin el revestimiento de dignidad y prestancia de la «ópera seria» francesa e italiana. Centenares de representaciones de *La gran duquesa de Gerolstein* en el Teatro do Principe Real (1868) llamaron la atención —quizá por primera vez en todo el siglo— de los espíritus más agudos y progresistas (el caso de Eça de Queiroz), posibilitando una crítica del repertorio tradicional y evasivo del San Carlos y de su contorno sociológico.

Un mayor impacto, que alcanzaría de lleno al Teatro San Carlos, fue el producido por la obra de Wagner. Primero fue, aisladamente, *Lohengrin* (1882). En 1890 se funda el Teatro-Circo Coliseu dos Recreios, que busca una «cultura de masas» y hace la competencia al San Carlos. Este, entonces, decide distanciarse precisamente ofreciendo Wagner, considerado como un compositor difícil, filosófico, abstruso, pero profundo; y que comienza a originar círculos de aficionados entusiastas. El repertorio habitual del San Carlos en aquellos años se apoya en Bizet, Meyerbeer, Massenet, Verdi, y más tarde en Thomas, Saint-Saëns y Puccini. Wagner se convierte así en materia de discusión para los «snobs»; pero, independientemente de su mensaje ideológico (que unos estimaban revolucionario y otros místico), consigue, sobre todo entre 1903 y 1910 (en parte gracias a la formidable labor interpretativa del tenor español Francisco Viñas), romper el monopolio belcantista y sentimental del repertorio y obligar al espectador a una actitud reflexiva, ya que el drama no queda aquí subordinado al arte vocal y disuelto, por lo tanto, en la pura emoción lírica o virtuosística. Al paisaje sonoro decorativo de la programación tradicional



STELLA WILHEBERG

Viene de la página anterior



sustituye ahora la idea —mucho más evolucionada— de la «música absoluta». A tal impacto cooperará también la gran difusión de la música de Wagner en los conciertos sinfónicos: orquestas famosas con directores ilustres, como las Filarmónicas de Berlín y Munich con Arthur Nikisch o Ricardo Strauss, imponen programas wagnerianos y suscitan el entusiasmo del público y de la crítica.

Señala Vieira de Carvalho un curioso fenómeno ideológico-cultural (de carácter más bien negativo) que aparece en las capas rectoras e intelectuales del país y que se relaciona con la dramaturgia wagneriana: «el desarrollo de un sentimiento nacional de decadencia» y la «afirmación del principio del jefe». Ese jefe (o héroe) puede ser Sigfrido o Parsifal, un guerrero o un místico. Pero lo importante es la idea que subyace: la necesidad de algún espíritu fuerte que despierte las dormidas energías nacionales. El sentimiento de decadencia (Guerra Junqueiro, Antonio Nobre, Vianna da Motta) es paralelo cronológicamente a nuestros regeneracionistas (Joaquín Costa, Picavea y, entre los músicos, Albéniz y Pedrell) y luego a la Generación del 98 (Unamuno, Azorín y Machado). En Portugal, ese sentir se alía a veces al «sebastianismo», a la reaparición fantasmal de un rey Don Sebastián, perdido en Alcazarquivir en 1578 (el momento de la anexión española), considerado ahora mágicamente como un nuevo Mesías nacional, una especie de «caballero del Graal» que llevará a Portugal a la gloria del antiguo imperio. Ese Mesías puede llegar en una forma mixta de rey Sebastián redivivo y del prefascista Sidónio Paes (y así aparece en un desdichado poema de Fernando Pessoa de 1920). *Parsifal* se estrena en 1921 (¡antes que la *Novena sinfónica* de Beethoven!). En 1926 llegará el golpe militar de Gomes da Costa, que dará paso después a la dictadura salazarista, orlada, como en otros casos semejantes, por una parafernalia vacua, lírica y musical. En 1931 se estrena en el San Carlos el oratorio *Fátima*, de Lopes Vieira y Ruy Coelho, suma de todos los tópicos ideológicos de la naciente dictadura. La ópera de Lisboa, en esos años, se convertirá en una forma de «estetización de la vida política», compatible igualmente —como las anteriores formas de relación social— con seguir siendo un punto de convergencia (aunque ya mucho menos notorio) de las clases dirigentes y adineradas. El San Carlos será entonces el «salón cultural» para los grandes actos políticos.

Vieira de Carvalho ve así la historia del teatro lisboeta como una constante adaptación a las necesidades políticas y económicas. Una adaptación que sólo en contados momentos logrará romper con una programación complaciente y culturalmente anodina. No se muestra optimista en cuanto al futuro. Piensa que el Teatro San Carlos «corre el riesgo de estancarse en el modelo actual de "apariciencia de cultura" para una "apariciencia de democracia"».

### ¿Teatro-museo, teatro-salón?

Trasladándonos a la vida musical española, se hacen hoy, desde actitudes críticas, dos reproches sustanciales a nuestros teatros de ópera:

1) El repertorio sigue siendo mayoritariamente «retrasado». Dejando aparte algunos estrenos, la base de la programación son obras que sobrepasan los tres cuartos de siglo de existencia. Una tal programación, de por sí, sólo puede presentar ya perfiles estético-sentimentales (a manera de un museo clásico); pues la agitación que pudo originar una obra en su día ha sido ya asimilada por otros conductos y carece de filo. Habría que repetir una vez más que lo verdaderamente conflic-



STELLA WITTENBERG

tivo de toda producción artística reside sobre todo en su «actualidad» (que nunca, por supuesto, se reduce a una moda pasajera). Una programación que «haga pensar» a los espectadores tiene que incluir un buen número de obras «nuevas», es decir, problemáticas. Claro que hay óperas más cargadas de significados que otras. Pero, en todo caso, el tiempo las lima, las audiciones las desgastan, para finalmente quedar en su sola sustancia artística y emocional. Se sigue de esto que no se trata de elegir las que fueron más conflictivas en su tiempo, sino de programar obras menos habituales (que por serlo ya conllevan cierta carga «local» de novedad) y, sobre todo, obras contemporáneas.

Pero, si observamos más de cerca el problema, notaremos que esta deficiencia no es privativa de la ópera. En realidad, es la misma deficiencia que se acusa en los programas de las orquestas importantes. Como en la ópera, algunas novedades son compromisos o excepciones a «lo normal». Como precisa con humor Carlos-José Costas: «Es cierto que se estrenan bastantes óperas, pero el público no piensa en ellas cuando habla de "asistir a la ópera"». Lo nuevo como excepcional, curioso, extraño, no modifica en nada la actitud básica del auditor. Así, de esa sencilla manera, todo el público queda enteramente desconectado musicalmente de su propia época, y vive en el limbo rosado de unos supuestos «tiempos mejores».

Cabe culpar de todo ello a los directivos de los teatros y de las salas de conciertos (¡pero nótese la diferencia abismal con la programación de los teatros de prosa!), que temen que el público deserte si se le dan muchas novedades; y que, además, ignoran completamente lo que puede ser la música como cultura y sólo la consideran como espectáculo de fácil éxito. Cabe culpar igualmente a los intérpretes (a los divos), sabedores de que el aplauso (que es generalmente lo único que les interesa, aparte del dinero) sólo pueden conseguirlo con el repertorio

más archisabido. Cabe culpar al público mismo, cuya pereza mental prefiere dejarse arrullar por lo más conocido. Y cabe culpar, por último, a la crítica que, de hecho, apoya sistemáticamente el repertorio tradicional, que es el que conoce y al que puede dedicar extensas y fáciles disquisiciones y distingos interpretativos (lo que no puede hacer frente a la música nueva, que es ignorada o desechada sumariamente). Ese círculo difícilmente puede romperse sin una previa y honda transformación educativa del público. Llegamos así a una dolorosa imposibilidad (¡o quizá, venturosamente, sólo improbabilidad!).

2) ¿Cómo evitar que el gran teatro de ópera siga siendo «salón del poder político» y se convierta en lo que debe ser: espectáculo esclarecedor? Aquí, sin duda, es preciso señalar que hay una tradición de lujo difícilmente esquivable. La sala y el vestíbulo han de ser forzosamente lujosos, lo mismo si el estilo es más o menos arcaico o moderno. Posiblemente esto no es sólo una exigencia del público adinerado, sino un reflejo de la carestía del espectáculo en sí mismo: escena, tecnología, cantantes, coros, orquestas, decoradores, personal auxiliar, todo ello parece obligar a un vértigo de cifras en las que no tiene cabida la noción de «ahorro». Con las actuales e inciertas obras del Teatro Real de

Madrid y con la reconstrucción del incendiado Liceu de Barcelona se barajan cifras monstruosas, saltando fácilmente de unas a otras, como si se tratase de algo sin fondo ni freno: diez mil, quince mil, veinte mil millones de pesetas.

### Cuestión de prestigio

El Estado y otras entidades, también las privadas, se encuentran así ante una «cuestión de prestigio». No es que sientan un interés especial por la música operística como cultura, sino que consideran que no podemos dejar de ser —salvo incriminación de incultura— consumidores pasivos de una mercancía que «dicen» que es de gran importancia. Así pues, los miles de millones se gastan; y naturalmente luego tienen que tener su compensación: la imagen de un teatro rutilante de luces, joyas y pieles que se llena para contribuir a la exaltación del poder con una musiquilla de fondo en la garganta de un divo famoso y complaciente (y aprovechado).

En el libro de Vieira de Carvalho, entre el abundante material periodístico recogido, hay una noticia del oficioso *Diário da Manhã*, de Lisboa, del 25 de octubre de 1949 que reza, con grandes titulares: «En el recital de gala en el San Carlos, Franco y Carmona fueron aclamados delirantemente por la multitud que llenaba el teatro». Luego añade: «Ministros, miembros del Cuerpo Diplomático, altos cargos de las Fuerzas Armadas, magistratura, altos funcionarios, etc., un esplendor de toilettes, de uniformes y de condecoraciones, a tenor de la grandiosidad de nuestra primera sala de espectáculos». Esa «multitud» consistía, ni más ni menos, en las 1.100 localidades del aforo del teatro. Una multitud verdaderamente modesta en número. Pero decisiva por su «densidad», por la suma de dinero, poder e influencia que significaba, todo ello reunido en la «sala de visitas» en que se convirtió el San Carlos con Oliveira Salazar.

Las preguntas finales aquí serían: ¿Puede suponerse que un dispendio tan enorme y sin posibilidad alguna de rentabilidad económica sea cedido por el poder como escenario de inquietudes críticas (aunque sólo fueran estéticas y metafísicas)? Y también: dadas tales premisas, ¿puede suponerse que los directivos se arriesguen a prescindir, en parte, de compañías extranjeras e intenten la producción propia, con todos los riesgos de «prestigio» que implica dar tal paso ante el poder, que quiere «lo mejor» para su «sala de visitas»? Y, en suma: gastos a fondo perdido que nos hundan cada vez más en el triste papel de consumidores que pagan bien y que son incapaces de competitividad alguna porque hay una presión social que también quiere «lo mejor» para su diversión y exhibición. ¿Es posible romper ese círculo, dada la actual estructura de nuestra sociedad? En España, a corto plazo, tendremos a este respecto una experiencia sintomática y una respuesta contundente. □

### RESUMEN

*La realidad desmiente a los que, no hace tanto, consideraban que la ópera era un género obsoleto, burgués y ajeno a la sensibilidad actual; desde hace veinte años en España se asiste, en mayor medida que en otros países de más tradición, a un entusiasmo creciente por*

*esta manifestación musical. En este contexto, de interés generalizado, se sitúa el libro que comenta el compositor Ramón Barce, que parte del caso portugués para ir más allá y ahondar en las difíciles y variadas relaciones entre ópera y sociedad.*

### Mário Vieira de Carvalho

*Pensar é morrer ou O Teatro de São Carlos na mudança de sistemas sociocomunicativos desde fins do século XVIII aos nossos dias*

Imprensa Nacional-Casa da Moeda, Lisboa, 1993. 454 páginas.

# El poeta J. V. Foix

Por Juan Perucho

**Juan Perucho** (Barcelona, 1920) perteneció a la carrera judicial y ha escrito poesía, novela y ensayo. Es miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Es autor de, entre otros libros, *Obra Poética Completa*, *Las Historias Naturales*, *Pamela*, *Los emperadores de Abisinia*, *Teoría de Cataluña* y *Los jardines de la melancolía*.

Lo recuerdo muy bien, con su voz recortada y un poco brusca, como grabada en piedra litográfica. Se enderezaba, muy erguido, contra la luz hiriente de la mañana, deteniéndose a cada instante para matizar mejor una frase que había empezado a pronunciar.

Era un clásico viviente. Ahora, Manuel Longares ha traducido uno de sus mejores libros, *Sol, i de dol*. Aclara que «el impulso de difundir un texto memorable lejos del estricto ámbito donde se gestó y en el formato utilizado por el autor, requería acoplar a la forma del soneto el mensaje encerrado en dos lenguas de estructura diferente. Siendo la catalana más concisa, esta versión no podía ser literal si quería ajustarse al endecasílabo. Lo que explica, en el trasvase, la poda de algunas enumeraciones o epítetos y las libertades que por imperativo de la rima suelen admitirse como licencias de traducción».

La poesía de Foix enraizaba en la tierra, en los clásicos medievales. Tenía una dicción comprimida, llena de palabras en trance de fosilización, como él gustaba advertir. Utilizaba un léxico extremadamente urbano y, a la vez, campesino, pues siempre permanecía en equilibrio entre su ciudad (en la que nació) y El Port de la Selva, lugar donde descansaba y transcurrían sus ocios.

Foix acostumbraba a decir que él creía que no era viable una distinción entre humanidad y literatura, entre el mundo y el arte, entre acción y pensamiento. Sin embargo, como poeta tenía una misión a realizar, urgente. Su instinto era seguro y su realidad, total. Su realidad, como la de todos los poetas, era suprema. Por lo tanto, antilocal, extra-patriótica, universal. ¿Qué sentido puede tener para un poeta estar librado a la acción, si su verdadera acción es su pensamiento? ¿Qué relación hay entre la poesía, eterna, y la realidad circundante? No es cierto, pues, que haya antítesis entre acción y pensamiento en los poetas. Los poetas se «realizan» en su propio medio, que no es el de los economistas ni el de los políticos. El poeta, desnudo ante el hombre y ante la naturaleza, no es responsable si al situarse ante la más alta de las realidades —superrealidad o suprarrealidad— aparece, ante los ojos de los falsos realistas de lo real inmediato, como situándose ante el muro donde se descuelgan, inestables, las sombras perecederas. El poeta, como poeta, no ha de tener otra motivación lírica que la propia de la poesía. Únicamente cuenta para él la revolución provocada por el proceso de adaptación del impulso lírico que le exalta, que le ilumina hacia su época. El poeta vuelve a hallar, por medio de símbolos nuevos, aquello que es eterno. El poeta, como poeta, tiene sus deberes revolucionarios. Sin embargo, su revolución es indiferente a la revolución del mayor número, de la mayoría. Cuando aparece ésta, el poeta calla. Si quiere intervenir como poeta, la poesía se ahoga en los mórbidos lagos de la retórica. Pero la retórica es lo opuesto a la poesía.

En aquel momento, ya era el Foix de *Sol, i de dol*, el de «Em plau, d'atzar, d'errar per les muralles/del temps antic, i a l'acost de la fosca». Semejaba esto el chirriar de una armadura medieval oxidada, o el golpeteo de un canto rodado. Manuel Longares nos

lo ha traducido al castellano con una fina sensibilidad:

«Solo y dolido, con rancia sayuela,  
me hallo a menudo por foscas lugares,  
entre pizarras, incultos solares  
y hondos barrancos que inspiran cautela.

¿Dónde estoy? —digo—. ¿Por qué  
[antiguos lares  
—cielo sin vida—, o callada parcela,  
vagas absorto? ¿Tras qué maga estela  
has orientado tus torpes andares?

Sólo, perduro. Me encaro al paisaje  
de hace mil años, no extraño lo extraño:  
mío lo siento; y en seco paraje

o en altas nieves, de nuevo me entraño  
donde ya estuve. Divino montaje  
para rendirme. O diabólico engaño.»

Paulina Crusat advertía que en el libro de sonetos *Sol, i de dol*, Foix «nos da su filosofía, que es, si entendemos bien, la de un ser que siente su humana condición de condensar el mundo y la de una mente que cree en una especie de panteísmo intelectual que no admite distinción precisa entre lo real y lo imaginario». Una cita de Raimundo Lulio nos revela que «de las apariencias reales derivan las fantásticas, como los accidentes de la sustancia». Pero los últimos sonetos de *Sol, i de dol* son ya puras voces de humanidad. Nos recuerdan el valor poético del grito y que no es necesario que la retórica lo acompañe.

## Las ruinas del pasado

Hace años, sentados en una terraza ante el mar del Port de la Selva, Foix me leía trozos de su *Poética*, de la que ya había dado noticia mucho antes en los *Quaderns de Poesia*, en junio de 1935, y según la cual el poeta no se opone a su época. Busca entre las ruinas o los monumentos del pasado los elementos del Misterio. A veces se produce la iluminación. En cada época, bajo los regímenes más opuestos, el poeta se desvela por el Misterio, por su permanencia. Cultiva la magia y construye sombras chinescas encima del muro de la eternidad, con los elementos materiales que le proporciona la triste y móvil «realidad». Busca la verdadera realidad, la «otra realidad» (el suprarreal, el superreal o el sobrenatural) que es, sin duda alguna, la antihistoria. El poeta, a través de la caverna, escucha el mundo misterioso de los ecos, y los hace suyos. Una misma melodía se transmite melancólicamente, gracias a los poetas, a través del tiempo cuadrículado.

Una señal de los tiempos —nuestra revolución de poetas— es su interpretación como actividad del espíritu. El concepto de poesía queda radicalmente modificado. Esta modificación —o rectificación— afecta a los diversos intérpretes de las voces oscuras: intelectualistas e irracionistas, positivistas y místicos, tomistas y agustinianos. Los de la línea Mallarmé-Valéry y los que se reconocen en Lautréamont y en Rimbaud. Todos hemos convenido, sin embargo, en la interpretación de la poesía de los tiempos presentes como un medio de conocimiento. La exigencia del momento es ésta. Una exigencia que se enfrenta con nuestras preferencias intelectuales. En cada uno de nosotros, el espíritu se ensaya en la creación y se multiplica. Todas las épocas nos son, a la vez, presentes y ausentes. Pero la nuestra es, para todos, única e insoslayable. El espíritu se realiza aquí, y nosotros somos sus cómplices. Quien se desplaza, entra en la falacia. (De aquí el engaño: el resultado es siempre un «pastiche» que se quiere presentar como original, una copia muerta como una reproducción en yeso.) La actividad del es



Foix con sus hermanas Carolina (izq.) e Isabel (dcha.), 1900.



Foix y Dalí (en el centro), junto a otros amigos, en el jardín del pintor en Port Lligat.

píritu diríais que es siempre una corrección. Cada época «corrige» excesos y defectos, sin esperanza. A través de los siglos la actividad del espíritu, en su expresión plástica o retórica, es una eterna corrección. Se creería que el original está en todos los sitios y en ningún sitio. O que lo destruimos así que es descubierta.

La poesía tiene actualmente un fin único: ha vencido al localismo para convertirse en una ética —no la ética—, una filosofía —no la filosofía—, una afirmación independiente de la retórica. Incluso se opone a la filosofía como método nuevo de conocimiento metafísico. La ambición de la poesía es satisfacerse a sí misma como instrumento inmediato de investigación. Si intrínsecamente es una metafísica, formalmente tiene su propia física exclusiva.

La teoría del arte como actividad del espíritu es combatida por los nacionalistas y por los humanitaristas y es rechazada por los «realistas» de todos los campos. El malentendido es inevitable. En la decisión se juega un negocio eterno: ¿a quién es preciso servir?

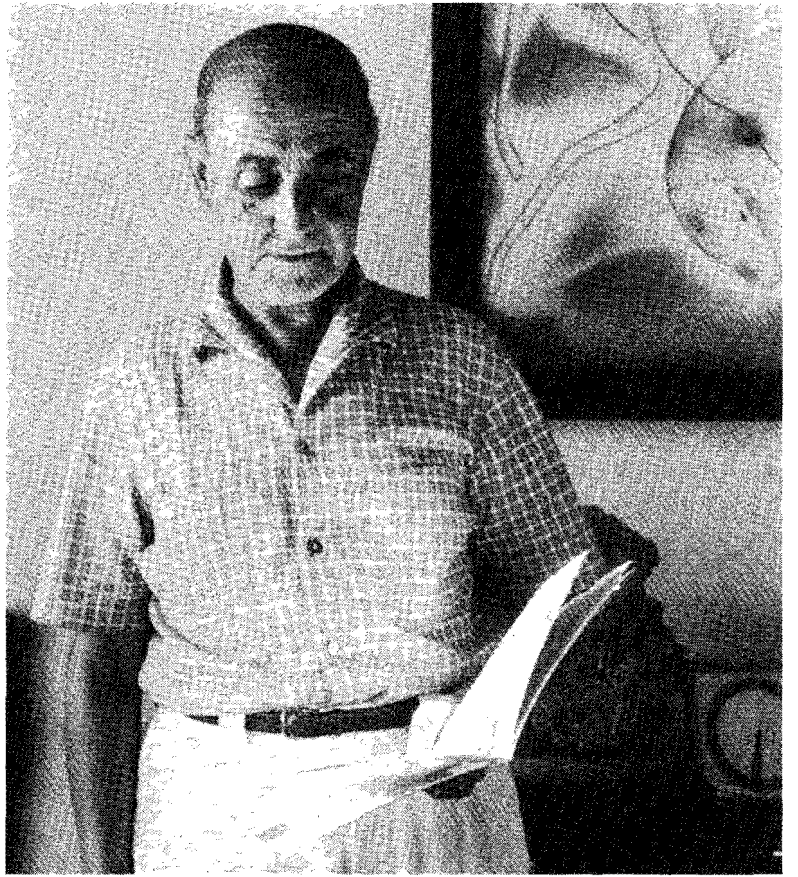
La revolución —las revoluciones— materiales, sociales o políticas, son, según Foix, la evasión de muchos. La masa se evade así. Pero el poeta es, desde siempre, un evadido. De la realidad únicamente —o solamente, o especialmente, o estrictamente— extrae la magia. No especula con la realidad, sino con los espectros o el espectro de la realidad. Delante de la presa de Asuán, delante de una pirámide o de un templo, su reacción será siempre cósmica y extrasocial. Así que cuenta las turbinas o las piedras o las columnas, ya claudica. Entre mitos y fantasmas el poeta construye otra realidad donde eternamente se muda y se exilia. Fábricas, patrias, tractores, banderas, héroes o zapatos abandonados en medio de un desierto son simples sumandos de una adición misteriosa que únicamente el poeta sabe resolver. Lo que queda es exaltación nacionalista o socialista, que es la última modalidad de la retórica.

Un poeta puede, sin ser abominado por nadie, transcribir o describir, en clásico, en académico, en naturalista, en realista, en «cubista», etc., siguiendo su convicción —o su gusto— o su nada caprichosa. Aquello que se le pedirá es ser maestro de su ingenio. Y si fuese aceptada, con el riesgo que comporta la admisión de las tendencias como géneros retóricos, uno podría enorgullecerse de alternar un juego de endecasílabos con el acróstico expresionista. Aquello que rehusa mi sensibilidad —añade Foix— es el abandono, en una misma tendencia, a la facilidad como género. A la renuncia. Claro es que hay el instinto arístico, que es de muy pocos.

A J. V. Foix le gustaba conocer las cosas en su exacta individualidad. Dentro de su mundo de libertad imaginativa, J. V. Foix era un clásico que sentía la necesidad de poner límite a las cosas. Por eso preguntaba a las gentes el nombre de las cosas que encuentra a su paso. A veces, el nombre de las mismas se gustaba, como le gustaba repetir, se fosilizaba, perdía su primigenio sentido. El nombre, que es como una definición de la cosa, pierde entonces su vigor y se vacía de su contenido, no es nada; a lo sumo, un dato que se consigna en una ficha de filólogo. Pasa algo muy raro. En determinadas ocasiones, una cosa cuyo nombre prácticamente ha fallecido en Cadaqués o en Banyuls reaparece muchas leguas al interior, en Esterrí del Cardós o en la Seo de Urgel, por ejemplo, rejuvenecida y pimpante. J. V. Foix quedaba maravillado. El hallazgo tiene una gran capacidad de expresión. Muchas veces, el hallazgo puede realizarse en el lenguaje aparentemente muerto de los clásicos, y la palabra rutila como una piedra preciosa. J. V. Foix desempolvaba la tumba de nuestros escritores medievales, y su mano se sumergía en la noche de los siglos para extraer a menudo un puntito de luz cegadora.

Con su fabuloso botín de palabras, J. V. Foix escribía el catalán más rico y jugoso de nuestro tiempo. Otra cosa hacía también J. V. Foix: con su caudal de palabras exactas y precisas construía el mundo más libre e imaginativo que darse pueda, no sé si el más social y justo, pero sí el más desprovisto de propaganda y de retórica, el más disparado a la pura esencia de la poesía. La poesía ha de justificarse por sí misma y no le afecta ninguna clase de programa. El poeta, como hombre que es, puede y debe estar líricamente encuadrado en la realización de un programa; pero como poeta debe sentirse libre de toda mediatización. Podrá o no reflejar la realidad del programa, pero será su poesía la que le salvará de cara al futuro, no el programa. J. V. Foix ha sido siempre fiel a estos principios, que él mismo formuló con gran clarividencia y anticipación. Foix aparece mostrándonos sus experiencias poéticas, orgullosamente único, solitario, inintercambiable. Por la razón de que su poesía es privada y es asimismo comunitaria, porque en ella se reconocen muchos, aunque no la mayoría. Un buen programa sería que esta última tendiese, aunque fuera como esfuerzo —y no todos, desde luego, sino los más aptos—, a elevarse al nivel de esta poesía. El esfuerzo valdría, de seguro, la pena.

Viene de la página anterior



Después de algunos años, reemprendí mi comunicación con este gran poeta hallándome yo en Bañolas, pueblo al borde de un lago romántico y misterioso. Bañolas era un lugar patriarcal, tranquilo, con pocas industrias y con mercados y ferias que daban color a la gran plaza porticada. En esta misma plaza se bailaban las más delicadas sardanas del mundo. Por exigencias profesionales, viví un par de años hospedado en el desaparecido hotel Mundial, que, presidido por los abuelos, regentaba la hija viuda y una nieta casada. Todos han desaparecido. Bajo los arcos del hotel que daban a la plaza, después del almuerzo tomaba café con el notario, un aragonés agudo y mordaz, que se llamaba Saura. Me explicaba hechos de «Casa nostra» donde, según él, pasó una temporada un ministro sin cartera del régimen, Rafael Sánchez Mazas, escritor y poeta de grande y merecido prestigio. A veces se sentaba con nosotros la bibliotecaria municipal, señorita Aragó, residente también en el hotel y tía del pintor y arquitecto Luis María Aragó, de quien yo era amigo, así como de sus hermanos.

### El poeta y su hermana

Cliente del hotel lo era también, desde hacía bastante tiempo, la hermana mayor de J. V. Foix, que se llamaba Carolina, objeto de un halago continuo por parte de los hoteleros (así como la señorita Aragó). Pasaba periódicamente diversas temporadas, pues era un sitio que le gustaba. Carolina Foix presentaba, de entrada, un acceso difícil, hirsuto, que escondía, sin embargo, un gran corazón. Si se alcanzaba a abrir la puerta de aquel vestíbulo, era recibido con todos los honores. Particularmente, no tuve ninguna dificultad, pues ella sabía que era amigo de su hermano poeta y, por lo tanto, colegas. Se ponía a hacer ganchillo, bajo los arcos del hotel, al paso que contemplaba los tend-

retes de ajos (producto óptimo de Bañolas) y de verduras, así como la algarabía suspicaz de los volátiles. Con la asistencia de la señorita Aragó y el notario hacíamos una peña que pretendía arreglar el mundo. Carolina no era, sin embargo, especialmente letrada y se miraba los libros con una cierta desconfianza. La hermana pequeña de Foix era, o había sido, monja y residía en Cuba por aquel tiempo, o así me lo parece ahora, después de tantos años.

No sé las razones (seguramente referentes a las tiendas que ambos hermanos regentaban) por las que un día vino a Bañolas J. V. Foix. El poeta fue recibido con grandes deferencias por parte de los dueños del hotel e, inmediatamente, se constituyó un permanente cortejo de honor a su alrededor. Recuerdo que le acompañé al museo Darder (con el negro tirando del arco y a punto de disparar la flecha) y al museo de Prehistoria que entonces ayudaba a montar el doctor Luis Pericot en una magnífica casa gótica. También le introduje en la casa del hermano de mosén Lluís G. Constants, el historiador de Bañolas, que se dedicaba a la venta de antigüedades y en donde compré un reloj de péndulo con magnífica caja pintada. Carolina lo miraba todo con ojo reprobador.

El halago culminativo fue hecho, sin embargo, por el alcalde de la población, Miguel Boix, propietario de una pastelería, a la entrada del núcleo urbano, muy acreditada por unas tartas de almendras superiores. Boix (que rimaba con Foix) me parece recordar que había hecho el aprendizaje en el obrador del poeta. Organizó entonces una navegación por el lago (el «estany») en la que fueron invitados los amigos, Carolina y la señorita Aragó. Vimos las clásicas «pesqueres» y cómo el aire rizaba las aguas encantadas. De vez en cuando, saltaba una carpa, pez propio del lago. El alcalde, que era un gran orador político, refiriéndose a las tortadas locales almendradas, de absoluta esplendidez, dijo:

—El obrador aquí es decisivo, amigo mío.

—En Sarriá, como usted sabe, también —respondió Foix con un libro de Maritain bajo el brazo.

Antes de volverse a Barcelona (estaba a medio camino del Port de la Selva) me regaló un poema manuscrito, que dediqué y firmé, y que conservo con todas las tachaduras y enmiendas. Es el que empieza:

«Si, d'hora, vaig pels munts  
—vagar no em costa gaire—  
De mi faig claror i aire...»

Pasaron los años. Escribí un texto titulado «El mundo de J. V. Foix». Este artículo fue publicado en 1989 en mi libro *Los misterios de Barcelona* y, traducido al catalán, en

el libro *Carnet d'un diletant* (1990). Mucho tiempo después salió en el diario *Avui* (4-II-1987) «J. V. Foix» y «Els meus encontres amb el poeta», que fueron integrados en el libro *Monstres i erudicions* (Edicions 62, 1989); en este mismo periódico y en *Abc*, publiqué «J. V. Foix, en el origen de los Congresos de Poesía», que figuró después en el libro *Detrás del espejo* (Mondadori, Madrid, 1990).

Ninguno de estos textos fue, no obstante, reproducido en el *Album Foix* (1990), que bajo la dirección de Joan de Deu Doménech y de Vinyet Panyella publicó *Quaderns Crema* para contribuir al conocimiento más perfecto del poeta y de su obra. Contrariamente se recoge (pág. 331) la mala información del *Catàleg de Llibres en Català*, que editaba el Instituto Nacional del Libro Español, en el apartado de cuentos y narraciones, diciendo que se encuentra la siguiente entrada: 2.460. Foix J. V., *Els Meridians de Focis* (sic), tela, 20 cm., Col. Centpeus, Barcelona, Táber, 1970, 175 ptas., y que Joan Perucho, editor de Táber (yo sólo era director literario), comentó que «me resolví a publicar un puñado de artículos antiguos de J. V. Foix, que yo consideraba un clásico moderno, la prosa crítica del cual era, a mi entender, perfectamente desconocida... Desgraciadamente la edición del libro se frustró» (*Avui*, 4-II-1987).

Como una extensión a la opinión crítica sobre la poesía de J. V. Foix, Jaume Bofill i Ferro, en su libro póstumo *Poetes catalans moderns* (1986), se refirió a que «la poesía de Foix revela, cosa més aviat rara entre nosaltres, una evident tendència còsmica. Parteix inicialment d'experiències directes, immediates, però es desplega vers tot de mons siderals (potser més planetaris que estel·lars). Foix significa una personalitat en la qual tot ens parla d'una força llençada cap a espais inimaginables. Hi ha com un terror còsmic al fons de l'estranya interrogació de la pròpia mirada del nostre poeta».

Foix me escribió una carta fechada en el Port de la Selva el 10 de septiembre de 1963,

### RESUMEN

La traducción al español de uno de los libros más conocidos del poeta catalán J. V. Foix, Sol, i de dol, lleno de palabras a punto de fosilizarse, como al propio Foix le gustaba advertir, le da ocasión a Juan

el preámbulo de la cual reproduce en *Els meus encontres amb el poeta* (no hacía ninguna referencia al viaje a Bañolas, que he relatado ahora). En una reciente visita que me ha hecho Ferran Bach, comisario del Centenario del poeta y secretario de la Fundación J. V. Foix, en el curso de una conversación sobre el epistolario de éste, se interesó por la carta. Un primer fragmento de ella incluí en la conferencia «J. V. Foix en el origen de los Congresos de Poesía» que pronuncié, no hace muchos años en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes, de la calle de Alcalá. Recuerdo que presidía el acto el poeta Luis Rosales, con quien me unía una buena amistad. Éste suscitó la lectura, en catalán, de uno de sus poemas preferidos:

«Fugiré carrer enllà, o-í Finestra:  
Darrera teu veig l'home geperut;  
A casa tinc un maniquí forçut  
Que, amb mig HP només, pica amb la  
[destra.]

Geperut!, Geperut!: vaig a la platja,  
L'hora és ardent i: trenta-dos genolls,  
I els mamellons i setze llavis folls...  
La Madroneta es despulla al garatge.

O-í i gepó i gepic, o-í!  
Duu el mallot blau i es pinta de carmí  
El sotaaixella. Tanca la finestra!

Tanca el bagul!, desa-hi els peus, babau;  
D'anques de iode i de gelats, assau.  
Amb mig HP, o-í, pica amb la destra.»

La última vez que vi a Foix fue en el homenaje que se le tributó en su obrador de la calle Mayor de Sarriá, rodeado por sus adoradores. Redacté entonces una despedida para Foix. Le veía rodeado por «una intensa luz blancuzca, acusando cada vez más un nimbo espectral». Poco tiempo después moría el poeta, nimbado apaciblemente por el santo y casto olor de la Poesía. □

### J. V. Foix

#### Solo, y dolido

Traducción de Manuel Longares, Visor/Ministerio de Cultura, Madrid, 1993. 164 páginas. 1.200 pesetas.

# Cervera como símbolo

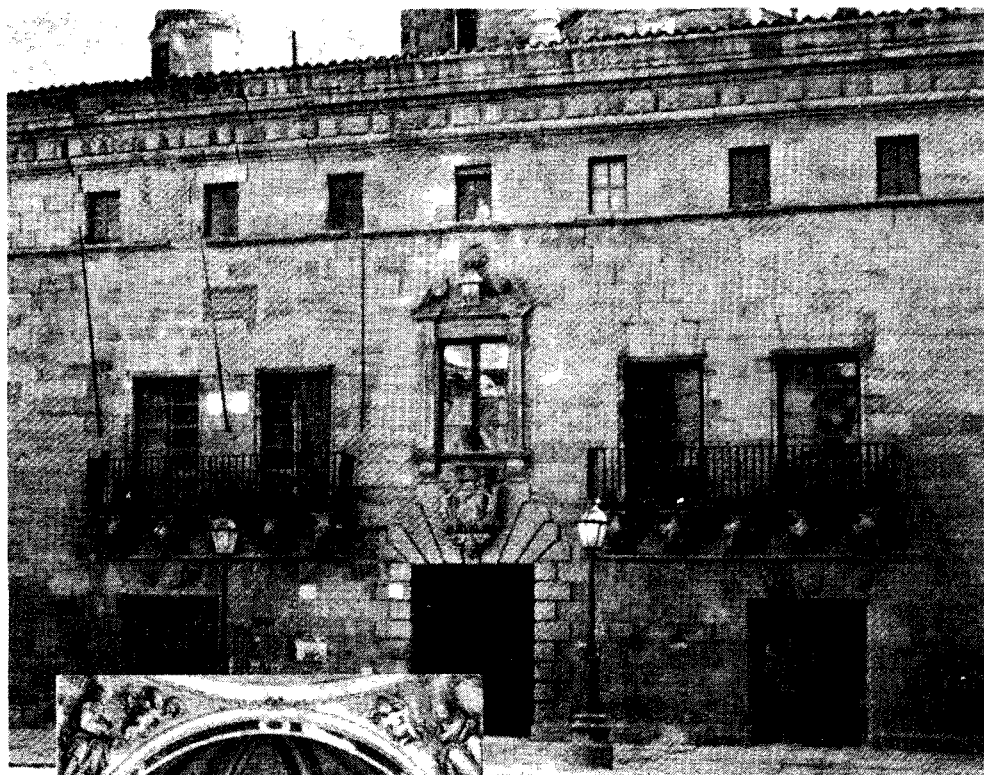
Por Miquel Siguán

**Miquel Siguán** (Barcelona, 1918) es profesor emérito de Psicología de la Universidad de Barcelona, miembro de la Academia Europea y, desde 1983, presidente de la Sociedad Española de Psicología. Entre otras obras recientes es autor de España plurilingüe y del Informe Oficial de la CEE sobre Minorías Lingüísticas en la Comunidad Económica Europea.

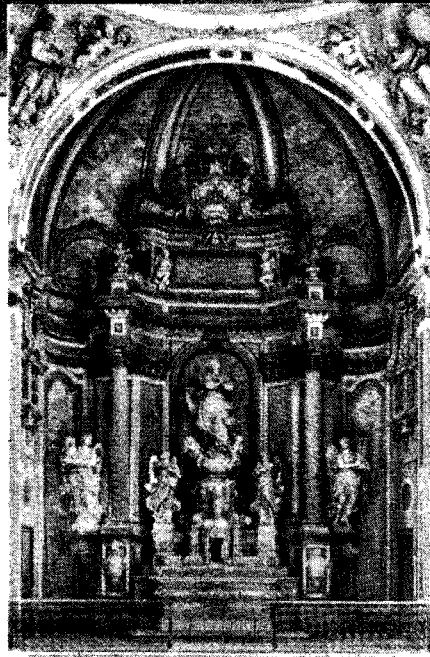
Fundada por Felipe V inmediatamente después de su victoria en la Guerra de Sucesión y después de haber suprimido el Estudio General de Barcelona y los que funcionaban en otras ciudades de Cataluña, la Universidad de Cervera ha despertado escasa simpatía entre los catalanes, lo que ha tenido entre otras consecuencias que los historiadores hayan tendido a dejarla de lado. De modo que cuando Joaquim Prats ha elegido Cervera como tema de su tesis doctoral se ha encontrado con un rico filón documental a la espera de ser utilizado, lo que le ha permitido escribir un libro importante, punto de referencia obligado sobre el tema a partir de ahora, y al mismo tiempo proponer conclusiones que no dejarán de provocar polémicas dado el valor simbólico que desde sus orígenes se ha atribuido a Cervera.

No soy historiador de profesión y no puedo entrar en el comentario erudito del libro de Joaquim Prats que tampoco aquí estaría en su lugar. Pero estoy bastante familiarizado con la historia intelectual de mi Universidad y lo que representa en la historia cultural y política de Cataluña para que me sienta atraído a exponer mi opinión.

Tradicionalmente se ha contemplado la fundación de la Universidad de Cervera en el marco de la guerra de Sucesión y, por tanto, como un castigo a Cataluña, que había tomado partido por el Archiduque y finalmente perdió la guerra. Adoptando un punto de vista más amplio, Prats la sitúa en el marco del proyecto renovador del Estado que impulsaron los Borbones y que entre otros aspectos incluía un proyecto de reforma de la enseñanza superior. A comienzos del siglo XVIII, los días gloriosos de Salamanca y de Alcalá hacía tiempo que habían pasado y el panorama general de las universidades españolas era penoso. Y dada la estructura de las universidades, teóricamente autónomas pero dependientes de hecho de la autoridad eclesiástica y de los poderes locales, era difícil pensar que se iban a modernizar por sí mismas. Y esto era muy claro en Cataluña, donde existían media docena de universidades y otra media docena de centros de enseñanza que, sin tener título de universidad, podían conferir, sin embargo, grados universitarios. El final de la guerra y el decreto de Nueva Planta ofrecían una oportunidad de oro para sustituir esta red de centros por una universidad única, dependiente exclusivamente del poder real y ajustada a las nuevas necesidades. Es cierto que al día siguiente de la ocupación de Barcelona el Duque de Berwick había decidido trasladar la mayor parte de la Universidad de Barcelona a Cervera pero aunque la decisión tenía el carácter de un castigo por la conducta de los universitarios durante la guerra, de hecho se presentaba como una medida provisional para evitar posibles algaradas de estudiantes. La decisión de crear la Universidad de Cervera como universidad única de Cataluña y con una nueva estructura se tomó más adelante y después de muchas discusiones, pues la unanimidad distaba de ser absoluta entre los vencedores. Y si es cierto que Cervera había solicitado que se trasladase allí la Universidad de Lleida, la influencia de los delegados de la pequeña ciudad era mínima y en



Fachada del Ayuntamiento de Cervera.



Capilla de la Universidad de Cervera.

la mente de los reformadores pesó más bien el hecho de que Cervera era una ciudad pequeña que podía transformarse fácilmente en una ciudad universitaria sin el peligro de que las autoridades locales condicionasen su actuación. O sea que en la mente de los reformistas la creación de Cervera, más que un castigo, significaba dotar a Cataluña de la universidad única, adaptada a las necesidades de los tiempos y directamente dependiente de la monarquía y así libre de las intromisiones de los poderes locales y en primer lugar de los eclesiásticos.

Hasta aquí la argumentación de Prats. Y hay que reconocer que se trata de una argumentación sólida. Aunque tampoco se puede olvidar, como el propio autor reconoce, que «la oportunidad de oro» fue dada por la derrota de los catalanes y el decreto de Nueva Planta, por lo que lo menos que puede decirse es que fue creada al margen de ellos y de sus instituciones. O sea que todo está servido para relanzar la polémica sobre la auténtica motivación de la creación de la Universidad de Cervera.

Como explica con claridad el libro que comento, el proyecto reformador que animaba la fundación de Cervera fracasó muy pronto. La idea básica que lo sustentaba, la dependencia directa del gobierno de Madrid, pronto se reveló ineficaz: la distancia y el papeleo burocrático, combinado con una crónica falta de dinero, agostaron pronto las mejores intenciones. Añadamos que los reformadores tampoco tenían una idea clara del modelo de universidad que pretendían y tam-

poco pudieron extenderlo a otras universidades, de manera que, limitado el ensayo a Cataluña, faltaban los marcos de referencia y las líneas de autoridad específicas, y a la larga el interlocutor habitual resultó ser el Consejo de Castilla y el modelo sobreentendido, la Universidad de Salamanca.

## Los jesuitas y la Universidad

He dicho que Cervera no ha atraído la atención de los historiadores y que es por ello poco conocida, pero esto no es del todo exacto, pues hay un aspecto que cuenta con una bibliografía relativamente extensa. Menéndez Pelayo fue el primero en destacar la extraordinaria labor de los jesuitas expulsados de España y establecidos en Italia, y entre los cuales había algunos de Cervera. Por los mismos años, el obispo Torras i Bagès en la *Tradició catalana*, donde fundamenta el nacionalismo catalán en una tradición cristiana, destaca la existencia de una escuela cerverina fiel a esta tradición. Y en los comienzos de este siglo, el P. Casanovas hace la apología de los pensadores de Cervera ligados con la escuela jesuítica, Finestres en primer lugar. Ferran Soldevila, en su *Historia de Cataluña*, explícitamente nacionalista, combina la descalificación de Cervera como manifestación del absolutismo con la valoración positiva de la obra realizada por algunos de los hombres de Cervera, arguyendo que, a pesar de la intención con que fue fundada, ellos acabaron siendo fieles a su catalanidad. En nuestros días, el P. Batllori ha completado en forma más informada y ponderada esta interpretación, destacando el papel jugado por los jesuitas en la primera etapa de la Universidad, una labor de erudición histórica que prepara lo que será el historicismo romántico y catalanista. Prats se opone directamente a esta opinión e incluso parece que ésta sea la tesis principal del libro. Los jesuitas no aportaron ningún proyecto renovador a Cervera, tampoco constituyeron un grupo cohesionado ni dominante, y finalmente su expulsión no marcó la decadencia de la institución cerverina, sino en todo caso una mayor apertura a las nuevas corrientes intelectuales.

Aquí creo que la opinión del autor exige muchas matizaciones.

El Estudio General de Barcelona fue creado por privilegio de Alfonso el Magnánimo en 1450, pero no empezó a funcionar

hasta 1533, o sea ya en tiempos de Carlos I. De fundación tardía, nunca alcanzó una gran altura, y si es verdad que en el siglo XVI conoció un cierto prestigio gracias a la presencia de algunos gramáticos y retóricos de inspiración renacentista y más exactamente nebricense, en el siglo XVII su actividad decae sensiblemente. Y a mediados de este mismo siglo, en 1662, los jesuitas establecieron en su vecindad el colegio de Cordelles. Tanto el Estudio General como el Colegio de Cordelles estaban situados en la parte alta de la Rambla, el Estudio tocando a Canaletas y el Colegio algo más abajo, al lado de la iglesia de Belén. Entre los alumnos de Cordelles abundaban los hijos de la pequeña nobleza y vestían capa y espadín frente a la procedencia más variada y menestral de los del Estudio. Y unos y otros acostumbraban a pelearse a pedradas en plena Rambla. Pero la pugna no era sólo entre los estudiantes. La enseñanza en el Estudi, sufragado por la municipalidad pero bajo la autoridad directa del obispado, era completamente tradicional, y según los cánones escolásticos en latín macarrónico y fiel a la más pura ortodoxia tomista. En cambio, los jesuitas seguían la pedagogía humanista que ellos habían introducido, utilizaban un latín clásico y daban un gran papel a la historia y a la moral, y en lo que respecta a la filosofía propiamente dicha, aunque fieles a la metodología escolástica, en vez de apoyarse en la autoridad de Santo Tomás, se apoyaban en la de Suárez, evidentemente mucho más sensible a las preocupaciones de los comienzos de la modernidad. Pero el Colegio de Cordelles no podía conceder grados y sus alumnos tenían que revalidarlos en el Estudio General. De manera que la pretensión de los jesuitas del Colegio era introducirse en la Universidad. Concretamente lo que pretendían era que a las cátedras de teología estrictamente tomistas y tradicionalmente monopolizadas por los dominicos del Convento de Santa Catalina se añadiesen cátedras de teología de otras orientaciones dentro de la escolástica, y en primer lugar para la doctrina de Suárez lógicamente regentadas por jesuitas.

Ya en tiempo de los últimos Austrias, las reclamaciones de la municipalidad y del obispado frente a las imposiciones reales en favor de los jesuitas eran frecuentes y no siempre era posible evitarlas. Pero cuando el nieto de Luis XIV tomó posesión del trono de Madrid, antes de que empezase la guerra, la presión se hizo irresistible y con ellos, las protestas y las manifestaciones callejeras de los universitarios contra los nuevos profesores y en favor de la doctrina tradicional.

## La milicia ciudadana

Cuando se declaró la guerra, la Universidad de Barcelona tomó claramente posición en favor del Archiduque. Y cuando en 1713 se puso sitio a Barcelona, los estudiantes participaron activamente en la resistencia. Frente al ejército del Duque de Berwick, un ejército profesional que podía considerarse plenamente moderno, Barcelona oponía los restos del ejército español que había tomado partido por Don Carlos y sobre todo una milicia ciudadana constituida por afiliados a los gremios. Compañías de orfebres, panaderos o espaderos eran los que defendían los distintos baluartes de la ciudad. Y con ellos dos compañías de estudiantes del Estudi, capitaneadas una por un profesor de Derecho y otra por uno de Filosofía, tomista por supuesto.

Ignoramos hacia qué bando se decantaron los profesores y estudiantes de Cordelles, pero es fácil sospechar que entre ellos abundaron los «botiflers», como se llamaba a los





Viene de la página anterior



ANTONIO LANCHO

partidarios de Felipe. Y si a esto añadimos que entre los primeros profesores de Cervera había profesores y antiguos alumnos de Cordelles resulta evidente que, pretendiésenlo o no los reformadores, la fundación tenía un claro signo partidista. Y resulta igualmente evidente que entre el proyecto reformador de la enseñanza de los jesuitas en Cataluña y el proyecto borbónico de Cervera había una clara coincidencia inicial.

### Los jesuitas en Cervera

Una coincidencia inicial que pronto se perdió. Pues la pedagogía humanista de los jesuitas, de clara inspiración renacentista, constituía una novedad en el siglo XVII, pero ya no lo era en el XVIII, y la disputa entre Santo Tomás y Suárez dejaba de tener interés cuando Descartes había propuesto comenzar la metafísica desde cero y lo que se discutía era la introducción de la «nueva ciencia», surgida más allá de los Pirineos. Y lo que a la larga resultó decisivo, si los jesuitas habían crecido amparándose en el poder real, pronto el modelo francés de Estado absoluto empezó a chocar con los derechos tradicionales de la Iglesia y con la influencia creciente de la Orden de San Ignacio.

Hasta qué punto los jesuitas empiezan a sentirse desbordados en Cervera lo muestra que en la vieja querrela de la titularidad de las cátedras de teología han de unirse con sus enemigos tradicionales, los dominicos, para reclamar que se mantengan las adscripciones tradicionales frente a la propuesta de Madrid de independizarlas de cualquier denominación.

Pero a la larga el desfase tomará caracteres dramáticos. La expulsión de los jesuitas, decidida por los Borbones franceses, tenía entre otros motivos el recelo ante el papel determinante de éstos en los centros de enseñanza superior. Y en España, y con más claridad todavía en Portugal, la expulsión pretendía eliminar un lastre a la política ilustrada.

¿Hasta qué punto los jesuitas marcaron el tono de la Universidad de Cervera durante su primera época? ¿Cómo repercutió su expulsión sobre la calidad de la enseñanza? Parece fácil estar de acuerdo con el autor al pensar que aunque los jesuitas tuvieron una influencia importante, no dominaban la Universidad ni constituían un grupo totalmente coherente. Juzgar sobre la naturaleza y el sentido de su influencia es, en cambio, más delicado. Dado que la historia que comento no pretende ser una historia de las ideas y de los personajes y de su producción intelectual, sino estrictamente una historia política y administrativa de la institución, basada en los documentos, los datos que ofrece no permiten formarse una opinión definida, que probablemente debería ser muy matizada. Es claro que Finestres, animase o no una escuela, es una figura destacada en el magro panorama de la cultura catalana del 600 y que es difícil encontrar figuras de talla en los años posteriores. De manera que limitarse a caracterizarlo diciendo que su pretendido eclecticismo no es más que una coartada para mantener posturas tradicionales no parece suficiente. Pero repito que no se trata de una historia cultural de la Universidad.

### La reforma que no cesa

Lo que sí demuestran los documentos aportados por el autor es que en el último tercio del siglo, desaparecidos los jesuitas y en respuesta a los sucesivos proyectos de reforma universitaria del tiempo de Carlos III, el claustro de Cervera expresa opiniones relativamente más abiertas a las nuevas corrientes y a un saber secularizado hasta producirse una clara separación entre tradicionalistas y modernos, igual como, por aquellos días, ocurría en todas las universidades españolas. Pero esto no asegura que la mayor receptividad se tradujese en una mayor producción intelectual o en una mejora de la calidad de la enseñanza.

Lo que el libro comentado muestra con diáfana claridad es el día a día de la institución y cómo por debajo de estas disputas sobre la necesaria reforma afloran una y otra vez las eternas cuestiones, lamentaciones por la penuria económica, quejas por la retribución y peticiones para reestructurarlas; los profesores «regentes», la mayoría, pidiendo que se acerquen sus sueldos a los de los titulares, mientras los titulares sugieren un aumento igual para todos; disputas por los planes de estudios en los que bajo protestas de modernidad laten ambiciones por nuevas ti-

tulaciones de cátedras o esperanzas de recortar el período lectivo. Una triste historia que al leerla nos produce en demasiadas ocasiones una impresión del «dèjà vu». Y que permite una conclusión: la decisión de situar la autoridad universitaria en el gobierno central de la nación para impulsar su reforma había terminado por conducir a la Universidad a una situación de dependencia casi infantil.

Entre las muchas noticias que el libro aporta vale la pena señalar una. La Universidad de Cervera tenía, por privilegio real de 1749, el monopolio de la edición de todos los libros de enseñanza que se publicasen en Cataluña. Entre estos libros, los más populares eran los dedicados a la primera enseñanza, catecismos y cartillas para la lectura sobre todo, que se editaban en castellano y con tiradas mucho más grandes en catalán. En 1768, la Universidad recibió una real cédula en la que, «en aras a contribuir a la uniformidad de lenguas», se ordenaba que... «la enseñanza de las primeras letras, latinidad y retórica se haga en lengua castellana generalmente donde quiera que no se practique...». Y en 1772, el fiscal del Consejo de Castilla comunicó a la Universidad que no imprimiese, ni vendiese, ni utilizase cartilla o abecedario para el idioma catalán. La imprenta de la Universidad tomó nota de la orden, pero no hizo el menor caso, igual como a posteriores recordatorios, y siguió editando en catalán para responder a la demanda de diversos obispos y de muchos párrocos. La razón era simple: las finanzas de Cervera eran crónicamente deficitarias y la venta de libros representaba unos ingresos nada despreciables. De manera que la imprenta universitaria siguió editando catecismos en catalán hasta comienzos del siglo XIX, aunque es verdad que con una demanda decreciente.

### La Universidad deseada

La historia de la Universidad de Cervera que comento concluye a finales del siglo XVIII, antes de que con la invasión napoleónica y la primera guerra carlista, las tradiciones de Cervera se agudizasen hasta convertirse en un reducto ultramontano. Pero

ya a finales del siglo la situación de Cervera es insatisfactoria incluso comparada con el nivel medio de las universidades españolas. Valencia, por poner un ejemplo próximo, parecía mucho más viva. Lo que me sugiere un último comentario.

Durante un siglo, el problema de la reforma en Cervera, como en el resto de universidades de la Península, se había centrado en la aceptación del pensamiento ilustrado. Pero a las puertas del siglo XIX de lo que se trataba era de ofrecer una enseñanza que respondiese a las demandas de una nueva sociedad que estaba emergiendo, una sociedad que estaba muy lejos del contexto en el que se movía Cervera.

Pero una sociedad que en muchos lugares de Cataluña, y muy especialmente en Barcelona y su entorno, era ya una realidad. Una burguesía cada vez más activa, políticamente liberal y culturalmente interesada por las implicaciones económicas de los avances científicos, empezaba a sentir la falta de unos estudios superiores y empezaba a suplirlos con su propio impulso: estudios de matemáticas y cosmografía para los marinos mercantes, estudios de física y de química para dar base científica a las nuevas industrias, estudios de derecho civil y mercantil... La falta de universidad empezaba a considerarse escandalosa. Probablemente estos burgueses ilustrados se hacían excesivas ilusiones sobre el papel de una universidad. En toda Europa se vivía un desfase parecido, que acabó produciendo una verdadera refundación de la institución universitaria. Pero en Barcelona se advertía sólo la ausencia. Desde que en 1769 se establecieron los primeros cursos patrocinados por la Cámara de Comercio hasta 1836, en que la Universidad se trasladó a Barcelona, pasaron más de sesenta años. Y en estos años el resentimiento por no disponer de un centro de estudios superiores fue creciendo. Y fue precisamente en estos años cuando se consagró la opinión de que el traslado de la Universidad de Barcelona a Cervera había sido un castigo. Y, más todavía, que el retraso en rectificar esta decisión era la mejor demostración del desconocimiento y de la indiferencia del Gobierno central por las necesidades de Cataluña. El catalanismo político no había nacido todavía, pero ya estaba a la puerta. □

### RESUMEN

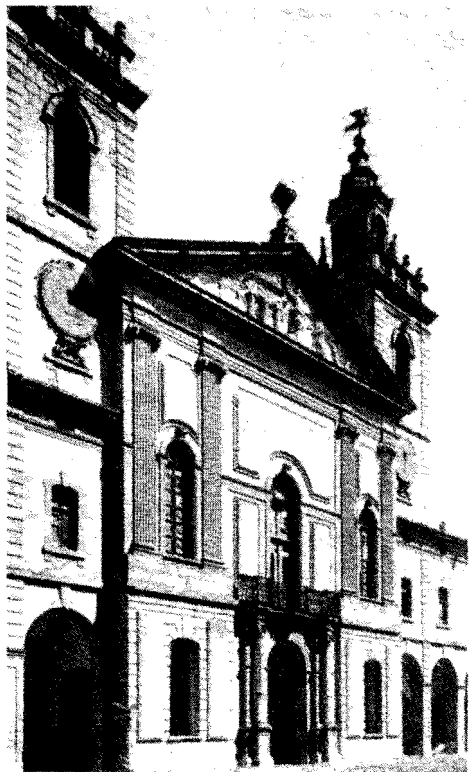
*Impuesta por Felipe V tras la Guerra de Sucesión, a comienzos del siglo XVIII, la Universidad de Cervera históricamente no fue una institución muy del agrado del pueblo catalán, y por eso nunca despertó demasiado interés historiográfico. Miquel Siguán comenta un*

*libro de Joaquim Prats, que por el rico filón documental que se ha encontrado y por las conclusiones, a veces polémicas, a las que ha llegado va a ser, a partir de ahora, inexcusable punto de referencia por lo que se refiere a la Universidad leridana.*

Joaquim Prats

*La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic*

Pagés Editor, Lérida, 1993. 372 páginas. 2.895 pesetas.



Fachada de la Universidad de Cervera.

# Biografías de película

Por Francisco Ayala

**Francisco Ayala** (Granada, 1906) es autor de una considerable obra como narrador y ensayista. Vivió muchos años en el exilio (Argentina, Puerto Rico, Estados Unidos), donde impartió clases en diferentes universidades. Académico de la Lengua, es Premio de la Crítica, Premio Nacional de Literatura y Premio Cervantes. Entre sus libros destacan *Los usurpadores*, *El jardín de las delicias* y *Recuerdos y olvidos*.

Si ha de entenderse que un buen libro es aquel que aparece bien compuesto, coherente y ceñido al orden de un discurso, no podría decir yo que sea un buen libro el que me propongo comentar aquí, por más que en efecto su interés resulte muy grande. Este interés está centrado en el tema que su título enuncia: *Bio/Pics. How Hollywood Constructed Public History*, bajo cuyo epígrafe el autor, George F. Custen, joven profesor norteamericano, presenta y examina de manera bastante cumplida ese particular sector de la producción cinematográfica que en aquellos estudios se dedicaba a elaborar para el gran público biografías diversas de personajes notables. La abundancia de materiales que sus páginas contienen, las muchas sugerencias que suscita, la pluralidad de puntos de vista que ofrece, hacen su lectura, no ya grata, sino también estimulante en alto grado. Tiene, pues, este libro la apreciable virtud de invitar a reflexiones del más general alcance; por lo pronto, acerca de las consecuencias que está teniendo la fabulosa proliferación de revolucionarias innovaciones introducidas en nuestra realidad cotidiana por los medios audiovisuales.

Pues ciertamente, el siglo actual ha traído como efecto del desarrollo tecnológico cambios sociales tan hondos, tan decisivos y tan rápidos que, en su conjunto, resultan de muy difícil asimilación intelectual. En la práctica, la gente se acomoda pronto a ellos, ajustando su habitual rutina a las modificaciones, o más bien alteraciones radicales, que los nuevos ingenios aportados por la última oleada del progreso industrial imponen en todos los aspectos de la vida diaria; pero falta la perspectiva para registrar, describir, analizar, valorar y hacerse cargo en suma de lo que ha significado para la humanidad la adopción de los diversos dispositivos que durante sólo los últimos cien años la inventiva ha acumulado y puesto en nuestras manos.

Para ceñirnos al tema del libro a que me refiero: obsérvese que un reducido y particular sector de la producción cinematográfica de una sola factoría -Hollywood- durante un limitado periodo tiene, sin embargo, entidad suficiente para dar materia a que alguien pueda aislarlo y estudiar sus múltiples conexiones hasta llenar con los resultados un copioso volumen impreso. El que Custen nos ofrece contiene, además de las oportunas ilustraciones fotográficas, numerosas notas, referencias e índices, y cuatro apéndices donde pone ante los ojos del lector los cuadros de datos, básicamente estadísticas diversas, que le han servido de apoyatura para fundar sus tesis. En cuanto a éstas se encuentran distribuidas a lo largo de seis capítulos, donde de manera no demasiado sistemática, les hace salir poco a poco hasta la superficie. El lector mismo, en su relación con el libro, deberá tomarse el trabajo de buscar y abordar desde ángulos diversos el que es su tema principal. Siendo así, creo que el calificativo adecuado para un trabajo como éste, más informativo que didáctico, es el de estimulante.

La atención del autor se concentra -y tal es el asunto central de su obra- en las biografías cinematográficas que Hollywood produjo a lo largo de dos periodos sucesivos, separados por la Segunda Guerra Mundial, a partir de la cual



FRANCISCO SOLE

puede advertir un cambio significativo en el contenido argumental de las películas: una primera fase, desde 1927 a 1940, cuando las biografías producidas tienen por protagonistas a personajes pertenecientes a las élites convencionales, tales como miembros de la realeza, gobernantes, líderes políticos, etcétera; y desde 1941 a 1960, una segunda fase durante la que suelen dominar las biografías de artistas famosos en varios campos, pero sobre todo en el del espectáculo, considerados como «héroes del consumismo» por contraste con los antiguos «héroes de la actividad creativa». El esfuerzo investigador está dirigido a establecer los criterios con que, en su conjunto, esas biografías fueron elaboradas, así como los condicionamientos a que su elaboración estuvo sujeta. Es un esfuerzo muy meritorio, y sus resultados me parecen plausibles. Conviene dejar sentado desde ahora que, a mi entender, se ha llegado a resultados tales aplicando en gran medida los criterios interpretativos establecidos en 1988 por Neal Gabler con su libro *An Empire of Their Own: How the Jews Invented Hollywood*. Desde el principio del suyo, en las páginas de introducción tituladas «Cfío en Hollywood», deja establecida Custen la que será su tesis básica al afirmar que «las películas biográficas crearon una visión de la historia que estaba fundada sobre la cosmología de la industria cinematográfica; en ese mundo, figuras históricas clave eran convertidas en "estrellas", y con frecuencia los productores de estos films filtraron el contenido de una vida grande a través del cedazo de sus propias experiencias, va-

lores y personalidades. En esa visión de la historia, la grandeza de la figura individual pasa a consistir en el conjunto de cualidades que hacían grande o poderoso a un productor en Hollywood» (pág. 4).

Sostiene, en efecto, que esa industria cinematográfica norteamericana, creada por inmigrantes procedentes de la Europa oriental, se inventaba unos Estados Unidos de América vistos desde fuera. Si quienes la crearon, en lugar de haber sido «inmigrantes que ansiaban pertenecer a los círculos íntimos», hubieran estado dentro del campo del poder, estima dudoso el autor que, con olvido de sus respectivas herencias culturales, sus films evidenciaran tan excesiva admiración y hasta adoración por los valores que atribuían a su nuevo país. Piensa que, mediante un acto de autocensura, esos hombres internalizaban normas que los excluían a ellos mismos del reino de lo simbólico. Al inventarse esa América y «retratarla» así en sus películas, esperaban convertir a los mismos autores del invento, privados de ejercer poder social, en guardianes de tal imagen, estableciendo de este modo sobre la base de una ilusión su propia estructura de poder: «Tal imperio de una América de fantasía era uno donde ellos podían ser reyes» (pág. 93).

Esta singular concepción constituye el eje de todo el estudio que Custen hace de las casi trescientas biografías llevadas al cine por Hollywood durante el período clásico de 1927-1960, prestándole cierta coherencia. El conjunto de esas biografías -dice- forma un

código con distintos componentes. Las películas eran elaboradas mediante prácticas industriales que ya no existen más, y el sistema de estrellato entonces vigente limitaba las formas específicas que una vida podía adoptar, siéndole vendidas a un público de espectadores a través de diversas máquinas publicitarias que creaban contextos específicos. Las configuraciones de conjunto de este grupo de films son, en muchos casos, no tanto obvias como más bien desconocidas. «Las películas forman una tapicería cuya narrativa puede apreciarse mejor captando su lugar dentro de la estructura de conjunto. A través de un análisis directo de la máquina que dio forma a la urdimbre y entramado mediante el que se tejen las figuras particulares podremos descubrir un modelo histórico identificable.»

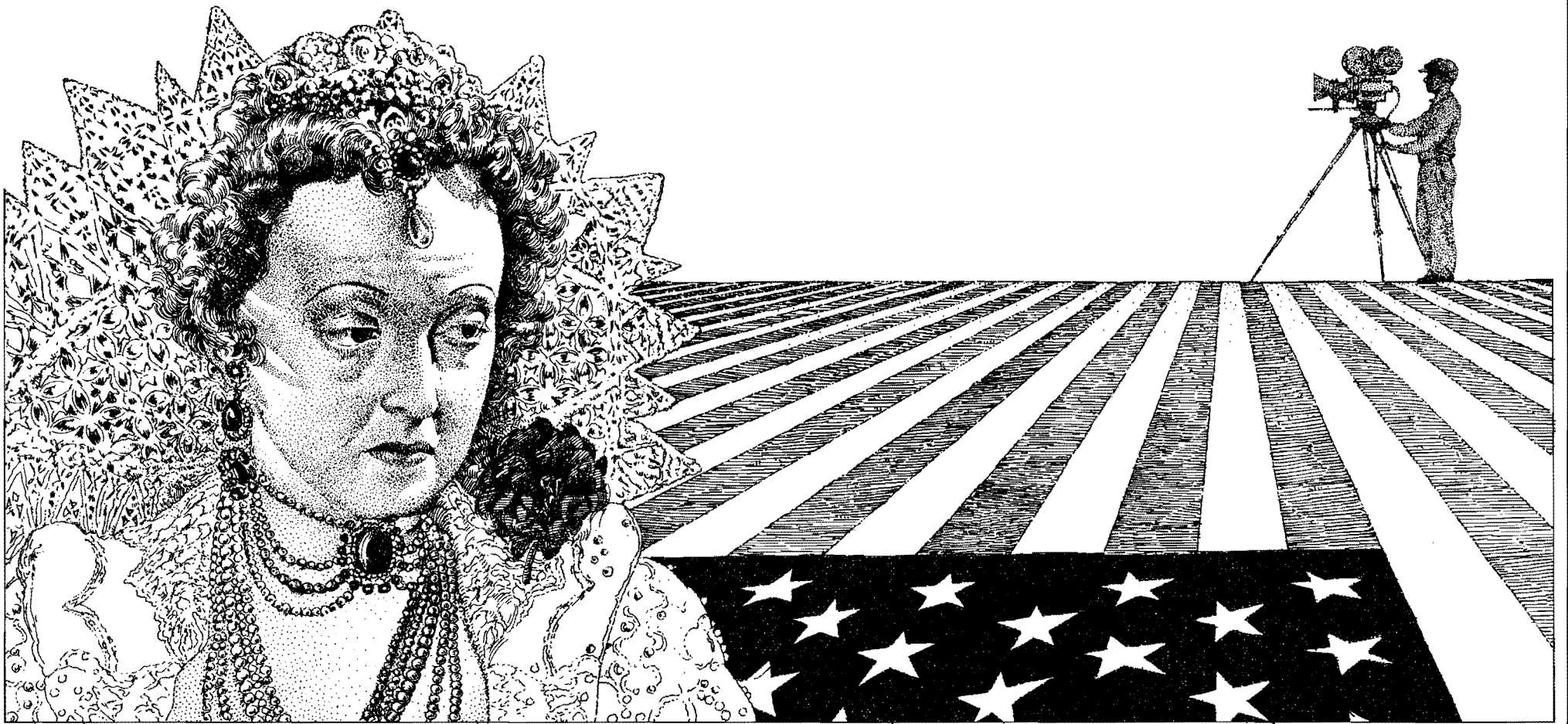
## El desarrollo americano

Debe notarse, para empezar, cómo eligen los creadores de la industria cinematográfica hollywoodense a los protagonistas de sus biografías, en reiteración de aquella idea central. Por lo pronto, en esas películas son prácticamente ignorados los países de donde ellos habían emigrado, con total olvido de su personal origen y procedencia. Rusia sólo cuenta en los ambientes de esos films como evocación del régimen zarista. «La Rusia zarista es descrita por parte de Hollywood con espíritu de simpatía, del mismo modo que, a su vez, la construcción que hacen de una América WASP (esto es, blanca, anglosajona y protestante) niega la experiencia personal de los propios «moguls» (jefazos) para adorar a los grupos mismos que en el Nuevo Mundo practicaban su exclusión social» (pág. 100). En cuanto a los países de la Europa occidental, sus películas se atienen a los consabidos y respectivos tópicos nacionales. Tomado en su conjunto, el Viejo Continente es para ellos sólo un antecedente del esplendoroso desarrollo americano, por más que ya en el terreno de la concreta producción cinematográfica, y por cuanto al tratamiento estrictamente técnico del asunto, hayan debido ser tomados muy en cuenta los previos antecedentes de biografía histórica del cine europeo: en Alemania, el *Danton* (1920) y el *Peter der Grosse* (1922), de Dimitri Buchowetski; la *Madame Du Barry* (1919) y la *Anne Boleyn* (1920), de Ernst Lubitsch; en Francia, el *Molière* (1909) y el *Napoleón* (1927), de Abel Gance; en Inglaterra, *The Private Life of Henry VIII* (1933), de Alexander Korda.

Custen estudia los condicionantes generales a que toda biografía cinematográfica está sometida, empezando por el de la duración del espectáculo. «Lo que E. A. Poe, y antes otros escritores como Prosper Mérimée, descubrieron a mediados del siglo XIX sobre la novela corta era no menos cierto cien años después: que una novela corta no es la versión abreviada de una novela. Es un relato para ser consumido en una sola sentada. En un film, la historia de una vida debe ser absorbida en el espacio de noventa minutos. Dadas estas convenciones, la condensación y abreviación necesarias (...) debían ser codificadas, y tal condensación se hizo frecuentemente a partir de una previa encarnación de la vida en piezas teatrales, novelas cortas o películas precedentes» (pág. 180).

Pero «si la pieza teatral o la novela corta habían desarrollado cierto repertorio de recursos para seccionar una vida y hacerla avanzar, para condensarla seleccionando en ella, el cine tenía sus propios métodos de llevarlo a cabo ágilmente» (pág. 182); y a explicar la peculiaridad de estos métodos en cuanto concierne a las biografías perfeccionadas por Hollywood dedica el libro páginas de excelente análisis.





FRANCISCO SOLÉ

Uno de los aspectos más interesantes de este análisis —aparte subrayar el ya señalado intento, subconsciente sin duda, de identificación con los supuestos, exaltados e idealizados valores de la sociedad norteamericana— es el que muestra la conexión entre el héroe cinematográfico representado y el actor que lo representaba. Son películas producidas dentro del sistema de estrellato, y por motivos diversos, económicos entre otros, era obligado valerse de determinados actores cuya imagen estaba ya bien establecida en la conciencia del espectador. Si por un lado se procuraba, y en grandísima medida se conseguía a través de minuciosas y costosas investigaciones, reconstruir hasta en los ínfimos detalles el ambiente material de la acción para situarla dentro del pertinente marco histórico, por otro lado era indispensable echar mano de los actores disponibles, ya muchas veces bajo contrato del estudio, y poseedores de su peculiar fama como tales estrellas, con lo que no siempre su apariencia física era lo más similar a la del personaje histórico que habían de encarnar. Con frecuencia se lograba, imitando mediante hábiles maquillajes el material fotográfico de referencia, un notable parecido, como fue el caso de Greer Garson para el papel de Madame Curie o de Kirk Douglas en el de Van Gogh de *Lust for Life*. Incluso se apelaba en ocasiones a hacer que interviniera, si se trataba de un personaje aún vivo, el sujeto mismo de la biografía. «El uso, bien sea del propio biografiado para que se represente a sí mismo, o el repetido uso de un determinado actor para representar a la misma figura histórica (Bette Davis encarnando por dos veces la reina Isabel de Inglaterra) son sendas estrategias empleadas por los estudios cinematográficos con el fin de dar a la ficción factual de películas biográficas una indudable autenticidad de encarnación» (pág. 60).

### Retórica de la fama

Pero hubo ocasiones en que, por circunstancias diversas, debía renunciarse a semejante aproximación, como ocurrió con Cary Grant, un galán físicamente muy distinto del Cole Porter cuya vida constituye el argumento de la película *Night and Day*. (El capítulo del libro que nuestro autor ha colocado bajo el título de esta película es —dicho sea incidentalmente— el de máximo interés desde muchos puntos de vista; aquel que más rico y personal tratamiento da al asunto.) «Las películas biográficas —se lee en otro pasaje— ofrecen al público la posibilidad de conectar en concreto con la brillante imagen de una persona históricamente famosa bajo la guisa de una estrella cinematográfica contempo-

ranea. Uno puede admirar la vida pretérita que se representa, al mismo tiempo que venerar la muy real y actual encarnación de esa vida tanto en la pantalla como fuera de la pantalla y en el material publicitario. El cine creó una retórica de la fama que era esencialmente diferente de la impresa. En las películas, el actor que retrata a la figura eminente tenía una efectiva existencia corporal fuera del marco narrativo de una particular vida biografiada, que podía ser o no ser congruente con la figura representada (...). Dicho de otro modo: las biografías cinematográficas presentaban un doble nivel de articulación de la fama. En el primero, el espectador quedaba absorbido por la narración montada sobre episodios selectos de la vida del sujeto; en el segundo, encontraba a la figura famosa en otros contextos fílmicos, así como en su frecuente exposición a materiales publicitarios» (pág. 34).

Este constante uso como guía narrativa de referencias intertextuales entre las películas, en vez de haber usado materiales procedentes de otras fuentes, sugiere que la gente que las creaba lo hacía realmente con referencia al mundo interior de los estudios y no al mundo histórico situado fuera de los límites de ese espacio cerrado de Hollywood.

Hace notar Custen que la representación de diversos biografiados por un mismo actor (George Arlis en los sucesivos papeles de Disraeli, Voltaire, Hamilton, Richelieu...) establecía, mediante su peculiar repertorio de gestos, ademanes y manierismos, y en definitiva de su particular fisonomía, un cierto modelo de cómo había de entenderse lo que ha de ser un gran hombre. Esta es, precisamente, una de las cuestiones centrales abordadas en el estudio de la biografía cinematográfica producida por Hollywood: ¿qué es un gran hombre a los ojos de quienes crearon y dominaron la gran industria del cine americano? La respuesta deberá extraerse de distintos pasajes del libro, teniendo en cuenta para matizarla las dos fases o períodos que el autor ha distinguido en el desarrollo de dicha industria. Por lo pronto, recordemos que el héroe de la biografía debe protagonizar un triunfo de carácter social muy tangible: su éxito ha de consistir en un contundente reconocimiento de su valía, acorde con el modo en que los propios creadores de la película concebían su carrera de advenedizos aspirantes a escalar simbólicamente (desde fuera) un poder social que, en el fondo último, les sería inaccesible.

Veamos cómo concibe al héroe biografiado uno de los máximos dominadores de la factoría hollywoodense: «Para Zanuck, la persona famosa tenía que tener una clara motivación en las decisiones que la llevaron a su grandeza. En una escena telegráfica o dos, había que comunicar a la audiencia las

situaciones que sirvieran para explicar las fuerzas que llevarían a esa persona a cumplir su extraordinario destino (...). Por instrucciones de Zanuck, se muestra al Cardenal Richelieu impresionado en su edad juvenil por la derrota militar de Francia (...). De igual manera, los titulares de apertura de *Bell* (...) informan al espectador de que Alexander Graham Bell inventó aparatos auditivos para aliviar las penalidades de su esposa sorda» (pág. 19). Mucho más adelante, precisará Custen: «Hasta cierto punto, en la fórmula de Zanuck para Bell como gran hombre estaba recreando la historia de su propio éxito, proclamaba su propia personalidad a través del relato sobre Bell» (pág. 132).

### Momentos claves

El esquema, articulado en tres situaciones o momentos clave desde las dificultades o resistencias iniciales hasta el triunfo clamoroso, repetido siempre con variantes que no alteran la línea común, resulta bastante simple. Una nota ineludible en la presentación de las vidas extraordinarias de esos triunfadores es la de conjugar en ellas lo extraordinario con lo más común y corriente: el gran hombre es al mismo tiempo un buen padre de familia (sin perjuicio de que los valores tradicionales falseen por completo la realidad, como ocurre con el Nath Cole de *Night and Day*). Si Bell era un esposo dedicadísimo, al Edison de *Edison, The Man* le gustaba mucho la tarta de manzana preparada por su esposa. En suma, las biografías de grandes hombres elaboradas por Hollywood, con su simplista afirmación de los supuestos valores convencionales, introdujeron una retórica que Custen cree reconocer en los discursos de Ronald Reagan, o George Bush, o Mario Cuomo.

Pero las biografías elaboradas por Hollywood, como las tradicionales vidas de santos, presentan al público modelos emulables que ayudan a reconocer y aceptar los valores sociales vigentes en cada época. Y la segunda fase que el autor reconoce en tal elaboración

hollywoodense refleja un cambio en la noción pública de fama. Sin duda, a partir de la Segunda Guerra Mundial, en los Estados Unidos (y desde luego, no sólo en aquel país) el conjunto de valores vigentes ha sufrido, en efecto, un cambio bastante profundo con el desarrollo de la llamada sociedad de consumo, y la moral tradicional del esfuerzo perseverante ha cedido su espacio a una moral del éxito fácil y —lo que es más significativo— básicamente fortuito, que convertirá en sujeto de las biografías, no tanto a quienes con obstinado empeño —y, casi siempre, habilidad económica— han alcanzado sus elevadas metas, como a quienes un golpe de suerte catapultó hasta la cima de una popularidad espectacular mediante el reconocimiento casi fortuito, o en todo caso azaroso, de tales o cuales prendas artísticas.

Estas biografías de «héroes del consumismo» ocupan la segunda fase de la producción hollywoodense de biografías hasta 1940. Luego, en la década de los 50, cuando el sistema de estudios «se desintegraba en Hollywood», la biografía cinematográfica experimentó una última serie de transformaciones hasta entrar en la fase post-estudio de práctica extinción, «debida al ingreso de la televisión en la vida de los norteamericanos, apoderándose del terreno antes ocupado por el cine». En contraste con algunas biografías del comienzo, pronto dejó de prestar atención a los personajes famosos para enfocar ahora a personas corrientes a quienes algo infrecuente les ha ocurrido. «La biografía pasa a ser así, no ya el texto cívico previo, sino un producto más vendible, a la manera del periódico tabloide o el relato de ese tipo. La notoriedad ha dejado el puesto a la curiosidad chismosa como marco de la biografía: noticias más o menos sensacionales han reemplazado a un material histórico más sólido» (pág. 216).

Como bien podrá apreciar el lector por estas referencias, el libro del profesor Custen, si no es una obra de sólida doctrina ni de una gran profundidad sociológica, está lleno, en cambio, de sugerencias que hacen su lectura estimulante en alto grado. □

### RESUMEN

Entre las varias curiosidades intelectuales de las que puede hacer gala Francisco Ayala se encuentra, desde hace mucho tiempo, el cine, y a éste dedica su comentario, que surge de la lectura de un ensayo sobre cómo Hollywood, en sus años dorados, popularizó las películas

biográficas de hombres ilustres, de ejemplos a seguir por la colectividad, adecuando esas biografías a la manera de trabajar en aquella célebre «fábrica de sueños» en que se había convertido por aquellos años, y para mayor gloria de sus estrellas.

### George F. Custen

#### *Bio/Pics. How Hollywood Constructed Public History*

Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey, 1992. 325 páginas.

# Un modelo de biografía británica

Por Javier Tusell

**Javier Tusell** (Barcelona, 1945) es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Ha publicado más de una veintena de libros sobre la historia política española del siglo XX, obteniendo, entre otros, los Premios Nacionales de Literatura (en sus modalidades de Ensayo y de Historia), el Premio Espejo de España y el Premio Comillas para biografías.

No hace falta ser un lince para apreciar como signo evidente de nuestro tiempo el retorno a la biografía. No se trata, por supuesto, de pensar, a estas alturas, que la Historia consiste tan sólo en el protagonismo de los grandes personajes, héroes que son capaces de cambiar el rumbo de la trayectoria de la Humanidad. En vez de ese plutarquismo heroico, lo que hemos redescubierto en este fin de siglo que nos ha tocado vivir es el valor de lo individual. No sólo vale para explicar lo colectivo en el pasado, sino que, además, es un signo del tiempo propio en que se ha producido esta «segunda revolución individualista» de la que ha escrito Lipovetsky. Cuando han desaparecido los grandes motivos de enfrentamiento ideológico acerca de la interpretación del pasado se ha tendido de modo creciente a juzgar en términos políticos acerca de personas más que de concepciones del mundo, y eso de manera irremisible ha vuelto a hacer legítimo el estudio de las personalidades relevantes. La vida singular de un individuo no nos remite ya a un panteón de modelos, ni tan siquiera tiene por qué referirse a quien pueda ser considerado de algún modo como digno de entusiasmo. La biografía es un modo de acercarse al pasado que parte de una voluntaria parcialidad, pero que también es capaz de remitirnos al componente de casualidad, azar, libertad o creatividad individual que hay en todos los hechos humanos y en la propia Historia. Además nos ofrece esa sabiduría esencial que consiste en la transmisión de la experiencia de la vida de otros seres humanos a veces muy lejanos en el tiempo o en la trayectoria.

La resurrección de la biografía ha sido tardía en aquel país europeo —Francia— que ha considerado la Historia como una gloria nacional y que ha resultado más influyente sobre el nuestro en esta rama del saber. Sólo en los setenta se ha considerado a la biografía como un género historiográfico legítimo y, por consiguiente, sólo en los ochenta este mismo juicio se ha reputado aceptable en España. En otras latitudes, sin embargo, el género biográfico ha merecido un cultivo constante, lo que quizá pueda ser considerado no sólo como la consecuencia de la perduración de unos determinados gustos literarios, sino, sobre todo, de una manera de enfocar la vida propia cuando alcanza una particular dimensión política o intelectual. En los países anglosajones, en especial en Gran Bretaña, el diario personal o el cuidado del propio archivo privado es mucho más frecuente que en otras culturas. Existe toda una técnica consolidada para escribir las memorias que es utilizada siempre con buen éxito, en especial cuando el personaje político tiene otras vertientes humanas diferentes de



Harold Wilson, con su familia, en el 10 de Downing Street, residencia oficial del primer ministro.

su afiliación partidista (el caso de Denis Healey), pero que resulta válida incluso en el caso de que terceras personas hayan escrito el texto en cuestión (como ha sucedido con Margaret Thatcher). La interpretación biográfica de los grandes personajes se convierte en un punto de referencia cultural obligado de tal modo que personalidades como Churchill han sido objeto de una bibliografía abundantísima. El cruce entre las biografías «autorizadas» (es decir, aquellas que han contado con el apoyo de los descendientes y parten de una actitud de simpatía) y aquellas que no lo son produce todo un abanico de juicios encontrados que favorecen una sabiduría en la escritura y en la técnica narrativa.

Aunque sólo fuera por eso merecería la pena traer a colación la biografía de Wilson escrita por Ben Pimlott. Este ha sido considerado como la figura más destacada de la biografía británica actual, un juicio arriesgado, ya que hay tantos cultivadores del género, pero al mismo tiempo justificado por sus otros trabajos, en especial el relativo al también dirigente socialista Hugh Dalton. Por otro lado, tan sólo hace unos meses ha aparecido un nuevo texto sobre Wilson, obra de otro conocido biógrafo, Philip Ziegler, que ha aparecido con la etiqueta de tratarse de un libro «autorizado».

Volviendo a la obra de Pimlott, quizá el mejor método de apreciar la valía de su método biográfico sea hacer alusión a los momentos claves en la vida de su personaje. El primero es el que se refiere a la formación del futuro líder laborista y el planteamiento de la oportunidad vital que le encauzó hacia un relevante papel político. Su padre procedía de la clase media baja y estuvo empleado en una gran empresa, pasando por la dramática experiencia del paro. Pimlott recalca que desde el punto de vista social con quien tiene verdadero parecido Wilson es con Thatcher, con la única diferencia de que el padre de ésta era un autónomo y no un trabajador por cuenta

ajena, lo que sin duda pudo tener consecuencias en lo que respecta a sus respectivos idearios. El socialismo de Wilson no tuvo nunca un significado marxista. Su origen más remoto hay que atribuirlo a su condición de no conformista en materias religiosas; a diferencia de otros dirigentes de su partido o de conocidos intelectuales, no pasó por el sarampión comunista en los años universitarios. Estudiante becado, debió preocuparse fundamentalmente por sus estudios: sólo ingresó en el laborismo después de concluida su carrera y desde el principio su talante fue el de un administrador tecnócrata, proclive al intervencionismo del Estado, pero mucho más por motivos empíricos que por razones derivadas de la ideología; ni siquiera fue keynesiano. Como en tantos otros casos de compañeros de partido, su gran oportunidad estuvo constituida por la segunda posguerra mundial. Hubo entonces pocos candidatos laboristas preparados, y con apenas treinta años Wilson consiguió no sólo un escaño, sino también una rápida promoción en el seno de una Administración laborista que habría de durar desde 1945 hasta 1951.

## Lento caminar

El segundo momento en la trayectoria biográfica de Wilson se refiere a su lento caminar hacia el liderazgo de su partido. Hubo en él, como suele resultar habitual, una porción de estrategia personal, pero también de suerte. Político pragmático, pudo sorprender en un primer momento que dimitiera por sentirse identificado con la izquierda de su partido, personalizada en Bevan. Este, volcánico e indolente, era, sin embargo, la antítesis de un Wilson trabajador y frío. Pronto esas diferencias de carácter primaron sobre las identidades ideológicas, que tampoco fueron nunca tan grandes. A Wilson se le había denominado el «perrito de Bevan», pero pronto se vio que su talante y trayectoria eran muy distintos. Muy pronto se convirtió en el representante de la izquierda posible dentro de su propio partido: era lo suficientemente pragmático como para ganar unas elecciones, pero tenía el apoyo de una izquierda que carecía de cualquier otro candidato viable. Tuvo, además, suerte: en 1951, los laboristas perdieron las elecciones, pero no por mucho; si hubieran ganado, el partido no le hubiera dado puesto alguno en la Administración, y si hubieran perdido por mucho, se habría quedado sin escaño. La mayor suerte de Wilson consistió en un puro azar.

El dirigente de la derecha laborista, Hugh Gaitskell, podía haber permanecido mucho tiempo al frente del partido, y en ese caso le habría correspondido a él una posición subordinada porque nunca hubo verdadera confianza entre ambos. La temprana muerte de Gaitskell le abrió el paso para el liderazgo, pero fue una determinada coyuntura mundial la que le alzó a la condición de primer ministro.

Pimlott señala con pleno acierto hasta qué punto Wilson se identifica con los años sesenta europeos, tanto como Kennedy con los norteamericanos. La suya fue siempre una imagen que aunaba la competencia técnica con el repudio al capitalismo parasitario. Nunca fue un profeta de la izquierda, pero ofrecía en los años sesenta la sensación de un cambio ético aunado con la solidez de sus conocimientos. Fue el primer político británico que supo utilizar la televisión y un orador sarcástico y malintencionado que sabía aprovechar todas las ocasiones para bromear ante públicos sesudos o para recordar a los más jóvenes que uno de los electores que le apoyaba en su distrito pertenecía a los Beatles. Creó una gran esperanza frente al conservadurismo precedente y supo mantenerla durante toda la década. Desde la óptica actual, sin embargo, sus argumentaciones de entonces resultan curiosamente muy anacrónicas: lo son, por ejemplo, su juicio acerca del papel del Estado en la economía o su consideración de que la URSS (que había visitado con frecuencia como empleado de una firma dedicada al comercio de exportación) era un ejemplo de planificación que debía seguirse.

La otra cara de la moneda nos la ofrece el Wilson de los años setenta. Cuando, al comienzo de la década, volvió a ganar las elecciones, no era ya una esperanza de cambio, sino una especie de familiar médico de cabecera que daba la sensación de imponerse como lo conocido, mientras que parecía obligado que el conservadurismo quedara en la oposición. Nunca hubo en Gran Bretaña una campaña política tan personalizada como ésta; a Wilson ya no le interesaba la organización de su partido ni dio la sensación de tener un programa. Su candidatura triunfó, pero tan sólo como se impone la sucesión de las estaciones. Lo que vino a continuación transformó al antiguo político del cambio en los sesenta en la figura central de una pequeña corte en que pululaban las intrigas menores. En esos años la principal preocupación de Wilson fue mantener su partido lo suficientemente dividido como para evitar que se pusiera en peligro su liderazgo; se desintereesó de la tarea gubernamental y lo único verdaderamente positivo que Pimlott encuentra en su ejecutoria es haber conseguido modificar la posición de su partido respecto de la Comunidad Europea gracias al referéndum acerca de la pertenencia a ella. El final político de Wilson tuvo bastante de grotesco: ennobleció a su secretaria y tras su retiro sufrió ataques de paranoia que le hacían sentirse perseguido por los servicios secretos de su propio país.

Esto último es anécdota, pero lo anterior creo que revela hasta qué punto el enfoque de Pimlott resulta interesante para un historiador. En definitiva, el lector de este libro tiene la sensación de que la Historia hubiera sido diferente sin Wilson y que, estudiándole a él, se puede alcanzar a comprender la evolución durante toda una época. Para eso exactamente sirve una buena biografía. □

## En el próximo número

Artículos de Carmen Martín Gaité, Medardo Fraile, Guillermo Carnero, Julián Gállego, F. Tomás y Valiente, Manuel García Velarde y José Luis L. Aranguren.

### RESUMEN

Para Javier Tusell, quien comenta una amplia biografía dedicada al que fuera primer ministro británico Harold Wilson, este género biográfico es un modo de acercarse al pasado que parte de una voluntaria parcialidad, que

nos remite al componente de casualidad, azar o libertad que hay en todos los hechos humanos y en la propia historia, y nos transmite la experiencia de la vida de otros hombres a veces muy lejanos en el tiempo o en la trayectoria.

**Ben Pimlott**

**Harold Wilson**

Harper and Collins, Londres, 1993. 811 páginas.

## El luto interior

Por Carmen Martín Gaité

**Carmen Martín Gaité** (Salamanca, 1925) es doctora en Filología Románica y escritora. En 1958 obtuvo el Premio Nadal con *Entre visillos* y ha escrito, entre otras, las siguientes novelas: *Ritmo lento*, *El cuarto de atrás* y *Nubosidad variable*. Como ensayista e investigadora ha publicado: *El proceso de Macanaz*, *Usos amorosos de la posguerra* y *El cuento de nunca acabar*. Posee, entre otros, el Premio Castilla-León de las Letras.

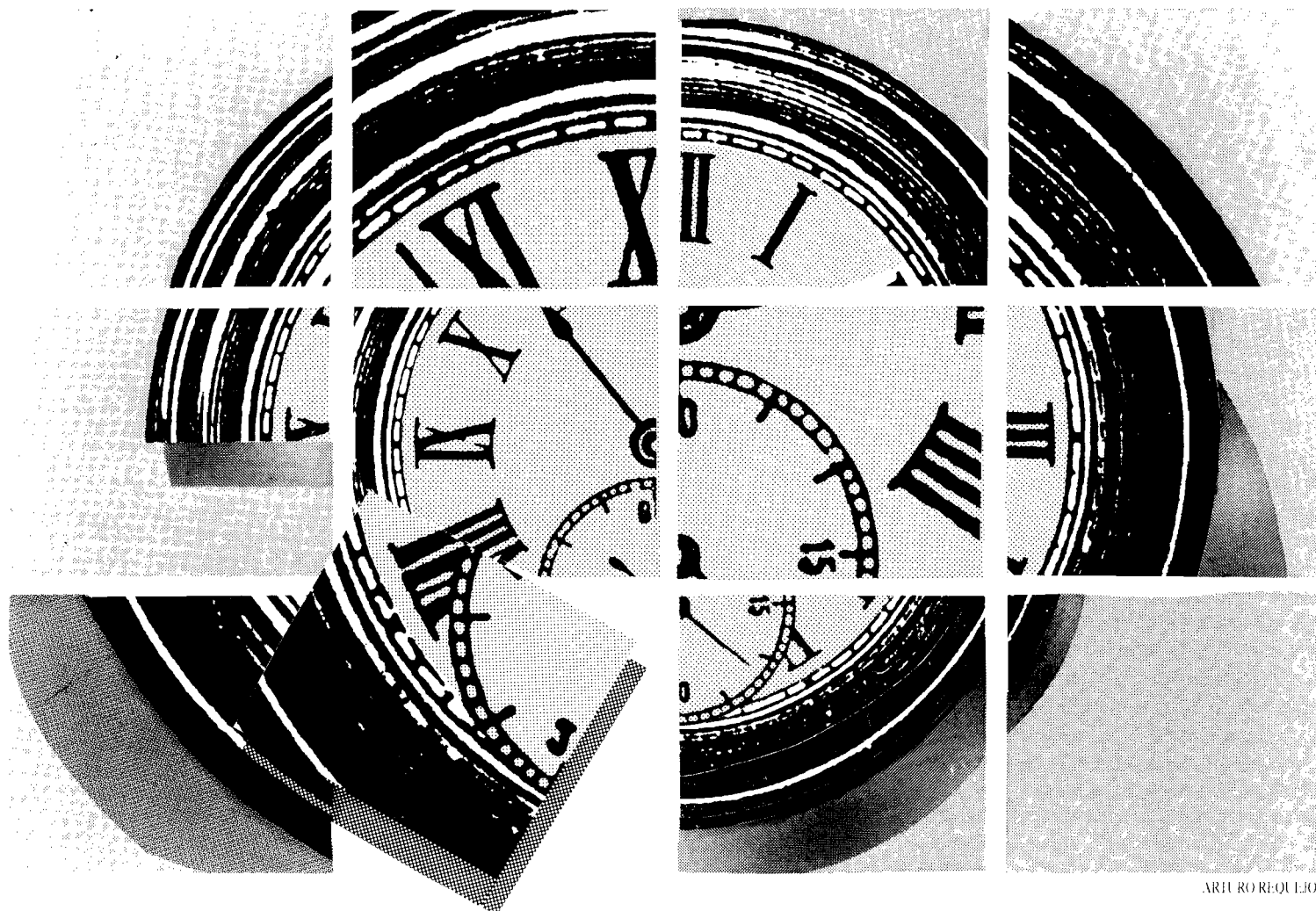
Esta novela de Josefina Aldecoa, aunque es una continuación en el tiempo y en la evolución de los personajes de *Historia de una maestra*, tiene la suficiente autonomía y coherencia interna como para poder ser leída aisladamente. Aquella terminaba con el estallido de la Guerra Civil y con una madre que viajaba en autobús apretando a una niña contra su pecho, mientras veía cadáveres en la cuneta de la carretera.

La relación posterior de esa madre y esa hija se plasma en *Mujeres de negro* a través del testimonio de Juana, la chiquilla cuyos ojos ansiosos buscan respuestas a todo lo que no comprende, y que va creciendo dolorosamente entre esos interrogantes, oprimida por la compañía de la madre y de la abuela (ambas «mujeres de negro») y posteriormente por una serie de prohibiciones que coartan su libertad y cuyas raíces incógnitas se esfuerza por desvelar. Se trata de una reconstrucción del tiempo ido, hecha como a tientas. Estamos constituidos por nuestra primera memoria –por decirlo con frase de Ana María Matute–, pero ésta se elabora también con vacíos, con parches que intentan tapar o adoptar los huecos del olvido.

«En realidad –comenta Juana más tarde– me resulta difícil separar lo recordado de lo imaginado. Confundo las fechas en la nebulosa de la infancia. Y así, quizás evoco instantes que viví demasiado niña, y niego haber presenciado hechos de los que fui testigo con edad suficiente para dar testimonio de ellos.»

Y más adelante:

«...La memoria no actúa como un fichero organizado a partir de datos objetivos. Aunque a cada momento escribiéramos lo que acabamos de ver o de sentir, estaría



ARIL ROQUE LIO

contaminado por las consecuencias de lo vivido. Por ejemplo, si trato de recordar qué tiempo hacía cuando llegaron los alemanes a la ciudad de mi infancia, yo aseguraría que hacía frío. Podría consultar libros o periódicos para comprobar la veracidad del dato. Pero yo sé que en mi memoria hacía frío.»

### El peso de nostalgias

Partimos, pues, de una criba que se sabe vacilante e imperfecta. Y en este sentido, la busca afanosa de un pasado por parte de Juana, de un territorio tanto geográfico como lingüístico donde reposar su identidad,

me parece el verdadero desencadenante de la novela. El peso de nostalgias inconcretas que va acumulando de niña ensombrecerá su vida y la incapacitará luego (incluso cuando ya tenga más datos) para entender las raíces del daño padecido.

Testigo infantil de episodios y conductas cuyas consecuencias, quiera o no, le afectan, se pasa la novela tratando de atar cabos, de separarse de esas adherencias ajenas y de buscar un lugar propio en el mundo, traspasada siempre por el miedo a preguntar. Y, a medida que crece, va entendiendo que sobre todo lo que ha ocurrido, opina o ha creído decidir desde que tiene uso de razón, se impone como una sombra paralizante la impenetrabilidad de la madre, su presencia inesquivable y silenciosa. Gabriela, esa madre a quien ni un segundo matrimonio libera de su luto interior, no sólo no suministra a Juana los datos apetecidos. Su lastre es peor aún, si bien exento de mala intención, pues ella padece lo mismo que provoca: una incapacidad total para la alegría y, por consiguiente, para transmitirla. El amor que entrega a la hija, tejido de sacrificios y mudo heroísmo, no engendra una relación sonriente, coloreada o abierta como una puerta entre ambas, no. Más bien exige frenos y rigor. Es un amor teñido de negro.

«Un manto de aflicción me cubría en presencia de mi madre –confesará Juana años más tarde–... Yo la quería, admiraba su entrega a los demás, le agradecía todo lo que me había dado, lo que me había exigido. Pero necesitaba huir de ella, del rictus ácido de su boca, del reproche callado de sus miradas. El reproche nos alcanzaba a todos, nos envolvía en un cerco oprimente, pero especialmente a mí. Me sentía siempre culpable de un error, una omisión o un exceso... La opresión que me producía venía de atrás, de los años de la guerra, de cualquier momento que pudiera recordar.»

Con una discreción y sabiduría literarias que hacen sentir esa muralla de la madre sin justificarla ni condenarla, Josefina Aldecoa –maestra en convertir lo evidente en casi imperceptible– va señalando desde diferentes enfoques hacia el quid de la mutilación afectiva padecida por Gabriela, perfilando su motivación histórica: la guerra fratricida.

«Estábamos viviendo una guerra –reflexiona Juana–, y esta guerra no sólo se desarrollaba en los frentes sino también en los corazones y en las cabezas de las personas de la retaguardia. La presencia de dos bandos se dibujaba nítidamente sobre el



### En este número

#### Artículos de

<i>Carmen Martín Gaité</i>	1-2	<i>Francisco Tomás y Valiente</i>	8-9
<i>Medardo Fraile</i>	3	<i>Manuel García Velarde</i>	10-11
<i>Guillermo Carnero</i>	4-5	<i>José Luis L. Aranguren</i>	12
<i>Julián Gállego</i>	6-7		

SUMARIO en página 2



## El luto interior

fondo sombrío de una situación cuyo final no se atrevía a pronosticar nadie.»

No se trata de una novela tremendista. Los detalles de aquella contienda, que dejó una huella imborrable en los vencidos, discurren por un cauce silencioso y sutil, plagado de trazos cotidianos, como por el pasillo de una casa donde a los niños les han prohibido hablar de política y jugar haciendo ruido.

Por fuera de esas casas en sordina, de esos miedos, seguía latiendo la guerra para los vencidos. Y en la novela de Josefina se percibe esa huella alargada y presente aún después de acabada la contienda, se oyen los murmullos apagados del comentario furtivo, se siente pasar el tiempo tendido hacia un futuro imprevisible, tensión jamás resuelta ni contestada. Y menos como respuesta a los interrogantes propuestos por la curiosidad infantil. El niño de la guerra —como ya esbozó Josefina Aldecoa en un trabajo anterior a éste— se veía cercado por una serie de enigmas sin resolver, por siluetas de per-

sonas que tejieron con su desaparición o ausencia el envés de esa infancia (el alojado, los vecinos de ideología liberal, los familiares caídos en el frente), menciones casi vedadas. En el caso de Juana, la más inquietante era la sombra de su propio padre muerto, a quien nadie aludía con claridad satisfactoria, pero que «era la causa de una congoja que yo percibía flotando entre nosotras permanentemente». No se podía olvidar —y eso era lo grave— una cuestión que no se entendía cuando pillaba tan de cerca; que los hombres se estuvieran matando unos a otros, no dentro de un libro de texto, sino en el mismo país, tal vez a escasos kilómetros. Algo que condicionaba una infancia opaca, presidida por conjeturas ciegas, que paralizaba cualquier conato de expansión.

### Atesorar sensaciones

«La infancia es jubilosa porque nada se interpone entre el goce sensorial y la conciencia de ese goce. No hay reflexión duradera sobre la experiencia inmediata, no hay análisis ni crítica. Del mismo modo el acceso al conocimiento se produce sin interferencias. La infancia es un continuo atesorar sensaciones, sentimientos, ideas en estado puro, sin que elementos ajenos a ese proceso nublen el esplendor del mismo. Pero la infancia puede también ser dolorosa, porque si sobreviene la tragedia, el niño no tiene defensas racionales, no levanta, como los adultos, el escudo de las soluciones posibles, de las compensaciones que equilibren el dolor sufrido.»

Así pasaba yo de la alegría anticipada de un collar de cristal a la negra realidad de un suceso que mi madre trataba de ocultarme y que, con toda seguridad, sería terrible.»

En la primera parte de la novela se incubaba todo lo que va a ocurrir en la segunda y en la tercera, porque allí, en ese escondite provinciano donde Gabriela, maestra destituida de su cargo, viuda de un «rojo» y que sobrevive a base de clases particulares para mantener a su madre y a su hija, inyecta ella en esta hija —la encargada de contarle luego— «el miedo a la vida, a todo lo que de inesperado y espontáneo y arriesgado tiene la vida».

Ese gusto por el goce sensorial, por lo romántico, siempre oculto y refrendado en

el alma de Juana, se expansionará, como mariposa que busca la luz, en ambientes que le sean más propicios, tanto en casa de su amiga Amelia, como luego en Méjico, donde transcurre la segunda parte, junto a la maternal criada Remedios, Elvira y su familia, o la alegre aventurera Soledad; y sobre todo más tarde a su regreso a España, ya sola y aparentemente liberada.

Es ella, Juana, quien celestina el contacto de su madre de negro, con un viudo mejicano rico, a quien conocen en casa de su amiguita Amelia. (Revelador este detalle de que sea Juana la encargada de tender un puente hacia otros horizontes. Porque es la segunda boda de la madre lo que provoca la escapatoria que Gabriela apetecía; el olvido, dejar atrás España.)

Y allí en el exilio, es donde empieza realmente, por parte de Juana, la pesquisa sobre sus raíces, donde se intensifica su «necesidad de pasado». Y tiene que saciarla por su cuenta, ya que la madre, tras la boda, le resulta aún más impenetrable. Porque tanto ella como Octavio, su marido, tienen una relación deliberadamente enigmática.

Méjico significa para Juana un nuevo escalón en su pesquisa. Los exiliados que va conociendo allí y que intentan mantener viva en el recuerdo la imagen de una patria perdida son los que provocan en la adolescente desarraigada el deseo de encontrar por su cuenta aquello que nadie le devuelve, los veranos sedientos del pueblo de la abuela, las primeras rebeldías ocultas frente a la norma familiar.

«A veces tenía miedo de perder el pasado. Por eso le pedía a mi madre que me hablara de las cosas que yo recordaba y temía olvidar y de las que nunca había soña-

do. Soñaba con la abuela. Los sueños se desarrollaban siempre en el mismo escenario: la casa del pueblo. Veladamente le reprochaba a mi madre la venta de aquella casa. «Si un día volvemos, ¿adónde iremos?», le preguntaba. Y ella me decía. «El mundo es patria... no te aferres a las patrias pequeñas». Pero yo lo necesitaba.»

Hasta que se da cuenta de que tanto su lenguaje como sus recuerdos como su patria son cosas que tiene que recuperar mediante una aventura solitaria: su regreso a España, prescindiendo de las historias vividas por delegación, de los deseos de su madre.

Nunca me ha gustado hablar de una novela contando su argumento, ni creo que sea ésa la competencia de un crítico ni de un lector apasionado. Terminaré, pues, señalando que la novela de Josefina Aldecoa, aparte de los datos preciosos y de primera mano sobre nuestra historia reciente, va mucho más allá, pues plantea por encima de todo la relación difícil, aunque sin estallidos, entre una madre y una hija. Sobre este eje novelesco se desarrolla la tensión dramática. Y es una situación universal con la que pueden sentirse identificadas muchas niñas que van a pasar a mujeres, obligadas a cargar con sinsabores ajenos y con un fardo de amarguras desconocidas pero que irremediablemente les conciernen. Para lo cual no hace falta que la guerra que padecen sus padres y cuya huella a ellas les alcanza sea precisamente la Guerra Civil. El marco de la guerra del 36 es idóneo para esta historia concreta, pero en ella las relaciones humanas prevalecen y toman un vuelco que, a mi parecer, levanta a estas mujeres de negro por encima de la *Historia de una maestra*. □

### Qué es

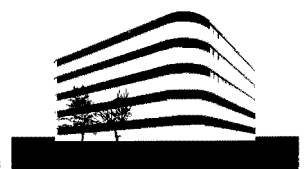
**SABER Leer**

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER Leer**

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

Aunque Carmen Martín Gaité ha leído la última novela de Josefina Aldecoa como una continuación en el tiempo y en la evolución de los personajes de *Historia de una maestra*, su libro anterior, lo cierto es que se puede y se debe leer *Mujeres de negro* aisla-

damente, pues tiene, para ello, la suficiente autonomía y coherencia interna. Aldecoa nos da, señala Martín Gaité, una reconstrucción del tiempo ido, hecha como a tientos, basándose en la primera memoria; una memoria con vacíos y con parches.

Josefina Aldecoa

*Mujeres de negro*

Anagrama, Barcelona, 1994. 203 páginas. 1.400 pesetas.

### SUMARIO

	Págs.
«El luto interior», por Carmen Martín Gaité, sobre <i>Mujeres de negro</i> , de Josefina Aldecoa	1-2
«Stevenson, el escocés universal», por Medardo Fraile, sobre <i>R. L. Stevenson. Dreams of Exile</i> , de Ian Bell y <i>R. L. Stevenson. Poet and Teller of Tales</i> , de Bryan Bevan	3
«Jugando a la pelota con la luna», por Guillermo Carnero, sobre <i>VLTRA (Madrid, 1921-1922)</i> , de J. A. Sarmiento y J. M. Barrera (eds.)	4-5
«Aníbal y Goya a la vista de Italia», por Julián Gállego, sobre <i>El cuaderno italiano (1770-1785)</i> , de Francisco de Goya	6-7
«La cultura española entre el 98 y el 36», por Francisco Tomás y Valiente, sobre <i>La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936)</i> , de autores varios	8-9
«Reloj, no marques las horas», por Manuel García Velarde, sobre <i>Des rythmes au chaos</i> , de autores varios	10-11
«Religión y sociedad en España», por José Luis L. Aranguren, sobre <i>Religión y sociedad en España</i> , de Rafael Díaz-Salazar y Salvador Giner	12

# Stevenson, el escocés universal

Por Medardo Fraile

**Medardo Fraile** (Madrid, 1925) es escritor y ha sido el primer catedrático de Lengua y Literatura Españolas, ahora emérito, de la Universidad de Strathclyde (Glasgow). Colaborador de diarios y revistas, ha publicado una veintena de libros (cuentos literarios y juveniles, novela, crítica literaria, ensayo) y, por sus relatos, ha obtenido, entre otros, el Premio de la Crítica (1965). Es autor de obras como Cuentos Completos, Autobiografía y Entre paréntesis.

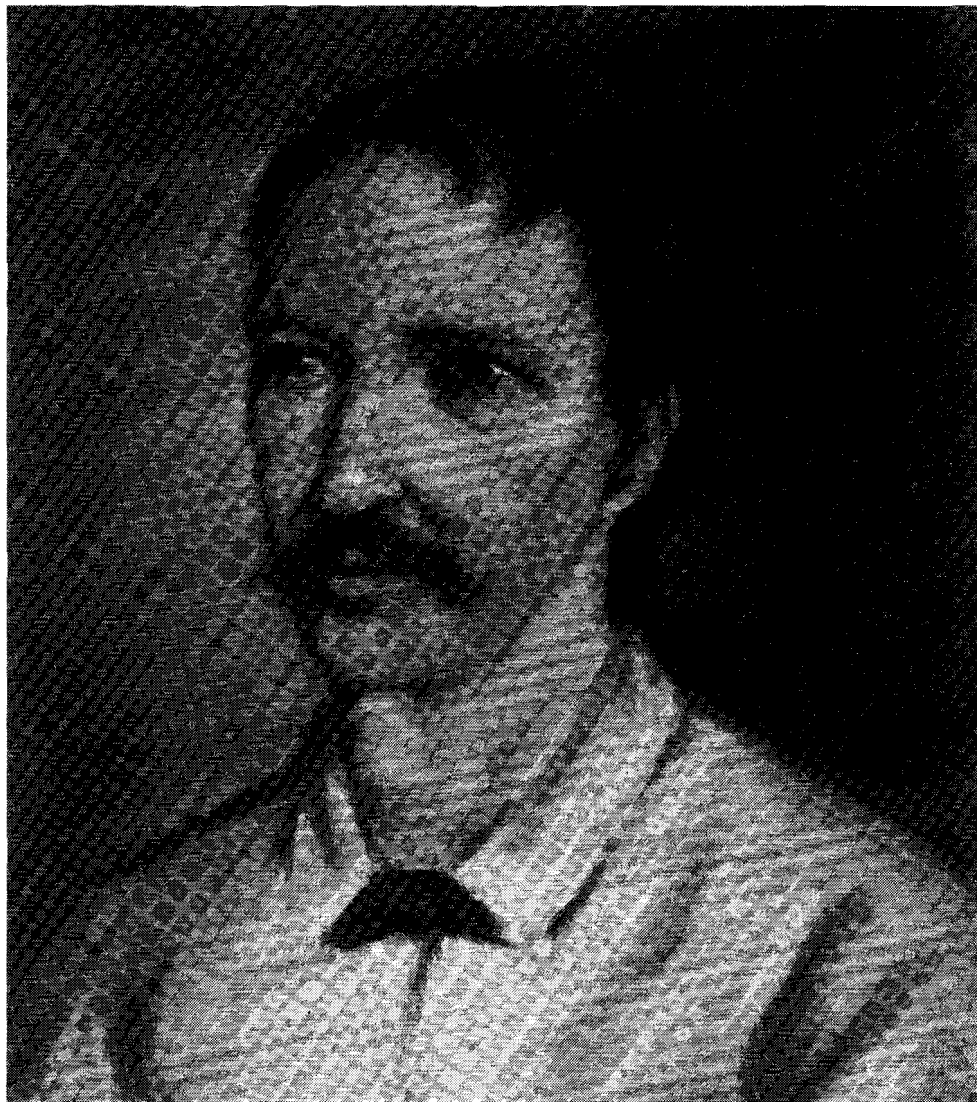
Los muertos cumplen años también y Robert Louis Stevenson tendría ahora, si viviera, ciento cuarenta y cuatro o, lo que es lo mismo, en diciembre de este año se cumple el centenario de su muerte. El destino de este escritor, en vida y muerte —también hay un destino post-mortem—, fue de gran singularidad, independientemente del juicio, favorable o adverso, que merecieran ayer o nos merezcan hoy algunas de sus obras, con muchas de las cuales él mismo no estaba del todo satisfecho. El primer obstáculo de identidad con que se encontró fue, a la vez, el primero de sus dones: haber nacido en Escocia, país que batalló sin fortuna contra los ingleses por su independencia y que sólo siglo y medio antes del nacimiento de Stevenson había quedado unido a Inglaterra por lazos político-económicos de conveniencia, pero no del todo culturales ni históricos.

Stevenson fue y se sintió siempre escocés, tanto como sus antecesores famosos Robert Burns o Walter Scott. En realidad, resultó siempre una rareza —por atractiva que fuera— en Inglaterra y entre sus amigos ingleses, «un bicho en una galleta», como se definió él mismo en una carta a Henry James y, más que la estrechez de miras, respecto a él, en el hogar paterno, fueron las calles heladas de Edimburgo, en guerra con su delicada salud, las que acabaron echándole de la capital escocesa, donde nació y donde, sin duda, vivió muchos días y noches licenciosos y alegres en sus años de aspirante a escritor y pésimo estudiante. Eso está claro en uno de sus encantadores ensayos, *Ordered South*, donde el joven Stevenson, enfermo y bañado en el sol del mediodía francés, se encuentra a sí mismo desconocido y fuera de lugar y añora los copos de nieve de su nativa Escocia y el «sano mal tiempo», tan insano para él.

Por eso, en primer lugar, parece interesante poner sobre la mesa dos puntos de vista necesariamente distintos: dos biografías aparecidas al señuelo de este centenario, una de un escocés, Ian Bell, y otra de un inglés, Bryan Bevan, interesantes y meritorias las dos.

Es significativo que Ian Bell, edimburgués, periodista que dirige los suplementos literarios y los dedicados a Escocia en importantes diarios, haya querido que su primer libro sea una biografía de Stevenson, quizá para debilitar, a su modo, esa propensión inglesa a considerar suyo lo ajeno, como ha ocurrido siempre con escritores «ingleses» que han nacido en Irlanda, en Gales, en Escocia o en el Commonwealth. Ian Bell, sin engañarnos ni engañarse, ha escrito una biografía apasionada que no deja de ser objetiva porque, cuando hay amor, lo bueno y lo malo se reconocen sin daño.

En la vida de Stevenson se asentó una extraña mujer cuando él iba a cumplir los treinta años: Fanny Osbourne. O tal vez sea más justo decir que él se asentó, extrañamente, en la vida de ella. Nacida en América, casada, con hijos y en vías de divorcio, trotamundos que iba para pintora en Francia y luego, por así decirlo, para escritora morganática al contraer matrimonio con Stevenson, cargó a éste, hasta su muerte, con la desqui-



ciada tribu de los Osbourne y con sus propias manías, sus padecimientos reales y falsos y su presciencia y omniscencia, indiscutibles sólo para ella. Cuando vivía su esposa, opinó libremente sobre lo que había escrito o estaba escribiendo y, al morir él, impulsó y manipuló a su antojo las biografías de Stevenson y de la tribu, incluida la de ella, por supuesto. El lector sensato de una biografía cualquiera del escritor escocés acaba harto, literalmente, de ese personajillo empinado en ceremonia nupcial, aunque deba concederle también continuos y lógicos sacrificios atendiendo las recaídas constantes de su marido que, enfermo o sano, mostró siempre entereza y voluntad de gigante. A Ian Bell tampoco le gusta. Así lo declara, llanamente, en la página 184 y, por si hiciera falta remacharlo, ni siquiera incluye una fotografía de Fanny, entre las doce con las que ilustra su libro. «Para Stevenson —nos dice—, fue un gran amor romántico; más difícil es saber lo que sería para ella.»

No obstante, se le debe a Fanny, por lo menos, una intuición de peso, un «extraño caso». La versión primera del sueño o pesadilla de Stevenson, que constituyó la base de *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, la desencantó, porque el escritor —según ella— había dejado de traslucir en la historia lo que importaba más: la pugna interna entre el Bien y el Mal, privativa del ser humano. La reacción violenta de Stevenson quemando el manuscrito y encerrándose a escribir la versión que conocemos hoy, con órdenes estrictas de mantener la casa en silencio y respetar su encierro, el éxito extraordinario que constituyó la historia al publicarse y la tendencia clara en las obras del escritor escocés a no ahondar en la piel de la aventura, son factores suficientes para darle la razón a Fanny y atribuirle, en parte, el éxito de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*.

En la biografía de Ian Bell, la pasión rasguea el drama y puede decirse que, a través de Stevenson, no habla menos de Escocia, de la afluente emigración escocesa siempre nos-

tálgica, de la tolerancia incómoda entre norte y sur. Acaso en sus páginas se quieran identificar en demasía las características personales del escritor con las características que tipifican el carácter escocés, y uno se pregunta si, en casos como éste, no sería más cauto reducir en lo posible los tintes de la nacionalidad y sus adherencias y cargar más la mano en la época en que vivió y en la otra «raza», la de los escritores que en el mundo han sido. Pasión por vivir y pervivir y pugilato dramático con la muerte fue toda la vida de Stevenson, y Bell, como buen biógrafo, hace que el lector se estremezca en los encuentros del hombre con su estrella.

## Reticencias inglesas

Distinta es la biografía del etoniano Bryan Bevan. El «bichito en la galleta inglesa» aparece como uno de esos británicos exóticos que practican la extravagancia de sentirse escoceses y de emplear, a veces, palabras que los ingleses, curiosamente, no entienden; un personaje que apenas nos pertenece, que es una rareza que sea así y que, con una elegante readaptación civilizada, suavizándole esquinas

y aristas e insuflándole el sentimiento lógico de creerse superior, puede ser de los nuestros. Bevan escribe sobre un extranjero, no hay duda, y lo hace situado a una suave distancia en simpatía, con apetencia asimilatoria y traduciendo, a veces, para sus lectores, vocablos de las Tierras Bajas de Escocia.

El biógrafo menciona, sin especificarlos, «los defectos de los celtas», se burla discretamente del socialismo juvenil de Stevenson, como si se tratara, para el escritor y para todos, de un sarampión innecesario y fugaz (al parecer, se olvida de las palabras de Stevenson en su ensayo *Crabbed Age and Youth*), y le resulta «truculento» que un escritor de raza blanca se incline a favor de los isleños del Pacífico en contra de los usurpadores franceses, alemanes, ingleses y americanos. Nuestro Hernán Cortés, dicho sea muy de paso, le parece «un aventurero español» (así que seguiremos calificando de pirata a Sir Francis Drake). En fin, a este biógrafo —bien experimentado en otros libros biográficos— le ocupa mucho el tacto en las relaciones humanas o la falta de él y, para expresar lo que a él le gusta sin tener que meterse en honduras, ha encontrado una gema insuperable en el vocablo «Charm» (casi más inglés que el francés «Charme») y sus derivados, «Charmer», «Charming», «Charmingly», etc.

Esta biografía ecléctica, que trata de ensambalarlo todo y no molestar a nadie, como si el biógrafo estuviera de visita (4 fotografías de Mrs. Robert Louis Stevenson —Fanny—, entre las 12 que la ilustran), implica también —quiero insistir en ello—, un estimable trabajo de investigación, con mayores referencias a *La vida de Robert Louis Stevenson*, de Graham Balfour, primo por parte de madre del escritor y su primer biógrafo; al río de cartas de Stevenson que se han conservado —más de 3.000—, sobre todo las dirigidas a Mrs. Frances Sitwell y a Sidney Colvin, y a la persecución entusiasta de las botas viajeras de Stevenson por el ancho mundo —Escocia, Inglaterra, Francia, Alemania, Austria, Italia, Suiza, Bélgica, Estados Unidos, Méjico, Australia, Tahití y otras islas del Pacífico, entre ellas Samoa, donde murió—, con visitas a múltiples lugares, museos y placas conmemorativas relacionadas con Stevenson por todas partes, en Monterrey, en el Museo del Silverado (California), en Braemar y Edimburgo (Escocia), en Hyères (Francia), en Bournemouth (Inglaterra), en Baker's Cottage (al norte del Estado de Nueva York), en Vailima y Monte Vaea (Samoa), etc.

Año de reediciones y biografías de Stevenson (acaba de aparecer otra, voluminosa, de Frank McLynn). ¿Despertarán del olvido otros textos suyos que fueron famosos (el inacabado *Weir of Hermiston*, por ejemplo) o volverá a ser, redoblado, el escocés universal de los viajes por los Cévennes con *Modestine*, *La isla del tesoro*, *El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde*, los deliciosos ensayos, los poemas para niños y un buen número de cuentos y novelas cortas? □

## RESUMEN

Desde las mismas tierras escocesas que vieron nacer a Robert Louis Stevenson, y en las que desde hace muchos años vive el escritor Medardo Fraile, conmemora éste el centenario de la muerte del autor de *La isla del tesoro*, que se cumple

en diciembre, reseñando dos biografías aparecidas en el Reino Unido con el señuelo de la conmemoración: una de ellas de un escocés y la otra de un inglés, ambas distintas pero meritorias e interesantes por las razones que expone.

### Ian Bell

#### Robert Louis Stevenson. *Dreams of Exile*

Headline Book Publ., Londres, 1992. 295 páginas.

### Bryan Bevan

#### Robert Louis Stevenson. *Poet and Teller of Tales*

The Rubicon Press, Londres, 1993. 197 páginas.

# Jugando a la pelota con la luna

Por Guillermo Carnero

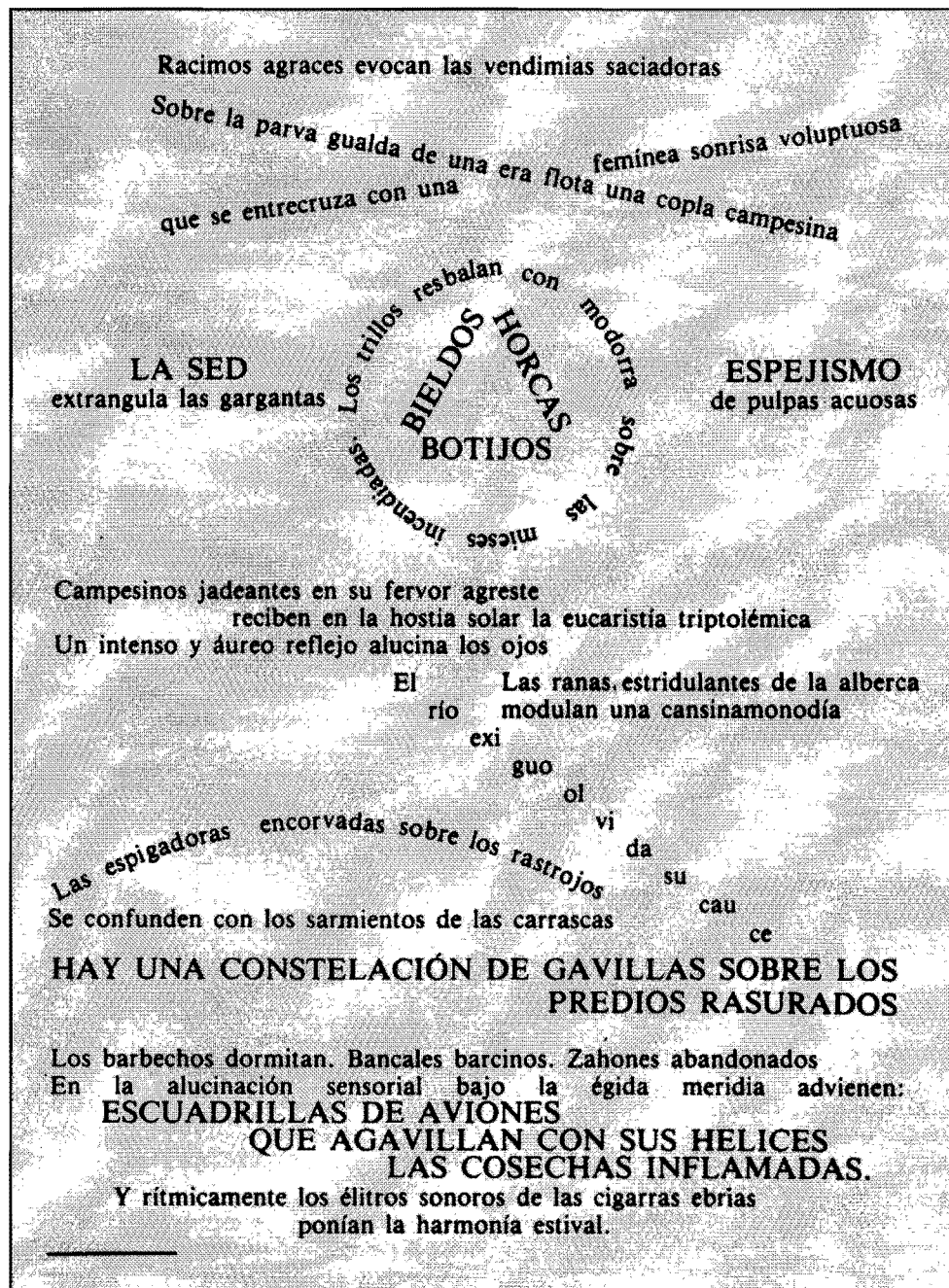
**Guillermo Carnero** (Valencia, 1947) es doctor en Filosofía y Letras, catedrático de la universidad de Alicante y especialista en Literatura Española y Comparada de los siglos XVIII, XIX y XX. Ha publicado numerosos estudios sobre la vanguardia de principios del siglo XX, muchos de ellos reunidos en el libro *Las Armas Abisinias*.

**Un siglo perfumista se alborota** (Rafael Lasso de la Vega, *Balada del Ultra*. *Vltra* n.º 3).—La historia de nuestra literatura está cuajada de zonas oscuras a las que se asigna el piadoso nombre de «épocas de transición» y sobre las que se tiende el socorrido puente por el cual los catadores de distinción y de calidad discurren de cima en cima perdiendo de vista la continuidad geológica, que es el verdadero objeto del historiador. Una de esas zonas es la que se extiende entre Modernismo-98 y Generación del 27. Sobre la necesidad de recorrerla con minuciosidad estamos desde hace tiempo advertidos, pues no en vano se viene reclamando la urgencia de una nueva y más orgánica definición del vanguardismo español del primer tercio de este siglo, y una excavación cuidadosa del estrato sobre el que se edificó la obra de los poetas del 27. Pero la enorme tarea que ello supone no podrá llegar a buen término mientras los documentos sigan siendo privilegio de bibliotecas particulares o fognazos entrevistados en noticias de segunda mano. Una importante gota de ese océano, la revista *Vltra*, está al fin a nuestro alcance gracias a la generosidad de los herederos de Gerardo Diego y a la editorial Visor.

El alboroto al que se refería Lasso de la Vega contó con numerosas revistas, además de la que nos ocupa, desde la fundación de *Prometeo* en 1908: *Los Quijotes*, *Cervantes*, *Troços*, *Un enemigo del poble*, los números barceloneses de *391*, *L'Instant*, *Arc Voltaic*, *Grecia*, *Cosmópolis*, *Perseo*, *Reflector*, *Tableros*, *Alfar*, *Proa*, *Horizonte*, *Vértices*, *Tobogán*, *Plural*... fundadas entre 1915 y 1925.

Produjo abundante cosecha de libros: *El esfuerzo*, *El paraíso desdeñado*, *Mitos*, de Mauricio Bacarisse; *Víruo* de Ramón de Basterra; *La rueda de color* de Rogelio Buendía; *Poemas* de José de Ciria y Escalante; *Espejos* de Juan Chabás; *Del poema eterno*, *Las interrogaciones del silencio*, de Juan José Domenchina; *Umbrales*, *Signario*, de Antonio Espina; *Acordes*, *Motivos de la ciudad*, *El ala del Sur*, de Pedro Garfias; *Poemas i caligramas* de Josep M.º Junoy; *Poemas de invierno*, *Poemas de la ciudad*, de César González Ruano; *El corazón iluminado*, *Galerie de glaces*, de Lasso; *Motivos líricos* de Eliodoro Puche; *Mercedes* de Pedro Raida; *Poemas en ondas hertzianas* de Joan Salvat-Papasseit; *El prestidigitador de los cinco sentidos* de Jacobo Sureda; *Hélices* de Guillermo de Torre; *La sombrilla japonesa* de Isaac del Vando-Villar... limitándonos a la poesía y sin olvidar *Imagen y Manual de espumas* de Gerardo Diego, las greguerías de Ramón Gómez de la Serna, la obra primera de Dámaso Alonso, Borges, Moreno Villa, Foix o el Aleixandre que firmaba «Alejandro García de Pruneda», y tampoco a Huidobro, Juan Larrea, Eugenio Montes o Adriano del Valle, ni a Juan Ramón Jiménez, acompañado «con el ritmo más nuevo» y «digno de acaudillar a los jóvenes poetas» en 1917 según Cansinos-Assens (*La nueva literatura*, III, 1927, pág. 182).

**Cruces de gestos en los auriculares polifónicos** (Guillermo de Torre, *I422-M*, *Vltra* n.º 7).—La vitalidad cultural que el Rubén Darío de *España contemporánea* percibió en la Barcelona de entresiglos da lugar a la primera exposición cubista de 1912 en la Galería Dalmau. Al año siguiente se instala en Barcelona



el pintor uruguayo Rafael Barradas, que expondrá en 1918 sus pinturas «vibracionistas», y en Madrid en 1920. En 1922 lo hace Picabia en Barcelona, a donde llega Marinetti en 1928 en visita pastoral.

En Madrid, Ramón Gómez de la Serna publica el manifiesto inaugural del Futurismo en *Prometeo* de Abril 1909; *El concepto de la nueva literatura*, *Mis siete palabras*, *El libro mudo*, *Palabras en la rueca*, *Tapices*, la primera proclama de *Pombo* aparecen entre 1909 y 1915. Una colección de manifiestos marinettianos, con el título de *El Futurismo*, ve la luz en Valencia y 1912. Huidobro pasa por Madrid en 1916, donde se estrena al año siguiente *Parade* de Diaghilev-Picasso-Satie.

Huidobro vuelve a Madrid en 1918, año de iniciación oficial del movimiento Ultraísta con un manifiesto (firmado por Guillermo de Torre, César Comet, Pedro Garfias, José Rivas Panedas y otros) que se hace eco de la entrevista de Xavier Bóveda a Rafael Cansinos-Assens en *El Parlamentario* de 15 de Diciembre. El 2 de Mayo de 1919 tiene lugar una velada ultraísta en el Ateneo de Sevilla, seguida por otras como las del cabaret Parisiana y el Ateneo de Madrid, el 28 de Enero y 30 de Abril de 1921. El n.º 5 de la revista *Dadá* acoge a Cansinos, Junoy, Lasso de la Vega y Guillermo de Torre: en 1920 el «alboroto» español ha sido internacionalmente reconocido.

Los manifiestos se multiplican desde 1919. Destacan entre ellos *Posibilidades creacionistas* de Gerardo Diego (*Cervantes*, 1919); *Instrucciones para leer a los poetas ultraístas* de Cansinos (*Grecia*, 1920); *El movimiento ultraísta español* (*Cosmópolis*, 1920), *Manifiesto vertical* (*Grecia*, 1920) y *La imagen y la metáfora en la novísima lírica* (*Alfar*, 1924) de Guillermo de Torre; *Ultraísmo* (*Nosotros*, Buenos Aires, 1921) y *La metáfora* (*Cosmópolis*, 1921) de Jorge Luis Borges; el *Manifeste groc* (hoja suelta y *Gallo*, 1928) de Salvador Dalí, Sebastián Gasch y Luis Montanyá. En 1925 se publican *El ultraísmo en España* de Manuel de la Peña. *Literaturas europeas de vanguardia* de Guillermo de Torre y *La deshumanización del arte* de Ortega y Gasset. Cansinos comienza en 1916 la serie de volúmenes de *La nueva literatura*, algunos de cuyos capítulos concierne a la vanguardia española, así como su ingeniosa sátira en clave *El movimiento V.P.* (1921) y sus memorias (*La novela de un literato*), publicadas póstumamente.

**Abrir imágenes con ganzúa** (Rafael Lasso de la Vega, *Legión*, *Vltra* n.º 4).—En su segunda visita a Madrid (1918) Huidobro vuelve de París, donde ha publicado *Horizon carré*, ha colaborado en *Sic*, *Dadá*, *391* y *Nord-Sud* y tratado a Apollinaire, Reverdy, Max Jacob y otros vanguardistas. En Madrid estampa cuatro libélulos poéticos, y al poco estalla la polémica sobre la naturaleza y originalidad del supuesto movimiento por él fundado y acaudillado, el Creacionismo; la inicia una entrevista de Gómez Carrillo con Reverdy en *El Liberal* de 1920, seguida por un artículo de Guillermo de Torre en *Cosmópolis* del mismo año. La aparición, a los cinco años, de *Literaturas europeas de vanguardia* acaba de enconar la disputa.

El planteamiento de Guillermo de Torre consiste, en esencia, en considerar el Creacionismo una mera célula del Ultraísmo y en no reconocer a Huidobro originalidad con respecto a la vanguardia francesa, aun admitiendo su relevancia como importador a España de novedades ultrapirenaicas. En último extremo, el problema está en no reconocer en la doctrina creacionista más que ingredientes mostrencos en el espíritu vanguardista desde Mallarmé y el Futurismo, y que por sí solos no singularizan ni definen un movimiento literario específico.



Viene de la página anterior



En *Nord-Sud* (ya que la polémica se basó en la relación entre Reverdy y Huidobro), el segundo colaboró únicamente con poemas. La aportación teórica hemos de buscarla en artículos de Paul Dermée, Max Jacob o el propio Reverdy. El titulado *L'Image* de este último (n.º 13) utiliza las expresiones «poésie de création» y «création pure de l'esprit», un ideal que el corpus programático de la revista define como renuncia al realismo y al psicologismo, reivindicación de la imagen, sintaxis y tipografía no convencionales. La semejanza con el credo creacionista es patente.

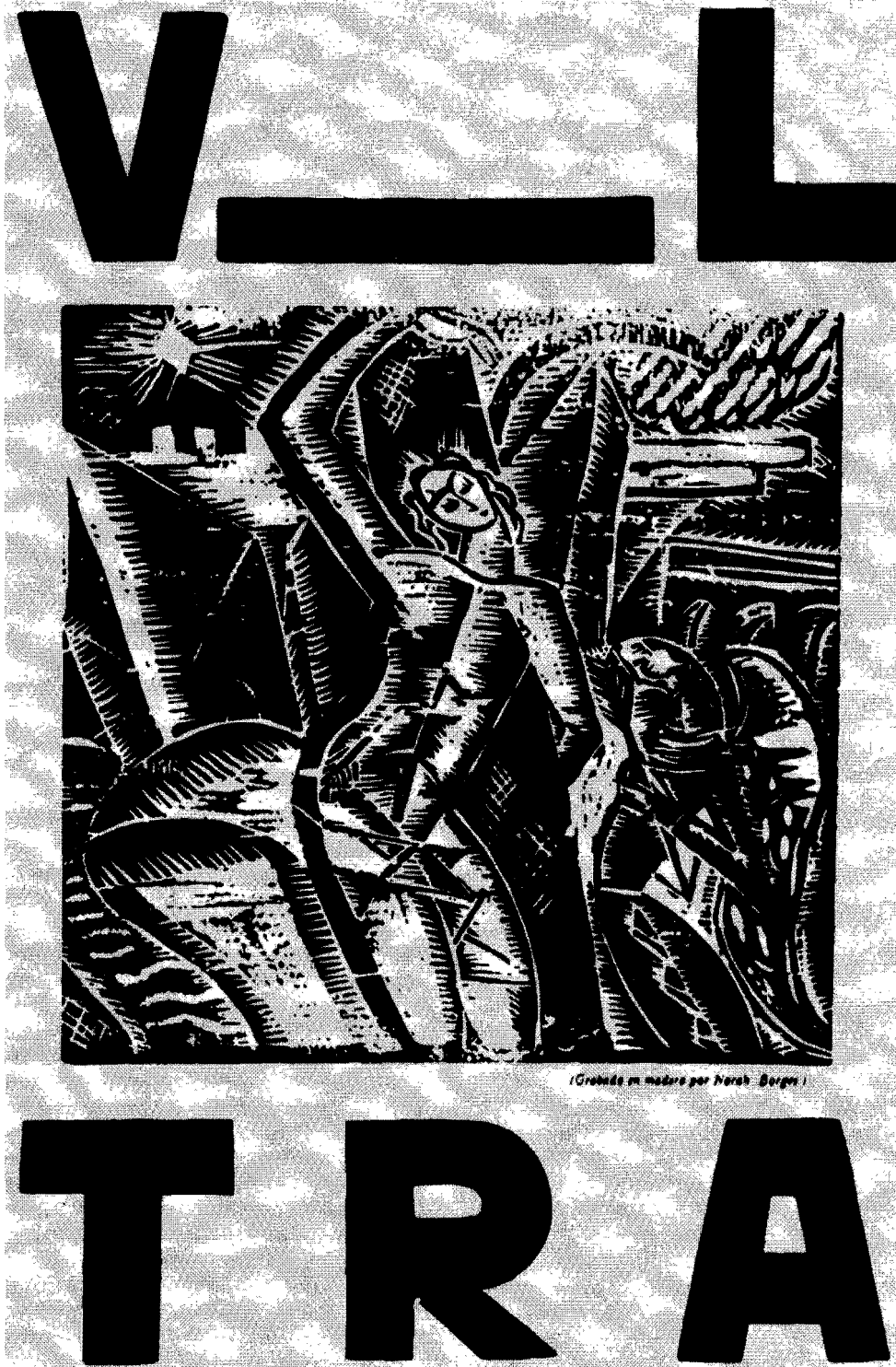
Lo es también la megalomanía de Huidobro (véase su entrevista de 1919 en *El Mercurio* de Santiago de Chile), y son dignas de consideración las afirmaciones de Juan Larrea, en *Torres de Dios, poetas*, sobre sus maniobras para falsear o antedatar actividades y publicaciones. Cansinos, que lo retrató con el nombre de Renato en *El movimiento V.P.*, precisó con ecuanimidad su aportación al vanguardismo español en el vol. III de *La nueva literatura*: «Su venida a Madrid fue el único acontecimiento literario del año [1918], porque con él pasaron por nuestro meridiano las últimas tendencias estéticas del extranjero; y él mismo asumía la representación de una de ellas, no la menos interesante, el Creacionismo, cuya paternidad compartió allá en París con otro singular poeta, Pierre Reverdy [...]. Un día, quizá no lejano, muchos matices nuevos de libros futuros habrán de referirse a las exhortaciones apostólicas de Huidobro, que trajo el verbo nuevo» (págs. 195-197).

**Un ventilador de colores** (César A. Comet, *Flor, Vltra* n.º 9).— No es muy abundante la cosecha teórica que ofrecen las páginas de *Vltra*. A imitación de Dadá, donde todo el mundo era presidente, la revista declaraba no tener director. El n.º 2 repudia a Rubén y Antonio Machado, pero no en cambio, como era de esperar, al Juan Ramón Jiménez purista. Los números 2 y 10 reseñan los actos, ya citados, del Parisiana y el Ateneo de Madrid (28 de Enero y 30 de Abril de 1921).

Son manifiestos la *Balada del Ultra* de Lasso de la Vega (n.º 3), donde se afirma el deseo de romper amarras con lo establecido y de sintonizar con la modernidad, o el poema *Ki-ki-ri-ki* de Humberto Rivas (n.º 10), dedicado sarcásticamente a la Real Academia Española.

Borges y Guillermo de Torre firman los textos doctrinales de mayor entidad. *Anatomía de mi Vltra* (n.º 11), del primero, cifra «la estética activa de los prismas» en la búsqueda de la sensación esencial traducida en ritmos y metáforas instantáneas. El *Diagrama mental* (n.º 18) del segundo, en forma de poema aforístico, alude a la erradicación del sentimentalismo y asume el Nunismo y la sintonía futurista con la modernidad. El n.º 21 reproduce la *Proclama* que Borges, De Torre, Eduardo González Lanuza y Guillermo Juan insertaron en la revista-cartel *Prisma* de Buenos Aires (1921), postulando una nueva literatura de metáforas escuetas como «marconigramas», superadora del Modernismo y de cualquier forma de barroquismo, sentimentalismo o espiritualismo. El n.º 24 sintetiza el contenido del manifiesto de Borges en *Nosotros* (Buenos Aires, 1921): metafóricamente, destrucción de sintaxis, discurso y confesionalidad. Años después, Cansinos resumió la poética de *Vltra* como «captura de imágenes que volaban sueltas en el poema como mariposas [...] y otros requintes meramente formales y a veces tipográficos» (*La nueva literatura*, III, págs. 285-286 y 316).

Por otra parte, la actitud ultraísta se fue manifestando en la inserción, a lo largo de la colección de *Vltra*, de aforismos y consignas como «Vltra, el mejor insecticida» (n.º 3), «Después del Ultraísmo, el fin del mundo» (n.º 8), «El Ultraísmo es algo atmosférico



Grabado en madera de Norah Borges, para una de las portadas de la revista.

rico que gravita ozonizante sobre los medios impuros al nivel de los aviones y de los cerebros icarianos» (n.º 10), «*Vltra* es el refectorio luminoso de Madrid que atesora más fuerte voltaje» (n.º 12), «*Vltra* es el reflector estético del bolcheviquismo» (n.º 15). En las páginas de *Vltra* encontramos pruebas de adhesión a Apollinaire, Baudelaire, Beauvin, Birot, Cendrars, Cocteau, Dermée, Jacob, Laforgue, Mallarmé, Reverdy, Rimbaud, Soupault o Tzara, y a Cubismo, Futurismo, Dadaísmo y Nunismo.

**Radiogramas y mandarinas** (Isaac del Vando-Villar, *Puerto, Vltra* n.º 6).— Los colaboradores de *Vltra* fueron primordialmente poetas. Los más asiduos, Lasso de la Vega, Rivas Panedas y Humberto Rivas, seguidos por César Comet, Guillermo de Torre, Garfías, Borges, Joaquín de la Escosura, Isaac del Vando, Eliodoro Puche y Gerardo Diego, y por José de Ciria, Adriano del Valle, Juan Chabás, Rogelio Buendía, César González Ruano, Eugenio Montes y Salvat-Papasseit. Cansinos publicó algún poema con su seudónimo «Juan Las». En los poemas recogidos en *Vltra* hay toques de humorismo y el tratamiento lúdico del tema amoroso que tiene su paradigma en *Jacinta la pelirroja* de Moreno Villa, referencias a la ciudad tecnificada y al cine, el patinaje, el jazz, la luna, los cohetes, el arco iris, las farolas, las locomotoras, los aeroplanos, los tranvías, los veleros, la electricidad, la radio, el teléfono, los semáforos, los voltímetros, los pararrayos y las velas. El tono de modernidad espasmódica lo aporta Guillermo de Torre, «el joven de las orejas abanicadoras», según lo llama Cansinos.

La sintaxis y la puntuación brillan por su ausencia, y en cambio proliferan los experimentos tipográficos con el espacio en blanco, las onomatopeyas, los neologismos y el poema concebido como collage de estampas o cromos. Raras son las hisopadas de poesía visual, y no falta algún haikú.

Tampoco faltan las concesiones al pasatismo que los ultraístas presumían de haber desterrado, en poemas que no logran camuflarse tras la discontinuidad tipográfica o la falta de puntuación: véanse *Jardines* de Lasso (n.º 8); *Primavera* de Puche (n.º 9); *Dulzura* de Rivas Panedas (n.º 12); o *Ilusión* (n.º 10), *Pasión* (n.º 14) y *Crepúsculo* (n.º 15) de Escosura. La voluntad de ruptura y de novedad de los ultraístas no logró ser, en la mayoría de ellos, más que una consigna de marketing literario. Léanse las páginas dedicadas por Cansinos a Buendía y Lasso de la Vega en el volumen II de *La nueva literatura*, y téngase presente su perplejidad (vol. III, págs. 305 a 313) ante un Gerardo Diego que simultanea *Imagen* y *Manual de espumas* con *Versos hu-*

*manos*: «Gerardo Diego es un epígono de las retaguardias modernistas que contrajo la fiebre ultraica en la trinchera 1919, y aún la sigue padeciendo a intervalos, aunque la combate con una quinina cada vez más clásica».

En el ámbito de la prosa, lo más destacable de *Vltra* es la sección fija con que contó Ramón Gómez de la Serna, y en la que colaboró con asiduidad. Cansinos lo había elogiado en el capítulo final del volumen II de *La nueva literatura*: «Él nos anuncia las últimas veleidades literarias, el nuevo anhelo de los futuristas de Marinetti. Su obra literaria se corresponde con las nuevas tendencias pictóricas de cubistas e integrales» (pág. 292). En el penúltimo número encontramos dos prosas juveniles de Luis Buñuel y Rosa Chacel. La mayoría de los ensayos y reseñas que se dieron en *Vltra* corresponden a Guillermo de Torre, algunos a Borges. La revista dispuso también de una sección de noticias breves, titulada «Caleidoscopio» y luego «Vigía».

En sus diez primeros números aparecieron prosas de Cansinos, típicas del autor y de su época en la mezcla de irracionalidad, agudeza metafórica e imaginación pasatista. Su distanciamiento del grupo a raíz de la publicación de *El movimiento V.P.* explica sin duda la desaparición de *Vltra*, en Mayo de 1921, de su nombre y de su seudónimo «Juan Las».

El n.º 20 (15 Diciembre 1921) recoge las palabras de Ortega y Gasset en la tertulia de Pombo y reseña la conferencia de Huidobro en el Ateneo de Madrid, con una apreciación que me parece del todo exacta: «Lo esencial de los postulados huidobrianos es lo que constituye el patrimonio de todo el arte nuevo, desde Apollinaire a Reverdy hasta las últimas exploraciones estéticas. En eso coinciden unos y otros, y no comprendemos la causa por la cual el Sr. Huidobro se atribuye exclusivamente lo que es una característica y una aspiración común». Aunque el texto no va firmado, ha de ser de Guillermo de Torre, que a mi modo de ver dio en el clavo a la hora de valorar al Gran Zorupeto de la vanguardia española.

**La luna en calderilla** (José Rivas Panedas, *Por las llanuras, Vltra* n.º 22).— La colección de *Vltra* consta de 24 números, que salieron cada diez días aproximadamente desde el 27 de Enero de 1921. Hubo una interrupción de Junio a Octubre de ese año, entre los números 15 y 16. La periodicidad es quincenal en los cuatro últimos, de 1922. Cada entrega constaba de un pliego dividido en seis caras: cubierta, cuatro páginas de texto, y contracubierta dedicada a publicidad de editoriales, revistas, galerías de arte, restaurantes, cines y salas de fiestas. Los grabados son, en su mayor parte, de la hermana de Borges—Norah—, Barradas y Wladyslaw Jahl.

Los editores (José Antonio Sarmiento y José M.ª Barrera) han preparado un vigésimo quinto pliego que incluye el índice de la publicación y un par de breves estudios. Sarmiento es autor de una antología de poesía futurista publicada por Hiperión (1986); Barrera, de los dos volúmenes de *El ultraísmo en Sevilla* (Alfar, 1987). □

## RESUMEN

Guillermo Carnero señala que aún está insuficientemente estudiada la época (los dos primeros decenios de este siglo) en que se manifestó la vanguardia literaria española, y que dicha vanguardia no puede re-

ducirse a la obra, bien conocida, de la generación del 27. En ese sentido destaca la importancia de la revista *Vltra* como documento fundamental del vanguardismo español.

José Antonio Sarmiento y José María Barrera (eds.)

*VLTRA* (Madrid, 1921-1922)

Ed. facsímil (25 pliegos sueltos en estuche), Visor, Madrid, 1993, sin paginación. 5.000 pesetas.

# Aníbal y Goya a la vista de Italia

Por Julián Gállego

**Julián Gállego** (Zaragoza, 1919) ha sido profesor de las universidades de la Sorbona (París), Autónoma y Complutense (Madrid); en esta última fue catedrático y actualmente es profesor emérito de Historia del Arte. Es académico electo de Bellas Artes de San Fernando y autor, entre otros, de los siguientes trabajos: El cuadro dentro del cuadro, Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro y El pintor, de artesano a artista.

En la sucinta autobiografía que Goya escribió en sus últimos años y recogida en la *Noticia de los Cuadros que se hallan colocados en la Galería del Museo del Rey Nuestro Señor, sito en el Prado de esta Corte*, libro publicado por «Don Luis Eusebi, pintor honorario de Cámara y Conserje del Museo de Pinturas... (y que) vive en el mismo Establecimiento», impreso en Madrid en 1828, se lee en las páginas 67-68, con la advertencia de ser un «Artículo comunicado por él mismo», que «GOYA (Francisco) nació en Fuendetodos, reino de Aragón, en 1746, fue nombrado pintor de Cámara del Rey en 1780, y después primero de los mismos; ahora jubilado por su avanzada edad (...) Fue discípulo de don José Luzán en Zaragoza, con quien aprendió los principios de dibujo, haciéndole copiar las estampas mejores que tenía; estuvo con él cuatro años y empezó a dibujar de su invención hasta que fue a Roma; no habiendo tenido más maestro que sus observaciones en las cosas de los pintores y cuadros célebres de Roma y de España, que es de donde ha sacado más provecho».

Si recojo esta noticia, escrita por el propio pintor poco antes de su muerte, acaecida en Burdeos en la noche entre el 15 y el 16 de abril del año de la edición del citado catálogo, es para mostrar que en tan apretado resumen de una vida de ochenta y dos años llenos de acontecimientos importantes, fastos o nefastos, Goya no recoge más que su nombramiento de pintor de Cámara (en lo que le falla la memoria, porque fue nombrado Pintor del Rey -Carlos III- en 1786 y ha de esperar hasta 1789 para lograr el título de Pintor de Cámara -de Carlos IV-), su aprendizaje con Luzán (que había estudiado en Nápoles, de donde procederían «las estampas mejores que tenía») y su viaje a Roma, insistiendo para concluir en el provecho que sacó «de las cosas de los pintores y cuadros célebres» que vio allá y en España. Parece olvidado de la Real Academia de San Fernando de Madrid, que le negó sus becas en 1763 y 1766, para nombrarlo académico en 1780 y Teniente Director de Pintura en 1795 y da la impresión de que en Roma aprendió tanto en los escasos meses que median entre finales de 1769 y mayo de 1771 como en los largos años que pasó en Madrid, casi medio siglo.

De esta estancia italiana se sabía muy poco y pude demostrarlo en mi conferencia de la Apertura del Curso 1993-94 en la Academia de España de la Ciudad Eterna, a comienzos del pasado noviembre, para la que me apoyaba en diversas hipótesis, especialmente estilísticas, señalando la probable influencia de Corrado Giaquinto, pintor molfetés, directamente o a través de González Velázquez, que había trabajado en Zaragoza y Roma, y la semejanza de género y factura con las obras de Giuseppe Maria Crespi, «Spagnuolo», de Bolonia, y de sus discípulos de Venecia, Gian Battista Piazzetta y Pietro Longhi, que, con las escenas de Guardi, explicarían aspectos venecianos de la pintura posterior de Goya. Tales hipótesis ya las había arriesgado en la propia Venecia tres años antes, en el catálogo de la exposición Goya en el palacio Pesaro, donde subrayé la fuerte influencia de Gian Battista Tiepolo y de sus hi-



«Aníbal vencedor, que por primera vez miró Italia desde los Alpes», 1771. Fundación Selgas-Fagalde.

jos Gian Domenico y Lorenzo (especialmente éste último, creador del tipo de manolas y majos que Goya llevó a su perfección), aunque el hecho de que esta familia ilustre viviera y (en buena parte) muriera en Madrid podía descartar su ciudad natal del periplo goyesco en Italia.

## Goya «romano»

Lo que sí sabíamos era que el aragonés, que vivía en Roma en el (todavía hoy) barrio de los pintores, en la vecindad de la Piazza di Spagna, había pintado allí un cuadro que envió en 1771 a la «Reale Accademia delle Belle Arti di Parma», con el tema *Aníbal vencedor, que por primera vez miró Italia desde los Alpes*, impuesto por la misma para un concurso que ganó cierto Paolo Borroni, cuyo cuadro, también vencedor, guarda todavía dicha Academia; y que Goya obtuvo seis votos a su favor de los académicos, porque «vi si è osservato con piacere un maneggio facile di pennello, una calda espressione nel volto, e nell'attitudine d'Annibale un carattere grandioso, e se più al vero s'accostassero le sue tinte, e la composizione all'argomento, avrebbe messa in dubbio la palma riportata dal primo», esto es, de Borroni, según el fallo oficial de la Academia convocante, que hacía constar en el mismo documento que: «L'Autore n'è il Signore Francesco Goja, Romano, e scolare del Signor Francesco Vajeu, Pittore di Camera di sua Majestà Cattolica» (ver Francisco de Goya: *Diplomatario*, edición de Angel Canellas López, Zaragoza, 1981, págs. 205 y 401); de lo que resultaba que Goya se presentaba como «romano» y alumno de su paisano Francisco Bayeu, Pintor de Cámara del rey de España, todo lo cual omitió en su nota biográfica de 1828, que inicia este comentario. Ese honorable fracaso, llegado a Zaragoza, ya sea por el propio Goya o por un comentario del *Mercurio de France* que leerían los ilustrados, causó tal impresión entre los aragoneses que Goya, en vez de reclamar a Parma que el *Aníbal* se enviara a Valencia, cambió de opinión y lo quiso en Zaragoza, adonde no sabemos si llegó, pues ahí se pierde la pista.

Gracias al olfato estético del profesor José Rogelio Buendía se ofreció a nuestra curiosidad un boceto anónimo de colección particular que, por su tema y su estilo, pudiera serlo del *Aníbal* perdido. (Así se publicó en *Archivo de Arte Español*, 1984, págs. 172-173, con el título de «Aportaciones al joven Goya» y las firmas de J. M. Arnaiz y J. R. Buendía.) El tema, sacado de un soneto del abate C. I. Frugoni, anterior secretario de la Academia de Parma, presentaba al héroe cartaginés alzando la visera de su yelmo y dando la mano a un genio victorioso, contemplando desde los Alpes la campiña de Italia, con la satisfacción que le causa su futura conquista; es



«Dios Padre apareciéndose a Abraham (?)», en la pág. 33 (a) de *El cuaderno italiano*.



«Expulsión de Adán y Eva».

el tema que consta en dicha Academia respecto al cuadro de Borroni, en ella conservado. El boceto hallado en España, muy brioso (más que el cuadro premiado), correspondía tan exactamente al extraviado de Goya que, con tal atribución, y como comisario de la triple exposición (pinturas, dibujos y grabados) en Zaragoza, en 1992, lo incluí en su catálogo, como muy probable obra goyesca.

El azar (providencial) vino a confirmar esa hipótesis y a dar a conocer, por fin, el *Aníbal* presentado al concurso. El profesor Jesús Urrea, invitado en abril de 1993 a visitar y valorar una colección artística sita en la finca El Pito de Cudillero (Asturias), descubrió un cuadro que correspondía exactamente al boceto citado y con dimensiones (0,88 x 1,32 mts.) que coinciden con los «cuatro palmos romanos de alto por seis de ancho» exigidas en el concurso parmesano y que vienen a ser las de los concursos madrileños en que Goya tuvo tan poco éxito. Sin duda se trataba del lienzo perdido que, no se sabe cómo, fue a parar a la familia (actualmente, Fundación Selgas-Fagalde. Pude contemplar el lienzo cuando se hallaba en faena de limpieza en el taller de restauración del Museo del Prado y me pareció obra indiscutible de un Goya juvenil, muy aplicado y cuidadoso después del escarmiento de los concursos madrileños, algo más robusto que en el boceto, con los ojos de Aníbal fijos en la lejanía bajo la visera del yelmo, alzada con su mano izquierda, mientras tendía la diestra a un genio o ángel. Goya completaba la composición con una Victoria en su carro celeste, portadora de la corona de laurel, y daba mayor énfasis que en el «borrón» al símbolo del Río Po, minotauro con cántaro, y al jinete abanderado que comenta con su general la perspectiva de la conquista. Dicho sea de paso, Aníbal era un héroe a la moda, que figura en varios concursos coetáneos de la Academia de Madrid y cuya hazaña sería imitada por Napoleón Bonaparte, que quiso ser retratado por David, «tranquilo sobre un caballo fogoso», en el trance de cruzar los Alpes, hollando los nombres de Aníbal y Carlomagno, escritos en la nieve (1800, Museo de Versalles).

El cuadro perdido y hallado, que viene a colmar una laguna importante en la carrera de Goya, es, en sí mismo, una obra mediana de un pintor de veinticinco años, muy cuidadoso (se nota en las manos, que nunca le gustó pintar hasta el punto de que cobraba menos por un retrato sin ellas, y que aquí aparecen perfectamente dibujadas) y con un gran talento, dentro de la tradición barroca de la composición en aspa, de colorido algo seco, con blancos y grises de gran finura que anuncian sus futuras telas. No acierta a dar majestad heroica a su protagonista y la verdad es

que no veo semejanza alguna con el Apolo del Belvedere, como se ha apuntado, pese a ser esta escultura un lugar común de referencia en el siglo XVIII. En cambio, el resto del cuadro ya revela una mezcla de fuerza y delicadeza que será típica en las mejores obras de su madurez.

Este cuadro ha merecido una exposición especial en el Museo del Prado, continuación y consecuencia de la titulada *Goya, el Capricho y la Invención* de cuadros de gabinete, bocetos (entre ellos el del *Aníbal*, 30,6 x 38,5 cms.) y miniaturas, entre cuyo conjunto figuraba, cerrado en una vitrina, un librito encuadernado en pergamino, que el museo acababa de adquirir. Se trataba del llamado *Cuaderno italiano* de Goya, suerte de «keep-shake» como los que estaban de moda en manos de las elegantes ilustradas de la mitad del Setecientos. El catálogo de la anterior exposición (págs. 95 y ss.) lo citaba, describiendo e incluso reproducía su aspecto exterior, usado y algo sucio, y unas cuantas páginas de su interior, con anotaciones y diseños de Goya, algunos referentes o preparatorios del *Aníbal* que, en el plazo de la exposición del *Capricho...* (10-XI-93 a 15-II-94) se hallaba en el taller de la planta alta del edificio de Villanueva; el cuaderno, por su parte, había sido cuidadosamente fotografiado y se preparaba una edición facsímil, tema fundamental de este artículo, que ha dado lugar a la exposición titulada *El cuaderno italiano y los orígenes del arte de Goya*, y a la consiguiente publicación, no de un catálogo, sino de dicho facsímil y de un librito de 80 páginas y de su mismo tamaño, ambos presentados en un estuche de media caja, muy elegantemente forrado y con el signo, creado por el escultor Eduardo Chillida, de los 175 años de existencia que el museo conmemora en el actual de 1994. En la exposición, además del *Aníbal* de la fundación Selgas-Fagalde y del de Carlo Borroni, prestado por la Academia de Parma, se ven sendas fotografías de las 176 páginas del cuaderno y una selección de esbozos dibujados por Goya y propiedad del museo expositor.

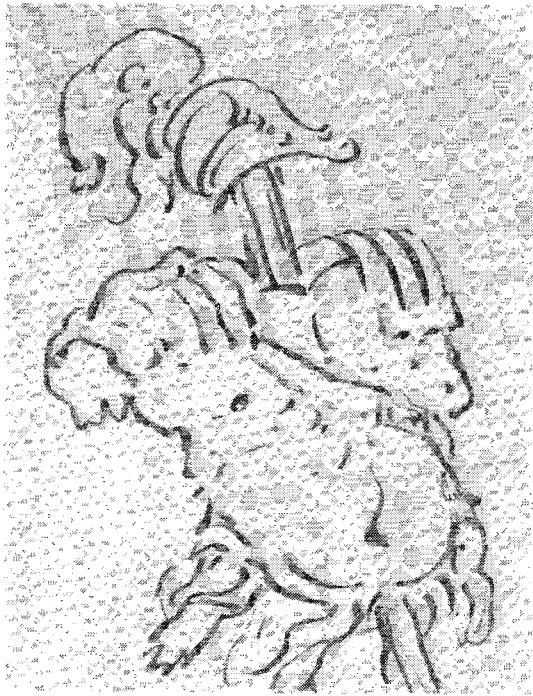
El facsímil ha sido un encargo de la Fundación Amigos del Museo del Prado (cuyo actual presidente es el doctor Zurita, duque de Soria), realizado por Ediciones El Viso de Madrid, sobrepujando, si eso es posible, su primer habitual. Encuadernado en cartón al cromo en papel Pergamenata, ese librito parece el auténtico cuando lo tenemos en la mano. Al abrirlo, la sensación de autenticidad es todavía mayor al haberse empleado el mismo papel (Fabriano Academia) del cuaderno italiano de Goya. Se aprecian, no sólo los di-



Viene de la página anterior



iso», en la página 29 (a).



Un detalle de la página 19 (a).



«Máscaras» (detalle), en la página 27 (a).

bujos y notas a tinta, sanguina y lápiz negro, de la mano de Goya (y, en algún caso, de un niño que pudiera ser su hijo), sino hasta las manchas o el residuo dejado por los dedos de quien lo manejaba entre 1770 y 1785. Se trata de un cuaderno de notas (casi hoy diríamos una agenda) que Goya adquirió en Italia, a poco de llegar en 1769, y que a su regreso a España siguió usando, esporádicamente, para anotar toda clase de hechos, históricos, familiares, económicos, geográficos, artísticos, ya sean rasguños o ideas primeras para una pintura, ya copias de cuadros o esculturas que le llamaron la atención.

### Estudios aclaratorios

El librito adjunto, contenido en el mismo estuche, iniciado por una «presentación» del entonces Director General del Museo, Francisco Calvo Serraller (sólo la modestia del duque de Soria hace que su firma se limite a una breve nota, siendo quien dirige la meritoria Asociación editora del libro) consta de sendos estudios de Manuela B. Mena y de Jesús Urrea, ambos subdirectores del Prado. El primero, titulado «Cinco son las Magas» (de una inscripción manuscrita de Goya en la página 5 del «cuaderno») señala brevemente (16 páginas) la situación del mismo entre los álbumes o «taccuini» tantas veces usados por los artistas, citando los del arquitecto francés del siglo XIII Villard de Honnecourt, de Giovannino de'Grassi y su taller, de finales del XIV, los códices de Leonardo da Vinci, el libro de viaje de Alberto Durero en el XVI, el cuaderno italiano de Van Dyck en el XVII, a fines del cual inicia Carlos Maratti algunos cuadernos que guarda la Academia de San Fernando, etc. El propio Prado posee un cuaderno italiano del pintor, coetáneo de Goya, José del Castillo, colaborador también en la producción de cartones para los tapices de la Real Fábrica, únicos comparables con los goyescos. Estos datos me hacen recordar las largas tardes pasadas («hélas», hace ya muchos años) en el «Cabinet des Dessins» del Louvre, en compañía del álbum de Jacopo Ballini, de las «Soirées chez Perret» de Delacroix con copias de caprichos de Goya, del manuscrito del «Noa-Noa» de Gauguin o de las casi infinitas vacas de Beaudin...

Manuela Mena nos da cuenta del descubrimiento del «cuaderno» goyesco a través de una casa de subastas de Madrid —que dejó en el anónimo a sus propietarios anteriores— y de su adquisición por el Museo en junio de 1993, por el precio, alto, pero ajustado, dada la importancia documental y estética del librito, de 110 millones de pesetas. Hay que

tener en cuenta que este testimonio autógrafo de la vida y arte de Goya no podía quedar ausente de un museo que conserva la casi totalidad de sus cartones de tapiz, sus dos grandes escenas de la Independencia, sus retratos reales y de particulares insignes, sus «pinturas negras», sus dos famosas Majas, medio millar de sus dibujos, sus aguafuertes, cartas y alguna miniatura. En *El cuaderno italiano* hallamos precisiones sobre su técnica, colores y barnices, aceites y utensilios de su arte; noticias de sus viajes, de los nacimientos de sus hijos (que son seis, de momento, y no una veintena, como se ha dicho); de sus compras de acciones y valores bancarios, etc. La doctora Mena, en una tercera parte del folleto (págs. 55 a 76) va transcribiendo las notas manuscritas de Goya y comentando sus dibujos, ya sean simples bocetos o apuntes para obras futuras (como el *Aníbal*, la *Santa Bárbara*, algunas escenas de la *Vida de la Virgen* de la Cartuja de Aula Dei, etc.), ya recuerdo estudioso de obras admiradas, como el *Torso del Belvedere* o el *Hércules Farnese*. Pero no dejan de ser todavía más interesantes los bocetos, muy terminados, para composiciones autónomas (aunque deudoras de precedentes) como *La expulsión del Paraíso*, *Muerte de Abel*, *Expulsión de Agar e Ismael*, *Creación de Eva*, *El Pecado Original*, etc.; o figuras sueltas, propias o ajenas en su origen, que darán lugar a muchas horas de entretenimientos eruditos. Esta rápida edición, dada la urgencia de la novedad del *Aníbal* y el *Cuaderno* en el conocimiento de los estudiosos, habrá de sopesarse lentamente y no es ésta la ocasión de señalar las diferencias de criterio que el arriba firmante haya podido encontrar.

Entre los datos más importantes para completar la biografía de Goya en esos dos años (cortos) pasados en Italia está la lista de las ciudades visitadas, veintidós, destacando «las mejores» (según la ortografía goyesca: Roma, Venecia, Volonia, Genoba, Ancona, Cibitabegia, Parma, Plasencia, Modena y Macherata) y las que sólo «e visto por fuera» (Mantua, Turín, Pabia, Milán, Tolón, Abila, Marsella «y otras muchas que no me acuerdo»). Y también la de las obras que más le admiraron, de Guido Reni, Rubens, Guercino, Maratta, Veronés, Correggio, Rafael, Bernini y Algardi.

El texto del profesor Urrea (páginas 41 a 52 del folleto adjunto al *Cuaderno*) hace referencia a la identificación y circunstancias del *Aníbal vencedor* descritas por el autor de tan deseado hallazgo. Se pregunta el profesor Urrea si el cambio de destino del cuadro no premiado, expedido por cuenta de la Academia de Parma, se debería al hecho de que Go-

ya, su autor, no embarcase en Génova, rumbo a Valencia, sino con dirección a Barcelona, ya que en la ciudad del Turia no celebraba exposición donde pudiera verse el *Aníbal* su Academia de San Carlos. Pienso que la prisa del pintor de que su obra llegase a Zaragoza lo antes posible pudo deberse a los frutos inmediatos que esperaba de ella y que, en efecto, se lograron. En 1771, año de su regreso, se le encargaron las tres pinturas del oratorio del palacio Sobradíel; y en el 72, su primer fresco de importancia, la *Gloria* del Coreto del Pilar, y los óleos de las pechinas de las cúpulas de iglesias de la región, como Muel y Remolinos, con las figuras de los Padres de la Iglesia. Por cierto que el *San Jerónimo* de Muel ofrece cierta semejanza con la *Prudencia* de la página 3 del *Cuaderno*... Pero hemos de andar con cuidado en esas comparaciones que son la droga de los eruditos, al provocar, no sólo placeres imaginarios, sino una casi incurable adicción.

### Tras el eslabón perdido

Jesús Urrea confiesa que no ha logrado establecer el eslabón perdido entre el envío del *Aníbal* a España y su adquisición por don Fortunato Selgas (1839-1921), restaurador de la iglesia de Santullano (San Julián de los Prados) en Oviedo. Por lo demás, nunca ese cuadro, desde su ingreso en la colección de El Pito en ignorada fecha, ha sido adjudicado al pincel de Goya, hasta su identificación por el citado profesor, hace un año. Si fue atribuido varias veces a Corrado Giaquinto, lo que no andaba descaminado, ya que la influencia de este pintor en Goya nos parece cada vez más evidente. Alumno de Solimena en Nápoles, dentro de la esfera donde se formó el maestro de Goya, Luzán, Corrado fue pintor de Fernando VI en Madrid, de 1753 a 1762, decorando los palacios de Aranjuez y de Oriente. Lo curioso es que Nápoles no figure entre las ciudades que Goya manifiesta haber visitado en Italia, habiéndose educado en Zaragoza en la veneración de «las estampas mejores» que su primer maestro trajo de allí (o quizá por eso mismo).

¿Fue Goya a Italia acompañando a Mengs, como algunos suponen? En cualquier caso, es menos improbable que lograrse

### RESUMEN

Se ha llamado *El cuaderno italiano*, explica Julián Gállego, a un librito de notas que Goya compró en Roma y que le sirvió durante su estancia en Italia para tomar croquis de pinturas y esculturas que veía, así como para la preparación de obras propias. Este cuaderno

ver en la Villa Albani su *Parnaso*, pintado pocos años antes (1761) en un techo de salón, asestando un duro golpe a la perspectiva barroca ilusionista, «si sotto in sù», que trataba de negar la solidez de la arquitectura, reemplazándola por una composición «ripportata», esto es, de perspectiva normal en un cuadro de pared que se hubiera trasladado al plafón.

En Roma se alojó, según parece, en casa del pintor polaco Tadeo Kuntz, casado con una valenciana, hija de Francisco Vergara, escultor del célebre palacio del Marqués de Dos Aguas. Señala Urrea que Kuntz y el arquitecto y grabador Piranesi pudieron interesarle, pero que la Academia de San Fernando había suspendido en 1769 las becas para Roma, dejando «cesante» al profesor Francisco Preciado de la Vega (a quien, por otra parte, había prohibido dar lecciones de pintura a los jóvenes españoles, sabia decisión si juzgamos de su mérito por pinturas como la de la iglesia de San Pascual Bailón en el Trastévere) el cual, como académico de San Lucas, dedicaba sus ocios a pergeñar la *Arcadia Pictórica* que publicaría en Madrid en 1789. Como escribe Jesús Urrea, «en aquel confuso panorama artístico no se movía ningún pintor español».

Más que resolver enigmas, esta preciosa edición de *El cuaderno italiano* de Goya los plantea. Hasta cierto punto, sucede lo mismo que con sus cartas al amigo zaragozano Martín Zapater, publicadas con cuentagotas hasta que, simultáneamente, aparecieron las ediciones de Agueda-Salas y del *Diplomario* de Canellas (1981) que creíamos arrojarían una luz clara sobre el arte goyesco hasta 1800 y apenas ofrecieron noticias triviales y tentaciones a hipótesis descabelladas, nacidas de nuestra lectura «de otro modo», impuesta por el cambio de lenguaje, de costumbres y por el previo conocimiento de la obra posterior del pintor. El *Cuaderno*, explícito en ciertos aspectos (sobre todo en los dibujos originales, ya que las copias dejan que desear), resulta misterioso al no seguir su poseedor un orden cronológico en sus apuntes: así vemos al *Scorticato* de Houdon, que Goya copió en Roma, en páginas posteriores a las de los nacimientos de sus hijos en Madrid o adquisiciones de acciones y vales reales fuera de sus posibilidades económicas antes de que Zapater aludiese a sus «doblones florecidos». Este cuaderno, de tan gratísima presencia, dará a los eruditos no pocos quebraderos de cabeza y a los meros aficionados otras tantas ocasiones de equivocarse. En todo caso, exigirá todavía muchas horas de estudio para extraer su sustancia.

Para el simple aficionado será, como para el estudioso, una joya bibliográfica, una sorprendente manera de introducirse en vidas ajenas, ese afán de «cotilleo» que a menudo empaña el brillo de las investigaciones, al penetrar en la *Minerva Scura* del genio por la puerta trasera. Lo esencial del arte queda siempre inexplicable. Eso no es obstáculo para la enhorabuena que merecen los Amigos del Museo del Prado por esta imperfectible edición. □

### Francisco de Goya

#### *El cuaderno italiano (1770-1785)*

Dos volúmenes en un estuche con la ed. facsímil, sin paginación (172 páginas), y los estudios de Manuela B. Mena y Jesús Urrea (77 páginas), Museo del Prado, Madrid, 1994. 11.500 pesetas.

# La cultura española entre el 98 y el 36

Por Francisco Tomás y Valiente

**Francisco Tomás y Valiente** (Valencia, 1932) ha sido catedrático de Historia del Derecho en Salamanca y en la actualidad lo es en la Autónoma de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de Historia y ex-Presidente del Tribunal Constitucional desde marzo de 1992. Entre sus obras pueden citarse El marco político de la Desamortización en España, Manual de Historia del Derecho español y Gobierno e instituciones en la España del Antiguo Régimen.

He aquí un nuevo tomo, éste en dos volúmenes, de una Historia de España de variada denominación. La identificamos a veces por el nombre de la editorial, otras por el de quien la fundó: ni una ni otra opción son injustas. Desde 1975 el nuevo director de esta obra colectiva, a la que ha dado orientación acorde con los tiempos que vivimos y a la que ha impreso un ritmo de realización no vertiginoso, nunca la prisa es buena consejera, pero sí de «allegro sostenuto» (si es que existe esta denominación del «tempo» musical), es José María Jover. Tampoco es injusto, quizá aún menos, asociar su nombre a la obra.

La coordinación y el prólogo del tomo presente le fueron confiados a Pedro Laín Entralgo, que ha escrito con nombre de tal no una introducción explicativa del plan general de los dos volúmenes, ni una síntesis «a posteriori» de ambos, sino una meditación muy suya sobre la aritmética y el ritmo de sucesión y coexistencia de las generaciones, o más bien de las «minorías generacionales» (I, 50), presentes en el escenario de España entre 1898 y 1936. Laín está atento, cómo no, a los nombres de eminentes científicos, literatos, filósofos, pintores: a la cultura. Pero también a la política. Sobre la relación entre cultura (entendida casi siempre a lo largo de estas dos mil páginas como «cultura culta», intelectual y como obra de individuos singularizados o de minorías selectas) y política volveremos luego. En el prólogo de Laín ese binomio está patente en todo momento sin disimular su proyección sobre el presente que ahora vivimos. Dentro de estas coordenadas generacionales, culturales y políticas Laín se identifica a sí mismo, nos dice (I, 52) lo que él cree ser: «Un heredero fiel del admirable proyecto de reforma de nuestra vida histórica —el logro de una España en buena salud, bien vertebrada y en pie— propuesto por la generación de 1914; proyecto que todavía no ha sido satisfactoriamente realizado y que, con las adiciones y modificaciones que el curso de la historia ha hecho ineludibles, sigue a mi juicio vigente.» Hombre creador de cultura, Laín

nunca ha omitido su preocupación política: aquí tampoco.

Quizá por ello su poder de convocatoria es tan amplio como demuestra la extensa nómina de coautores de estos libros, más de treinta, y en todo caso especialistas de primera categoría en sus respectivos campos. Cuáles sean éstos nos lleva a describir la estructura que Laín concibió para esta obra y el consiguiente reparto de papeles.

## España, ante sí misma

Al problema de la identidad de España («España ante la historia y ante sí misma») da su personal respuesta Julián Marías en un interesantísimo ensayo. La parte dedicada al pensamiento se la reparten Pedro Cerezo y Carlos Seco con dos magníficos estudios sobre pensamiento filosófico e ideologías políticas respectivamente. La parte tercera lleva como epígrafe común el muy impreciso de «La vida». Julio Caro Baroja, Francisco Pérez Gutiérrez y José-Román Flecha Andrés han escrito sobre la cultura popular, la vida religiosa y la moralidad españolas. Sin desmerecer a nadie quisiera mostrar mi admiración por las páginas escritas por Pérez Gutiérrez sobre «los exalumnos de los colegios burgueses de la Iglesia», no sólo por su calidad intrínseca, sino como ejemplo de cómo unas páginas literarias de autores tan diversos como Pérez de Ayala o Gabriel Miró, Juan Ramón Jiménez o Alberti, Ortega o Gerardo Diego, sin olvidar, por supuesto el *Jardín* de Azaña, pueden servir de espejo íntimo y de imagen social al mismo tiempo. Como único trabajo dentro de la cuarta parte José Luis Abellán ha escrito una síntesis poliédrica sobre «España e Hispanoamérica»; poliédrica porque analiza desde el nacimiento del americanismo con Rafael Altamira, verdadero historiador puente entre las Españas de acá y las de allá, hasta la influencia de Ortega en Argentina y Puerto Rico como eco de sus viajes, pasando por instantáneas (el espacio no daba para más) de figuras como Rubén o el mucho menos conocido José Enrique Rodó, tan diferentes pero coincidentes en su defensa de una «supremacía de lo hispánico». En estas y otras muchas personalidades (no olvidemos a Alfonso Reyes nunca) se pone de manifiesto que antes de la tragedia de 1936-39 el terreno para la presencia cultural de tantos españoles transterrados (a mí me gusta más la cruda realidad de la palabra exiliados) en Hispanoamérica estaba ya abonado por «viajes triunfales» como el de Ortega a Argentina en 1916 o por la callada lectura de tantos libros escritos en una misma lengua.

El segundo volumen está dividido en cinco partes (I Las Letras, II Las Ciencias, III Las Artes, IV La Sociedad y V Las culturas catalana, gallega y vasca) y un total de veintitrés colaboraciones. Si atendemos a la advertencia preliminar que Laín ha escrito para este segundo volumen comprenderemos que su propósito como coordinador de ambos ha consistido en destinar como objeto del primero los fundamentos comunes de esa edad cultural, y en el segundo el tratamiento más bien descriptivo o expositivo de las «múltiples actividades sectoriales». El criterio es razonable, pero ni el reparto es siempre indiscutible («La cultura popular» tratada en el primer volumen dentro del epígrafe de «La vida», hubiera podido estar incluida en la parte IV, La Sociedad, del volumen segundo) ni el número de páginas para tratar cada tema es siempre (acaso nunca) suficiente. Dedicar, por ejemplo, apenas treinta páginas al examen de «las ciencias históricas» es poquísimo, sobre todo si tenemos en cuenta no sólo «el notabilísimo despliegue» que en esta época inició la historiografía española, como muy bien señala Manuel Fernández Álvarez (II, 311), sino, sobre todo, que frente al menosprecio inicial de los noventa y ochistas por la historia, «Ortega la reivindicará como uno de los valores positivos de su tiempo», como, de nuevo con pleno acierto, destaca Fernández Álvarez. Personalmente pienso que «el problema de España» ha sido tratado, en especial por los hombres del 98 pero también muchas veces después de ellos, como cuestión casi metafísica (o sin casi) y como fuente de dolores contemplativos más estéticos que activos o promotores de acciones y remedios. En el volumen I (pág. 127) Julián Marías termina con esta especie de diagnóstico: «El factor capital que permitió que se malograran tantos aciertos y posibilidades fue la falta de posesión de nuestra historia o la interpretación arbitraria y deformada de ella.» Salvo añadir un cauto plural al sujeto inicial (quizá hubo también otros factores capitales) estoy plenamente de acuerdo con Marías. Ahora bien, a lo largo de esas generaciones y fechas se produjo no sólo la potenciación orteguiana de la historia como sistema y de la razón histórica como instrumento, sino también el estudio de nuestra historia por hombres como Altamira, Menéndez Pidal, Claudio Sánchez Albornoz, Ballesteros, Soldevila, Valls-Taberner, sin olvidar las aportaciones magistrales de Mazañón o del primer Carande. Manuel Fernández Álvarez lo estudia con precisión y tino telegráficos, pero el tema hubiera, quizá, merecido más espacio para la misma pluma. Claro es que cosas semejantes podrían acaso decir quienes estén más interesados por alguna otra «actividad sectorial»: no sé. En to-

do caso es un problema de distribución, que no afecta a la excelente calidad del trabajo de Fernández Álvarez.

Como excelentes son también el estudio de José Manuel Pérez-Prendes sobre «Las Ciencias jurídicas», o el muy interesante y original de Rosa M.<sup>a</sup> Capel («La incorporación de la mujer a la sociedad contemporánea», con preciosas ilustraciones gráficas, por cierto), o el de Mari Cruz Seoane sobre «La prensa», o el «atípico» pero muy oportuno de José Luis Peset y Elena Hernández Sandoica sobre las instituciones científicas y educativas, aspecto que suele omitirse pero sin el cual la cultura como obra individual difícilmente adquiere continuidad y que fue entonces, en el primer tercio del siglo, cuando comenzó a recibir atención y apoyos. El hecho de que me atreva a destacar algunas colaboraciones no debe ser interpretado como menor valoración por mi parte del mérito o calidad de otros estudios (¿cómo ponderar, por ejemplo, el de don Rafael Lapesa sobre las lenguas?) sino como expresión de una doble incapacidad: la mía para enjuiciar temas respecto a los cuales mi ignorancia es total, y la del espacio de que dispongo para dar cabida a unas pocas líneas que en todo caso serían elogiosas para cada una de las más de treinta aportaciones.

## Preguntas pertinentes

Quizá no parezca impertinente formular algunas observaciones y preguntas, al hilo de la ya aludida preocupación política del prologoista y de otros autores, sobre tres cuestiones: A) La relación entre éxito cultural y fracaso político; B) La responsabilidad de la Monarquía; C) Lo que, parafraseando a Laín, llamaremos España como problema.

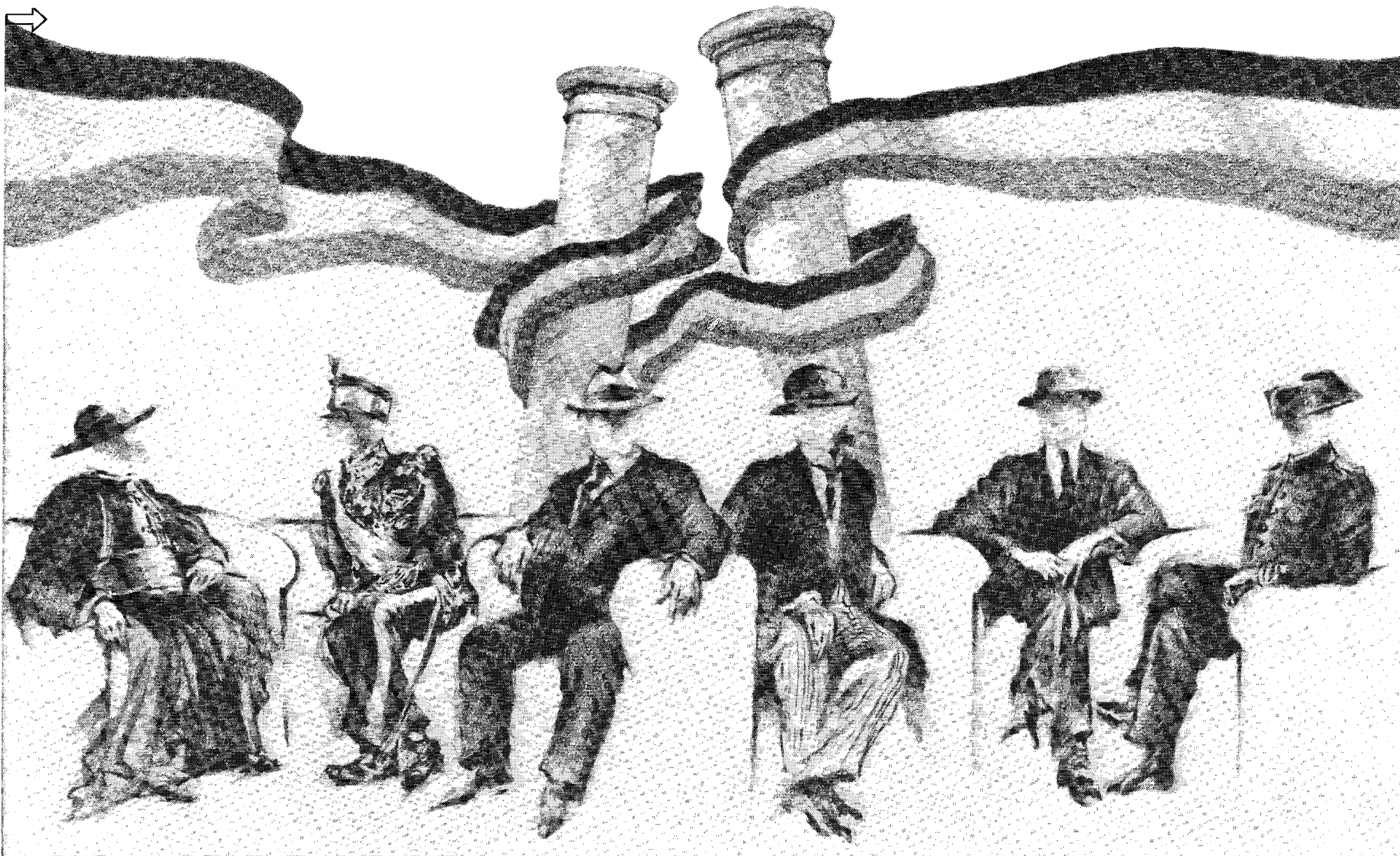
A) Tanto Laín como Marías, en textos que no reproduzco en aras a la brevedad (I, 50, 99 y 124) manifiestan su sorpresa y su desencanto por el hecho paradójico de que el ascenso cultural y la «asombrosa plenitud intelectual» de aquellos años se produjeran a la vez que el fracaso de las «minorías generacionales» por reformar la vida española, hasta llegar a la tragedia de 1936-1939.

Pero ¿no encierra esta sorpresa una cierta hipertrofia del valor político de la cultura de las minorías? La perversa trampa del sistema de la restauración canovista y de sus epílogos consistió en creer y sostener que la política debía seguir siendo cosa de pocos, de unos cuantos «amigos políticos». De pronto, pongamos desde 1917, las excluidas masas irrumpieron en escena sin ser invitadas a ello por nadie. Las masas, sujeto amorfo, se rebelaron,



FUENCILA DEL AMO

Viene de la página anterior



F.L.M. ISLA DEL AMO

porque no se dejaron conducir por las minorías aristocráticas. Pero ¿no será que nadie supo desintegrar las masas, descomponerlas en clases, grupos y en último término en hombres, única minoría indivisible, y tratarlas no como tales masas, dóciles o rebeldes, sino como merecían sus componentes? Junto a la «cultura culta», ¿no faltaron o fueron insuficientes otras culturas tales como la cultura democrática o la cultura civil de los militares? ¿No le faltó a la República tiempo para eso, para convertir al pueblo consciente y no a las masas manipulables en sujeto consistente de su propia historia? ¿No será que la derecha antidemocrática, previendo ese «peligro», se apresuró a frustrarlo porque prefería que la política continuara siendo cosa de pocos, cuestión de minorías?

B) En un texto cuya extensión me impide reproducirlo (I, págs. 110-111) Marías comprende que los enemigos de la Dictadura quisieran que ésta, al caer, arrastrara a la Monarquía, y se pregunta si se tomaron precauciones, o garantías para que el cambio, esto es, la República, siguiera por el camino que se deseaba hasta lograr que «España tomase posesión de sí misma». Leyendo la Constitución de 1931 me he formulado con frecuencia esa misma o semejante pregunta. Entiendo sin embargo: a) Que la caída de la Monarquía era inexorable porque se había identificado con la Dictadura, permitiendo «eo ipso» que se produjera la ecuación Democracia = República. Nunca la Monarquía supo no ya identificarse sino ni aún aproximarse a la democracia. Sólo cuando lo ha hecho sin trampa, con valentía, e incluso asumiendo riesgos que algunos agoreros vaticinaban como fracasos, la Monarquía ha arraigado en España. b) La Constitución de la II República cometió errores de omisión, pero el fracaso del sistema se produjo por la concurrencia de otras causas (la social, la territorial, la religiosa) sólo en parte encauzables desde ella. c) España no pudo «tomar posesión de sí misma» (bella expresión que Marías repite y que al lector le apetece tomársela en préstamo alguna vez) porque las antagonistas visiones de lo que fuera España descomponían la unidad del sujeto, su ipseidad, si se me permite la pedantería.

C) Todo lo cual nos lleva de la mano para que nos formulemos, una vez más, aunque és-

ta sólo de pasada la reiterada cuestión (Laín dixit) de España como problema.

Hace bien Pedro Cerezo (I, pág. 149 y ss.) al recordar, por cierto de la mano de un texto de Laín, que la crisis de los hombres del 98 no fue sólo de conciencia nacional, sino también religiosa. Entre una y otra estuvo afectada su «misma conciencia metafísica» y pienso que ese talante metafísico se contagió como enfoque metodológico de la cuestión nacional. Mal enfoque. Con sentimiento trágico (de la «generación trágica» trata lúcidamente Cerezo) o con mirada esteticista no se remedian problemas políticos ni se reconstruye la historia. La «generación clásica» buscó de otro modo y por otros caminos la carente vertebración de España, pero casi siempre y casi todos desde un castellanocentrismo poco integrador. Ortega no entendió a Cataluña. Azaña se precipitó en 1930. Entre unos y otros, Cataluña como problema.

Sobre esta asignatura pendiente entonces y nunca aprobada con sobresaliente hay algunos textos en el estudio de Carlos Seco que conviene recordar para entender lo que en los años treinta pasó:

a) La enorme influencia que en la radicalización del nacionalismo catalán tuvo «la eclosión de los nacionalismos europeos» (I, 429).

b) «La errónea política españolista de la Dictadura radicalizó la actitud de los diversos núcleos en que se distribuía el espectro del catalanismo» (I, 431).

c) «Así, la vuelta a Castilla, como clave de una España fundida en unidad intangible; unidad que a su vez se refrenda en su proyección universalista —aquí la famosa fórmula: unidad de destino en lo universal—» (I, 448). El horizonte fascista y su visión metafísica de España, como obstáculo para un entendimiento basado en la historia y la democracia.

Si aún con estos fundamentos no es fácil para España lograr la antes citada «toma de posesión de sí misma» no cuesta mucho comprender aquellas tendencias separatistas, con Castilla como injusto pretexto. Lo peor de aquel nacionalismo fascista es que ha dejado, como efecto perverso (ni previsto, ni querido, ni tampoco justo) inutilizable en nuestros días, en opinión de muchos políticos de izquierdas,

a mi juicio gravemente equivocada, el nombre de España, al mismo tiempo que paradójicamente parece haber legitimado otros nacionalismos, que, por reivindicativos, resultan de antemano justificados.

### ¿Otras culturas?

Finalmente, tres oportunos estudios sobre las culturas catalana, gallega y vasca debidos a Jordi Castellanos Vila, Domingo García-Sabell y Jon Juaristi. El primero estudia los grandes movimientos culturales, «modernismo», «catalanismo conservador», «noucentisme», de la sociedad y no sólo de la literatura catalanas, es decir, más en función de la «construcción de una cultura nacional» que en atención a orientaciones o calidades literarias o artísticas. García-Sabell expone «los hitos fundamentales de la cultura gallega reciente», partiendo del «Rexurdimento» (Rosalia publica sus *Cantares gallegos* en 1863) para llegar a nuestros días, analizando figuras individuales más que movimientos político-culturales. De todos modos no olvida que la cultura de Galicia «hay que entenderla desde el supuesto del idioma». Cultura gallega, como antes cultura catalana son ante todo culturas en gallego y en catalán. En el País Vasco «la lucha por el poder político desembocó en un enfrentamiento cultural», de forma tal que «una polarización de lealtades opuso a los escritores vasquistas (Sabino Arana Goiri, Resurrección María de Azkue, Domingo de Aguirre) y a los del 98 vasco (Unamuno, Ba-

roja, Maeztu, Salaverría)», como dice Jon Juaristi (II, 927). Cultura vasca no es sólo cultura en euskera, sino más bien cultura popular apoyada por unos nacientes estudios vascos en torno a diversas instituciones que fomentan la labor rigurosa de los primeros vascólogos, y que aparece expresada oscuramente en un «nacionalismo musical (que es) mucho más amplio en el País Vasco que el nacionalismo político» (II, 944).

¿Son estas tres realidades culturales «otras culturas», ajenas y casi siempre enfrentadas a la española, o pueden ser entendidas como formas de expresión y afirmación de pueblos y de minorías cultas integrables en una realidad más amplia y compleja, la cultura de una España plural? Los tres autores no dan respuesta explícita a la pregunta, pero esa es la gran cuestión, cultural y política, de entonces y de ahora.

Se termina por donde se comenzó en el prólogo de Laín: por enlazar la cultura y la política en el examen de aquella brillante Edad de Plata cuyas fechas límite son la de un desastre más psicológico que material y la de una tragedia desgarradora en todos los aspectos imaginables. El lector de estos dos magníficos libros puede usarlos como textos de consulta, como espejos de una obra cultural de excepcional calidad y como testimonios de la dimensión política de la cultura o las culturas de España o las Españas. Editores, director, coordinador y autores han hecho con estos libros una muy notable labor de síntesis de aquella plateada o dorada Edad. □

### RESUMEN

*Tomás y Valiente se ocupa de un tomo en dos volúmenes, que recoge la llamada Edad de Plata de la cultura española (1898-1936), de la célebre Historia de España, que puso en marcha Menéndez Pidal y que desde 1975 la dirige, revitalizando a fondo el proyecto inicial,*

*José María Jover. Este tomo ha sido coordinado por Laín Entralgo, quien no se ha limitado a redactar una mera introducción al mismo, sino que, por el contrario, ofrece a modo de pórtico una meditación sobre el ritmo de sucesión y coexistencia de las generaciones.*

### Autores varios

#### La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936) (I y II)

Tomo XXXIX de la *Historia de España* de «Menéndez Pidal», Espasa-Calpe, Madrid, 1993. 798 y 1.016 páginas. 13.100 pesetas.

# Reloj, no marques las horas

Por Manuel García Velarde

**Manuel García Velarde** (Almería, 1941) es catedrático de Física del Instituto Pluridisciplinar de la Universidad Complutense, miembro de diversas comisiones científicas internacionales y de la Academia Europaea. Premio 1991 de la Real Academia de Ciencias (Madrid), Premio CAPIRE 1992 a la Creatividad, Doctor Honoris Causa (Universidad Aix-Marsella), es autor de numerosas publicaciones científicas y de divulgación, sobre físico-química de fluidos, transiciones de fase y caos en sistemas disipativos no lineales.

Dicen que en la antigua colonia portuguesa de Goa está mal visto llevar reloj y así por unas u otras razones aún existen lugares en el planeta donde el reloj es irrelevante. Sólo muy recientemente los relojes y otros artilugios «horarios», como haylos, han empezado a darnos la hora con precisión tan extraordinaria como domésticamente absurda. ¿A quién le importa en su vida un error de un segundo en un millón de años? Ello no excluye el interés científico por conocer si sí o no el sábado 25 de diciembre del año 2500 la Luna (nueva) saldrá en París a la 10,01 de la mañana.

## El tiempo tiene su historia

Introducción, doce capítulos, un apéndice-minilibro de «versets chaotiques» (desde anécdotas y comentarios sobre lo divino y lo humano hasta sugerencias para experimentos caseros) y treinta páginas de notas técnicas salpicadas de referencias bibliográficas constituyen un libro fascinante escrito por científicos que han contribuido

substancialmente al progreso de las ideas y ciencia a que aluden.

Con una cita («le temps, cette image mobile de l'immobile éternité») aparentemente del panfletario calumniador y vacuo poeta francés lírico, Jean-Baptiste Rousseau, la Introducción y el primer capítulo meten al lector de lleno en el problema de la predicción del futuro y del papel, en lo individual y colectivo, jugado a veces por el azar (los «datos» y otras suertes de aleatoriedad) y, sobre todo, por las diversas «escalas/unidades de tiempo» (vaivenes/crecidas del Nilo y de Saturno en Roma...), que ha habido a lo largo de la historia de la humanidad y de cómo es a partir del momento en que el transcurso temporal es contado con «precisión» que se desarrolla la ciencia (occidental, moderna): no era posible establecer leyes físicas sin una adecuada «metrología» (toda medida puede reducirse a una de «tiempo»). Lagrange, Laplace, Poincaré, Hadamard..., hasta la Baronesa de Staël, Catalina de Médicis y Nostradamus aparecen citados en tal proceso (¡ay! «chauvinisme»).

El capítulo segundo aborda las leyes empíricas de Kepler, el entendimiento de las mismas gracias a la gravitación de Newton, las contribuciones seminales de Laplace y Lagrange, Galileo, Newton y Leibnitz no sólo a la Mecánica sino a la Matemática y a la Ciencia, en general, y lo más importante, el paradigma ideológico laplaciano: «une intelligence qui pour un instant donné connaîtrait toutes les forces dont la nature est animée et la situation respective des êtres qui la composent... embrasserait dans la même formule les mouvements des plus grands corps de l'Univers et ceux du plus léger atome: rien ne serait incertain pour elle, et l'avenir, comme le passé, serait présent à ses yeux».

En el capítulo tercero vemos la caída de ese determinismo laplaciano (y newto-

niano) gracias, entre otras cosas, a los conocimientos recientemente adquiridos sobre las anomalías geomagnéticas en la evolución de la Tierra asociados a la deriva continental, imaginada por Ortelius (siglo XVI), F. Bacon (*Novum Organum*, 1620) y Placet (1668), descrita por Snider-Pellegrini en 1858, sólo argumentada razonablemente en el primer tercio de nuestro siglo por el meteorólogo de origen, luego también geofísico, Wegener, los americanos Taylor y Baker, el geólogo Holmes y finalmente establecida por Bullard, Wilson, Runcorn y otros hace sólo unos treinta años. Dichas anomalías, grabadas paleomagnéticamente en torno a las crestas dorsales oceánicas, fueron explicadas en 1958 por Rikitake mediante un modelo de evolución —con tres ecuaciones acopladas no linealmente— del núcleo terrestre como dínamo (nótese que con sodio —metal— fluyendo turbulentamente cabe generar campos magnéticos).

Caído el viejo, el nuevo paradigma emerge fascinante e iconoclasta: la complejidad no necesariamente proviene de la complejidad y una evolución errática no resulta necesariamente de la intervención de numerosas variables y de la estocasticidad/aleatoriedad sino que es posible en un sistema determinista con pocas variables que, sin embargo, a largo plazo muestra comportamientos estocásticos. Tema que los autores continúan desarrollando en el capítulo cuarto («Una ley sencilla... un comportamiento complejo») donde se presentan sistemas (de física como de dinámica de poblaciones según Malthus y Verhulst) o evoluciones de un mismo sistema que para algunos valores de sus parámetros amplifican (exponencialmente en primera aproximación) pequeñas perturbaciones, por pequeñas que sean, dando por tanto lugar a dinámicas deterministas pero inútiles

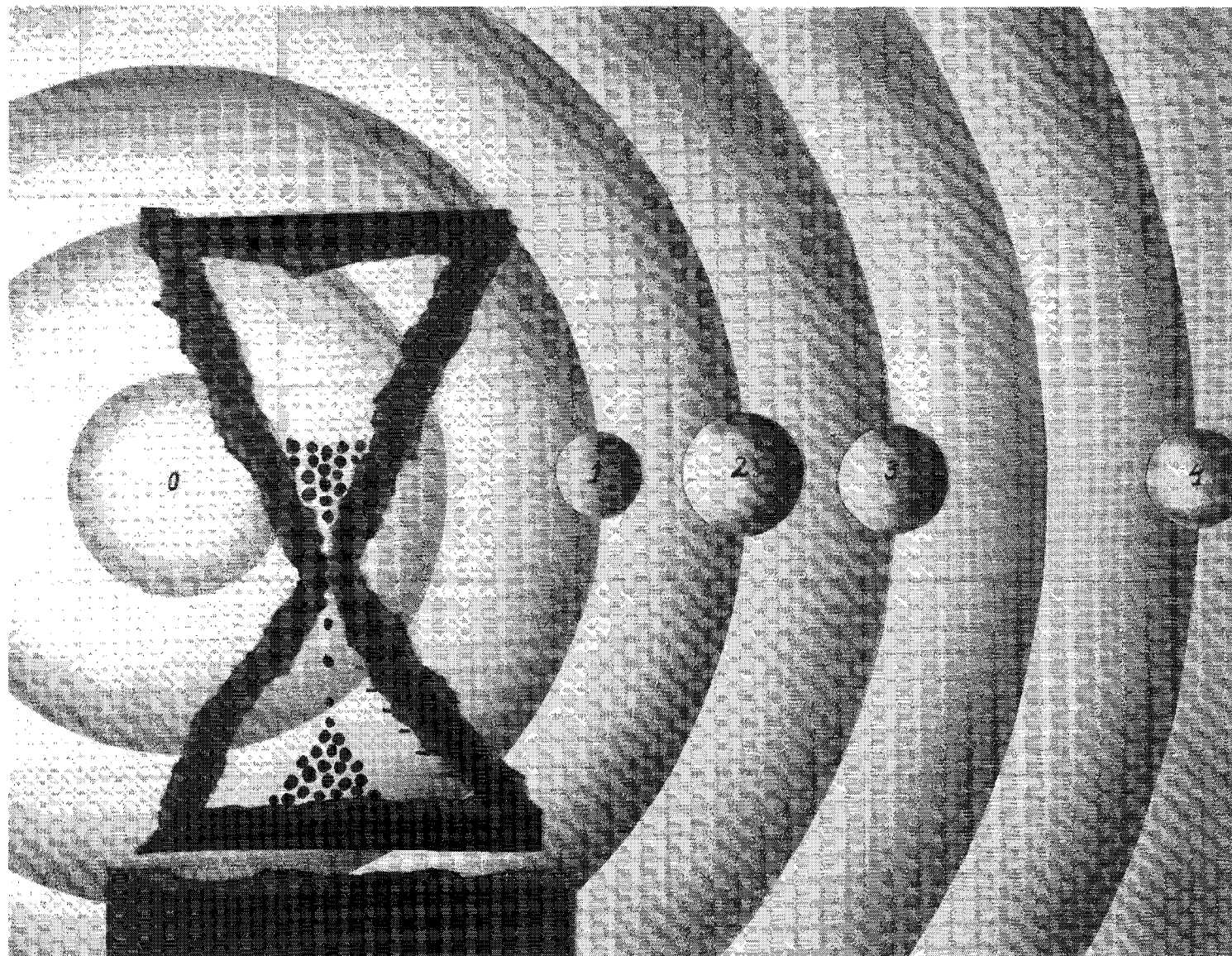
para predecir el futuro por ser extraordinariamente sensibles a la precisión de los datos iniciales... en suma el «caos determinista». Como ha dicho S. Smale: «After quantum mechanics and relativity, ...it challenges the deterministic picture of Newton and Laplace in a way which is more down to earth». Oportuno arrepentimiento (1986) y significativo acto de contrición de Sir James Lighthill: «We collectively wish to apologize for having misled the general educated public by spreading ideas about the determinism of systems satisfying Newton's laws of motion that, after 1960, were to be proved incorrect».

Guárdese, pues, el lego de aceptar que la física o la ciencia, en general, usando unos pocos elementos (partículas fundamentales y sus interacciones, átomos, moléculas..., planetas, galaxias...), explica la naturaleza con leyes cuya precisión cada día mayor puede ser ilimitada porque subyacente a tal impresión o convencimiento está la falsa idea de que los experimentos son siempre repetibles acá y allá, antes o después por uno u otro científico, y que, por tanto, bajo bien definidas condiciones al repetirlos un sistema seguiría un mismo camino de modo que, finalmente, su futuro es predecible porque pequeños cambios en causas o condiciones iniciales sólo producen pequeños cambios en efectos, o sea, en su futuro. Muchas veces lo importante es simplemente explicar lo que ocurre aunque no lo podamos predecir.

## Periodicidad y caos

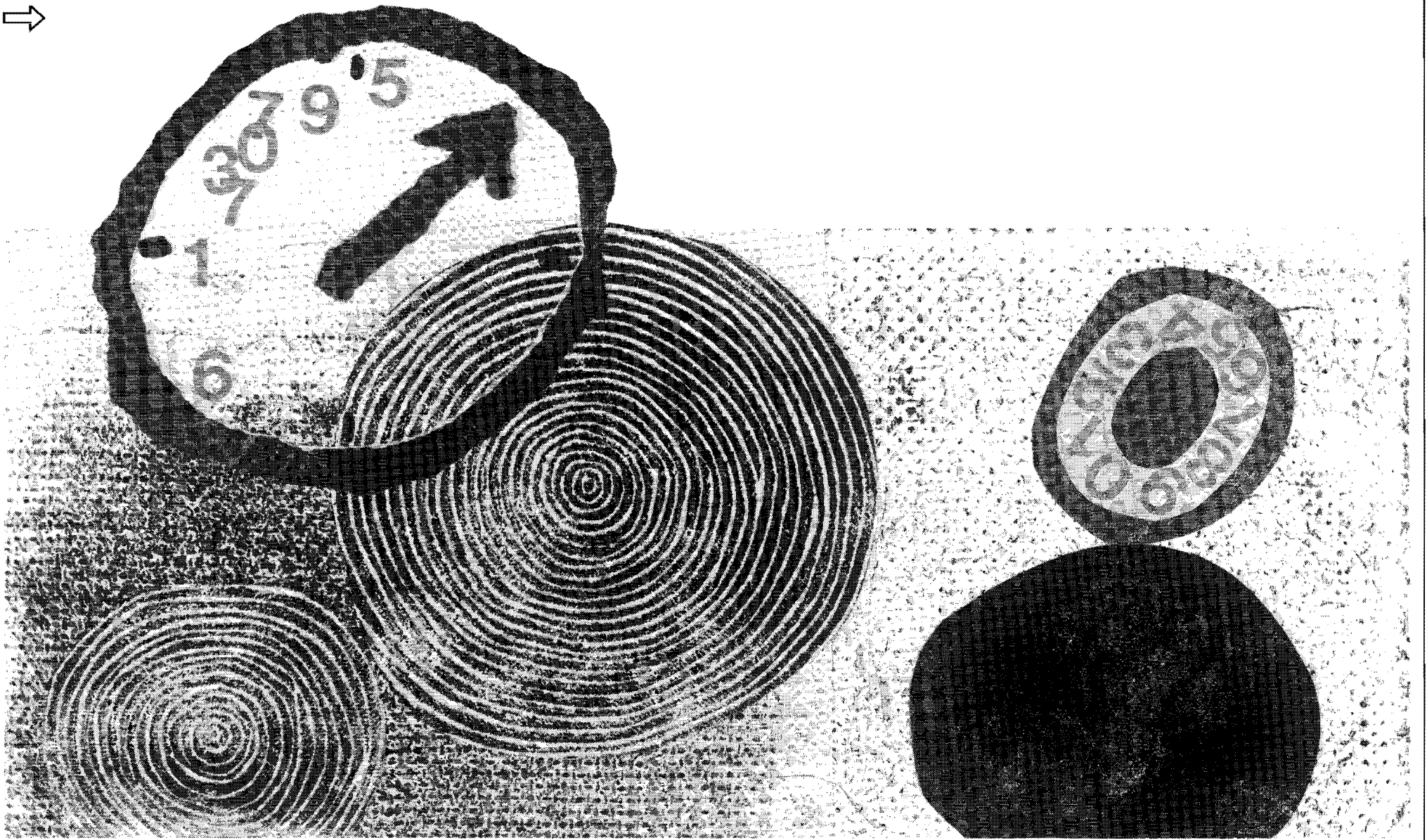
Por los capítulos quinto, sexto, octavo y décimo conocemos cómo, pasando por Al-Jazari y Huygens, fueron perfeccionándose las clepsidras, los relojes mecánicos, el péndulo lineal y no lineal, nuestra descripción de los fenómenos astronómicos (triunfo de la computación del siglo XIX fue el descubrimiento de Neptuno y de la del XX la prueba de que el sistema solar un día —lejanamente— estallará por inestable), geofísicos, químicos, biológicos, fisiológicos (biorritmos), ecológicos, sociológicos, económicos... y cómo empezaron a verse las limitaciones de la periodicidad en muchos sistemas naturales y artificiales. Especial mención merece la discusión que los autores hacen del funcionamiento del «botafumeiro» de la Catedral de Santiago de Compostela, péndulo paramétricamente excitado —estudiado en detalle por Juan Sanmartín, a quien debido crédito se da—, capaz de exhibir, gracias a la ingeniosidad humana, sincronización entre adecuada excitación externa y periodicidad propia (¡qué tiempos aquellos en que tan dispares elementos como fe/culto y escasez de desodorantes y parca higiene de los peregrinos agudizaron, para beneficio de todos, la imaginación humana!).

De verdad ¿podemos confiar en los relojes o en la maestría de los sacristanes de Santiago de Compostela? En los capítulos séptimo, noveno y undécimo de lleno entramos en el «caos determinista» y su caracterización, sus leyes, en la geometría de Cantor y los fractales (Mandelbrot: *The Fractal geometry of Nature*), la dinámica caótica, los atractores extraño, anómalos, no periódicos (introducidos por Ruelle y Takens en 1970 aunque apuntados por Smale en 1967 y, precursoramente, en los 50 por Andronoff y en los 60 por Neimark y Shilnikoff en la antigua URSS; pretencioso pero no impertinente título de un seminario científico del primero fue: «Strange attractors as a Mathematical Explanation of Turbulence»; otro autor, Guckenheimer, ha titulado un trabajo: «A Strange,



G. MERINO

Viene de la página anterior



G. MERINO

Strange Attractor»), la autosimilaridad e invariancia de escalas que conllevan, la ubicuidad de tales entes por doquier en la naturaleza: variabilidad e impredecibilidad del tiempo atmosférico (modelo o ecuaciones de Lorenz que aparecen en apéndice, mientras que las de Rikitake aparecen en el texto principal), clima, geografía, sismología, etc., en la vida misma y en el laboratorio (turbulencia).

En el capítulo undécimo se abordan los comportamientos colectivos, complejos, de sistemas tanto complejos como aparentemente sencillos: la dinámica económica, un modelo muy simplificado de las revoluciones políticas (a partir de «automatas celulares» o la complejidad a partir de la interacción -con álgebra de Boole- de soldados primitivos)..., el caos espacio-temporal, los sismos y, una vez más, la turbulencia en los flúidos.

**Un péndulo errático**

De las vías que un péndulo no lineal tiene para dejar de ser periódico, rítmico, y hacerse caótico, erráticamente aperiódico, destaquemos tres. Son los «escenarios» de «cuasiperiodicidad» (propuesto por Ruelle, Takens, Newhouse, Li y Yorke y verificado experimentalmente por Gollub y Swinney), de cascada de «doblamiento del período» (propuesto por May, Arnold, Coulet, Tresser, Grossmann, Thomae y, sobre todo, Feigenbaum y verificado experimentalmente por Linsay, Libchaber, Maurer y Giglio) y de «intermitencia» (de hecho tres diferentes sugeridos por Pomeau y Manneville habiendo sido dos de ellos verificados experimentalmente por los autores del libro). Del primero digamos que, oscilando el péndulo con determinado período, de pronto al variar un parámetro de control su movimiento se hace biperiódico, por lo que para describirlo precisamos acudir a dos frecuencias incommensurables, no relacionadas racionalmente entre sí, ni múltiplo ni submúltiplo una de la otra, de modo que si al complicarse aún más la oscilación precisásemos de una tercera frecuencia o sea de un tercer período entonces la oscilación ya se haría caótica. Del segundo señalemos que en lugar de biperiodicidad, al cambiar ligeramente, el

péndulo de pronto dobla su período y lo vuelve a doblar hasta que tras una cascada inexorable de doblamientos de período acaba caótico. En cuanto a una de las variantes del tercero ocurre que aunque el péndulo puede pasar mucho tiempo oscilando periódicamente, de vez en cuando lo hace erráticamente y así más y más hasta que acaba caótico del todo.

**¿Hay espectadores en la sala?**

Difícilmente hay historiadores imparciales e historias completas. Por eso es agradable ver cómo, por un lado, en el capítulo duodécimo se mencionan contribuciones no sólo de Poincaré, Hadamard..., sino también de Lyapunoff, Mandelstam, Kolmogoroff, Andronoff..., llegando a las de científicos de nuestros días como Chirikoff, Arnold, Sinai, Shilnikoff, Thom, Smale, Ruelle (*Hasard et Chaos*), Takens, Hénon, Gollub, Swinney, May, Coulet, Tresser, Feigenbaum, Libchaber y muchos más, y, por supuesto, E. N. Lorenz (*The essence of chaos*) cuando, por otro lado, «la petite histoire» aparece usada para ajustar algunas cuentas que libros de otros autores (muy particularmente *Caos* de Gleick) dejaron mal hechas (de paso ¿es exagerado lo dicho por Berni Alder, el primero en enseñarnos a «pensar» usando conjuntamente cerebro y computadora?: «one criterion by which a paper can be judged to be superb is that it was not accepted by "Physical Review Letters"»). ¡Aún no ha habido un Premio Nobel en este dominio de la Física! Y cuanto más dure el retraso más difícil aparece la (s)elección (¡Lorenz, Feigenbaum y Libchaber!). «Pioneers grow old -dijo Cornford- and from far below you will mount the roar of a ruthless multitude of young men in a hurry... They are in a hurry to get you out of the way». ¡La dinámica caótica conlleva una revolución científica, en el último tercio del siglo XX, comparable a las revoluciones cuántica y relativista de su primer tercio! Conste que Lorenz ha recibido el Premio Crafoord, extensión a la meteorología de los Nobel y concedido por la misma Academia Sueca de Ciencias.

Fascinante libro aunque desigual texto (categoría y anécdota, literatura y ecuaciones

aparecen mezclados: inevitable quizá en un libro de divulgación científica), enciclopédico aunque incompleto (vasta ¿pero sesgada? aparece la cultura de los autores; además cuán útiles serían sendos índices temático y de autores y un glosario de términos), combativo y polemizador por aquello de la prioridad en los descubrimientos y la «popularidad» o moda dada por el «Science Citation Index» (marca registrada como las «colas») y otras frivolidades ajenas a lo que debiera ser la aparición y desarrollo del pensamiento libre y original asociado o no a modas. Einstein se quejó de éstas como más recientemente Ernesto Sábató («las modas son legítimas en las cosas menores pero en el pensamiento son abominables») aunque más contundente fue Abragam (*Réflexions d'un physicien*) cuando habla de «l'une des suggestions les plus ridicules: En se servant des ordinateurs on pouvait se forger une opinion sur le scientifique A en sachant combien de fois ses articles étaient cités par d'autres scientifiques -y compris par lui. Cette suggestion soulève plusieurs questions intéressantes. Il faudrait estimer le poids accordé à la qualité de l'auteur B, qui cite l'auteur A, qui à son tour dépendrait du nombre de fois où B lui-même est cité par d'autres auteurs. Ceux-ci devraient être jugés, à leur tour, suivant le meme critère, et ainsi de suite. Ainsi pourrait-on se poser de jolis petits problèmes de topologie». El penúltimo invento -memez- del sin par «Institute for Scientific Information» (ISI, también marca registrada) es la lista de los diez «principales» en el «hit-parade» de la ciencia como con las canciones por la radio. No es de extrañar que hoy en los concursos de belleza para ganar

haya que votar no por la que uno considera la más bella sino por la que -especulando- pensamos que la mayoría va a considerar como más bella.

Aun cuando, no siempre escritos por adecuado autor, ya son muchos los libros publicados sobre caos, fractales..., como el libro de Bergé, Pomeau y Dubois-Gance parece abocado al éxito, al menos francés, a la versión inglesa y a la traducción castellana ¿por qué no sugerir un texto más elaborado y -sobre todo- mejor destilado? Referencia cabe a ideas y experimentos recientes de sincronización de péndulos caóticos y control de la caoticidad, a un pionero, y hasta anticuado pero no por ello menos seminal artículo de puesta a punto («Convective Instability» en «Reviews of Modern Physics», 1977) usado -aunque no siempre citado- en el mundo entero, del Norte al Sur (de Noruega a Chile y Argentina) y del Oeste al Este (de EE.UU. a Japón y China), así como crédito a Ulam (*Adventures of a mathematician*), Prigogine (*La nueva alianza* -en inglés: *Order out of chaos*), G. Nicolis (*Exploring Complexity*), Eigen (*Steps towards Life*), Arecchi (*I simboli e la realtà*), Glass y Mackey (*From clocks to chaos*), Hao Bai-Lin (*Chaos*), M. I. Rabinovich (*Nonlinearities in Action. Oscillations, Chaos, Order, Fractals*)..., y parentesco con Paul Valéry (*Cahiers*), Borges (*Libro de arena*, poesías...), Canetti (*Masa y poder*)..., y Boulez (*Penser la musique aujourd'hui*). Stockhausen, Lutoslawski (*Cuarteto de cuerda*, 1964, influido por Bartók)... La Ciencia es Cultura como producto de la creación individual y colectiva, por colaboración y adición sinérgica en la que el total es más que la suma de las partes. □

**RESUMEN**

García Velarde se interesa por un libro de divulgación científica, en el que tres científicos franceses, a vueltas con la historia del tiempo, reflexionan en torno a la predicción del futuro y el papel del azar, y cómo se

desarrolla la ciencia moderna, a partir del momento en que el transcurso temporal es contado con «precisión», acabando en las revolucionarias ideas de la ciencia (alineal) de finales del siglo XX.

**P. Berge, Y. Pomeau y M. Dubois-Gance**

*Des rythmes au chaos*

Eds. Odile Jacob, París, 1994. 294 páginas. 140 francos.

# Religión y sociedad en España

Por José Luis L. Aranguren

**José Luis L. Aranguren** (Avila, 1909) ha sido catedrático de *Ética y Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, de Madrid. Ha dado clases también en Dinamarca y Estados Unidos. Entre sus obras figuran: La filosofía de Eugenio d'Ors, Ética y política, Moral y sociedad, La comunicación humana, El problema universitario y La crisis del catolicismo.*

El título del presente artículo es el mismo del libro aquí principalmente estudiado, cuya edición ha estado a cargo de Rafael Díaz-Salazar y de Salvador Giner, libro a mí dedicado, como supuesto «maestro en el análisis de la religión en España». En su prólogo se hace referencia a otro texto sobre el mismo tema de Víctor Pérez Díaz, que él trata en el capítulo III del libro *La primacía de la sociedad civil* (Alianza Editorial, Madrid, 1994). Las páginas que siguen se refieren conjuntamente al libro del que aquí se trata, y del que se toma el título, pero también a este capítulo del otro.

El libro sobre la religión comienza señalando los efectos negativos que, junto a los ciertamente positivos, tuvo la «Contra-Reforma», es decir lo que de unilateral y simplificadorio tuvo lo «contrario» de la Reforma. Esta orientación, tan parcial como brillante, hacia la literatura de nuestro «Siglo de Oro», descuidando la filosofía, la ciencia, hizo que España se incorporase relativamente tarde a la Modernidad e insuficientemente a la Ilustración. Pérez Díaz, de acuerdo con ello, observa, sin embargo, que «en la vida cotidiana» (política, económica, social y cultural) los españoles se hicieron mucho más modernos. Pero la España franquista, en su segunda etapa (mediados de los años 50), la del «Opus Dei», intentó cerrar España al pensamiento libre y «santificar, en cambio, las operaciones de enriquecimiento», escribe Pérez Díaz, y yo agregaría que por una paradójica influencia del puritanismo calvinista-puritano sobre el «Opus Dei». Los que yo he denominado «falangistas liberales» fueron, por el contrario, mucho más abiertos y ayudaron, como puntualiza Juan J. Linz, a la apertura político-cultural del Régimen. El Concilio Vaticano II y, dentro de España, el caso Añoveros, obispo de Bilbao, la actitud del cardenal Tarancón y el movimiento de los entonces llamados «curas jóvenes», se opusieron a lo que yo llamaría el «nacional-catolicismo», logrando que las cosas cambiaran, aunque también es verdad que empezaron a introducirse en el país toda suerte de sectas, y hasta de «ciencias ocultas».

Díaz-Salazar retoma la cuestión y habla amplia y profundamente del paso de aquel «nacionalcatolicismo» a la «autocrítica del catolicismo español» que, precisamente, llevamos a cabo nosotros. La fe se torna problemática pero, por lo mismo, el agnosticismo predomina sobre un «bajísimo nivel» del ateísmo y la religiosidad secularizada se desvía de la asistencia a ritos eclesiales. «La fe en Dios se mantiene, sin embargo, en un porcentaje medio-alto», se presenta ligada



JORGE WERFFELI

a una mayor solidaridad y, a la vez, a una mayor repulsa a los «grupos de marginados». En cualquier caso se concluye con el hecho positivo, y en España nuevo, del «diálogo entre personalidades religiosas y no religiosas», y cita como ejemplo el Foro sobre el Hecho Religioso organizado por el Instituto de Fe y Secularidad con cuyos dirigentes yo colaboro estrechamente.

## Pérdida de significación social

José Ramón Montero centra su trabajo en el paso demasiado rápido de la fase preindustrial a la postindustrial sin haber vivido suficientemente la etapa industrial y, concretamente por lo que se refiere a nuestro tema, en el concepto de «secularización» que no es de ninguna manera sinónimo de irreligiosidad sino que consiste en la pérdida de significación social y política de las instituciones y creencias religiosas. La crisis que otros países europeos pasaron antes se está atravesando hoy en España. El alejamiento de la Iglesia, agrega, «se produce incluso entre quienes se consideran católicos. Ser izquierdista y ser católico se considera hoy perfectamente compatible». Y son muchos los españoles que no se confiesan ni comulgan.

El trabajo de Salvador Giner y Sebastián Sarasa abunda en todas estas cuestiones que resume muy bien y subraya que «la confrontación ha sido violenta en un área: la de las subvenciones del Estado a la Iglesia: es a los contribuyentes a quienes incumbe, si así lo consideran conveniente, el «mantenimiento de la Iglesia»».

Importa hacer constar también que hay un artículo colectivo sobre «Religión, política y sociedad en el País Vasco», en cuya primera parte se estudia la estrecha relación

entre la religión, la Iglesia y la identidad vasca y después, a semejanza de lo ocurrido en toda España, la progresiva pérdida de influencia de la religión en los diferentes ámbitos de la vida social en aquel país.

La obra de Víctor Pérez Díaz, como su mismo título pregona, no versa en su conjunto sobre nuestro tema, la religión, pero contiene un importante capítulo, el III, sobre «Iglesia y Religión en la España contemporánea: una metamorfosis institucional», que corresponde enteramente a él. La Iglesia española y con ella España se opusieron en principio frontalmente a la Modernidad, y la guerra civil vino a dar el triunfo absoluto, con el franquismo, a la Iglesia católica. Sobrevino luego el «repliegue» del nacional-catolicismo y finalmente la erosión de ese edificio político-social ligado con aquel entendimiento del catolicismo. Pero Pérez Díaz introduce, tomándola de Max Weber, la «distinción entre la iglesia, entendida como productora (o coproductora) de «ofertas» religiosas y los creyentes entendidos como quienes formulan «demandas» religiosas (el entrecomillado es mío), puntualizando que esa oferta es ciertamente doctrinal, pero también ritual e institucional». El tránsito del «monopolio» eclesiástico al «mercado abierto» se produjo de la manera que ya hemos visto, pero a la vez en tres planos diferentes, el «intelectual», el «social» y el «moral». Intelectualmente algunos de nosotros nos opusimos a esa religiosidad, mucho más «eclesiástica» que auténticamente «eclesial». El Concilio Vaticano II, la Compañía de Jesús del padre Arrupe y en la Universidad la gestión de Joaquín Ruiz Giménez, ministro por entonces, nos favoreció. La juventud universitaria nos secundó, se produjeron aquellas manifestaciones de 1956 y 1965 y finalmente falleció Francisco Franco. No fue fácil en nuestro país la aceptación de la reforma conciliar: se descabezó la Acción Católica, el cardenal Tarancón luchó denodadamente y se llenó de clérigos la cárcel concordataria de Zamora. El problema «social» fue el de la clase obrera, unido al del izquierdismo católico: HOAC, JOC y Vanguardia Obrera, apoyados por los jesuitas padre Llanos y José María Díez Alegría, llevaron a cabo una reinterpretación de la doctrina social de la Iglesia. El problema «moral» fue el de la cerrazón eclesiástica frente al modelo moderno de vida, que no era ya el de la abstinencia, sino el de la «cultura de consumo». Y para continuar con el lenguaje de

Max Weber-Pérez Díaz, del «monopolio» se pasó al «mercado abierto» en estas tres dimensiones.

Pérez Díaz hace distinciones y juegos de palabras agudos, así la temida-deseada «secularización», que pudo significar tanto la negación de la religiosidad como la de la eclesialidad; y también la hipótesis de una «ironía divina» con la Iglesia católica española, en otro tiempo bienquista, malquista ahora.

## Lectura parcial

Es obvio que mi lectura de *La primacía de la sociedad civil* ha sido extremadamente parcial, pues ni siquiera he hecho la menor referencia directa al tema que su título enuncia. Y también es obvio que la del libro *Religión y sociedad en España* ha sido histórica, filosófica y religiosa, cuando el libro en tanto que tal es eminentemente sociológico, con multitud de encuestas y estadísticas. Por eso mismo quiero terminar el artículo como termina el libro mismo comentado, hablando del único artículo estrictamente filosófico-religioso, el de mi joven colega y querido amigo Fernando Velasco sobre «La religiosidad integrista y la religiosidad ilustrada en el proceso de modernización de España».

Fernando Velasco es un excelente conocedor de su tema, al que ha dedicado todo un libro. Integrismo e Ilustración equivalen para él a Contramodernización y Modernización. Para el integrismo el factor religioso-teológico era absolutamente determinante, la Iglesia ha de tener siempre la última palabra entregada totalmente a Roma, lo que significa un nuevo «Pueblo elegido», los españoles «somos cristiandad» y no podemos dejar de serlo porque eso equivaldría a una «vuelta al paganismo». El «espíritu de Cruzada», el «lenguaje apocalíptico» y el «espíritu de obediencia», así como la «sacralización de la vida civil» y la íntima y subordinada unión del Estado a la Iglesia son sus notas esenciales.

## Creencia compatible

La Institución Libre de Enseñanza o, como prefiere decir el autor, el «krausinstitutionalismo», por la gran influencia que el filósofo Krause ejerció sobre ella, rechazó rotundamente estas afirmaciones pero, según Velasco, defendió, junto a la «libertad» del hombre, la compatibilidad de la creencia religiosa con el pensamiento liberal. La libertad arbitraria está bien que sea frenada por la religión para que no se caiga en la indiferencia. Según el autor la «religión» no es sino «eticidad» (opinión, a mi parecer un tanto exagerada), el hombre es de uno u otro modo, un ser religioso y Jesucristo, agrega, era para estos pensadores, «el mejor modelo de hombre». Y ya por su cuenta agrega que el integrismo era, ante todo, una actitud, un «talante», según mi denominación y en cuanto tal, previo y cerrado a la racionalidad. □

## En el próximo número

Artículos de Francisco Ruiz Ramón, Manuel Alvar, Francisco Márquez Villanueva, Carlos Seco Serrano, Antonio García Berrio, Olegario González de Cardedal y Francisco Marsá.

## RESUMEN

Aunque lo que provoca el artículo de Aranguren es el tema del hecho religioso en la España contemporánea considerado desde una perspectiva sociológica, pronto el comentarista, por propia desviación intelectual, se enfrenta

al hecho desde posiciones históricas, filosóficas y religiosas, que le son más afines, y que le permiten terciar desde su propia experiencia personal como testigo de algunas de las cosas que en los textos, objeto de su comentario, se tratan.

Rafael Díaz-Salazar y Salvador Giner

*Religión y sociedad en España*

Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1993. 382 páginas. 2.500 pesetas.



## La literatura española, en su hora europea

Por Francisco Ruiz Ramón

**Francisco Ruiz Ramón** (Játiva, Valencia, 1930) ha sido profesor de Literatura Española en las universidades de Oslo y Puerto Rico y desde 1968 en Estados Unidos. Actualmente es «Centennial Professor of Spanish» en la Universidad de Vanderbilt. Entre otros premios, ha obtenido el «Gabriel Miró» (1982) y «Letras de Oro» (Estados Unidos, 1988). Es autor de *Historia del teatro español: desde sus orígenes hasta 1900*, *Historia del teatro español: siglo XX y Calderón y la tragedia*, entre otros.

Hace un año, en noviembre de 1993, apareció como novedad en las librerías de París el voluminoso tomo I de una nueva *Historia de la literatura española* (Fayard), dirigida y coordinada por el hispanista francés Jean Canavaggio, casi al mismo tiempo que a las librerías españolas llegaba otra nueva *Historia de la literatura española* (Everest), en tres volúmenes, coordinada por Jesús Menéndez Peláez. Tres años antes salían casi simultáneamente en Italia y España los dos densos volúmenes de una nueva *Storia de la civiltà letteraria spagnuola* (UTET) / *Historia de la literatura española* (Cátedra), coordinada por el hispanista italiano Franco Meregalli. Y en febrero de este año la prestigiosa y veterana Bibliothèque de la Pléiade (Gallimard) lanzaba un espléndido tomo I dedicado al *Teatro español del siglo XVII*, dirigido por Robert Marrast, con una introducción general de Jean Canavaggio, en donde se recoge, en cuidadas traducciones de conocidos especialistas franceses, una veintena de textos de Lope de Vega, Guillén de Castro, Mira de Amescua, Vélez de Guevara y Ruiz de Alarcón, rigurosamente presentados, anotados y acompañados de una selecta bibliografía.

El tomo II, dedicado a Calderón y su ciclo de dramaturgos, es ya anunciado como de próxima salida. Finalmente, entre 1989 y 1991, tres hermosos volúmenes de similares características (textos traducidos, presentados y anotados por especialistas), dedicados respectivamente a Lope de Vega, Calderón de la Barca y Tirso de Molina, han ido apareciendo en excelentes ediciones a cargo de los hispanistas italianos Mario Socrate, Maria Grazia Profeti y Carmelo Sa-



MARISOL CALÉS

mona, publicados por el editor de Milán, Garzanti. Basten estos ejemplos recientes de la intensa actividad editorial del hispanismo italiano y francés como marco de una reflexión centrada especialmente en la nueva *Histoire de la littérature espagnole*, de Fayard, para limitarnos sólo a los países mediterráneos.

### Pasión por la teoría

La misma pasión por la teoría que ha sacudido hasta sus raíces a todas las disciplinas humanistas o, si se prefiere en la más amplia fórmula de Dilthey, de todas las «ciencias del espíritu», provocando en cada una de ellas, del psicoanálisis a la economía y de la antropología a la historiografía, un brillante y fecundo estado de crisis permanente, ha invadido también con irresistible fuerza el campo de la historia y crítica literarias en sucesivas oleadas y con distintas enseñanzas —estructuralistas, hermenéuticas, semióticas, recepcionistas, desconstruc-

cionistas, textualistas, sistemistas, postmodernistas—, obligando a revisar y reformular tanto sus presupuestos y principios como sus conceptos operatorios, sus métodos y su lenguaje. Ninguna de las partes o niveles del sistema de la historia literaria —periodización, géneros, categoría, autoría, producción, contexto, axiología, estilo, difusión, influencia— ha escapado al cuestionamiento y a la tensión introducida por la dramática disociación y el conflicto de métodos históricos, estéticos, formales de la inquisición teórica.

Dejando piadosamente en la sombra las homicidas tendencias y prácticas terroristas de ciertos exégetas, manipuladores dogmáticos de la teoría o los efectos caóticos o, por lo menos, anárquicos, de diversas «lexicorreas» del idiolecto técnico que dificultan la comunicación y la comprensión entre tendencias distintas y abren espacios huecos de discusiones nominalistas y bizantinas digresiones para rizar el rizo, pienso que puede asumirse sin grandes riesgos que la «historia de la literatura» ha experimentado desde la década estructuralista de los sesenta un vigoroso y saludable movimiento de renovación gracias al tratamiento de choque y confrontación con el pensamiento teórico.

Sin embargo, es conveniente no olvidar, como escribía ya Eva Kushner en su inteligente y cauta introducción al libro de Actas por ella editado (*Renouvellements dans la théorie de l'histoire littéraire*, Ottawa, Société Royale du Canada, 1984, página 101), que la teoría, cuyo desarrollo tan fructífero ha sido en tanto que ha reaccionado contra todas las prácticas empíricas y aproximativas de la historia literaria, corre el peligro de

morir de inanición o de solipsismo si no se alimenta de la comprensión de lo particular, es decir, en última instancia, en la consideración equilibrada y constante de los cuatro términos de la comunicación literaria: «autor, texto, lector, contexto». Es ese equilibrio del circuito global de la comunicación literaria el que podría o debería constituir idealmente el fundamento de todo proyecto metodológico de una historia de la literatura mediante previa separación dialéctica, durante el proceso de planificación de las antinomias que enfrentan como irreconciliables, más a menudo a nivel teórico que pragmático, Poética e Historia, Sistema y Proceso o Historia «crítica» (teórico/estética) e Historia «histórica».

### Servir de modelo

Creemos precisamente ver ese equilibrio en el tomo I de la nueva *Historia de la literatura española*, de Fayard, en la que documento y texto, situación histórica e invariantes poéticas, estructura, significación y valor, referencia y coherencia parecen encontrar siempre su justo punto de intersección. En este sentido, y en otros a los que a continuación nos referimos, podría servir de modelo de la nueva manera —en vías de establecerse— de construir la historia de la literatura en general y de la española en particular.

La amplitud del campo de investigación y la complejidad del sistema de conexiones entre pasado/presente, diacronía/sincronía, permanencia/cambio, producción/recepción,



### En este número

#### Artículos de

Francisco Ruiz Ramón	1-2	Antonio García Berrio	8-9
Manuel Alvar	3	Olegario G. de Cardedal	10-11
F. Márquez Villanueva	4-5	Francisco Marsá	12
Carlos Seco Serrano	6-7		

SUMARIO en página 2



## La literatura española, en su hora europea

o de los problemas de periodización y clasificación del objeto literario sometido a la tensión entre distintos modelos de configuración simbólica, más el volumen (difícilmente abarcable en su totalidad) de la bibliografía —teoría, historia, literatura—, por mencionar sólo los aspectos más obvios de la empresa actual de escribir una historia de la literatura, ha tenido como efecto más visible la desaparición paulatina del autor singular como redactor único y su sustitución por un equipo de investigadores universitarios especialistas en autores, períodos o géneros, los cuales, sin perder su autonomía, trabajan bajo la dirección de un coordinador de obra que selecciona a los colaboradores en función de la multidisciplinariedad del proyecto a realizar colectivamente. Para evitar el peligro de dispersión que la diversidad de colaboradores puede causar, produciendo una simple suma de monografías desiguales, es fundamental que el director del equipo, a la manera en que el director de orquesta trabaja sobre una par-

titura, reúna a sus colaboradores «en torno a un proyecto, pero proyecto de método» (Salaun, Serge, y Serrano, Carlos, en *Histoire de la littérature espagnole contemporaine. XIXe et XXe siècles*. Presses de la Sorbonne Nouvelle, París, 1992, pág. 14). Así sucede en el tomo dirigido por Canavaggio, el cual puntualiza en su nota preliminar: «Diversidad, pero no disparidad, desde el momento en que las contribuciones aquí reunidas proceden de un proyecto de conjunto claramente definido desde el comienzo. Es en función de ese proyecto como hemos deducido ejes de reflexión, distinguido corrientes y tendencias, acordado su justo lugar a los grandes nombres, sin por lo tanto descuidar autores poco o mal conocidos (...). Ni palmarés, ni panteón, esta historia que se quiere coherente es, como se debe, construcción» (pág. 14).

### Discurso crítico polifónico

El «proyecto de método» que, desde el origen mismo, establece el fundamento de la concordancia y la convergencia de la empresa plural, sin perjudicar la diversidad y la autonomía de las colaboraciones, las cuales aumentan la riqueza del producto final sin atentar a su unidad, debe ser también, en último término, responsable de la construcción del significado global de la obra colectiva. Esta, en tanto que discurso crítico polifónico sobre textos «situados» en el pasado, obviamente, «desde» la plataforma moviediza del presente, sólo puede aspirar a la coherencia final de su significado como construcción de una «historia de la literatura española», si no olvida su carácter de producto de una mediación históricamente situado, a su vez, en un sistema cultural concreto. Es decir, el francés en el caso que nos ocupa y da pie a estas reflexiones.

La novedad de esta nueva *Historia* (francesa) de la literatura española proviene de su lucida conciencia de ser una nueva mediación —metodológicamente asumida— a partir de la conciencia de la insuficiencia radical de todas las mediaciones anteriores

fundadas ideológicamente en visiones de «otras» Españas —la pétreamente escurialense de Felipe II, la pintoresca, «corridas y flamenco», del romanticismo o la negra de la «España trágica de la guerra civil y la dictadura» (pág. 7)— ya periclitadas. La consecuencia metodológica más inmediata es la necesidad programática de mirar de nuevo a la historia de la literatura española para producir una significativa construcción histórica de ella que responda a la nueva visión de España y del sentido de la historia literaria que se origina en el reconocimiento de una «España inédita que, en poco más de diez años, ha restaurado la democracia, revelando su dinamismo económico, religada a la Europa comunitaria» (pág. 7), aunque sin perder todas sus tensiones. Desde ese reconocimiento de la nueva España europeamente comunitaria se traza, instalándose en un nuevo punto de vista que aboga por la ruptura de los estereotipos —incluidos naturalmente los de la propia historiografía española—, la fascinante trayectoria de la literatura española de la Edad Media a fines del XVII, no como un bloque homogéneo, sin fisuras, sino como «un amplio movimiento que trasciende constantemente mutaciones y rupturas» (pág. 10), y en el que, al igual que en las otras literaturas europeas, sus autores y sus textos asumen en sus obras las contradicciones de su tiempo, desbordando el sistema de representaciones de la época o los límites del discurso institucional. Especialmente valiosos, como modelos de hermenéutica a seguir,

son, en mi opinión, los dos capítulos que introducen sinfónicamente la literatura del XVI (págs. 283-315) y del XVII (págs. 495-514), cuyos respectivos autores son Joseph Pérez y Jean Canavaggio, y cuyos títulos son, significativamente, «Una nueva conciencia» y «El tiempo de las contradicciones». Sólo desde la problematización de la visión histórica del pasado puede accederse «también» a una necesaria y saludable «nueva conciencia» de las contradicciones dialécticas de la literatura española del XVI y del XVII, condición «sine qua non» para una percepción rigurosamente nueva.

### Ejemplo paradigmático

En busca de un nuevo lector francés, el cual podría ser sin graves problemas de adecuación el nuevo «honnête homme» europeo, incluido desde luego el español, esa nueva *Histoire de la littérature espagnole* no sólo abre de par en par las puertas del reloj cultural de nuestro tiempo a la hora europea de la historia de la literatura española, sino que es, a la vez, y sobre todo, el signo de «otra» Francia y, en conclusión, de «otra» Europa, superando así prejuicios es-tribados en viejos estereotipos. En este sentido, y en los otros ya señalados, esta nueva *Histoire de la littérature espagnole*, salida del concertado trabajo del hispanismo francés de hoy, podría considerarse como ejemplo paradigmático de una nueva historia europea de la literatura española. □

### Qué es

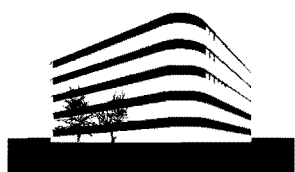
**SABER** Leer

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER** Leer

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

### RESUMEN

El profesor Ruiz Ramón enmarca la puesta en marcha en Francia de una historia de la literatura española, cuyo primer volumen comenta en su artículo, en la intensa actividad editorial que está llevando a cabo en los últimos

años el hispanismo francés e italiano; estudios teóricos, algunos de ellos, y nuevas aproximaciones a los textos, en otros casos, que bien podrían servir de modelo para una nueva manera de construir la historia de la literatura.

Jean Canavaggio (ed.)

*Histoire de la littérature espagnole (I. Moyen Age-XVIe siècle-XVIIe siècle)*

Fayard, París, 1993. 884 páginas. 390 francos.

## SUMARIO

	Págs.
«La literatura española, en su hora europea», por Francisco Ruiz Ramón, sobre <i>Histoire de la littérature espagnole I</i> , de Jean Canavaggio (ed.)	1-2
«Poesía en dialecto molisano», por Manuel Alvar, sobre <i>Moliseide. Songs and Ballads in the Molisan Dialect</i> , de Giosse Rimanelli	3
«La imposible saga de los Marx», por Francisco Márquez Villanueva, sobre <i>La saga de los Marx</i> , de Juan Goytisolo	4-5
«El trágico destino del general Batet», por Carlos Seco Serrano, sobre <i>El general Batet</i> , de Hilari Ragner	6-7
«Retórica de la metamorfosis», por Antonio García Berrio, sobre <i>Contrariedades del sujeto</i> , de Carlos Piera	8-9
«Teología o la verdad de Dios», por Olegario González de Cardedal, sobre <i>Teología Sistemática I</i> , de Wolfahrt Pannenberg	10-11
«Sobre el lenguaje escrito», por Francisco Marsá, sobre <i>Aprendizaje del lenguaje escrito. Procesos evolutivos e implicaciones didácticas</i> , de Liliana Tolchinsky	12

# Poesía en dialecto molisano

Por Manuel Alvar

**Manuel Alvar** (Benicarló, Castellón, 1923) ha sido catedrático de universidad y director de la Real Academia Española, de la que sigue siendo miembro. Premio Nacional de Literatura, es autor de numerosos trabajos lingüísticos y literarios, habiendo creado los *Atlas Lingüísticos del Español*.

Italia es un país de honda complicación lingüística. Llena de dialectos internos, suscita mil problemas que se han enfrentado desde una ladera estrictamente científica. No diré que siempre haya habido serenidad al encarar las cuestiones —¿dónde la hay?—, pero sí se han editado libros importantes. Ya hace veinte años se publicó una compilación muy valiosa (*Dal dialetto alla lingua*, Pisa, 1974) y poco después Rosana Sarnicola estudió cuestiones que ahora deben afectarnos (*La competenza multipla. Un analisi micro-socio-linguistico*, Nápoles, 1977). Investigador tan solvente como Manlio Cortelazzo ha señalado cómo los rasgos arcaicos del dialecto véneto van siendo eliminados por la acción de la koiné véneto-juliana o por la activa del italiano, y Flavia Ursini demuestra cómo la lengua nacional, instrumento de cultura y de progreso económico, se impone incluso a dialectos de cierto prestigio. A veces se exagera y se dice que todos los italianos son «bilingües o diglotas», lo que no sería nada nuevo, si lo que pretendiéramos fueran razones objetivas. Todos, en todas las lenguas, somos diglotas o políglotas, porque cada uno de nosotros es un sistema de sistemas, pero se atomizan las cosas cuando en un hombre (o en una mujer) se dice que coexisten el dialecto local, el dialecto «más o menos regional», el italiano regional y el diasistema italiano. De paso se ha creado, también, una reacción contra la toscanidad que había sido aceptada por el prestigio de unos grandes autores (Dante, Petrarca, Boccaccio) y por la unidad de Italia, lograda tras infinitos sacrificios.

## Literatura dialectal

Si las situaciones que acabo de describir nos llevan a un mundo en el que la nostalgia aparece no pocas veces, hay una literatura digna que nace, precisamente, de la nostalgia: es el desarrollo de la creación en dialectos que cuenta con nombres que ya son ilustres: Pasolini, Pierro, Baldassarti, Guerra, Bolognesi, Giacomini, Scataglini... La recuperación del dialecto por estos creadores es el retorno hacia una dimensión perdida del ser, la «riconquista di una verginità», de que habló Giambattista Faralli en *Poesia dialettale del Molise. Testi o critica* (Isernia, Italia, 1993). Estamos muy lejos de lo que entre nosotros se ha hecho al cultivar la poesía dialectal: pienso en Antonio González Reguera, cura del concejo de Carreño que en el siglo XVII cantaba en octavas reales la tragedia de *Dido y Eneas*, o en C. Cabal que en *L'Alborá de los malvives* escribía poemas petrarquescos a los que llamaba «madrigales del bable», o en la abundante muestra que recogió García Rendueles en *Los nuevos bablistas*. Creo que no son éstos los caminos que deben seguirse para la dignificación del dialecto, sino la interiorización que pudo tener en quienes fueron capaces de crear (y dejémoslos de valoraciones estéticas) Gabriel y Galán, Vicente Medina, Luis Chamizo y Veremundo Méndez Coarasa. Tal vez sea así como se logran poemas perdurables, y si no que lo diga la admiración que Juan Ramón Jiménez sintió por el poeta murciano, a cuya imagen y semejanza escribió *La carbonerilla*



RAFFAELE GRASSI

quemada, o cuánto le debe la producción primera de Miguel Hernández.

Vamos acercándonos a lo que pretendo comentar, aunque esta introducción me sea imprescindible. Acabo de citar la recentísima *Poesia dialettale del Molise* (Molise es una región a orillas del Adriático, junto a la Campania y a los pies de los Abruzzos); en ella se incluyen Giuseppe Altobello, Domenico Sassi, Michele Cima, Luigi A. Trofa, Eugenio Cirese, Giovanni Cerri, Nina Guerrizi, Giuseppe Joveni y Giosse Rimanelli. Me quedo con el último de estos escritores: poeta, narrador, investigador en italiano, en inglés y, ahora, autor de un libro, *Moliseide (Songs and Ballads in the Molisan Dialect)*, en su dialecto regional. ¿Qué carácter tiene la poesía dialectal de Rimanelli? Apresurémonos a decir que no es una taracea lingüística en la que se sustituyen los términos de la lengua común por otros dialectales. No. Tampoco es la poesía erudita que se presenta con una cobertura diferente. Es —lo dice Faralli— la imagen de «una tierra místicamente interiorizada, traducida en términos existenciales, pero sin residuos patéticos ni sentimentalismos banales». El poema *A vije du Molise* podría explicar semejantes sentimientos. El texto, redactado en dialecto, ha sido traducido al inglés y al italiano. Por mi parte, lo pondré en español: *La vía del Molise*: «Cuando te apoyas en el cristal del pensamiento / y fuera llora el sol, se hace la noche / la sangre se te hiela, eres extranjero: la vía a tu tierra, ¿dónde está? / (...) El camino de Molise es dulce dulce, / se alarga por los montes y sobre los ríos (...) / Siente una voz antigua que te llama / desde la oscuridad de la fuente, desde la fronda. / El sueño ha sido largo, demasiado profundo, / pero ¿vuelvo ahora para darme? / Molise, Molise: sé cardo y sonrisa; / estoy aturdido por el frío y el calor. / Molise, Molise: sé flor y sonrisa. Este corazón mío late fuertemente, vengo a besarte.» (Copiaré en dialecto la primera estrofa para que se vea la diferencia con el italiano normativo: «Quanne t'èzzicche a i vríte du pènzíere / e fóre chiange u sole, ze fa' notte, / u sanghe te ze chiàtre, sie' strèniere: / a vie da terre t'íje dónde stá?»)

Esta fusión del hombre con su tierra tiene una densa calidad lírica que otras veces se vuelve a los cantos populares y aun son acompañados por la música que Benito Faraone ha escrito para ellos. En este sentido es obligado leer el «Prefacio» que el poeta puso a *Moliseide*, donde se retrata tal y como lo conocemos por su obra anterior: brillante, agudo, políglota, fugitivo, emigrante,

nostálgico, apasionado. ¿Cuántas cosas más? Son las que él enumera y, sin duda, se queda muy corto, pero nos vale para cubrir cuanto es; válganos una declaración suya «linguistiche possibilità di una narrazione lirico-orale, musicale, approssimativa dei livelli della sua umana e intellettuale esperienza». Estas palabras se hermanan con las de Luigi Bonaffini que trata de caracterizarlo como escritor experimental que coincide con el desarrollo de una nueva lengua y la recuperación de los dialectos desde hace unos veinte años.

## El resurgir de los dialectos

Y en ello participan múltiples razones, sean de reacción contra la sociedad postindustrial, la recuperación de la memoria étnica y la salvación de los recuerdos personales. Así, psicológicamente, el dialecto se convierte en «un lenguaje arcaico y sagrado que puede ser capaz de levantar nuestro ser sepultado». El libro es una evasión hacia sus orígenes que en Canadá o en los Estados Unidos podían borrarse o, al menos, estar sumergidos en una vida de acezantes presiones. Acaso *Moliseide* es un volver a vivir ese mundo en que la infancia creó sus propios paraísos. El juego poético, las antinomias verbales, la misma disposición de los versos dan a veces a esta poesía el carácter lúdico que tienen los cantos populares, con su sentido de la realidad próxima, de la melancolía y de los sentimientos contrapuestos. Me permito traducir *Rita*: «Has nacido en una rosa / y creada bajo el cielo: / tienes los ojos como los gatos, / un mundo sin edad. / Te miro y descanso / con el sol y la escarcha: / este amor mío es como un aire fresco / para vivir y respirar. / Rita: / una vida, / una voz, / una cruz. / Rita: / una vida, / un canto, / un lloro. / Rita: / una vida, / un corazón, / ¿un amor / que muere? / No muere. / ¡Pero muere!»

## RESUMEN

Italia, nos advierte Alvar, es un país de honda complicación lingüística, con una lengua común, el toscano, que es el italiano en el que todos se entienden, y una multitud de dialectos locales o regionales. En este contexto, que tiene muchos

Ha dicho Bonaffini que este regreso de Rimanelli es múltiple: a su tierra y a su lengua mítica; pero, junto a ello, a las fuentes de la vieja poesía románica (la de los clérigos y la de los trovadores). Nuestro autor no es una fuerza de la naturaleza sin dominio, sino cósmicamente unida a todo cuanto sirve para devolver la virginidad a un mundo traspuesto. Pienso en la poesía goliardesca y no me asusta emplear el adjetivo, porque gracias a ella, la cultura occidental tiene bellísimos motivos que aún perduran, recogidos allí donde la flor se había abierto. ¿No es así como crea el clérigo vagante que es Rimanelli? Clérigo en la acepción de sabio; vagante, en la de inquieto. «¡Gaudeamus igitur!» ¿Tal vez nos conformemos con la *Baladilla delincuente*? «Pero qué, / ¿qué queréis hacer? / ¿A quién, / a quién tú lo desees, a quién lo...? // Si la muerte viene, / ¿no te encontrará, / donde te escondiste? // Agarra el tonel, / queremos beber. / Abrid la puerta, / queremos entrar. // Tú, quédate, / debes estar conmigo, / quiero decírtelo: / te amo.»

## Una poesía telúrica

Se habla del acercamiento de *Farà Giorno* a una canción de alba provenzal, pero no basta. Albas hubo antes de los trovadores en las jarchas mozárabes y las sigue habiendo en las alboreas de los gitanos. *Moliseide* ha devuelto —o ha instaurado— una poesía telúrica, que nace cuando llega la claridad del día al mundo lírico también. Y recupera para su dialecto la intimidad más recatada («Me he dormido dentro de tu corazón. / Me he perdido dentro de tu amor») y los versos anhelantes para expresar esos sentimientos. Los hemos visto rotos, escalonados en *Rita*, y ahora los tenemos cuasi caligramas en un poema de amor desesperado: «El amor / es una caricia / cuando hay amor. / El amor es una tristeza / cuando no hay amor. / Gírate, / déjame verte. / Te quiero esta noche. // El amor / es pura esencia / cuando hay medida: / es luz / de esta naturaleza, / figura y conocimiento / (...) / Esta noche / no quiero pensarlo.»

Versos en dialecto, y en italiano. Traducciones inglesas, porque este libro inicia una serie de estudios sobre la cultura de la Italia meridional e italo-americana. Giosse Rimanelli es una figura fundamental en un mundo de complejas relaciones. Algún poema suyo habla de esto. De su no ser extraño —su vida toda— se enriquece con esta triple realización y con la fusión de otras muchas culturas que no le son ajenas. Teníamos el Rimanelli narrador, y el ensayista, y el investigador. Ahora tenemos el poeta dialectal: encariñado, redivivo en sus emociones, rejuvenecido. Su mundo se ha ensanchado. Quienes seguimos su producción sabemos lo que este hombre logra en cada uno de sus pasos y cómo asienta sus pisadas lejos de cualquier frivolidad o de cualquier conveniencia ocasional. Rimanelli es uno y múltiple: la variedad del hombre está incardinada en una sustancial unidad. Lo mismo que su pluralidad lingüística. □

precedentes literarios, saluda la aparición de un volumen de poesía en dialecto molisano, y que por el contenido y por la utilización del habla dialectal, acaso sea un volver a ese mundo en el que la infancia crea sus paraísos.

## Giosse Rimanelli

### *Moliseide. Songs and Ballads in the Molisan Dialect*

Studies in Southern Italian and Italian-American Culture, Peter Lang, Nueva York, 1992. 334 páginas.

# La imposible saga de los Marx

Por Francisco Márquez Villanueva

**Francisco Márquez Villanueva** (Sevilla, 1931) actualmente regenta una cátedra de honor en la Universidad de Harvard. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: El problema morisco, Orígenes y sociología del tema celestinesco y El concepto cultural alfonsoí.

La obra novelística de Juan Goytisolo constituye un caso aparte en el panorama de las letras de habla española. Profundamente centrada sobre sí misma, avanza con pasos seguros y sin distracciones que la desvíen de sus primeros momentos. El amor a la libertad bajo todas sus formas, el estricto respeto a la lengua y el compromiso con la responsabilidad moral del escritor son las fuentes inagotables del arte austero de Juan Goytisolo. El gran fustigador de las patrioterías cavernícolas es a la vez uno de los autores más insertos en un radicalismo quintaesencialmente hispánico, sobre la línea de Quevedo, Goya y Buñuel. Internacionalista acérrimo en el testimonio de su propia vida, es también de los muy pocos en no vivir colgado de la última lectura extranjera ni contribuir a la servil colonización de nuestro panorama literario. Tales son los limpios veneros de que en último término procede también su última novela, *La saga de los Marx* (1993).

## Mitoclastia

Juan Goytisolo confirma aquí su vocación de mitoclasta y delador de todas esas pomposas beaterías que empiezan en ridículas y terminan en ríos de sangre. Le llega esta vez el turno a la dudosisima canonización de Carlos Marx (1818-1883) y de las tesis o doctrinas de que en gran medida se han alimentado las ilusiones, las luchas y, finalmente, las decepciones de la humanidad en los últimos cien años. La oportunidad de la novela es la de realizar un balance por primera vez posible tras el derrumbamiento de los socialismos «reales», lo cual es algo distinto, y hasta opuesto, de ningún intento de hacer leña del árbol caído, de la lanzada al Moro muerto (Moro era apodo familiar de Marx), ni del buitre tentado por un festín de carroña. La reflexión crítica, e incluso autocrítica, de Goytisolo acerca de esta otra orilla de mitos viene, como se sabe, de los tiempos en que parecían (como el Reich hit-

leriano) garantizados para los próximos mil años. Fueron objeto de páginas implacables y ya históricas, que en su día le valieron condenas y excomuniones, pero que de un modo decisivo confirmaron ante los hombres de buena voluntad el rumbo claro y rectilíneo de su obra. Ahí están, si no, aquellos testimonios acerca de la degeneración dictatorial de la revolución cubana, de la vida de privilegios garantizada a unos pocos en los regímenes del Este o el juicio acerca de la autobiografía de Brezhnev, pieza de antología en nuestra hispana tradición de literatura paradójica o adoxográfica.

*La saga de los Marx* se propone lanzar una mirada objetiva a la vida del gran pensador, con un reparto de primeras figuras en que figuran la esposa de éste, Jenny von Westphalen, su inmediata y poco feliz descendencia (Jenny, Laura, Eleanor) y la fidelísima sirvienta, Helena Demuth (Lenchen), que de hecho fue un miembro más de la familia, hasta el punto de ser enterrada en el panteón londinense de ésta. En torno a este núcleo doméstico gira una Babel de publicistas, conspiradores y pescadores de río revuelto que ha sido objeto de una intensa documentación por parte del autor. Lo único que no hay allí es ni héroes ni santos. El mismo Marx es objeto de una desmitificación total y el retrato sin maquillaje no deja de ofrecer rasgos casi monstruosos. Como todo el mundo sabe, a Juan Goytisolo no le duelen prendas, y si no ahí está el recuerdo de la visita turística que una vez condujera a ciertas reconditeces anatómicas de Isabel la Católica. El sumo pontífice del socialismo «científico» es evocado ahora en todas sus contradicciones de pequeño burgués, que impone a los suyos terribles sacrificios y deja embarazada a la pobre Lenchen. Su vida le desmiente con sus claudicaciones de jugador vergonzante en la Bolsa y en el trato de zancadillas y golpes bajos que florece a su alrededor. ¿Su obra? Pues también un mapa de zig-zags estratégicos, de ampulosas repeticiones, de distingos escolásticos que no resisten el soplo de la realidad. ¿La puesta en práctica de sus ideas? El fracaso monumental, con episodios de farsa, de horror y de infamia que todos conocemos. ¿Su herencia? Un baratillo de símbolos masificados, de pésima literatura y pedazos del muro berlinés.

## La fantasía liberada

Es propio del autor el elegir para sus obras una básica referencia de orden lingüís-

tico, como era para *Makbara* la recitación popular árabe, el fulgurante lirismo sanjuanista en *Las virtudes del pájaro solitario*, el delirio de la espiritualidad sufí para *La cuarentena*. En el caso de *La saga de los Marx*, dicha apoyatura habrá de ser de naturaleza muy distinta, en cuanto estilización de la lengua grisácea del positivismo decimonónico. De ahí el efecto como de cine en blanco y negro que, en contraste con la fantasía caleidoscópica de aquellas otras obras, envuelve a este nuevo libro.

La agilidad creadora del autor habrá de acogerse esta vez a una diversidad de recursos para no escribir ni la biografía convencional ni el estudio académico del marxismo, que, no por eso, dejan de latir en sus cimientos. Su primer paso es la abolición liberadora de las categorías de tiempo y espacio. Marx es entrevistado por la televisión, pasea por el París actual o visita una exposición de pintura estalinista, cuyos héroes y heroínas del trabajo por cierto le acosan y abuchean. Pontifica sobre la primera y segunda repúblicas españolas y despótica contra Bakunin en la visita que supuestamente le hace el anarquista español Anselmo Lorenzo (1840-1913). Como judío asimilado hasta tiene un toma y daca con el patriarca Abraham, que le suelta un rapapolvos por inventarse un profetismo de modelo bíblico para alejar a los pueblos de sus viejas creencias. Televisión y «paparazzi» se amontonan a la puerta de la comisaría donde Marx ha sido detenido, por sospecho de robar una vajilla de plata. A todo eso, Bakunin enjuicia a su vez a Marx y se excusa de asumir un papel activo en la acción, alegando que para eso se halla muerto desde 1876.

## «La baronne rouge»

Lo único que por este camino puede echarse en falta es, curiosamente, un hecho real que, de ahora en adelante, está destinado a parecer un episodio desgajado de este libro. Se trata, por supuesto, de aquel fatídico «¿Libertad para qué?», pronunciado por Lenin en su famosa conversación de 1920 con nuestro granadino Fernando de los Ríos, y al que la historia acaba de dar cumplida respuesta.

La novela nos conduce, en uno de sus giros inesperados, a presenciar el rodaje de una película acerca de los Marx bajo el título sensacionalista de *La baronne rouge*, que al parecer es como han dado en llamar a la buena Jenny von Westphalen. Bajo un tono

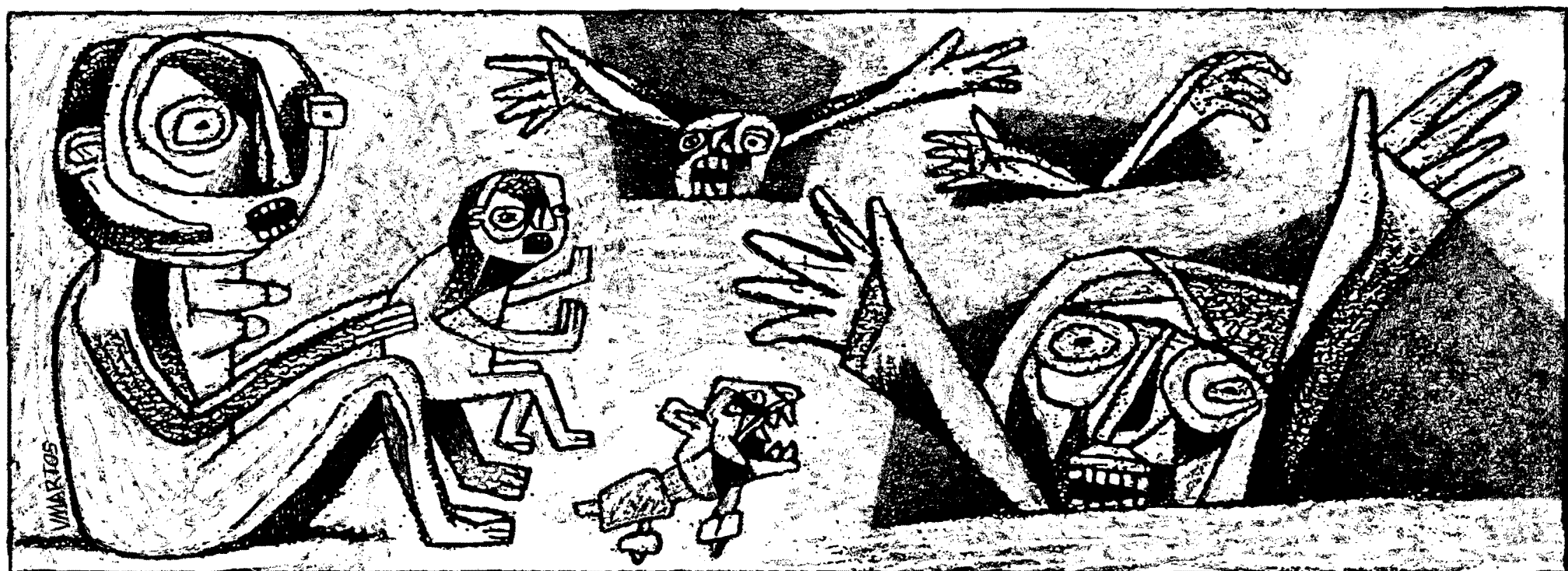
de muy hodierna chuscada, sus confusas peripecias cubren buena parte del libro, sin que al final llegue a aclararse, al menos, si quienes allí desempeñan los papeles son realmente los Marx o unos actores mejor o peor caracterizados de tales.

La finalidad de todas estas libertades no es, en modo alguno, la evasión a ningún reino fantástico, sino un esfumar las fronteras entre lo real y lo imaginado. Aquel engendro de película sirve de pretexto para narrar el acto de su estreno, con todos los habituales bombos publicitarios, entre los cuales figura un debate televisado a cargo de distinguidos especialistas marxianos (no hay ya marxistas). Siendo, como es, un puro ejercicio irónico acerca de estos prodigiosos ejercicios, se basa en un serio conocimiento de la crítica actual en dicho campo. El desfile de jergas pedantescas, trufadas de los piques y desplantes entre los ponentes, hace pensar si, en ciertos momentos, no estaremos escuchando la transcripción de un acto de esta clase. Sólo que la «realidad» de la novela se encargará de irrumpir en cierto momento para dar ignominioso fin al estéril escarceo.

## El autor y su doble

Bajo dicho prisma tan artificiosa pero no artificialmente fantástico, una figura de autor entra y sale, deslizante, por *La saga de los Marx*. Su circunstancia es la de un atrapado, a sueldo de cierto editor dispuesto a sacarle una biografía comercial para multitudes. Impaciente con el lento progreso de la obra y el aspecto desaliñado de ésta, no deja de mostrarse amañador, a la vez que finge «ayudar» al escritor, imponiéndole una serie de pies forzados. Responden éstos a una visión sentimentalizada de Marx en un contexto de evocación histórica —o seudohistórica al uso—. El riesgo es que, de seguirlos, el malhadado libro resultaría una segunda edición, o muy poco menos, de *La baronne rouge*, que ahora comprendemos figura allí justo para marcar las antípodas de *La saga de los Marx*.

El asendereado autor no está para muchos heroísmos y trata de salir del paso como mejor puede. Por ello ha de recurrir a entrevistar en persona a Carlos Marx, con el que por primera vez conversa en sus días más difíciles y en medio de la triste cochambre del domicilio londinense de Dean Street. El re-



VICTORIA MARTOS

Viene de la página anterior



petido interrogatorio del protagonista es una escapatoria de que se echa mano cuando el desorientado autor no sabe por dónde tirar. Es preciso reconocer que Marx se expresa en estos casos con notable elegancia y buen decir, y que su vasta cultura se extiende hasta parodiar con gracia un famoso fragmento de *La Celestina*. El lector saca de allí la idea de un hombre inteligente y bondadoso, si bien auto-centrado y desde luego no un prodigio de generosidad ni de tolerancia hacia el prójimo. Marx llega además a interesarse en el retrato biográfico que sobre él se gesta, y lo discute con el autor de un modo similar a como hacía con Francisco Delicado la Lozana Andaluza, natural de la Peña de Martos. Pero como el lector está ya un poco saturado de Marx y de sus teorías, es justo que se le conceda también la oportunidad de escuchar a una dama bonita y bien educada como es su esposa, Jenny von Westphalen. Y nada esta vez de decepcionante ni indigno, sino el bello alegato de una mujer superior y enamorada como Dios manda de la grandeza de su marido.

El problema personal del autor a trancas y barrancas con su libro permite una bienvenida renovación del aire contaminado por las emanaciones de tanto hogar burgués. Es también la puerta abierta a un trío de personajes de hoy, compuesto por el oficioso editor con su afectado cultivo de imagen faulkneriana, un grisáceo asesor de más lastre que provecho y, de la mano de ambos, cierta inefable Lewin-Strauss, feminista y sexóloga, profesora de la Universidad de California en Los Angeles. Armada de unos cuantos latiguillos, se acreditará como la más juramentada y arbitraria enemiga que contra Marx y su obra se suscita en todo el libro. Más que un ser humano, es una máquina de injuriar a diestro y siniestro, en continuo abuso de la cortesía de sus interlocutores y de la poco cerebral persuasión de su busto desceñido.

Buen conocedor de la más reciente narratología, Juan Goytisolo tiene buen cuidado de desdoblarse de la figura o personaje como los demás que es este «self fashioned», escritor en apuros, con quien en ocasiones también conversa, tratándolo una y otra vez de «tú». *La saga de los Marx* se configura de este modo como una novela sobre el escribir otra novela de dicho título. Es un encargo que lúdicamente desemboca en el fracaso de quedar en un rimer de materiales fragmentarios e incapaces de proyectar nueva ni definitiva luz sobre el ilustre biografiado. Se trata, por supuesto, del risueño homenaje a una herencia cervantina puesta a contribución con saber y con tacto. No hay aquí ningún secreto de fábrica. Proyectada bajo una técnica de cortes en abrupta superposición de planos, *La saga de los Marx* es también un confesado experimento a instalar los procedimientos narrativos de la era electrónica «en el campo de maniobras abierto por Cervantes» (pág. 200).

### La otra cara

La marcada faceta des-canonizadora de la novela no hace de ella ninguna diatriba propagandística, sino un motivo de honda reflexión que comprime el resorte, pronto a saltar, de su inversión dialéctica. El infatigable trabajador del Museo Británico no deja de ser en todo momento un titán de la inteligencia. La responsabilidad imputable por la puesta en práctica de sus ideas y el fracaso final de éstas es objeto de continua ponderación: ¿Acaso la misma doctrina de Cristo no ha sido también objeto de mil monstruosas deformaciones? La complejidad de la vida real es inabarcable. No es preciso ir más lejos de aquel testimonio del viejo estalinista,



VICTORIA MARTOS

huérfano de la guerra civil española acogido por la Unión Soviética, para quien las consignas del partido fueron saludable inspiración de una vida honrada y que incluso ahora puede seguir manteniendo en el marxismo-leninismo la misma fe de *San Manuel bueno, mártir* en el Dios cristiano.

La obra de Goytisolo, tan implacable con Marx, no va a dar tampoco cuartel a sus enemigos tradicionales. El derrumbamiento del régimen soviético y sus satélites podrá significar la liquidación de un gran ciclo histórico, pero nunca un triunfo del Bien sobre el Mal. Los problemas de una sociedad inhumana, basada en la explotación y la violencia, eran hartos reales en tiempos de Marx y siguen siéndolo aún más en los nuestros. La Historia (¡qué eufemismo!) no está acabada, proclama Jenny von Westphalen en la apasionada apología en que presenta a su marido como más acertado que nunca. Incapaz de crear ninguna válida alternativa, la Internacional Capitalista no ha hecho sino confirmar su desprecio del Hombre y su cruel materialismo, que antes eran lacras de las sociedades industriales, pero que hoy se ejercen a escala del planeta. La única respuesta pseudointelectual a tanto horror se limita a inventar una terminología de apariencia neutra, a base de techno- y de euro-, para encubrir la pasión humana por el despojo y el abuso del débil por el fuerte.

*La saga de los Marx* reserva también su puesto a una galería de personajes semialegóricos que bailan su grotesca danza de la Muerte sobre la tumba del marxismo. La evocación de la inmensa tiranía estalinista trae de la mano a la caricatura del esperpéntico payaso neo-capitalista ruso, que ha visto caerle del cielo sus latifundios, acciones de bolsa, agencias de Export-Import y ve congregarse a sus puertas a los venales lacayos de siempre. Las desalmadas multinacionales llevan su ajuste de cuentas en las primeras páginas, con la especie de Nucingen rejuvenecido que superpone su acicalada desvergüenza a la imagen de una humanidad hacinada en los vagones del metro de París.

Y no se ha mencionado aún a los albaneses. Los veinte mil enloquecidos emigrantes que un día se lanzan a las olas, desde un barco atiborrado, para alcanzar a nado el horizonte paraíso capitalista de una playa italiana del Adriático. Serán también los que, en su peregrinación hacia el Santo Grial de Dallas, ponen un fin violento a la interminable garrulería con que los expertos reunidos por Televisión Española discurren sobre Marx y sus caducados errores.

Juan Goytisolo no pretende dar con su *Saga de los Marx* ninguna solución al pro-

blema social de nuestros tiempos ni llevar agua a ningún molino político. Su novela sólo mira a lo primariamente humano, y no a ninguna clase de didascalías, ya sean las muy maltrechas del marxismo ni las muy pasteurizadas de los economistas de Chicago.

### La única verdad

Si Juan Goytisolo no va detrás de ideologías, sí va tras la verdad humana, con todas sus consecuencias. En este terreno, su obra no se muestra imparcial ni ambigua, porque no es posible serlo cuando lo que está en el asador es la diferencia entre la vida y su negación. Semejante dicotomía no corre a lo largo del panorama de claudicaciones en torno a Marx y su mundo de soñadores, politicistas y charlatanes. No es aquello, por supuesto, el Paraíso (que no está en ninguna parte), sino una galería de seres que nunca abdicar de su condición humana y aun demasiado humana. En *La saga de los Marx*, lo peor y más aborrecible no son los gulags estalinianos ni los barrios de Manchester bajo la Revolución industrial. La realidad de una deshumanización integral, sin salida ni redención posibles, está mucho más cercana a nosotros en tiempo y espacio. Juan Goytisolo la objetiva en el universo plástico y groseramente materialista que apresa a hombres, mujeres y perros en la playa del Adriático, que con mano maestra dibuja en las primeras páginas de su novela, así como en la escena final de los albaneses en Dallas. El horror absoluto está en la renuncia de lo humano en favor de una codicia tecnificada bajo el imperio de los instintos, así como en el agresivo falseamiento del saber por aquel papagayo mecánico de la profesora Lewin-Strauss, que viene a ser su correlato intelectual. Lo que ahora está por delante es una calamidad de proporciones nunca sospechadas por Carlos Marx y en la que hasta se desvanece la divisoria entre oprimidos y opresores que tanto le preocupaba. Es el descu-

brimiento que espera a los albaneses atraídos al espejuelo de la prosperidad capitalista. Pero esos rabiosos profanadores del icono de Marx, ¿no están destinados a restituirlo otro día a su altar? Por lo pronto (y no es poco), serán capaces de imponer silencio a los charlatanes de la prensa electrónica.

Los albaneses que ruidosamente peregrinan a la tierra prometida de Dallas son, pues, los paréntesis temáticos que dan principio y fin a la obra. Pero ésta no puede clausurarse sin traer a primer plano la figura de Lenchen, la sirvienta que es el único miembro de la familia aún no entrevistado por el autor. La voz marcadamente lírica de Juan Goytisolo (esta vez sin trampa ni cartón) identifica el hallazgo de su fotografía en años juveniles como germen de *La saga de los Marx*. Hablando desde su tumba del cementerio de Highgate, su presencia de cuerpo entero vale también por lápida sepulcral para la novela (o conato de novela) en trance de expirar. No hace falta decir que no podrá discurrir sobre economía política. Sus palabras sólo hablan de cariño, pero no a escala de la humanidad ni de nada grandilocuente, sino del corto radio de la vida familiar en que fue siempre feliz. Son también una condena de toda falsedad. Como tal se le perfila, claro está, el filme de *La baronne rouge*, pero también todo intento de pasar un juicio acerca de unos seres que mejor que nadie conoció, en sus vicios y virtudes. Las abstracciones sencillamente no existen y (contra las ideas del cabeza de familia) el dilema humano no es tener o no tener, sino amar o no amar.

A base de unos materiales de esta clase no habrá, desde luego, la menor posibilidad de sacar adelante una obra histórica algo presentable, y las declaraciones de Lenchen se suman como un documento más a la carpeta de *La saga de los Marx*. El editor, con la paciencia agotada, retira su subvención del proyecto, cuyo único resultado práctico ha sido la espectacular acogida en Dallas de los veinte mil albaneses. □

### RESUMEN

Según Márquez Villanueva, Juan Goytisolo lanza en su última novela una mirada objetiva a la vida de Carlos Marx, en una saga en la que las mujeres desempeñan un relevante papel, y lo hace en un momento como el actual, en el que

los «socialismos reales» se han derrumbado, y con ellos las tesis y doctrinas que durante cien años han servido de horizonte para amplias capas de la humanidad. Y lo hace, además, sin regatear la reflexión crítica e incluso autocrítica.

Juan Goytisolo

*La saga de los Marx*

Mondadori-Grijalbo, Barcelona, 1993. 227 páginas. 1.800 pesetas.

# El trágico destino del general Batet

Por Carlos Seco Serrano

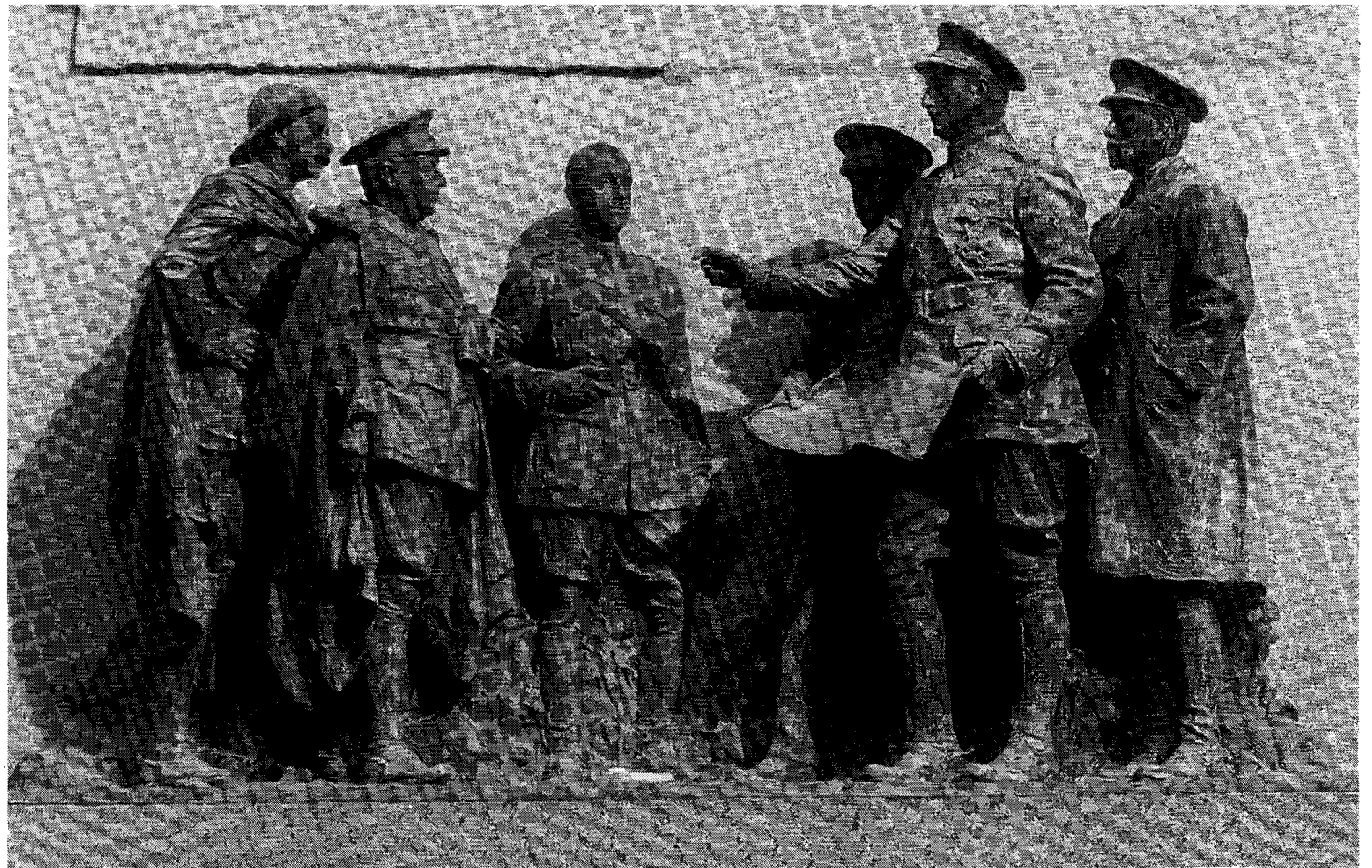
**Carlos Seco Serrano** (Toledo, 1923) ha sido catedrático de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense de Madrid. Es académico de número de la Real Academia de la Historia (Madrid), de la Academia da Historia (Lisboa) y de la de Buenas Letras (Barcelona). Es autor, entre otros títulos, de *Epoca contemporánea: la República, la guerra, la España actual; Alfonso XII y la crisis de la Restauración; y Militarismo y civilismo en la España contemporánea* (Premio Nacional de Historia, 1986).

El militarismo —la anómala superposición de un supuesto «poder militar» al legítimo poder civil— ha tenido en la España contemporánea dos manifestaciones sucesivas: la del «régimen político de los generales», vinculado a la etapa de los «pronunciamientos» —esto es, la actuación de generales distinguidos como árbitros de la vida pública o como punta de lanza de los partidos políticos—, y la que, ya en el siglo XX, supone algo muy distinto: el rechazo de los políticos profesionales —de los políticos civiles— para configurar el Estado según los criterios autoritarios de la llamada «familia militar», erigida en modelo y árbitro de la vida pública. Tanto en 1923 —golpe de estado del general Primo de Rivera, y dictadura consiguiente—, como en 1936 —alzamiento «nacional» y guerra civil: prolongadísima «era franquista», de inspiración y bases esencialmente militares «hasta su mismo final»—, no todos los mandos del ejército cumplieron con el anticivilismo de sus colegas, sino que supieron mantenerse fieles a otra idea del ejército —la ortodoxa: la que se entiende como brazo armado del poder civil, a su vez expresión de la soberanía nacional; atendido estrictamente al deber de defender y garantizar la independencia de actuación de unas instituciones nacidas de la voluntad libre de los ciudadanos—. Pero en circunstancias como la de julio de 1936, la lealtad a esa convicción significó, en muchos casos, el sacrificio de la propia vida.

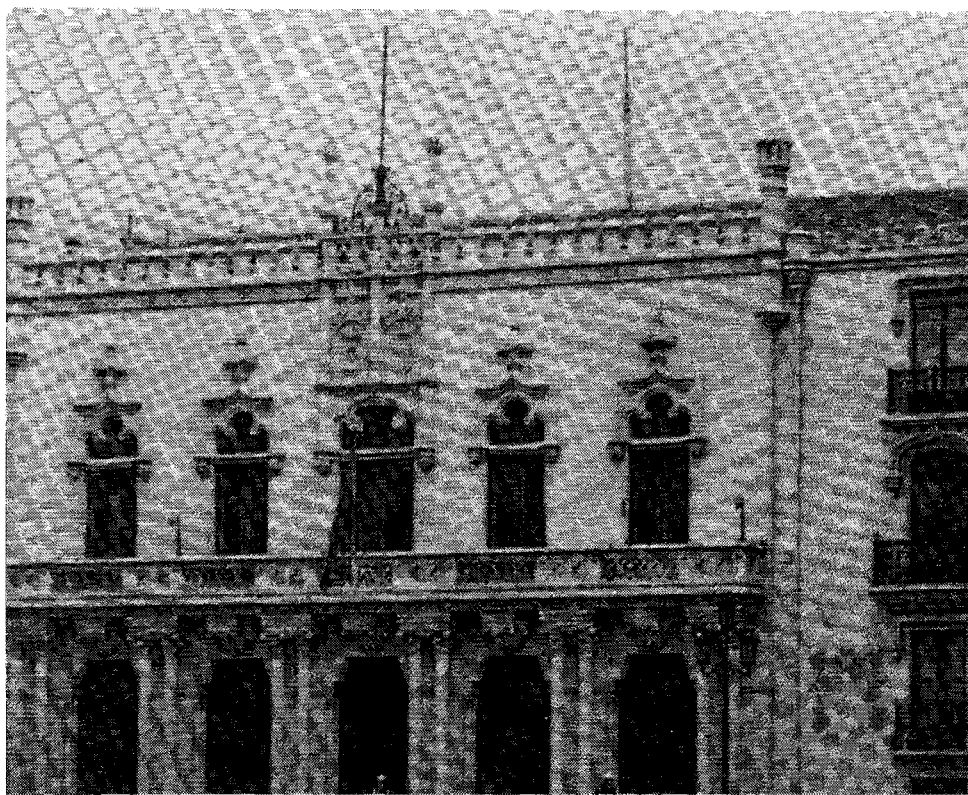
## Resumen de la tragedia española

Hay un caso verdaderamente paradigmático: el del general don Domingo Batet. Catalán de nacimiento y de corazón, y vinculado por su origen a esa burguesía industrial que constituye el tejido medular del Principado; militar de vocación, atendido a una rectitud sin fisuras en su trayectoria profesional —combatiente en la campaña de Cuba, severo «juez de causas» en los trabajos del famoso «expediente Picasso» (su mentalidad y su conducta eran el polo opuesto a lo que representaban los llamados «africanistas»)—, alejado de la Monarquía a través de la experiencia dictatorial, en los agitados años de la II República tendría que habérselas, como protagonista, con el gran fallo de aquella primera experiencia democrática: el reto subversivo de octubre de 1934 —con caracteres de pronunciamiento federalista en Barcelona y de revolución izquierdista en Madrid y en Asturias—. Situado como estaba al frente de la IV División (Cataluña), Batet deshizo entonces, con limpieza —escogiendo el momento y el «modo» para ahorrar vidas en lo posible—, la insensata intentona de la Generalitat. Pero la fatalidad le situaría luego —en julio de 1936— en el foco de la otra subversión, ésta de carácter militar y derechista: al frente de la VI División, nada menos que en Burgos. Trágico destino el de Batet, que resume la tragedia de España: su lealtad al poder legítimo fue la misma en 1934 y en 1936; en 1934, esa lealtad le valió una Laureada; en 1936, la muerte ante un pelotón de fusilamiento.

Así se explica que haya tardado tanto tiempo en abrirse camino una reivindicación tan completa como la que ahora brinda el excelente libro de Hilari Raguier, basado en un abundante apa-



«Miguel Primo de Rivera en la guerra de Africa» (detalle). Rclieve en bronce de Mariano Benlliure (hacia 1920). Jerez de la Frontera (Cádiz).



Capitanía General de Burgos.

rato crítico: todo el archivo del general, más la documentación relacionada con su proceso y muerte. Con todo, y por encima de tan ingente acarreo heurístico, lo más admirable en este trabajo es la serena objetividad del autor —monje de Montserrat, por más señas—: cuando tiene que calificar negativamente el «pronunciamiento» de 1934, se atiene al juicio de personalidades como Tarradellas e Indalecio Prieto, ambos de vuelta ya en cuanto a su estimación de aquel inmenso error; pero, al mismo tiempo, da con la definición exacta del acto de Companys: «Contra lo que tantas veces se ha dicho y repetido, el gesto de Companys no fue de carácter separatista, sino todo lo contrario: se jugó la modesta autonomía catalana a la carta de las izquierdas españolas, que eran su España, de la cual se sentía plenamente solidario» (página 190).

Aunque ofrezca indudable interés el seguimiento de la actuación de Batet hasta el adve-

nimiento de la República, que Raguier hace puntualmente —por mi parte sólo opondría reparos a su versión del papel del Rey en el «golpe» de 1923 (el libro de Tusell *Radiografía de un golpe de Estado*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, o mi extenso artículo «El cerco de la Monarquía», en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 1987, le hubieran podido aclarar suficientemente este punto)—, lo fundamental en el riguroso estudio de Hilari Raguier está, sin duda, en su análisis del comportamiento de Batet en octubre de 1934 y en julio de 1936, y en el de las razones de la inícia condena de febrero de 1937. La actitud del general en octubre de 1934 responde a una estimación objetiva de los hechos y a una clara noción de su propio deber ante ellos. En la gravísima crisis, el criterio de Franco —llamado a Madrid como asesor por el ministro de la Guerra, Hidalgo— era aplastar a sangre y fuego la rebelión de Barcelona. Sobreponiéndose a él, la serena



El general Domingo Batet.

gestión de Batet evitó que la necesaria actuación de la fuerza armada a sus órdenes degenerase en una batalla cruenta y en una represión brutal. La rendición de Companys, una vez aislado —sin más fuerza que los «escamots» de Pérez Farrás— se produjo según los cálculos del general: incluso a la hora que éste había previsto. Para quienes deseaban un implacable «escarmiento», el limpio éxito de Batet —que le valdría el efusivo reconocimiento de Alcalá Zamora (presidente de la República) y de Lerroix (jefe del Gobierno), materializado, como hemos dicho, en la concesión



Viene de la página anterior



TINO GAFAGAN

de la Cruz Laureada— tuvo caracteres de «traición», o de oscuro «contubernio» (!!) con los sublevados; incluso se trató de arrebatarle la gloria de aquel triunfo atribuyéndolo al comandante Fernández Unzué, el encargado—según el plan de Batet— de rendir a los atrincherados en el Palacio de la Generalitat. Y en la desconfianza creciente de la derecha respecto al general catalán jugaría su papel (¿cómo no?) la «inconcebible» consigna de Batet: cifrar el honor de los mandos militares en ser, muchas veces, «ciegos, sordos y mancos»: esto es, ajenos a la pasión política.

Pero en 1936 los sublevados iban a ser los mismos que habían hecho frente a la rebelión de 1934. El esfuerzo de Batet por frenar lo que se veía venir, apelando al «verdadero honor» en sus conversaciones con Mola—auténtico artífice del plan militar del alzamiento, desde su plataforma de Navarra, integrada en el seno de la División VI (Burgos), que en esos momentos asumía Batet—, y la simétrica traición del propio Mola, falseando su «palabra de honor», empeñada al que entonces era su jefe directo, reflejan muy bien los caracteres de aquella trágica encrucijada que había de desembocar en guerra civil.

### Distintas actitudes

A lo largo del proceso que llevó desde la detención de Batet por sus subordinados hasta el consejo de guerra que le condenó a muerte, Hilari Raguier distingue tres actitudes: la de Mola, más bien inclinado, «mientras pudo», a «salvar» al general catalán—en él pesaba, sin duda, la mala conciencia de su propia deslealtad—; la de Franco—que a partir del mes de octubre, ya convertido en generalísimo y jefe del Gobierno del Estado, impondría su inflexible criterio—; y la de Jordana, antiguo compañero de armas y amigo de Batet desde los tiempos de la academia y de la guerra de Cuba, pero ahora atenido a las decisiones de Franco desde su puesto al frente del Alto Tribunal de Justicia Militar.

A Batet, como a tantos otros militares en su caso, se le aplicaría la versión más rigurosa del Código de Justicia Militar, según la inconcebible «traducción» que de él hicieron los pa-

ladines de la «cruzada». El Código proponía la pena de muerte para los convictos de rebelión armada; los rebeldes de 1936 condenaron por tales «a los que no habían querido rebelarse»—o habían resistido a la rebelión—. La circunstancia especialísima de tratarse de un general distinguido con la Gran Cruz Laureada fue, para Franco, una motivación más contra Batet: la pulcritud con que éste resolvió el problema de Barcelona en 1934 y el hecho de que recibiera aquella suprema condecoración militar por tan alto servicio, cuando a él—Franco—, «cerebro» de las operaciones contrarrevolucionarias en aquella coyuntura, no le fue concedido tal galardón, alentaban su oscuro resentimiento. Y así, de nada valdrían a Batet las gestiones a su favor de personalidades eminentes—nada menos que el cardenal Gomá, definidor de la «cruzada»—. Raguier deduce sagazmente una última y decisiva razón en la implacable condena impuesta por Franco: cuando, aún en la primera fase de la guerra, y desde diversas instancias internacionales, se apuntaba la posibilidad de cerrar el conflicto mediante una transacción moderada, la única figura militar capaz de encarnar esa solución—dada su lealtad a la República y su probada oposición a los dos extremismos incompatibles con un «acuerdo civilizatorio»— era precisamente Batet. Pero nada había más opuesto a los planes del generalísimo que una paz sin vencedores ni vencidos: urgía, pues, eliminar rápidamente su posible clave.

### La «tercera España»

Como muy bien subraya Hilari Raguier, «la vida del general Batet atraviesa toda la historia contemporánea de España desde las guerras coloniales de fin de siglo y la crisis del 98 hasta la última (¡esperémoslo!) y más cruenta de todas nuestras guerras civiles, en la cual culmina el trágico enfrentamiento de las dos Españas. Batet constituye precisamente un ejemplo egregio de aquella tercera España que no cabía en la primera ni en la segunda... Han de merecer un gran respeto, no sólo de los historiadores, sino de todos los ciudadanos, aquellos hombres que no cabían en ninguna de las dos Españas en lucha, que con-

denaron ambos extremismos y se vieron condenados por ambos... En esta tercera España entra de lleno nuestro personaje. Aunque fue Franco quien lo fusiló, si hubiese caído en manos de los que en julio de 1936 mandaban en Barcelona—en parte los mismos que un mes antes habían promovido un gran escándalo porque le habían nombrado jefe de la División de Burgos—no le habría tocado una suerte muy distinta de la que encontró en Madrid el otro general de la revolución de octubre, López Ochoa, a quien cortaron la cabeza y la pasearon por las calles clavada en una pica. La casa de su yerno en Llinars del Vallés y el piso de la Diagonal de Barcelona fueron saqueados y destrozados, y sus hijos y nietos hubieron de huir. ¡Qué no le habrían hecho si le llegaba a atrapar en persona!» (págs. 360-361).

Para quien, como el que estas líneas escribe, vivió, todavía adolescente, la locura de la «primavera trágica», percibiéndola como una carrera contrarreloj entre los insensatos planes revolucionarios de la extrema izquierda y la conspiración fomentada en los cuarteles por la extrema derecha, las cosas pudieron ser muy distintas si el ejército que se sublevó en julio se hubiera mantenido «ciego, sordo y manco» aguardando las órdenes del Gobierno en caso de producirse, de hecho, el temido desbordamiento de los alucinados de la izquierda, enmarcados o no en el Frente Popular. Otro catalán ilustre, Cambó, apunta esta alternativa en una de las páginas más interesantes de sus diarios: «Encuentro en París los extractos que publicó *La Veu* de mis discursos

en mayo y junio de 1936. Su lectura me reconforta. Leyendo aquellos extractos he recordado con toda precisión lo que yo pensaba y sentía en vísperas de la gran tragedia; convicción de que la inconsciente debilidad del Gobierno del Frente Popular había de estimular un golpe de mano de la FAI ante el cual el Gobierno habría de dar batalla, apoyándose en el ejército y en los elementos políticos de centro; de esta situación, las izquierdas saldrían debilitadas y divididas, y sería posible un Gobierno de centro que hiciera una obra de pacificación. Un golpe militar sólo serviría para desligar los burgueses del Frente Popular en su responsabilidad al incorporarse a él; «de producirse, provocaría una explosión extremista que, en lugar de verse combatida por el Gobierno, sería tolerada o sostenida por éste; si triunfaba el movimiento militar, caeríamos en una dictadura con todas sus consecuencias; si fracasaba, era el triunfo de la anarquía»» (*Dietari*, Alpha, Barcelona, 1982, pág. 284; las comillas altas son mías).

En aquel hundimiento del «seny» frente a la «rauxa», desapareció mucho de la mejor España: aniquilada por unos o por otros, o desplazada a un prolongadísimo exilio. Destacar la ejemplaridad de quienes, como Domingo Batet, no podían identificarse con ninguno de los bloques enfrentados en 1936, era tarea inexcusable, reservada a historiadores tan beneméritos como Hilari Raguier, cuyo templado talante es buen reflejo del que animó a aquellas nobles víctimas de la insania fratricida. □

### RESUMEN

En la historia contemporánea española, nos recuerda Seco Serrano, se ha dado el caso de militares que, no comulgando con la actitud militarista—la imposición del poder militar al legítimo poder civil—de otros compañeros de armas, se opusieron a los «pronunciamientos»

de 1923 o, sobre todo, de 1936. Este es el caso, paradigmático, del general Batet, un militar conservador y católico, pero leal al poder civil, y que pagó con su vida el no sumarse a la rebelión, y cuyo trágico destino se recoge en el artículo.

### Hilari Raguier

### El general Batet

Biblioteca Abat Oliba, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1994. 417 páginas. 3.000 pesetas.

# Retórica de la metamorfosis

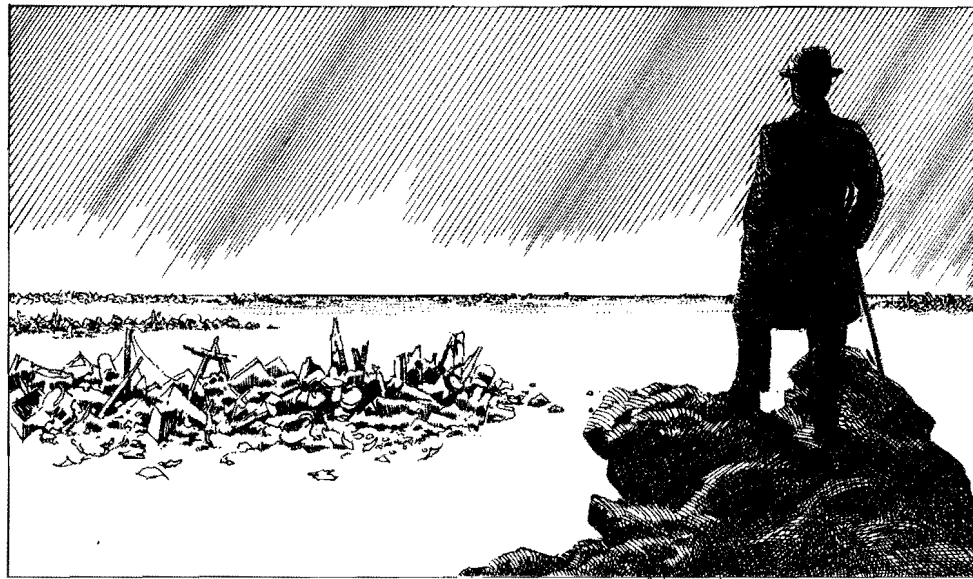
Por Antonio García Berrio

**Antonio García Berrio** (Albacete, 1940) es catedrático de Teoría de la Literatura de la Universidad Complutense, en Madrid. Desde 1968 desempeñó la misma cátedra en las universidades de Murcia, Málaga y Autónoma de Madrid, habiendo sido profesor visitante en varias universidades extranjeras. Es autor, entre otros, de los siguientes libros: *Formación de la teoría literaria moderna*, *Introducción a la poética clasicista* y *Teoría de la literatura: la construcción del significado poético*.

Carlos Piera es uno de los españoles que conozco que más juiciosamente trata el silencio: la presencia de sí en la palabra para los otros. Su cultura intelectual es a la vez exquisita y rigurosa, vasta y profunda, sedimentada en decenios de exigente estudio y de generosa enseñanza universitaria: ahora aquí —Universidad Autónoma de Madrid— y antes en América —Stanford y Cornell University—. Avezado lingüista y maduro hombre de letras, su personalidad es antítesis de toda demasía y su escritura poética y ensayística modelo de ironía y de refinamiento sensible. Como pensador literario me parece que Piera —tal vez contra todas las apariencias— debe figurar entre los no muchos verdaderamente «modernos» y bien fundados de los españoles en este último medio siglo. Temperamento ético refractario al elitismo, es, sin embargo, por constitución de su discreción modesta, una referencia máximamente atendida sobre todo en los grupos intelectuales minoritarios de nuestro país sobre los que cabe fundar, como sobre el propio Piera, las expectativas más rigurosas y no percederas —propagandas ocasionales aparte— del trayecto español por el laberinto internacional de la modernidad de la cultura.

Su reciente libro *Contrariedades del sujeto* selecciona y ofrece algunas de las luminosas apariciones previas de un pensamiento cultural y literario extraordinariamente —en toda la pureza de su significado egregio— culto y original, cándido e irónico: honrado, para decirlo en breve y con toda propiedad. Un libro cuya apariencia y cuyos fondos afirman la disciplinada convicción de su autor sobre la fragmentariedad del pensamiento, y que por todo ello ejemplariza como pocos que yo sepa en el discurso internacional el tenso (des)equilibrio de la mejor producción postmoderna, formulada en el caso de Piera desde el poderoso (des)control vanguardista de la lingüística y de las «ciencias humanas» en la mejor tradición «moderna». Correspondiendo sin concesiones a la resignación agresiva de la estilística revisionista del aforismo y el fragmento, el breve tratado de Piera aporta una base de partida sedimentada y sólida, que selecciona los puntos esenciales de la tensión estética implantada por la postmodernidad en la continuidad de la cultura moderna; enjuiciando las cuestiones con un poder personal de inteligencia independencia realmente raro en el panorama internacional de la crítica.

Por lo pronto hay que aclarar que no estamos, ni mucho menos, ante una nueva ocurrencia del desatino español: «que inventen ellos»; o lo que es aún peor y más frecuente: «los nuevos collares de los viejos perros se los habíamos puesto aquí hace cincuenta —o ciento cincuenta— años». En la disyuntiva problemática de la involución postmoderna, Piera no es un nuevo retoño de los carpeto-vetónicos a la contra, ni tampoco uno más de nuestros «sucursalistas» resignados o pícaros. La familiaridad íntima y naturalísima de la cultura de Piera con los dos polos nacionales, el francés y el norteamericano, más representativos de la crisis postmoderna, así como la fina receptividad de su talento para



FRANCISCO SOLÉ

las sutilezas más críticas de la sensibilidad contemporánea del desaliento, hacen de él un observador privilegiado y receptivamente empático para entresacar los síntomas medulares de la crisis postmodernista y dialogar familiarmente con ellos. Empezando por la culminación radical de la deriva filosófica: la deconstrucción.

## Filosofía de la deriva

Piera ha seguido en la medida de lo posible el pautado reciente de las poéticas y de las filosofías de la deriva. Su inocultable simpatía por de Man, a quien conoció y leyó detenidamente en Cornell, ha marcado y orientado una discusión con los perfiles más desolados de la deconstrucción, que indirectamente viene a constituir la base reflexiva de una poética personal articulada y estable, de profundo calado en la actualidad problemática de sus contenidos y en la originalidad formal de sus enunciados. Así, el capítulo titulado «La pregunta retórica» (págs. 65-77) es uno de los diálogos más leales y profundos, más desinhibidos y distanciamiento respetuosos que se han hecho nunca, con las profundidades menos desestimables del discontinuo hallazgo retórico que incorporó el conspicuo crítico deconstruccionista, sobre todo a partir de *Allegories of Reading*. Pero la sólida orientación intelectual inscrita en los fundamentos culturales europeos —franceses y españoles sobre todo— de Piera, en la misma medida en que facilita su encuentro con de Man y sus desencuentros con Derrida, lo han preservado de la entrega incondicional a las fascinaciones de la deriva relativista y deconstructiva, que han cegado en el tiempo inmediatamente pasado a muchos otros con novedades escasamente discernidas.

De Man fascinó a Piera, entonces profesor de lingüística —general, no española— en Cornell, por el modo en que propone una entrega del desaliento —el lógico, a más de algunos otros histórico-existenciales—, a la exculpación de la deriva, bajo la confianza en la oscilación poética. La excepción de lo artístico como alternativa a la perplejidad lógica, y sobre todo vital y política, consumió la originalidad de fondo de de Man al mismo nivel elemental —mucho menos desmañado con todo para lo poético— que el Heidegger lector de Hölderlin. Y en esa ambigüedad contradictoria para eludir un mismo fondo inquietante de lo no declarado, de Man asumía con premura todo lo que sonara a aplauso de acogida: el sinsentido de la obra, la disminución del autor, los implementos del receptor, etc. Piera, con sus certificados académicos y sus papeles de inmigración más en orden que de Man, podía permitirse el

refinamiento de variar. Y varía en muchas cosas esenciales: entre otras, en la confiada naturalidad con que se asume el poder del enunciado poético para representar las emociones más delgadas, los conceptos más delicados, los acordes más sutiles en la vibración humana de la experiencia. En muchas otras cosas esenciales ajenas a los poderes del lenguaje, el desaliento universal de Piera, el pesado lastre de inadaptación que excluye la ilusión de su energía, puede acogerse a una poética actualizada de la diferencia.

Es el caso, por ejemplo, de la seguridad naturalísima con la que Piera opta independientemente por la lectura que él mismo llama «ingenua», «normal» o «preteórica», es decir, la más referencial y objetiva, del famoso poema de Yeats comentado «alegóricamente» en su verso de cierre por de Man, «Among School Children» (pág. 74). O bien, a mayor abundamiento, la independencia con la que se separa del análisis figural demaniano sobre las antítesis de Rousseau como indicio absoluto de un emblema de la edad nueva romántica, que inauguraría para de Man el fundamento de la actitud actual revisionista: «Viene esto a cuento de que, al referirme a lo sublime, parece vincular la relación que propongo entre poesía y contradicción a cierto período histórico: la Modernidad, o la era de Rousseau, o como quiera que decidamos llamarlo. Ahora bien, resulta que la contradicción es un procedimiento típico de la expresión lírica cuyo arquetipo es Petrarca y, muy señaladamente, definitorio casi del conceptismo barroco. De modo que, enfáticamente, quiero negar esa vinculación histórica (sin negar por ello, claro está, la importancia del modo como el Romanticismo, y la noción misma de imaginación, demarcan la existencia moderna)» (página 76).

## Poética moderna del enunciado desvalido

Como actitud global poética, *Contrariedades del sujeto* afirma en el análisis estético del síntoma de nuestra edad la misma raíz pudorosamente problemática, sin el desaliento de ninguna gesticulación retórica ni efectista que Piera viene ilustrando en la mesurada continuidad de sus libros de poesía: *Versos* (1972), *Antología para un papagayo* (1985) y *De lo que viene como si se fuera* (1990). Con la estética de un tiempo desgastado, Piera asume la rebelión intelectual contra la limitación autosatisfecha, contra el bizantinismo ocioso de una retórica poética que explota el esplendor del olvido esencial: canto decorativo, entretenido, con la interdicción interesada del mal de origen. El enunciado poético ejerce, mediante la estética del des-

pojo y de la economía de guerra —guerra con las palabras en el tiempo—, el asalto a las inquietudes de raíz: la nimiedad de la conciencia entre los accidentes del malvivir socializado. El «cogito» actual del escepticismo existencial de Piera, de su desgana meta-y-física, asume la voz poética con todas sus licencias, para proclamar la inanidad de la voluntad de sí y el vacío abierto por el deseo entusiasta de los otros. La poesía propone la instancia autocompasiva del yo en identidad social y la despiadada inundación del yo más íntimo, personal, como revancha contra una soledad inabdicable, de las de naturaleza.

Las poéticas modernas del enunciado literario, como la que Piera profundiza en «Las personas de Eliot» (págs. 49-64) o en Celan y en Brodsky (págs. 137-143) y en Pasternak (págs. 129-136), han renovado drásticamente la dirección tradicional del enunciado clásico. Puede decirse incluso, sin exageración, que lo han subvertido. La potencia enunciativa de los clásicos, la de Horacio y la de Fray Luis de León, exulta de confianza en la plenitud del lenguaje implementado con el entusiasmo penetrante de las galas de estilo, de las licencias poéticas y de las «figuras» y «colores» retóricos. Ni siquiera bajo la ironía de Shakespeare o Cervantes —y no digamos en Dante o en Goethe— la potencia del enunciado clásico ensaya la retracción autocrítica de la propulsión innovadora de su «pathos». El enunciado clásico se sueña omnipotente. El ensayo sobre las carencias tal vez sea remotamente romántico, pero se dota de emblema de marca a toda prueba en Mallarmé. Entre nosotros, la insatisfacción imperfecta de Cernuda y la profundidad radical de César Vallejo marcan pasos discrepantes contra la continuidad tradicional de los enunciadores sólidos, como el mejor Machado o el no peor Salinas. Gil de Biedma, Valente o Claudio Rodríguez completan retazos progresivos de un enunciado moderno en castellano para exponer la confianza decaída, para la voz, de lo corroído y lo astillado de un campo «desgastado», de los eriales del deseo a la sombra de un Eliot conocido de todos, pero que Piera parece haber leído de manera distinta.

## Poética de la razón verbal

Poética de la razón verbal y del enunciado, tal vez menos universal y eterna que la más esencial y magmática de la canción proteica de los vates sublimes que probablemente no existan ya —porque no puedan—, que celebraban resonantes los mitos inconsistentes de la imaginación. Pero poesía fundamental e imprescindible del talento, ésta del enunciado; poesía exigentísima de la palabra exacta y de la forma evocativa y esencial a la medida justa de las zonas de sombra del intelecto lógico, para expresar los intrincados pasos del sentimiento y de la experiencia. Poesía desmitificada, cultamente intertextual y manierista; poética de la deslectura más atenta de sus antecedentes a ras de palabra, de concepto y de imagen, para una edad y unas gentes sin mitos trascendentes, que no se conceden a sí mismas otros que los estrictamente imprescindibles para significar la insustituibilidad insuperable de su propio desengaño del saber global y estable, con pretensiones de definitivo.

Reflexionar diferencialmente en España sobre el exterior, o desde el exterior sobre España, sigue siendo aún, a pesar de las propagandas de consumo, una tarea indeseablemente peculiar de los intelectuales españoles más útiles y avezados. Entre ellos, Carlos





Viene de la página anterior



FRANCISCO SOLÉ

Piera. No sé si falta mucho o poco para que se extinga esa añosa perspectiva trashumante de los «ingenios» y de «las cosas» de España; ojalá que pronto se amortice, pero por ahora sigue vigente y dura como tradición. Y yo he dicho con frecuencia, por lo que a las peores sospechas sobre uno mismo se refiere, que el único servicio leal a una tradición estimable es actualizarla en la modificación: lo otro —lo más común y practicado— es más bien servirse de ella. En este sentido, *Contrariedades del sujeto* significa un excelente servicio a la mejor tradición española en el tiempo presente.

Entre los datos literarios que peculiarizan diferencialmente la cultura española en su conjunto respecto de la modernidad internacional, uno de los más sensibles, sin duda, es el de la inmadurez de una prosa narrativa española, como conjunto parangonable a la renovación de lo que Proust o Joyce, o al menos Thomas Mann representan para la renovación estilística de la narrativa en sus respectivos idiomas. En el capítulo «Conveniencia de la prosa», Piera analiza con serenidad, pero sin eufemismos, el grave problema de esa carencia diferencial de nuestra cultura literaria moderna. Se considera el estilo de la prosa en el ensayo como un aspecto más de la necesidad de modificar en profundidad una retórica del estilo en la prosa moderna española, la cual es en buena medida identificable por generalización a las limitaciones y las inercias estructurales de una mentalidad histórica muy difícilmente removable: «Se advierte mejor la importancia de la prosa cuando una catástrofe deja inútiles unos modos de expresión. Aquí, tras la guerra civil y durante muchos años, hubo, y creo que dura aún, una gran orfandad de prosa que no supusiera un mundo mejor que el perceptible. En casos así la tradición inmediata sólo sirve para convertir la vida en un cliché, y darse cuenta del cliché es notar la necesidad de otra prosa. Entonces vienen unos cuantos que tienen que extraer una prosa entera de su conflicto con la tradición y de su propia y mediocre experiencia. Es difícil que puedan hacerlo más que volviéndose a sí mismos, como a laboratorios del ser, y preguntándose: «¿Qué te pasa?». De intentar contestar con honradez sale la prosa, a menudo en casos tales engarabada y difícil, o bien deliberadamente pobre» (pág. 30).

En el caso de la lírica, el parangón con esa «orfandad de la prosa» moderna española de la que habla Piera no sería exacto ni seguramente justo, pese al lastre antecedente de la inocultable inferioridad del Romanticismo en una España extenuada frente a la pujanza revolucionaria de la poesía y la estética de la imaginación sublime en la mayoría de los demás países de Europa. En el positivo balance de la modernización de nuestra lírica cuenta, de una parte, la más factible internacionalidad de la poesía frente a los géneros de la prosa, que no aleja del patrimonio común hispánico a Rubén Darío o a César Vallejo, en la misma medida que distancia y enajena de la tonalidad mítica es-

pañola las peculiaridades mitológicas de las narraciones de un Rulfo o de un García Márquez, novelistas en lengua castellana, pero sobre universos de ficción absolutamente distantes de los cometidos o contenidos deseables para la imaginación nacional de la novela española. En segundo lugar, y sobre todo, cuenta el fecundo trabajo de modernización llevado a cabo desde Juan Ramón Jiménez por el grupo excepcional del 27, entre quienes se enumera la heroica voluntad de modificación poética de Cernuda y la genialidad —digamos natural— de Federico García Lorca.

Dentro de este marco de renovación histórica, el ensayo «Sobre Dámaso Alonso y nuestro canon lírico» (págs. 119-128) cuestiona precisamente el núcleo decisivo de la progresividad en el mismo. Suscribimos absolutamente el preámbulo de Piera en torno a ciertos conformismos corrientes sobre la normalidad de nuestra cultura moderna: «Nada más insidioso que nuestra pretensión de normalidad lograda, esta ficción de que estamos ya insertos en una cultura. No permite alabar al que ha sido excepcional, pues lo primero en la alabanza ha de consistir en decir que lo ha sido, y que por lo tanto no es parte de esta normalidad que fingimos. Y no permite criticarle, ya que el sueño de la normalidad cultural es tan precario que no puede prescindir de elemento alguno ni aun durante el plazo ideal de la necesaria «epojé» crítica. Una cultura es una tradición de decir responsable. Lo nuestro es, todavía, un verboso silencio» (página 119).

### Soledad intelectual: inconvenientes de la ventaja

Dámaso Alonso, cordial y agudo conformador durante una larga etapa reciente de la ortodoxia más acatada en España sobre nuestro canon lírico, fue figura por ello indiscutiblemente representativa y excepcional, lo cual en ciertos momentos de nuestra sociología cultural moderna puede querer decir que experimentó muy a fondo y dolorosamente la soledad intelectual doméstica sin pares; lo mismo que antes y en otros campos se pueden considerar las de Ortega y Gasset, de Menéndez Pidal o antes aún la de don Marcelino.

No es difícil, en casos como éstos, que el diseño de un canon personal del gusto se resienta de exclusiones poco compartibles. Yo mismo asumiría con Carlos Piera la desaprobación de las omisiones de Dámaso sobre «los grandes americanos», el trágico Vallejo o el polifacético Borges —no sé si en el mismo grado, como Piera, la de un Neruda convertido en pilar del canon—; por no decir demasiado sobre la circunspección casi siempre excesiva y no sólo de Dámaso, por supuesto, con que se (in)comprendió muy cordialmente la agresiva tarea de mediación modernizadora de un excéntrico —y hondamente patético— Cernuda. Nombre de más o de menos, sin embargo, se viene a parar al final

casi en lo mismo. Lo que cuenta ante todo es el síntoma de las causas, el dato generalizado de la mentalidad; y Piera lo apunta en cierto modo, sin demasiados énfasis, endosándolo tal vez aminorado a la esfera personal de nuestro gran crítico del 27: «Cabe, pues, la conjetura de que lo que margine a Vallejo y Neruda sea nuevamente la desconianza ante un percibido rupturismo, que Dámaso no sabe aquí ver redimido, como con Aleixandre o Guillén, por una continuidad de fondo —a pesar de que aquellos poetas podían con facilidad recibir las etiquetas de «humanidad» y «vaticinio» que Dámaso preconizaba—. ¿Podemos, en cualquier caso, entender sin compartirla la aversión a unos modos que podían parecer «experimentales» y se podían exorcizar por «foráneos»? Después de la «terrible sacudida» muchos vieron en ellos a un pasado de inesencial frivolidad. Pero hay ciertamente algo más que estas variantes de la continuidad con el noventayochismo. Junto a una notable sensibilidad para las contribuciones anglosajonas (reveladora de concomitancias con las actividades canónicas y las afinidades religiosas del «high modernism»), hay en Dámaso Alonso alguna sorprendente incompreensión de la modernidad: véase si no su interpretación de Mallarmé» (página 125).

Y, sin embargo, el problema es tan principal y decisivo para nosotros que cualquier énfasis sobre sus clarificaciones tardará muchísimo, según yo lo considero, en resultar ocioso y desmedido. Aquel españolismo «frenético» y a «machamartillo» que tan gustosamente declaraba Dámaso de forma muy espontánea y sincera, alude hoy como entonces a una opción, más que diferencial, incluso incompatible y bloqueante con el diseño de modernización de la cultura —lo mismo da decir tan sólo de la literatura— que se ha ido imponiendo hasta el presente. Porque la pasión cultural de Dámaso, sus afectos estéticos representaron, como bien lo decía el propio Piera, la prolongación nacionalista de un noventayochismo dolorido en las infinitas etapas de una derrota eterna: la del catolicismo nacional de la *Política de Dios* de nuestros clásicos más caracterizados.

A los españoles no les cupo nunca abiertamente la vitalidad disidente de un Shakespeare, sino el mesurado disimulo irónico de Cervantes, como no conocimos la fascinación del Satán de Milton, sino los pequeños demonios familiares de Tirso de Molina y del

padre Mariana. Así las cosas y andando el tiempo, ni Espronceda fue Byron; ni Bécquer, Herder; ni Rivas y Zorrilla, Chateaubriand y Alfieri. ¿Y uno no sabe imaginarse ya a un Shelley, un Blake, un Hölderlin o un Leopardi, y no digamos un Goethe, entre nosotros? Dámaso Alonso, el independiente y generoso forjador de un canon lírico, renovaba, con Góngora, sin exceder afectos ni creencias históricas de fondo —plácida serenidad doméstica de su biblioteca de Chamartín contigua a la del maestro—, casi lo mismo que el proteico don Marcelino —infeliz solterón—, Góngora en contra. Historia para amar, de intimidades incluso deliciosas; pero remotas al desalojo del hombre solitario «tras la muerte de Dios»: la simiente por ahora —guste o no guste— de la pasión moderna.

### Decadencia y presencia moderna de la metamorfosis

El poeta, en resonancia que Canetti deja prestada a Piera, es el custodio de la metamorfosis. Bajo la modernidad masiva ésta se modifica, puede que hasta parezca decaer en los nuevos tiempos y que ciertos intelectuales apocalípticos de los más practicados por el autor —Piera no, desde luego— ensayen darla ya por totalmente opaca e insensata. Pero el maltrecho cuerpo de la metamorfosis, su sentido, su posibilidad de significar, cuentan, según nos dice Piera, entre nuestras presencias menos fungibles, las de naturaleza: «Que esto pueda triunfar resulta, sencillamente, difícil de creer, no por razones de marketing, sino por razones de poética, es decir, de cómo estamos hechos por dentro. Ciertamente es un Leviatán, y como tal ciego y seguro de su triunfo; y un Leteo, y como tal apetecible, más que el riesgo abismal y aterrador y, en primera lectura, pesimista, de leernos a nosotros mismos. Pero esta mezcla de Edad Media y Disneylandia es un asalto a la imaginación, que es la cosa más seria que tenemos, y todas las transnacionales del mundo son incapaces de producirnos en cadena. Nuestras quejas quiméricas, nuestras desganadas y vértigos, nuestros dengues arrojados o reaccionarios son, como el famoso opio del pueblo, un síntoma de irreductibilidad. Puede que lo consigan sus portavoces, los intelectuales, pero no es posible que toda la gente pueda, por toda la eternidad, apartar la mirada de la metamorfosis» (pág. 47). □

#### RESUMEN

García Berrio glosa un libro de Carlos Piera en el que éste selecciona y ofrece algunas de las luminosas apariciones previas de un pensamiento cultural y literario, culto, original, cándido e irónico; un libro, escribe, cuya apa-

riencia y cuyos fondos afirman la disciplinaria convicción de su autor sobre la fragmentariedad del pensamiento, y ejemplariza como pocos el tenso (des)equilibrio de la mejor producción postmoderna.

#### Carlos Piera

#### *Contrariedades del sujeto*

La Balsa de la Medusa, Visor, Madrid, 1993. 143 páginas. 1.100 pesetas.

# Teología o la verdad de Dios

Por Olegario González de Cardedal

**Olegario González de Cardedal** (*Lastra del Cano, Avila, 1934*) es doctor en Teología por la Universidad de Munich, catedrático de la Universidad Pontificia de Salamanca y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Es autor, entre otros libros, de *El poder y la conciencia*, *Jesús de Nazaret*, *España por pensar* y *La gloria del hombre*.

Cuando un teólogo llega a la madurez siente dos pasiones de fondo, como un zarpazo en su entraña, que le recuerda su esencial misión, preguntándose si la ha cumplido ya o está dispuesto a cumplirla en el tiempo que aún le queda. Esas dos pasiones o necesidades son hacer una cristematización de toda la teología y ofrecer un catecismo para niños. Sabe ya que si no es capaz de integrar las afirmaciones cristianas en una totalidad orgánica, no da razón suficiente de ellas, ya que el hombre es voluntad de unidad y necesidad de coherencia. Pero no menos sabe que debe ser capaz de hacerlo en palabras de la vida y no sólo de la ciencia, claras y transparentes como el correr del agua y no sólo abstractas y técnicas. Desde San Agustín a Lutero, desde Santo Tomás a Barth, a Brunner, Balthasar y Rahner en nuestros días, se ha considerado suprema gloria de un teólogo escribir un catecismo. Sólo quien acepta proponer la verdad a los niños y tomar las preguntas de los niños como supremo desafío tiene capacidad para ser teólogo, más aún, para ser hombre en entereza.

San Agustín escribió una obra con significativo título: *Sobre la catequización de los rudos*, que en realidad deberíamos traducir en real equivalencia: «Manual para instruir en la fe cristiana a aquellos que, sabiendo mucho de otras ciencias, en realidad ignoran la fe cristiana». Y para esos sabios de este mundo, San Agustín proponía dos objetivos, que hoy nos parecerían extraños: narrar la historia de la manifestación divina en el mundo e invitar al amor a Dios, que, encarnándose en nuestra historia, ha dado muestras de su absoluta solidaridad con nosotros y en su humillación hasta nuestra tierra nos ha engrandecido con su grandeza.

## Dios en la cultura moderna

Ante ese doble reto al teólogo: escribir una teología sistemática o un catecismo, algunos han sido capaces de ambas cosas. Unos han elegido responder a los hombres maduros y sabios, mientras que otros han preferido hablar a los niños, porque creyeron que hay una forma de plenitud y madurez, de refinamiento y de inocencia propia de ellos, que es la única que cualifica para llegar al reino de los cielos.

Pannenberg es de esos hombres que han sentido el desafío radical que la cultura contemporánea plantea al cristianismo y ha decidido plantarle cara, allí donde la bofetada parece más violenta y sangrante: la cuestión de Dios y la cuestión de la verdad. Su respuesta ha sido una teología sistemática en tres volúmenes en los que intenta hacer patente lo que la religión en un sentido y la fe cristiana en otro sentido significan para la comprensión de la realidad, del destino humano y del sentido de la historia. En alguna forma ha reasumido el programa de Schleiermacher llevado a cabo en sus dos obras clásicas: *Sobre la religión. Discursos a aquellos que siendo cultos la desprecian* (1799) y *La fe cristiana según los principios de la Iglesia evangélica expuesta orgánicamente* (1821).

Toda ciencia tiene períodos de indagación analítica, de exploración de nuevos universos, de incursiones por tierras fronterizas,

de búsqueda de posibilidades nuevas a la luz de nuevos métodos. Ese esfuerzo se sedimenta en monografías, ensayos y propuestas de repensamiento de la totalidad. Pero luego llega el momento en que hay que repensarla organizando la materia entera desde la nueva luz de la conciencia histórica. Es la época de las «Sumas», de las sistematizaciones necesarias. En la teología protestante habíamos tenido las grandes sistemáticas de Barth, Brunner, Althaus..., luego vinieron las de Schlinck, Ebeling, Fritzsche y ahora Pannenberg, quien publica el primer tomo de esta teología cuando cumple sesenta años de vida.

## Del fragmento a la totalidad

Pero ¿es posible ya escribir una teología sistemática, cuando el universo de saberes exegéticos, histórico-dogmáticos, filosóficos, hermenéuticos y prácticos se ha extendido hasta límites inabarcables por una inteligencia sola? ¿Son posibles todavía las síntesis, que no hagan violencia a la complejidad de los hechos con armonizaciones rápidas? Pannenberg parte del convencimiento no sólo de esta posibilidad, sino de su necesidad. Porque el hombre no es un conglomerado de operaciones, miembros, saberes, necesidades, esperanzas. Es una unidad de realidad y de estructuras, de sentido y de proyecto. Unidad en sí mismo y unidad en relación tanto respecto de Dios como respecto del mundo. No resiste una fragmentación que le convierta en un montón de escombros o le asemeje a un torso de saberes astillados, que no hacen surgir vida y que por tanto harían imposible la fe.

Más allá de los fragmentos, por geniales que sean; más allá de los ensayos, por originales que parezcan; más allá de los chispazos iluminadores o transformadores de la historia contemporánea, es necesaria una visión de la totalidad cristiana que muestre su coherencia interna, su verdad intelectual, su unidad a lo largo de la historia, su capacidad para resistir el presente y su garantía que forma parte de las fuerzas que orientarán el futuro. Y justamente eso es lo que pretende Pannenberg al ofrecer una teología sistemática, con base bíblica, abarcando todo el horizonte del pensamiento filosófico y teológico occidental y entrando en diálogo con la cultura moderna.

En este sentido es un libro virulentamente crítico respecto de la anterior teología protestante. Frente a la teología dialéctica de Karl Barth, quien parte de la revelación como palabra normativa, que asienta, legitima y nutre a la teología, en cuanto decreto de Dios que reclama y suscita obediencia; frente a la teología existencial de Bultmann, quien más que por lo revelado y ordenado por Dios, constituyendo un conjunto de verdades o de hechos, se interesa por su significación transformadora de la existencia; frente a ambos, aprendiendo de ambos y distanciándose de ambos, Pannenberg elige una tercera vía.

Entre una teología preocupada y orientada sobre todo por la «palabra de Dios» sedimentada en la Biblia (Barth) y una teología preocupada y orientada sobre todo por la «existencia del hombre» interpretada a la luz de los análisis de Heidegger en *Sein und Zeit*, Pannenberg reclama la historia como lugar y materia, sentido y fuente de orientación del teólogo. Una historia que abarca desde el comienzo hasta el fin, una historia de los hombres ante Dios buscando con su «razón» y anhelando con su totalidad inquiriente y expectante, dilectiva y utópica («religión»), que acoge los signos de una acción de Dios en el entramado de la propia vida humana a la que considera como «revelación». Por ello el autor, tras un capítulo en que define

la teología, nos habla de: «La idea de Dios y la pregunta por su verdad» (cap. 2); «La realidad de Dios y de los dioses en la experiencia de las religiones» (cap. 3); «La revelación de Dios» (cap. 4).

Dos son los ejes del pensamiento de Pannenberg: Dios y la verdad. ¿Cómo iba a ser de otra forma para un teólogo? Y, sin embargo, hemos vivido decenios en que pareciera que la idea central de la teología era el hombre y que toda teología era una forma de antropología. Nada menos que Rahner formuló como teoría central de su pensamiento la reincardinación de la teología en la antropología. Pero aquí estamos ante una sutil diferencia que los torpes siempre se saltan. Nada hay para el hombre que no tenga que pasar por sus interiores telares y cedazos, y en este sentido Dios adviene al hombre como palabra, sentido, dimensión, afirmación y posibilidad de sí mismo. Porque Dios es más íntimo al hombre que él mismo y está más cercano a su inteligencia y voluntad de lo que él piensa.

Y, sin embargo, ese Dios que es más íntimo a nosotros que nuestras propias entrañas nos trasciende absolutamente, es radicalmente distinto de nosotros, infinito frente a nuestra finitud y santo frente a nuestro pecado. La infinitud y santidad de Dios impiden su reducción o incardinación en el ámbito de dominación del hombre. Dios es Dios sobre toda capacidad comprensiva, decisiva y delimitativa del hombre. Por eso a Dios se le debe pensar desde el hombre —¿desde dónde si no le pensaríamos?—, pero como Dios. Y esto supone que toda palabra nuestra tiene que ser eco de la suya. ¿Quién sabría lo que es Dios, no sólo como causa o fundamento de lo existente, si él mismo no lo dejase sentir? ¿Quién podría forzarle a revelarse, si él no ejerciera su libertad diciéndose a sí mismo?

La teología tiene por objeto a Dios y de las demás cosas habla sólo en su relación con Dios, en cuanto su origen y su fin; en cuanto provienen de él como creaturas o en cuanto conscientes y libres marchan hacia el que es su bienaventuranza. Aunque parezca extraño, el protestante Pannenberg de entrada nos habla en términos que podrían ser exactamente los mismos de Santo Tomás al comienzo de la *Summa Theologica* (I q. 1 a 7 in c.). Luego los caminos se diversificarán, porque para Santo Tomás es determinante un horizonte y sensibilidad metafísica, que ve en la historia ejemplos y documentos de la fe, mientras que Pannenberg, prolongando y corrigiendo a Hegel, ve la historia formando ya parte del misterio mismo de Dios, que si bien debe ser pensado sin ella, para no sucumbir a cualquier panteísmo, sin embargo de hecho ya no es sin ella. Desde la encarnación la materia humana de Jesús y su humanidad de Hijo forman la entraña personal del Dios trinitario. Ya no hay Dios sin historia; ya no hay historia sin Dios.

## Azar o necesidad

Tras la metamorfosis del siglo XIX y tras el golpe mortal que Nietzsche asestó a la idea de Dios y con él a todos los valores y fundamentos absolutos, ¿se puede hablar todavía de verdad? Materia o poder, azar o necesidad, sentido o existencia son la alternativa que Marx, Freud, Monod, Sartre o sus sucesores propondrán. Y, sin embargo, la verdad sigue siendo la madre del hombre, de la que nace, de la que se amamanta y a cuyo regazo vuelve para encontrar el amor que necesita todo fruto finito. Y en el regazo de la verdad encuentra el hombre el amor necesario para ser libre, porque la libertad no existe sin la verdad y el amor. La afirmación bíblica: «La verdad os hará libres» (Jn. 8, 32)

hay que entenderla en sentido universal y negativo a la vez. Toda verdad hace libre. La verdad de Dios hace divinamente libres. Y sólo hay libertad donde hay verdad.

Esta tesis o reclamación de principios, de la que se sustenta esta obra, es igualmente crítica respecto de mucho pensamiento teológico actual, que parece haber desistido de poder legitimar el cristianismo por su verdad y prefiere legitimarlo por su eficacia histórica, por su ejemplaridad moral, por su capacidad de alentar los proyectos estéticos que otros han engendrado, por mantener en alto la esperanza humana, por añadir un aditamento de apacibilidad al desasosiego e inhospitalidad que sufre una tierra sin ningún horizonte de trascendencia. Evidentemente, si la teología, la fe y la iglesia no tuvieran otra misión que ésta, habría que otorgarles cuanto antes la cédula de defunción y reclamar que dejaran libre el espacio que ocupan indebidamente. Otras fuentes y fuerzas de vida lo ocuparían con mayor legitimidad y eficacia que ellas: la ciencia, la técnica, el arte, la moral, la real gana del hombre. Dios es fecundo porque es gratuito.

Por ello Pannenberg quiere ante todo pensar con los que han pensado en la historia de Occidente y con quienes quieren pensar hoy a Dios. Pensar a Dios es una suprema necesidad y una suprema imposibilidad para el hombre. Puede ser un acto de oración y de alabanza o una desmesura equivalente a una blasfemia. Por más extremo que parezca, el hombre necesita pensar a Dios: más aún, no es capaz de pensarse a sí mismo sin incluir el pensamiento de Dios como condición de su realidad. Desde esta idea puede pasar a un sistema que le clarifica, demuestra y establece con la claridad de la geometría. La historia del argumento ontológico tiene esa matriz de generación y regeneración permanente. Y si es aparentemente el más vulnerable, en el fondo es el único definitivo: Dios es una presencia alumbradora del hombre como realidad y como espíritu, desde la que se siente existiendo, pensando y proyectando, en conato de ser y en rechazo de muerte.

## El ser, mejor que el no ser

Desde San Anselmo a Descartes, desde Hegel a Pannenberg, tal afirmación renace en mil variaciones y se reafirma en la conciencia humana. Como renacen los argumentos que más humildemente Santo Tomás llamó «vías hacia el reconocimiento de la existencia de Dios». Estos hombres nunca fueron tan ingenuos o violentos como para pensar que el hombre, ser finito, se pueda elevar sobre Dios, ser infinito, circunscribirle, fijarle y demostrarle. Si, en cambio, fueron tan confiados y valerosos como para atreverse a revivir la realidad de Dios, dejándola inscribirse en nuestro espíritu. La convicción de que el ser es mejor que el no ser, de que el sentido prevalece sobre el sinsentido, de que la vida es anterior y posterior a la muerte, sostiene y suscita siempre las «vías» hacia el reconocimiento y consentimiento a Dios.

Aquí revive nuestro autor toda la historia moderna. ¿Es ella una historia de fe en Dios o de ateísmo, de pensar filosófico sobre Dios o de aceptación creyente de Dios? Hay la idea de Dios en la filosofía y hay la realidad de Dios percibida en las religiones y presencializada en la revelación. Por ello ya no se puede considerar el problema de Dios sólo desde una de ellas. Las tres confluyen como focos diversos para iluminarla. Pannenberg, como buen hegeliano, reclama la necesidad y gloria que la filosofía tiene en pensar a Dios. Por ello deja tras de sí la moralización de Dios y del cristianismo, implí-



Viene de la página anterior



cita en Kant para pensar desde la razón la historia y desde la historia a Dios. «Aquellos que toman a mal que la filosofía piense la religión no saben lo que quieren. El odio y la vanidad entran aquí en juego bajo apariencia de la humildad; la verdadera humildad consiste en sumergir el espíritu en la verdad» (Hegel).

En ese recorrido por la era moderna hay que descubrir un fenómeno de trágicas consecuencias: desde una sincera voluntad de conocer y entender a Dios se ha terminado haciendo de él un concepto, un objeto, una causa casi de la misma naturaleza y de la misma evidencia que las cosas del orden físico o psíquico. Descartes en este sentido es el símbolo admirable y devastador del espíritu moderno. Queriendo asegurar a Dios frente a sus negadores, intentó demostrarle. Pero el fruto no fue demostrar a Dios, sino la necesidad que el hombre tiene de Dios. La evidencia de Dios siempre queda en suspenso, porque a Dios no sólo hay que entenderle, sino también quererle. En el doble sentido del término: hay que querer que haya Dios, es decir, consentirle como Dios y amarle como se ama a un ser personal. Sin amor no hay conocimiento real ni del hombre en su sacralidad más íntima ni de Dios en su real divinidad.

### El naufragio de la demostración

En texto clásico dice Descartes: «Siempre he pensado que estas dos cuestiones, de Dios y del alma, eran las principales entre aquellas que deben ser demostradas más bien por las razones de la filosofía que de la teología». E intentará ofrecer «véritables démonstrations»: «J'ose bien les proposer pour de très évidentes et très certaines démonstrations» («A los señores Decano y doctores de la Facultad de Teología de París». Prólogo a las *Meditaciones*). Aquí se abre un camino fecundo y necesario en un sentido; peligroso y casi mortal en otro. Necesario, porque es indispensable poner de manifiesto que creer en Dios no es irracional, arbitrario, azaroso, sino fruto de un ejercicio de la capacidad espiritual del hombre, que busca razón, sentido y esperanza en el mundo. Y sin Dios no tendría ni unas ni otro. Y en este sentido casi toda la filosofía moderna es una secreta oración a Dios, rogándole se muestre a la razón humana que le busca.

Pero tal proceso se ha desnaturalizado olvidando la específica realidad religiosa de Dios: su santidad, su divina infinitud. El pertenece a otro ámbito de existencia. Y se le ha reconducido a lo conocido, dominado, funcional, causal, intramundano. Primero se le consideró como necesario en sentido físico para explicar el mundo, el hombre y la historia; es decir, se le redujo a función del mundo y sólo en tal sentido era reconocido como Dios. No en sí mismo y por sí mismo en su divina divinidad. El deísmo y un teísmo degradado son también culpables del ateísmo moderno. Nada menos que Pascal dirá que quienes blasfeman de la religión cristiana «se imaginan que consiste simplemente en la adoración de un Dios considerado como grande, poderoso y eterno; esto es propiamente el deísmo, que está casi tan alejado de la religión cristiana como el ateísmo que le es totalmente contrario, y a los cuales aborrece igualmente» (*Pensamientos*, 556).

### La pérdida del Dios religioso y cristiano

La época moderna alejó a Dios del mundo, negando su providencia; le alejó de la historia, negando la encarnación; le alejó de los

corazones, negando su amorosa condición personal; le alejó del futuro, mostrándole como juez con rasgos vengativos, cuando su justicia en la verdad es la que redime a los hombres de la justicia de este mundo en el que prevalecen los malvados sobre los justos y los verdugos sobre las víctimas. Tuvo lugar así una desreligiosización de Dios y una des-cristianización de Dios. El Dios cristiano fue reducido casi a un Dios pagano, pobre y envidioso del hombre, a su rival y antagonista, cuando en realidad el Dios de la Biblia es el que por exceso de vida, generosidad y plenitud suscita un hombre libre y creador, para que reviva en el mundo la divina majestad, sea soberano en él y se gloríe con la plenitud propia de Dios. ¡Que en eso consiste la gloria del hombre: en participar de la inmensidad inagotable de Dios!

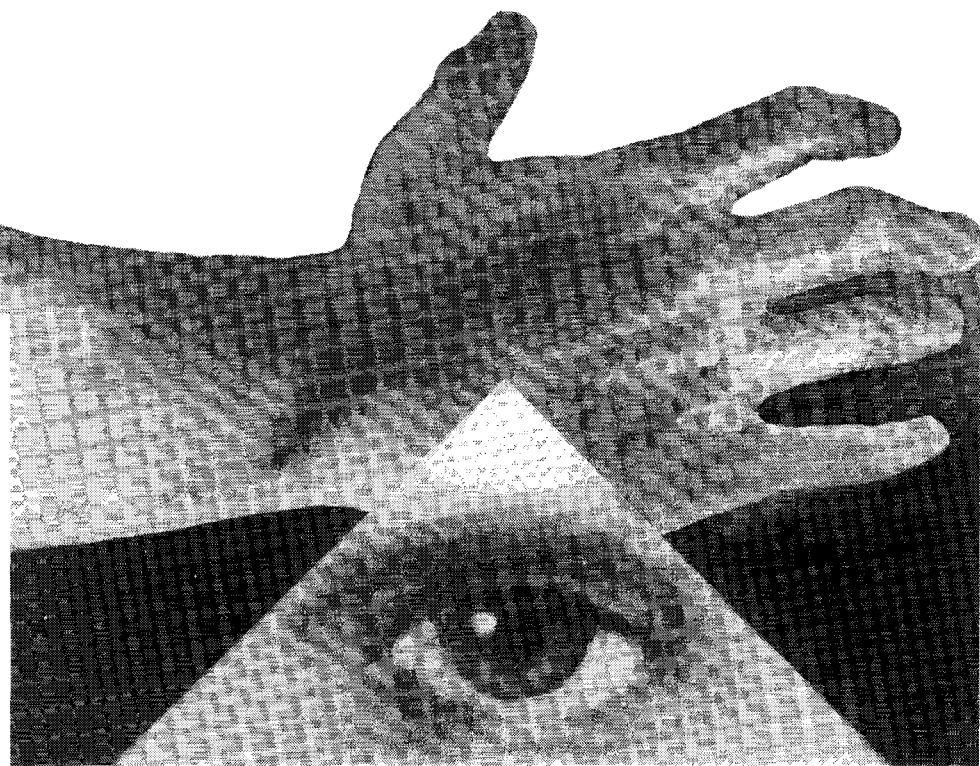
Por otro lado, la figura de Jesús fue reducida muchas veces a un héroe griego, benigno o maligno, Prometeo o Sísifo, maestro de moralidad en el mejor de los casos o héroe estoico en el peor. ¡Con ello se estaba invirtiendo la novedad cristiana y volviendo a fases precristianas! Cuando el hombre moderno pensaba que para ser autónomo tenía que negar a Dios y para ser libre eliminar al Infinito, estaba confundiendo la Biblia con la mitología griega o releyéndola a la luz de una antropología moderna, que piensa a Dios a imagen del hombre, que es malvado e injusto, envidioso e incapaz de perdonar, si antes no es redimido de su pecado.

Porque éste fue otro de los grandes dramas de la conciencia moderna; de sentido inverso al anterior. Reaccionando contra el «Dios en sí» de Aristóteles, de los escolásticos y de la metafísica en general, Lutero, y tras él la reforma protestante, acentuó tanto la dimensión de «Dios para mí», no causa sino salvador, no en el empirio sino en mi conciencia, a mi servicio y por mi salvación, que al final surgió la sospecha de que este Dios era sólo un producto del hombre, engendrado por sus necesidades y sueños, carencias y utopías. Lo que había dicho de Dios en realidad era lo que pensaba de sí mismo, en positivo o negativo. Feuerbach concluye tajante: la teología es un capítulo de la antropología; es la misma antropología por sujeto interpuesto. Dios no es sino la palabra que el hombre pronunció para decirse, proyectarse y realizarse, cuando todavía no tenía capacidad de pensarse a sí mismo en verdad radical.

Marx y Freud intentan desvelar los argumentos económicos y psicológicos de ese mecanismo de transmutación. Surgieron todos los ateísmos y se generalizó el régimen de «sospecha» contra Dios. Y se programó el futuro sobre el hombre solo y se anunció la definitiva muerte de Dios. Tras ella surgirían la mejor comprensión del ser, la más plena felicidad humana y la realización de los supremos ideales en este mundo por medio del hombre. La paz, el progreso, la reconciliación entre hombre y mundo, entre hombres y hombres, se decía que estaban ya en camino y que su advenimiento definitivo sería inminente.

### «Si Dios no existe...»

Ha pasado un siglo y las promesas e hipótesis del ateísmo no sólo no se han cumplido, sino más bien parece lo contrario. El desencantamiento del mundo no significa mayor belleza o hermosura de la realidad. La eliminación de Dios en los nuevos proyectos sociales y políticos ha colaborado a un desfundamiento de lo humano. La ausencia de fundamentos religiosos está dejando a la cultura sin última base y, una vez que la cultura no se remite a fundamentos de ultimidad, no funda la política, la moral pública



JUAN RAMÓN ALONSO

o la convivencia social. Hasta ahora esa cultura remitía a una inspiración religiosa. Perdida ésta, ¿en qué se fundarán la convivencia y la democracia? Sin tal fundamento, surgirá la afirmación absoluta de cada voluntad individual, de grupos y de ideologías. ¿Y qué devolverá la concordia sin previos fundamentos de cohesión y convicción? ¿Esta discordia e inicial anarquía, no suscitarán un posterior autoritarismo?

Y vuelven a surgir las voces que preguntan: «Si Dios no existe...», ¿dónde quedan los fundamentos de la verdad, de la razón, de la moral, de la esperanza? Desde Horkheimer a Kolakosvski y tantos otros. El «eclipse de Dios» (M. Buber), ¿no lleva consigo la muerte del hombre? Negado Dios en la experiencia colectiva, han surgido, junto a la secularización trivializadora e idolátrica, la nueva pobreza del tercer mundo, la marginación de los impotentes, la dominación del mundo sur por el norte, el desprecio de los niños y de los ancianos. Y por otro lado, los fundamentalismos y las nuevas formas de religiosidad mágica que nada tienen que ver con la verdadera religión y sí con lo prehumano, irracional, violento y deshumanizador. Pero un mundo al que se le han segado las raíces busca succionar jugo donde puede. Y en lugar de tierra húmeda y nutritiva se encuentra con granito duro e inmisericordie. El islamismo ha plantado cara al cristianismo tras acusarle de ser incapaz de configurar la experiencia humana total desde su propuesta. Como todos los fundamentalismos, si no es verdad lo que dice, es real lo que recuerda y es objetiva la carencia que desenmascara.

### El Dios trinitario

Este primer tomo de su *Teología Sistemática* lo dedica Pannenberg a hablar de Dios. Tras este recorrido por la historia moderna habla del Dios trinitario, como respuesta a esta historia y razón de esta humanidad. Muestra cómo surge el conocimiento de Dios como relación, vida personal y comunicación que se afirma y autodistingue, del comportamiento mismo de Jesús, en referencia al Padre y en donación del Espíritu. De la relación de Jesús con Dios en la his-

toria se podrá pasar a hablar de las misiones, relaciones y procesiones en Dios mismo. El ser eterno de Dios (Trinidad immanente) nos es conocido desde su manifestación en la historia (Trinidad económica). Mientras que aquella eterna vida trinitaria funda y esclarece esta donación al mundo en Jesús y en el Espíritu Santo, desde esa historia se interpreta su vida eterna (esencia) y desde esos comportamientos con nosotros se discernen sus atributos llamados metafísicos (cap. 6.º, final).

### El Dios siempre más grande

Un libro como éste, largo, duro, profundo, tiene el coraje, que es humildad, de dar razón de Dios dando razón a Dios y a hombres, es decir, pensando. No moralizando, no gritando, no soñando. Muestra lo razonable que es preguntar por Dios, reconocer a Dios, consentir amorosamente a él. Dios es inolvidable para el hombre. Si Dios se acuerda siempre del hombre, el hombre aun en la lejanía y el pecado se acuerda siempre de Dios. Pero si este libro muestra así que Dios es razonable y pensable, quizá no deje sentir con la misma fuerza que es creíble y amable; más aún, que es enamoradizo del hombre. La dimensión existencial, cordial, totalizadora, gozosa de la fe, tal como aparece en la historia de los espirituales, los místicos y de tantos creyentes de a pie, no aparece aquí tan al vivo.

La fe como purificación, iluminación y connaturalización con Dios, y la iglesia como mediación autorizada de ese conocimiento histórico y revelado de Dios, no aparecen tan claras. Algunos incluso dirán que aquí tenemos una teología filosófica y no una teología teológica; un protestantismo malversado. Hay teólogos que deben la mejor teología que saben a la liturgia y a la mística —así lo confesaba de sí mismo Congar—; otros, en cambio, la deben a la filosofía y a la historia. De ellos sería Pannenberg.

Este libro es radical. Bello en lo que ofrece, pero reclama otra teología sistemática no menos racional, pero más atenta a otras dimensiones de la vida humana y de la revelación cristiana, de la Iglesia y de la historia, que también son esenciales. □

### RESUMEN

Un teólogo, en su madurez, nos recuerda Cardedal, tiene ante sí un doble reto: o escribir una teología sistemática para adultos, es decir, ser capaz de dialogar críticamente con los hombres maduros y serios, o escribir un catecismo para niños, es decir, exponer la ver-

dad suma con suma sencillez. Uno de esos teólogos que optaron por una teología sistemática es Pannenberg, decidido a plantarle cara a la cuestión de Dios y a la cuestión de la verdad; y el resultado es lo que comenta Cardedal.

Wolfgang Pannenberg

*Teología Sistemática I*

Publicaciones de la Universidad Pontificia de Comillas, Madrid, 1992. 516 páginas. 6.000 pesetas.

# Sobre el lenguaje escrito

Por Francisco Marsá

**Francisco Marsá** (Portbou, Gerona, 1924) es catedrático de Filología española y director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Barcelona. Es numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona y correspondiente de la Real Academia Española. Es fundador y presidente (1986-90) de la Sociedad Española de Lingüística.

Muchos años atrás se oía con frecuencia la expresión «leer, escribir y algo de cuentas». Parece que tales contenidos era cuanto se exigía para acceder a la sargentería o algo por el estilo. Buena parte de la ironía que se atribuía a tan somera relación de saberes acaso se debiera a la imprecisión en cuanto al grado de conocimiento exigido en cada una de las pruebas. La vaguedad es obvia en cuanto a «algo de cuentas». Por lo que se refiere a saber leer y saber escribir, tal vez alguien pueda considerarlos conocimientos bien definidos. No nosotros, por supuesto. Ni tampoco tantas y tan relevantes personas que dedican buena parte de su actividad profesional, considerada científica, a investigar acerca del «hablar» y del «escribir». Acerca de esta última actividad («la más importante de las formas de registro gráfico que el hombre ha inventado») y acerca de «lo escrito» («producto dinámico del escribir») trata el libro objeto de nuestro comentario de hoy.

Las dos frases definitorias, entrecomilladas y entre paréntesis, están tomadas de su introducción. Como punto de partida de las consideraciones que han de constituir el cuerpo del libro, la autora presenta el distinto sentido que hay que atribuir a la expresión «no saben leer» cuando la usan los maestros de primer grado, los empleados de banco y los profesores universitarios cuando se refieren, respectivamente, a los niños de su clase, a sus clientes y a sus alumnos superiores; pero —añade— «nadie dudará en afirmar que acaso Pablo Neruda sabe escribir. Es evidente que bajo la misma frase se esconden connotaciones muy diferentes» (pág. 48). Nos parece un buen modo de ejemplificar lo que bien podríamos considerar distintos niveles de escritura.

Desde los palotes del párvulo a la perfección de un buen soneto hay un largo trayecto que muy pocas personas alcanzan a recorrer. Pero entendemos que la elección de Neruda como ejemplo de una forma límite de lenguaje (opuesto al de estudiantes y clientes de banco) no parece en absoluto casual. Neruda no es un poeta cualquiera. En buena parte de su obra se retuerce la sintaxis hasta romperla y se fuerza el léxico hasta el extremo de dificultar la comprensión del texto a aquellos que habrían satisfecho la exigencia de «saber escribir», en opinión de maestros, empleados de banco y profesores universitarios. Este planteamiento conduce a reconocer la oposición existente entre el concepto de texto escrito y el de texto literario; oposición que nos pa-



ALFONSO RUANO

rece tan evidente como difícil de delimitar en campos cerrados mediante estrictos criterios de lingüística interna.

Esta dificultad y otras muchas concernientes al estudio de la escritura rebasan las posibilidades de la lingüística clásica. De aquí que hayan estimulado la participación de psicólogos y pedagogos en este campo de investigación. Lo esencial de su vasto y diverso trabajo se recoge en el libro de Liliana Tolchinsky; pero no ofrecido como «estado actual de la cuestión», sino incorporado al hilo de su personal presentación de los aspectos procesales y didácticos del escribir y de la escritura. Consideramos que el mayor interés del libro reside en su capacidad para presentar problemas que no siempre son tenidos en cuenta por quienes tratan cuestiones relacionadas con la escritura. Como ejemplo extremo de la ambigüedad del término «texto escrito» cabe apuntar una de las cuestiones tópicas en la producción de obras literarias: la posibilidad —aparentemente contradictoria y ciertamente anecdótica— de escritores analfabetos.

## Escritores no escribientes

Consideremos, en primer lugar, la existencia de escritores no escribientes (segunda acepción en el diccionario de la Academia). Néstor Luján —entre otros muchos escritores de hoy— ha afirmado reiteradamente que dicta el texto de sus libros. En tales casos, se trata de la renuncia voluntaria a la capacidad de escribir. La ceguera permanente que afectó a Jorge Luis Borges a la mitad de su vida literaria no le impidió «escribir» al dictado una copiosa obra posterior. Otro tanto cabe decir de Giovanni Papini, privado de casi todos sus sentidos hacia el final de su vida y limitado a dictar el resto de su obra literaria a su nieta Anna Paszkowski. Sólo pretendemos reforzar aquí, con ejemplos modernos y circunstanciales, la distinción tan clara en la Edad Media entre el escritor y el amanuense: éste, «porque escribe con la mano lo que otro dicta con el entendimiento»; aquél, «el que es autor de algunas

obras escritas o impresas» (según acertadas definiciones del llamado *Diccionario de Autoridades*).

Aunque podríamos dejarnos llevar hacia muchos campos de reflexión, la lectura del libro de Liliana Tolchinsky sugiere algunos de particular interés. Uno de ellos lo constituye su presentación del concepto de proceso en la producción del texto escrito, a partir de formulaciones de M. A. K. Halliday, aunque modificando parte de su nomenclatura y acentuando las implicaciones experimentales y didácticas. Sorprende favorablemente que la autora no evite las cuestiones más complejas, tales como el origen y la evolución de la escritura; aunque conduciéndolas siempre al campo del aprendizaje práctico de la escritura en el ámbito de la comunidad social y de la escuela. La distinción entre la evolución filogenética (con somera referencia a las encontradas hipótesis monogenética y multigenética) y la evolución ontogenética abre el camino hacia una lingüística de la escritura y mueve a la autora a propugnar la necesaria distinción entre escritura y lenguaje escrito.

Esta última distinción es importante en el campo de la pedagogía. La escuela suele esforzarse en lograr la adquisición de la escritura como técnica o cauce de expresión lingüística; pero cabe aspirar a un logro más ambicioso: atraer la atención del niño —desde los primeros pasos de su aprendizaje de la lengua— hacia la peculiaridad del texto escrito. Y no sólo oponiendo el texto escrito al texto oral (la notación escrita a la lengua hablada), sino estimulando la distinción entre las diversas modalidades de textos escritos. Es importante para la formación de los estudiantes que aprendan cuanto antes la diferencia entre texto informativo, publicitario, jurídico, literario, etc. Estas modalidades no sólo difieren en su estructura lingüística interna, sino en su presentación gráfica. La lengua escrita ejerce su eficacia tanto por su estructura interna (tendente a potenciar la claridad, el estímulo, la precisión y la creatividad, según el orden de los textos arriba presentados) como por su aspecto visual. Basta pensar en un anuncio o en un verso. Y, en cuanto a éste, oponer el rigor formal (ritmo, rima y estrofas) de un soneto a la libertad gráfica de un poema ultraísta.

Estas consideraciones nos llevan como de la mano a otra cuestión, abordada por la profesora Tolchinsky con valentía en un ambiente polémico y más bien hostil. Se trata del valor de la transgresión en la escritura. No basta con enseñar las reglas, hay que mostrar las excepciones; no ya en la «escritura», sino en el «lenguaje escrito». De los dos tipos se nos ocurren socorridos ejemplos. Del primero, la ingenua pirueta meramente ortográfica de la «j» de Juan Ra-

món Jiménez (contagiada a su mujer, Zenobia Camprubí) y la más atrevida de Quevedo: «la jeri aprenderá gonza siguiente». Del segundo, el bello verso gongorino «muda la admiración habla callando». Quien aprende a escribir ha de aprender, al mismo tiempo, que el resultado de la escritura puede constituir una modalidad peculiar de lenguaje, un determinado registro de lengua, una variedad diafásica de texto.

En un momento en que la investigación se ocupa con ahínco de las circunstancias no estrictamente lingüísticas del lenguaje, se agradece que los hallazgos de tan meritorio trabajo se apliquen a la enseñanza de las lenguas. Y mucho más si su aplicación, como propone la autora del libro que hoy comentamos, coincide con las primeras experiencias escolares relacionadas con la comprensión y la expresión. La actitud predominantemente pasiva que, en la práctica, aplican algunos pedagogos debe sustituirse por el fomento de la iniciativa en el escolar. El contacto de éste con el texto escrito debe llegar a sus últimas consecuencias. No basta que el niño reconozca los signos de la escritura y aprenda a reproducirlos. Tampoco basta que llegue a comprender el contenido informativo del texto escrito, ni que lo retenga y sea capaz de reproducirlo. El niño ha de aprender cuanto antes la peculiaridad del texto escrito. No se trata necesariamente de una mera reproducción de lo oral mediante una notación gráfica.

La expresión escrita y la expresión oral pueden comportar actitudes que influyan en el resultado. Una exitosa conferencia pronunciada espontáneamente ante el auditorio no siempre resiste su publicación escrita. Tampoco al contrario. Un excelente texto escrito no siempre resiste sin merma de su valor su lectura ante el público. Aunque hay quien «habla como un libro»; es decir, con lenguaje escrito. Conviene que esto se aprenda pronto. La profesora Tolchinsky lo propone para los primeros contactos del niño con la escritura. He aquí una frase de la autora, especialmente efectiva por la contundencia de su formulación (pág. 317): «Se trata, por un lado, de poder abordar la cotidianidad literariamente y, por el otro, de desacralizar lo literario y tornarlo actividad creativa y vigente». □

## RESUMEN

El lingüista Francisco Marsá es de los que saben que, contra lo que pudiera pensarse, «hablar» y «escribir» no son conocimientos perfectamente definidos. De ahí que, en su opinión, el estudio de la escritura rebase hoy las posibilidades de la lingüística clásica,

y de ahí también que se estimule la participación de psicólogos y pedagogos en este campo de investigación. Estas reflexiones son el telón de fondo de su comentario al libro escogido que trata cuestiones relacionadas con la escritura.

Liliana Tolchinsky

*Aprendizaje del lenguaje escrito. Procesos evolutivos e implicaciones didácticas*

Anthropos, Barcelona, 1993. 344 páginas. 2.550 pesetas.

## En el próximo número

Artículos de Francisco Rubio Llorente, José María Torroja, Antonio Domínguez Ortiz, José-Carlos Mainer, Pedro Martínez Montávez y José Antonio Melero. Índice 1994.

## La Ley y los derechos

Por Francisco Rubio Llorente

**Francisco Rubio Llorente** (Berlangua, Badajoz, 1930) es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad Complutense, habiéndolo sido antes de la Universidad Central de Venezuela. Ocupó, entre 1977 y 1979, la Secretaría General de las Cortes y fue nombrado, en 1980, magistrado del Tribunal Constitucional. Su obra teórica está dispersa en revistas especializadas, libros colectivos y estudios introductorios.

En la ciencia del Derecho (y por eso hay quienes piensan que hablar de ciencia del Derecho es expresión más bien metafórica) hay pocas cuestiones pacíficas; quizás ninguna. Entre las cuestiones disputadas, tal vez la que más encendidamente lo ha sido a lo largo de la historia es la primera, la del origen del Derecho. Sea éste lo que sea, que haya general acuerdo (una estructura o un sistema; integrado por normas o por instituciones; con mil modos distintos de concebir estos elementos componentes), a todo lo largo de la historia, al menos de la historia occidental, la interminable disputa sobre su origen enfrenta dos posturas distintas que, para agravar aún más la atroz simplificación que implica reducir a sólo dos términos una realidad infinitamente más variada, podemos identificar con la trascendencia y la inmanencia. Los términos no son, desde luego, exactos, pero como no se me ocurren otros que expresen mejor la idea que intento transmitir, continuaré aferrado a ellos, aunque me vea obligado a definirlos. Por trascendencia o postura trascendente entiendo la de aquellos que atribuyen el origen del Derecho a los dioses (unos a su razón y otros a su voluntad), o a la sabiduría de personajes míticos, o a la razón humana o, incluso, a la acción espontánea y no reflexiva de la comunidad, que crea el Derecho del mismo modo que el lenguaje. Por inmanencia o postura inmanente entiendo la de quienes ven en el Derecho una creación que se debe a la prudencia deliberada de generaciones pasadas (con independencia de que estas generaciones pretéritas incluyan a toda la comunidad, o sólo a los jurisperitos y los jueces,



FUENCISLA DEL AMO

o sólo a estos últimos), o a la voluntad del titular del poder: el Rey, o un Caudillo salvador o, más comúnmente, el pueblo o sus representantes.

El Estado constitucional puede ser entendido como una especie de transacción entre estas dos posturas enfrentadas. El Derecho emana del pueblo, que por eso es soberano. Las normas que los hombres han de obedecer, o que se aplican para resolver sus litigios no son, sin embargo, producto de una voluntad sin límites, pues el primer acto de la soberanía, la primera manifestación de voluntad, del pueblo soberano es la de «constituirse» como comunidad jurídica, consagrando unos principios fundamentales que atribuyen a los ciudadanos un ámbito de libertad garantizado frente al poder. En lo sucesivo, la voluntad del pueblo, es decir, la de sus representantes, sólo es válida en la medida en la que los respete. Como esos principios (lo que hoy llamamos

derechos fundamentales) son precisamente los derechos del hombre descubiertos por la Filosofía de la Ilustración (y antes, por el jusnaturalismo racionalista, y más antes aún, y con pocas variantes, por otras muchas escuelas que pueden inscribirse en lo que he llamado postura trascendente), esa vieja oposición queda resuelta en principio. Sólo en principio, claro está, porque ni todo el Derecho que se produce dentro de los límites impuestos al poder es considerado igualmente justo por los sometidos a él, ni hay pleno acuerdo entre éstos acerca del alcance exacto de tales límites.

### Derecho, política y jueces

La relación entre poder y Derecho dentro del Estado constitucional no se ha resuelto, sin embargo, del mismo modo en Europa y en América. Aquí, a partir del constitucionalismo británico y de las ideas de la Revolución francesa, es la política la que garantiza el respeto de los derechos. Sólo la Ley puede limitarlos, en la medida en la que esta limitación es indispensable para su coexistencia; y la Ley, como expresión de la voluntad popular, no puede ir, por definición, contra los derechos de quienes lo integran. La Ley es, por así decir, la medida de los derechos, y el juez, absolutamente sujeto a la Ley, no puede cuestionar su validez ni reconocer a los ciudadanos derechos que ésta no les conceda.

En los Estados Unidos, como digo, las cosas fueron de otro modo. A partir de una

célebre sentencia (Marbury vs. Madison) de 1803, cuyas debilidades teóricas han sido denunciadas millones de veces, la Corte Suprema se consideró facultada para contrastar las leyes con los derechos consagrados en las diez primeras enmiendas a la Constitución e inaplicar (no anular) las que, a su juicio, los violaran. La construcción plantea un sinnúmero de problemas teóricos, pero la extraordinaria parsimonia con la que la Corte Suprema hizo uso de esta facultad (de hecho tardó más de cincuenta años en declarar inconstitucional otra ley) impidió que surgiesen graves problemas prácticos. Más precisamente, lo impidió durante esos cincuenta años, porque esa segunda sentencia fue uno de los detonantes de la guerra civil. A partir de ésta, e inicialmente más por la necesidad de asegurar la unidad de la Federación que por otras razones, la Corte fue más activista, y mucho más desde finales del siglo, cuando comenzó a utilizar esa facultad para considerar contrarias a la Constitución todas las leyes que intentaban imponer limitaciones a la libertad contractual, especialmente en lo que hoy llamamos derecho laboral. A partir de entonces ha seguido teniendo un lugar muy importante en la creación del Derecho, que ha inflexionado en una u otra dirección de acuerdo con la tendencia política dominante en su seno.

### La ley destronada

Este modelo es el que, con una significativa diferencia, comienza a introducirse en Europa después de la Primera Guerra Mundial y más acentuadamente después de la Segunda. En la actualidad, con diversa amplitud, pero reservando en todo caso el juicio de constitucionalidad de las leyes a un solo tribunal (en esto radica la aludida diferencia), existe una jurisdicción constitucional en un buen número de países europeos, entre ellos el nuestro.

En virtud de esta introducción, la ley ha perdido ese lugar primordial que antes ocupaba. Por encima de ella existe una Constitución; tanto el ciudadano como el juez ordinario (también algunos órganos políticos, pero esto es en el fondo mucho menos importante) pueden contrastarla con ella y poner en duda su validez y el juez constitucional puede juzgarla y, si la encuentra inconstitucional, anularla. El «destronamiento de la ley» es ya una figura típica en la literatura jurídica actual.

Esta es la situación a partir de la cual se produce la reflexión que ha dado lugar a la obra de Gustavo Zagrebelsky, profesor en Turín y autor de otros libros bien conocidos de los estudiosos españoles. El que ahora comento es una obra breve (poco más de 200 páginas de formato pequeño), pero también extremadamente brillante y provocadora.

### En este número

#### Artículos de

Francisco Rubio Llorente	1-2	Pedro Martínez Montávez	8-9
José María Torroja	3	José Antonio Melero	10-11
Antonio Domínguez Ortiz	4-5	Índice 1994	12
José-Carlos Mainer	6-7		

SUMARIO en página 2





## La Ley y los derechos

La tesis es, en cierto sentido, muy simple. El Derecho de nuestro tiempo, y sobre todo del tiempo hacia el que vamos, es un derecho «mite». No he sido capaz de encontrar traducción adecuada para este término, que, como el «mitis» latino, evoca las ideas de mansedumbre, suavidad, amabilidad; los posibles adjetivos castellanos resultan chocantes aplicados al Derecho. Este Derecho «mite» no está ya integrado por reglas que impongan una consecuencia precisa cuando se dan determinadas circunstancias, sino por principios, esto es, por mandatos que ordenan al juez decidir de manera que se maximalicen siempre determinados valores. El juez, que nunca ha sido en rigor un autómatas, no tiene ya libertad sólo para valorar las circunstancias del caso y atenuar o mitigar el rigor de las consecuencias que la norma impone. Es, en cierto sentido, el autor de la norma que aplica porque ésta resulta de la conjunción del principio con los hechos. No se trata sólo del destronamiento de la Ley, sino del frac-

cionamiento del Derecho en sus tres elementos componentes (Justicia, derechos y Ley); un fraccionamiento tan acentuado que el autor llega a sugerir la conveniencia de separar la simple «legisdictio» de la verdadera «jurisdictio»: de separar la función de aplicar las leyes, que puede encomendarse a órganos administrativos especializados, de la verdadera tarea de decir los derechos.

### La decisión razonable

Esta tesis, que sin duda traiciono al resumirla hasta convertirla, me temo, en una caricatura, se apoya en una teoría muy honda. El Estado de nuestro tiempo ha dejado de ser soberano, en el sentido clásico de este término al menos. No es ya la fuente de la Justicia que incorpora el Derecho. La fuente real del Derecho es la propia Constitución, pero ésta, como Constitución propia de una sociedad democrática, como Constitución abierta, es resultado del pacto e incorpora no una, sino varias ideas de justicia. El Derecho que a partir de ella se crea no puede tener, por tanto, la pretensión de ser la plasmación única de una única Justicia. Ha de ser simplemente razonable, pues la razonabilidad, «de requisito subjetivo del jurista, ha pasado a ser requisito objetivo del Derecho. Derecho razonable es aquel que se presta a ser sometido a las exigencias de composición y apertura, es decir, el Derecho no cerrado a la coexistencia pluralista».

El compendio de esos principios que integran la parte sustancial del Derecho contemporáneo son, por supuesto, los derechos fundamentales, pero ni siquiera éstos, ni siquiera como principios, tienen un significado único, pues también ellos pueden ser entendidos de modos diversos. En el capítulo IV, uno de los textos jurídicos más apasionantes que he leído en mucho tiempo, Zagrebelsky contraponen dos de estos modos, los fundamentales. El propio del humanismo laico, para el que los derechos son garantías de determinados ámbitos de libertad y el orden social deseable es el que resulta del uso que los hombres hacen de esa libertad garantizada, y el propio del humanismo cristiano (al que asimila el socialismo), para el que los derechos son

valores sustantivos y el orden social justo es el que los realiza. Hasta tal punto, dice, que en este entendimiento se habla de derechos sólo por concesión al espíritu del tiempo: en lo que realmente se piensa es en deberes.

Como es evidente, en una concepción del Derecho como la que el autor describe y preconiza (la diferencia entre el diagnóstico y la propuesta no siempre resulta clara en el libro), la Ley cede ante el juez. El autor piensa que incluso para defender ésta, para asegurar su eficacia dentro del ámbito que todavía le es propio, para defenderla de los jueces que hacen norma de sus propias ideas y hasta de las alegrías «manipulativas» del juez constitucional, es necesario tomar conciencia de esta nueva estructura de la realidad jurídica de nuestro tiempo. A mi juicio, sin embargo, y esta reserva no resta para mí un ápice al valor del libro, esa nueva estructura no puede ser aceptada sin resistencia, sin resolver previamente algunas cuestiones importantes.

### Injusticia o desorden

El Derecho ha de asegurar la Justicia, pero también la seguridad. La Ley igual para todos, cuya idea es el centro de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano, precisamente ofrece, potencialmente al menos, un alto grado de seguridad. Menos, sin duda, en estos tiempos de legislación motorizada e imperfecta, de acumulación de «leyes medida». Más, sin embargo, que un Derecho cuya unidad está asegurada sólo merced a los enunciados, necesariamente muy genéricos, de la Cons-

titución, interpretados y aplicados por jueces que únicamente están vinculados por ésta. Sobre todo cuando estos jueces, pero ya ésta es una observación menor, no forman parte de un sistema en el que, como en los anglosajones, el juez está vinculado al precedente y el Derecho real se construye a partir de los casos.

Y de otra parte está el problema de la legitimidad. Es verdad que el Estado ha perdido soberanía; que difícilmente puede seguir siendo considerado soberano hacia el exterior, y quizás lo es también escasamente hacia el interior, sobre todo a partir de la internacionalización de los mercados. Pero se le llame o no soberano, el pueblo sigue siendo la fuente de legitimidad del poder. Es fácil derivar la validez del Derecho de la legitimidad de un órgano que recibe su poder directamente del pueblo a través de las elecciones. Resulta más problemático hacer derivar de un acto fundacional, la Constitución, en cuya realización quizás no intervinieron las generaciones vivas, el poder de los jueces desvinculados de la Ley.

Son seguramente reflexiones triviales en las que me amparo para no rendirme ante un libro subyugante, pero que plantea un envite que me resisto a aceptar. Como antes dije, en la intención del autor es también un libro destinado a poner coto a la propensión de algunos jueces a hacer lo que creen justo al margen de la Ley (una propensión que ha dado lugar en España a algunas decisiones sorprendentes). Quizás para dotarlo de esa eficacia debería acompañarlo pronto de una continuación de su reflexión sobre los aspectos negativos del Derecho que, casi me atrevería a decir exagerando, se nos viene encima. □

### Qué es

**SABER Leer**

Con carácter mensual, la revista **SABER/Leer** es una publicación periódica, editada por la Fundación Juan March, que recoge comentarios originales y exclusivos sobre libros editados recientemente en las diferentes ramas del saber. Los autores de estos trabajos son distintas personalidades en los campos científico, artístico, literario o de cualquier otra área, quienes, tras leer la obra por ellos seleccionada, ofrecen una visión de la misma, aportando también su opinión sobre el estado del asunto que se aborda en el libro comentado.

Los textos contenidos en esta revista pueden reproducirse libremente citando su procedencia: «Revista crítica de libros SABER/Leer, Fundación Juan March, Madrid».

**SABER Leer**

Revista crítica de libros



Fundación Juan March

Servicio de Comunicación

Castelló, 77  
Teléfono: 435 42 40. Fax: 576 34 20  
28006 Madrid (España)

Depósito Legal: M. 40.038-1986  
ISSN: 0213-6449  
Impreso en G. Jomagar (Móstoles)

SUSCRIPCIÓN: Cheque a nombre de la revista SABER/Leer. Un año: España, 1.500 pesetas. Extranjero, 2.000 pesetas o 20 \$ USA.

## SUMARIO

	Págs.
«La Ley y los derechos», por Francisco Rubio Llorente, sobre <i>Il Diritto mite</i> , de Gustavo Zagrebelsky	1-2
«Beato de Liébana y su mapamundi», por José María Torroja, sobre <i>Comentarios al Apocalipsis</i> , de Beato de Liébana	3
«Fronteras culturales entre el XVII y el XVIII», por Antonio Domínguez Ortiz, sobre <i>La transición del siglo XVII al XVIII</i> , de autores varios	4-5
«La razón desesperada», por José-Carlos Mainer, sobre <i>Vendrán más años malos y nos harán más ciegos</i> , de Rafael Sánchez Ferlosio	6-7
«Pensamiento crítico y religioso en Egipto», por Pedro Martínez Montávez, sobre <i>Naqd al-jīṭāb al dīnī [Crítica del discurso religioso]</i> , de Naṣr Ḥāmid Abū-Zayd	8-9
«En busca del alma perdida», por José Antonio Melero, sobre <i>The Astonishing Hypothesis: The Scientific Search for the Soul</i> , de F. Crick	10-11
Índice 1994	12

### RESUMEN

La sujeción de la ley al control de los jueces y el carácter abierto de la Constitución y de los derechos que en ella se garantizan implican un cambio radical en la estructura

del Estado de Derecho. Rubio Llorente reflexiona sobre el significado y los riesgos de este paso del Estado de leyes al Estado de derechos.

Gustavo Zagrebelsky

*Il Diritto mite*

Einaudi, Turín, 1993. 217 páginas.

# Beato de Liébana y su mapamundi

Por José María Torroja

**José María Torroja** (Madrid, 1916) es doctor en Ciencias y ha sido catedrático de Astronomía y Geodesia de la Universidad Complutense, en Madrid, de donde actualmente es profesor emérito. Es ingeniero geógrafo, astrónomo del Observatorio de Madrid y miembro de la Real Academia de Ciencias.

La Biblioteca Nacional publicó en 1986 un interesante volumen titulado *Los Beatos* con magníficas ilustraciones de los *Comentarios al Apocalipsis* de Beato de Liébana, cuyo original se conserva en nuestra primera biblioteca. Tres años antes, la editorial Franco María Ricci, de Milán, había editado una obra titulada *Beato de Liébana* con comentarios de Umberto Eco sobre este manuscrito. Ahora la Biblioteca Nacional ha publicado una magnífica edición facsímil de esta obra que data del siglo VIII.

Es de destacar la preponderancia de España en la cartografía durante los siglos V a VIII con las obras de Pablo Orosio en su *Historia contra los paganos*, San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* y esta de Beato de Liébana en sus *Comentarios al Apocalipsis*. Las tres obras fueron escritas acompañadas de incipientes mapas o esquemas cartográficos que, en sus épocas respectivas, destacaron como iniciación al posterior desarrollo de la cartografía.

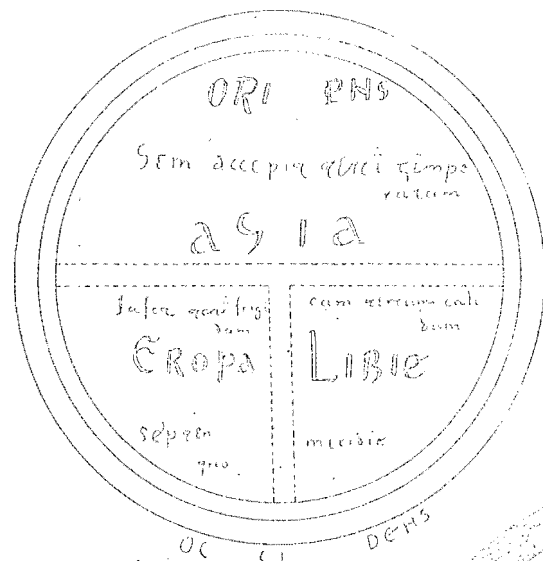
## Presbítero de Liébana

¿Quién fue Beato de Liébana? Poco se sabe de él, salvo que vivió en la segunda mitad del siglo VIII, que fue presbítero y que residió en el valle de Liébana, al sur de las altas cumbres de los Picos de Europa.

Desde el siglo V habían aparecido en España dos escritores que habían incluido en sendas obras importantes aportaciones a la cartografía con sendos bocetos que acompañaban a otros tantos escritos. Orosio (siglo V) había escrito una *Historia contra los paganos*, y San Isidoro, arzobispo de Sevilla, en sus *Etimologías*, iniciaba la serie de mapas conocidos con el nombre de «T en O», en las que el Océano rodeaba el mundo formando una O y en su centro una T que comprendía en la parte superior una zona de agua formada por el río Don, el mar de Azov, el mar Negro y el Nilo, y en la parte vertical el Mediterráneo.

Beato de Liébana se había distinguido por su oposición a la herejía «Adopcionista», defendida por Elipando, metropolitano de Toledo, y Félix, obispo de Urgel. Esta preocupación teológica de Beato pudo llevarle a escribir, hacia el año 786, unos *Comentarios al Apocalipsis*, cuyo original, sin firma, ha desaparecido, pero fue atribuido a Beato por Ambrosio de Morales. Pero si el original no se conserva, sí nos han llegado varias copias manuscritas de dos siglos después, entre ellas esta que comentamos, tres en la Biblioteca Nacional, otras en la Real Academia de la Historia, en el Archivo Histórico Nacional, en el Museo Arqueológico, todas ellas en Madrid. Existen también dos manuscritos de los *Comentarios* en el Monasterio de El Escorial, en los Archivos de las catedrales de Burgo de Osma, de Gerona y de la Seo de Urgel, y en las bibliotecas de los monasterios de Silos, Poblet, San Pedro de Dueñas y Montserrat y de las universidades de Salamanca y de Valladolid, y en el Archivo Histórico Provincial de León. También se conservan algunos manuscritos fuera de España: en Berlín, Lisboa, Londres, París, Roma, Méjico, Nueva York y en el Vaticano.

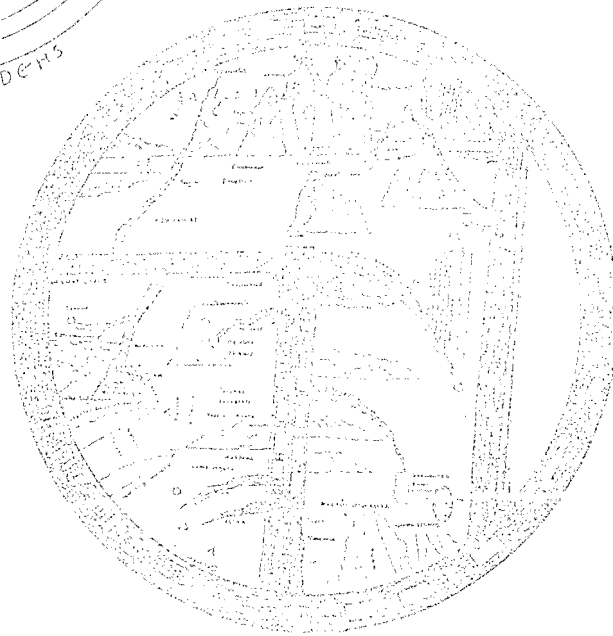
En el texto hay algunos párrafos que recuerdan los escritos de San Agustín y en es-



Mapamundi de tipo más sencillo, correspondiente al del Monasterio de Távara, copia del año 970: en la parte superior, que sería el Este, aparece «Asia» y en la inferior, dividida por el Mediterráneo, «Eropa» y «Libie».

El mapamundi de la derecha corresponde a un manuscrito del siglo XII, existente en Turín, y en donde aparecen en la parte de arriba Adán y Eva y la serpiente, y el Mediterráneo con varias islas; se ve también Europa y África, con el río Nilo representado por dos ramas que se cruzan.

El mapamundi de la parte inferior de la página corresponde a un manuscrito existente en la catedral de Burgo de Osma y es del tipo de los que presentan mayores dimensiones y forma rectangular con las esquinas redondeadas: en la parte superior se representa el Paraíso con los cuatro ríos y el Mediterráneo corre de arriba abajo separando Europa de África.



pecial de San Isidoro, lo que no es de extrañar dada la enorme difusión que alcanzaron durante varios siglos las *Etimologías*, obra preparada para la enseñanza de los aspirantes al sacerdocio. Es curiosa la preocupación de Beato por el fin del mundo, que podía coincidir con el cambio de siglo.

En las ilustraciones hay referencias a la vida de Cristo, en particular al bautismo en el Jordán, y a los Apóstoles y a su distribución para predicar el Evangelio por todo el mundo.

Pero el mayor interés de los *Comentarios* está en su aportación cartográfica, en particular en su mapamundi, que aparece en formas muy distintas en los diferentes manuscritos conservados, no en todos, que podemos agrupar en tres tipos.

Al tipo más sencillo corresponde el del Monasterio de Távara, copia del año 970, que es del tipo de los Mapas T en O que hemos

## RESUMEN

Las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, los *Comentarios al Apocalipsis*, de Beato de Liébana, y alguna otra obra más de la misma época, entre los siglos V y VIII, obras todas ellas acompañadas de incipientes mapas o es-

citado al referirnos a los mapas de San Isidoro. En la parte superior, que corresponde al Este, sitúa a «Asia» con una inscripción que dice: «Sem accepit tertia temperatam». La parte inferior está dividida en dos por el Mediterráneo: a la izquierda, «Eropa», con la frase «Jafet tertia frigida», y a la derecha «Libie», «Cam tertiam calidum».

Al segundo tipo correspondería el manuscrito del siglo XII existente en Turín, en el que aparecen en la parte superior las representaciones de Adán y Eva y la serpiente. En el Mediterráneo existen una serie de islas representadas por simples rectángulos. A la izquierda, Europa, y a la derecha, África, en la que es de destacar el Nilo, representado por dos ramas que se cruzan.

## En Burgo de Osma

El tercer tipo lo constituyen mapas de mayores dimensiones de forma rectangular con las esquinas redondeadas como el que reproducimos, que corresponde al manuscrito existente en la catedral de Burgo de Osma. En la parte superior, el Paraíso con los cuatro ríos. El Mediterráneo corre de arriba abajo separando Europa de África. En su parte superior, el templo de Jerusalén.

En «EROPA» puede distinguirse «Grecia», «Roma», «Gallia», «Ispania» y «Gallaecia», y en ésta puede verse al Apóstol Santiago dentro del faro de La Coruña, que data del tiempo de los romanos. Los restantes apóstoles están representados en los lugares que visitaron. En la parte de la derecha aparece un monstruo, en la zona ocupada por las antípodas, librándose de los efectos del sol a la sombra de su gigantesco pie. En otras versiones de este tipo, como el de Valcavado, del año 970, figura en este lugar la inscripción «Deserta terra vicina soli ab ardore incognita nobis». El mundo está rodeado por el Océano con numerosas islas y peces.

## Otros manuscritos

En otros manuscritos de los *Comentarios al Apocalipsis*, correspondientes a este tercer tipo, aparecen Adán y Eva y la serpiente en el Paraíso. Jerusalén está representada por una gran H mayúscula aparecen barcos en el mar, y añade algunos nombres de ciudades, como «Teracona», «Olisibona», «Gades».

Otro manuscrito interesante es el que se conserva en la Biblioteca Nacional de París desde 1790, procedente de la abadía de Saint Sever sur l'Adour, en Gasuña, dibujado por encargo del abad Gregorio de Montaner, español, hacia el año 1072, en el que aparecen, entre otros, los nombres de «Lusitania», «Barcinona», «Caesar Augusta» y el río «Iber» (Ebro).

El facsímil ahora publicado es una reproducción del *Códice de Fernando I y Doña Sancho*, en cuya biblioteca estuvo hasta su muerte, pasando luego a la Colegiata de San Isidoro de León, y de allí, en tiempos de Felipe V, a la Biblioteca Real. Actualmente se conserva en la Biblioteca Nacional. □

## Beato de Liébana

*Comentarios al Apocalipsis* (Facsímil del *Códice de Fernando I y Doña Sancho*)

M. Moleiro Eds./Biblioteca Nacional, Madrid, 1994. 624 páginas con 98 miniaturas.

# Fronteras culturales entre el XVII y el XVIII

Por Antonio Domínguez Ortiz

**Antonio Domínguez Ortiz** (Sevilla, 1909) ejerció la docencia hasta su jubilación en 1979. Es académico de la Historia, doctor «honoris causa» por varias universidades, Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales (1982) y Premio Menéndez Pidal (1986). Su amplia bibliografía se ha centrado en Sevilla, Andalucía y la España de la Edad Moderna.

En una monarquía absoluta, la personalidad del monarca tenía tan gran repercusión en todas las esferas de la vida pública (y aun en algunas de la vida privada) que era lógico basar en la cronología de los reinados la periodización de la historia moderna de Europa en general y la de España en particular. En el caso español ese marco, por una curiosa casualidad, coincide casi exactamente con las divisiones seculares: en 1598, a Felipe II sucedió Felipe III con una «praxis» política muy distinta. El cambio dinástico ocurrió exactamente en 1700, cuando Felipe V sucedió a Carlos II; también en este caso se trató de un cambio en los conceptos y formas de gobierno que iba mucho más allá de una sustitución personal. En 1800 no ocurrió nada digno de especial memoria; sin embargo, muy poco después Carlos IV fue desposeído del trono por su hijo Fernando y éste por Napoleón Bonaparte. Podríamos incluso ampliar esta reflexión a nuestra Edad Contemporánea; la significación del año 1898 es bien conocida; cuatro años después hay un nuevo rey. Las sorpresas que nos depara el año 2000 están por ver, pero a la vista de los antecedentes hay que temer o esperar algo muy sonado, a menos que se rompa la cadena de casualidades, coincidencias o decretos del Destino.

Sucede también que esta periodización por siglos que brota de la cronología regia se refuerza por el hecho indiscutible de que cada una de las centurias tiene acuñada una imagen propia: el XVI fue, además del siglo del Renacimiento y la Reforma, una etapa expansiva en todos los sentidos, mientras que al XVII se le identifica como una etapa calamitosa y regresiva de la cultura europea; el XVIII fue el Siglo Ilustrado, mientras el XIX ofrece una visión más compleja. Sin embargo, los responsables de la gran Historia de España que edita Espasa-Calpe acaban de publicar un tomo, el XXVIII, que salta por encima de estos convencionalismos

e incluye en una sola unidad el reinado de Carlos II (1665-1700) y los años o décadas iniciales del XVIII. Concretamente, la Guerra de Sucesión, colocando, como hitos finales del volumen, dos importantes acontecimientos: uno de orden exterior, la Paz de Utrecht, que liquidó el Imperio europeo de España; otro interior, la Nueva Planta, que acabó con el régimen foral de los países de la Corona de Aragón.

Hay que advertir que la introducción de este volumen en el plan general de la Historia ha producido solapamientos con los tomos anteriores y posteriores y ciertos desajustes metodológicos. ¿Por qué se ha estimado, sin embargo, que su publicación enriquecería el conjunto? Para contestar esta pregunta hay que comenzar constatando algo que, si resultará nuevo para el gran público, no será ninguna novedad para los profesionales, para los especialistas. La ya mencionada clasificación secular, aunque no sea un puro artificio, esconde bajo su aparente simplicidad ciertos equívocos, ciertos conceptos dudosos, cuando no francamente erróneos, que la reciente renovación de los estudios históricos ha delatado. En la base hay un hecho incuestionable: los fenómenos socioeconómicos y culturales son mucho más complejos que los políticos; un reinado acaba exactamente un día de un determinado año; la firma de un tratado puede motivar la pérdida de una soberanía, los derechos sobre un territorio. En cambio, la fecha de la muerte de Cervantes no abre ni cierra una etapa literaria; su adopción es de carácter simbólico, y la periodización de fenómenos de esta índole sólo tiene un valor pedagógico: en aras de la claridad expositiva se simplifican hechos muy complejos entre los que no hay separaciones rigurosas ni fronteras definidas. Los desfases cronológicos entre las diversas trayectorias vitales ya habían sido advertidos y, hasta donde ello es posible, explicados. Siempre se ha admitido que el Siglo de Oro de la cultura española se prolongó más allá de la hegemonía política. Investigaciones más recientes han mostrado también la complejidad de los comportamientos demográficos peninsulares, los islotes de prosperidad relativa en un océano de desastres, los contrastes, los altibajos, sucediendo a veces un par de cosechas magníficas a otras calamitosas; este cuadro tan recargado, esta imagen tan variopinta es lo que hace que algunos cuestionen la existencia misma de una crisis del siglo XVII más dura que las que Europa vivió en el XVI y en el XVIII.

A este factor de incertidumbre se añade otro que conocemos los que hemos frecuentado la historia de aquella centuria: la documentación central, la que emanaba de los Consejos y otros organismos centrales de la Administración, es irregular, incompleta. No hubo en la Castilla del XVII un censo de población comparable al de 1591; no se hicieron unas encuestas fiscales tan detalladas como las que se guardan en la sección Expedientes de Hacienda de Simancas; no hubo entre los últimos Austrias uno que patrocinara una encuesta como las famosas Relaciones de pueblos que Felipe II ordenó redactar por las autoridades locales por curiosidad científica, por afán de estar bien informado. Entre fines del XVI y mediados del XVIII se extiende un inmenso paréntesis, un siglo y medio en el que la información general es de mala calidad.

## Caudaloso venero

Esto no quiere decir que falte la documentación; es abundantísima a pesar de las destrucciones producidas. Los archivos municipales, eclesiásticos, notariales y privados encierran incontables millones de documentos, y precisamente esta documentación es la que ha puesto en valor la renovación producida en los estudios históricos en los últimos decenios; es la que nutre las tesis, los congresos, los estudios locales, y tantos aspectos antes olvidados, preteridos, indignos, según se creía, de la majestad de la historia: precios, salarios, contratos, procesos, sanidad, alfabetización, incidencias individuales y sentimientos colectivos: la fiesta, la revuelta, la piedad, la muerte, las esperanzas y temores del Más Allá. De este caudaloso venero surge el torrente de información que nos enriquece y a la vez nos agobia por la dificultad de asimilar tal cúmulo de datos, digerirlos y sacar unas conclusiones que por fuerza han de ser provisionales, porque a pesar de los progresos de la tarea ésta se halla aún en sus comienzos.

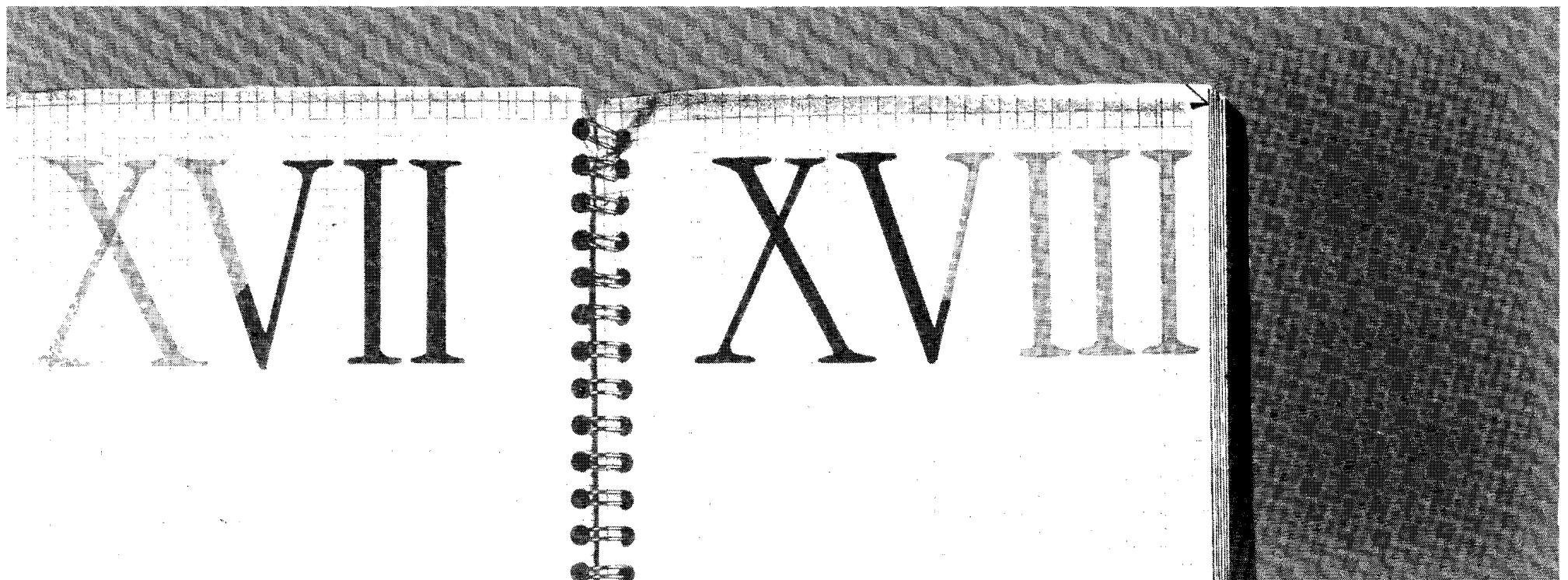
Sin embargo, algunas líneas maestras empiezan a delimitarse, algunas conclusiones, aunque provisionales, pueden extraerse. Hubo en la España del Seiscientos una gran variedad de comportamientos regionales, comarcales e incluso locales; unos municipios crecieron, otros se despoblaron. La peste que asoló un lugar respetó a otro lugar vecino; tal villa, vendida a un señor, reaccionó con pleitos y disturbios; otras se acomodaron

fácilmente a su nueva situación. A grandes rasgos se puede decir que las provincias del Cantábrico no salieron mal paradas, en parte por la generalización del cultivo del maíz, aunque el aumento de población anuló las posibilidades de una mejora del nivel de vida. La decadencia de ambas Castillas fue profunda, la ruralización fue la consecuencia de la ruina, de la desorganización de las redes comerciales y el abandono de artesanías tradicionales. La emergencia de Madrid tuvo efectos contradictorios, más bien negativos para las ciudades de su entorno. El reino de Valencia, por la expulsión de los moriscos, y Extremadura, por las guerras con Portugal, quedaron sumergidas en una profunda atonía, y la misma impresión de estancamiento producía el conjunto andaluz, aunque con fuertes divergencias comarcales.

Tampoco se aprecia unidad cronológica en la crisis, aunque aquí es más fácil aproximarse a una síntesis: las curvas demográficas y económicas se inflexionan a la baja en unos casos mucho antes del 1600, en otros casos después de esta fecha, pero pocos se libraron de caer en el auténtico agujero negro que fueron los años 1640-1665. La recuperación posterior es uno de los hechos mejor comprobados por la investigación reciente. Sin embargo, no hay que exagerar su alcance; fue una recuperación tímida, lenta, entrecortada de retrocesos y altibajos. Las causas no están claras; en parte se deberían a la dinámica interna de la población, de lo que fue un indicio la desaparición de la peste bubónica, que tantas vidas había segado. Pero también debió de jugar un papel importante el semiabandono de la gran política internacional que tantos sacrificios había exigido a los pueblos de España; en 1648 se había firmado la paz con Holanda, que ponía fin a ochenta años de estériles guerras; en 1659, la Paz de los Pirineos restableció la paz con Francia; en 1668, Madrid reconoció que la independencia de Portugal era un hecho irreversible. Si el orgullo dinástico padeció, el pueblo respiró aliviado; se rebajaron algunos tributos y cesaron las levas forzosas (hacia ya tiempo que apenas se alistaban voluntarios en el Ejército).

## Motivos del cambio

Los motivos de este cambio eran el agotamiento, la absoluta falta de recursos, y



ARTURO REQUEJO



Viene de la página anterior



ARTURO REQUEJO

también razones de orden interno: el futuro Carlos II tenía cuatro años al morir su padre; la Regente y los magnates se disputaban el poder, y la nación se interesaba más por estas intrigas que por los acontecimientos externos. A pesar de la extrema debilidad de la Monarquía y la incapacidad de sus gobernantes, en 1700 seguía siendo, con mucho, el más extenso de los imperios; a las Indias españolas las defendía su propia inmensidad; los piratas podían atacar puertos, ocupar islas, pero no adentrarse en los espacios interiores. Y en Europa la agresividad de la Francia de Luis XIV, que era un peligro para todos, proporcionó a España ayudas inesperadas: tercios alemanes defendieron Cataluña; naves holandesas se batieron junto a las españolas en las aguas de Sicilia.

La recuperación económica, menos aparente, se apuntaba también algunos tantos; la Junta de Comercio, creada en 1679, trató de reanimar y modernizar la decaída industria castellana. El mismo deseo animaba a algunos grupos catalanes, acaudillados por la figura señera de Narciso Feliú de la Peña, que en 1683 dio a luz el *Fénix de Cataluña*. Hombre de letras y a la vez hombre de negocios, simboliza el sorprendente renacimiento catalán al término de un siglo de desastres. No era el único signo de renovación: en Madrid, en Valencia, en Sevilla había personas conscientes del retraso español y deseosas de incorporarse al movimiento científico europeo. El más conocido de estos episodios fue la creación de la Regia Sociedad Médica Hispalense, en abierta lucha con el anquilosado saber del profesorado universitario. No hay que exagerar el alcance de estas innovaciones; las «novedades» que aquí causaban tanto recelo eran ya agua pasada en Europa: el sistema heliocéntrico, la filosofía cartesiana, el atomismo, el análisis matemático. Entre la publicación de los *Principia* de Newton (1687) y la divulgación del cálculo infinitesimal en algunos pocos centros de enseñanza, como la Escuela de Guardias Marinas, transcurrió más de medio siglo. Pero la semilla estaba echada; y que había un público predispuesto lo evidencia el extraordinario éxito de las obras de Benito Feijoo, más notables por su ataque a tabúes ancestrales que por su mérito intrínseco.

Los estudiosos de esta época habían observado que a pesar de las notables consecuencias que tuvo el cambio dinástico y la subsiguiente Guerra de Sucesión (que fue, a la vez, una guerra civil), muchos indica-

dores básicos evolucionaban con independencia; muchos fenómenos de carácter económico, social, cultural, como los que quedan apuntados, atravesaban limpiamente la barrera del siglo. Paralelamente se consolidaba una idea, no nueva, pero sí renovada: si el reinado de Carlos II fue menos catastrófico de lo que pregonaba la tradición, el de Felipe V fue menos brillante de lo que había pregonado cierta historia de cuño tradicional. El último Habsburgo y el primer Borbón allí se iban en cuanto a capacidad de gobierno; si Carlos II era medio tonto, Felipe V estaba medio loco, lo que no obstó para que fueran profundamente respetados. En semejantes circunstancias hubiera florecido la anarquía nobiliaria típica de nuestra Edad Media, pero las cosas habían cambiado mucho; podían las facciones nobiliarias disputarse el favor real, pero no cuestionar el carácter semidivino del rey. Paralelamente, se había robustecido una administración capaz de funcionar por sí misma. Bastó que al frente de esa administración llegaran elementos nuevos con el primer Borbón para que recobrara una eficacia que la dejadez y abulia de Carlos II había deteriorado mucho. La nación o, por ser más exactos, Castilla y Andalucía, hicieron los esfuerzos necesarios, los sacrificios que antes no se les osaban demandar. De muy mala gana, pero los hicieron, y aseguraron a Felipe V en el trono de las Españas.

### Presunta divisoria

Los apuntados son sólo algunos de los elementos de continuidad y cambio que se registraron a una y otra vertiente de la presunta divisoria del año 1700. Justifican la presentación de este volumen con una perspectiva distinta a la habitual, y como consecuencia lo que parecería un mero artificio metodológico se convierte en una fuente de reflexiones, de perspectivas inéditas. Si Monnet fue capaz de extraer treinta imágenes distintas de la catedral de Rouen, todas distintas y todas veraces, no hay razón para que la vida de todo un pueblo no se analice desde puntos de vista diversos. Ahora bien, la España del XVII-XVIII era mucho más que un monumento; era una realidad viva, cambiante, dinámica y muy rica en matices. So pena de contratar un amplísimo equipo de colaboradores y dar a la obra unas dimensiones inusitadas, era preciso seleccionar ciertos temas básicos y sacrificar otros.

Como todos los volúmenes de esta Historia, el presente se abre con una Introducción que trata de dar una visión globalizante, muy necesaria en un volumen como éste, de carácter misceláneo; la elección del profesor Jover Zamora, director de la serie, ha recaído en Pere Molas, de la Universidad de Barcelona, especialista en temas de historia institucional. Su síntesis tiene el mérito de encerrar en pocas páginas, y sin aparato erudito, lo esencial de la transición entre dos siglos y dos regímenes; como catalán, está especialmente calificado para explicar el sentido de la opción austracista de los países de la Corona de Aragón y las consecuencias que de ello se derivaron; destaca la antipatía que en aquellos países reinaba contra una Francia agresora en el sentido militar y competidora en el económico; pone en duda la tesis reciente de un austracismo de carácter popular y reivindicativo, aunque reconoce que era un sentimiento más arraigado en el pueblo que en las clases altas. «Pero quizás ningún (motivo) hubiera sido suficiente sin la intervención extranjera, sin la presencia de una fuerte flota anglo-holandesa y la posibilidad de desembarcar un ejército en connivencia con los descontentos locales.»

Ninguna necesidad intrínseca, pues; ningún determinismo; dependió sólo de circunstancias, de accidentes, que los países orientales, que ya habían reconocido a Felipe V, le hubieran seguido apoyando. ¿Hubiera eso cambiado de modo sustancial las cosas? Hubieran seguido teniendo un régimen foral, como lo tuvo Navarra, a pesar de tensiones con un régimen absolutista y centralizador, tendencias que heredaron las Cortes de Cádiz, donde todos los diputados votaron una Ley Fundamental basada en la uniformidad y el centralismo jacobino. Y a partir de 1812,

el nuevo siglo hubiera impuesto sus propios problemas.

Las vicisitudes de la política interior y exterior del reinado de Carlos II son narradas por Antonio Ribot García y Henry Kamen. La Guerra de Sucesión ha sido confiada a María C. Pérez Aparicio, y su relato de la imbricación entre problema sucesorio y conflictos sociales, especialmente en el País Valenciano, es muy aleccionador. La tarea más difícil, que es el estudio de la evolución demográfica en la primera mitad del siglo XVIII, la ha realizado el profesor Bustelo con gran acopio de datos. Gasta muchas páginas en el examen del llamado Censo de Campoflorido para concluir que sus datos no son dignos de crédito, y detalla parte de la actividad investigadora centrada en el examen de los registros parroquiales, que es de donde ha de venir la solución; sus conclusiones provisionales me parecen correctas: a lo largo del siglo XVII hubo un estancamiento y un descenso demográfico cuyo punto más bajo se situó en las décadas centrales. En 1700, la población total no diferiría mucho de la existente en 1600, aunque con más alto índice de ruralismo. La recuperación se hizo más viva en el transcurso del siglo XVIII, aunque el incremento total que experimentó España fue inferior a la media europea.

Novedad interesante y plausible es la redacción de un capítulo sobre «Portugal tras la Restauración» debido a F. J. Bouza Alvarez. No constituye, a decir verdad, novedad absoluta; ya otros autores (por ejemplo, don Antonio Ballesteros) habían tenido en cuenta la realidad portuguesa, indisociable de la española. Conviene que el ejemplo cunda, porque la ignorancia que entre nosotros reina acerca de las vicisitudes históricas del país hermano es escandalosa. □

### RESUMEN

La división de la Historia Moderna de España por siglos, escribe Domínguez Ortiz, se apoya en ciertos hechos relevantes, como la sustitución de la dinastía austríaca por la borbónica en 1700. Pero en los estratos profundos del acontecer histórico que la investi-

gación reciente está sacando a la luz hallamos ritmos distintos a los de la Historia política y continuidades que justifican la aparición de este volumen, cuya materia se encuentra a caballo entre los siglos XVII y XVIII.

### Autores varios

#### La transición del siglo XVII al XVIII. Entre la decadencia y la reconstrucción

Tomo XXVIII de «Historia de España Menéndez-Pidal», Espasa-Calpe, Madrid, 1993. 731 páginas. 13.250 pesetas.

# La razón desesperada

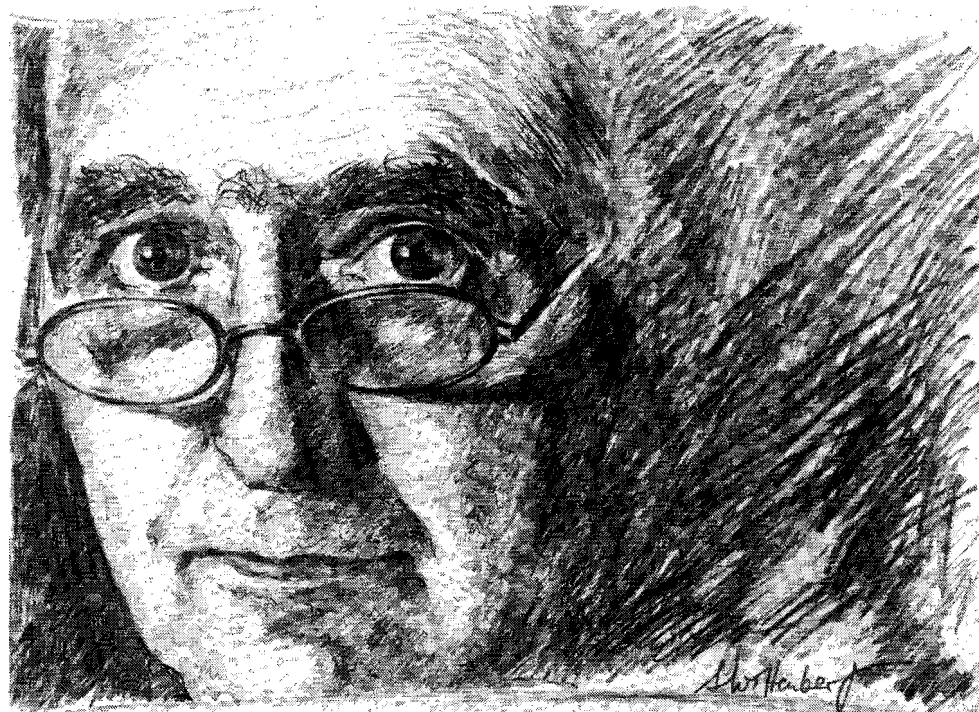
Por José-Carlos Mainer

**José-Carlos Mainer** (Zaragoza, 1944) es catedrático de Literatura Española en la Universidad de su ciudad natal, tras haber profesado en las de Barcelona y La Laguna. Cultiva la historia de la literatura de los dos últimos siglos y ha escrito varias obras, entre las que cabe citar: *Falange y literatura*, *Literatura y pequeña burguesía en España*, *La Edad de Plata (1902-1939)*, *La doma de la Quimera* y *el ensayo de teoría* Historia, literatura, sociedad.

Los lectores de Rafael Sánchez Ferlosio descubrirán en su nuevo libro los ecos de otros suyos. En *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* se encuentra, por ejemplo, bajo el título «Donde la bestia ha muerto» la evocación larga de una feliz observación de viajero que en *Las semanas del jardín* era una simple alusión fugaz a los «relajados, felices, florecidos tramos de carretera abandonados por el tráfico a raíz de una rectificación». En el jocoso «impromptu» dramático «Identidad obliga», el lector atento reconocerá que su autor ficticio, Jacinto Batalla y Valbellido, es el mismo apócrifo que en una nota de *Las semanas...* ya figuraba como creador de una «Elegía del Imperio Austro-húngaro», allí utilizada como ejemplo de hipérbaton desafortunado. Quien admire el terrible villancico «Nazca el niño negativo», que cierra el libro que ahora reseño, advertirá que la obsesiva secuencia «nadie, nunca, nada, no» arranca de una nota del volumen de 1974 donde, a propósito de las mismas palabras y en el mismo orden, se dice que la n-que las inicia «teniendo un origen etimológico distinto, asocia, sin embargo, tan enfáticamente a estas palabras entre sí, como un común denominador semántico».

No se señalan estas minucias para imputar al escritor culpable falta de imaginación, porque es sabido que la imaginación moral se repite y que, por naturaleza, crece mediante el adensamiento de lo concéntrico más que con la linealidad errática de la fantasía. De las auto-deudas de Sánchez Ferlosio se infieren, además de la dicha, otras dos cosas: en primer lugar, que —como ya señala la contraportada del libro— éstas son notas tomadas al azar de un tiempo bastante largo y cuya disposición en el presente libro no obedece al principio de «divagación coherente» a la que nos tenían acostumbrados otros títulos del autor sino al orden más laxo de la miscelánea; en segundo lugar, que Sánchez Ferlosio sigue siendo sustancialmente fiel a sí mismo desde el largo silencio de 1956. El enmudecimiento de esa fecha sigue siendo un enigma que espera tentador a los biógrafos del futuro y que no es cosa de resolver aquí. Baste indicar que lo que entonces se interrumpió fue una «carrera literaria» en su sentido profesional y no una fidelidad a la escritura. Y que no tanto se debió a una ausencia de objetivos cuanto a una cierta congestión de ellos: la perplejidad de una elección sumada a un progresivo desencanto por realizarlos. ¿Por dónde seguir, debía preguntarse? ¿Por el rumbo de la narración neorealista de observación vertebrada en un denso simbolismo moral, al modo de *El Jarama*? ¿Por el relato de imaginación, no horro de segundas intenciones, a la manera de *Alfanhuí*? ¿Por completar las notas sobre geografía, estrategia militar, lingüística o hidrología que iba acopiando? ¿Por la fértil invención de pueblos y sagas como la que ya entonces componía el mamotreto de la historia de las guerras barciales, atribuido a Ogai el Viejo (del que, al cabo de los años, segregó *El testimonio de Yarfoz* en 1986)?

A Antonio Machado le sucedió algo parecido en torno a 1907 y José María Valverde



STELLA WITTENBERG

supo observarlo muy bien al ver en *Soledades, galerías y otros poemas* las huellas de «un «embarras de richesse», la coexistencia de tres o cuatro líneas muy diversas y sólidas, cada una de las cuales alcanzaría todavía nuevos desarrollos en los libros posteriores, aparte de tener en éste su fisonomía propia: el Antonio Machado introspectivo se mezcla ya con un Antonio Machado descriptivo de estampas y libros, con un Antonio Machado filosófico a la vez que folclórico, con un Antonio Machado suavemente humorístico» (*Antonio Machado*, Siglo XXI, Madrid, 1974, pág. 72). Pero llevemos algo más allá la argumentación de Valverde: también en ese libro machadiano de 1907 encontramos la composición que empieza «Poeta ayer, triste y pobre / filósofo trasnochado, / tengo en monedas de cobre / el oro de ayer cambiado», que nos revela una conciencia no precisamente eufórica de la riqueza acumulada. De hecho, la poesía del autor empieza a formularse desde entonces con un tono progresivamente crepuscular, como póstumo, más cercana a un señalamiento de intenciones que al propósito cabal de ponerlas por obra: *Campos de Castilla* vino a ser el veranillo de un poeta agotado al borde siempre de incitantes caminos líricos que sabe que no podrá recorrer, como un nuevo Moisés en los linderos de la tierra de promisión. En 1912, poco después de ver publicado ese libro, abrió las anotaciones de *Los complementarios*, el dietario personal donde consignaba citas ajenas, reflexiones propias, esbozos de poemas, cartas..., que preparaban el camino para que enajenara partes sustanciales de su literatura en la figura de los apócrifos: el pobre, trascendental y expiatorio Abel Martín, el zumbón y divagatorio Juan de Mairena, que vienen a ser los Josués de su nueva literatura.

## Lucidez de su conciencia literaria

A Sánchez Ferlosio parece haberle sucedido algo parecido: la riqueza de los caminos abiertos y la lucidez de su conciencia literaria se contrapesan con la inapetencia por los empeños dilatados y la indiferencia por los resultados prácticos. Y el trabajo encuentra acomodo en la forma de la anotación, del texto que dialoga consigo mismo, observador de su propio crecimiento: «Ya que pasamos por el tema de las reglas, me detendré un momento —no habiendo, como no hay, prisa ninguna— a contemplar y dejar apuntadas al respecto, algunas cosas dignas de atención», leo

en *Las semanas del jardín*. Escritores sin prisa... y, sin embargo, escritores heridos por la flecha de la temporalidad. En uno y en otro la filosofía parece reemplazar a la creación. Y son filosofías que cabría llamar esencialmente «propedéuticas»: la de Abel Martín busca la existencia real más allá de la trampa epistemológica idealista (en suma, «la esencial heterogeneidad del ser», dicho en boca del apócrifo), lo que nos trae a hermosas consideraciones sobre el amor, notables apostillas sobre lo barroco y sensatas apreciaciones sobre la buena crianza. *Las semanas del jardín* de Sánchez Ferlosio es una meditación sobre los límites de la representación de la realidad en la literatura y la idoneidad del lenguaje para el caso, lo que lleva aparejado algún memorable análisis de poesía (sobre el haikú del kimono del niño muerto), una jugosa exégesis bíblica (sobre la historia de José y sus hermanos), una reflexión de iconografía (sobre dos cuadros de martirios en el Prado) y, al cabo, un planteamiento del dilema entre «bienes y valores», propio de la filosofía moral.

Como fácilmente se entenderá, no se menciona a Machado a humo de pajas. No hay escritor al que cite más Sánchez Ferlosio —poco amigo de citar por citar—, ni prosa de la que más haya aprendido: estamos ante una suerte de consustanciación que no tiene nada de dependencia reverencial, ni de pastiche al modo postmoderno, ni siquiera de legítima pretensión de discipulazgo. Como prenda de esa relación privilegiada, la ya citada obra *Las semanas del jardín* ofrecía en el apéndice segundo del segundo libro («Splendet dum frangitur») un imaginario encuentro entre Juan de Mairena y Marcelino Menéndez Pelayo, narrado por un anónimo periodista sevillano, donde no se sabía si admirar más la creación «realista» de los personajes o el análisis de las coplas de Jorge Manrique. El lector de *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* censará muchas más huellas machadianas: el autor pone los títulos de los fragmentos entre paréntesis, como Machado gustaba hacer en sus poemas y en las prosas de Mairena; a Machado debe Sánchez Ferlosio el énfasis de los «sin embargo», algo más que una conjunción adversativa y una pausa en la enunciación, como si fuera una suerte de antídoto gramatical del «ergo» escolástico; uno y otro gustan de alternar la prosa con poemas de alta densidad gnómica... Pero, a mayor abundamiento, este libro incluye una preciosa disquisición sobre el «initium» de Juan de Mairena (el famoso diálogo sobre Agamenón, su porquero y la verdad) que encierra, a mi modo de ver, la mejor solución

del enigma y, por supuesto, habla de una admirable asiduidad lectora.

Pero hay más similitudes en esta relación. En *Los complementarios*, Machado otorgó notable importancia a dos acontecimientos de su lejana infancia que luego repitió en *Juan de Mairena*: el primero —la historia del encuentro de sus padres el día que unos delfines remontaron el Guadalquivir— tiene el hondo aroma de esas fijaciones pueriles que Ingmar Bergman ha hecho inolvidables en sus filmes y que inspiraron uno de los más estremecedores sonetos del autor (el que comienza «Esta luz de Sevilla...»); el otro —el episodio de la caña dulce que el niño cree mayor que la de su rival— parece ser, en cambio, la primera experiencia machadiana de la heterogeneidad del ser y de la relatividad de la propia apreciación. Es algo muy parecido a la historia de infancia que aquí nos cuenta Sánchez Ferlosio al evocar su visita a un convento y su inocente regocijo ante el fraile enano y jorobado: también en este caso parece germinarse el contraste entre la espontaneidad y la convención, entre la imaginación y el prejuicio.

En Machado y en nuestro escritor, la niñez es santuario de la verdad y refugio de lo auténtico. Contempla un recodo del río Alagón y, por un momento, recupera la exacta y viva imagen del recuerdo infantil: así era entonces, exclama desgarradoramente, «y, por lo tanto, como tendría que haber seguido siendo y seguir siendo, para siempre, todo». Nos hallamos, en fin, ante un paraíso perdido que, a menudo, traspasa las lindes del sueño. ¿Qué es la infancia sino el territorio emocional donde todo era posible?: «Y si eres bueno —me dice en sueños el arcángel de mi nombre—, un día te devolveré tu alfanje, tu caftán celeste, tu capa de pieles, tus caravaneros y todos tus camellos, y volveré a ponerte en la ruta de la seda, eternamente, camino de Jotán», leemos poco más abajo.

## Sombría desesperación

Lo conmovedor de esos recuerdos ratifica todavía más la sombría y lúcida desesperación que inspira este libro y que, por cierto, viene siendo sustancia tan ajena a la literatura de nuestro tiempo. Pocas veces ha alcanzado la desesperación más completa plenitud que en este apóstrofe: «Señor, ¡tan uniforme, tan imposable, tan lisa, tan blanca, tan vacía, tan silenciosa como era la nada, y tuvo que ocurrírsete organizar este tinglado horrendo, estrepitoso, incomprensible y lleno de dolor!» No es la queja de un Job airado sino el sordo rencor de un ateo que estaría dispuesto a aceptar la existencia de Dios con la sola condición de poder echarle la culpa de todo: lo había dicho ya en el bello prólogo que precedía a *La homilía del ratón* (1985) y lo reitera aquí, a propósito de la posible mala voluntad intrínseca del Creador. «Como si la sola idea de un Dios bueno y providente no fuese maligna y venenosa para todos». ¿Y qué decir de lo que llamamos «vida» con el vago ánimo de justificar sus mudanzas y de conformarnos con su arbitrariedad?: «La vida —leemos en otra página— es un claudicante encubrimiento, la convivencia un ingenuo o indigno disimulo, la compañía un desesperado sucedáneo. ¡Sabéis muy bien de qué!» El apóstrofe final, que nos implica tan bruscamente, intensifica y no oculta la soledad, la incomprensión, la muerte... Cosas, en cualquier caso, nada heroicas, si es que alguien pudo pensar que la desesperación es un privilegio romántico. En otro lugar, nos recuerda que la muerte no es el acceso al reino de la nada, asociado largamente con las tinieblas, sino la obturación del ser: «Donde



Viene de la página anterior



me veo no es en las tinieblas sino en la opacidad; las tinieblas serán oscuras y espantables, pero están vacías, tienen distancias infinitas, por las que uno se puede precipitar o vagar eternamente. La opacidad empieza a medio centímetro de la superficie de mi cuerpo y es de pared maciza y tan infinitamente gruesa como honda la tiniebla, pero de cal y canto».

Este inquilino del mundo está harto de cuanto lo constituye: de la Naturaleza porque su pretendida imparcialidad resulta cruel, de la Historia porque es una secuencia de muerte y de torpeza («el último y más pavoroso ataque de soberbia del sangriento e iracundo borracho del Sinaí se llama Historia Universal»), del Tiempo porque transcurre sin remisión. Y es lo peor todavía que este último lo acuñamos en fechas, en efemérides y expectativas que nos recuerdan pretendidas glorias pasadas o nos inducen a esperar venturas que no han de llegar: «¡Ay, las fechas están agazapadas en el calendario, igual que gatos junto a la ratonera para matar los días en el instante mismo de salir!». Apellidamos los días y para que todo sea más aciago y más engañoso hemos inventado los periódicos —dice este devorador de ellos— que han convertido el suceso en noticia: «La historia es antes notificación que acontecer (...). La maldición llamada "tiempo histórico" corre a la velocidad del mensajero y del pregonero que no son otros que el telégrafo y la rotativa». No es que solamente engañen sino que construyen una realidad fantasmal: «¿Qué mayor prueba de que el futuro está ya escrito que la del periódico de cada mañana? ¿Cómo, si no, podían pasar todos los días exactamente 32 páginas de cosas?» El irrisónable recuento de noticias de fin de año —la «parada de San Silvestre»— resulta prueba fehaciente de la invención porque no importa el valor relativo de lo noticiado, ni el peso de lo que se narra; lo único que cuenta es que el hecho ha pasado y que tiene en su lomo la marca indeleble de un guarismo: el año es, a fin de cuentas, «la única realidad portadora y dadora de sentido».

Con ciega soberbia, piensa Sánchez Ferlosio, los hombres afirmamos trabajar para la historia y nos atribula el emplazamiento de la posteridad. Pero lo que queremos que sea justicia es, a menudo, afirmación insensata de poder y juego cruel como nos relata el fascinante apólogo sobre el escudo de Jotán. Y no es mejor la justicia divina a la que pretendemos ajustar la nuestra, como revela la bella leyenda del lobo arrepentido y expulsado del cielo por asesino cuando mataba, por ladrón cuando se limitaba a hurtar el alimento y, al fin, por lobo cuando, exhausto y moribundo, acude por tercera vez al juez supremo. La obsesión por la historia nos ha hecho nacionalistas, lo que suele significar alabar lo más rahez del pasado y lo más despreciable del presente (en nuestro caso y como enseñan los dos fragmentos titulados «Antiespaña», la afición a la bandera rojigualda o a los retruécanos de Lope de Vega o a la «mentalidad sumarísima» que se resume en frases como «caiga quien caiga» o «aquí va a haber que tomar una determinación»). Nos gusta presumir de tolerancia, atributo de la pereza mental («tolerancia plena, electroencefalograma plano»), cuando la única virtud es, en todo caso, la indulgencia que lo mismo comprende la estupidez del malo que soporta la soberbia obtusa de los buenos. Llamamos «natural», por último, a lo que hemos domesticado, de hecho, y conformado a nuestros prejuicios: nos complace la ley de la selva cuando un fiero león persigue a un antílope y nos repugna cuando un gato de la calle caza un mísero ratón junto a un matadero (y puede, se nos recuerda en otro lugar, que lo más bello no sea el león cautivo en su jaula sino la rata reluciente, gris y libre que pasa furtiva



STELLA WITTENBERG

junto a él en el zoológico de Lyon). Y es que hasta nuestra ignorancia está henchida de vanidad, como recuerda —contra la hipocresía reaccionaria de Karl Popper— este aforismo: «La aparente humildad de la frase "Sólo sé que no sé nada" no logra encubrir la inmensa soberbia de quienes la escriben: ellos no andan mojando, como los demás mortales, la pluma en un tintero; la mojan en el Océano».

### Vestigios de vida

Entre tanta hinchazón y beatería, este libro delicado pero hirsuto parece buscar, como Diógenes buscaba un hombre, algo de espontáneo, de directo, de inmediato. ¿Existe acaso la natural todavía? Y es que los hombres vemos y ya no miramos, como dice desesperado un paisajista, porque el campo se ha hecho paisaje y los monumentos del hombre se han convertido en fáciles emblemas turísticos. «El ojo que identifica ya no ve», comenta compungido el escritor ante su decepción al contemplar la realísima y no fotografiada Mezquita de Omar, en Jerusalén. Y es que todo parece «desgastado por el precedente de una indiscretamente immoderada anticipación de representaciones iconográficas». Y, sin embargo... «¡Oh, sin embargo! —comenta con aire deliberadamente machadiano— parecen adivinarse aquí y allá dispersas, débiles, inciertas huellas de que ha habido, de que ha podido haber, o por lo menos ha querido haber, alguna vez un mundo».

El rescate de esos pecios da algún fruto. Hay algo de ese mundo más auténtico en la subsistencia de una «comunidad capaz de sustentar un alto grado de relación y vida pública sin mediación de las instituciones»: la de un vecindario de azotea y balcones abiertos, donde el tuteo confianzudo, la palabra dada o la queja espontánea sustituyen con ventaja a la distancia cautelosa, el documento notarial o la denuncia a los guardias. Y se me antoja que la bella descripción del Teatro Marcello, en Roma, es el reconocimiento de esa sociabilidad natural que ha hecho del viejo edificio ese intrincado superponerse de estratos constructivos, esa proliferación natural de usos y, a la postre, esa sensación de obra viva a despecho de la arqueología pero nunca a espaldas de una idea más humana y vividera de la belleza.

Pienso que por el mismo camino aleccionador van dos impagables notas sobre estética arquitectónica: la divertida alabanza de las torres mudéjares de los pueblos aragoneses, que define como testigos de la revuelta de la albañilería contra la arquitectura y vergüenza eterna de Buonarroti, y la evocación de la Gran Muralla China, mimetizada con la geografía «con la lenta paciencia pero la

siempre renovada incertidumbre de una serriedad». Son los triunfos de la utilidad, de la artesanía y de la imaginación sobre la retórica, el arte y la autolimitación. Y no son los únicos. También nos queda la buena e inagotable literatura: algo de Cervantes (merece la pena leer con atención la reflexión sobre el *Quijote* en la encrucijada de los «personajes de carácter» y los «personajes de destino») o una página apenas sobre Franz Kafka —una de las más persistentes lecturas de Sánchez Ferlosio— en la que la clave del autor checo resulta ser que, mirando tras el cristal de la ventana, aprendió «hasta qué punto el gesto confuta siempre, de algún modo, las palabras que subraya y acompaña, queriendo y hasta creyendo confirmarlas».

### Un estilo

Me temo, sin embargo, que esta rapsodia temática no acabe de decir cabalmente lo que representa este libro. Su secreto reside en lo que convencionalmente llamamos «estilo» y sustentaría que es así, si la ajada palabra fuera capaz de contener a la vez lo referente a la estrategia de la «dispositivo», a la turbadora capacidad de hallar el mejor ritmo de la prosa, a la sugestión casi oral de la elocución y al tino de la selección léxica. No me resisto a poner un ejemplo que demuestre cómo el encantamiento está hecho, al fin, de palabras. El autor ha disertado sobre la compasión en el tono propio de la prosa doctrinal y, de repente, recurre a una comparación: la verdadera compasión «es algo que tuviese doble y bilateralmente la felicidad de lo gratuito (...) ese placer plenamente carnal y corporal de arreglarle el embozo de la sábana a un niño recién acostado, ese estremecimiento de regusto que le recorre a uno toda la epidermis por simpatésis con el placer del niño». Por supuesto que lo más atractivo del párrafo es la evocación de una experiencia tan inolvidable como accesible, pero la tensión que la recorre se expresa por palabras: tanto en la insistencia deíctica (el demostrativo «ese»

repetido dos veces) como, sobre todo, en el precioso choque de un neologismo muy culto, «simpatesis», y un humilde vocablo popular, «regusto», mediante el cual el texto estremece, más allá de la precisión, la fibra del sentimiento. El vaivén entre la vulgaridad y la elucubración, entre lo popular y lo culto, resulta una táctica irresistible. Se habla, a cuenta de la conocida diferencia de «campo» y «paisaje», de la necesidad de recobrar la espontaneidad de la visión y acude el ejemplo: «ver» así es «como besarla o estar besándola, sin haberse dicho antes "la voy a besar"». Y no hace falta decir quién es ella ni explicar más esa sensación: solamente una vez se besa o se ha besado así... ¿Insuficiencia expresiva? Nunca. Difícilmente puede tenerla quien acuña una metáfora tan fulgurante al describir al lobo como «fiebre de sombra y maleza», quien traza una greguería como la que compara los fueles de los vagones de ferrocarriles con el acordeón de una despedida, o quien llega a una síntesis verbal tan sarcástica como «la telúrica pedantería del narcisismo andaluz».

Hay algo más: hay ritmo, ya sea cuando la elipsis recorta el párrafo o cuando la ironía o el inciso lo hacen proliferar entre cautas subordinadas concesivas o imprevisibles adversativas. Si diría que estamos ante una prosa oral, sujeta a los meandros de una entonación muy rica, si no fuera porque esta prosa es escrita, inexorablemente escrita: solamente de esa manera puede disfrutarse del ritmo dactílico que, a propósito de unos esdrújulos muy felices de Unamuno, le contagia para escribir «el hispido látigo del dactilo» y antes haber escrito de Juan de la Cruz que es poeta «pálido, insípido».

No resulta fácil decirlo con la capacidad de convicción que requiere el caso, pero la prosa de este nihilista piadoso y enojado, irritable y razonador, adánico y lleno de auténtica cultura, que odia al Renacimiento y añora la descendencia de la Beltraneja, ocupa —ya y para siempre— un lugar de excepción en la historia de la literatura contemporánea española. □

### RESUMEN

A Rafael Sánchez Ferlosio le persigue desde 1956 un «enigma»: la interrupción de su «carrera literaria», que no su fidelidad a la escritura. Y prueba de esa fidelidad es el libro que comenta José-Carlos Mainer; un libro misceláneo que recoge notas y reflexio-

nes realizadas a lo largo de muchos años, lo que muestra, entre otras cosas, que Ferlosio ha sido sustancialmente fiel a sí mismo desde entonces. Escritor sin prisas, le llama Mainer, pero escritor herido por la flecha de la temporalidad.

### Rafael Sánchez Ferlosio

*Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*

Destino, Barcelona, 1993. 200 páginas. 1.750 pesetas.

# Pensamiento crítico y religioso en Egipto

Por Pedro Martínez Montávez

**Pedro Martínez Montávez** (Jódar, Jaén, 1933) es catedrático de Lengua y Literatura Árabes de la Universidad Autónoma de Madrid y fue rector de dicho centro (1978-1982). Sus libros y trabajos de investigación versan principalmente sobre literatura árabe contemporánea y las relaciones hispano-árabes.

La «cuestión Abū-Zayd» viene siendo, durante estos últimos años, una de las más encendidas y significativas polémicas dentro del mundo árabe, en diversos niveles y contextos, aunque todos ellos estén claramente relacionados entre sí y constituya ya una espesa trama, en bastantes aspectos turbia y lamentable, que supera con creces el ámbito personal. Lo que surgió en principio como un asunto propiamente universitario habitual y quizá algo rutinario, ha adquirido una difusión y un tratamiento en los órganos y medios de comunicación seguramente desbordantes y sorprendentes. Lo que se situaba originalmente en escenario egipcio se ha extendido por casi todo el árabe. Un debate intelectual académico se ha hecho también debate público; una experiencia personal alcanza dimensión y representatividad generales, colectivas. Algún escritor que se ha hecho eco de ella ha tenido por algo especialmente absurdo y estúpido, odioso y vergonzante, como una especie de tiniebla crepuscular. Cuando el profesor egipcio Naṣr Ḥāmid Abū-Zayd escribió, en junio del año 1990, el consabido prólogo para la primera edición del libro que aquí nos sirve de punto de arranque y pretexto para nuestro comentario —publicado en 1992, pienso que con el mismo título que la segunda, complementada—, no creo que pudiera sospechar la tormenta que iba a desatar con su publicación, al tiempo que presentaba su candidatura, ajustada al procedimiento habitual y casi mecánico en estos casos, para la promoción a la cátedra universitaria. Desde esa fecha hasta ahora, sin embargo, todo ha sido como una especie de aquelarre ejemplar, que refleja con pasmosa nitidez y útil enseñanza mucho de lo que pasa en el Egipto de nuestro tiempo, en el mundo árabe (así llamado) de nuestro tiempo.

## Dimensión colectiva

Aunque en este comentario nos va a interesar mucho más la dimensión colectiva y general de la cuestión que la estrictamente personal, hay que dejar constancia también de las referencias y datos mínimos principales referentes a ésta. Como decíamos, para su pertinente promoción a cátedra («ustadiyya») en la Universidad de El Cairo, en cuya sección de Lengua árabe Abū-Zayd venía ejerciendo la docencia desde hacía años sobre el pensamiento y los textos religiosos islámicos, presentó su correspondiente curriculum académico. La producción investigadora e intelectual presentada por el autor en este concurso de méritos comprendía en total 13 trabajos, constituyendo lo principal de ella dos libros: el ya mencionado y el titulado —traduzco literalmente— *El imán al-Xafii y la fundación de la ideología intermediaria* (o «centrista»), publicado también en El Cairo el mismo año de 1992, y en el que el autor analiza la cristalización de esa tendencia en la cultura islámica a través de la actuación y la obra escrita de tres figuras representativas del pensamiento islámico clásico y «ortodoxo», escalonados entre el siglo II y el siglo VI de la Hégira, siglos VIII y XII

de la era cristiana: el mencionado al-Xafii, quien representa la tendencia en el terreno de la jurisprudencia; al-Axaari, en el de la doctrina; y al-Gazali (el latinizado como Algazel), en el de la filosofía.

Tengo en mi poder, gracias a la documentada y generosa disposición de la profesora Ruiz Bravo-Villasante, de la Universidad Autónoma de Madrid, el expediente completo fotocopiado del concurso, que fue finalmente desfavorable a Abū-Zayd, originándose con ello la escandalosa «cuestión» y todas sus lamentables derivaciones. Al menos, en sus documentos fundamentales: informes de evaluación; resolución de la comisión permanente de profesorado de la universidad que expresaba su parecer contrario a la solicitud del interesado, en mi opinión sin fundamento ni argumentación y de forma claramente sesgada y arbitraria; y extenso, pormenorizado y sólidamente argumentado escrito de solidaridad con el candidato rechazado, redactado por el consejo del departamento de Lengua árabe de la universidad y firmado por la inmensa mayoría de los profesores del mismo. Todo ello permite que nos hagamos una idea suficientemente garantizada del enrevesado proceso seguido en el lento y desafortunado trámite académico, de las carencias y posibles miserias de la institución, del gran daño profesional y moral infligido al profesor Abū-Zayd. Las consecuencias inmediatas, disparatadas y vergonzantes, que entenebrecieron aún más este desdichado asunto, con amenazas continuas y persecuciones por parte de grupos islamistas; escritos condenatorios emanados de al-Azhar, suprema institución jurídico-teológica tradicional del país; querrelas contra Abū-Zayd, acusado de apóstata y de «infiel», por lo que se exigía la disolución forzosa de su matrimonio; proliferación de confrontaciones y debates públicos de todo género y nivel, en todos y por todos los medios, alguno de los cuales no estuvo exento de macabro desenlace, constituyen un tristísimo repertorio que corresponde seguramente más a la crónica de

sucenos que a la polémica intelectual y cultural. Insistimos en que aquí queremos dejar sólo apuntado este aberrante panorama de ruines manifestaciones de la cuestión. Aun siendo seguramente extenuante, la tremenda experiencia personal ha de quedar situada en un segundo plano. Importa ante todo reflexionar sobre el significado profundo de estos hechos y los cruciales problemas colectivos que reflejan.

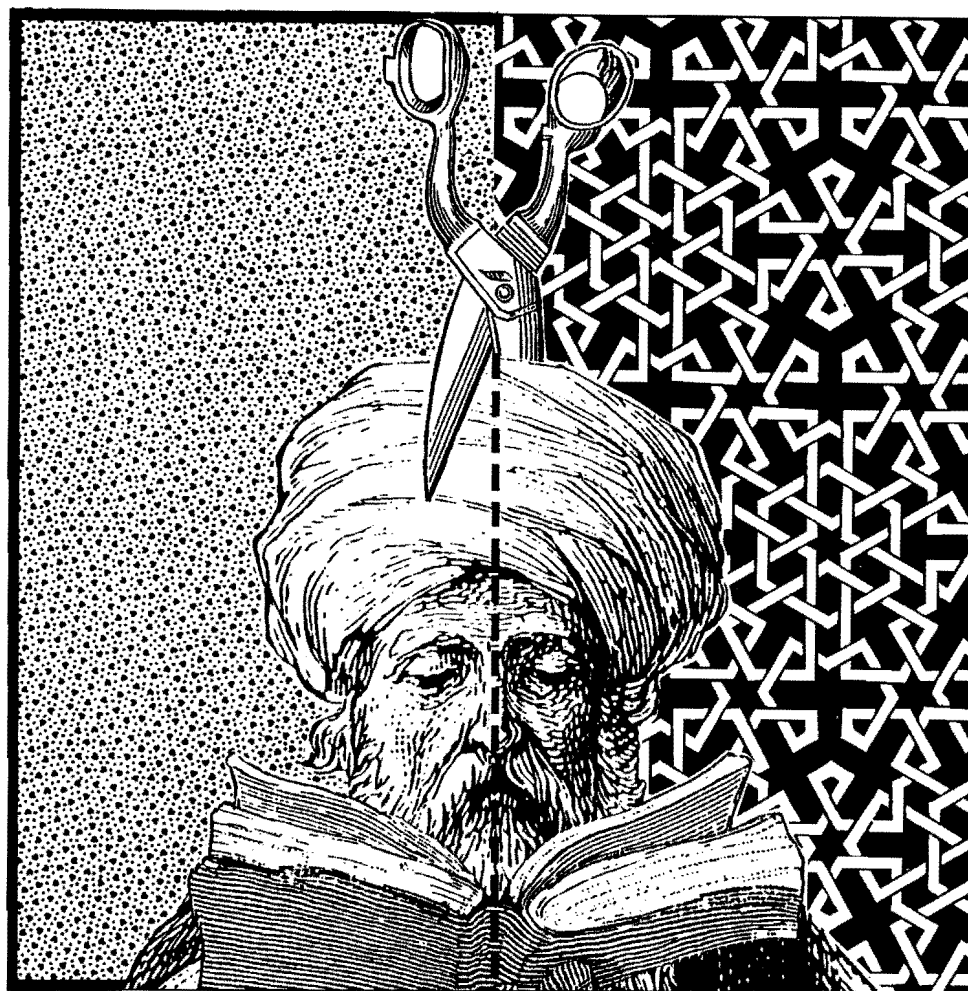
Cuál puede ser el papel que juega el intelectual en la sociedad actual, el sitio que ocupe y la misión que cumpla, constituyen ya un dilatado tópico y una permanente obsesión —todo lo disimulada que se quiera en muchas ocasiones, sin embargo, o frivolidada— en este final de siglo, fruto del tiempo. De igual modo, la pregunta sobre la relación específica que puede establecerse entre el intelectual y el poder. Se trata de preocupaciones esenciales y vitales que afectan a todas las sociedades, sea cual sea su naturaleza, condición, conformación, sistema social, cultural y político que las caracterice. Por consiguiente, son preocupaciones esenciales también en las sociedades árabes. Conviene hacer, no obstante, al respecto algunas puntualizaciones fundamentales desde el principio, para que el planteamiento de la cuestión resulte más correcto, sencillamente más realista. Las sociedades árabes pertenecen, muy mayoritariamente, a ese desdichado ámbito que todavía, a pesar de todo, podemos denominar legítimamente Tercer Mundo. Su dependencia de Occidente —aunque éste no constituya tampoco, obviamente, una realidad única y homogénea— sigue siendo estructural y pavorosa; en algunos casos y terrenos, más estructural y pavorosa que en tiempos pasados, por estar encubierta, manipulada o disfrazada. Los desequilibrios, disfunciones y asimetrías que en ellas se producen son mucho más escandalosos, injustos e insoportables. Las necesidades de solución, también mucho más urgentes y radicales. Su qué, su cómo y su cuándo sólo se parecen en la formulación, nominalmente, a los nuestros; en la gestión, en la rea-

lización y en la aplicación se diferencian radicalmente.

La circunstancia particularmente dramática que vive el intelectual árabe contemporáneo no resulta tampoco ninguna novedad. Hace ya veinte años el marroquí Abdallah Laroui, uno de los muy pocos de tal especie que goza de cierta notoriedad en los círculos ilustrados occidentales, terminaba así su libro *La crise des intellectuels arabes. Traditionalisme ou historicisme?*: «L'intellectuel révolutionnaire arabe mène aujourd'hui une vie malheureuse, par delà ses succès mondains, parce que sa société vit à un rythme infra-historique. Il ne viendra à bout de sa misère que s'il exprime d'abord clairement ses exigences de rénovation radicale et s'il les défend ensuite de toutes ses forces pour que cesse enfin le long hiver des arabes». Desde entonces, el invierno ha perdurado; han crecido mucho más las dudas que las certidumbres. Un conocimiento mínimamente objetivo y auténticamente directo del panorama intelectual árabe actual exige reconocerlo así; los testimonios al respecto resultan sumamente variados, complementarios y abundantes. Este intelectual se mueve «entre la nostalgia y la ausencia», tomando la expresión de una escritora tunecina actual. De manera aún más contundente y letal, uno de tantos lectores de un diario árabe que se publica en Londres resumía la situación de esta manera: «La cultura se extingue. Los intelectuales se acaban». Hoy, en el mundo árabe, sentencia lapidariamente el poeta sirio Nizar Qabbani, «media frase está en el cementerio y media idea está en el hospital». Hacer una estadística, aunque resultara sólo aproximada, del número de escritores, intelectuales, creadores árabes perseguidos, torturados, oprimidos, encarcelados, obligados a vivir en el exilio —exterior o interior— resultaría una tarea sumamente complicada. Ciertamente, muchos de ellos (y no pocas de ellas también) se han adaptado o sometido a la acción de las fuerzas políticas y sociales impositivas, predominantes, con más o menos gusto, voluntad y convicción, pero también no pocos de ellos y de ellas siguen defendiendo con denuedo y poniendo en práctica, dentro y fuera del mundo árabe, la actuación de un pensamiento crítico libre y consciente.

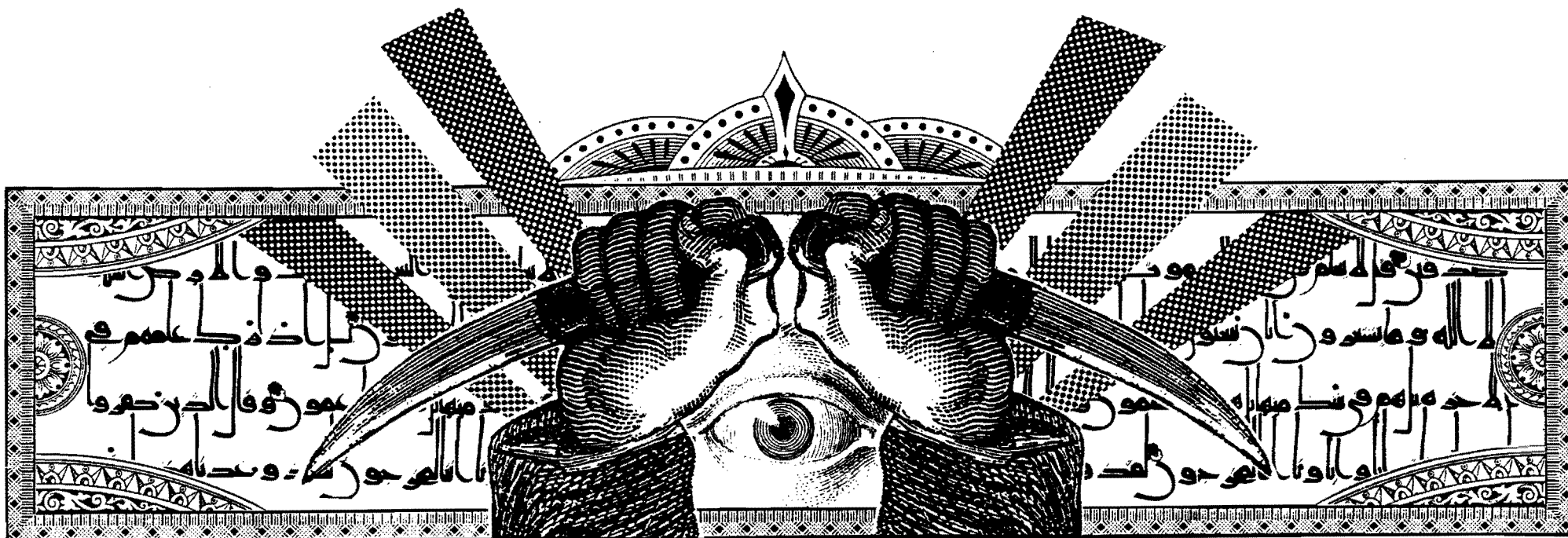
## Pensamientos necesarios

La ampliación y el incremento de este pensamiento resultan ahora más necesarios que nunca. La obra de intelectuales tan representativos como el marroquí Muhammad Abid al-Yabri, el palestino Edward Said, el libanés Adonis, el sirio Sadiq Yalal al-Azm —que en su día sufrió también la implacable persecución del pensamiento conservador reaccionario, al publicar su libro *Naqd al-fikr al-dini* («Crítica del pensamiento religioso»)—, los egipcios Fuad Zakariya y Farida al-Naqqax, entre tantísimos nombres como cabría mencionar, responde a estas exigencias y coincide en este propósito general irrenunciable, a pesar de las evidentes diferencias ideológicas, de formación, de opciones e intereses culturales existentes entre ellos y fácilmente observables. En esta extensa y diversificada corriente se inscribe también la obra de Abū-Zayd. Se trata de tentativas conscientes y resueltas de superación de la decepcionante realidad, y así han de entenderlas y encajarlas las propias instituciones, el poder. Como nuestro autor ha afirmado recientemente, «en el mundo árabe, el pluralismo está en los libros y no en la reali-



ALVARO SANCHEZ

Viene de la página anterior



ALVARO SÁNCHEZ

dad». Un variado pensamiento de esta índole contribuye también eficazmente a superar la larga e irritante confrontación con Occidente, situando el profundo y complicado problema en términos más realistas, desmitificados, tratando de liquidar la asfixiante contradicción que supone «coger los resultados y los frutos y oponerse a los principios y los fundamentos; importar para consumir y no para plantar y cultivar», como denuncia Abid al-Yabri.

Que se trata de una tarea sumamente dura e ingrata, preñada de riesgos y asechanzas de todo tipo, susceptible de múltiples desviaciones y desvirtuaciones, resulta inapelablemente obvio. La propia lealtad y racionalidad críticas exigen también del intelectual el reconocimiento de su cuota de responsabilidad, repartida además por muy diversos terrenos de actuación. Evaluando el posible papel pionero que los intelectuales árabes han asumido en la operación de cambio de la realidad, el pensador marroquí Ali-Umlil se pregunta si han logrado adquirir una auténtica autoridad intelectual y si han contribuido lo suficiente a la lucha esencial que ha de interesarles ante todo: por la democracia y con la democracia. El aviso es totalmente pertinente, irrefragable, entre otras razones, para tratar de dar al traste con tanta experiencia de «democracia sin demócratas», que es en gran medida lo que a la realidad contemporánea árabe distingue. Pero interesa también para seguir insistiendo en que tan enorme desafío no puede conformarse solamente con la instalación de formas democráticas ficticias, esposadas y serviles, en donde la justicia y la moral —por ejemplo— sean rehenes de estrictas legitimidades formales vacías y aparentes.

### La relación con el poder

La relación del intelectual con el poder y la política es asunto complejo y espinoso y constituye indudablemente un eje de la obra de Abū-Zayd (y no sólo del libro aquí tomado como referencia). Los riesgos de infección en tal relación resultan especialmente frecuentes y numerosos, pero no tienen una única procedencia. Parecen comprensibles los reproches y acusaciones que cabe dirigir en ocasiones contra el intelectual: excesiva inclinación al abstraccionismo, desdén de la realidad más humilde e inmediata, vanidad más o menos encubierta, búsqueda de un perfeccionismo estéril, propiciación inevitable —especialmente si pertenece a la izquierda ideológica o procede de ella— de espirales dialécticas incontrolables y quizá finalmente incomprensibles. Pero el poder político, institucional y administrativo está muy lejos de ser inocuo e inocente y moviliza con frecuencia sofisticados e implacables mecanismos de control, de presión, de decisión, de forma

directa o indirecta, en los que emplea sin escrúpulo las más intolerables complicidades, impone inadmisibles principios y propósitos. Y todo ello resulta especialmente grave y censurable en sociedades de cultura pública aún muy endeble y que no poseen todavía los mecanismos de respuesta civil necesarios y eficaces; entre otras razones poderosas, porque muchos de los propios y genuinamente suyos están ya obsoletos e inservibles.

Los movimientos islamistas constituyen en conjunto una de las manifestaciones más importantes, controvertidas y complejas de la realidad árabe actual, y seguramente la única que interesa y preocupa auténticamente en los países occidentales —aunque lo sea también de forma variable—, en donde se perciben y se sienten, casi únicamente, como una amenaza enorme, directa, inminente e inmediata. Lo habitual y corriente es que en este medio reciban los nombres genéricos de «fundamentalismo» o «integrista», que históricamente les son origen ajenos y que sólo podrían teóricamente justificarse —especialmente, el primero de ellos— por tendencias denominativas traslaticias y analogizantes. Desde un punto de vista estrictamente lingüístico cabría la posibilidad de llamarlos también movimientos islámicos, pero tal denominación resultaría a la postre bastante más ambigua e inexacta, por ser excesivamente genérica. Huelga decir que del panorama sumamente extenso, fragmentado y contradictorio que tales movimientos ofrecen desde dentro, en medios occidentales interesan tan sólo aquellos que tienen una participación mayor y mantenida en la actividad política, y que se caracterizan ante todo por su naturaleza radical e intolerante, por su comportamiento violento y hasta terrorista. Huelga asimismo decir que en medios occidentales interesan muy poco estas visiones internas y predominan abusivamente las simplemente externas. Practicando además el reduccionismo conceptual más burdo y elemental, en medios occidentales se concluye que el Islam es, sólo, los movimientos islamistas de tal jaez, se le identifica total y únicamente con ellos.

El necesario debate sobre la religión desde postulados críticos rigurosos no se plantea en el dilatadísimo y heterogéneo ámbito del Islam, y concretamente en el amplio y diversificado mundo árabe, de forma análoga a como suele hacerse en el cristiano occidental. Entre otras muchas razones, porque no se han producido en aquél los grandes procesos de transformación estructural que han tenido lugar en éste, y entre los que cabe recordar la erosión de la fe, la secularización, la revolución industrial, la lucha de clases, la confrontación Iglesia-Estado. O, si se han insinuado, no han adquirido nunca una extensión, una envergadura, un significado equiparables. Como doctrina que se afirma

como revelada, el Islam es en raíz y sigue siendo —y en su caso concreto seguramente en grado máximo— una visión del mundo y de la existencia, una explicación también de los mismos, claramente integrada e integradora, y susceptible por ello de convertirse finalmente, con relativa facilidad, y especialmente en circunstancias defensivas o de acoso, en esquemática fórmula integrista. La introducción real del principio de historicidad en el Islam y sus variadas aplicaciones concretas de alcance intelectual, espiritual o material, por ejemplo, chocan con una oposición más férrea y consolidada, especialmente en el plano colectivo, por parte del principio de lo absoluto. La producción de cambios e innovaciones realmente estructurales, en definitiva, resulta en el Islam extraordinariamente difícil y arriesgada. Esto sirve para explicar también su innegable capacidad de aplicabilidad política, su excepcional dimensión virtual en tal sentido, y no sólo a partir de su contenido y mensaje originales. Quizá esto contribuya a explicar parcialmente también la reiterada disposición que en el medio intelectual árabe se produce y que, vista desde otras ópticas, puede parecer hasta pueril o inútil, de intento de nueva clarificación de los principios y conceptos básicos, de revisión aperturista y contrastada de la propia materia doctrinal fundamental. Un buen ejemplo de ello, entre tantos otros, es el libro del pensador sirio Hadi al-Alawi, *Min qamus al-turaz* («Del diccionario del patrimonio», Damasco, 1988).

### Consecuencias previsibles

Contextuada históricamente, la revitalización —y no «aparición»— de los movimientos islamistas en el mundo árabe y su gran desarrollo a partir de la década de los setenta, en continuo incremento, son consecuencias inevitables —y fácilmente previsibles— de tanto error cometido durante las décadas anteriores, y una de las opciones naturales frente a tanto fracaso acumulado. A mi parecer, está bastante claro ya lo siguiente: a) políticamente, los movimientos «fundamentalistas» se recuperan y progresa-

san ante el retroceso o desmoronamiento de los movimientos nacionalistas, y en especial del panarabismo; b) socialmente, traen un aparente y elemental mensaje de esperanza a comunidades e individuos que viven aún en la injusticia y en la desigualdad más pavorosas y absolutamente insoportables, que carecen del ejercicio auténtico y garantizado de derechos humanos básicos e irrenunciables; c) ideológicamente, parecen basarse en el mensaje genuino y propio de la cultura colectiva de la zona: el islámico, aunque lo hagan en la mayoría de los casos de forma nuevamente anacrónica, angosta, reduccionista y superficial; d) económicamente, no han presentado hasta ahora opciones realmente válidas ni soluciones auténticas; e) culturalmente, no tienen futuro duradero —sobre todo en un marco de realización universal— si siguen careciendo de capacidad de creación y ejerciendo la intolerancia y el dogmatismo, y mucho menos, naturalmente, si se trata de la violencia y el terror. Hay conclusiones políticas no menos evidentes, y que sucintamente selecciono y menciono: 1) en el interior, el poder político no puede participar en la abominable e indefinida espiral de terror y contraterror; 2) desde el exterior, las formas de cooperación no pueden diseñarse para encubrir operaciones de intervencionismo político sometidas al parcial y desequilibrado interés económico.

No es extraño que el profesor Abū-Zayd, dialéctico genuino, dirija lo central de su crítica contra el discurso de Sayyid Qutb —ejecutado el año 1966, durante el nasserismo, y uno de los varios «mártires» de los movimientos islamistas contemporáneos— y contra su colega universitario Hasan Hanafi, autor de una obra tan extensa como importante e ideólogo de una izquierda islámica que a Abū-Zayd le parece en buena parte inconcreta. La «cuestión Abū-Zayd» nos mueve a la solidaridad total con su persona y contra tanta manifestación incivil. Pero también al aprecio intelectual, por posibilitarnos reflexionar honda y preocupadamente, de nuevo, sobre la dramática realidad árabe actual. Desde la intrepidez y el conocimiento de un pensamiento crítico totalmente justificado, y por ello susceptible también de debate. □

### RESUMEN

A partir de la «cuestión personal» de un prestigioso profesor de la Universidad de El Cairo, que sufrió el rigor ortodoxo del pensamiento islámico tradicional por el libro comentado, Pedro Martínez Montávez establece cuál puede, y debe, ser el papel que juega el

intelectual en la sociedad actual, el sitio que ocupa y la misión que debe cumplir; en definitiva, lo que pretende es reflexionar, una vez más, sobre la relación entre el intelectual y el poder, sea en el mundo árabe o en el ámbito occidental.

**Naṣr Ḥāmid Abū-Zayd**

*Naqd al-jiṭāb al-dīnī* [Crítica del discurso religioso]

2.ª edición («Con comentario documental de lo ocurrido»), Sinā, El Cairo, 1994. 225 páginas.

# En busca del alma perdida

Por José Antonio Melero

**José Antonio Melero** (*Fuentes de Nava, Palencia, 1948*) es doctor en Ciencias Químicas y actualmente es director del Centro de Biología Celular y Retrovirus del Instituto de Salud Carlos III. Los principales temas de investigación que ha abordado han sido la transformación de células en cultivo y la variabilidad genética y antigénica de distintos virus implicados en patologías humanas.

La hipótesis sorprendente (prefiero traducir «astonishing» por sorprendente más que por asombrosa) establece que «Tú», tus alegrías y penas, tus recuerdos y ambiciones, tu sentido de la identidad personal y del libre albedrío no son más que la conducta de un gran ensamblaje de células nerviosas y de las moléculas asociadas con éstas. Así empieza F. Crick su libro. El resto es la enumeración de observaciones, experimentos, razonamientos y especulaciones pertinentes sobre la hipótesis planteada. No pretende demostrar que la hipótesis sea correcta. El mero enunciado de la misma y su argumentación a la luz de los conocimientos actuales le parecen suficientes para escribir este libro, resultado de sus estudios y de su colaborador C. Koch durante los últimos diez años aproximadamente.

Pero, ¿por qué el subtítulo, *La búsqueda científica del alma*? ¿Acaso F. Crick, después de haber cimentado muchos de los conocimientos modernos sobre la biología molecular, pretende entremeterse en temas filosóficos o religiosos? La respuesta es claramente positiva. Valientemente y sin ambages reclama para la ciencia temas que han sido tradicionalmente feudo de otras actividades. No pretende hacer filosofía, sino ciencia. Someter a la rigurosidad experimental problemas que hasta el momento han quedado alejados de sus dominios.

La empresa, se comprenderá, es heroica y F. Crick sale de la misma con cierta fortuna, aunque también (en mi opinión) con algún descalabro. Se trata de entender los mecanismos biológicos de la consciencia, de manera análoga a como se ha hecho recientemente con la herencia, la embriogénesis, etc. Y el primer problema se plantea

a la hora de definir el tema de estudio. ¿Qué es la consciencia? Como J. Ortín expresaba recientemente en estas páginas, al comentar un libro de M. S. Dawkins sobre la consciencia animal (número 73 de *SABER/Leer*), dentro de la palabra consciencia incluimos conceptos tan diversos como la advertencia de dolor o la propia consciencia de la consciencia. Pero si es imposible en el momento actual definir «precisamente» lo que es la consciencia, asumamos lo que cada uno entienda por este término (propone F. Crick) e intentemos entender la biología de algunos de los procesos relacionados con la consciencia.

La aproximación propuesta es clara, aunque ampliamente criticada por algunos filósofos, psicólogos y moralistas. Se trata de la aproximación «reduccionista», es decir, intentar explicar el funcionamiento de un sistema complejo mediante el conocimiento de sus partes y de las interacciones entre las mismas. Se trata, por tanto, de estudiar el funcionamiento de nuestras neuronas y de sus interacciones relacionándolas con algunos niveles de consciencia.

Algunas de las críticas a esta aproximación se basan en que la conducta del cerebro es «emergente». En un sentido místico (o misterioso) esto quiere decir que la conducta del cerebro no existe en sus partes. Sin embargo, el mismo término en un sentido científico implica que el todo puede que no sea la mera suma de las partes, pero que solamente se podrá entender el todo si entendemos la conducta de sus partes y el modo en que interaccionan. Bastará un claro ejemplo (propuesto por F. Crick) para entender esto. Aparte de su masa molecular, las propiedades de una molécula de benceno no son en ningún sentido la mera suma aritmética de las propiedades de los átomos de carbono e hidrógeno que la forman. Sin embargo, la conducta de la molécula de benceno, en cuanto a su reactividad química o su absorción de luz, la podemos predecir si conocemos cómo interaccionan sus componentes y nos ayudamos de la teoría de la mecánica cuántica. Curiosamente, nadie tiene una satisfacción mística al decir que «la molécula de benceno es más que la suma de sus partes», mientras que mucha gente sí la tiene al afirmar lo mismo sobre nuestro cerebro.

En resumen, la aproximación reduccionista propuesta por F. Crick para estudiar la consciencia, y basándose en lo que él llama la hipótesis sorprendente, es estudiar la conducta de nuestras neuronas, grupos de neuronas y sus interacciones cuando alguna actividad cerebral la podemos relacionar con la consciencia. Puesto que no todas las actividades cerebrales están relacionadas con la consciencia, se trata de identificar aquellas neuronas que se activan (o desactivan) en esta última situación. Para simplificar más el problema, y así hacerlo abordable experimentalmente, F. Crick restringe el tema al de la consciencia visual. Sus argumentos para ello son variados, pero se basan principalmente en el hecho de que los humanos somos animales particularmente dotados para la viveza visual y que hay un gran número de experimentos y conocimientos sobre la visión. Además, el estudio de los mecanismos de la consciencia visual supondría un abordaje extrapolable a otros tipos/niveles de consciencia.

## Ver es creer

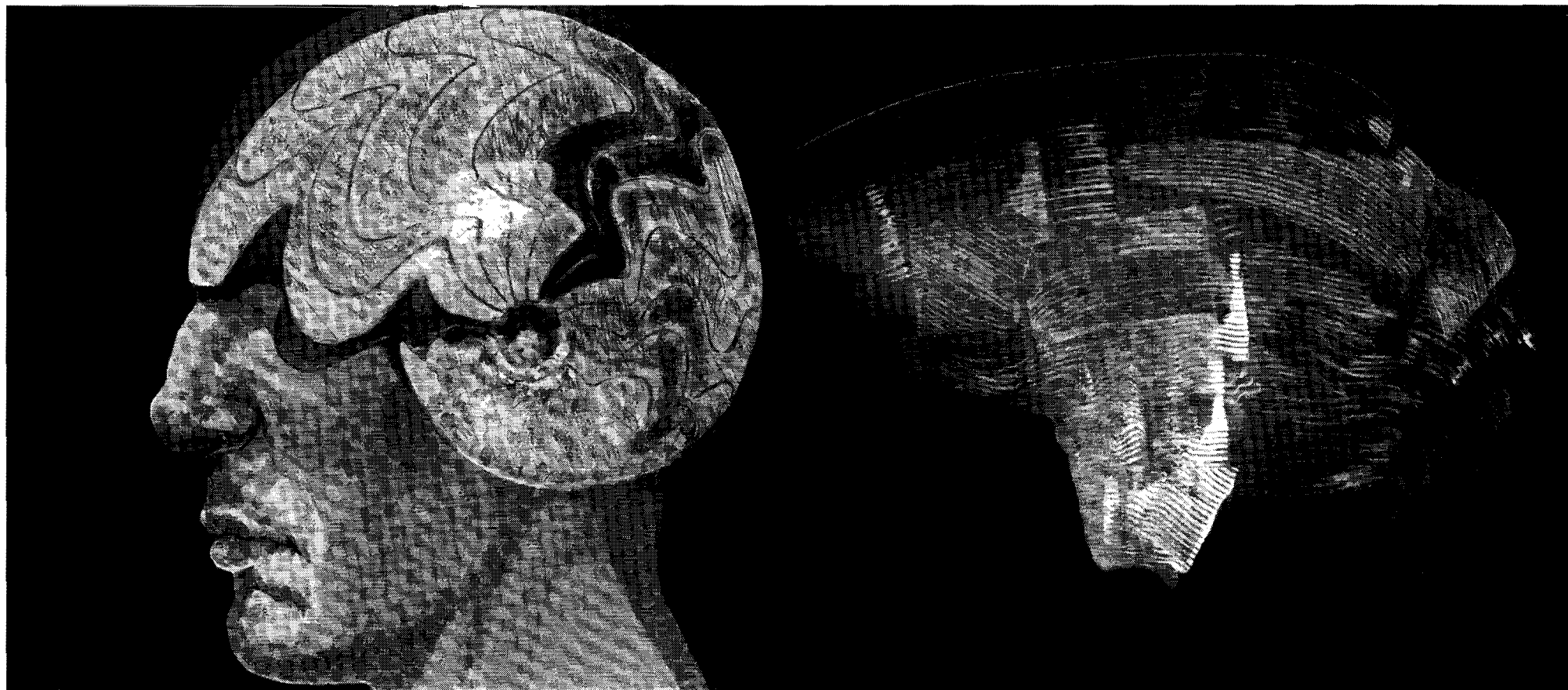
Con esta afirmación empieza F. Crick el tercer capítulo del libro. Pero ¿por qué preocuparse por ver? Uno no tiene más que abrir los ojos y, si no tenemos ningún problema físico, ahí se nos presenta el mundo, lleno de formas y colores, sin tener que hacer ningún esfuerzo. Sin embargo, la importancia de la consciencia visual (el ver) la podemos empezar a apreciar si distinguimos mirar y ver. Algunas personas pueden mirar un determinado objeto durante largo tiempo sin ver lo que otros sujetos aprecian. En muchos casos, esta diferencia se debe a un proceso de aprendizaje y memoria. Nuestro sistema nervioso, sorprendentemente, no es solamente el resultado de la herencia genética, sino, además, de un aprendizaje continuo.

Hay múltiples argumentos a favor de la existencia de una consciencia visual. Nuestro propio sistema visual nos puede engañar fácilmente o darnos una información ambigua. Un ejemplo sencillo de esto último lo tenemos cuando miramos el llamado «cubo de Necker», formado por dos cuadrados desplazados el uno del otro y unidos

por líneas rectas a través de sus vértices. Cuando lo miramos prolongadamente nos parece que cambia de posición. Lo que estamos viendo no es lo que «realmente» está allí, sino lo que nuestro cerebro «cree» que está allí. Es decir, ver es un proceso constructivo. Necesitamos una interpretación simbólica y explícita de la escena visual, probablemente a varios niveles, para «ver» lo que está allí. Ver no es tan fácil como pensábamos.

Hoy en día sabemos que el procesamiento de los estímulos visuales tiene lugar en determinadas áreas del cerebro. Las señales recibidas en los fotorreceptores de la retina se mandan a través de conexiones sinápticas entre neuronas hasta llegar a la corteza cerebral, donde se pueden localizar en distintos campos implicados en distintos procesos, tales como movimiento, forma, color, etc. No es necesario explicar aquí en detalle los aspectos morfológicos o funcionales del sistema nervioso (para ello el libro que comentamos tiene varios capítulos comprensibles para un lector con escasas nociones de neurobiología). Baste decir que existe toda una serie de niveles jerarquizados en los que la información visual va siendo procesada. Pero, ¿existe algún lugar del cerebro donde podamos localizar la consciencia visual?

La respuesta a la pregunta anterior viene en parte contestada por las distintas situaciones patológicas descritas por los psicólogos y neurofisiólogos. Diversos daños cerebrales pueden afectar a alguno de los aspectos de la consciencia visual. Así, por ejemplo, la prosopagnosia es la dificultad que tienen ciertos individuos para reconocer caras, incluso las más familiares, debido a un daño cerebral. El psicólogo O. Sacks ha descrito un caso, realmente curioso, de un individuo que confundía a su esposa con un sombrero (O. Sacks, *The man who mistook his wife for a hat*, Picador, 1986). Aunque no existe una localización precisa del daño cerebral en los casos de prosopagnosia, hay otras situaciones donde el desorden funcional se ha asociado al daño en una zona precisa del cerebro. Así los individuos que padecen de «cerebro partido», en los que una



ANTONIO LANCIOSI

Viene de la página anterior



mitad del cerebro parece ignorar a la otra mitad, tienen un corte accidental o quirúrgico del «corpus callosum». De igual manera, la situación de «vista ciega», en la que un individuo puede apuntar hacia determinados objetos a pesar de que niega verlos, se ha asociado a daños extensos del área VI de la corteza visual.

Además de los casos patológicos, hay descritos experimentos particularmente orientados a estudiar distintos aspectos de la consciencia visual. Por ejemplo, existe el efecto de interferencia «Stroop», en el cual un individuo tiene que identificar lo más rápidamente posible el color de una palabra escrita. El problema surge cuando la palabra «rojo» está escrita en verde, por ejemplo. En tales circunstancias la respuesta del sujeto es más lenta que cuando hay una correspondencia entre la palabra escrita y el color aludido. En la situación del «Stroop» hay un aumento del flujo sanguíneo en varias regiones del cerebro, pero en particular en el cíngulo anterior derecho, como consecuencia del aumento en la atención requerida para pasar la prueba. La conclusión de los autores que realizaron tales experimentos son que «el cíngulo anterior está implicado en los procesos de selección entre alternativas competidoras basándose en los planes internos conscientes preexistentes». ¿No suena esto a algo relacionado con el «libre albedrío»?

### Consciencia visual

Si tenemos, por tanto, una localización cerebral de algunos de los procesos relacionados con la consciencia visual, ¿sabemos cómo operan esos procesos? En este caso la respuesta es más bien negativa. Empezamos a entender algo sobre cómo nuestro cerebro realiza las operaciones de «computación» necesarias para tener una consciencia visual, pero estamos muy lejos de entender los más rudimentarios detalles de las mismas. En términos generales sabemos que mientras en un ordenador las operaciones se realizan de forma seriada (esto es, una después que otra), en el cerebro se realizan de forma masivamente paralela. No disponemos de una máquina que funcione como el cerebro y, por ello, no podemos desentrañar los mecanismos computacionales del cerebro mediante el diseño de máquinas que simulen su funcionamiento.

Dicho todo esto, ¿podemos proponer un modelo tentativo de la consciencia? F. Crick se atreve a hacer tal propuesta en los siguientes términos:

1) La consciencia está asociada con ciertas actividades neuronales de las capas inferiores de la corteza cerebral que expresan los resultados de las computaciones realizadas en las capas superiores de la corteza.

2) No todas las neuronas de las capas inferiores están implicadas con la consciencia, pero algunas, entre otras las neuronas piramidales de la capa 5 (por cierto, descritas por S. Ramón y Cajal), son buenos candidatos.



ANTONIO LANCHO

3) Esta actividad de las capas inferiores no llegará al nivel de consciencia a menos que exista alguna forma de memoria de corta duración, mediada por circuitos entre las capas 6 de la corteza, el tálamo y de vuelta a las capas 4 y 6 de la corteza cerebral.

4) Existen unidades de procesamiento que son las áreas corticales, no todas ellas implicadas con la consciencia.

5) El tálamo juega un papel central en los mecanismos de atención y la consciencia depende crucialmente de sus conexiones con la corteza cerebral.

Evidentemente es un modelo altamente especulativo y en el que existen grandes lagunas, pero, al menos, es un modelo del que podemos partir. El avance en los conocimientos lo irán modificando y mejorando, o pueden, incluso, desecharlo. Pero ante la alternativa de dejar el problema de la consciencia a los filósofos, F. Crick propone traerlo al campo de la investigación experimental.

### ¿Y dónde el alma?

Hasta ahora poco se ha dicho del alma implicada en el subtítulo del libro. El alma en el sentido religioso del término, con una vida inmaterial eterna, o el alma como la base de conceptos tales como la estética, el razonamiento, el amor, etc. F. Crick admite haber dejado de lado tales temas. Argumenta, sin embargo, que desentrañando las bases biológicas de la consciencia visual (tarea difícil, pero que tiene al menos una apro-

ximación experimental) haremos el camino más fácil para estudiar otros aspectos más fascinantes del «alma».

¿Tendemos entonces a la materialización y planificación de nuestras vidas como describía A. Huxley en su novela *Un mundo feliz*? F. Crick entiende que comprender los procesos naturales no debe disminuir nuestra admiración por los mismos. Y añade: «Para construir un Nuevo Sistema en este Mundo se necesitan la inspiración y la imaginación, pero la imaginación construida sobre bases falsas no puede satisfacernos a la larga».

Si podemos desentrañar algunas de las cualidades del alma, ¿qué puede decir la ciencia sobre el libre albedrío? Imaginemos una máquina con las propiedades siguientes:

1) Puede hacer planes para acciones futuras en su «cerebro» sin tener que llevarlos a cabo necesariamente. Además es consciente de dichos planes y los puede recordar inmediatamente.

2) No es consciente de las computaciones realizadas en el «cerebro», sino del resultado de las mismas; es decir, de los planes.

3) La decisión de actuar según un plan está sometida a las mismas limitaciones; es decir, tiene un recuerdo inmediato de la decisión tomada, aunque no de las computaciones que se realizaron para tomar la decisión.

Esta máquina parecería tener «libre albedrío» siempre que pudiese personificar su conducta, esto es, tuviese una imagen de «sí misma».

¿Podemos, entonces, asociar el libre albedrío a alguna actividad cerebral que localicemos en alguna región del cerebro? En el libro que comentamos se describe el caso de una mujer que sufrió un daño cerebral que afectaba al sulcus cíngulo anterior. Esta mujer se convirtió temporalmente en una persona poco respondedora. Podía seguir a la gente con sus ojos, pero no hablaba espontáneamente. Podía repetir palabras y frases muy despacio. En resumen, tenía un número limitado de reacciones que ejecutaba de forma estereotipada. Cuando se repuso, algunos meses más tarde, dijo que ella había podido seguir las conversaciones, pero que no había hablado porque «no te-

nía nada que decir». Su mente había estado «vacía». F. Crick deduce que esa mujer había perdido la «voluntad». No tenía «libre albedrío» y éste se podría localizar, al menos en parte, en la región dañada del cerebro. Para mí esto tiene bastante de especulación «salvaje». Pero por ahí van las propuestas de F. Crick.

Dije al principio que el autor salía con algunos descabros de la empresa en que se había comprometido. Desde mi punto de vista esos descabros tienen que ver con el resultado del libro. El planteamiento de un modelo neurobiológico de la consciencia se basa en conocimientos científicos muy limitados. La presentación de tal modelo operativo podría hacernos pensar que estamos a punto de entender «científicamente» la consciencia humana. Es verdad que la propuesta de un modelo puede hacernos avanzar en un área determinada del conocimiento científico. El mismo F. Crick fue protagonista de tal experiencia cuando, junto con J. Watson, propuso el modelo de la estructura del DNA que permitió el avance espectacular de la Biología Molecular durante los últimos cuarenta años. Pero nuestro conocimiento del cerebro humano, sustituto de la consciencia, es tan limitado que más que un modelo podríamos plantearnos un gran número de modelos alternativos. Por eso, tomemos las especulaciones de una mente brillante como la de F. Crick con cautela, pero sigamos su propuesta de avanzar en el conocimiento «científico» de la consciencia. Seguro que en el futuro nos asombraremos de los avances realizados en un tema hasta ahora intratable científicamente como éste. □

### En el próximo número

Artículos de José María Martínez Cachero, Antonio Colinas, Francisco López Estrada, Eloy Benito Ruano, Ramón Pascual, Manuel García Doncel y José María López Piñero.

#### RESUMEN

El libro del que se ocupa José Antonio Melero es el resultado de las reflexiones que durante años han realizado Crick y Koch sobre la naturaleza de la consciencia humana. De forma lúcida se exponen los conocimientos neurobiológicos y psicológicos actuales pro-

poniendo un modelo biológico de la consciencia. Aunque altamente especulativo, este modelo debe servir para atraer al campo de la ciencia el tema de la consciencia y sus relaciones colaterales con los conceptos del libre albedrío y el alma humana.

#### F. Crick

*The Astonishing Hypothesis: The Scientific Search for the Soul*

Simon and Schuster, Londres, 1994. 317 páginas. 16,99 libras.

**ANTROPOLOGÍA**

GARCÍA-SABELL, Domingo  
«La felicidad, fantasma huído», sobre *The Psychology of Happiness*, de Michael Argyle. N.º 76. Junio-julio. Págs. 8-9.

**ARTE**

GÁLLEGO, Julián  
«Anibal y Goya a la vista de Italia», sobre *El cuaderno italiano (1770-1785)*, de Franciso de Goya. N.º 78. Octubre. Págs. 6-7.  
GARCÍA BERRIO, Antonio  
«Vigencia de las artes», sobre *A toda crítica: ensayos sobre arte y artistas*, de Robert Hughes. N.º 71. Enero. Págs. 1-2-3.  
MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José  
«La "pasión" por la Antigüedad», sobre *L'Anticomanie. La collection d'antiquités aux 18e et 19e siècles*, de Annie-France Laurens y Krzysztof Pomian (recopiladores). N.º 75. Mayo. Págs. 6-7.  
NIETO ALCAIDE, Víctor  
«El descubrimiento del espacio pictórico», sobre *La oveja de Giotto*, de Luciano Bellosi. N.º 72. Febrero. Pág. 12.  
VAQUERO TURCIOS, Joaquín  
«Los orígenes de la geometría», sobre *Les origines de la géométrie*, de Michel Serres. N.º 73. Marzo. Págs. 6-7.

**BIOLOGÍA**

BEATO, Miguel  
«Nacimiento de la nueva Biología», sobre *The Molecular Vision of Life. Caltech, the Rockefeller Foundation, and the Rise of the New Biology*, de Lily E. Kay. N.º 75. Mayo. Págs. 4-5.  
ORTÍN, Juan  
«Estudio científico de la consciencia», sobre *Through our eyes only? The search for animal consciousness*, de Marian Stamp Dawkins. N.º 73. Marzo. Pág. 12.

**CIENCIA**

GALINDO, Alberto  
«Ciencia y Dios», sobre *La mente de Dios. La base científica para un mundo racional*, de Paul Davies. N.º 77. Agosto-septiembre. Págs. 1-2.  
GARCÍA VELARDE, Manuel  
«Reloj, no marques las horas», sobre *Des rythmes au chaos*, de P. Berge, Y. Pomeau y M. Dubois-Gance. N.º 78. Octubre. Págs. 10-11.  
MÉLERO, José Antonio  
«En busca del alma perdida», sobre *The Astonishing Hypothesis: The Scientific Search for the Soul*, de F. Crick. N.º 80. Diciembre. Págs. 10-11.  
SÁNCHEZ DEL RÍO, Carlos  
«La anticipación del porvenir», sobre *Predicting the Future*, de L. Howe y A. Wain (eds.). N.º 76. Junio-julio. Págs. 1-2.  
SÁNCHEZ RON, José Manuel  
«Historia de una ciencia omnipresente», sobre *Out of the crystal maze. Chapters from the history of solid state physics*, de L. Hoddeson, E. Braun, J. Teichmann y S. Weart (eds.). N.º 71. Enero. Págs. 10-11.

**CINE**

AYALA, Francisco  
«Biografías de película», sobre *Bio/Pics. How Hollywood Constructed Public History*, de George F. Custen. N.º 77. Agosto-septiembre. Págs. 10-11.  
CAMUS, Mario  
«Una arquitectura funcional y efímera», sobre *La arquitectura en el cine. Hollywood, la Edad de Oro*, de Juan Antonio Ramírez. N.º 74. Abril. Págs. 6-7.  
GUBERN, Román  
«La pasión española de Orson Welles», sobre *Orson Welles. Una España inmortal*, de Esteve Rimbau, y *Orson Welles. España como obsesión*, de Juan Cobos. N.º 75. Mayo. Pág. 12.

**DERECHO**

LÓPEZ PINA, Antonio  
«Del procedimiento como fundamento moral», sobre *Faktizität und Geltung*, de Jürgen Habermas. N.º 73. Marzo. Págs. 8-9.  
RUBIO LLORENTE, Francisco  
«La Ley y los derechos», sobre *Il Diritto mite*, de Gustavo Zagrebelsky. N.º 80. Diciembre. Págs. 1-2.

**ECONOMÍA**

VELARDE FUERTES, Juan  
«Economía y sociedad en la España actual», sobre *La sociedad española 1992-93. Informe sociológico de la Universidad Complutense*, de Amando de Miguel. N.º 76. Junio-julio. Págs. 10-11.

**FILOLOGÍA**

LORENZO, Emilio  
«Ayudas a la palabra», sobre *Paralanguage. A linguistic and interdisciplinary approach to interactive speech and sounds*, de Fernando Poyatos, y *Advances in Non-Verbal Communication*, de Fernando Poyatos (ed.). N.º 74. Abril. Págs. 1-2.

**FILOSOFÍA**

SOTELO, Ignacio  
«Filosofía de la religión y modernidad», sobre *La constitución moderna de la razón religiosa*, de Andrés Torres Queiruga, y *Cuestiones*

*epistemológicas. Materiales para una filosofía de la religión (vol. I). La tradición analítica. Materiales para una filosofía de la religión (vol. II)*, de J. Gómez Caffarena y J. M. Mardones (coords.). N.º 74. Abril. Págs. 8-9.

**FÍSICA**

PASCUAL, Ramón  
«Los primeros de la fila», sobre *Nobel Lectures in Physics, 1981-1990*, de G. Ekspong (ed.). N.º 73. Marzo. Págs. 10-11.  
TORROJA, José María  
«Dos siglos cumple el Observatorio de Madrid», sobre *Doscientos años del Observatorio Astronómico de Madrid*, de autores varios. N.º 71. Enero. Pág. 12.

**GEOGRAFÍA**

LÓPEZ GÓMEZ, Antonio  
«Viñedos y vinos españoles», sobre *Vignobles et vins de l'Espagne*, de Alain Huetz de Lemps. N.º 74. Abril. Págs. 4-5.  
TORROJA, José María  
«Beato de Liébana y su mapamundi», sobre *Comentarios al Apocalipsis*, de Beato de Liébana. N.º 80. Diciembre. Pág. 3.

**HISTORIA**

ARTOLA, Miguel  
«Ante la Revolución», sobre *Enlightenment, Revolution & Romanticism. The Genesis of Modern German Political Thought, 1790-1800*, de Frederick C. Beiser. N.º 72. Febrero. Págs. 1-2.  
BONET CORREA, Antonio  
«Historiografía de los caminos en España», sobre *España en sus caminos*, de Gonzalo Menéndez-Pidal. N.º 73. Marzo. Pág. 3.  
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio  
«Fronteras culturales entre el XVII y el XVIII», sobre *La transición del siglo XVII al XVIII*, de autores varios. N.º 80. Diciembre. Págs. 4-5.  
LÓPEZ ESTRADA, Francisco  
«Los mongoles y Europa en el siglo XIII», sobre *En demanda del Gran Kan. Viajes a Mongolia en el siglo XIII*, de Juan Gil. N.º 75. Mayo. Págs. 8-9.  
MARICHAL, Juan  
«Perdurabilidad de Constant», sobre *Benjamin Constant y la construcción del liberalismo posrevolucionario*, de María Luisa Sánchez-Mejía. N.º 72. Febrero. Pág. 3.  
RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco  
«¿Quiénes son los griegos?», sobre *The Greeks. A Portrait of Self and Others*, de Paul Cartledge. N.º 76. Junio-julio. Pág. 12.  
SECO SERRANO, Carlos  
«La "realidad democrática" de la II República», sobre *Spain's first democracy. The Second Republic, 1931-1936*, de Stanley G. Payne. N.º 73. Marzo. Págs. 4-5.  
«El trágico destino del general Batet», sobre *El general Batet*, de Hilari Ragner. N.º 79. Noviembre. Págs. 6-7.  
SIGUÁN, Miguel  
«Cervera como símbolo», sobre *La Universitat de Cervera i el reformisme borbónic*, de Joaquim Prats. N.º 77. Agosto-septiembre. Págs. 8-9.  
TOMÁS Y VALIENTE, Francisco  
«En torno a la España del siglo XXI», sobre *El legado cultural de España al siglo XXI*, de autores varios. N.º 72. Febrero. Págs. 4-5.  
«La cultura española entre el 98 y el 36», sobre *La Edad de Plata de la cultura española (1898-1936)*, de autores varios. N.º 78. Octubre. Págs. 8-9.

**LINGÜÍSTICA**

MARSÁ, Francisco  
«Sobre el lenguaje escrito», sobre *Aprendizaje del lenguaje escrito. Procesos evolutivos e implicaciones didácticas*, de Liliana Tolchinsky. N.º 79. Noviembre. Pág. 12.  
QUILIS, Antonio  
«La pragmática lingüística», sobre *Introducción a la pragmática*, de M.ª Victoria Escandell Vidal. N.º 77. Agosto-septiembre. Pág. 3.

**LITERATURA**

ALVAR, Manuel  
«Poesía en dialecto molisano», sobre *Moliseide. Songs and Ballads in the Molisan Dialect*, de Giosse Rimaneli. N.º 79. Noviembre. Pág. 3.  
CARNERO, Guillermo  
«Jugando a la pelota con la luna», sobre *Vltra (Madrid, 1921-1922)*, de José Antonio Sarmiento y José María Barrera (eds.). N.º 78. Octubre. Págs. 4-5.  
FRAILE, Medardo  
«Stevenson, el escocés universal», sobre *Robert Louis Stevenson. Dreams of Exile*, de Ian Bell, y *Robert Louis Stevenson. Poet and Teller of Tales*, de Bryan Bevan. N.º 78. Octubre. Pág. 3.  
GARCÍA BERRIO, Antonio  
«Retórica de la metamorfosis», sobre *Contrariedades del sujeto*, de Carlos Piera. N.º 79. Noviembre. Págs. 8-9.  
GARCÍA LORENZO, Luciano  
«Una obra de consulta necesaria», sobre *Diccionario de Literatura Española e Hispanoamericana*, de Ricardo Gullón (dir.). N.º 71. Enero. Págs. 6-7.  
«La grandeza de los géneros menores», sobre *La mojiganga dramática. De la fiesta al teatro. I. Estudio*, de Catalina Buezo. N.º 76. Junio-julio. Págs. 4-5.

MAINER, José-Carlos  
«Literatura en 1934», sobre *Literatura. Edición facsímil 1934*, de Idefonso Manuel Gil (ed.). N.º 73. Marzo. Págs. 1-2.  
«La razón desesperada», sobre *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, de Rafael Sánchez Ferlosio. N.º 80. Diciembre. Págs. 6-7.  
MÁRQUEZ VILLANUEVA, Francisco  
«La imposible saga de los Marx», sobre *La saga de los Marx*, de Juan Goytisolo. N.º 79. Noviembre. Págs. 4-5.  
MARTÍN GAITE, Carmen  
«El luto interior», sobre *Mujeres de negro*, de Josefina Aldecoa. N.º 78. Octubre. Págs. 1-2.  
MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro  
«También hay autocrítica árabe», sobre *La Prière et L'épée (Essais sur la culture arabe)*, de Adonis. N.º 71. Enero. Págs. 4-5.  
PERUCHO, Juan  
«El poeta J. V. Foix», sobre *Solo, y dolido*, de J. V. Foix. N.º 77. Agosto-septiembre. Págs. 6-7.  
RUIZ RAMÓN, Francisco  
«La literatura española en su hora europea», sobre *Histoire de la littérature espagnole (I. Moyen Age-XVIIe siècle-XVIIIe siècle)*, de Jean Canavaggio (ed.). N.º 79. Noviembre. Págs. 1-2.  
VILLANUEVA, Darío  
«El reto de la literatura comparada», sobre *The Challenge of Comparative Literature*, de Claudio Guillén. N.º 76. Junio-julio. Págs. 6-7.  
YNDURÁIN, Francisco  
«Azorín, desde sus lecturas», sobre *Azorín y los libros (catálogo de una exposición)*, de autores varios. N.º 72. Febrero. Págs. 6-7.

**MATEMÁTICAS**

GUZMÁN, Miguel de  
«La Matemática, ¿se crea o se descubre?», sobre *La Matemática: creación y descubrimiento*, de Camino Cañón Loyes. N.º 76. Junio-julio. Pág. 3.  
RIOS, Sixto  
«Un puente entre las dos culturas», sobre *The Art of Mathematics*, de Jerry P. King. N.º 74. Abril. Págs. 10-11.

**MEDICINA**

ENJUANES, Luis  
«Actualidad de las enfermedades infecciosas», sobre *Vaccines: new approaches to immunological problems*, de Ronald W. Ellis (ed.). N.º 72. Febrero. Págs. 10-11.

**MÚSICA**

BARCE, Ramón  
«El dilema social de la ópera», sobre *Pensar é morrer ou O Teatro de São Carlos na mudança de sistemas de comunicação desde fins do século XVIII aos nossos dias*, de Mário Vieira de Carvalho. N.º 77. Agosto-septiembre. Págs. 4-5.  
VILLA ROJO, Jesús  
«Sonidos en libertad», sobre *Antón García Abril. Sonidos en libertad*, de Fernando J. Cabañas Alamán. N.º 75. Mayo. Págs. 10-11.

**PENSAMIENTO**

GINER, Salvador  
«La apostasía de la razón», sobre *El asedio a la modernidad: Crítica del relativismo cultural*, de Juan José Sebreli. N.º 71. Enero. Págs. 8-9.  
MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro  
«Pensamiento crítico y religioso en Egipto», sobre *Naq al-jitāb al dinī [Crítica del discurso religioso]*, de Naṣr Ḥamid Abū-Zayd. N.º 80. Diciembre. Págs. 8-9.

**POLÍTICA**

GARRIGUES, Emilio  
«Deshojando la margarita», sobre *Los años de Downing Street*, de Margaret Thatcher. N.º 74. Abril. Pág. 12.  
MORÁN, Fernando  
«El caleidoscopio franco-alemán», sobre *La caída de París. 14 de junio de 1940*, de Herbert Lottman. N.º 75. Mayo. Págs. 1-2-3.  
PALACIO ATARD, Vicente  
«Testimonios en las memorias de Areilza», sobre *A lo largo del siglo (1909-1991)*, de José María de Areilza. N.º 74. Abril. Pág. 3.  
TUSELL, Javier  
«Un modelo de biografía británica», sobre *Harold Wilson*, de Ben Pimlott. N.º 77. Agosto-septiembre. Pág. 12.

**SOCIOLOGÍA**

LÓPEZ ARANGUREN, José Luis  
«Religión y sociedad en España», sobre *Religión y sociedad en España*, de Rafael Díaz-Salazar y Salvador Giner. N.º 78. Octubre. Pág. 12.

**TEOLOGÍA**

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario  
«El hombre: de la realidad a la redención», sobre *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*, de E. Lévinas, y *Stellvertretung. Schlüsselbegriff christlichen Lebens und theologische Grundkategorie*, de Karl-Heinz Menke. N.º 72. Febrero. Págs. 8-9.  
«Teología o la verdad de Dios», sobre *Teología Sistemática I*, de Wolfgang Pannenberg. N.º 79. Noviembre. Págs. 10-11.